

EN PROSA Y VERSO

OBRAS DE QUEVEDO.

TERRAZA, ALIENA & Cª VALENCIA.

OBRAS DE QUEVEDO.

TOMO II.

UNIVERSIDAD DE MURCIA
Biblioteca General
Fondo Antiguo

S. XIX

1081
(II)

UNIVERSIDAD LITERARIA
MURCIA
Librería Nº 12
Estante Nº
Nº 4250
Nº

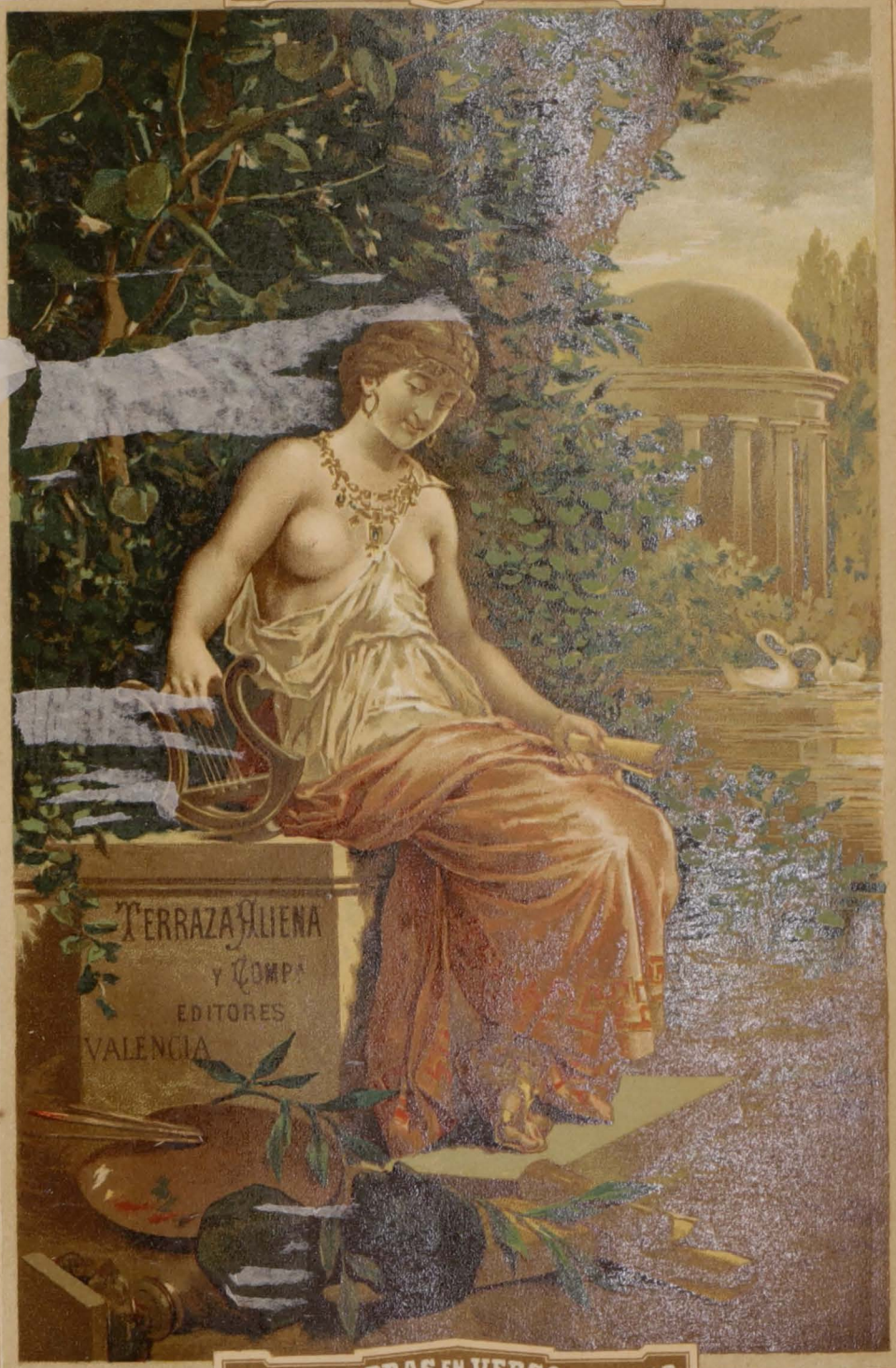
UNIVERSIDAD LITERARIA
DE
MURCIA
Librería Nº 1
Estante Nº 5
Nº 9
Nº 70

OBRAS
DE
DON FRANCISCO DE QUEVEDO.





EL PARNASO ESPAÑOL



OBRAS EN VERSO DE Dn. FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS



OBRAS

FESTIVAS, SATÍRICAS Y SÉRIAS

EN PROSA Y VERSO

DE

DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS,

CABALLERO DEL HÁBITO DE SANTIAGO,

SECRETARIO DEL REY, Y SEÑOR DE LA TORRE DE JUAN ABAD.

Comprende esta nueva edicion las obras conocidas de tan preclaro ingénio,
incluso las inéditas,
con las variantes y correcciones de ediciones anteriores,
ya por inexactitud de los originales,
ya por supresiones de la censura y de los calificadores del Santo Oficio.
Acompaña á esta publicacion una estensa biografía del autor, con el juicio crítico-literario de sus obras,
las notas necesarias para aclaracion de algunos pasajes del texto,
y copiosas noticias histórico - bibliográficas de todas sus composiciones,
para fijar el verdadero texto de ellas, y para la mas clara y perfecta inteligencia del lector.

Compuesto y ordenado por

Don Juan B. Perales.

TOMO II.

OBRAS EN VERSO.

UNIVERSIDAD DE MURCIA
FACULTAD DE DERECHO

VALENCIA:
TERRAZA, ALIENA Y COMPAÑIA, EDITORES,
CALLE DEL EMBAJADOR VICH, NÚM. 19.
1882.

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES

Imp. de Juan Guix, Cofradía de los Sastres, 8.







EL PARNASO ESPAÑOL.

MONTE EN DOS CUMBRES DIVIDIDO

con

LAS NUEVE MUSAS CASTELLANAS.

Advertencia del colector.

El alto renombre y merecida reputacion de que gozan las composiciones poéticas del inmortal Quevedo, nos escusan de hacer su encomio, ocioso de todo punto, despues de lo que dejamos dicho en su biografía, en la reseña de sus obras en prosa, en las notas y advertencias á las mismas, y cuando ha merecido los más entusiastas elogios y calurosos plácemes de tantos críticos eminentes, españoles y extranjeros, y han probado á examinarle los más famosos eruditos.

Sabemos ya la opinion que merecieron sus obras á Justo Lipsio, que colocó á nuestro vate por encima de todos los españoles; Lope de Vega le llamó *príncipe de los líricos* (1) y Cervantes le

(1) Hé aquí cómo se espresa el gran Lope en su *Laurel de Apolo*:

Al docto don Francisco de Quevedo
Llama por luz de tu ribera
Lipsio de España en prosa
Y Juvenal en verso,
Con quien las Musas no tuvieron miedo
De cuanto ingénio ilustra al universo.
Ni en competencia á Píndaro y Pretonio,
De que dan sus escritos testimonio.
Espíritu agudísimo y suave,
Dulce en las burlas, y en las veras grave,
Príncipe de los líricos, que él solo
Pudiera serlo, si faltara Apolo.



honró con el dictado de *hijo de Apolo*. Si tan alto concepto mereció á las primeras lumbreras del humano saber en aquel tiempo, no es de admirar que sus coetáneos aplaudiesen con frenesí las composiciones del inspirado poeta del Manzanares, y ya por entonces se diesen á la estampa y se imprimiesen en aquel siglo varias ediciones. Creemos, sin embargo, que el que menos importancia dió á sus composiciones poéticas fué el mismo Quevedo. Las más de ellas fueron escritas en momentos de buen humor, otras obligado por el tema que le presentaban sus amigos, y casi todas ellas improvisadas. En el declive de su vida tuvo algun rapto de religioso celo, y juzgando indignas de su pluma muchas que habia compuesto en su juventud, las entregó á las llamas, descargándose así de ciertos escrúpulos que acompañan á la vejez, despues de una vida trabajada y combatida. Al secuestrar la justicia todos sus papeles, la última vez que fué preso, desaparecieron para siempre muchísimas de sus composiciones, y aunque su sobrino D. Pedro Aldrete puso gran cuidado y diligencia en rescatar todas las que pudo, confiesa que las más se perdieron, y que no llegó á reunir la vigésima parte de las que tenia coleccionadas su tio.

Calientes aun las cenizas del eminente poeta, resolvió su inquebrantable amigo D. José Antonio Gonzalez de Salas coleccionar las poesías de Quevedo y darlas á la estampa, como lo hizo en la edicion de Madrid de 1648; la cual enriqueció con apreciables ilustraciones, y tambien restauró y concluyó algunas de aquellas poesías que su autor habia dejado incompletas. Esta famosa edicion es la que viene sirviendo de guia á todas las posteriores. Pero el sábio y desinteresado colector no pudo dar á luz mas que las seis primeras *Musas*. Las tres últimas publicólas en 1670 el citado don Pedro Aldrete Quevedo y Villegas, que se lamenta, como queda dicho, de que otras muchas poesías de su tio se hallaban en manos particulares, de las que él recuerda algunas que allí mismo cita.

Los colectores modernos han rebuscado á su vez nuevas poesías inéditas de Quevedo, y como hayan sido poco afortunados en sus pesquisas, no han tenido empacho en atribuirle todas las que han hallado anónimas, haciéndolas pasar por originales de Quevedo. Hasta las del bachiller don Francisco de la Torre han sido incluidas recientemente en las poesías de Quevedo, suponiendo que aquel nombre es semi-seudónimo del ilustre vate, toda vez que este se llamaba *D. Francisco* y era señor de *la Torre*... Los sábios no se apuran por nada, ni hay para ellos dificultad alguna cuando se trata de salir de un mal paso.

Los críticos, á su vez, han juzgado las poesías de Quevedo como aquellas obras que se piensan, se corrigen y se repasan detenidamente para darlas á luz. No han tenido presente que todas ellas fueron escritas en momentos de inspiracion, y que nunca su autor las corrigió y coleccionó para imprimirlas y publicarlas. Así es tanto mayor su mérito, y recomiéndanlas los doctos de su época, que no pueden menos de confesar y concederle á Quevedo la grandilocuencia de su poderoso estro, como hijo de un génio de primer órden. A los elogios que de sus contemporáneos dejamos citados, pudiéramos añadir otros muchos, como los de Martin Rizo, que le llamó *milagro de la naturaleza*; D. Antonio Argüelles, *decoro y gloria del siglo XVII*; D. José Pellicer y Tobar, *doctísimo en letras é insigne ingénio español*; Juan Queralt, *príncipe de los poetas, en quien solo se juntan las gracias y sales de todos los líricos*; el sábio Vicente Marines le llamó *el mayor ingénio del orbe, hijo de Apolo y hermano de las Musas*; y en otro lugar, *númen de la poesía y de todas las letras*; Lopez de Aguilar, *deleite y regalo de Apolo*; y los poetas italianos dijeron de él *que en su sabiduría y prudencia descansaban las Musas*.

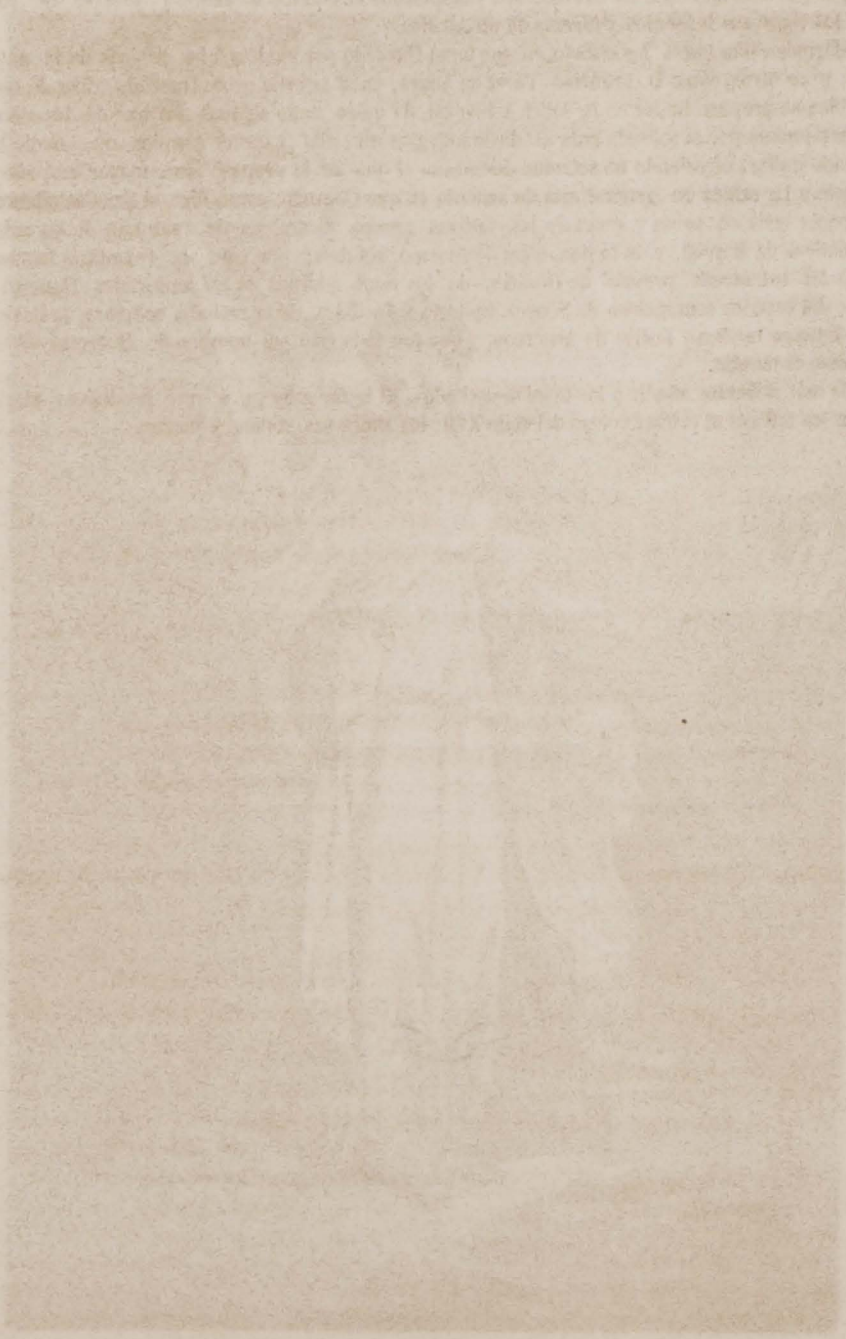
Más severos y exigentes los críticos modernos, no han limitado sus juicios á prodigarle solo alabanzas, sino á desentrañar los defectos que se encuentran entre sus grandes bellezas. Bouterwek ha dicho en su historia de la poesía española, «que las obras de Quevedo se parecen á un adorno de diamantes, en el que estos estuviesen artísticamente montados en unas partes, y con notable descuido y tosquedad en otras.» El crítico que mejor ha sabido juzgar sin duda alguna á Quevedo, es el ilustre poeta D. Manuel Quintana, cuyo sábio juicio puede consultar el lector en la introduccion á las *Poesías selectas*, donde no escatima las alabanzas, sin dejar de notar los defectos que se encuentran en las poesías de Quevedo. Cita á este propósito alguno de los grandes pensamientos del vate madrileño, y dice:

«Al encontrar en sus obras estos pasajes brillantes, despues de tributarles la justa admiracion que se les debe, no puede menos de sentirse un movimiento de indignacion viendo el lastimoso

abuso que Quevedo ha hecho de sus talentos, y empleados en equilibrios vanos y suertes de volteador, los vigorosos músculos y fuerzas de un Alcides.»

Conformes están todos los críticos en que tomó Quevedo por modelo á los clásicos de la antigüedad; pero otros, como D. Francisco Perez de Anaya, en su artículo sobre Quevedo, dice de este que, si bien se propuso imitar en la sátira á Juvenal, de quien tomó algunas formas de locucion, voló generalmente por sí solo sin guia ni direccion, con un estilo y forma propios que nadie ha conseguido imitar, ofreciendo un solemne desengaño al que se lo propuso con mayor empeño y constancia.» La crítica en general está de acuerdo en que Quevedo, como dice el Sr. Castellanos, «supo hacer gala en prosa y verso de las festivas gracias picarescas de Pretonio, de las sales epigramáticas de Marcial, y de la fina sátira de Juvenal, sin dejar por esto de revestirse muchas veces de las ostentosas preseas de Horacio, de los ricos adornos de los inmortales Homero y Virgilio; del espíritu sentencioso de Séneca, Epitecto y Focílides, de la melodía religiosa de David, y de la dulzura mística y festiva de Anacreon; y que por todo esto, el nombre de Quevedo vivirá tanto como el mundo.

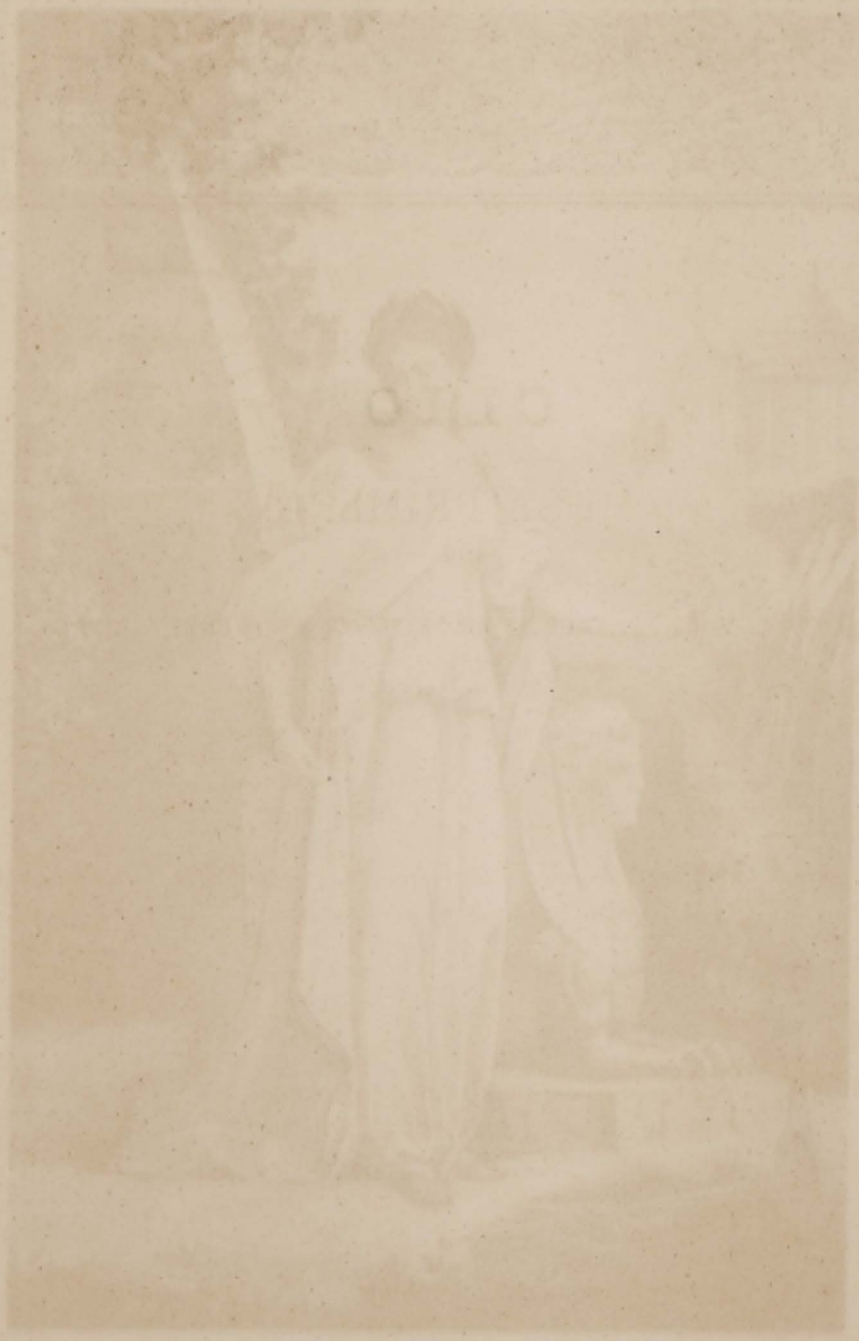
Nada más debemos añadir á las opiniones citadas. El lector sabe ya á qué prodigiosa altura colocan los críticos al primer coloso del siglo XVII; lea ahora sus versos, y juzgue.





Bordes Pº Estudio y Taller Zaragoza 25 y 27 Valª T. Perez Lª

MUSA I.- CLIO.





CLIO.

CASINO DE MURCIA

MUSA PRIMERA.

CANTA ELOGIOS Y MEMORIAS DE PRINCIPES Y VARONES ILUSTRES.

A la fama y á la gloria
que yo doy, el tiempo cede
sus injurias, que no puede
la edad contra la memoria.

Plectro es mi pluma elocuente,
deidad mi voz, que atrevida,
vuelve al ya muerto á la vida,
y hace, lo que fué, presente.

A la estátua de bronce del santo rey D. Felipe III, que está en la Casa de Campo de Madrid, traida de Florencia. (1)

SONETO I.

¡Oh, cuánta majestad! ¡oh, cuánto número
En el tercer Philipo, invicto y santo,
Presume el bronce que le imita! ¡Oh, cuánto
Estos semblantes en su luz presumen!
Los siglos reverencian, no consumen
Bulto, (2) que igual adoracion y espanto
Mereció, amigo y enemigo, en tanto
Que de su vida dilató el volúmen.

(1) Es la misma que se colocó en la plaza Mayor, donde aun se encuentra, en memoria de haber sido este rey su fundador.

El diseño de la estátua es debido á Juan Boloña; pero la obra la terminó Pedro Tacca en 1614.

(2) Así se lee en las ediciones antiguas; en las de *Autores españoles* se ha impreso *Vulto*, como diccion más castiza; ambas voces tienen, sin embargo, el mismo sonido é igual significado.

Osó imitar artífice toscano,
Al que á Dios imitó de tal manera,
Que es por rey y por Santo soberano.
El bronce por su imágen verdadera
Se introduce en reliquia, y este llano,
En majestad augusta reverbera.

A la misma estátua.

II.

Mas de bronce será, que tu figura,
Quien la mira en el bronce, si no llora;
Cuando ya el sentimiento que te adora,
Hará blando al metal la forma dura.
Quiere de tu caballo la herradura
Pisar líquidas sendas, que la aurora
A su paso perfuma, donde Flora
Ostenta vária y fértil hermosura.
Dura vida con mano lisonjera
Te dió en Florencia artífice ingenioso,
Y reinas en las almas y en la esfera.
El bronce que te imita es virtuoso;
¡Oh, cuánta de los hados gloria fuera,
Si en años le imitaras numeroso!

A Roma sepultada en sus ruinas.

III.

Buscas en Roma á Roma, oh peregrino,
Y en Roma misma á Roma no la hallas,
Cadáver son las que ostentó murallas
Y tumba de sí propio el Aventino.
Yace donde reinaba el Palatino,
Y limadas del tiempo las medallas,
Más se muestran destrozo á las batallas
De las edades, que blason latino.
Solo el Tibre quedó, cuya corriente
Si ciudad la regó, ya sepultura
La llora con funesto son doliente.
¡Oh Roma, en tu grandeza, en tu hermosura,
Huyó lo que era firme, y solamente
Lo fugitivo permanece y dura! (1)

(1) Alude el autor á las aguas del rio Tiber.

Inscripcion de la estátua augusta del César Cárlos V, en Aranjuez.

IV.

Las selvas hizo navegar, y el viento
Al cáñamo en sus velas respetaba,
Cuando cortés su anhélito tasaba
Con la necesidad del movimiento.
Dilató su victoria el vencimiento
Por las riberas que el Danubio lava,
cayó Africa ardiente, gimió esclava
La falsa religion en fin sangriento.
Vió Roma en la desórden de su gente,
Si no piadosa, ardiente valentía;
Y de España el rumor sosegó ausente.
Retiró á Soliman, temor de Hungría;
Y por ser retirada más valiente,
Se retiró á sí mismo el postrer dia.

A un retrato de D. Pedro Giron, duque de Osuna, que hizo Guido Boloñés, armado y grabadas de oro las armas.

V.

Vulcano las forjó, tocólas Midas,
Armas en que otra vez á Marte cierra,
Rígidas con el precio de la sierra
Y en el rubio metal descoloridas.
Al ademan siguieren las heridas,
Cuando su brazo estremeció la tierra;
No las prestó el pincel, diólas la guerra,
Flandes las vió sangrientas y temidas.
Por lo que tienen del Giron de Osuna,
Saben ser apacibles los horrores,
Y en ellas es carmin la tracia luna.
Fulminan sus semblantes vencedores;
Asistió al arte en Guido la fortuna
Y el lienzo es belicoso en los colores.

A la fiesta de toros y cañas del Buen Retiro, en dia de grande nieve.

VI.

Llueven calladas aguas en vellones
Blancos, las nubes mudas; pasa el dia,

Mas no sin majestad en sombra fria,
Y mira el sol, que esconde en los balcones.
No admiten el invierno corazones
Asistidos de ardiente valentía;
Que influye la española monarquía,
Fuerza igualmente en toros y rejones.
El blason de Jarama, humedecida,
Y ardiendo la ancha frente en torva saña,
En sangre vierte la purpúrea vida.
Y lisonjera al grande rey de España
La tempestad, en nieve oscurecida,
Aplaudió al brazo, al fresno y á la caña.

Al duque de Maqueda, en ocasion de no perder la silla en los grandes corcovos de su caballo, habiendo hecho buena suerte en el toro.

VII.

Descortésmente y cauteloso el hado,
Vuestro valor, ¡oh duque esclarecido!
Solicitó envidioso, y atrevido
Logró apenas lo mal intencionado.
Por derribaros, de soberbia armado,
Diligencia en que Estrellas han perdido
La silla, [1] el animal enfurecido
Más alabanza os dió, que os dió cuidado.
Poca le pareció su valentía
Al toro, presuncion de la ribera,
Para desalentar vuestra osadía.
Vuestro caballo os duplicó la fiera,
Mas en vos vencen arte y valentía,
Juntas á la que os lleva, y os espera.

Celebra el esfuerzo de Quinto Mucio, despues llamado Scevola. [2]

VIII.

Tú solo en los errores acertado,
Con brazo, Mucio, en llamas encendido,

(1) Este concepto es de difícil interpretacion, acaso por error de imprenta en las ediciones antiguas, acaso tambien, decimos nosotros, porque la alusion nos es desconocida, pudiendo ser notada de todos en aquellos tiempos.

(2) «Mucio, teniendo Porsena, rey de los etruscos, sitiada á Roma, entró solo en su real á darle muerte. Sucedió, que por no conocer al rey se la diese á uno de su cámara; pero habiendo entendido su error, en su presencia se quemó la mano, y admirando su valor el rey, levantó el sitio. Imitó Quevedo en este soneto á Marcial, cuando se ocupa del mismo asunto en su epig. 22 del lib. I.» (Nota de las ediciones antiguas.)

Más temor diste á Jove, que atrevido
El jigante con ciento rebelado.
Tu diestra, con imperio fortunado,
Reinando entre las brasas, ha vencido
Con ceniza y con humo esclarecido,
De Pórsena el ejército admirado.
Tú, cuya diestra, fuerte, si no errara
Hiciera menos, porque no venciera
Sitio, que á Roma invicta sujetara.
Pudiste ver tu propio brazo hoguera;
No pudo verle Pórsena, y ampara
Deshecho á quien armado no pudiera.

Exhortacion á la majestad del rey nuestro señor Felipe IV, para el castigo de los rebeldes.

IX.

Escondido debajo de tu armada
Gime el Ponto, la vela llama al viento;
Y á las lunas de Tracia con sangriento
Eclipse ya rubrica tu jornada.
En las venas sajónicas tu espada
El acero calienta, y macilento
Te atiende el belga, habitador violento
De poco tierra, al mar y á tí robada;
Pues tus vasallos son el Etna ardiente,
Y todos los incendios, que á Vulcano
Hacen el metal rígido obediente;
Arma de rayos la invencible mano,
Caiga roto y deshecho el insolente
Belga, el francés, el sueco y el germano.(1)

(1) En alguna edicion antigua impresa en los años juveniles de Quevedo, se publicó ya este soneto, que resulta, no obstante, diferente por sus muchas variantes.

Hé aquí el que se encuentra en la edicion de *Poetas ilustres*:

Escondida debajo de tu armada,
Gime la mar, la vela llama al viento,
Y á las lunas del turco, el firmamento
Eclipse les promete en tu jornada.
Quiere en las venas del inglés tu espada
Matar la sed al español sediento,
Y en tus armas, el sol, desde su asiento
Mira su lumbre en rayos aumentada.
Por ventura la tierra de envidiosa
Contra tí arma ejércitos triunfantes,
En sus mónstruos soberbios poderosa.
Que viendo armar de rayos fulminantes,
¡Oh Júpiter! tu diestra valerosa,
Pienso que han vuelto al mundo los jigantes.

Al retrato del rey D. Felipe IV, hecho de rasgos, hilazos con pluma, por Pedro Morante.

X.

Bien con argucia rara y generosa
De rasgos, vence el único Morante
Los pinceles de Apeles y Timante:
Bien vuela así su pluma victoriosa.
Vive en imitacion maravillosa,
Grande Felipe augusto; tu semblante
Y laberinto mudo, si elegante,
La tinta anima en semejanza hermosa.
Propiamente retratan tu belleza
Lazos, pues que son lazos tus facciones,
A Vénus como á Marte tu grandeza.
Tus ejércitos, naves y legiones,
Lazos son de tu inmensa fortaleza,
En que cierras los mares y naciones.

Al toro á quien con bala dió muerte el rey D. Felipe IV.[1]

XI.

En el bruto, que fué bagel viviente,
Donde Jove embarcó su monarquía,
Y la esfera del fuego donde ardia,
Cuando su rayo navegó tridente;
Yace vivo el leon, que humildemente
Coronó por vivir su cobardía;
Y vive muerta fénix valentía,
Que de glorioso fuego nace ardiente.
Cualquier grano de pólvora le aumenta
De primer magnitud estrella pura,
Pues la primera magnitud le alienta.
Entrará con respeto en su figura
El sol, y los cabellos que alimenta,
Con temor de la sien áspera y dura.

(1) «Hace sepulcro en el toro muerto de un leon vivo, á quien el toro habia primero vencido, con alusion al signo Toro, quien tiene una estrella de primera magnitud en la frente, por haber sido allí el primer golpe de la bala.»

Al mismo toro y al propio tiro. [1]

XII.

En dar al robador de Europa muerte,
De quien eres, señor, monarca ibero,
Al ladron te mostraste justiciero,
Y al traidor á su rey castigo fuerte.
Sepa aquel animal, que tuvo suerte
de ser disfraz á Júpiter severo,
Que es el leon de España el verdadero,
Pues de Africa el cobarde se lo advierte.
No castigó tu diestra la victoria,
Ni dió satisfaccion al vencimiento;
Diste al uno consuelo, al otro gloria.
Escribirá con luz el firmamento
Duplicada señal para memoria
En los dos, de tu acierto y su escarmiento.

Memoria inmortal de D. Pedro Giron, duque de Osuna, muerto en la prision. [2]

XIII.

Faltar pudo su patria al grande Osuna,
Pero no á su defensa sus hazañas;
Diéronle muerte, y cárcel las Españas,
De quien él hizo esclava la fortuna.
Lloraron sus envidias una á una
Con las propias naciones las estrañas,
Su tumba son de Flandes las campañas,
Y su epitafio la sangrienta luna.
En sus exequias encendió al Vesubio

(1) «Repite la alusion de la misma fábula de Europa.»

Bien conocida es de todos la fábula de Europa, para que necesitemos reproducirla aquí. Diremos, sin embargo, que era Europa hija de Agenor, rey de Fenicia. Enamorado de ella el dios Júpiter, tomó la forma de un toro para robarla. Llegóse en efecto al jardin donde se hallaba la hermosa ninfa entretejiendo flores. La presencia del fingido toro bastó para que la vírgen se sintiera arrebatada de amor y se entregase sin la menor resistencia. Júpiter la trasportó luego á esta parte del mundo, cuyo nombre recuerda el de la ninfa robada.

(2) En sus obras en prosa, y especialmente en los *Grandes Anales de quince dias*, refiere Quevedo los memorables hechos del duque de Osuna, á quien no se cansa de elogiar con razon, porque fué aquel personaje uno de los últimos varones de la raza de los jigantes castellanos.

Su nombre llenó el mundo con sus inmortales proezas; mas el gobierno de Felipe IV trató de encarcelar su fama y sus altos hechos en la indigna prision donde hizo morir al duque, cuando tantas nulidades se encumbraron en aquel tiempo, tomando por asalto los primeros puestos de la administracion y enriqueciéndose á costa de los míseros pueblos.

Partenope, y Trinacria al Mongibelo;
El llanto militar creció en diluvio.
Dióle el mejor lugar Marte en su cielo,
La Mosa, el Rhin, el Tajo y el Danubio
Murmuran con dolor su desconsuelo.

Al duque de Lerma, maese de campo general en Flandes.[1]

XIV.

Tú, en cuyas venas caben cinco grandes,
A quien hace mayores tu cuchilla,
Eres Adelantado de Castilla,
Y en el Peligro Adelantado en Flandes.
Aguarda la victoria que la mandes
Que tu ejemplo sin voz sabe regilla,
Y pues desprecias miedos de la orilla,
Nadando, es justo, que en elogios andes.
No de otra suerte César animoso
Del Rubicon los rápidos raudales
Penetró con denuedo generoso.
Fueron, sí, las acciones desiguales,
Pues en el corazon suyo ambicioso
Eran traidoras, como en tí leales.

A la huerta del duque de Lerma, favorecida y ocupada muchas veces del señor rey D. Felipe III, y olvidada hoy de igual concurso.

XV.

Yo ví la grande y alta gerarquía
Del magno, invicto y santo rey tercero
En esta casa; y conocí lucero
Al que en sagradas púrpuras ardia.
Hoy desierta de tanta monarquía,
Y del nieto magnánimo heredero,
Yace; pero arde en glorias de su acero,
Como en la pompa que ostentar solia.
Menos envidia[2] teme aventurado,

(1) Escribió este soneto en ocasion de haber ido el duque á ejecutar una empresa, viendo repasadas en las riberas del Rhin sus tropas, se arrojó al rio, y con su ejemplo todos, y ganó la plaza.

(2) El colector de las obras en prosa de Quevedo, Sr. Guerra y Orbe, dejó siempre esta palabra escrita en su antigua ortografía. En las ediciones antiguas se lee indistintamente *invidia, envidia* y *embidia*. En las más modernas aparece siempre esta palabra y otras anticuadas, corregidas con arreglo á la ortografía usual de nuestros tiempos. Este sistema, adoptado en casi todas las ediciones posteriores á Quevedo, es el que seguimos, para no confundir á la generalidad de los lectores que no blasonan de bibliófilos ni de eruditos.

Que venturoso el mérito procura;
Los premios aborrece escarmentado.
¡Oh, amable, si desierta arquitectura,
Más hoy, al que te vé desengañado,
Que cuando frecuentada en tu ventura!

Es de sentencia alegórica este soneto.[1]

XVI.

Pequeños jornaleros de la tierra,
Abejas, lises ricas de colores,
Los picos y las alas con las flores
Saben hacer panales, mas no guerra.
Lis suena flor, y lis el pleito cierra,
Que revuelve en Italia los humores;
Sic vos, non vobis, sois revolvedores,
Pues el leon y el águila os afierra.
Son para las abejas las venganzas
Mortales; y la guerra rigurosa
No codicia aguijones, sino lanzas.
Hace puntas el águila gloriosa,
Hace presa el leon sin asechanzas,
El delfin nada en onda cautelosa.[2]

Figurada contraposicion de dos valimientos.

XVII.

Sabe, ¡oh rey tres cristiano! la festiva
Púrpura, sediciosa por tus alas,
Deshojarte las lises con las balas,
Pues cuanto te aventura, tanto priva.
Sabe, ¡oh humana deidad! tambien tu oliva,
Armar con su minerva á Marte y Palas,
Y laurel coronar prudentes galas,
Y próvida ilustrar paz vengativa.
Sabe poner tu púrpura en tus manos,
Decimotercio rey, con prision grave,

(1) Alegórica á los intereses políticos que se disputaban en Italia varias naciones poderosas.

(2) Entre esta composicion y la que sigue figura en varias ediciones el soneto italiano *Al cardenal de Rucheli*, que empieza así:

«Dove Ruceli andate col pie presto?»

Soneto que suprimimos, porque juzgamos que no deben figurar en esta edicion otras composiciones que las escritas en lengua castellana; sistema que siguió antes que nosotros algun intelige nte colector.

Tu esclarecida madre y tus hermanos.
Tu oliva, ¡oh gran monarca! poner sabe
En tu pecho los tuyos soberanos,
Con la unidad que en los imperios cabe.

Al rey nuestro señor D. Felipe IV.[1]

XVIII.

Aquella frente augusta, que corona
Cuanto el mar cerca, cuanto el sol abriga,
Pues lo que no gobierna, lo castiga
Dios, con no sujetarlo á su persona.
Pudo, vistiendo á Flora y á Pomona,
Mandar que el tiempo sus colores siga;
Haciendo que el infierno se desdiga
De los hielos y nieves que blasona.
Pudo al sol, que al diciembre volvió mayo,
Volverle de envidioso al Occidente,
La luz con ceño, el oro con desmayo.
Correr galan, y fulminar valiente
Pudo; la caña en él ser flecha y rayo;
Pudo Lope cantarle solamente.

Parenética alegoría.

XIX.

Decimotercio rey, esa eminencia
Que tu alteza á sus piés tiene postrada,
Querrá ver la ascendencia coronada,
Pues osó coronar la descendencia.
Casamiento llamó la inteligencia,
Y en él solo se ha visto colorada
La desvergüenza. Díselo á tu espada,
Y dále al cuarto mandamiento audiencia.
Si te derriba quien á tí se arrima,
Su fábrica en tus ruinas adelanta,
Y en cuanto te aconseja te lastima.
¡Oh muy cristiano rey, en gloria tanta
Ya el azote de Dios tienes encima,
Mira que el cardenal se te levanta!

(1) Escribióse en ocasion de haber salido en un dia muy lluvioso á jugar cañas, y haberse serenado luego el cielo; y Lope de Vega describió esta fiesta en liras.

A D. Luis Carrillo, hijo de D. Fernando Carrillo, presidente de Indias, cuatralvo de las galeras de España, y poeta.

XX.

Así, sagrado mar, nunca te oprima
Menos ilustre peso; así no veas
Entre los altos montes que rodeas
Exenta de tu imperio alguna cima;
Ni ofendida tu blanca espuma gima
Agravios de haya humilde, y siempre seas,
Como de arenas, rico de preseas,
Del que la luna más que el sol estima.
Así tu mudo pueblo esté seguro
De la gula solícita, que ampares
De Thetis al amante, al hijo nuevo.
Pues en su verde reino y golfo oscuro,
Don Luis la sirve, honrando largos mares,
Ya de Aquiles valiente, ya de Febo.

A la custodia de cristal que dió el duque de Lerma á San Pablo de Valladolid para el Santísimo Sacramento.

XXI.

Sea, que descansando la corriente
Torcida y libre de espumoso rio
Labró artífice duro, yerto y frio,
Este puro milagro trasparente;
Sea, que aprisionada libre fuente
Encarceló con hielo su albedrío;
O en incendios del sol, la alba el rocío [1]
Cuajó á region benigna del Oriente.
O ya mónstruo diáfano naciese,
Hijo de peñas duras, parto hermoso,
A llama universal rebelde hielo;
Fué bien, que cielo á Dios contrahiciese,
Porque podais decir, duque glorioso,
Que aunque imitado y breve, le dais cielo.

UNIVERSIDAD DE MURCIA BIBLIOTECA FACULTAD DE DERECHO

(1) «O en incendios del sol claro rocío,» corrigió el colector D. Florencio Janer en la edicion de *Autores españoles*. Más claro, más lírico y sonoro resulta el verso con esta enmienda; pero en todas las ediciones antiguas y modernas le vemos impreso como aparece en el texto, incluso en la de Madrid de 1648, y es de creer, por tanto, que así debió escribirle su autor.

Al rey nuestro señor, saliendo á jugar cañas.[1]

XXII.

Amagos generosos de la guerra,
En esa mano diestra esclarecidos
Militan, y estremecen referidos,
Y el ademan ejércitos encierra.
El pino, que fué greña de la sierra,
Y copete de cerros atrevidos,
Fulminando con hierros sacudidos,
Rígida era amenaza de la tierra.
La caña descansó el temor al dia,
En que tu lanza aseguró campañas,
Que ardor disimulado prometia.
Figurando, en la entrada de estas cañas,
Cortés y religiosa profecía,
La de Jerusalen á tus hazañas.

Al rey católico nuestro señor D. Felipe IV, infestado de guerras.

XXIII.

No siempre tienen paz las siempre hermosas
Estrellas en el coro azul ardiente;
Y si es posible, Jove omnipotente,
Publican que temió guerras furiosas.
Cuando armó las cien manos belicosas
Typheo con cien montes insolente,
Víboras de la greña de su frente
Atónitas lamieron á las Osas.
Si habitan en el cielo mal seguras
Las estrellas, y en él teme el Tonante,
¿Qué extrañas guerras tú, que paz procuras?
Vibre tu mano el rayo fulminante,
Castigarás soberbias y locuras,
Y si militas, volverás triunfante.

(1) «(Que atemoriza aun al enemigo en la guerra festiva.)»

JURA

DEL SERENÍSIMO PRINCIPE

D. BALTASAR CARLOS.[1]

En domingo de la Transfiguracion.[2]

I.

Cuando glorioso entre Moisés y Elías,
Tiñó de resplandor el velo humano,
El que, por desquitar las gerarquías,
En mejor árbol restauró el manzano;
Cuando á Córtes llamó las profecías,
Y por testigos sube desde el llano
Al monte, donde eterno reina el cedro,
Con sus primos Jacob y Juan á Pedro.

II.

Cuando el tesoro de la luz ardiente,
Que se disimulaba detenido,
Se esplayó por la faz resplandeciente
Y en incendios del sol bañó el vestido;
Y cuando por gozar siempre presente

(1) Los colectores de las poesías de Quevedo han llenado de notas las octavas de esta composicion, para dar cuenta del ceremonial que describe Quevedo acerca de la jura del príncipe D. Baltasar Cárlos. Nosotros creemos que las noticias que dá el poeta son suficientes para inteligencia del lector; y el que desee más detalles sobre aquel solemne acto, puede acudir á la relacion que corre impresa y lleva por título *Ceremonial que se observa en España para juramento de Príncipe hereditario ó convocacion de las Córtes de Castilla, segun se ha ejecutado desde el juramento del príncipe nuestro señor D. Baltasar Cárlos.*

(2) «Con presagio fatal parece que dejó el autor esta relacion imperfecta. Pero aquí sale ya bien digna de leerse, si la estima y la ternura no embarazan los ojos.» (Advertencia del digno colector D. Joseph Antonio de Salas, en la edicion de Madrid de 1648, pág. 20.)

Trono, en eternas glorias encendido,
Quiso hacer tabernáculos, quien era,
Del que vino á fundar, piedra primera.

III.

Cuando abrasado con herbores de oro
Rey de armas, una nube soberana
Ostentando elocuente su tesoro,
Por más perlas que llora la mañana;
Con la lira en que templa el santo coro,
Orbes por cuerdas cuando canta Osana;
Oidle, que me agrado en él, les dijo,
Y es mi querido y siempre amado hijo.

IV.

Entonces tú, Monarca, que coronas
Con dos mundos apenas las dos sienes;
Tú que haces gemir las cinco zonas,
Para ceñir los reinos que mantienes;
Tú, que con golfos tuyos aprisionas
Las envidias del mar y los desdenes;
Tú, Cuarto á los Felipes, con honrarlos,
Que el Quinto quitas, que pasó á los Cárlos.

V.

Tú, entonces, pues (anuncio venturoso,
Colmado y rico de promesas santas!)
A imitacion del rey siempre glorioso,
De quien indigno calza el sol las plantas;
Próvido juntamente y religioso,
Y humilde emulador de glorias tantas,
Siempre en el cielo tu discurso fijo,
Cuando el hijo nombró, nombras tu hijo.

VI.

Porque fuese la accion más parecida,
Si de partida con los dos trataba,
Tú tratabas tambien de la partida
Por rescatar la religion esclava;
El con su muerte parte á dar la vida,
Tú con la vida, que tu celo alaba,

Vas á que, rojo en sangre, tus leones
Te muestren mar de tantos Faraones.

VII.

Al nombre de tu hijo se debia
La corona que hereda; de la estrella,
De quien tomó los rayos y la guia,
El que halló al Hombre y Dios, Madre y doncella;
Páguele á Baltasar tan claro dia,
Lo que peregrinó solo por vella;
Y aunque Herodes le aguarde, peregrino
Baltasar volverá por buen camino.

VIII.

El nombre del que estuvo de rodillas,
Vertiendo en el pesebre gran tesoro,
Informó [1] de grandeza las mantillas,
Del que vimos venir con real decoro
Por besarle la mano ilustres sillas,
Dejó del mundo el más sublime coro,
El en la majestad, seso y cariño,
Niño pudo venir, mas no fué niño.

IX.

De trinidad humana ví semblantes,
Como pueden mostrarse en nuestra esfera,
Pues á tí tus hermanos semejantes,
Son segunda persona y son tercera;
Los geriones que nombró jigantes
En España la historia verdadera,
Mejor los unen en los tres las lides,
Pues del uno en la cuna tiembla Alcides.

X.

Viéronse allí zodíacos mentidos,
Con presuncion de estrellas los diamantes,
Asperos y pesados los vestidos,
En las pálidas minas centellantes;
De granizo de perlas van llovidos,

(1) «Porque le llevó en brazos D. Gaspar de Guzman, conde de Olivares.» (Nota de la edicion de 1648.)

Y en tempestad preciosa relumbrantes;
Otros, que porque nadie los compita,
De aljófar los nevó la Margarita.

XI.

Luego que la lealtad esclarecida
Fabricó eternidad artificiosa,
Haciendo pasadizo de tu vida
A la del primogénito gloriosa;
La nobleza del orbe más temida,
Que de tal heredero deseosa
Estuvo, hoy al señor, que le concede,
Le pide por merced, que nunca herede.

XII.

Precedió [1] la justicia á los poderes,
Reinos, en que influye amor y vida
Tu augusto corazon; y á donde quieres,
Siguen tus rayos con lealtad rendida;
En luz, mirando el sol, que le prefieres,
Con la suya turbada ó convencida,
Si no empezó á llorar, con el rocío
Tu esceso confesó, pálido y frio.

XIII.

En cuatro ruedas Lirio azul venia,
Reina que Francia dió á los españoles,
De quien estudia luz mendigo el dia,[2]
En quien aprenden resplandor los soles;
Para saber amanecer, pedia
Aurora á sus megillas arreboles;
Y á la tarde Fernando fué mañana,
Que en púrpura precede soberana.

XIV.

Cárlos en luz, y en el lugar lucero,
Resplandeciente precursor camina;

(1) Alude aquí al órden del acompañamiento, segun se advierte en la edicion citada.

(2) «De quien fluida luz mendigó el dia,» se ha impreso en alguna edicion moderna, creyendo sin duda redondear ó espresar mejor el pensamiento, pero á costa del verso, que resulta así defectuoso por la mala colocacion de los acentos.

Como va impreso en el texto, le traen todas las ediciones de alguna estimacion y de verdadera importancia.

Viene Adónis galan, Marte guerrero,
Y á Vénus dos congojas encamina:
Va con susto la gala del acero,
Y menos resplandece que fulmina;
Porque tu providencia, que le inflama,
Le destina á los riesgos de la fama.

XV.

Inundacion de majestad vertiste,
Tu hermosa mente presuncion del fuego;
De los ojos de todos te vestiste,
Pues los de todos te llevaste luego;
Con tantos ojos, pues, tu pueblo viste,
Dulce deidad de amor, pero no ciego,
Tu caballo, con músico alboroto,
Holló sonoro y grave terremoto.

XVI.

De anhelantes espumas argentaba
La razon de metal que le regia;
Al viento, que por padre blasonaba,
En vez de obedecerle, desafia:
Herrado de mercurios se mostraba,
Si amenazaba el suelo no le heria,
Porque de tanta majestad cargado,
Aun indigno le vió de ser pisado.

XVII.

A las damas el fénix dió colores
El íris, la mañana y primavera;
En paz vimos por marzo nieve y flores,
Y el suelo sustituir la octava esfera;
Sus blasones de luz fueran mayores
Si la reina de España no saliera;
Tratólas como el sol á las estrellas;
Anególas en luz con solo vellas.

XVIII.

En oriente portátil de brocado
Sigue tu sol recien amanecido,
En generosos brazos recostado,
Y á tu corte por ellos repartido;

Mira en todos tus reinos el cuidado
Que le tienen los cielos prevenido,
Pues la que atiende alegre gala y fiesta,
Le aguarda en más edad cárcel molesta.

XIX.

Juraron vasallaje y obediencia,
Y besaron la mano al que no sabe,
Cuánto en su soberana descendencia
De augusta majestad gloriosa cabe;
Mas, con anticipada providencia,
Monarca sin edad se muestra grave,
Que al tiempo le dispensa Dios las leyes
Para la suficiencia de los reyes.

XX.

Vive, y ten heredero, y no le dejes,
La voz comun y agradecida aclama,
Que aun tiene por fatiga, que te alejes,
A dar que hacer al grito de la fama;
Por ejército vale en los herejes
Tu nombre solo, que temor derrama;
Las señas de tu enojo por heridas,
Que no aguardan el golpe tales vidas.

XXI.

Ya sus rayos á Yorbe provocaron
Denuedos de los hijos de la tierra;[1]
Y de montes escala fabricaron,
Que tumbas arden hoy de injusta guerra;
Los dos polos gimieron y tronaron,
(¡Tanta discordia la soberbia encierra!)
Sicilia estos escándalos admira,
Y Encelado en el Etna los suspira.

XXII.

En su falda Catania amedrentada
Cultiva sus jardines ingeniosa,
Yace la primavera amenazada,

(1) «Con la comparacion de la guerra de los jigantes contra el cielo, se promete victorias contra los herejes.» (Nota de la edicion de 1648.)

Con susto desanuda cualquier rosa;
Insolente la llama despeñada,
Lamer las flores de sus galas osa;
Parece que la nieve arde el invierno,
O que nievan las llamas del infierno.

XXIII.

Soberbio, aunque vencido, desde el suelo
Al cielo arroja rayos y centellas;
Con desmayado paso y tardo vuelo
Titubeando el sol se atreve á vellas;
En alarma tiene puesto al cielo
Medrosa vecindad de las estrellas,
Cuando de combatir al cielo airado,
Los humos solamente le han quedado.

XXIV.

Tal osa contra tí, tal le contemplo
Al mónstruo de Stocolmia,[1] que tirano
Padecerá castigo, cuando templo
Se prometió sacrílego y profano;
Tú á Flegra añadirás ardiente ejemplo,
Allí triunfante colgará tu mano
Su piel de alguna planta, que cargada,
A fuerza de soberbia esté humillada.

XXV.

Padrones han de ser Rhin y Danuvio
De tu venganza, en tanto delincuente;
Rebeldes venas le será diluvio,
Cuerpos muertos, y arneses, vado y puente;
Rojo su en sangre se verá de rubio
El aleman terror del Occidente,
Tal gemirán las locas esperanzas
De quien no teme al Dios de las venganzas.

---

(1) Stocolmo, capital de Suecia, llamada *Holmia* por los latinos.

Celebra la victoria de los navíos de turcos, que tomó el duque de Pastrana pasando á Roma.

SILVA ENCOMIÁSTICA.

Esclarecidas señas de fortuna
De vuestro valimiento con su rueda.
¡Oh, príncipe glorioso!
Pues os postra la luna,
Que á vuestros piés desvanecida queda,
Vencido el Afro Endimion celoso.
Apenas por los líquidos umbrales
Del Ponto, á quien de la Africa y Europa
Sirve opuesto confin de verde copa;
Y de venas torcidas los corales
Sonora resbalaba vuestra quilla,
Haciéndose menor siempre la orilla;
Y espirando en la popa
Cortés el viento, sobre el mar suave
Tallaba el soplo que en las velas cabe;
Cuando la diligencia desvelada
De atento marinero,
(Sirviéndole la gabia con la entena
De árbitros de las ondas)
Descubrió en las campañas fluctuantes
Del yermo mar bajeles delincuentes
De corsarios valientes,
Cuyo temor fatiga á las riberas,
Cuya paz amenazan sus banderas.
Vos, advertido en el peligro ajeno,
De ardor glorioso y de esperanzas lleno,
Porque aun de paso no se malograse
Ocasion que ilustrase.
El estandarte del mayor monarca,
A quien sirve fortuna religiosa,
En cuanto el cerco de la luz abarca;
Con voz cuanto valiente generosa,
Distes órden á todos,
Armándolos con vos de muchos modos;
Pues cuanto más alguno os imitaba,
Tanto más al peligro se llegaba;
Y vuestra valentía
Fué general ejército aquel dia;

Escuadron la familia y los criados;
Lisonjeros los hados;
La muerte aduladora
Se mostró en los peligros cada hora;
Pasaron despreciadas
Flechas de hierro y de veneno armadas;
Fulminaron en vano
Los mentidos enojos del verano,
Sin que os debiesen atencion sus balas,
Burlándoles la mira vuestras galas.
Rindieron los navíos
Con vuestra providencia y vuestros bríos,
Y al volaros su llama,
Remedio, que turbada siempre tarde
La desesperaeion dicta al cobarde,
En alas os dejó de vuestra fama.
Y presumido en lazos el turbante
Globo sutil, soberbia de levante,
Derribado del ceño que vestia,
Nevó de presuncion vuestra crugia.
Y los que miedo de las costas fueron,
Y los senos de España sacudieron
Con ímpetu violento,
Besaron vuestras plantas,
Luego entre glorias tantas
Descansaron las velas,
Y con ellas despues suplen el viento,
Y se calzan de espumas por espuelas.
Y Tétis soberana,
En cuyos labios nace la mañana,
Galan os mira Febo,
Armado os juzga Aquiles;
Gozando en el esfuerzo y el semblante,
Hijo valiente, venturoso amante.

Desterrado Scipion á una rústica casería suya, recuerda consigo la gloria de sus hechos y de su posteridad.(1)

Faltar pudo á Scipion Roma opulenta,
Mas á Roma Scipion faltar no pudo;

(1) A este soneto dió el argumento y mucha parte de su locucion, la ilustre Epístola LXXXVI de nuestro Lucio Séneca, escrita á Lucilio, desde la misma casa del Campo de Publio Cornelio Scipion, junto á Linterno, ciudad de Campania..... Quien cotejare con este el soneto XII arriba referido, á la *inmortal memoria de D. Pedro Giron, duque de Osuna*, sentirá luego la consonancia, y ambos por ejemplos sensibles de las patrias ingratas.» (Nota de D. Josef Antonio de Salas.)

Sea blason de su envidia, que mi escudo
Que del mundo triunfó, cede á su afrenta.
Si el mérito africano la amedrenta,
De hazañas y laureles me desnudo;
Muera en destierro en este baño rudo,
Y Roma de mi ultraje esté contenta.
Que no escarmiente alguno en mí quisiera,
Viendo la ofensa, que me dá por pago,
Porque no falte quien servirla quiera.
Nadie llore mi ruina ni mi estrago,
Pues será á mi ceniza, cuando muera,
Epitafio Aníbal, urna Cartago.

ELOGIO

AL DUQUE DE LERMA

D. FRANCISCO.

(Cuando vivia valido feliz del señor rey D. Felipe III.)

CANCION PINDÁRICA.

ESTROFA I.

De 16 versos.

De una madre nacimos
Los que esta comun aura respiramos;
Todos muriendo en lágrimas vivimos,
Desde que en el nacer todos lloramos.
Solo nos diferencia
La paz de la conciencia,
La verdad, la justicia á quien el cielo
Hermosa, si severa,
Con alas blancas envió ligera,
Porque serena gobernase el suelo;
Ella asegura el tránsito á la vida.
Feliz el que la cándida pureza
No turba en la riqueza;
Y aquel que nunca olvida
Ser polvo, en el halago del tesoro,
Y el que sin vanidad desprecia el oro.

ANTIESTROFA I.

De 16 versos.

Como vos, oh glorioso
Duque, en quien hoy estimacion hallaron
Las virtudes, y premio generoso,
Ved, cual sois, que con vos se coronaron,
Nunca más felizmente
En la gloriosa frente
De Alejandro su luz amanecieron:
Ni en la alma valerosa
De César, que ya estrella á volar osa,
Mayores alabanzas merecieron.
Ni de Augusto las paces más amadas
Fueron, pues de blandura y de cuidado
Vuestro espíritu armado,
Aces dejó burladas;
Previniendo la suerte que enemiga,
Al que irritarla presumió, castiga.

EPODO I.

De 21 versos.

Por vos desde sus climas peregrino,
Devoto á la deidad del rey de España
El alárabe vino;
No es poco honrosa hazaña,
Que vencido el camino,
Y perdonado ya del mar y el viento,
Por justo y religioso el noble intento,
Debajo de sus piés ponga el turbante
El persa, honor y gloria de Levante.
Por vos Inglaterra
Descansa, y nos descansa de la guerra;
Y Francia, madre de ínclitos varones,
Del peso de las armas aliviada,
Trae por adorno varonil la espada,
Que ya opuso de España á los leones.
Y las islas postreras,
Que por merced del mar pisan el suelo,
Clemencia nunca vista en ondas fieras,
Por vos, por vuestro celo,

Admitirán la paz, con que les ruega
Quien con su voz de un polo al otro llega.

ESTROFA II.

De 16 versos.

Curcio, mancebo fuerte,
Con glorioso desprecio y atrevido,
Tocó las negras sombras de la muerte,
Cuando de ardor valiente y persuadido,
Clara fama seguro
Buscó en el foso oscuro;
El precio dedicando de su vida
Al pueblo temeroso;
Y en el horror del cóncavo espantoso
Intrépido sostuvo en su caida,
Como Encélado, montes desiguales.
A quien premiando el alto beneficio,
Hicieron sacrificio
En aras inmortales,
Pues murieron por dar á Roma gloria,
Dió su vida á guardar á su memoria.

ANTIESTROFA II.

De 16 versos.

Vos del forzoso peso
De tan grande república oprimido,
Con juicio igual y con maduro seso,
A Curcio aventajado y parecido,
Por darla algun remedio,
Arrojándoos en medio
De los más hondos casos y más graves,
De Atlante sois alcides,
Que le alivia en sus paces y en sus lides;
Guardándole á Felipo las dos llaves,
Con que de Jano el templo ó abre ó cierra,
Vos, con cuello obediente á peso tanto,
Comprais el laurel santo;
Y á vos toda la tierra,
Cual Roma, solo á Curcio, que la ampara,
Sacrificios dedica en feliz ara.

EPODO II.

De 21 versos.

¡Oh, bien lograda y venturosa vida
La vuestra, á quien la muerte trae descanso
Cuando ella es parricida,
Y en un reposo manso
Llegará la partida!
Sueño es la muerte, en quien de sí fué dueño,
Y la vida de acá tuvo por sueño,
Apacible os será la tierra y leve;
Que fué larga, direis, la vida breve;
Porque en el buen privado
Es dilacion del premio deseado;
Envidia de la gloria que le espera,
La edad prolija y larga. ¡Oh, cómo ufanos
Vuestros padres y abuelos soberanos,
Que España armados vió (de la manera
Que á Jove los jigantes,
Soberbio parto de la parda tierra
Que fulminados yacen fulminantes),
Escarmiento á la guerra
Darán de vos en nietos esforzados,
Sus hechos y sus nombres heredados!

«Así cantaba Clio,
Al son de la trompeta de la fama,
Y el númen que la infama,
Suspenso aquí, desacordado y frio,
Cesó, y entre las flores,
Los vientos quiso oir murmuradores.»



Bordas. Fº Estudio y Taller Zaragoza. 25 y 27. Valº T. Perez. Lº

MUSA II.- POLIMNIA.



POLIMNIA.

MUSA II.

CANTA ESPRIMIENDO LAS COSTUMBRES DEL HOMBRE, Y LAS PROCURA ENMENDAR.

De el ánimo los afectos
represento yo, que llaman
costumbres; mis voces claman,
ya virtudes, ya defectos.

Al mal en bien simulado
el disfraz quito, y despues,
lo que más perfeccion es,
con elegancia persuado.

Muestra con ilustres ejemplos cuán ciegamente desean los hombres.[1]

SONETO I.

Próvida dió á Campania al gran Pompeo
Piadosas, si molestas calenturas;
La salud le abundó de desventuras,
Y le usurpó á sus glorias el trofeo.
¿Quién podrá disculpar nuestro deseo,
Si en el cerco del sol camina á oscuras?
Sobráranle en Campania sepulturas,
Fáltanle de su muerte en el rodeo.
Si Mario la alma expléndida exhalara,
Opima con dos triunfos de la guerra,

(1) «Es imitacion de Juvenal, Sát. 10. *Próvida Pompeyo, dederat Campania febres*, etc.»

Lagos, destierro y cárcel ignorara.
Mucha tiniebla y grande noche cierra
Cuanto destina el hombre, y toda para
En pretendida muerte y poca tierra.

Enseña cómo no es rico el que tiene mucho caudal.[1]

II.

Quitar codicia, no añadir dinero,
Hace ricos los hombres, Casimiro;
Puedes arder en púrpura de Tiro,
Y no alcanzar descanso verdadero.
Señor te llamas, yo te considero,
Cuando el hombre interior que vives, miro
Esclavo de las ansias, y el suspiro,
Y de tus propias culpas prisionero.
Al asiento del alma suba el oro,
No al sepulcro del oro la alma baje,
Ni le compita á Dios su precio el lodo.
Descifra las mentiras del tesoro,
Pues falta (y es del cielo este lenguaje)
Al pobre mucho, y al avaro todo.

Séneca vuelve á Neron la riqueza que le habia dado.[2]

III.

Esta miseria, gran señor, honrosa,
De la humana ambicion alma dorada;
Esta pobreza ilustre acreditada,
Fatiga dulce é inquietud preciosa;
Este metal de la color medrosa
Y de la fuerza contra todo osada,
Te vuelvo, que alta dáviva envidiada
Enferma la fortuna más dichosa.
Recíbelo, Neron, que en docta historia
Más será recibirlo que fué darlo,
Y más seguridad en mí el volverlo;
Pues juzgarán, y te será más gloria,
Que diste oro á quien supo despreciarlo,
Para mostrar que supo merecerlo.

(1) «El primer verso es de Epicuro, citado por Séneca. El primer terceto de San Pedro Crisólogo, sermon 22. El postrer verso de Séneca.»

(2) «Las causas que él significó, referidas por Tácito, se repiten aquí, como las respondidas de Neron.»

Respuesta de Neron á Séneca, no admitiendo lo que le volvia.

IV.

Séneca, el responder hoy de repente
A tu razonamiento prevenido,
Gloria es de tu enseñanza, que ha podido
Formar mi lengua contra tí elocuente.
A lo que yo te debo, aun no es decente
Eso, que de mi mano has recibido;
Y para lo que á mí me debo, ha sido
Empezar á premiarte escasamente.
Quieres, á costa de la fama mia,
Que alaben tu modestia y tu templanza,
Y que acusen mi avara hidropesía.
El premio, pues, debido á mi enseñanza
Goza, porque el volvérmele este dia,
Y no admitirle yo, nos sea alabanza.

Un delito igual se reputa desigual, si son diferentes los sugetos que le cometen, y aun los delitos desiguales.[1]

V.

Si de un delito propio es precio en Lido
La horca y en Menandro la diadema,
¿Quién pretendes, ¡oh Júpiter! que tema
El rayo á las maldades prometido?
Cuando fueras un roble endurecido,
Y no del cielo majestad suprema,
Gritaras, tronco, á la injusticia extrema,
Y dios de mármol, dieras un gemido.
Sacrilegios pequeños se castigan,
Los grandes en los triunfos se coronan,
Y tienen por blason que se los digan.
Lido robó una choza, y le aprisionan;
Menandro un reino, y su maldad obligan
Con nuevas dignidades que le abonan.

(1) «Es imitacion de Juvenal, Sát. 3, y de Séneca, Epíst. 87.»

El pecar intercede por los premios, prefiriéndose á la virtud.[1]

VI.

Si gobernar provincias y legiones
Ambicioso pretendes, oh Licino!
Procura que el favor y el desatino
Aseguren de infames tus acciones.
No merezca ninguno las prisiones
Mejor que tú, pues cuanto más vecino
Al suplicio te vieres, el destino
Más te apresurará las elecciones.
Felices son y ricos los pecados,
Ellos dan los palacios suntuosos,
Llueven el oro, adquieren los estados.
Alábense los hombres virtuosos,
Mas para lo que viven alabados,
Quien los alaba elige los viciosos.

Que desengaños son la verdadera riqueza.

VII.

¿Cuándo seré infeliz sin mi gemido?
¿Cuándo sin el ajeno afortunado?
El desprecio me sigue desdeñado,
La envidia en dignidad constituido.
O del bien ó del mal vivo ofendido;
Y es ya tan insolente mi pecado,
Que por no confesarme castigado,
Acusa á Dios con llanto inadvertido.
Temo la muerte, que mi miedo afea;
Amo la vida con saber es muerte,
Tan ciega noche el seso me rodea.
Si el hombre es flaco y la ambicion es fuerte,
Caudal que en desengaños no se emplea,
Cuanto se aumenta, Caridon, se vierte.

(1) «Es de Juvenal, Sát. 1.»

Por más poderoso que sea el que agravia, deja armas para la venganza.[1]

VIII.

Tú ya, oh ministro, afirma tu cuidado,
En no injuriar al mísero y al fuerte;
Cuando les quites oro y plata, advierte
Que les dejas el hierro acicalado.
Dejas espada y lanza al desdichado,
Y poder y razon para vencerte;
No sabe pueblo ayuno temer muerte,
Armas quedan al pueblo despojado.
Quien vé su perdicion cierta, aborrece,
Más que su perdicion, la causa de ella;
Y esta, no aquella, es más quien le enfurece.
Arma su desnudez, y su querella
Con desesperacion, quedo le ofrece
Venganza del rigor, quien le atropella.

Persuade á la justicia que arroje el peso, pues usa solo de la espada.[2]

IX.

Arroja las balanzas, sacra Astrea,
Pues que tienen tu mano embarazada;
Y si se mueven, tiemblan de tu espada,
Que el peso y la igualdad no las menea.
No estás justificada, sino fea:
Y en vez de estar igual, estás armada;
Feroz te ve la gente, no ajustada,
Quieres que el tribunal batalla sea.
Ya militan las leyes y el derecho,
Y te sirven de texto las heridas,
Que escribe nuestra sangre en nuestro pecho.
La parca eres fatal para las vidas,
Pues lo que hilaron otras, has deshecho,
Y has vuelto las balanzas homicidas.

---

(1) «Juvenal, en la Sát. 8, prestó espíritu á estos versos.»
(2) «Vulgar es su pintura con un peso de balanzas en una mano y una espada en otra.»

Manifiesta un ardid grande del perverso pretendiente, cuando desea que todos sean buenos, con intento malo.[1]

X.

¿Cuándo, Licino, dí, contento viste
Hombre con un pecado solamente,
Si quien merece pena, es suficiente,
Y el inculpable inútil yace y triste?
¿Quién al mayor delito se resiste?
¿Qué cortesano habrá que no se afrente
De que le esceda en vida delincuente
El que á los ojos, que pretende, asiste?
¡Oh ingénio del pecado escandaloso!
Pues Licas, habitado de serenos
Aspides, el espíritu ambicioso.
Todos los malos quiere que sean buenos,
Para que á su maldad el poderoso,
Por sola, comunique sus venenos.

Describe el apetito esquisito de pecar.[2]

XI.

No agradan á Policles los pecados,
Con el uso plebeyo repetidos,
Ni delitos por otro introducidos;
Sí los mayores y por sí inventados.
Cual si fueran virtud, los moderados
Vicios Policles tiene aborrecidos;
Y los templadamente distraidos
Yacen de su privanza desterrados.
De puro pecador, le son ingratos
Los pecados tal vez, pues al pequeño,
O desprecia ó le admite con recatos.
De vicios hace escrupuloso empeño,
Ni los quiere ordinarios ni baratos;
Si tú le imitas, tú serás su dueño.

(1) «Es de Juvenal, Lib. 5, Sát. 13.»

(2) «Imita una perversa sentencia de Catulo, Epig. 92, y á Petronio: *Non vulgo nota placebant Gaudia, non usu plebeio trita voluptas*, etc.»

A la violencia é injusta prosperidad.[1]

XII.

Ya llena de sí sola la litera
Maton, que apenas anteayer hacia
(Flaco y magro malsin) sombra, y cabia,
Sobrando sitio, en una ratonera.
Hoy mal introducida con la esfera
Su casa, al sol los pasos le desvia,
Y es tropezon de estrellas; y algun dia,
Si fuera más capaz, pocilga fuera.
Cuando á todos pidió, le conocimos:
No nos conoce, cuando á todos toma;
Y hoy dejamos de ser lo que ayer dimos.
Sóbrale tanto, cuanto falta á Roma;
Y no nos puede ver, porque le vimos;
Lo que fué esconde, lo que usurpa asoma.

Advierte que aunque se tarda la venganza del cielo contra el pecado, en efecto llega.[2]

XIII.

Porque el azufre sacro no te queme,
Y toque el roble, sin haber pecado,
Será razon que digas obstinado,
Cuando Jove te sufre, que te teme?
Que tu boca sacrílega blasfeme,
Porque no eres bidental evitado?
Que en lugar de enmendarte perdonado,
Tu obstinacion contra el perdon se extreme?
Por eso Jove te dará algun dia
La barba tonta y las dormidas cejas,
Para que las repele tu osadía?
A Dios con qué le compras las orejas?
Que parece asquerosa mercancía
Intestinos de toros y de ovejas.

(1) «Es Juvenal, Sát. 1. Y con la permision satírica se desliza al donaire.»
(2) «Es de Persio en la Sát. 2. *Sulfure desculitur sacro*, etc.»

Advierte el llanto fingido y el verdadero, con el afecto de la codicia.[1]

XIV.

Lágrimas alquiladas del contento
Lloran difunto al padre y al marido;
Y el perdido caudal ha merecido
Solamente verdad en el lamento.
Codicia, no razon ni entendimiento,
Gobierna los afectos del sentido;
Quien pierde hacienda, dice que ha perdido,
No el que convierte en logro el monumento.
Los sacrosantos bultos adorados
Ven sus muslos raidos por el oro,
Sus barbas y cabellos arrancados.
Y el ser los dioses masa de tesoro,
Los tiene al fuego y cuño condenados,
Y al Tonante fundido en cisne y toro.

Al ambicioso valimiento, que siempre anhela á subir más.[2]

XV.

Descansa, mal perdido, en alta cumbre,
Donde á tantas alturas te prefieres,
Si no es que acocear las nubes quieres,
Y en la region del fuego beber lumbre;
Ya te padece grave pesadumbre
Tu ambicion propia, peso y cargas eres
De la fortuna, en que viviendo mueres,
Y esperas que podrá mudar costumbre.
El vuelo de las Aguilas que miras
Debajo de las alas con que vuelas,
En tu caida cebarán sus iras.
Harto crédito has dado á las cautelas:
¿Cómo puedes lograr á lo que aspiras,
Si al tiempo de espirar soberbio anhelas?

(1) «Es de Juvenal, Sát. 13. *Ploratur lacrymis amissa pecunia veris*, etc.»

(2) «Toda es metafórica simulacion, dice D. José Antonio Gonzalez de Salas, continuada tambien en la figura de las Aguilas, que son otros ambiciosos inferiores, que aguardan á que caiga el superior, para cebarse en él.»

Peligro del que sube muy alto, y más si es por la caida de otro.

XVI.

Para si subes, si has llegado, baja,
Que ascender á rodar es desatino;
Mas si subiste, logra tu camino,
Pues quien desciende de la cumbre, ataja.
Detener de fortuna la rodaja,
A pocos concedió poder divino;
Y si la cumbre desvanece el tino,
Tambien tal vez la cumbre se desgaja.
El que puede caer, si él se derriba,
Ya que no se conserva, se previene
Contra el semblante de la suerte esquiva.
Y pues nadie que llega se detiene,
Tema más quien se mira más arriba,
Y el que subió por quien rodando viene.

Más se han perdido en la prosperidad confiados, que en la adversidad prevenidos.

XVII.

Más escarmientos dan al Ponto fiero
(Si atiendes) la bonanza y el olvido,
Que el peligro y naufragio prevenido,
Y el enojo del Euro más severo.
Así cuando cortés y lisonjero
Noto tus velas mueva adormecido,
Y sirva por tus gabias extendido
De líquido y sonoro marinero;
Entonces ¡oh Mirtilo! desvelados
En la milicia de la calma ociosa,
Tus sentidos irán y tus cuidados.
Menos dulce es la paz que peligrosa;
No salgas, no, á recibir los hados;
Tarda con advertencia perezosa.

Moralidad útil contra los que hacen adorno propio de la ajena desnudez.[1]

XVIII.

Desabrigan en altos monumentos
Cenizas generosas por crecerte;
Y altas ruinas, de que te haces fuerte,
Más te son amenaza que cimientos.
De venganzas del tiempo, de escarmientos,
De olvidos y desprecios de la muerte,
De túmulo funesto, osas hacerte
Arbitro de los mares y los vientos.
Recuerdos y no alcázares fabricas,
Otro vendrá despues que de sus torres
Alce en tus huesos fábricas más ricas.
De ajenas desnudeces te socorres,
Y procesos de mármol multiplicas;
Temo que con tu llanto el suyo borres.

Advierte la doctrina segura, que castigos de la Providencia divina, fuera del uso comun, avisan la encomienda de pecados.[2]

XIX.

Si son nuestros corsarios nuestros puertos,
Si usurpa primavera belicosa
Al invierno estacion facinerosa,
Con cielo armado y con escollos yertos;
Si caudal sumergido y hombres muertos,
La voz que gime el Ponto procelosa,
No acuerdan la conciencia perezosa;
Más estamos difuntos que despiertos.
Tú, Señor, ligas en tu diestra mano
Tempestades sonoras, ondas frias,
Fabricando en azote el Oceano.
Por cobradores tuyos nos envias
Hoy la borrasca, ayer el luterano,
Y ejecutores son horas y dias.

(1) «Estudia esta enseñanza en la fábrica del castillo de Cartagena, que para edificarle deshicieron unos sepulcros de romanos. (El mismo colector.)»

(2) «Está tomado oportunamente el argumento de este soneto de la pérdida de unos bageles en nuestro propio puerto.»

Enseña á morir antes, y que la mayor parte de la muerte es la vida, y esta no se siente; y la menor, que es el último suspiro, es la que dá pena.

XX.

Señor Don Juan, pues con la fiebre apenas
Se calienta la sangre desmayada,
Y por la mucha edad desabrigada
Tiembla, no pulsa entre la artéria y venas;
Pues que de nieve están las cumbres llenas,
La boca de los años saqueada,
La vista enferma en noche sepultada,
Y las potencias de ejercicio ajenas.
Salid á recibir la sepultura
Acariciad la tumba y monumento,
Que morir vivo, es última cordura.
La mayor parte de la muerte, siento
Que se pasa en contentos y locura;
Y á la menor se guarda el sentimiento.

A un amigo, que retirado de la corte pasó su edad.

XXI.

Dichoso tú, que alegre en tu cabaña,
Mozo y viejo espiraste la aura pura,
Y te sirven de cuna y sepultura,
De paja el techo, el suelo de espadaña.
En esa soledad, que libre baña
Callado sol con lumbre más segura,
La vida al dia más espacio dura,
Y la hora sin voz te desengaña.
No cuentas por los cónsules los años,
Hacen tu calendario tus cosechas,
Pisas todo tu mundo sin engaños.
De todo lo que ignoras te aprovechas;
Ni anhelas premios, ni padeces daños,
Y te dilatas cuanto más te estrechas.

Esclama contra el rico, hinchado y glotón.

XXII.

¡Cuántas manos se afanan en Oriente,
Examinando la mayor altura,
Porque en tus dedos breve coyuntura
Con todo un patrimonio esté luciente!
¡Cuánta descaminada ciega gente
Tiene en poco del mar la saña dura,
Solo para que adorne tu locura,
Rubia calamidad, púrpura ardiente!
¡Cuánto pirata de Noruega atento,
ministro de tu gula, remontado
Despuebla de familia alada el viento!
¡Cuánto engaño de cáñamo anudado
Tiene el golfo, inquiriendo su elemento
Al pasto delicioso del pecado!

Aconseja á un amigo, que estaba en buena posesion de nobleza, no trate de calificarse, porque no le descubran lo que no se sabe.

XXIII.

Solar y ejecutoria de tu abuelo
Es la ignorada antigüedad sin dolo:
No escudriñes al tiempo el protocolo,
Ni corras al silencio antiguo el velo.
Estudia en el osar de este mozuelo,
Descaminado escándalo del Polo;
Para probar que descendió de Apolo,
Probó, cayendo, descender del cielo.
No te vuelvas los huesos sepultados,
Que hallarás más gusanos que blasones,
En testigos de nuevo examinados;
Que de multiplicar informaciones,
Puedes temer, multiplicar quemados,
Y con las mismas pruebas faetones.

El pobre, cuando dá, pide más que cuando pide.[1]

XXIV.

Si lo que ofrece el pobre al poderoso,
Licas, á logro, es don interesado,
Pues dá por recibir, menos cuidado
Pedigüeño dará que dadivoso.
Yo, que mendigo soy, mas no ambicioso,
Apenas de mi sombra acompañado,
Con lo que no te doy he disculpado
En mi necesidad lo cauteloso.
Pues que tu hacienda á mi caudal escede,
Deja que el ruego tu socorro cobre,
Por quien mi desnudez sola intercede.
No aguardes que mañosa ofrenda obre,
Pues solo con no dar al rico, puede
Ser con el rico liberal el pobre.

Castiga á los glotones y bebedores, que con los desórdenes suyos aceleran la enfermedad y la vejez.[2]

XXV.

Que los años por tí vuelen tan leves,
Pides á Dios; que el rostro sus pisadas
No sienta, y que á las greñas bien peinadas
No pase corva la vejez sus nieves.
Esto le pides, y borracho bebes
Las vendimias en tazas coronadas;
Y para el vientre tuyo, las manadas
Que Apulia pasta, son bocados breves.
A Dios le pides lo que tú te quitas;
La enfermedad y la vejez te tragas,
Y estar de ellas exento solicitas.
Pero en rugosa piel la deuda pagas
De las embriagueces que vomitas,
Y en la salud que comilon estragas.

---

(1) «Es argumento repetido de epigramatarios latinos y griegos.»
(2) «Persio: *Poscuis opem nervis*, etc.»

Represéntase la brevedad de lo que se vive, y cuán nada parece lo que se vivió.[1]

XXVI.

¡Ah de la vida! ¿Nadie me responde?
Aquí de los antaños que he vivido;
La fortuna mis tiempos ha mordido,
Las horas mi locura las esconde.
¡Que sin poder saber cómo ni á dónde,
la salud y la edad se hayan huido!
Falta la vida, asiste lo vivido,
Y no hay calamidad que no me ronde.
Ayer se fué, mañana no ha llegado,
Hoy se está yendo sin parar un punto,
Soy un fué, y un será, y un es cansado.
En el hoy, y mañana, y ayer, junto
Pañales y mortaja: y he quedado
presentes sucesiones de difunto.

Significase la propia brevedad de la vida, sin pensar y con padecer, salteado de la muerte.

XXVII.

Fué sueño ayer, mañana será tierra:
Poco antes nada, y poco despues humo,
¡Y destino ambiciones, y presumo,
Apenas punto al cerco que me cierra!
Breve combate de importuna guerra,
En mi defensa soy peligro sumo:
Y mientras con mis armas me consumo,
Menos me hospeda el cuerpo que me entierra.
Ya no es ayer, mañana no ha llegado,
Hoy pasa, y es y fué, con movimiento,
Que á la muerte me lleva despeñado.
Azadas son la hora y el momento,
Que á jornal de mi pena y mi cuidado
Cavan en mi vivir mi monumento.

(1) «Dá á las mismas pensiones de la vida, contenidas en el soneto antecedente, vejez y enfermedad, diversa causa, esta es, el propio vivir.»

Enseña el camino más seguro para la virtud, y quita el velo engañoso á la riqueza.[1]

XXVIII.

A quien la buena dicha no enfurece,
Ninguna desventura le quebranta:
Camina, Fabio, por la senda santa,
Que no en despeñaderos permanece.
Huye el camino izquierdo, que florece
Con el engaño de tu propia planta;
Pues cuanto en curso alegre se adelanta,
Tanto en mentidas lumbres te anochece.
Huye la multitud descaminada,
Deja la culpa expléndida, y seguro
La virtud dará el fin de la jornada.
Y si al engaño en la opulencia oscuro
Aplicas luz, harás que te persuada,
Que el oro es cárcel con blason de muro.

Reprende la contínua solicitud de los usureros.[2]

XXIX.

Con más vergüenza viven Euro y Noto,
Licas, que en nuestra edad los usureros;
Sosiéganse tal vez los vientos fieros,
Y ocioso el mar no gime su alboroto.
No siempre el Ponto en sus orillas roto
Ejercita los roncos marineros;
Ocio tienen los golfos más severos,
Ocio goza el bagel, ócio el piloto.
Cesa de la borrasca la milicia;
Nunca cesa el despojo ni la usura,
Ni sabe estar ociosa su codicia.
No tiene paz, no sabe hallar hartura;
Osa llamar á su maldad justicia,
Arbitrio al robo, á la dolencia cura.

(1) «Empieza con aquellas palabras de San Agustin: *Nulla infelicitas frangit, quem nula felicitas corrumpit.*»

(2) «Es una espresion de las palabras de San Ambrosio, *De Ælia, et Jeiunio: Verecundiores sunt venti*, etcétera.»

Que al más poderoso leon puede hacer daño una sabandija, y beneficio otra.

XXX.

¿Ves la greña, que viste por muceta
Erizada? ¿Y la sima, en donde embosca
Armas por dientes? ¿Que la cola enrosca?
¿Y en cada uña alista una saeta?
¿Que el bramido le sirve de trompeta?
¿Y que la zarpa desanuda tosca?
Pues todo lo ocasiona aquella mosca,
Y un átomo importuno que le inquieta.(1)
Por otra parte aquel raton royendo
Le quita la prision, que no ha podido
Quitarse muy leon y muy horrendo.
Tal sucede al poder, que es más temido,
Que le libra un raton, que vive huyendo,
Y del mosquito le acongoja el ruido.

La honesta humildad en el traje, abriga al hombre y le aconseja.

XXXI.

Sin veneno sarra, (2) no en pobre lana,
Que acuerda de la oveja, no de Tyro,
Me abrigo, en tanto que vestidas miro
Las coronadas Furias con la grana.
La pálida ceniza, (3) que tirana
Se guarda, y se descubre con suspiro,
No encamina la envidia á mi retiro,
Ni el sueño y la conciencia me profana.
Las guijas, (4) que el Oriente por tesoro
Vende á la vanidad y á la locura,
Si no encienden mis dedos, no las lloro.

---

(1) «Y un átomo importuno le inquieta» se lee en casi todas las ediciones, incluso en la de *Autores españoles* en el tomo de las poesías de Quevedo, coleccionadas por D. Florencio Janer.

No hubiéramos añadido de nuestra propia cuenta una sílaba más para completar la medida del verso, que resulta corto sin ella, á no verlo impreso así en la edicion de Sancha, de donde tomamos dicha correccion.

(2) «Con gran sabor de los poetas antiguos llamó ansi á la *púrpura*, por haberse llamado la ciudad *Tyro*, de donde era la mejor, tambien *Sar*. Ennio la nombró *Sarra*. En diversos lugares usó de este apellido nuestro poeta. Baste advertirlo aquí.»

Nota de la edicion de 1648.

(3) Quiere decir el temor, segun los anotadores de Quevedo.

(4) Piedras preciosas.

De balde me dá el sol su lumbre pura,
Plata la luna, las estrellas oro;
Basta que dé la tierra sepultura.

Burla de los que con dones quieren granjear del cielo pretensiones injustas.

XXXII.

Para comprar los Hados más propicios,
Como si la Deidad vendible fuera,
Con el toro mejor de la ribera,
Ofreces cautelosos sacrificios.
Pides felicidades á tus vicios;
Para tu nave rica y usurera
Viento tasado y onda lisonjera,
Mereciéndole al golfo precipicios.
Porque esceda á la cuenta tu tesoro,
A tu ambicion, no á Júpiter, engañas,
Que él cargó las montañas sobre el oro.
Y cuando la ara en sangre humosa bañas,
Tú miras las entrañas de tu toro,
Y Dios está mirando tus entrañas.

Contra los que quieren gobernar el mundo, y viven sin gobierno.[1]

XXXIII.

En el mundo naciste, no á enmendarle,
Sino á vivirle, Clito, y padecerle;
Puedes, siendo prudente, conocerle,
Podrás, si fueres bueno, despreciarle.
Tú debes, como huésped, habitarle,
Y para el otro mundo disponerle,
Enemigo del alma, has de temerle,
Y patria de tu cuerpo, tolerarle.
Vives mal presumidas y ambiciosas
Horas, inútil número del suelo,
Atento á sus quimeras engañosas:
Pues ocupado en un mordaz desvelo,
A tí no quieres enmendarte, y osas
Enmendar en el mundo tierra y cielo.

(1) «Séneca, Epist. 108.»

Advertencia á España, de que así como se ha hecho señora de muchos, así será de tantos enemigos envidiada y perseguida, y necesita de contínua prevencion por esta causa.[1]

XXXIV.

Un godo, que una cueva en la montaña
Guardó, pudo cobrar las dos Castillas;
Del Bétis y Genil las dos orillas,
Los herederos de tan grande hazaña.
A Navarra te dió justicia y maña,
Y un casamiento, en Aragon, las sillas,
Con que á Sicilia y Nápoles humillas
Y á quien Milan espléndida acompaña.
Muerte infeliz en Portugal arbola
Tus castillos, Colon pasó los godos
Al ignorado cerco de esta bola.
Y es más fácil, ¡oh España! en muchos modos,
Que lo que á todos les quitastes sola,
Te pueden á tí sola quitar todos.[2]

Difícil (aunque le llamaron fácil), pero solo medio verdadero de tener riqueza y alegría en el ánimo.[3]

XXXV.

Todo lo puede despreciar cualquiera,
Mas nadie ha de poder tenerlo todo;
Solo para ser rico, es fácil modo
Despreciar la riqueza lisonjera.
El metal, que las luces de la esfera
Por hijo primogénito acomodo,
Luego que al fuego se desnuda el lodo,
Espléndido tirano reverbera.
A ser peligro tan precioso viene
Polvo, que en vez de enriquecer, ultraja,
Que solo á quien le tiene, honor se tiene.
La amarillez del oro está en la paja
Con más salud, y pobres nos previene
Desde la choza alegre la mortaja.

---

(1) «Séneca, Epist. 88. *Quod unus populus eripuerit omnibus, facilius uni ab omnibus eripi posse.*»

(2) Pensamiento que espresa tambien el autor en alguna de sus obras en prosa.

(3) «Doctrina es la que aquí se contiene, muy repetida ya. Pero aquí quiso exprimir á Séneca, de quien fué muy devoto, en la Epist. 62. *Contemnere omnia,* etc.»

Muestra por extraño é ingenioso camino, que es dicha no ser poderoso, y que siempre los que lo son, suelen emplearlo mal.(1)

XXXVI.

No es falta de poder, que yo no pueda
Tener al benemérito quejoso;
Ni harto de venganza al envidioso,
Que al bien obrar infama la vereda.
Ni elegir en ministro á quien enreda
El sosiego y la paz del virtuoso;
Ni ocupar en aumentos del vicioso
De la fortuna próspera la rueda.
No es falta de poder, que el poderío
Me falte para ofensas, siendo miedo,
Al varon docto, y amenaza al pio.
Y pues sin esta potestad me quedo,
Mucho le debo al poco poder mio,
Pues cuanto debo no querer, no puedo.

Descubre el vicio de la hipocresía, que afectan muchos en la disimulacion de sus maldades.(2)

XXXVII.

Si el sol, por tu recato diligente,
No vé, ¡oh Licas! horribles tus locuras,
Es argumento de vivir á oscuras;
Pero no de que vives inocente.
Abona la ignorancia de la gente
Tu astucia sí, no tus costumbres duras,
Cuando no parecer malo procuras,
Y serlo (si es posible) juntamente.
No dejas la maldad, y la retiras;
Eres prision de culpas y venenos;
Son tus virtudes pálidas mentiras.
Cubrir los vicios, no los hace ajenos;
Pocos son malos, si á testigos miras;
Si á la conciencia, pocos son los buenos.

(1) «Es imitacion de Séneca en la Epist. 68. *Quidquid debebam nolle non possum.*»
(2) «Es sentencia de Séneca, Lib. I, de Ira, C. 14. *Innocentem quisquis se dicit*, etc.»

Admirable enseñanza del pedir.[1]

XXXVIII.

El barro, que me sirve, me aconseja;
Y el golpe, no el ladron, me le arrebata;
No pudo el Potosí guardar la plata,
Ni el mar, que ondoso y próvido le aleja.
De no aguardarla yo, docto me deja
Bien la ambicion, á mi quietud ingrata;
Cuando con menos susto se desata
el natural sustento en una teja.
Pues tiene el vituperio por salida
El pedir, avergüéncese en la entrada,
Cuando tan poco ha menester la vida.
Mas si el pedir es fuerza no escusada,
Quiero pedirme á mí, que á nadie pida,
Primero que pedir á nadie nada.

Enseña cómo los puestos en alta fortuna no suelen admitir consejo.[2]

XXXIX.

Conso, el primer consejo que nos diste,
Fué mandarnos bajar para lograrte;
A los templos de Júpiter y Marte
Se sube, si se baja al que erigiste.
Al que desciende, tu deidad asiste,
Y en lo humilde y lo bajo puede hallarte;
Dios, que en las cumbres nunca tienes parte,
Donde la vanidad se te resiste.
Mas si te admite aquel que subir quiere,
Búsquete en Roma, que creció contigo,
Y en ella sus aumentos considere.
Yo que desciendo, tus altares sigo;
Y quien por tí no baja, si subiere
Buscando premios, hallará castigo.

(1) «Fué de Demetrio, filósofo cínico, de quien refiere Séneca haber sido notable la profesion de su filosofía, pues como todos los otros filósofos la tuvieron de las virtudes, él solo filosofó de la pobreza.»

(2) «Conso fué tenido en Roma por dios del consejo, á cuyo templo se bajaba por escalones, siendo así que á todos los otros se subia por ellos. Ansí lo refiere Dionisio Alejandrino. Dá, pues, la razon aquí que pudieron tener los antiguos para esta diferencia, aunque Plutarco dá otra.»

A un caballero que con perros y cazas de montería ocupaba su vida.

XL.

Primero va seguida de los perros
Vana tu edad, que de sus piés la fiera;
Deja que el corso habite la ribera,
Y los arroyos la espadaña y berros.
Quieres en tí mostrar que los destierros
No son castigo ya de ley severa;
El ciervo, empero, sin tu envidia muera,
Muera de viejo el oso por los cerros.
¿Qué afrenta has recibido del venado,
Que le sigues con ánsia de ofendido?
Perdona al monte el pueblo que ha criado.
El pelo de Acteon endurecido
En su frente te advierte tu pecado;
Oye, porque no brames, su bramido.

Reprende á una adúltera la circunstancia de su pecado.(1)

XLI.

Sola en tí, Lesbia, vemos ha perdido
El adulterio la vergüenza al cielo,
Pues licenciosa, libre y tan sin velo,
Ofendes la paciencia del sufrido.
Por Dios, por tí, por mí, por tu marido,
No sirvas á su ausencia de libelo;
Cierra la puerta, vive con recelo,
Que el pecado se precia de escondido.
No digo yo que dejes tus amigos:
Mas digo que no es bien estén notados
De los pocos, que son tus enemigos.
Mira que tus vecinos afrentados
Dicen que te deleitan los testigos
De tus pecados, más que tus pecados.

(1) «Es imitacion muy espresa de Marcial. Lib I, Epig. 35.»

Describe la vida miserable de los palacios, y las costumbres de los poderosos que en ellos favorecen.[1]

XLII.

Para entrar en palacio las afrentas,
¡Oh Licino! son grandes y mayores
Las que dentro conservan los favores,
Y las dichas mentidas y violentas.
Los puestos en que juzgas que te aumentas,
Menos gustos producen que temores,
Y vendido al desden de los señores,
Pocas horas de vida y de paz cuentas.
No te queda deudor de beneficio
Quien te comunicare cosa honesta,
Y solo alcanzarás puesto y oficio
De quien su iniquidad te manifiesta;
A quien, cuando quisieres, de algun vicio
Pudieres acusarle sin respuesta.

Llama á la muerte.[2]

XLIII.

Ven ya, miedo de fuertes y de sábios,
Huya el cuerpo indignado con gemido:
Debajo de las sombras y el olvido
Beberán por demás mis secos labios.
Fallecieron los Curios y los Fabios,
Y no pesa una libra, reducido
A cenizas, el rayo amanecido
En Macedonia á fulminar agravios.
Desata de este polvo y de este aliento
El nudo frágil, en que está animada
Sombra, que sucesivo anhela el viento.

(1) «Tienen los terceros imitacion de aquellos versos de Juvenal, Sát. 3.

Nil tibi se debere putat, nil conferet unquam
Participem qui te secreti fecit honesti.
Carus erit Verri, qui Verrem tempore quo vult
Accusare potest.»

(2) «Tomó favor el principio de este soneto de aquellas palabras de Virgilio: *Vita que cum gemitu fugit indignata sub umbras.*»

¿Por qué emperezas el venir rogada,
A que me cobre deuda el monumento,
Pues es la humana vida larga y nada?

Este soneto refingió despues casi todo con mucho espíritu, de este modo.

XLIV.

Ven ya, miedo de fuertes y de sábios,
Irá el alma indignada con gemido
Debajo de las sombras, y el olvido
Beberán por demás mis secos labios.
Por tal manera Curios, Decios, Fabios
Fueron; por tal ha de ir cuanto ha nacido,
Si quieres ser alguno bien venido,
Trae con mi vida fin á mis agravios.
Esta lágrima ardiente, con que miro
El negro cerco que rodea á mis ojos,
Naturaleza es, no sentimiento.
Con el aire primero este suspiro
Empecé, y hoy le acaban mis enojos,
Porque me deba todo al monumento.

Aconseja á un amigo no pretenda en su vejez.[1]

XLV.

Deja la veste blanca desceñida,
Pues la visten los años á tus sienes;
Y los sesenta que vividos tienes,
No los culpes por cuatro ó seis de vida.
Dejar, es prevencion de la partida;
Es locura inmortal el juntar bienes
Y que caduco la ambicion estrenes,
Sed que se enciende, y crece socorrida.
Doy que alcanzas el puesto que deseas:
Y que escondido en polvo cortesano,
Las pretendientes sumisiones creas;
Pues yo sé bien, que no será en tu mano
Que ayune, en los aumentos que granjeas,
De tu conciencia el vengador gusano.

(1) «Alude á la costumbre antigua de los romanos, que cuando pretendian, traian una vestidura blanca, de donde se llamaban *Candidatos*.»

Que la vida es siempre breve y fugitiva.[1]

XLVI.

Todo tras sí lo lleva el año breve
De la vida mortal burlando el brio
Al acero valiente, al mármol frio,
Que contra el tiempo su dureza atreve.
Antes que sepa andar el pié, se mueve
Camino de la muerte donde envio
Mi vida oscura; pobre y turbio rio,
Que negro mar con altas ondas bebe.
Todo corto momento es paso largo
Que doy á mi pesar en tal jornada,
Pues parado y durmiendo siempre aguijo.
Breve suspiro, y último, y amargo,
Es la muerte forzosa y heredada;
Mas si es ley y no pena, ¿qué me aflijo?

Que se ha de tener dado á Dios en el ánimo, todo lo que el hombre posee, para que cuando le faltare, no parezca que se lo quitó.[2]

XLVII.

Tuya es, Demetrio, voz tan animosa;
Agravio á mi obediencia, Dios, hiciste,
Cuando tu voluntad no me digiste,
Antes que la trujera hora forzosa.
Diera lo que me llevas, pues no hay cosa
Que me quites, si no es lo que me diste,
Pudiste recibir, y más quisiste
Ejecutar con mano rigurosa.
Esto, que es obediencia, yo quisiera
Que fuera ofrecimiento, la alma mia,
Y los hijos te doy del mismo modo.
Cobra la hacienda, que otro dueño espera;
No me agravie, Señor, tu cortesía,
Y pues todo lo dás, cóbralo todo.

(1) «Concluye el discurso con una sentencia estóica.»

(2) «Son unas esforzadas palabras que de Demetrio, filósofo cínico, refiere Séneca en el Cap. 5 del libro de Providencia: *Hanc quoque animosam Demetris fortissimi viri vocem*, etc.»

Que el espíritu sin culpa no teme los trabajos enviados del cielo.(1)

XLVIII.

Llueve, ¡oh Dios! sobre mí persecuciones,
Mendigo, esclavo y cojo, repetia
Epitecto valiente, y cada dia
A Júpiter retaban sus razones.
Vengan calamidades y aflicciones;
Averigua en dolor mi valentía;
Con los trabajos mi paciencia espía,
Y el sufrimiento, en hierros y prisiones.
¡Oh! espíritu hazañoso, si hospedado
En edificio enfermo, que pudieras
Animar cuerpo excelso y coronado!
Trabajos pides y molestia esperas;
Y por tener á Dios desafiado,
No le ofendes, presumes ni te alteras.(2)

Conoce las fuerzas del tiempo, y el ser ejecutivo cobrador de la muerte.

XLIX.

¡Cómo de entre mis manos te resbalas!
¡Oh, cómo te deslizas, edad mia!
¡Qué mudos pasos traes, oh muerte fria,
Pues con callado pié todo lo igualas!
Feroz de tierra el débil muro escalas,
En quien lozana juventud se fia;
Mas ya mi corazon del postrer dia
Atiende el vuelo, sin mirar las alas.
¡Oh condicion mortal! ¡Oh dura suerte!
¡Que no puedo querer vivir mañana,
Sin la pension de procurar mi muerte!
Cualquier instante de la vida humana
Es nueva ejecucion, con que me advierte
Cuán frágil es, cuán mísera, cuán vana.

---

(1) «Celebra otras no menos valerosas palabras que las antecedentes. Estas son de Epitecto, filósofo estóico de singular virtud y doctrina, que refieren con admiracion: *Pluc, Juppiter super me calamitates.* De donde con razon se colige discípulo de los escritos de Job.»

(2) Este soneto se encuentra tambien, con ligeras variantes, en la traduccion de *Epitecto* y *Phocilines.*

Desprecio del aparato vano y supérfluo.

L.

Pise, no por desprecio, por grandeza,
Minas el avariento fatigado,
Viva amando, medroso y desvelado,
En precioso dolor, pobre riqueza.
Ose contrahacer en su cabeza
Zodíaco y esferas, de ilustrado
Cintillo, de planetas coronado,
Que en Oriente mintió naturaleza.
El escultor á Deucalion imite
Cuando anime las piedras de su casa:
El pincel á los muertos resucite.
Que en mi cabaña con mi lumbre escasa,
Poco tendrá la muerte que me quite,
Y la fortuna en qué ponerme tasa.

Que los trabajos enseñan virtud, como las prosperidades olvido de ella.(1)

LI.

Tuvo enojado el alto mar de España
Apenas, Fabio, por orilla al cielo:
La ley de arena que defiende al suelo,
Ofensas receló de tanta saña.
Con temeroso grito la montaña
Hirió, llevóle el dia oscuro velo;
Mezcló en las venas á la sangre el hielo,
Erizado temor que le acompaña.
¡Qué me dictó de votos la tormenta!
¡Y cuántas mi pavor al Ponto debe,
Y á la Deidad Suprema esclamaciones!
Nunca tierra alcanzara, antes violenta
Mi nave errara, pues el puerto breve,
Olvido truja á tantas oraciones.

---

(1) «Muéstralo, como Agathon Samio, poëta trágico, con el ejemplo de los que en el mar corren tormenta.»

Pinta el engaño de los alquimistas.

LII.

¿Podrá el vidrio llorar partos de Oriente?
¿Cabrá su habilidad en los crisoles?
¿Será la tierra adúltera á los soles,
Por concebir de un horno siempre ardiente?
¿Destilarás en baños á Occidente?
¡Podrán lo mismo humos que arreboles!
¿Abreviarán por tí los españoles
El precioso naufragio de su gente?
Osas contrahacer su ingénio al dia,
Pretendes que le parle docta llama
Los secretos de Dios á tu osadía.
Doctrina ciega y ambiciosa fama
El oro miente en la ceniza fria,
Y cuando le promete, le derrama.

Conveniencias de no usar de los ojos, de los oidos y de la lengua.

LIII.

Oir, ver y callar, remedio fuera
En tiempo que la vista, y el oido,
Y la lengua, pudieran ser sentido,
Y no delito, que ofender pudiera.
Hoy sordos los remeros con la cera,
Golfo navegaré, que (encanecido
De huesos, no de espumas) con bramido
Sepulta á quien oyó voz lisonjera.
Sin ser oido y sin oir, ociosos
Ojos y orejas, viviré olvidado
Del ceño de los hombres poderosos.
Si es delito saber quién ha pecado,
Los vicios escudriñen los curiosos,
Y viva yo ignorante é ignorado.

Repite la fragilidad de la vida, y señala sus engaños y sus enemigos.

LIV.

¿Qué otra cosa es verdad, sino pobreza,
En esta vida frágil y liviana?

Los dos embustes de la vida humana
Desde la cuna, son honra y riqueza.
El tiempo, que ni vuelve ni tropieza,
En horas fugitivas la devana;
Y en errado anhelar, siempre tirana
La fortuna fatiga su flaqueza.
Vive muerte callada, y divertida
La vida misma, la salud es guerra
De su propio alimento combatida.
¡Oh, cuánto inadvertido el hombre yerra,
Que en tierra teme que caerá la vida,
Y no ve que en viviendo cayó en tierra!

Retiro de quien experimenta contraria la suerte, ya profesando virtudes, y ya vicios.(1)

LV.

Quiero dar un vecino á la Sibila
Y retirar mi desengaño á Cumas,
Donde, en traje de nieve con espumas,
Líquido fuego, oculto mar destila.
El son de la tijera que se afila
Oyen alegres mis desdichas sumas;
Corta á su vuelo la ambicion las plumas,
Pues ya la parca corta lo que hila.
Fuí malo por medrar, fuí castigado
De los buenos: fuí bueno, fuí oprimido
De los malos, y preso y desterrado,
Contra mí solo atento el mundo ha sido:
Y pues solo fué inútil mi pecado,
Cual si fuera virtud, padezca olvido.

Prevencion para la vida y para la muerte.

LVI.

Si no temo perder lo que poseo,
Ni deseo tener lo que no gozo,
Poco de la fortuna en mí el destrozo
Valdrá, cuando me elija actor ó reo.

(1) «Empieza con el principio de la Sát. 3 de Juvenal, retirándose un amigo suyo á Cumas, patria de la Sibila Cumea:

Laudo tamen vacuis quod sedem figere Cumis
Destinet, ad quæ unum Civem donare Sibillæ: etc.»

Ya su familia reformó el deseo,
No palidez el susto, ó risa el gozo
Le debe de mi edad el postrer trozo,
Ni anhelar á la parca su rodeo.
Sopla ya el no querer, es lo que quiero.
Prendas del alma son las prendas mias,
Cobre el puesto la muerte y el dinero.
A las promesas miro como espías,
Morir al paso de la edad espero,
Pues me trujeron, llévenme los dias.

Arrepentimiento, y lágrimas debidas al engaño de la vida.

LVII.

Huye sin percibirse lento el dia,
Y la hora secreta y recatada
Con silencio se acerca, y despreciada
Lleva tras sí la edad lozana mia.
La vida nueva, que en niñez ardia,
La juventud robusta y engañada,
En el postrer invierno sepultada,
Yace entre negra sombra y nieve fria.
No sentí resbalar mudos los años,
Hoy los lloro pasados, y los veo
Riendo de mis lágrimas y daños.
Mi penitencia deba á mi deseo,
Pues me deben la vida mis engaños,
Y espero el mal que paso y no le creo.

Privilegios de la virtud, y temores del poder violento.

LVIII.

Desembaraza Júpiter la mano,
Derrámense las nubes sobre el suelo,
Euro se lleva el sol, y borra el cielo,
Y en noche y en invierno ciega el llano.
Tiembla escondido en torres el tirano,
Y es su guarda, su muro y su recelo,
Y erizado temor le cuaja en hielo,
Cuando el rayo dá música al villano.
Oh, serena virtud, el que valiente
Y animoso te sigue en la mudanza
Del desden y el halago de la gente,

Se pone más allá de donde alcanza
En vengativa luz la saña ardiente,
Y no del miedo pende y la esperanza.

Agradece, en alegoría continuada, á sus trabajos, su desengaño y su escarmiento.

LIX.

Qué bien me pareceis, jarcias y entenas,
Vistiendo de naufragios los altares,
Que son peso glorioso á los pilares,
Que esperé ver tras mi destierro apenas.
Símbolo sois de ya rotas cadenas,
Que impidieron mi vuelta en largos mares:
Mas bien podeis, santísimos lugares,
Agradecer mis votos en mis penas.
No tanto me alegrárades con hojas
En los robles antiguos, remos graves,
Como colgados en el templo y rotos.
Premiad con mi escarmiento mis congojas,
Usurpe al mar mi nave muchas naves,
Débanme el desengaño los pilotos.

Reprende á un amigo, débil en el sentimiento de las adversidades, y exhórtale á su tolerancia.

LX.

Desacredita, Lelio, el sufrimiento
Blando y copioso el llanto que derramas,
Y con lágrimas fáciles infamas
El corazon, rindiéndole al tormento.
Verdad severa enmiende el sentimiento;
Si varon fuerte dura, virtud amas;
Castigo con profana boca llamas,
El acordarse Dios de tí un momento.
Alma robusta en penas se examina,
Y trabajos ansiosos y mortales
Cargan, mas no derriban nobles cuellos.
A Dios, quien más padece, se avecina,
El está solo fuera de los males,
Y el varon que los sufre, encima de ellos.

Representa la mentirosa y la verdadera riqueza.

LXI.

¿Ves con el oro áspero y pesado
Del poderoso Licas el vestido?
¿Ves el sol por sus dedos repartido,
Y en círculos su fuego encarcelado?
¿Ves de inmortales cedros fabricado
Techo? ¿Ves en los jaspes detenido
El peso del palacio, ennoblecido
Con las telas, que á Tiro han desangrado?
Pues no lo admires y alta envidia guarda,
Para quien de lo poco humildemente,
No deseando más, hace tesoro.
No creas fácil vanidad gallarda,
Que con el resplandor y el lustre miente
Pálida sed hidrópica del oro.

Conoce la diligencia con que se acerca la muerte, y procura conocer tambien la conveniencia de su venida, y aprovecharse de ese conocimiento.

LXII.

Ya formidable y espantoso suena
Dentro del corazon el postrer dia,
Y la última hora negra y fria
Se acerca, de temor y sombras llena.
Si agradable descanso, paz serena,
La muerte en traje de dolor envia,
Señas dá su desden de cortesía,
Más tiene de caricia que de pena.
¿Qué pretende el temor desacordado
De la que á rescatar piadosa viene
Espíritu, en miserias anudado?
Llegue rogada, pues mi bien previene
Hálleme agradecido, no asustado;
Mi vida acabe y mi vivir ordene.

Advierte la temeridad de los que navegan.[1]

LXIII.

Creces, y con desprecio disfrazada
En yerba humilde máquina espantosa,
Que fuerza disimula poderosa
Y tiene toda la agua amenazada.
Ve, ¡oh Noto! que secreta y encerrada
Alimentas en caña maliciosa
Tu más larga fatiga y peligrosa,
Tu peregrinacion más codiciada;
Con menos hojas vive que cautelas;
Pues á pesar del mar, sobre él tendidas
Juntará las orillas con sus telas.
Ahogaránse en esta menos vidas,
Corrida en lazos, que tejida en velas,
Mortajas á volar introducidas.

Muestra el error de lo que se desea, y el acierto en no alcanzar felicidades.

LXIV.

Si me hubieran los miedos sucedido,
Como me sucedieron los deseos,
Los que son llantos hoy, fueran trofeos,
Mirad el ciego error en que he vivido.
Con mis aumentos propios me he perdido,
Las ganancias me fueron devaneos,
Consulté á la fortuna mis empleos,
Y en ellos adquirí pena y gemido.
Perdí con el desprecio y la pobreza
La paz y el ócio; el sueño amedrentado
Se fué en esclavitud de la riqueza.
Quedé en poder del oro y del cuidado,
Sin ver cuán liberal naturaleza
Dá lo que basta al seso no turbado.

Rey es quien reina en sus pasiones, y esclavo el rey si ellas son señoras.

LXV.

Lleva Mario el ejército, y á Mario
Arrastra ciego la ambicion de imperio;

(1) «Significalo con mucho espíritu en una elegante execracion que hace contra el cáñamo en yerba.»

Es su anhelar al cónsul vituperio,
Y su llanto á Minturnas tributario.
Padécenle los cimbrios temerario,
Padece en sí prision y cautiverio;
Fatigó su furor el hemisferio,
Y á su discordia falleció el Erario.
Y con desprecio en Africa rendida,
Despues mendigó pan, quien las legiones
Desperdició de Roma exclarecida.
¿Qué sirve dominar en las naciones,
Si es monarca el pecado de tu vida,
Y provincias del vicio tus pasiones?

Ciegas peticiones de los hombres á Dios.[1]

LXVI.

¡Oh, fallezcan los blancos, los postreros
Años de Clito! Y ya que ejercitado
Corvo reluzga el diente del arado,
Brote el surco tesoros y dineros.
Los que me apresuré por herederos,
Parto á mi sucesion anticipado;
Por deuda de la muerte y del pecado,
Cóbrenlos ya los Hados más severos.
¿Por quién tienes á Dios? ¿De esa manera
Previenes el postrero parasismo?
¿A Dios pides insultos, alma fiera?
Pues siendo Estayo de maldad abismo,
Clamara á Dios, ¡oh Clito! si te oyera;
¡Y no temes que Dios clame á sí mismo!

Conjetura la causa de tocarse la campana de Velilla en Aragon despues de la muerte del piadoso rey D. Felipe III; muestra la diferencia con que la oirán los humanos.

LXVII.

O el viento, sabedor de lo futuro,
Clamoreó por el difunto Hado;

(1) «Este soneto imita á Persio en la Sát. 2, y así es de sentencia dificultosa; y aunque se ayudó en algunas partes para su inteligencia, no basta, sin alguna declaracion. Representa los injustos votos y pretensiones que se suelen pedir á Dios. Estos se contienen en los cuartetos en persona de Clito. Luego, en el postrero terceto, hace este argumento: «Stayo, perversísimo hombre, si oyera iguales peticiones, esclamara á Dios: *Señor, ¿cómo lo sufres?* No, pues, podrá el mesmo Dios dejar de esclamar á sí propio, siendo la suma bondad.»

O en doctos caractéres anudado,
Le repitió parlero gran conjuro.
Y puede ser, que espíritu más puro
A la advertencia humana destinado,
Pronunció penitencias al pecado,
En lenguaje tan breve y tan oscuro.
Profético metal, los ciudadanos
Que de agüero y cometa son exentos,
A tu son bailarán por estos llanos.
En tanto que tu voz y tus acentos
Oyen descoloridos los tiranos
Y te atienden los reyes macilentos.

Enseña cómo todas las cosas avisan de la muerte.

LXVIII.

Miré los muros de la patria mia,
Si un tiempo fuertes, ya desmoronados,
De la carrera de la edad cansados,
Por quien caduca ya su valentía.
Salíme al campo, ví que el sol bebia
Los arroyos del hielo desatados;
Y del monte quejosos los ganados,
Que con sombras hurtó su luz al dia.
Entré en mi casa, ví que amancillada
De anciana habitacion era despojos
Mi báculo más corvo y menos fuerte.
Vencida de la edad sentí mi espada,
Y no hallé cosa en que poner los ojos
Que no fuese recuerdo de la muerte.

Imágen del tirano y del adulador.(1)

LXIX.

Desconoces, Damocles, mi castigo,
Por no culpar tu lengua en mi tormento,
Y del semblante que esforzado miento,
Con grande ostentacion eres amigo.
No ves la amarillez que dentro abrigo,
Ni el corazon que yace macilento;

(1) «Represéntase en Dionisio y en Damocles ambas figuras. Y refiérese aquí tambien aquella advertida sentencia: *Que aunque esté acompañado el príncipe de muchos de sus aduladores, está solo, porque todos dicen lo que él.*»

Ni atiendes al mortal razonamiento
Del invisible y pertinaz testigo.
Pues solo me acompañas algun dia,
Contradígame voz tuya severa,
Oiga verdades la conciencia mia.
Merezca un desengaño antes que muera,
Que la contradiccion es compañía,
Y no seremos dos de otra manera.

Enseña no ser segura política reprender acciones, aunque malas sean, pues ellas tienen guardado su castigo.(1)

LXX.

Raer tiernas orejas con verdades
Mordaces, ¡oh Licino! no es seguro;
Si desengañas, vivirás oscuro,
Y escándalo serás de las ciudades.
No las hagas, ni enojes las maldades,
Ni murmures la dicha del perjuro;
Que si gobierna, y duerme Palinuro,
Su error castigarán las tempestades.
El que piadoso desengaña amigos,
Tiene mayor peligro en su consejo,
Que en su venganza el que agravió enemigos.
Por esto á la maldad y al malo dejo;
Vivamos sin ser cómplices testigos;
Advierta al mundo nuevo, el mundo viejo.

Muestra que algunas repúblicas enferman, con lo que imaginan medicina.(2)

LXXI.

Miedo de la virtud llamó algun dia
En Atenas *virtud* al Ostracismo,
Y en Sicilia arrojaba el Petalismo,
Por dolencia al valor y valentía.

(1) «Es imitacion de Persio, Sát. 2, *Sed quid opus teneras mordaci radere vero Auriculas*, etc.»

(2) «En repúblicas de la Grecia fué costumbre, que los ciudadanos que escedian mucho en virtudes á los otros, fuesen desterrados por votos del pueblo, y el modo de votar era con unas pedrezuelas que daba cada uno. De donde esta costumbre se llamó *Ostracismo, Petalismo*, porque en otras partes, como en la magna Grecia de Sicilia, en vez de piedras, votaban con hojas de árboles. Aristóteles, en el libro III de su Política, y los Scholiastes de Aristófanes, lo discurren. El argumento, pues, de este soneto, es, refiriendo esta costumbre, persuadir despues que fuera más acertada si se ejecutara en los tiranos y ciudadanos perversos.»

Si á Scipion, que gozaba le temia
Roma, que del postrero parasismo
La libró y de Aníbal, siendo de él mismo
Aquel temor, que él antes sido habia.
¿Cómo tambien con votos no apedrea
El Ostraco los pérfidos tiranos,
Que en vicio esceden y codicia fea?
¿Por qué han de ser los malos, ciudadanos?
Que si el destierro en la virtud se emplea,
Es echar la salud por quedar sanos.

Ruina de Roma por consentir robos de los gobernadores de sus provincias.(1)

LXXII.

El sacrílego Verres ha venido,
Con las naves cargadas de trofeos
De paz culpada, y con tesoros reos,
Y triunfos de lo mismo que ha perdido.
Oh Roma, ¿por qué culpa han merecido
Grandes principios estos fines feos?
Gastas provincias en hartar deseos,
Y en ver á tu ladron enriquecido.
Despues que la gran Roma, santa y pura
Pobreza pareció, se han coronado
Tus delitos, tu afrenta y tu locura.
De tu virtud tus vicios han vengado,
A los que sujetó tu fuerza dura,
Y aclaman por victoria tu pecado.

Advierte contra el adulador, que lo dulce que dice no es por deleitar al que lo escucha, sino por interés propio suyo, y amenaza á quien le dá crédito.(2)

LXXIII.

Con acorde concento, ó con ruidos
Músicos, ensordeces al gusano,
Para que los enojos del verano
no atienda, ni del cielo los bramidos.
No es piedad confundirle los sentidos;
Codicia sí, guardándole tirano,

(1) «Es casi traduccion y elegante de Juvenal en la Sát. 8, desde aquellas palabras: *Iade Dolla bella est*, etc.»
(2) «Represéntalo en el gusano de seda.»

Para que su mortaja con su mano
Hile, y en su mortaja tus vestidos.
Nació paloma, y en tu seno el vuelo
Perdió, gusano arrastra despreciado,
Y osas llamar tu vil cautela celo.
Tal fin tendrá cualquiera desdichado,
A quien estorba oir la voz del cielo,
Con músico alboroto su pecado.

A un señor perseguido, y constante en los trabajos.(1)

LXXIV.

De amenazas del Ponto rodeado,
Y de enojos del viento sacudido,
Tu pompa es la borrasca, y su gemido
Más aplauso te dá, que no cuidado.
Reinas con majestad, escollo osado,
En las iras del mar enfurecido,
Y de sañas de espuma encanecido,
Te ves de tus peligros coronado.
Eres robusto escándalo á orgullosa
Prora, que por peligros naufragante
Te advierte, y no te toca escrupulosa.
Y á su envidia, y al mar siempre constante,
De advertido bajel seña piadosa
Eres norte, y aviso á vela errante.

Amenaza de la inocencia perseguida, que hace al rigor de un poderoso.

LXXV.

Ya te miro caer precipitado
Y que en tus propias ruinas te confundes;
Que en tí propio te rompes, y te hundes,
Entre tus capiteles sepultado.
Tanto como has crecido, has enfermado,
Y por más bien que los cimientos fundes,
Mientras en oro y vanidad abundes,
Tu tesoro y poder son tu pecado.
Si de los que derribas, te levantas,
Y si de los que entierras, te edificas,
En amenazas propias te adelantas.

(1) «Con la alegoría de un peñasco en el mar.»

Medrosos escarmientos multiplicas,
Lágrimas tristes, que ocasionas, cantas;
Son tu caudal calamidades ricas.

Sigue el mismo argumento, hablando con Dios.(1)

LXXVI.

A tu justicia tocan mis contrarios,
Pues á encargarte de ellos te comides,
Cuando venganzas para tí nos pides,
Que guarda tu decreto en tus erarios.
Contigo lo han de haber los temerarios,
Pues en humo y ceniza los divides;
Y el blason de sus armas y sus lides
Desmentirás con escarmientos varios.
Pues Dios de las venganzas te apellidas,
Baja, tirano débil encumbrado,
Hártese en él tu saña con heridas.
De mi agravio, Señor, te has encargado,
Pues tus promesas, grande Dios, no olvidas,
Caiga deshecho el mónstruo idolatrado.

Al incendio de la Plaza de Madrid, en que se abrasó todo un lado de cuatro.(2)

LXXVII.

Cuando la Providencia es artillero,
No yerra la señal la puntería;
De cuatro lados la centella envia,
Al que de azufre ardiente fué minero.
El teatro á las fiestas lisonjero,
Donde el ócio alojaba su alegría,
Cayó, borrando con el humo el dia,
Y fué el remedio al fuego compañero.
El viento, que negaba Julio ardiente
A la respiracion, le dió á la brasa,
Tal, que en Diciembre pudo ser valiente.
Brasero es tanta hacienda y tanta casa;
Más agua dá la vista que la fuente;
Logro será, si escarmentado pasa.

---

(1) «Parece estar escrito este soneto con atencion á que el Señor dice en el Deuteronomio: *Que le encomienden la venganza, que Su Majestad la enviará á su tiempo.* Refiere estas palabras San Pablo: *Ad Romanos, et id Hebræos*, Cap. 10, Versic. 30. *Mihi vindictam, et ego retribuam.*»

(2) Sabido es que ocurrió este incendio el 7 de Julio de 1631.

Toma venganza de la lascivia, la penitencia de la riqueza desperdiciada, y adora la misma lascivia en ídolo su arrepentimiento.(1)

LXXVIII.

Si Vénus hizo de oro á Fryne bella,
En pago á Vénus hizo de oro Fryne,
Porque el lascivo corazon se incline
Al precio de sus culpas, como á ella.
Adore sus tesoros, si los huella
El desperdicio, y tarde ya los gime:
Que tal castigo y penitencia oprime
A quien abrasa femenil centella.
En pálida hermosura enriquecidas
Sus facciones, dió vida á su figura
Fidias, á quien prestó sus manos Midas.
Arde en metal precioso su blancura;
Veneren, pues les cuesta seso y vidas,
Los griegos su pecado y su locura.

Restituye Fryne en seguridad á su patria, lo que la habia usurpado en inquietudes.(2)

LXXIX.

Fryne, si el esplendor de tu riqueza
A Tebas dió muralla bien segura,
Tantos padrones cuente á tu hermosura,
Cuantas piedras se ven en su grandeza.
Del grande Macedon la fortaleza
Desfiguró su excelsa arquitectura;
Mas lo que abate fuerza armada y dura,
Restituye desnuda tu flaqueza.
Tú, que fuiste prision de los Tebanos,
Eres defensa á Tebas, que yacia
Cadáver lastimoso de estos llanos.
La ciudad, que por tí lasciva ardia,
Se venga del poder de otros tiranos
Con lo que le costó tu tiranía.

(1) «Fryne, famosa ramera, dedicó á Vénus una estátua de oro, y en la base inscribió: *Ex Græcorum intemperantia*. Castigando así su desatino, á la que habia sido la causa de donde tomó este soneto el argumento.»

(2) «Llegó á tanta riqueza por su hermosura, que pudo reedificar los muros de Tebas, que habia arruinado Alejandro Macedon.»

Las causas de la ruina del imperio romano.

LXXX.

En el precio el favor, y la ventura
Venal; el oro pálido tirano:
El erario sacrílego y profano:
Con togas la codicia y la locura.
En delitos patíbulo la altura,
Más suficiente el más soberbio y vano,
En opresion el sufrimiento humano,
En desprecio la ciencia y la cordura.
Promesas son, ¡oh Roma! dolorosas
Del precipicio y ruina que previenes
A tu imperio, y sus fuerzas poderosas.
El laurel, que te abraza las dos sienes,
Llama al rayo, que evita, y peligrosas
Y coronadas por igual las tienes.

Abundoso y feliz Licas en su palacio, solo él es despreciable.

LXXXI.

Harta la toga del veneno Tirio,
O ya en el oro pálida y rigente,
Cubre con los tesoros del Oriente,
Mas no descansa, ¡oh Licas! tu martirio.
Padeces un magnífico delirio,
Cuando felicidad tan delincuente
Tu horror oscuro en resplandor te miente,
Víbora en rosicler, áspid en lirio.
Competir su palacio á Jove quieres,
Pues miente el oro estrellas á su modo,
En el que vives, sin saber que mueres.
Y en tantas glorias tú, señor de todo;
Para quien sabe examinarte, eres
Lo solamente vil, el asco, el lodo.

La templanza, adorno para la garganta, más precioso que las perlas de mayor valor.

LXXXII.

Esta concha, que ves, presuntuosa,
Por quien blasona el mar índico y moro,

Que en un bostezo concibió un tesoro
Del sol y el cielo, á quien se miente esposa.
Esta pequeña perla y ambiciosa,
Que junta su soberbia con el oro,
Es defecto del nácar, no decoro,
Y mendiga beldad, aunque preciosa.
Bastaba que la gula el mar pescara,
Sin que avaricia en él tendiera redes
Con que la vanidad alimentara.
Floris, mejor con la templanza puedes
Adornar tu garganta, que con rara
Perdicion rica, que del Ponto heredes.

Comprende la obediencia del mar y la inobediencia del codicioso en sus afectos.

LXXXIII.

La voluntad de Dios por grillos tienes,
Y ley de arena tu coraje humilla,
Y por besarla llegas á la orilla,
Mar obediente, á fuerza de vaivenes.
Con tu soberbia undosa te detienes
En la humildad, bastante á resistilla
A tu saña tu cárcel maravilla,
Rica por nuestro mal de nuestros bienes.
¿Quién dió al roble y á la haya atrevimiento
De nadar selva errante deslizada?
¿Y al lino, de impedir el paso al viento?
Codicia, mas que el Ponto, desfrenada,
Persuadió que en el mar el avariento
Fuese inventor de muerte no esperada.

Contiene una elegante enseñanza de que todo lo criado tiene su muerte: de la enfermedad del tiempo.

LXXXIV.

Falleció César fortunado y fuerte,
Ignoran la piedad y el escarmiento
Señas de su glorioso monumento,
Porque tambien para el sepulcro hay muerte.
Muere la vida, y de la misma suerte
Muere el entierro rico y opulento;
La hora con oculto movimiento
Aun calla el grito que la fama vierte.

Devanan sol y luna, noche y dia
del mundo la robusta vida, ¿y lloras
Las advertencias que la edad te envia?
Risueña enfermedad son las auroras,
Lima de la salud es su alegría,
Licas, sepultureros son las horas.

Descubre quién lleva los premios de las victorias marciales.(1)

LXXXV.

Más vale una benigna hora del Hado
Al que sigue la caja y la bandera,
Que si una carta de favor le diera
Vénus para Mavorte enamorado.
Heridas son lesion al desdichado,
No mérito á su fama verdadera;
Servir no es merecer, sino quimera
Que entretiene la vida del soldado.
De las pérdidas triunfa el venturoso,
Padece sus victorias el valiente
En mañosa calumnia del ocioso.
Druso acomoda con la edad la mente,
Guarda para la paz lo belicoso,
Aprende á ser en el peligro ausente.

Desconsuela al poderoso que aflije y desfavorece á alguno por vengarse, y enseña al perseguido, como le desprecie.

LXXXVI.

El que me niega lo que no merezco,
Me dá advertencia, no me quita nada:
Que en ambicion sin méritos premiada
Más me deshonro yo que me enriquezco.
Si con las otras malas yerbas crezco,
Pues se aborrece más la más medrada,
Mereceré el enojo de la azada,
Cuando inútil los surcos empobrezco.
Quien mi pobreza y soledad aumenta,

(1) «Contiénese una imitacion bien expresada de Juvenal en la sátira última:
Plus etenim Fati valet hora benigna,
Quam si nos Veneris commendet epistola Marti, etc.»

A pesar de su intento, me asegura,
Y con lo que me niega me acrecienta.
No puede estar sujeto á desventura
Quien tiene el beneficio por afrenta,
Quien tiene la esperanza por locura.

Contra los hipócritas y fingida virtud, en alegoría del cohete.

LXXXVII.

No digas, cuando vieres alto el vuelo
Del cohete, en la pólvora animado,
Que va derecho al cielo encaminado,
Pues no siempre quien sube llega al cielo.
Festivo rayo que nació del suelo,
En popular aplauso confiado,
Disimula el azufre aprisionado,
Traza es la cuerda y es rebozo el velo.
Si le vieres en alto radiante,
Que con el firmamento y sus centellas
Equivoca su sitio y su semblante,
¡Oh, no le cuentes tú por una de ellas!
Mira que hay fuego artificial farsante,
Que es humo, y representa las estrellas.

Es amenaza á la soberbia y consuelo á la humildad.

LXXXVIII.

¿Puedes tú ser mayor? ¿Puede tu vuelo
Remontarte á más alta y rica cumbre,
Ni á más hermosa y clara excelsa lumbre
Que la que ves arder por todo el cielo?
¿Puede mi desnudez y mi desvelo,
Y el llanto que á mis ojos es costumbre,
Bajarme más que al cardo y la legumbre,
Que son desmedro al más inútil suelo?
Pues todo el oro fijo y el errante,
Que sombras de la noche nos destierra,
Y son vista del orbe centellante;
Todo el pueblo de luz, que Zafir cierra,
Eterno al parecer, siempre constante,
Tiene donde caer, mas no la tierra.

Naufraga nave, que advierte y no dá escarmiento.

LXXXIX.

Tirano de Adria el euro, acompañada
De invierno, y noche la rugosa frente
Sañudo se arrojó, inobediente,
La cárcel rota, y la prision burlada.
Bien presumida y mal aconsejada
Pomposa nave sus enojos siente;
Gime el mar ronco temerosamente,
Líquida muerte bebe gente osada.
Cuando en maligno escollo inadvertida,
De escarmientos la playa procelosa
Infamó, en mil naufragios dividida,
Y nunca faltará vela animosa,
¡Tal es la presuncion de nuestra vida!
Que repita su ruina lastimosa.

A un ignorante muy derecho, severo y misterioso de figura.

XC.

Esa frente, ¡oh Giaro! en remolinos
Torva, y en rugas pálida y funesta,
Antes señas de toro manifiesta,
Que de estudios severos y divinos.
Tus semblantes ceñudos y mohinos
Si no descifran délfica respuesta,
Obligan, que de risa descompuesta
Se descalcen los propios Calepinos.
No tiene por fructífera el villano
La espiga que como huso se endereza,
Sino la corva, á quien derriba el grano.
Hácia la tierra inclina tu entereza,
Porque lo erguido se promete vano,
Y que está sin meollo la cabeza.

Descuido del divertido vivir, á quien la muerte llega impensada.

XCI.

Vivir es caminar breve jornada,
Y muerte viva es, Lico, nuestra vida,

Ayer al frágil cuerpo amanecida,
Cada instante en el cuerpo sepultada.
Nada, que siendo, es poco y será nada
En poco tiempo, que ambiciosa olvida,
Pues de la vanidad mal persuadida
Anhela duracion tierra animada.
Llevada de engañoso pensamiento
Y de esperanza burladora y ciega,
Tropezará en el mismo monumento:
Como el que divertido el mar navega,
Y sin moverse, vuela con el viento,
Y antes que piense en acercarse, llega.

Virtud de la música honesta y devota, con abominacion de la lasciva.[1]

XCII.

Músico [2] rey, y médica armonía,
Exorcismo canoro sacrosanto,
Y en angélica voz tutelar canto,
Bien acompañan cetro y monarquía.
La negra [3] majestad con tiranía
De Saul en las iras y en el llanto
Reinaba, y fué provincia suya en tanto
Que de David á la arpa no atendia.
Decente es santo coro al [4] Rey sagrado,
Util es el contento religioso
Al [5] rey, que de Luzbel yace habitado.
¡Oh, no embaraces, Fabio, el generoso
Oido con los tonos del pecado,
Porque halle el salmo tránsito espacioso!

Enseña á los avaros y codiciosos el mas seguro modo de enriquecer mucho.

XCIII.

Si enriquecer pretendes con la usura,
Cristo promete, oh pálido avariento,
Por uno que en el pobre le dés, ciento,
¿Dónde hallarás ganancia más segura?

(1) «Cuatro reyes asisten á este soneto: el del cielo, el del infierno y dos de la tierra.»
(2) «David.»
(3) «Luzbel.»
(4) «Dios, solo verdadero rey.»
(5) «Saul.»

La desdicha del pobre es tu ventura,
Su hambre y su miseria tu sustento,
Su desnudez tus galas y tu aumento,
Si socorres su afan y pena dura.
Fias de la codicia del tratante
Y de la tierra, y en alado pino
Los tesoros al mar siempre inconstante.
Y solo dudas del poder divino,
Pues su misma promesa no es bastante
A persuadir tu ciego desatino.

Los vanos y poderosos por de fuera resplandecientes, y dentro pálidos y tristes.

XCIV.

Si las mentiras de fortuna, Licas,
Te desnudas, veráste reducido
A sola tu verdad, que en alto olvido,
Ni sigues, ni conoces, ni platicas.
Esas larbas expléndidas y ricas
Que abultan tus gusanos con vestido,
En el veneno Tirio recocido,
Presto vendrán á tu soberbia chicas.
¿Qué tienes, si te tienen tus cuidados?
¿Qué puedes, si no puedes conocerte?
¿Qué mandas, si obedeces tus pecados?
Furias del oro habrán de poseerte,
Padecerás tesoros mal juntados,
Desmentirá tu presuncion la muerte.

Al oro considerándole en su orígen, y despues en su estimacion.[1]

XCV.

Este metal que resplandece ardiente
Y tanta envidia en poco bulto encierra,
Entre las llamas renunció la tierra,
Ya no conoce al risco por pariente.
Fundido ostenta brazo omnipotente,
Horror, que á la ciudad prestó la sierra,
Descolorida paz, preciosa guerra,
Veneno de la Aurora y del Poniente.

(1) «Los cuartetos tienen imitacion de Tertuliano.»

Este en dineros ásperos cortado,
Orbe pequeño al hombre le compite
Los blasones de ser mundo abreviado.
Pálida ley, que todo lo permite,
Caudal perdido, cuanto más guardado:
Sed, que no en la abundancia se remite.

Desengaño de la exterior apariencia, con el exámen interior y verdadero.

XCVI.

¿Miras este jigante corpulento
Que con soberbia y gravedad camina?
Pues por dentro es trapos y fagina,
Y un ganapan le sirve de cimiento.
Con su alma vive, y tiene movimiento,
Y á donde quiere su grandeza inclina;
Mas quien su aspecto rígido examina,
Desprecia su figura y ornamento.
Tales son las grandezas aparentes
De la vana ilusion de los tiranos,
Fantásticas escorias eminentes.
¿Véslos arder en púrpura, y sus manos
En diamantes y piedras diferentes?
Pues asco dentro son, tierra y gusanos.

Advierte á los avaros la ocasion de faltarles muchas veces sus aumentos.[1]

XCVII.

Injurias dices, avariento, al cielo,
Llámasle de metal, porque no llueve;
Dime el socorro que á tu troj le debe
En el pobre que viste sin consuelo.
De estéril osas acusar el suelo,
Porque á los gritos tuyos no se mueve;
Presumes, necio, de mandar la nieve,
Y al invierno tasar quieres el hielo.
Si no se abre el cielo soberano,
Si no dan fruto á tu labor las tierras,
Imitan tus graneros y tu mano.

(1) «Es doctrina de San Cipriano á Demetrio, y de San Gregorio Nacianceno: *Oratione in plagam Grandis.*»

En cuanto al cielo le suplicas yerras,
Pues de los bienes que te dió, tirano,
Le pides que se abra, y tú le cierras.

Desastre del valido que cayó, aun en sus estátuas. (1)

XCVIII.

¿Miras la faz que al orbe fué segunda,
Y en el metal vivió rica de honores,
Como arrastrada sigue los clamores
En las maromas de la plebe inmunda?
No hay fragua que sus miembros no los funda
En calderas, sartenes y asadores,
Y aquel miedo y terror de los señores,
Solo de humo en la cocina abunda.
El rostro que adoraron en Seyano,
Despedazado en gárfios, es testigo
De la instabilidad del precio humano.
Nadie le conoció, ni fué su amigo:
Y solo quien le infama de tirano,
No acompañó el horror de su castigo.

Reprension de la gula. (2)

XCIX.

¿Tan grande precio pones á la escama?
Ya fuera más barato, bien mirado,
Comprar el pescador, y no el pescado,
En que tanta moneda se derrama.
No el pescado que comes, mas la fama:
Lo caro, y lo remoto, es lo preciado;
Pues de los peces de otro mar cargado
Lleva tu sueño vuelcos á la cama.
Yo envidio al que te vende la murena,
Que entre Caribdi y Escila resbalaba,
Pues más su bolsa que tu vientre, llena.
Das grande precio por lo que otro alaba,
Mas es la tuya adulacion, que cena;
Y más tu hacienda que tu hambre, acaba.

(1) «Es muy precisa expresion de Juvenal en la Sát. 10: *Ardet adoratum Populo caput*, etc.»
(2) «Es imitacion de la Sát. 4 de Juvenal:

Hoc pretium squamæ? Potuit fortasse minori
Piscator, quam piscis emi, etc.»

Muestra la iniquidad que los poderosos usan con la heredad del pobre, si tienen codicia de ella, hasta que se la toman en bajo precio.[1]

C.

En la heredad del pobre, las espigas
Más gruesas te parecen más opacas;
Y ni en tus trojes la codicia aplacas,
No pudiendo sufrir su mies las vigas.
Arrójanle tus ánsias enemigas
Con laso cuello en su quiñon tus vacas,
Para que hambrientas, las que entraron flacas,
Le saquen la cosecha en las barrigas.
¡Oh, cuántos lloran robos dolorosos
De la envidia opulenta! ¡Oh, cuántos males
Ocasionan vecinos poderosos!
Hasta que á intercesion de injurias tales
Les espongan los dueños querellosos
Aquellas posesiones ya venales.

Muestra en oportuna alegoría la seguridad del estado pobre y el riesgo del poderoso.

CI.

¿Ves esa choza pobre que en la orilla
Con bien unidas pajas burla al Noto?
¿Ves el horrendo y líquido alboroto
Donde agoniza poderosa quilla?
¿No ves la turba ronca y amarilla
Desconfiar del arte y del piloto,
A quien, si el parasismo acuerda el voto,
La muerte los semblantes amancilla?
Pues eso ves en mí, que retirado
A la serena paz de mi cabaña,
Más quiero verme pobre que anegado.
Imito libre, naufragar la saña
Del poder cauteloso, que engañado
Tormenta vive, cuando alegre engaña.

UNIVERSIDAD DE MURCIA FACULTAD DERECHO BIBLIOTECA

(1) «Es tambien de Juvenal, Sát. 14; *Quorum si pretio Dominus non vincitur ullo*, etc.»

Enseña que, aunque tarde, es mejor reconocer el engaño de las pretensiones y retirarse á la granjería del campo.

CII.

Cuando esperando está la sepultura
Por semilla mi cuerpo fatigado,
Doy mi sudor al reluciente arado,
Y sigo la robusta agricultura.
Disculpa tiene, Fabio, mi locura,
Si me quieres creer escarmentado;
Probé la pretension con mi cuidado,
Y hallo que es la tierra menos dura.
Recojo en fruto lo qué aquí derramo,
Y derramaba allá lo que cogia:
Quien se fia de Dios, sirve á buen amo.
Más quiero depender del sol y el dia,
Y de la agua, aunque tarde, si la llamo,
Que de la Aulica infiel astrología.

A un Juez Mercadería.

CIII.

Las leyes con que juzgas, ¡oh Batino!
Menos bien las estudias que las vendes,
Lo que te compran, solamente entiendes;
Más que Jason, te agrada el vellocino.
El humano derecho y el divino,
Cuando los interpretas los ofendes;
Y al compás que la encoges ó la estiendes,
Tu mano para el fallo se previno.
No sabes escuchar ruegos baratos,
Y solo quien te dá, te quita dudas;
No te gobiernan textos, sino tratos.
Pues que de intento y de interés no mudas,
O lávate las manos con Pilatos,
O con la bolsa ahórcate con Judas.

Virtud de la presencia del Señor en la agricultura y en la guerra.

CIV.

Más fertilizan mi heredad mis ojos,
Que el Mayo que las lluvias no resista.

Pues con el beneficio de mi vista,
En espigas reviven mis rastrojos.
Vuélvense los gañanes en gorgojos,
Si falta al dueño, que al trabajo asista;
Y quien espera grano, coge arista,
Mal acondicionada con abrojos.
Lo mismo es la batalla que la tierra;
El que la viere dar, tendrá victoria,
Pues los ojos del rey arman la guerra.
El que manda y gobierna de memoria,
Y á su defensa entrambos ojos cierra,
Sin cetro y con bordon, busca la gloria.

Comparacion de las fábricas de la soberbia con las de la humildad.

CV.

Es la soberbia artífice engañoso,
Dá su fábrica pompa y no provecho!
Vé, Nabuco, la estátua que te ha hecho,
Advierte el edificio cauteloso.
Hizo la frente del metal precioso,
Armó de plata y bronce, cuello y pecho,
Y por trocar con el cimiento el techo,
Los piés labró de barro temeroso.
No alcanzó el oro á ver desde la altura
La guija, que rompió con ligereza
El polvo, en quien fundó rica locura.
El que pusiere el barro en la cabeza
Y á los piés de metal la lumbre pura,
Tendrá, si no hermosura, fortaleza.

Espántase de la advertencia quien tiene olvidada la culpa.

CVI.

De los misterios á los bríndis llevas,
¡Oh Baltasar! los vasos más divinos,
Y de los sacrificios á los vinos,
Porque injurias de Dios profano bebas;
Que á disfamar los cálices te atrevas,
Que vinieron del templo peregrinos,
Juntando á ceremonias desatinos,
Y á ancianos ritos, tus blasfemias nuevas.
Despues de haber sacrílego bebido

Toda la edad á Baco en urna santa,
Mojado el seso y húmedo el sentido,
Ver una mano en la pared te espanta,
Habiendo tu garganta merecido
No que escriba, que corte tu garganta.

Al repentino y falso rumor de fuego que se movió en la plaza de Madrid en una fiesta de toros.

CVII.

Verdugo fué el temor, en cuyas manos
Depositó la muerte los despojos
De tanta infausta vida; llorad, ojos,
Si ya no lo dejais por inhumanos.
¿Quién duda ser avisos sóberanos,
Aunque el vulgo los tenga por antojos,
Con que el cielo el rigor de sus enojos
Severo ostenta entre temores vanos?
Ninguno puede huir su fatal suerte,
Nada pudo estorbar estos espantos;
Ser de nada el rumor, ello se advierte.
Y esa nada ha causado muchos llantos,
Y nada fué instrumento de la muerte,
Y nada vino á ser muerte de tantos.

Amenaza á un poderoso ofensivo, que la dilacion de la pena que se le previene del brazo de Dios, es para aumentarla.

CVIII.

Duro tirano, de ambicion armado,
En la miseria ajena presumido,
O la piedad de Dios llamas olvido,
O arguyes su paciencia de pecado.
Y puede ser que llegues obstinado,
Y de mordaz blasfema persuadido,
A negarle el valor cuando ofendido
Crecer quiere el castigo dilatado.
No es negligencia la piedad severa;
Bien puede emperezar, mas no olvidarse
La atencion más hermosa de la esfera.
Estále á Dios muy bien el descuidarse
De la venganza que tomar espera;
Que sabe, y puede, y debe desquitarse.

Gustoso el autor con la soledad y sus estudios, escribió este soneto.

CIX.

Retirado en la paz de estos desiertos,
Con pocos, pero doctos libros juntos,
Vivo en conversacion con los difuntos,
Y escucho con mis ojos á los muertos.
Si no siempre entendidos, siempre abiertos,
O enmiendan ó fecundan mis asuntos;
Y en músicos callados contrapuntos
Al sueño de la vida hablan despiertos.
Las grandes almas, que la muerte ausenta,
De injurias de los años vengadora,
Libra, ¡oh gran don Josef! docta la imprenta.
En fuga irrevocable huye la hora;
Pero aquella el mejor cálculo cuenta
Que en la leccion y estudios nos mejora.

Muestra lo que se indigna Dios de las peticiones execrables de los hombres, y que sus oblaciones, para alcanzarlas, son graves ofensas.(1)

CX.

Con mudo incienso y grande ofrenda, ¡oh Licas!
Cogiendo á Dios á solas entre dientes
Los ruegos, que recatas de las gentes,
Sin voz á sus orejas comunicas.
Las horas pides prósperas y ricas,
Y que, para heredar á tus parientes,
Fiebres reparta el cielo pestilentes
Y de ruinas fraternas te fabricas.
¡Oh grande horror! Pues cuando de ejemplares
Rayos á Dios armó la culpa, el vicio,
Víctimas le templaron los pesares;
Y hoy le ofenden así, no ya propicio,
Que vueltos sacrilegios los altares,
Arma su diestra el mismo sacrificio.

(1) «Discurriendo con D. Francisco en la Sát. X de Juvenal y II de Persio, donde se abomina la perversidad de los votos humanos, refiere el primer colector de las obras de Quevedo, me refirió los cuartetos de este soneto, pidiéndome le añadiera los tercetos, al propósito de lo que yo habia discurrido.»

De lo que resulta que ocho versos de este soneto son de Quevedo, y los seis restantes de D. José Antonio Gonzalez de Salas, amigo íntimo de aquel, y el primero y más inteligente colector de las composiciones del gran poeta.

SERMON ESTÓICO

DE

CENSURA MORAL. (1)

¡Oh, corvas almas! ¡Oh, facinerosos (2)
Espíritus furiosos!
¡Oh, varios pensamientos insolentes!
¡Deseos delincuentes,
Cargados, sí, mas nunca satisfechos;
Alguna vez cansados,
Ninguna arrepentidos,
En la copia crecidos
Y en la necesidad desesperados!
¿De vuestra vanidad, de vuestro vuelo
Qué abismo está ignorado?
Todos los senos que la tierra calla,
Las llanuras que borra el Oceano
Y los retiramientos de la noche,
De que no ha dado el sol noticia al dia,
Los sabe la codicia del tirano.
Ni horror, ni religion, ni piedad juntos
Defienden de los vivos los difuntos.
A las cenizas y á los huesos llega,
Palpando miedos, la avaricia ciega;
Ni la pluma á las aves,
Ni la garra á las fieras,
Ni en los golfos del mar, ni en las riberas
El callado nadar del pez de plata,
Les puede defender del apetito.
Y el orbe, que infinito
A la navegacion nos parecia,
Es ya corto distrito
Para las diligencias de la gula.

(1) Esta composicion y la que sigue van bajo un mismo título en la edicion de 1648, en la forma que sigue:

Sermon estóico y epístola satírica. Ambas poesías morales, á la semejanza de las de Horacio Flacco.

Precédelas una disertacion del colector Gonzalez de Salas, para ilustracion de este género de poesía.

(2) Imitacion de Persio, Sát. II: *O curvæ in terris animæ*, etc. Quasi pecudum. Pacuvius: *Incurvi cervicum pecus.*

Pues de esotros sentidos acumula
El vasallaje, y ella se levanta
Con cuanto patrimonio
Tienen, y los confunde en la garganta.
Y antes que los desórdenes del vientre
Satisfagan sus ímpetus violentos,
Yermos han de quedar los elementos
Para que el orbe en sus angustias entre.
Tú, Clito, entretenida, mas no llena,
Honesta vida gastarás contigo;
Que no teme la envidia por testigo
Con pobreza decente fácil cena.
Más flaco estará, ¡oh Clito!
Pero estará más sano
El cuerpo desmayado que el ahito,
Y en la escuela divina,
El ayuno se llama medicina,
Y esotro enfermedad, culpa y delito.
El hombre de las piedras descendiente
(¡Dura generacion, duro linaje!)
Osó vestir las plumas,
Osó tratar ardiente
Las líquidas veredas, hizo ultraje
Al gobierno de Eolo:
Desvaneció su presuncion Apolo,
Y en teatro de espumas,
Su vuelo desatado,
Yace el nombre, y el cuerpo justiciado,
Y navegan sus plumas,
Tal has de padecer, Clito, si subes
A competir lugares con las nubes.
De metal fué el primero,
Que al mar hizo guadaña de la muerte,
Con tres cercos de acero
El corazon humano desmentia.
Este con velas cóncavas, con remos,
¡Oh muerte! ¡Oh mercancía!
Unió climas extremos;
Y rotos de la tierra
Los sagrados confines,
Nos enseñó con máquinas tan fieras,
A juntar las riberas;
Y de un leño que el céfiro se sorbe,
Fabricó pasadizo á todo el orbe,
Adiestrando el error de su camino

En las señas que hace enamorada
La piedra imán del Norte,
De quien amante quiere ser consorte,
Sin advertir, que cuando vé la estrella,
Desvarian los éxtasis en ella.
Clito, desde la orilla
Navega con la vista el Oceano,
Oyele ronco, atiéndele tirano,
Y no dejes la choza por la quilla;
Pues son las almas, que respira Tracia, (1)
Y las iras del Noto,
Muerte en el Ponto, música en el soto.
Profanó la razon y disfamóla,
Mecánica codicia diligente,
Pues al robo de Oriente destinada
Y al despojo precioso de Occidente,
La vela desatada,
El remo sacudido,
De más riesgos que ondas impelido,
De aquilon enojado,
Siempre de invierno y noche acompañado,
Del mar impetuoso
(Que tal vez justifica el codicioso)
Padeció la violencia,
Lamentó la inclemencia:
Y por fuerza piadoso,
A cuantos votos dedicaba á gritos,
Previno en la bonanza
Otros tantos delitos,
Con la esperanza contra la esperanza.
Este al sol y á la luna,
Que imperio dan y templo á la fortuna,
Examinando rumbos y concetos,
Por saber los secretos
De la primera madre,
Que nos sustenta y cria,
De ella hizo miserable anatomía;
Despedazóla el pecho,
Rompióle las entrañas,
Desangróle las venas,
Que de estimado horror estaban llenas,
Los cláustros de la muerte
Duro solicitó con hierro fuerte.

(1) *Impellunt animæ lintea Thraciæ. Horatius*, lib. 1, od 12.

Y espantará, que tiemble algunas veces,
Siendo madre, y robada
Del parto, á cuanto vive preferido.
No des la culpa al viento detenido,
Ni al mar por proceloso,
De tí tiembla tu madre codicioso.
Juntas grande tesoro,
Y en Potosí y en Lima
Ganas jornal al cetro y á la sima.
Sacas al sueño, á la quietud desvelo,
A la maldad consuelo,
Disculpa á la traicion, premio á la culpa,
Facilidad al ódio y la venganza,
Y en pálido color verde esperanza.
Y debajo de llave
Pretendes acuñados
Cerrar los dioses y guardar los hados,
Siendo el oro tirano de buen nombre,
Que siempre llega con la muerte al hombre,
Mas nunca, si se advierte,
Se llega con el hombre hasta la muerte.
Sembraste, oh tú, opulento, por los vasos,
Con desvelos de la arte,
Desprecios del metal rico no escasos,
Y en discordes balanzas
La materia vencida,
Vanamente podrás despues preciarte,
Que induciste en la sed dos destemplanzas.
Donde tercera aun hoy delicia alcanzas,
Y á la naturaleza pervertida.
Con las del tiempo intrépidas mudanzas,
Trasfiriendo al licor en el estío
Prision de invierno frio.
Al brindis luego el apetito necio
Del murrino, [1] y cristal creció así el precio
Que fué pompa y grandeza,
Disipar los tesoros
Por cosa ó vicio ciego
Que pudiese perderse toda y luego.
Tú, Clito, en bien compuesta
Pobreza, en paz honesta,
Cuanto menos tuvieres,
Desarmarás la mano á los placeres,

(1) Plinius Prohæmio, lib. 33. *Murrhina et christalina ex eadem terra effodimus*, etc. *Hæc vera luxuria gloriæ existimata est, habere quod posset statim totum perire.*

La malicia á la envidia,
A la vida el cuidado,
A la hermosura lazos,
A la muerte embarazos,
Y en los trances postreros,
Solicitud de amigos y herederos.
Deja en vida los bienes
Que te tienen, y juzgas que los tienes.
Y las últimas horas
Serán en tí forzosas, no molestas,
Y al dar la cuenta escusarás respuestas.
Fabrica el ambicioso
Ya edificio olvidado
Del poder de los dias,
Y el palacio crecido
No quiere darse, no, por entendido
Del paso de la edad sorda y ligera,
Que fugitiva calla,
Y en silencio mordaz, mal advertido,
Digiere la muralla,
Los alcázares lima,
Y la vida del mundo poco á poco
O la enferma ó lastima.
Los montes invencibles,
Que la naturaleza
Eminentes crió para sí sola
(Paréntesis de reinos y de imperios)
Al hombre inaccesibles,
Embarazando el suelo.
Con el horror de puntas desiguales,
Que se oponen erizo bronco al cielo;
Despues que les sacó de sus entrañas
La avaricia, mostrándola á la tierra
Mentida en el color de los metales,
Cruda y preciosa guerra:
¿Osó la vanidad cortar sus cimas,
Y desde las cervices
Hender á los peñascos las raices?
Y erudito ya el hierro,
Porque el hombre acompañe
Con magnífico adorno sus insultos,
Los duros cerros adelgaza en bultos,
Y viven los collados
En átrios y en alcázares cerrados,
Que apenas los cubria

El campo eterno [1] que camina el dia.
Desarmaron la orilla,
Desabrigaron valles y llanuras,
Y borraron del mar las señas duras.
Y los que en pié estuvieron,
Y eminentes rompieron
La fuerza de los golfos insolentes,
Y fueron objecion yertos y frios
De los atrevimientos de los rios:
Ahora navegados,
Escollos y collados,
Los vemos en los pórticos sombríos
Mintiendo fuerzas y doblando pechos,
Aun promontorios sustentar los techos,
Y el rústico linaje,
Que fué [2] de piedra dura,
Vuelve otra vez viviente en escultura.
Tú, Clito, pues le debes
A la tierra ese vaso de tu vida,
En tan poca ceniza detenida,
Y en cárceles tan frágiles y breves
Hospedas alma eterna;
No presumas, ¡oh Clito! no presumas,
Que la del alma casa tan moderna,
Y de tierra caduca,
Viva mayor posada que ella vive,
Pues que en horror la hospeda y la recibe,
No sirve lo que sobra,
Y es grande acusacion la grande obra:
Sepultura imagina el aposento,
Y el alto alcázar vano monumento.
Hoy al mundo fatiga
Hambrienta y con los ojos desvelados,
La enfermedad antigua,
Que á todos los pecados
Adelantó en el cielo su malicia,
En la parte mejor de su milicia.
Envidia sin color y sin consuelo,
Mancha primera que borró la vida
A la inocencia humana,
De la quietud y la verdad tirana:
Furor envejecido,

(1) El Cielo.

(2) Alude al orígen de los hombres, despues del diluvio de Deucalion y Pyrrha, á que tambien aludió arriba, *el hombre de las piedras descendiente*, etc.

Del bien ageno por su mal nacido;
Veneno de los siglos, si se advierte,
Y miserable causa de la muerte.
Este furor eterno
Con afrenta del sol pobló el infierno,
Y debe á sus intentos ciegos, vanos,
La desesperacion sus ciudadanos.
Esta previno avara
Al hombre las espinas en la tierra;
Y el pan que le mantiene en esta guerra,
Con sudor de sus manos y su cara.
Fué motin porfiado
En la progenie de Abraham eterna,
Contra el padre del pueblo endurecido
Que dió por ellos el postrer gemido.
La envidia no combate
Los muros de la tierra y mortal vida,
Si bien la salud propia combatida
Deja tambien, solo pretende palma
De batir los alcázares del alma;
Y antes que las entrañas
Sientan su artillería,
Aprisiona el discurso, si porfía.
Las distantes llanuras de la tierra
A dos hermanos fueron
Angosto espacio para mucha guerra,
Y al que naturaleza
Hizo primero, pretendió por dolo,
Que la envidia mortal le hiciese solo.
Tú, Clito, doctrinado
Del escarmiento amigo,
Obediente á los doctos desengaños,
Contarás tantas vidas como años;
Y acertará mejor tu fantasía,
Si conoces que naces cada dia.
Envidia los trabajos, no la gloria,
Que ellos corrigen y ella desvanece,
Y no serás horror para la historia,
Que con sucesos de los reyes crece.
De los agenos bienes
Ten piedad y temor: de los que tienes,
Goza la buena dicha con sospecha:
Trata desconfiado la ventura,
Y póstrate en la altura.
Y á las calamidades

Envidia la humildad y las verdades;
Y advierte, que tal vez se justifica
La envidia en los mortales,
Y sabe hacer un bien en tantos males:
Culpa y castigo que tras sí se viene,
Pues que consume al propio que la tiene.
La grandeza envidiada,
La riqueza molesta y espiada,
El polvo cortesano,
El poder soberano,
Asistido de penas y de enojos,
Siempre tienen quejosos á los ojos,
Amedrentado el sueño,
La conciencia con ceño,
La verdad acusada,
La mentira asistente,
Miedo en la soledad, miedo en la gente,
La vida peligrosa,
La muerte apresurada y belicosa.
Cuán raros han bajado los tiranos,
Delgadas sombras á los reinos vanos
Del silencio severo,
Con muerte seca y con el cuerpo entero; (1)
Y vió el yerno de Céres
Pocas veces llegar hartos de vida
Los reyes sin veneno ó sin herida.
Sábenlo bien aquellos
Que de joyas y oro
Ciñen medroso cerco á los cabellos.
Su dolencia mortal es su tesoro,
Su pompa y su cuidado sus legiones.
Y el que en la variedad de las naciones
Se agranda más, y crece
Los ambiciosos títulos profanos,
Es, cuanto más se precia de monarca,
Más ilustre desprecio de la Parca.
El africano duro,
Que en los Alpes vencer pudo el invierno,
Y á la naturaleza
De su alcázar mayor la fortaleza;
De quien por darle paso al señorío,
La mitad de la vista cobró en frio; (2)
En canas el furor de sus soldados,

(1) *Et sicca morte Tyranni*, etc.
(2) «Perdió entonces un ojo Aníbal.»

Con la sangre de venas consulares,
Calentó los sembrados;
Fué susto del imperio,
Hízole ver la cara al cautiverio,
Dió noticia del miedo su osadía
A tanta presuncion de monarquía;
Y peregrino, desterrado y preso,
Poco despues por desdeñoso hado,
Militó contra sí desesperado.
Y vengador de muertes y victorias,
Y no envidioso menos de sus glorias,
Un anillo piadoso,
Sin golpe ni herida,
Más temor quitó en Roma, que en él vida;
Y ya en urna ignorada,
Tan grande capitan y tanto miedo,
Peso serán apenas para un dedo.
Mario nos enseñó que los trofeos
Llevan á las prisiones,
Y que el triunfo que ordena la fortuna,
Tiene en Minturnas cerca la laguna.[1]
Y si te acercas más á nuestros dias,
¡Oh, Clito! en las historias
Verás, donde con sangre las memorias
No estuvieren borradas,
Que de horrores manchadas
Vidas tantas, están exclarecidas,
Que verás más escándalos que vidas.
Id, pues, grandes señores,
A ser rumor del mundo,
Y comprando la guerra,
Fatigad la paciencia de la tierra:
Provocad la impaciencia de los mares
Con desatinos nuevos
Solo por emular locos [2] mancebos;
Y á costa de prolija desventura,
Será la aclamacion de su locura.
Clito, quien no pretende levantarse,
Puede arrastrar, mas no precipitarse;
El bajel que navega
Orilla, ni peligra ni se anega.
Cuando Jove se enoja soberano,

(1) «Porque la sexta vez, cónsul Mario, en guerra civil vencido por Syla, huyendo de la muerte, se escondió en una laguna cerca de la ciudad Minturnas. Appiano Alejandrino.»

(2) «Las expediciones de Baco y Alejandro.»

Más cerca tiene el monte que no el llano;
Y la encina en la cumbre
Teme, lo que desprecia la legumbre.
Leccion te son las hojas,
Y maestros las peñas:
Avergüénzate, ¡oh, Clito!
Con alma racional y entendimiento,
Que te pueda en España
Llamar rudo discípulo una caña,
Pues si no te moderas,
Será de tus costumbres á su modo,
Verde reprension el campo todo.

EPÍSTOLA SATÍRICA,

Y

CENSORÍA CONTRA LAS COSTUMBRES PRESENTES DE LOS CASTELLANOS.

Escrita á D. Gaspar de Guzman, conde de Olivares, en su valimiento.

No he de callar, por más que con el dedo,
Ya tocando la boca, ó ya la frente,
Silencio avises, ó amenaces miedo.
¿No ha de haber un espíritu valiente?
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?
Hoy sin miedo que libre escandalice,
Puede hablar el ingénio, asegurado
De que mayor poder le atemorice.
En otros siglos pudo ser pecado
Severo estudio, y la verdad desnuda,
Y romper el silencio el bien hablado.
Pues sepa quien lo niega y quien lo duda,
Que es la lengua la verdad de Dios severo,
Y la lengua de Dios nunca fué muda.
Son la verdad y Dios, Dios verdadero,
Ni eternidad divina los separa,
Ni de los dos alguno fué primero.
Si Dios á la verdad se adelantara,

Siendo verdad, implicacion hubiera
En ser, y en que verdad de ser dejara.
La justicia de Dios es verdadera,
Y la misericordia, y todo cuanto
Es Dios, todo ha de ser verdad entera.
Señor excelentísimo, mi llanto
Ya no consiente márgenes ni orillas,
Inundacion será la de mi canto.
Ya sumergirse miro mis megillas,
La vista por dos urnas derramada
Sobre las aras de las dos Castillas.
Yace aquella virtud desaliñada,
Que fué, si rica menos, más temida,
En vanidad y en sueño sepultada.
Y aquella libertad exclarecida,
que en donde supo hallar honrada muerte,
Nunca quiso tener más larga vida.
Y pródiga del alma, nacion fuerte, (1)
Contaba por afrentas de los años,
Envejecer en brazos de la suerte.
Del tiempo el ócio torpe, y los engaños
Del peso de las horas y del dia,
Reputaban los nuestros por extraños.
Nadie contaba cuánta edad vivia,
Sino de qué manera, ni aun una hora
Lograba sin afan su valentía.
La robusta virtud era señora,
Y sola dominaba al pueblo cudo:
Edad, si mal hablada, vencedora.
El temor de la mano daba escudo
Al corazon, que en ella confiado
Todas las armas despreció desnudo.
Multiplicó en escuadrras un soldado
Su honor precioso, su ánimo valiente,
De sola honesta obligacion armado.
Y debajo del cielo aquella gente, (2)
Si no á más descansado, á más honroso
Sueño entregó los ojos, no la mente.
Hilaba la mujer para su esposo
La mortaja, primero que el vestido;
Menos le vió galan que peligroso.
Acompañaba el lado del marido
Más veces en la hueste que en la cama,

(1) *Prodiga gens animæ*, etc.
(2) *Sub cetheris axe*, Virgilio, lib. 8.

Sano le aventuró, vengóle herido.
Todas matronas y ninguna dama:
Que nombres del halago cortesano
No admitió lo severo de su fama.
Derramado y sonoro el Oceano
Era divorcio de las rubias minas,
Que usurparon la paz del pecho humano.
Ni los trujo costumbres peregrinas
El áspero dinero, ni el Oriente [1]
Compró la honestidad con piedras finas.
Joya fué la virtud pura y ardiente;
Gala el merecimiento y alabanza;
Solo se codiciaba lo decente.
No de la pluma dependió la lanza,
Ni el cántabro con cajas y tinteros
Hizo el campo heredad, sino matanza.
Y España, con legítimos dineros,
No mendigando el crédito á Liguria,
Más quiso los turbantes que los ceros.
Menos fuera la pérdida y la injuria
Si se volvieran Muzas los asientos,
Que esta usura es peor que aquella furia.
Caducaban las aves en los vientos,
Y espiraba decrépito el venado:
Grande vejez duró en los elementos.
Que el vientre entonces bien disciplinado
Buscó satisfaccion y no hartura,
Y estaba la garganta sin pecado.
Del mayor infanzon de aquella pura
República de grandes hombres, era
Una vaca sustento y armadura.
No habia venido al gusto lisonjera
La pimienta arrugada, ni del clavo
La adulacion fragrante forastera.
Carnero y vaca fué principio y cabo,
Y con rojos pimientos y ajos duros,
Tan bien como el señor comió el esclavo.
Bebió la sed los arroyuelos puros,
Despues mostraron del Carchesio á Baco [2]
El camino los bríndis mal seguros.
El rostro macilento, el cuerpo flaco,
Eran recuerdo del trabajo honroso,
Y honra y provecho andaban en un saco.

(1) «*Asper nummus*, Persius, id. est, recens, non levis usu.»
(2) «Vaso para sacrificar á Baco. Virg., Lib. 5. *Hic duo rité mero libraus Carchesia Baccho.*»

Pudo sin miedo un español belloso
Llamar á los tudescos bacanales,
Y al holandés hereje y alevoso.
Pudo acusar los celos desiguales
A la Italia, pero hoy de muchos modos
Somos copias, si son originales.
Las descendencias gastan muchos godos,
Todos blasonan, nadie los imita,
Y no son sucesores, sino apodos.
Vino el betun precioso, que vomita
La ballena, ó la espuma de las olas,
Que el vicio, no el olor, nos acredita.
Y quedaron las huestes españolas
Bien perfumadas, pero mal regidas,
Y alhajas las que fueron pieles solas.
Estaban las hazañas mal vestidas,
Y aun no se hartaba de buriel y lana
La vanidad de fembras presumidas.
A la seda pomposa siciliana,
Que manchó ardiente múrice, el romano,
Y el oro hicieron áspera y tirana.
Nunca al duro español supo el gusano
Persuadir que vistiese su mortaja, (1)
Intercediendo el can por el verano. (2)
Hoy desprecia el honor al que trabaja,
Y entonces fué el trabajo ejecutoria,
Y el vicio graduó la gente baja.
Pretende el alentado jóven gloria,
Por dejar la bacada sin marido,
Y de Céres ofende la memoria.
Un animal á la labor nacido,
Y símbolo celoso á los mortales,
Que á Jove fué disfraz y fué vestido,
Que un tiempo endureció manos reales,
Y detrás de él los cónsules gimieron,
Y rumia luz en campos celestiales.
¿Por cuál enemistad se persuadieron,
A que su apocamiento fuese hazaña,
Y á las mieses tan grande ofensa hicieron?
Que cosa es ver un infanzon de España,
Abreviado en la silla á la gineta,
Y gastar un caballo en una caña.
Que la niñez al gallo le acometa

(1) «La mortaja del gusano.»
(2) Obligando á ello el calor del verano.

Con semejante municion, apruebo;
Mas no la edad madura y la perfeta.
Ejercite sus fuerzas el mancebo
En frentes de escuadrones, no en la frente
Del útil bruto la asta del acebo.
El trompeta le llame diligente,
Dando fuerza de ley el viento vano,
Y al son esté el ejército obediente.
Con cuanta majestad lleva la mano
La pica, y el mosquete carga el hombro,
Del que se atreve á ser buen castellano.
Con asco entre las otras gentes nombro
Al que de su persona sin decoro
Más quiere nota dar, que dar asombro.
Gineta y cañas son contagio moro,
Restitúyanse justas y torneos,
Y hagan paces las capas con el toro.
Pasadnos vos de juegos á trofeos,
Que solo grande rey y buen privado,
Pueden ejecutar estos deseos.
Vos, que haceis repetir siglo pasado,
Con desembarazarnos las personas,
Y sacar á los miembros de cuidado.
Vos dísteis libertad con las valonas,
Para que sean corteses las cabezas,
Desnudando el enfado á las coronas.
Y pues vos enmendásteis las cortezas,
Dad á la mejor parte medicina,
Vuélvanse los tablados fortalezas.
Que la cortés estrella que os inclina
A privar sin intento y sin venganza,
Milagro que á la envidia desatina,
Tiene por sola bienaventuranza
El reconocimiento temeroso,
No presumida y ciega confianza.
Y si os dió el ascendiente generoso
Escudos de armas y blasones llenos,
Y por timbre el martirio glorioso,
Mejores sean por vos los que eran buenos
Guzmanes, y la cumbre desdeñosa
Os muestre á su pesar campos serenos.
Lograd, señor, edad tan venturosa,
Y cuando nuestras fuerzas examina
Persecucion unida y belicosa,
La militar valiente disciplina

Tenga más platicantes que la plaza,
Descanse tela falsa y tela fina.
Suceda á la marlota la coraza,
Y si el Corpus con danzas no los pide,
Velillos y oropel no hagan baza.
El que en treinta lacayos los divide,
Hace fuerte en el toro, y con un dedo
La hace en él la vara que los mide.
Mandadlo así, que aseguraros puedo
Que habeis de restaurar más que Pelayo,
Pues valdrá por ejércitos el miedo,
Y os verá el cielo administrar su rayo.

«Aquí, Polimnia, en tanto
Que la estoica familia atenta imprime
En láminas su musica sublime,
Suspender quiso el canto;
Pero esta fué su cláusula postrera:
Del corazon en la inmortal esfera,
No en bronce ó mármol que el cincel anime,
Mortales, imprimid mi voz severa.»



Borden Fº Estudio y Taller Zaragoza 25 y 27 Valª T. Perez Lª

MUSA III.- MELPOMENE.



MELPÓMENE.

MUSA III.

CANTA FÚNEBRES MEMORIAS DE PERSONAS INSIGNES.[1]

Músico horror es mi acento,
trajedia soy, siempre, en tanto
que á las exequias el llanto
no ya acuerda mi instrumento.

Trueca aun Vénus en feroz
semblante aquí su blandura;
y si amor cantar procura,
lágrimas canta mi voz.

Funeral elogio en la muerte del bienaventurado rey D. Felipe III.

SONETO I.

Mereciste reinar, y mereciste
No acabar de reinar, y lo alcanzaste
En las almas al punto que espiraste,
Como el reinar al punto que naciste.
Rey te llamaste, cuando padre fuiste,
Pues la serena frente que mostraste,
Del amor de tus hijos coronaste,
Cerco á quien más valor que al oro asiste.
Militó tu virtud en tus legiones,
Vencieron tus ejércitos, armados
Igualmente de acero y oraciones.

(1) Así aparece escrito en todas las ediciones modernas. En la de 1648 se lee: «Canta ahora poesías fúnebres, esto es, inscripciones, exequias y funerales, alabanzas de personas insignes. La parte suya de accion trágica que tambien le pertenece, queda remitida á la restitucion de quien hoy la usurpa.»

Por reliquia llevaron tus soldados
Tu nombre, y por ejemplo tus acciones,
Y fueron victoriosos y premiados.

Túmulo al serenísimo infante D. Cárlos.[1]

II.

Entre las coronadas sombras mias,
Que guardas, ¡oh glorioso monumento!
Bien merecen lugar, bien ornamento
Las llamas antes, ya cenizas frias.
Guarda, ¡oh! sus breves malogrados dias
En religioso y alto sentimiento;
Ya que en polvo atesora el escarmiento
Su gloria á las supremas monarquías.
No pase huésped por aquí que ignore
El duro caso, y que en las piedras duras
Con los ojos, que el título leyere.
A Don Cárlos no aclame y no le llore;
Si no fuere más duro que ellas duras,
Cuando lo que ellas sienten no sintiere.

Al mismo señor infante.

III.

Tu alta virtud, contra los tiempos fuerte,
Tanto, Don Cárlos, dilató su vuelo,
Que dió codicia de gozarla al cielo,
Y de vencerla al brazo de la muerte.
Si puede donde estás, de alguna suerte,
Entrar cuidado de piadoso celo,
Mira envidioso y lastimado al suelo,
Anegado en las lágrimas que vierte.
Si el cielo adornas, vuelto estrella hermosa,
Cual ojo suyo puedes ver el llanto,
Que de los nuestros es razon que esperes;
Pues segun fué tu vida generosa,
No dudo que tu pié, en el coro santo,
Pise estrellas, si estrella en él no fueres.

(1) «Habla España al Escorial, entierro de sus reyes.»
No necesitaremos advertir que el citado infante era hijo de Felipe III, fallecido en Madrid en 1632, á los 25 años de su edad.

Inscripcion al túmulo de la excelentísima duquesa de Lerma.

IV.

Si con los mismos ojos que leyeres
Las letras de este mármol, no llorares,
Y en lágrimas tu vista desatares,
Tan mármol huésped como el mármol eres.
Mira, si grandes glorias ver quisieres,
Estos sagrados túmulos y altares;
Y es bien, que en tanta majestad repares,
Si llevar que contar donde vas quieres.
Guardo en silencio el nombre de su dueño,
Que si le sabes, parecerte ha poca
Tan ilustre grandeza á sus despojos.
Solo advierte, que cubre en mortal sueño
Al sol de Lerma, enternecida roca;
Y vete, que harto debes á tus ojos.

Inscripcion en el túmulo de D. Pedro Giron, duque de Osuna, virey y capitan general de las dos Sicilias.

V.

Del Asia fué terror, de Europa espanto,
Y del Africa rayo fulminante;
Los golfos y los puertos de Levante
Con sangre calentó, creció con llanto.
Su nombre solo fué victoria, en cuanto
Reina la luna en el mayor turbante,
Pacificó motines en Bramante,
Que su grandeza sola pudo tanto.
Divorcio fué del mar y de Venecia,
Su desposorio dirimiendo el peso
De naves, que temblaron Chipre y Grecia.
Y á tanto vencedor venció un proceso,
De su desdicha su valor se precia;
Murió en prision, y muerto estuvo preso.

Compendio de las hazañas del mismo, en inscripcion sepulcral.

VI.

Diez galeras tomó, treinta bajeles,
Ochenta bergantines, dos mahonas;

Aprisionóle al turco dos coronas
Y los corsarios suyos más crueles.
Sacó del remo más de dos mil fieles,
Y turcos puso al remo mil personas;
Y tú, bella Parthénope, aprisionas
La frente que agotaba los laureles.
Sus llamas vió en su puerto la goleta.
Chicheri y la Calivia saqueados
Lloraron su baston y su gineta.
Pálido vió el Danubio sus soldados,
Y á la Mosa y al Rhin dió su trompeta
Ley, y murió temido de los hados.

Epitafio del sepulcro, y con las armas del propio.[1]

VII.

Memoria soy del más glorioso pecho
Que España en su defensa vió triunfante:
En mí podrás, amigo caminante,
Un rato descansar del largo trecho.
Lágrimas de soldados han deshecho
En mí las resistencias de diamante:
Yo cierro al que el Ocaso y el Levante
A su victoria dió círculo estrecho.
Estas armas viudas de su dueño,
Que visten de funesta valentía
Este, si humilde, venturoso leño,
Del grande Osuna son, él las vestia,
Hasta que apresurado el postrer sueño,
Le ennegreció con noche el blanco dia.

Título funeral de Federico, hermano del marqués Espínola.[2]

VIII.

Blandamente descansan, caminante,
Debajo de estos mármoles helados,
Los huesos en ceniza desatados
Del Marte genovés siempre triunfante.
No los pises, no pases adelante,

(1) «Habla el mármol.»

(2) «Dióle muerte la guarnicion de su espada, teniéndola en la mano y peleando, con el golpe que en ella dió una bala de artillería.»

Que es profanar despojos respetados,
Cuando no de la muerte, de los hados,
Que obligan á la fama que los cante.
El rayo artificioso de la guerra,
Emula de virtud la diestra airada
En esta piedra á Federico cierra;
Que la muerte en el plomo disfrazada,
No se la pudo dar en mar ni tierra,
Sin favor de su mano y de su espada.

Túmulo de D. Francisco de Sandoval y Rojas, duque de Lerma y cardenal de Roma.

IX.

Columnas fueron los que miras huesos
En que estribó la ibera monarquía,
Cuando vivieron fábrica, y regia
Anima generosa sus progresos.
De los dos mundos congojosos pesos
Descansó la que ves ceniza fria;
El seso, que esta cavidad vivia,
Calificaron prósperos sucesos.
De Felipe Tercero fué valido,
Y murió de su gracia retirado,
Porque en su falta fuese conocido.
Dejó de ser dichoso, mas no amado;
Mucho más fué no siendo, que habia sido;
Esto al duque de Lerma te ha nombrado.

Inscripcion al marqués Ambrosio Espínola, que gobernó las armas católicas en Flandes.

X.

Lo que en Troya pudieron las traiciones,
Sinon y Ulises, y el caballo duro,
Pudo de Ostende en el soberbio muro
Tu espada, acaudillando tus legiones.
Cayó, al aparecer tus escuadrones,
Frisia y Breda por tierra, y mal seguro
Debajo de tus armas vió el perjuro
Sin blason su muralla y sus pendones.
Todo el Palatinado sujetaste

Al monarca español, y tu presencia
Al furor del hereje fué contraste.
En Flandes dijo tu valor tu ausencia,
En Italia tu muerte, y nos dejaste
Espínola, dolor sin resistencia.

Funeral discurso de Aníbal, tomando el veneno para morir, viéndose viejo, solo y desterrado.[1]

XI.

Quitemos al romano este cuidado
Y un número á sus muchos prisioneros,
Pues me temen los cónsules severos
Amenaza caduca de su estado.
Impaciente á los términos del hado
Salga del alma, que armó tantos guerreros;
No aprendan á servir estos postreros
Años, que del afan he reservado.
Pródigo del Espíritu y la vida,
Desprecio dilatar vejez cansada:
Venganza les daré, no triunfo y gloria.
Que es desesperacion bien entendida
Buscar muerte á la afrenta anticipada;
Quede á guardar la vida á la memoria.

Sepulcro de Jason el Argonauta.[2]

XII.

Mi madre tuve en ásperas montañas,
Si inútil con la edad, soy seco leño;
Mi sombra fué regalo á más de un sueño,
Supliendo al jornalero las cabañas.
Del viento desprecié sonoras sañas,
Y al encogido invierno cano ceño;
Hasta que á la segur villano dueño
Dió licencia de herirme las entrañas.
Al mar dí remos, á la patria fria
De los granizos vela, fuí ligero
Tránsito á la soberbia y osadía.

(1) «Es imitacion de Juvenal.»
(2) «Habla en él un pedazo de la entena de su nave, en cuya figura se supone esta prosopopeya.»

¡Oh, amigo caminante, oh, pasajero!
Dile blandas palabras este dia
Al polvo de Jason, mi marinero.

Elogio funeral á D. Melchor de Bracamonte, hijo de los condes de Peñaranda, gran soldado sin premio.

XIII.

Siempre, Melchor, fué bienaventurada
Tu vida, en tantos trances en el suelo;
Y es bienaventurada ya en el cielo,
En donde solo pudo ser premiada.
Sin tí quedó la guerra desarmada
Y el mérito agraviado sin consuelo;
La nobleza y valor en llanto y duelo,
Y la satisfaccion mal disfamada.
Cuanto no te premiaron, mereciste,
Y el premio en tu valor acobardaste,
Y el escederle fué lo que tuviste.
El cargo que en el mundo no alcanzaste
Es el que yace, el huérfano y el triste,
Que tú de su desden te coronaste.

Sepulcro del buen juez D. Berenguel de Aois. (1)

XIV.

Si cuna y no sepulcro pareciere,
Por no sobrescribirme el «*Aquí yace*»,
Huésped, advierte que en la tumba nace,
Quien como Berenguel á vivir muere.
El que la toga que vistió vistiere,
Y no le imita en lo que juzga y hace,
Con este ejemplo santo se amenace;
El que le sigue su blason espere.
Falleció sin quejosos y dinero;
Enterróle el Consejo, y enterrado,
En él guardó el consejo más severo.
Edificó viviendo amortajado,
No edificó para vivir logrero,
Por él nadie lloró, y hoy es llorado.

(1) «Fué del Consejo Supremo y sirvió 30 años. El mármol habla.»

En la muerte de D. Rodrigo Calderon, marqués de Siete Iglesias, capitan de la guarda tudesca.[1]

XV.

Tu vida fué envidiada de los ruines,
Tu muerte de los buenos fué envidiada:
Dejaste la desdicha acreditada,
Y empezaste tu dicha de tus fines.
Del metal ronco fabricó clarines
Fama, entre los pregones disfrazada;
Y vida eterna y muerte desdichada
En un filo tuvieron los confines.
Nunca vió tu persona tan gallarda
Con tu guarda la plaza, como el dia
Que por tu muerte su alabanza aguarda.
Mejor guarda escogió tu valentía,
Pues que hizo tu ángel con su guarda
En la gloria lugar á tu agonía.

Túmulo de D. Francisco de la Cueva y Silva, grande jurisconsulto y abogado.[2]

XVI.

Este, en traje de túmulo, museo;
Sepulcro en academia transformado,
En donde está en cenizas desatado
Jason, Licurgo, Bártulo y Orfeo.
Este polvo, que fué de tanto reo
Asilo, dulcemente razonado,
Cadáver de las leyes consultado,
En quien si lloro el fin, las glorias leo.
Este de Don Francisco de la Cueva
Fué prision, que su vuelo nos advierte,
Donde piedad y mérito le lleva.
Todas las leyes con discurso fuerte
Venció, y así parece cosa nueva
Que le venciese, siendo ley, la muerte.

(1) «Murió degollado en la plaza de Madrid.»
(2) «Fué varon muy noble, limosnero y poeta.»

Inscripcion en el sepulcro de la señora duquesa de Nájera, condesa de Valencia, etc.[1]

XVII.

A la naturaleza la hermosura,
Y á toda la hermosura la belleza,
El blason y la sangre á la nobleza,
Al discurso el acierto y la cordura.
Guarda este monumento y sepultura
Con más piedad del mármol que dureza,
Del mérito vencida la grandeza,
Dejada por plebeya la ventura.
Aquí descansa en paz, aquí reposa
La duquesa de Nájera, y la tierra
La guarda el sueño leve y religiosa.
¡Oh, huésped! tú que vives sombra en guerra,
Díle blandas palabras á la losa
Que tan esclarecidas venas cierra.

Elogio ilustre en la muerte del marqués de Alcalá, padre de la excelentísima señora duquesa de Medinaceli.[2]

XVIII.

¡Cuánto dejaras de vivir, si hubieras
Vivido una hora más, oh, generoso
Marqués, pues ya en el reino del reposo,
Ni tiempo temes ni la muerte esperas!
Nueva lumbre contemplo en las esferas:
La piedad de tu espíritu glorioso
Robóle á nuestra edad hado envidioso,
A tí clemente en glorias verdaderas.
En vos, excelentísima señora,
Cuando vuestro dolor con las querellas
En tan piadosas lágrimas le llora.
Estrellas deja, y va á gozar estrellas:
Estas enluta cuando aquellas dora,
Y para consolaros vive en ellas.

(1) «Fué mujer del duque de Maqueda, virey de Sicilia.»

(2) Creemos que el citado marqués era hermano del arzobispo patriarca de Valencia, D. Juan de Ribera, é hijo de los duques de Alcalá.

Así se le titula en la edicion de 1648 y en todas las posteriores, á escepcion de la de Rivadeneyra, en la que el colector, Sr. Janer, enmendó la palabra *marqués* por la de *duque*.

Al mismo.[1]

XIX.

Ribera, hoy paraiso; Afan, hoy gloria:
Que así á descanso hoy pasa el apellido,
De tantas majestades deducido,
Blason que vive en inmortal historia.
Contra el tiempo y olvido la victoria
Os asegura el real esclarecido
Hijo, en quien ya dejais padre y marido,
Al Fénix, que os secunda la memoria.
Dejais la pena, sí, pero consuelo
Tan cerca, que si ya no alivia el llanto,
Justo será, mas descortés el cielo.
Dejáisla excelso sustituto en tanto
Que vuestra alma gloriosa deja el suelo,
Y lleváisla en el alma al cielo santo.

Inscripcion al túmulo del rey de Francia Enrique IV.[2]

XX.

Su mano coronó su cuello ardiente,
Y el acero le dió cetro y espada:
Hízose reino así con mano armada,
Conquistó y gobernó francesa gente.
Su diestra fué su ejército valiente,
Sintió su peso el mar, vió fatigada
El alto Pirineo de gente osada
La nieve, ceño cano de su frente.
Su herencia conquistó por merecerla,
Nació rey por la sangre que tenia;
Por la que derramó fué rey famoso.
A fortuna quitó (por no deberla
Solo á la sucesion) la monarquía,
Y vengó á la fortuna un alevoso.

(1) «Empieza con una alusion al apellido de *Afan de Ribera*, de los excelentísimos duques de Alcalá.»
(2) «Dióle muerte con un cuchillo Francisco Ravaillac el dia de la coronacion de la reina.»

Memoria fúnebre del mismo rey.[1]

XXI.

No pudo haber estrella que infamase
Con tal inclinacion sus rayos de oro;
Ni á tanta majestad perdió el decoro
Hora por maliciosa que pasase.
Ni pudo haber deidad que se indignase
Y diese tan vil causa á tanto lloro:
Rayos vengan la ira al alto coro,
No era bien que un traidor se la vengase.
Gusto no pudo ser, matar muriendo;
Y menos interés, pues no respeta
La desesperacion precio ni gloria.
Envidia del infierno fué, temiendo
Que la guerra, y la caja, y la trompeta
Despertaran de España la memoria.

Epitafio para el mismo.

XXII.

No llegó á tanto envidia de los hados,
Ni bastó para tanto fuerza alguna;
Temió quejas del mundo la fortuna,
De quien sus brazos fueron respetados.
Y véisle yace en mármoles helados
(Así lo quiere Dios) el que ninguna
Diestra temió debajo de la luna;
El que armó con su pecho sus soldados.
La cana edad le perdonó piadosa,
La flaca enfermedad le guardó vida
Con que buscar pudiera honrosa muerte.
Todo lo malogró mano alevosa,
Quitando al mundo el miedo en una herida
Del más vil hombre, al príncipe más fuerte.

Glorioso túmulo á la serenísima infanta Sor Margarita de Austria.[2]

XXIII.

Las aves del imperio coronadas
Mejoraron las alas en tu vuelo,

(1) «Busca la causa de su muerte.»
(2) «Fué hija, nieta, hermana y tia de emperadores, y monja descalza de San Francisco en Madrid.»

Que con el pobre, y serafin al cielo
Sube, y volando sigue sus pisadas.
¡Oh, cuán Cesáreas venas, cuán sagradas
Frentes se coronaron con tu velo!
Y espléndido el sayal venció en el suelo
Púrpura tiria y minas de oro hiladas.
La silla más excelsa, más gloriosa
Que perdió el serafin amotinado,
Premió á Francisco la humildad, y hoy osa
La tierra, émula al cielo, en alto grado
Premiarle con la frente más preciosa,
Que imperiales coronas han cercado.

Funeral elogio al Padre Maestro Fray Hortensio Félix Paravicino y Arteaga, predicador de Su Majestad.

XXIV.

El que vivo enseñó, difunto mueve,
Y el silencio predica en el difunto;
En este polvo mira, y llora junto
La vista cuanto al púlpito le debe.
Sagrado y dulce el coro de las nueve
Enmudece en su voz el contrapunto;
Faltó la admiracion á todo asunto,
Y el Fénix, que en su pluma se renueve.
Señas te doy del docto y admirable
Hortensio, tales, que callar pudiera
El nombre religioso y venerable.
La muerte aventurara si le oyera,
A perder el blason de inexorable,
Y si no fuera sorda, le perdiera.

Lamentable inscripcion para el túmulo del rey de Suecia Gustavo Adolfo.[1]

XXV.

Rayo ardiente del mar helado y frio,
Y fulminante aborto tendí el vuelo;
Incendio primogénito del hielo
Logré las amenazas de mi brio.
Fatigué de Alemania el grande rio,
Crecíle, y calenté con sangre el suelo,

(1) «Despues de muchas victorias, murió de una bala peleando en una batalla.»

Azote permitido fuí del cielo,
Y terror del [1] augusto señorío.
Y bala providente y vengadora,
Burlando de mi arnés, defensa vana,
Me trujo negro sueño y postrer hora.
Y despojo á venganza soberana,
Alma y cuerpo me llora, quien me llora,
El que los pierde, ¡qué victorias gana!

Sepulcral relacion en el monumento de Wallenstein.[2]

XXVI.

Dióle el leon de España su [3] cordero,
Y lobo quiso ensangrentar sus galas;
El águila imperial le dió sus alas,
Y con sus garras se le opuso fiero.
Más soberbio y aleve que guerrero,
Al reino de Bohemia puso escalas:
La eleccion de su cetro dió á las balas,
Y esperó la corona del acero.
Cayó deshecho en átomos sangrientos
El duque de Frislant, por advertidas
Manos en su castigo, y sus intentos.
No se vé el hombre, vénse las heridas,
Del cuerpo muerto nacen escarmientos,
Tú los quieres crecer, si los olvidas.

Venerable túmulo de D. Fadrique de Toledo.

XXVII.

Al baston que le vistes en la mano,
Con aspecto real y floreciente,
Obedeció pacífico el tridente
Del verde emperador del Oceano.
Fueron oprobio al belga y luterano
Sus órdenes, sus armas y su gente;
Y en su consejo y brazo felizmente
Venció los hados el monarca hispano.

(1) «Es anagrama de *Gustavo.*»

(2) «El César Fernando II le hizo de pobre caballero gran príncipe, y por traidor despues le mandó matar. Habla el mármol con Weimar, general de los suecos.»

(3) Refiérese al Toison de oro.

Lo que en otros perdió la cobardía,
Cobró, armado y prudente, su denuedo,
Que sin victorias no contó algun dia.
Esto fué D. Fadrique de Toledo.
Hoy nos da desatado en sombra fria,
Llanto á los ojos y al discurso miedo.

Túmulo á la señora doña María Enriquez, marquesa de Villamaina.

XXVIII.

¿Quién alimentará de luz al dia?
¿Quién de rayos al sol? ¿Quién á la aurora
De perlas que en tu risa y boca llora?
¿Del coral que en tus labios encendia?
Ya falleció del mundo la alegría,
Melancólica y mustia yace Flora,
Cuando el cabello de tu frente dora
En negro luto la ceniza fria.
Por solo unirse á Dios, tu alma pudo
desunirse del cuerpo, que en el suelo,
Si fué cuerpo ó deidad, aun hoy lo dudo.
Dichoso en tanto llanto fué su vuelo,
Pues que sube tu espíritu desnudo
De un cielo, por vestirse de otro cielo.

Túmulo á Colon.[1]

XXIX.

Imperio tuve un tiempo pasajero
Sobre las ondas de la mar salada;
Del viento fuí movida y respetada,
Y senda abrí al Antártico Emisfero.
Soy con larga vejez tosco madero,
Fuí haya y de mis hojas adornada,
Del mismo, que alas hice en mi jornada,
Lenguas para cantar hice primero.
Acompaño esta tumba libremente,
Y aunque son de Colon estos despojos,
Su nombre callo, venerable y santo

(1) «Habla un pedazo de la nave en que descubrió el Nuevo Mundo.»

De miedo, que de lástima la gente
Tanta agua ha de verter con tiernos ojos,
Que al mar nos vuelva á entrambos con el llanto.

Túmulo de Aquiles.

XXX.

Por más que el tiempo en mí se ha paseado,
Y envidias de Alejandro no han podido
Consumirme, que fuerzas he escondido,
Que contra sus injurias he sacado.
Aquiles es quien yace sepultado,
Y con silencio duerme noble olvido;
Respeta á las cenizas en que ha sido
Su valeroso cuerpo desatado.
Rayo fué de la guerra, á Troya espanto,
Júpiter tuvo miedo de su acero,
Hasta que dejó el alma el frágil manto.
Sus hazañas cantó el divino Homero;
Si le lloras, de envidia vierte el llanto,
Pues la fama en el orbe es su letrero.

CANCION FÚNEBRE

En la muerte de D. Luis Carrillo y Sotomayor, caballero de la órden de Santiago, y Cuatralbo de las galeras de España.

MIRÉ ligera nave,
Que con alas de lino en presto vuelo
Por el aire suave
Iba segura del rigor del cielo
Y de tormenta grave.
En los golfos del mar el sol nadaba,
Y en sus ondas temblaba;
Y ella preñada de riquezas sumas,
Rompiendo sus cristales,
Le argentaba de espumas:
Cuando en furor iguales
En sus velas los vientos se entregaron.
Y dando en un bajío,
Sus leños desató su mesmo brío,
Que de escarmientos todo el mar poblaron:
Dejando de su pérdida en memoria,
Rotas jarcias, parleras de su historia.

En un hermoso prado
Verde laurel reinaba presumido
De pájaros poblado,
Que cantando robaban el sentido
Al Argos del cuidado.
De verse con su adorno tan galana
La tierra estaba ufana,
Y en aura blanda la adulaba el viento;
Cuando una nube fria
Hurtó en breve momento
A mis ojos el dia,
Y arrojando del seno un duro rayo,
Tocó la planta bella,
Y juntamente derribó con ella
Toda la gala, primavera y mayo;
Quedó el suelo de verde honor robado,
Y vió en cenizas su soberbia el prado.
Ví, con pródiga vena
De parlero cristal un arroyuelo,
Jugando con la arena,
Y enamorando de su risa al cielo.
A la márgen amena,
Una vez murmurando, otra corriendo,
Estaba entreteniendo:
Espejo guarnecido de esmeralda
Me pareció al miralle,
Del prado la guirnalda:
Mas abrióse en el valle
Una envidiosa cueva de repente,
Enmudeció el arroyo,
Creció la obscuridad del negro hoyo,
Y sepultó recien nacida fuente,
Cuya corriente breve restauraron
Ojos que piadosos la lloraron.
Un pintado jilguero,
Más ramillete que ave parecia,
Con pico lisonjero,
Cantor del alba, que despierta al dia,
Dulce cuanto parlero
Su libertad alegre celebraba
Y la paz que gozaba;
Cuando en un verde y apacible ramo,
Codicioso de sombra,
Que sobre varia alfombra
Le prometió un reclamo,

Manchadas con la liga ví sus galas,
Y de enemigos brazos,
En largas redes, en nudosos lazos,
Presa la ligereza de sus alas;
Mudando el dulce no aprendido canto,
En lastimero son, en triste llanto.
Nave tomó ya puerto;
Laurel se ve en el cielo trasplantado
Y de él teje corona;
Fuente hoy mas pura, á la de gracia corre
Desde aqueste desierto;
Y pájaro con tono regalado,
Serafin pisa ya la mejor zona,
Sin que tan alto nido nadie borre.
Así, que el que á Don Luis llora, no sabe
Que pájaro, laurel y fuente y nave,
Tiene en el cielo, donde fué escogido,
Flores y curso largo y puerto y nido.

Epitafio de Alejandro Macedon.

MADRIGAL.

LÍCITO te será, buen caminante,
Poner en esta losa
Los ojos, no los piés. Aguarda, tente,
No pases adelante,
Que en esta tumba funeral reposa
El glorioso Alejandro blandamente.
Hizo sentir al ancho mar su peso,
A las selvas nadar. Toda la tierra
Fatigó con las armas y la guerra.
Tuvo sin libertad el mundo preso;
Valió en muchos su nombre por herida,
Por batalla su miedo. Tanto pudo,
Que á envidiosa bebida
Agradeció su libertad el suelo;
Y desangrada sombra en polvo mudo
Yace, quien de cortés perdonó al cielo.

Epicedio en la muerte de una ilustre señora, hermosa y difunta en lo florido de su edad.

SILVA FUNERAL.[1]

Deja l'alma y los ojos,
En este monumento por despojos,
Oh, amigo pasajero,
Que en esta tumba se atesora entero
El imperio de amor en poca tierra,
La municion, las armas de su guerra,
Su triunfo, su victoria,
El éxtasis de amor, toda la gloria,
Y más dulce deleite de la vista,
El patrimonio todo, y la conquista
De cuantas libertades tuvo el suelo,
Y el vencimiento de la luz del cielo;
Todos ya estos trofeos son ceniza,
Que aun en porcion mortal le inmortaliza.
Aquí yace el amor, no yace Elvira,
Pues reina aun en el mármol, y él suspira.
Ciegos los ojos deja, ¡oh tú! en el llanto,
Por epitafio al monumento santo:
Déjalos, pues en lágrimas te empleas,
Que pues ya no la ves, no es bien que veas.
El cielo, que soberbia no consiente
(Sábelo el Serafin inobediente)
A la naturaleza,
Que contra su poder se amotinaba,
Blasonando de Elvira la belleza,
Castigó la soberbia que ostentaba.
La muerte, que ambiciosa en monarquía
Universal no admite compañía,
Ni igualdad que no abata,
Nunca justificada, siempre ingrata,
Desatando aquella alma generosa
De su composicion maravillosa,
Redújola á cadáver, porque intenta,
Que así como de Elvira no hubo exenta
Libertad, su corona

(1) «Esta poesía quiso figurar nuestro poeta en cancion pindárica, y con esa distribucion vaga por el mundo, pero tan informe en su estructura, que pareció más acertado pensamiento, con el auxilio acostumbrado, desatarla en silva.»

Unica quede ya, difunta Elvira,
Que compitió su inexorable vira;
Y pues no perdonó, no la perdona.
Y aun el amor no quiso
Igualdad con Elvira de sus leyes,
Que rinden igualmente vulgo y reyes.
En sus ojos las luces espiraron,
Que un tiempo soberanas fulminaron;
Todas las flores y las rosas juntas
En sus megillas yacen hoy difuntas;
Mustia la primavera,
Mal vestidos el monte y la ribera.
Por eso á sus exequias dolorosas
Luces han de faltar, flores y rosas,
Y en vez de las antorchas relumbrantes,
Corazones de cera arden amantes,
Será su sepultura
(Tales méritos tiene su hermosura)
Mina, con sus cabellos,
Pues Tibar y el Ofir se gastó en ellos.
Su boca hará á su túmulo tesoro:
Pues perlas y rubíes junta al oro.
Tú, huésped, si piedad tu afecto mueve,
No digas que la tierra le sea leve;
Díla, pues guarda prenda tan preciosa,
Que sepa ser avara y cuidadosa:
Porque encubrir sus perfecciones raras,
A pesar de los hombres en el suelo,
Hace lisonja al sol, adula al cielo.

EXEQUIAS

A una tórtola que se quejaba viuda y despues se halló muerta.

SILVA FUNERAL.

II.

Al tronco y á la fuente,
Más que su arena y que sus verdes hojas,
Honraron tus congojas,
Oh, tórtola doliente;
Tu voz acompañaba al monte seco,
Dabas que hacer al eco,
Usurpaban los prados

El nombre de leales
De tu fé y tu firmeza.
Nunca se vieron, nunca, los cuidados,
Las penas y los males,
Si no es en tu tristeza,
Hartos de sentimiento;
Pues fué tanta tu pena
Que le daba á esta arena
Honra, sino ornamento.
Ya sin vida te veo,
Y el prado está sin tí de aquella suerte,
Que estuvo sin tu amante tu deseo.
Quien buscare otras causas á tu muerte,
Fuera del mucho amar tu compañía,
Mucho te agravia, y poco tambien sabe,
De lo que con tus alas voló el ciego,
Y de su tiranía;
Pues que siendo tú ave,
Bien más que el aire, frecuentaste el fuego.
No dió mortal herida
Ayuda á tu dolor contra tu vida
Para eterno reposo;
Que yo sé, que á tu espíritu amoroso
Vino la muerte airada,
En tu deseo mas presto que en su vuelo,
Y muy menos temida que rogada;
Pues de tanto dolor y desconsuelo,
No pudo haber tan envidiosa mano
Que á lástima ó respeto se negase;
Ni cazador que entrase
En este verde llano,
A quien justa piedad de tus suspiros
No burlase los tiros.
Piedad de todos alcanzar supiste,
Y de tí no pudiste,
Y siendo ave ligera,
Para tí sola te volviste fiera.
Daré al fuego este leño,[1]
Dividido en pedazos,
Seguirá en humo al alma de su dueño;
Luego regalaré con mil olores
Los aires, donde en músicos abrazos
Goza blandos amores,

(1) «En donde lloraba al consorte.»

En pacífica calma,
Junta al marido espíritu tu alma.
Recibe las exequias del que oiste
Quejarse de Amarilis tantas veces:
No como las mereces,
Ni como las hiciste;
Pues cuando corto quedo,
Más tórtola difunta hacer pudiera,[1]
Que vivo amante, haciendo cuanto puedo.

Túmulo de la mariposa.

YACE pintado amante,
De amores de la luz muerta de amores,
Mariposa elegante,
Que vistió rosas y voló con flores,
Y codicioso el fuego de sus galas,
Ardió dos primaveras en sus alas.
El aliño del prado,
Y la curiosidad de primavera,
Aquí se han acabado,
Y el galan breve de la cuarta esfera,
Que con dudoso y divertido vuelo,
Las lumbres quiso amartelar del cielo.
Clementes hospedaron
A duras salamandras llamas vivas,
Su vida perdonaron:
Y fueron rigurosas, como esquivas
Con el galan idólatra, que quiso
Morir como Faeton, siendo Narciso.
No renacer hermosa,
Parto de la ceniza y de la muerte,
Como Fénix gloriosa,
Que su linaje entre las llamas vierte,
Quien no sabe de amor y de terneza,
Lo llamará desdicha y es fineza.
Su tumba fué su amada,
Hermosa, sí, pero temprana y breve;
Ciega y enamorada,
Mucho al amor, y poco al tiempo debe,
Y pues en sus amores se deshace,
Escríbase: *Aquí goza donde yace.*

(1) «Si yo fuera cual difunta tórtola.»

«Con funesta armonía
Era ansí de Melpómene el lamento,
Cuando desacordado el instrumento,
Al viento vago y á un cipres le fia:
El suspenso y su voz suspensa, en tanto
Que al excelso coturno acuerda el canto.»



Borden lº Estudio y Taller Zaragoza 25 y 27 Valª T. Perez Lª

MUSA IV.-ERATO.



ERATO.

MUSA IV.

CANTA HAZAÑAS DEL AMOR Y DE LA HERMOSURA. (1)

A las quejas del Amor
Yo tan tierno templo el canto,
Que ya suena dulce el llanto
Y ya regala el dolor.

Si enciende hoy la tierra el Ciego,
Si el Vendado triunfa aun hoy,
La Gloria á su triunfo doy,
La llama doy á su fuego.

Amante ausente del sugeto amado, despues de larga navegacion.

SONETO I.

Fuego, á quien tanto mar ha respetado,
Y que en desprecio de las ondas frias
Pasó abrigado en las entrañas mias,
Despues de haber mis ojos navegado,
Merece ser al cielo trasladado,
Nuevo esfuerzo del sol y de los dias;
Y entre las siempre amantes jerarquías,
En el pueblo de luz arder clavado.

(1) En la edicion de 1648 y en las posteriores, como en las de Ibarra y Sancha, está dividida esta Musa en dos secciones, pero en las modernas se ha suprimido aquella division por juzgarla innecesaria.

Tambien varia algo el título de la *Musa* en la edicion de 1648, pero en todas las posteriores se escribió siempre como aquí aparece.

Dividir y apartar puede el camino;
Mas cualquier paso del perdido amante
Es quilate al amor puro y divino.
Yo dejo el alma atrás, llevo adelante
Desierto y solo el cuerpo peregrino,
Y á mí no traigo cosa semejante.

Compara con el Etna las propiedades de su amor.(1)

II.

Ostentas de prodigios coronado,
Sepulcro fulminante, monte aleve,
Las hazañas del fuego y de la nieve,
Y el incendio en los hielos hospedado.
Arde el invierno en llamas erizado,
Y el fuego lluvias y granizos bebe;
Truena si gimes, si respiras llueve,
En cenizas tu cuerpo derramado,
Si yo no fuera á tanto mal nacido,
No tuvieras, ¡oh, Etna! semejante;
Fueras hermoso mónstruo sin segundo:
Mas como en alta nieve ardo encendido,
Soy Encelado vivo, y Etna amante,
Y ardiente imitacion de tí en el mundo.

Ausente se halla en pena más rigurosa que Tántalo.

III.

Dichoso puedes, Tántalo, llamarte,
Tú que en los reinos vanos cada dia
Delgada sombra, desangrada y fria
Ves de tu misma sed martirizarte.
Bien puedes en tus penas alegrarte
(Si es capaz aquel pueblo de alegria)
Pues que tiene, hallarás la pena mia
Del reino de la noche mayor parte.
Que si á tí de la sed el mal eterno
Te atormenta, y mirando el agua helada
Te huye, si la llama tu suspiro,
Yo ausente venzo en penas al infierno,
Pues tú tocas, y ves la prenda amada;
Yo ardiendo, ni la toco ni la miro.

(1) Aquel arde en la nieve, y él en los desdenes; dicen las ediciones antiguas.

Con ejemplos muestra á Flora la brevedad de la hermosura, para no malograrla.

IV.

La mocedad del año, la ambiciosa
Vergüenza del jardin, el encarnado
Oloroso rubí, Tiro abreviado,
Tambien del año presuncion hermosa;
La ostentacion lozana de la rosa,
Deidad del campo, estrella del cercado;
El almendro en su propia flor nevado,
Que anticiparse á los calores osa:
Reprensiones son, ¡oh, Flora! mudas,
De la hermosura y la soberbia humana,
Que á las leyes de flor está sujeta.
Tu edad se pasará, mientras lo dudas,
De ayer te habrás de arrepentir mañana,
Y tarde y con dolor, serás discreta.

Compara el discurso de su amor con el de un arroyo.

V.

Torcido, desigual, blando y sonoro
Te resbalas secreto entre las flores,
Hurtando la corriente á los colores,
Cano en la espuna y rubio con el oro:
En cristales dispensas tu tesoro,
Líquido plectro á rústicos amores,
Y templando por cuerdas ruiseñores,
Te ries de crecer con lo que lloro.
Devidro en las lisonjas divertido,
Gozoso vas al monte, y despeñado
Espumoso encaneces con gemido:
No de otro modo el corazon cuitado
A la prision, al llanto se ha venido,
Alegre, inadvertido y confiado.

Finge dentro de sí un infierno, cuyas penas procura mitigar, como Orfeo, con la música de su canto, pero sin provecho.

VI.

A todas partes que me vuelvo, veo
Las amenazas de la llama ardiente,

Y en cualquiera lugar tengo presente
Tormento esquivo y burlador deseo.
La vida es mi prision, y no lo creo;
Y al son del hierro, que perpétuamente
Pesado arrastro y humedezco ausente,
Dentro en mí propio, pruebo á ser Orfeo.
Hay en mi corazon furias y penas:
En él es el amor fuego y tirano
Y yo padezco en mí la culpa mia.
¡Oh, dueño sin piedad, que tal ordenas!
Pues del castigo de enemiga mano
No es precio ni rescate la armonía.

Amante que hace leccion para aprender á amar de maestros irracionales.[1]

VII.

Músico llanto en lágrimas sonoras
Llora monte doblado en cueva fria,
Y destilando líquida armonía
Hace las peñas cítaras canoras.
Ameno y escondido á todas horas,
En mucha sombra alberga poco dia;
No admite su silencio compañía
Sólo á tí, solitario, cuando lloras.
Son tu nombre, color y voz doliente,
Señas, más que de pájaro, de amante;
Puede aprender dolor de tí un ausente.
Estudia en tu lamento y tu semblante
Gemidos este monte y esta fuente,
Y tienes mi dolor por estudiante.

Exageraciones de su fuego, de su llanto, de sus suspiros y de sus penas.

VIII.

Si el abismo, en diluvios desatado,
Hubiera todo el fuego consumido,
El que enjuga mis venas mantenido
De mi sangre le hubiera restaurado.

(1) «Refiriéme D. Francisco, dice el colector Salas, que en Génova tiene un caballero una huerta, y en ella una gruta hecha de la Naturaleza en un cerro, de cuya bruta techumbre menudamente se destila por muchas partes una fuente con ruido apacible. Sucedió, que dentro de ella oyó gemir un pájaro que llaman solitario, y al entrar él, se salió. En esta ocasion se escribió este soneto.»

Si el dia, por Faeton descaminado
Hubiera todo el mar y aguas bebido,
Con el piadoso llanto que he vertido,
Las hubieran mis ojos renovado.
Si las legiones todas de los vientos
Guardar [1] Ulises en prision pudiera,
Mis suspiros sin fin otros formaran.
Si del infierno todos los tormentos
Con su música Orfeo suspendiera,
Otros mis penas nuevos inventaran.

Acuérdase de su libertad cobrada y vuelta á perder, y aunque confiesa la felicidad de aquel estado, se reconoce á sí mismo sin valor para desearle.

IX.

Ya que no puedo el alma, los dos ojos
Vuelvo al dulce lugar, donde rendida
Dejé mi antigua libertad vestida
De mis húmedas ropas y despojos.
¡Oh, si sintiera ya los lazos flojos,
En que tirano amor la tiene asida!
¡Oh, el desengaño tardo de mi vida,
A su prision burlara los cerrojos! [2]
A tí me fuera luego, y de tu techo
Las paredes vistiera, por honrarte,
Con duro lazo por mi bien deshecho.
Mas hallóme en prision tan de su parte,
¡Oh, libertad! que faltas á mi pecho,
Para poder sin Fili desearte.

No se disculpa, como los necios amantes, de atreverse á amar; antes persuade á ser superior hermosura, la que no permite resistencia para ser amada.

X.

No, si no fuera yo, quien solamente
Tuviera libertad despues de veros;
Fuerza, no atrevimiento, fué el quereros,
Y presuncion penar tan altamente.
Osé, menos dichoso que valiente;
Supe, si no obligaros, conoceros,

(1) «Homero en el principio del libro 10, de la *Ulisea*.»
(2) «Admitan las delicadas orejas esta voz, á quien ansí colocada no falta decoro.»

Y ni puedo olvidaros ni ofenderos:
Que nunca puro amor fué delincuente.
No desdeña gran mar fuente pequeña;
Admite el sol en su familia de oro
Llama delgada, pobre y temerosa,
Ni humilde y baja exhalacion desdeña.
Esto alegan las lágrimas que lloro,
Esto mi ardiente llama generosa.

Ardor disimulado de amante.[1]

XI.

Salamandra frondosa y bien poblada,
Te vió la antigüedad, columna ardiente,
¡Oh, Vesubio! jigante el más valiente,
Que al cielo amenazó con diestra osada.
Despues de varias flores esmaltada,
Jardin piramidal fuiste, y luciente
Mariposa en tus llamas inclemente,
Y en quien toda Pomona fué abrasada.
Ya Fénix cultivada te renuevas,
En eternos incendios repetidos,
Y nace al sol, y al cielo luces llevas.
¡Oh, monte! emulacion de mis gemidos,
Pues yo en el corazon y tú en las cuevas,
Callamos los volcanes florecidos.

A Aminta, que teniendo un clavel en la boca, por morderle, se mordió los labios y salió sangre.

XII.

Bastábale al clavel verse vencido
Del labio, en que se vió, cuando esforzado,
Con su propia vergüenza lo encarnado,
A tu rubí se vió más parecido,
Sin que en tu boca hermosa dividido
Fuese de blancas perlas granizado;
Pues tu enojo, con él equivocado,
El labio por clavel dejó mordido.
Si no cuidado de la sangre fuese,
Para que á presumir de Tiria grana,

(1) «El monte *Vesubio*, hoy llamado la *Montaña de Soma*, arde en la cima, vestido en contorno de jardines.»

De tu púrpura líquida aprendiese.
Sangre vertió tu boca soberana
Por que roja victoria amaneciese,
Llanto al clavel y risa á la mañana.

Venganza en figura de consejo á la hermosura pasada.[1]

XIII.

Ya, Laura, que descansa tu ventana
En sueño, que otra edad tuvo despierta,
Y atentos los umbrales de tu puerta,
Ya no escuchan de amante queja insana.
Pues cerca de la noche, á la mañana
De tu niñez sucede tarde yerta;
Mustia la primavera, la luz muerta,
Despoblada la voz, la frente cana:
Cuelga el espejo á Vénus, donde miras,
Y lloras la que fuiste en la que hoy eres,
Pues suspirada entonces, hoy suspiras.
Y así lo que no quieren, ni tú quieres
Ver, no verán los ojos ni tus iras,
Cuando vives vejez y niñez mueres.

A una Fénix de diamantes, que Aminta traia al cuello.

XIV.

Aminta, si á tu pecho y á tu cuello
Esa Fénix preciosa á olvidar viene
La presuncion de única que tiene,
En tu rara belleza podrá hacello.
Si viene á mejorar, sin merecello,
De incendio (que dichosamente estrene)
Hoguera de oro crespo la previene
El piélago de luz en tu cabello.
Si variar de muerte y de elemento
Quiere y morir en nieve, la blancura
De tus manos la ofrece monumento.
Si quiere más eterna sepultura,
Si ya no fuese eterno nacimiento,
Con mi envidia la alcance en tu hermosura.

(1) «Está tomado ingeniosamente el argumento de este Soneto, de la costumbre antigua de dedicar á Vênus sus espejos las hermosas, tiranizadas de la edad.»

A Aminta, que se cubrió los ojos con la mano.

XV.

Lo que me quita en fuego, me dá en nieve
La mano que tus ojos me recata;
Y no es menos rigor con el que mata,
Ni menos llamas su blancura mueve.
La vista frescos los incendios bebe,
Y volcan por las venas los dilata;
Con miedo atento á la blancura trata
El pecho amante, que la siente aleve.
Si de tus ojos el ardor tirano
Le pasas por tu mano por templarle,
Es gran piedad del corazon humano.
Mas no de tí, que puede al ocultarle,
Pues es de nieve, derretir tu mano,
Si ya tu mano no pretende helarle.

Dificulta el retratar una grande hermosura, que se lo habia mandado, y enseña el modo para que fuese posible.

XVI.

Si quien ha de pintaros, ha de veros,
Y no es posible sin cegar miraros,
¿Quién será poderoso á retrataros,
Sin ofender su vista y ofenderos?
En nieve y rosas quise floreceros;
Mas fuera honrar las rosas y agraviaros;
Dos luceros por ojos quise daros,
Mas ¿cuándo lo soñaron los luceros?
Conocí el imposible en el bosquejo;
Mas vuestro espejo á vuestra lumbre propia
Aseguró el acierto en su reflejo;
Podráos él retratar sin luz impropia,
Siendo vos de vos propia en el espejo,
Original, pintor, pincel y copia.

Ceniza en la frente de Aminta el miércoles de ella.

XVII.

Aminta, para mí cualquiera dia
Es de ceniza, si merezco verte;

Que la luz de tus ojos es de suerte,
Que aun encender podrá la nieve fria.
Arde dichosamente la alma mia,
Y aunque amor en ceniza me convierte,
Es de Fénix ceniza, cuya muerte
Parto es vital, y nueva Fénix cria.
Puesta en mis ojos, dice eficazmente
Que soy mortal y vanos mis despojos;
Sombra oscura y delgada, polvo ciego.
Mas la que miro en tu espaciosa frente,
Advierte las hazañas de tus ojos;
Pues quien los ve es ceniza, y ellos fuego.

A una dama que apagó una bugía y la volvió á encender soplándola.

XVIII.

La lumbre que murió de convencida
Con la luz de tus ojos, y apagada,
Por si en el humo se mostró enlutada,
Exequias de su llama ennegrecida.
Bien pudo blasonar su corta vida,
Que la venció beldad tan alentada,
Que con el firmamento en estacada
Rubrica en cada rayo una herida.
Tú, que la diste muerte, ya piadosa
De tu rigor, con ademan travieso
La restituyes vida más hermosa.
Resucitóla un soplo tuyo impreso
En humo, que en tu boca es milagrosa
Aura que nace con faccion de beso.

Impugna la nobleza divina de que presume el amor, con su orígen y con sus efectos.

XIX.

Si tu pais y patria son los cielos;
¡Oh, amor! y Vénus, diosa de hermosura,
Tu madre, y la ambrosía bebes pura,
Y hacen aire al ardor del sol tus vuelos.
Si tu deidad blasona por abuelos
Herida deshonesta, y la blancura
De la espuma del mar, y tu segura
Vista humildes gimieron Delfo y Delos;

¿Por qué bebes mis venas fiebre ardiente,
Y habitas las médulas de mis huesos?
¿Ser Dios y enfermedad, cómo es decente?
Deidad y cárcel de sentidos presos.
La dignidad de tu blason desmiente,
Y tu victoria infaman tus progresos.

Describe á Leandro, fluctuante en el mar.

XX.

Flora de cuantos rayos y centellas
En puntas de oro el ciego amor derrama,
Nada Leandro; y cuanto el Ponto brama
Con olas, tanto gime por vencellas.
Maligna [1] luz multiplicó en estrellas,
Y grande incendio sigue pobre llama:
En la cuna de Vénus, quien bien ama,
No debió recelarse de perdellas.
Vela [2] y remeros es, nave sedienta:
Mas no le aprovechó, pues desatado
Noto los campos líquidos violenta.
Ni volver puede, ni pasar á nado;
Si llora, crece el mar y la tormenta,
Que hasta poder llorar le fué vedado.

Encareciendo las adversidades de los troyanos, exagera más la hermosura de Aminta.

XXI.

Ver relucir en llamas encendido
El muro, que á Neptuno fué cuidado;
Caliente y rojo con la sangre el prado,
Y el monte resonar con el gemido;
A Janto en cuerpos y armas impedido,
Y en héroes, como en peñas quebrantado;
A Héctor en las ruedas amarrado,
Y en su desprecio á Aquiles presumido.
Los robos licenciosos, los tiranos,
La máquina de engaños y armas llena,
Que escuadras duras y enemigos vierte.

(1) «Es de Virgilio.»
(2) «Es de Museo.»

No lloraran, Aminta, los troyanos,
Si en lugar de la griega hermosa Helena,
Páris te viera, causa de su muerte.

A Aminta, que para enseñar el color de su cabello, llegó una vela y se quemó un rizo que estaba junto al cuello.

XXII.

Enriquecerse quiso, no vengarse,
La llama que encendió vuestro cabello;
Que de no codiciarle y poder vello,
Ni el tesoro del sol podrá librarse.
Codicia fué, que puede mal culparse,
Robarle quien no pudo merecello:
Milagro fué pasar por vuestro cuello,
Y en tanta nieve no temer helarse.
O quiso introducir en sol su llama,
Y aprender á ser dia, á ser aurora,
En las undosas minas que derrama.
O la hazaña de Eróstrato traidora
Repite, y busca por delitos fama
Quemando al sol el templo que él adora.

Descripcion del ardor canicular, que respeta al llanto enamorado y no le enjuga.

XXIII.

Ya la insana canícula, ladrando
Llamas, cuece las mieses, y en hervores
De frenética luz los labradores
Ven á (1) Procion los campos abrasando.
El piélago encendido está exhalando
Al sol humos en traje de vapores,
Y en el cuerpo la sangre y los humores
Discurren sediciosos fulminando.
Bébese sin piedad la sed del dia
En las fuentes y arroyos y en los rios,
La risa y el cristal y la armonía.
Solo del llanto de los ojos mios
No tiene el Can mayor hidropesía,
Respetando el tributo á tus desvíos.

(1) Comunmente se usurpa por el Can mismo, aunque la voz en significacion griega dice: *Constelacion que viene delante del Can.*

A una dama bizca y hermosa.

XXIV.

Si á una parte miraran solamente
Vuestros ojos, ¿cuál parte no abrasaran?
Y si á diversas partes no miraran,
Se helaran el Ocaso ó el Oriente.
El mirar zambo y zurdo es delincuente,
Vuestras luces izquierdas lo declaran;
Pues con mira engañosa nos disparan
Facinerosa luz, dulce y ardiente.
Lo que no miran ven, y son despojos
Suyos cuantos los ven, y su conquista
Da al alma tantos premios como enojos.
¿Qué ley, pues, mover pudo al mal jurista,
A que siendo monarcas de los ojos,
Los llamase vizcondes de la vista?

A una dama tuerta y muy hermosa.

XXV.

Para agotar sus luces la hermosura
En un ojo no más de vuestra cara,
Grande ejemplar y de belleza rara
Tuvo en el sol que en una luz se apura.
Imitais, pues, aquella arquitectura
De la vista del cielo hermosa y clara:
Que muchos ojos y de luz avara,
Sola la noche los ostenta oscura.
Si en un ojo no más, que en vos es dia,
Tienen cuantos le ven muerte y prisiones,
Al otro le faltara monarquía.
Aun faltan á sus rayos corazones,
Victorias á su ardiente valentía,
Y al triunfo de sus luces aun naciones.

A otra dama de igual hermosura y del todo ciega.

XXVI.

Envidia, Antandra, fué del sol y el dia,
En que tambien pecaron las estrellas,

El quitaros los ojos, porque en ellas
El fuego blasonase monarquía.
A poderos mirar, la fuente fria
Encendiera cristales en centellas,
Viera cenizas sus espumas bellas,
Tronara fulminando su armonía.
Hoy ciega juntamente y desdeñosa,
Sin ver la herida, ni atender al ruego.
Vista cegais al que miraros osa.
La nieve esquiva oficio hace de fuego,
Y en el clavel fragante y pura rosa
Vemos ciego al desden, y al amor ciego.

Llanto, presuncion, culto y tristeza amorosa.

XXVII.

Esforzaron mis ojos la corriente
De este, si fértil, apacible rio,
Y cantando frené su curso y brío,
Tanto puede el dolor en un ausente.
Miréme incendio en esta clara fuente,
Antes que la prendiese hielo frio,
Y ví que no es tan fiero el rostro mio,
Que manche, ardiendo, el oro de tu frente.
Cubrió nube de incienso tus altares,
Coronélos de espigas en manojos,
Sé que crecí con llanto y fuego á Henares.
Hoy me fuerzan mi pena y tus enojos
(Tal es por tí mi llanto) á ver dos mares
En un arroyo, viendo mis dos ojos.

Persuade al rio, que pues crecido va con sus lágrimas, tambien vaya significando su dolor.

XXVIII.

Frena el corriente, ¡oh Tajo! retorcido,
Tú, que llegas al mar rico y dorado;
En tanto que al rigor de mi cuidado
Busco (¡ay si le hallase!) algun olvido.
No suenes lisonjero, pues perdido
Ves á quien te bebió con su ganado;
Viste de mi color desanimado
Los cristales que al mar llevas tendido.

Pues en llantos me anegan mis enojos,
Con el recien nacido sol, no rias,
Ni alimente tu márgen sino abrojos.
Que no es razon, que si tus aguas frias
Son lágrimas llovidas de mis ojos,
Rian, cuando las lloran ánsias mias.

A Amarili, que tenia unos pedazos de un búcaro en la boca.

XXIX.

Amarili, en tu boca soberana
Su tez el barro de carmin colora:
Ya de coral mentido se mejora,
Ya aprende de tus labios á ser grana.
Apenas el clavel, que á la mañana
Guarda en rubí las lágrimas que llora,
Se atreverá con él, cuando atesora
La sangre en sí de Vénus y de Diana.
Para engarzar tu púrpura rompida,
El sol quisiera repartir en lazos
Tierra por portuguesa enternecida.
Tú de tus labios mereciste abrazos,
Presume ya de Aurora, el barro olvida,
Pues se muere mi bien por tus pedazos.

Quiere que la hermosura consista en el movimiento. (1)

XXX.

No es artífice, no, la simetría
De la hermosura, que en Floralba veo;
Ni será de los números trofeo
Fábrica, que desdeña al sol y al dia.
No resulta de música armonía
(Perdonen sus milagros en Orfeo)
Que bien la reconoce mi deseo
Oculta majestad que el cielo envia.
Puédese padecer, mas no saberse;
Puédese codiciar, no averiguarse,
Alma, que en movimientos puede verse.

(1) «¿Inquiere Platon si la hermosura consiste en medidas, en números ó armonías? ¿Y es cuestion muy contenciosa en que consista? Pero la sentencia que sigue este soneto es la mas cierta. Bernardino Telesio la comprobó con no pocos argumentos. Ultimamente compara la hermosura al fuego, que vivo no se quieta.

No puede en la quietud difunta hallarse
Hermosura, que es fuego en el moverse,
Y no puede viviendo sosegarse.

Quejarse en las penas de amor, debe ser permitido, y no profana el secreto.

XXXI.

Arder sin voz de estrépito doliente,
No puede el tronco duro inanimado:
El roble se lamenta, y abrasado
El pino gime al fuego que no siente.
Y ordenas, Floris, que en tu llama ardiente
Quede en muda ceniza desatado
Mi corazon sensible y animado,
Víctima de tus aras obediente.
Concédame tu fuego lo que al pino
Y al roble les concede voraz llama;
Piedad cabe en incendio que es divino:
Del volcan que en mis venas se derrama,
Diga su ardor el llanto que fulmino,
Mas no le sepa de mi voz la fama.

Elige el morir amando, por no dar muerte á la amante ó á la amada, hallándose en peligro de haber de morir alguno. (1)

XXXII.

La que me quiere y aborrezco, quiero
Librar porque acompañe mi ventura;
Pues me aborrece en Floris la hermosura,
Por quien amante y despreciado muero.
¿Mas, cómo? ¿Del amor en que ardo, espero
Contra mi propia vida tal locura?
La que yo adoro, pasará segura;
Obligarála ver que la prefiero.
Mas si por no vivir desesperado
Soy ingrato, mi propio amor desprecio,
Y contra mi aconsejo mi cuidado.
Si el uno por los dos ha de ser precio,

(1) Silvestre, buen poeta en los metros castellanos, preguntó en sus obras á Soto Barahona, poeta tambien de alto espíritu en rimas italianas: que si alguno fuese en un barquillo con dos mujeres que á la una quisiese él, y ella le aborreciese, y á la otra aborreciese, amándole ella, siendo forzoso echar una al mar, ¿cuál elegiria? Discurre aquí en este argumento y pone su determinacion.»

Más quiero ser amante y ahogado,
Que al favor ó al desden, ingrato ó necio.

Amor no admite compañía de competidor, así como el reinar.

XXXIII.

No admiten, no, Floralba, compañía
Amor, y majestad siempre triunfante.
Solo ha de ser el rey, solo el amante.
Humos tiene el favor de monarquía.
El padre ardiente de la luz del dia
No permite que muestre su semblante
Estrella presumida y centelleante,
en cuanto reina en la region vacía.
Amor es rey tan grande, que aprisiona
En vasallaje el cielo, el mar, la tierra;
Y única y sola majestad blasona.
Todo su imperio un corazon le cierra.
La soledad es paz de su corona,
La compañía sedicion y guerra.

A una dama de singular gracia y hermosura que estuvo en Francia, y hablaba la lengua francesa con mucho donaire.

XXXIV.

Si en Francia, tan preciada de sus pares,
No halló, Manuela, par vuestra hermosura,
La ardiente rosa en nuestra nieve pura,
Blasones sean de España singulares.
De Orlando las hazañas militares,
Si á vuestra luz probaran aventura,
Mejor calificaran su locura,
Cuando el vencido os dedicara altares.
Vuestra boca riéndose, es aurora;
Es francesa si habla, y es Oriente,
Que con todas las Indias enamora.
Por vos la rosa castellana ardiente
En Paris fué gloriosa vencedora
Del lirio de oro que hoy la envidia ausente.

Indignacion contra el amor, porque prendiendo con una hermosura una libertad, deja libre la hermosura.(1)

XXXV.

¿Tú dios, tirano y ciego amor? Primero
Adoraré por dios la sombra vana;
Hijo de aquella adúltera profana,
Dudoso mayorazgo de un herrero.
Viejo de tantos siglos embustero,
Lampiño, más allá de barba cana;
Peste sabrosa de la vida humana,
Pajarito de plumas de tintero.
Dejas libre á Floralba, y en sus manos
Me prendes; donde ardiendo en nieve, enjugo
Mis venas con incendios inhumanos.
Si quieres coger fruto, dios verdugo,
Aprende á labrador de los villanos,
Que dos novillos uncen en un yugo.

Admírase de que Flora, siendo toda fuego y luz, sea toda hielo.

XXXVI.

Hermosísimo invierno de mi vida,
Sin estivo calor constante hielo,
A cuya nieve da cortés el cielo
Púrpura en tiernas flores encendida;

(1) En algunas ediciones se interpola aquí un soneto en toscano. No creemos que en el Parnaso español deban tener cabida otras composiciones que las escritas en lengua castellana, mas para no privar á los lectores del gusto de conocer el referido soneto, insertámosle á continuacion:

A unos ojos hermosos que vió al anochecer.

Diviso il sole partoriva il giorno
Languido nella tomba d'Occidente;
Risorse dal sepolcro il lume ardente
Di biondo stelle coronato in torno.
Era di maestá imperiosa adorno
Il mio signor, che co l'pensier cocente
La mia vita depreda egra, giacente;
Per far incinerir il suo soggiorno.
La vita che diè al giorno, a me la tolse,
Prodiga a lui di luce, et a me avara,
Donna la amai, è riverilla Dea.
Ligonmi il core il biondo crin, che sciolse,
Che dal suo sguardo ad esset crudo impara,
E vedi fulminante Citherea.

Esa esfera de luz enriquecida,
Que tiene por estrella al dios de Delo,
Como en la elemental guerra del suelo
Reina de sus contrarios defendida.
Eres Scithia del alma que te adora,
Cuando la vista, que te mira, inflama;
Etna, que ardientes nieves atesora.
Si lo frágil perdonas á la fama,
Eres al vidrio parecida, Flora,
Que siendo hielo, es hijo de la llama.

Filosofía con que intenta probar que á un mismo tiempo puede un sugeto amar á dos.(1)

XXXVII.

Si de cosas diversas la memoria
Se acuerda, y lo presente y lo pasado
Juntos la alivian y la dan cuidado,
Y en ella son confines, pena y gloria;
Y si al entendimiento igual victoria
Concede inteligible lo criado,
Y á nuestra libre voluntad es dado
Numerosa eleccion y transitoria:
Amor, que no es potencia solamente,
Sino la omnipotencia padecida
De cuanto sobre el suelo vive y siente;

(1) El colector de la edicion de 1648, D. José Antonio Gonzalez de Salas, ilustra este soneto con una larga nota, para demostrar cuán discutido ha sido en la escuela del amor, el hecho de si es posible ó no amar á dos sugetos á la vez.

Cita á este propósito al poeta Alceo, que amó á un tiempo á dos bellezas, pero él mismo se afeaba su pasion comparándola á un cochino que tiene una bellota en la boca y ansioso desea otra que tiene vecina. Tambien Apuleyo sintió en su pecho los impulsos de una doble pasion, que compara á sus dos ojos, necesarios ambos para el complemento de la visual. Ovidio en cambio se reia de un amigo prendado de dos mujeres, á quien reprendia de su engaño por creer que su doble amor era falso é imposible. Así opina tambien Propercio, pero al epigramático Meleagro parécenle ya pocas dos, cuando el amor, dice, le ha herido con tres saetas, como si tuviera tres corazones.

Consultó Salas su opinion con el abad D. Martin de la Farina y Madrigal, y este señor le dió á leer un epígrama manuscrito de un autor griego nombrado *Agathias Escolástico*, y como le encontrasen tan ingenioso como elegante, resolvieron traducirlo en versos castellanos, para insertarlo á continuacion en las dos quintillas siguientes:

Cualidad es el amor
Que en exceso á l'alma ofende,
Como el frio y el calor
Al cuerpo, que con rigor
Aquí hiela y allí enciende.
¡Oh Amor! que esta opinion siga
Bien hoy me enseñas, á quien
Fuerzas que á dos quiera bien,
Pues de una el favor me obliga,
De otra me pica el desden.

¿Por qué con dos incendios una vida
No podrá fulminar su luz ardiente
En dos diversos astros encendida?

Verifica la sentencia de arriba en dos afectos suyos.

XXXVIII.

Tal vez se vé la nave negra y corva
Entre Aquilon y el Euro combatida;
Y cuanto más del uno es impelida,
El otro con adverso mar la estorba.
De este la saña de su frente torva
La embiste, aquel la calma y suspendida
Teme la gabia, vela mal regida,
La quilla Euripo, que voraz la sorba.
No de otra suerte entre Rosalva y Flora,
En naufragio amoroso distraido,
Ardiente el corazon suspira y llora.
En dos afectos peno dividido,
Y una hermosura espera vencedora,
Que dos triunfos alcance de un vencido.

Amor, que sin detenerse en el afecto sensitivo, pasa al intelectual.

XXXIX.

Mandóme, ¡ay, Fabio! que la amase Flora,
Y que no la quisiese, y mi cuidado,
Obediente y confuso y mancillado,
Sin desearla su belleza adora.
Lo que el humano afecto siente y llora,
Goza el entendimiento amartelado
Del espíritu eterno, encarcelado
En el claustro mortal que le atesora;
Amar, es conocer virtud ardiente:
Querer, es voluntad interesada,
Grosera y descortés caducamente.
¿El cuerpo es tierra y lo será, y fué nada?
De Dios procede á eternidad la mente,
Eterno amante soy de eterna amada.

En sentencia Platónica, que la armonía y contestura universal del mundo consta del amor, halla presuncion amorosa.

XL.

Alma es del mundo amor, amor es mente,
Que vuelve en alta, espléndida jornada,
Del sol infatigable luz sagrada
Y en varios cercos todo el coro ardiente.
Espíritu fecundo y vehemente
Con varonil virtud, siempre inflamada,
Que en universal máquina mezclada
Paterna actividad obra clemente.
Este, pues, burlador de los reparos,
Que atrevidos se oponen á sus jaras,
Artífice inmortal de efectos raros,
Igualmente nos honra, si reparas,
Pues si hace trono de tus ojos claros,
Flora en mi pecho tiene templo y aras.

Música consonancia del movimiento de unos ojos hermosos, imperceptible al oido, como la música de los orbes celestiales.

XLI.

Las luces sacras, el augusto dia,
Que á vuestros ojos abren sobre el suelo,
Con el concento que se mueve el cielo,
En mi espíritu esplican armonía.
No cabe en los sentidos melodía
Imperceptible en el terreno velo;
Mas del canoro ardor y alto consuelo
Las cláusulas atiende el alma mia.
Primeros mobles son vuestras esferas,
Que arrebatan en cerco ardiente de oro
Mis potencias absortas y ligeras.
Puedo perder la vida, no el decoro
A vuestras alabanzas verdaderas;
Pues religioso alabo lo que adoro.

Majestuosa hermosura de semblante disimulado.

XLII.

Esa benigna llama y elegante
Que inspira amor, hermosa y elocuente,
La entiende el alma, el corazon la siente,
Aquella docta y este vigilante.
Los misterios del ceño y del semblante,
Y la voz del silencio, que prudente
Pronuncia majestad honestamente,
Bien los descifra mi respeto amante.
Si supe conoceros y estimaros,
Y al cielo merecí dicha de veros,
No os ofenda, señora, ya el miraros.
Yo, ni os puedo olvidar ni mereceros:
Pero si he de ofenderos con amaros,
No os pretendo obligar con no ofenderos.

A un caballero que se dolia del dilatarse la posesion de su amor.

XLIII.

Quien no teme alcanzar lo que desea
Dá priesa á su tristeza y á su hartura;
La pretension ilustra la hermosura,
Cuanto la ingrata posesion la afea.
Por halagüeña dilacion rodea
El que se dificulta su ventura;
Pues es grosero el gozo, y mal segura
La que en la posesion gloria se emplea.
Muéstrate siempre, Fábio, agradecido
A la buena intencion de los desdenes,
Y nunca te verás arrepentido.
Peor pierde los gustos y los bienes
El desprecio, que sigue á lo adquirido,
Que el imposible, en adquirir, que tienes.

Celebra á una dama poeta llamada Antonia.[1]

XLIV.

Antes alegre andaba, ahora apenas
Alcanzo alivio, ardiendo aprisionado;

(1) «Todas las dicciones empiezan con A. Es muy dificultosa composicion, añade Salas. Aunque hay quien la haya ejecutado, y yo tengo todo un poema en lengua latina al puerco, que igualmente todas las composiciones empiezan con P.»

Armas á Antandra aumento acobardado,
Aire abrazo, agua aprieto, aplico arenas.
Al áspid adormido, á las amenas
Ascuas acerco atrevimiento alado;
Alabanzas acuerdo al aclamado
Aspecto, á quien admira antigua Atenas.
Ahora amenazándome atrevido
Amor aprieta aprisa arcos, aljaba;
Aguardo al arrogante agradecido.
Apunta airado, al fin amando acaba
Aqueste amante al árbol alto asido,
Adonde alegre ardiendo, antes amaba.

Amante agradecido á las lisonjas mentirosas de un sueño.

XLV.

Ay, Floralba, soñé... ¿que te, dirélo?
Sí, pues que sueño fué, que te gozaba:
¿Y quién, sino un amante que soñaba,
Juntara tanto infierno á tanto cielo?
Mis llamas con tu nieve y con tu hielo,
Cual suele opuestas flechas de su aljaba,
Mezclaba amor, y honesto las mezclaba,
Como mi adoracion en su desvelo.
Y dije, quiera amor, quiera mi suerte
Que nunca duerma yo, si estoy despierto,
Y que si duermo, que jamás despierte.
Mas desperté del dulce desconcierto:
Y ví qué estuve vivo con la muerte,
Y ví que con la vida estaba muerto.

Venganza de la edad en hermosura presumida.

XLVI.

Cuando tuvo, Floralba, tu hermosura
Cuantos ojos te vieron en cadena,
Con presuncion de honestidad ajena,
Los despreció soberbia tu locura.
Persuadióte el espejo conjetura
De eternidades en la edad serena,
Y que á su plata el oro en tu melena,
nunca del tiempo trocaria la usura.
Ves que la que antes eras, sepultada

Yaces en la que vives, y quejosa
Tarde te acusa vanidad burlada.
Mueres doncella y no de virtuosa,
Sino de presumida y despreciada:
Esto eres vieja, esotro fuiste hermosa.

A Flori, que tenia unos claveles entre el cabello rubio.

XLVII.

Al oro de tu frente unos claveles
Veo matizar, cruentos con heridas:
Ellos mueren de amor, y á nuestras vidas
Sus amenazas les avisan fieles.
Rúbricas son piadosas y crueles,
Joyas fascinerosas y advertidas,
Pues publicando muertes florecidas,
Ensangrientan al sol rizos doseles.
Mas con tus labios quedan vergonzosos
(Que no compiten flores á rubíes)
Y pálidos despues de temerosos;
Y cuando con relámpagos te ries
De púrpura, cobardes si ambiciosos,
Marchitan sus blasones carmesíes.

Confusion de peligros contemplando la hermosura de quien los causa, y consuelo en el riesgo mayor.

XLVIII.

No lo entendeis, mis ojos, que ese cebo
Que os alimenta, es muerte disfrazada,
Que de la vista de Silena airada,
Con sed enferma porfiado bebo.
Donde el alma dejais aprisionada,
Solo de mí os quejad, que solo os llevo,
Peregrinando ciegos la jornada,
Con más peligro cada vez que os muevo.
Si premio pretendeis, sois atrevidos;
Y si no le esperais, desesperados;
Cautivos si mirais, si llorais tristes.
Bien os podeis contar con los perdidos;
Pero podeis perderos consolados,
Si la causa advertís por que os perdistes.

Inútil y débil victoria del amor en el que ya es vencido amante.

XLIX.

Mucho del valeroso y esforzado,
Y viéneslo á mostrar en un rendido,
Bástame, amor, haberte agradecido
Penas, de que me puedo haber quejado.
¿Que sangre de mis venas no te he dado?
¿Que flecha de tu aljaba no he sentido?
Mira que la paciencia del sufrido
Suele vencer las armas del airado.
Con otro de tu igual quisiera verte,
Que yo me siento arder de tal manera,
Que mayor fuera el mal de hacerme fuerte.
¿De qué sirve encender al que es hoguera?
Si no es que quieres dar muerte á la muerte,
Introduciendo en mí, que el muerto muera.

A un bostezo de Floris.

MADRIGAL I.

Bostezó Floris, y su mano hermosa,
Cortesmente tirana y religiosa,
Tres cruces de sus dedos celestiales
Engastó en perlas y cerró en corales,
Crucificando en labios carmesíes,
O en puertas de rubíes,
Sus dedos de jazmin y casta rosa.
Yo, que alumbradas de sus vivas luces
Sobre claveles rojos ví tres cruces,
Hurtar quise el engaste de una de ellas,
Por ver si mi delito ó mi fortuna,
Por mal ó buen ladron me diera una,
Y fuera buen ladron robando estrellas.
Mas no pudiendo hurtarlas,
Y mereciendo apenas adorarlas,
Divino humilladero
De toda libertad, dije, yo muero;
Si no en cruces, por ellas, donde veo
Morir vírgen y mártir mi deseo.

Amante sin reposo.

MADRIGAL II.

Está el ave en el aire con sosiego,
En agua el pez, la salamandra en fuego,
Y el hombre, en cuyo ser todo se encierra,
Está en sola la tierra.
Yo solo, que nací para tormentos,
Estoy en todos estos elementos.
La boca tengo en aire suspirando,
El cuerpo en tierra está peregrinando,
Los ojos tengo en agua noche y dia,
Y en fuego el corazon y el alma mia.

Contraposicion amorosa.

MADRIGAL III.

Si fueras tú mi Eurídice, ¡oh, señora!
Ya que soy yo el Orfeo qee te adora,
Tanto el poder mirarte en mí pudiera,
Que solo por mirarte, te perdiera;
Pues si perdiera la ocasion de verte,
Perderte fuera así, por no perderte.
Mas tú en la tierra, luz clara del cielo,
Firmamento que vives en el suelo,
No podia ser que fueras
Sombra que entre las sombras asistieras.
Que el infierno contigo se alumbrara,
Y tu divina cara,
Como el sol en su coche,
Introdujera auroras en la noche.
Ni yo, segun mi sentimiento veo,
Fuera músico Orfeo;
Pues de amor y tristeza el alma llena,
No pudiera cantar, viéndote en pena.

Advierte la brevedad de la hermosura, con exhortacion deliciosa.[1]

IDILIO I.

AGUARDAS, por ventura,
Discreta y generosa Casilina,
A que la edad madura,
Y el tiempo codicioso que camina,
Roben groseros siempre en sus agravios,
Oro á tus trenzas, perlas á tus labios?
¿Aguardas que los dias
Le pierdan el respeto á tu belleza?
¿En qué deidad confias,
Viendo la ociosidad y la pereza,
Que los años han puesto en tu cabello,
Que antes volaba libre por el cuello?
En tu rostro divino
Ya se ven las pisadas y señales,
Que del largo camino
Dejan los piés del tiempo desiguales,
Y ya tu flor hermosa y tu verano
Padece injurias del invierno cano.
Un roble se hace viejo
Y una montaña. Goza tu hermosura,
Antes que en el espejo
Con unos mismos ojos tu figura,
Casilina, la mires y la llores,
Debiéndoles el fruto á tantas flores.
Goza la luz del dia,
Que no hay rienda que pare al tiempo leve;
Y es tal su tiranía,
Que ningun ruego ni oracion le mueve,
Atropella tesoros y belleza,
Ni vuelve atrás, ni aguarda, ni tropieza.
Y vendrá la triste hora,
En que mustio el semblante idolatrado,
Que envidiaba la Aurora,
Dirás, ¿por qué en mi tiempo celebrado
No tuve este deseo agradecido?
¿O ya no tengo el rostro que he tenido?
Entonces, pues, tu mano,
Faccion no hallando digna de respeto

(1) «Es elegante imitacion de Anacreonte.»

En tu semblante cano,
Ni de la rosa aquel color perfeto,
Se atreverá á tu frente ya arrugada,
Y contra tus despojos será osada.
¿Por cuánto no querrias
Llegar ociosa á iguales desengaños,
A tan amargos dias,
A fin tan triste de tan dulces años,
Donde aun la flor del ánimo se pierde,
A tal invierno de una edad tan verde?
Pero cuando obstinada
Llegues á los umbrales de la muerte,
Si con la voz turbada
Me llamares, iré gozoso á verte,
Y Fábio gozará en tu paraiso,
Ya que no lo que quiero, lo que quiso.
La beldad huye muda,
Goza de tu florida edad lozana;
Que ni Vénus desnuda,
Ni ceñida dos veces tu Diana,
Valdrán para agradarme y agradarte,
Sin que una martirice y otra harte.
Coronemos con flores
El cuello, antes que llegue el negro dia;
Mezclemos los amores
Con la ambrosía mortal que la vid cria,
Y de los labios el aliento flaco
Nos acuerde de Vénus y de Baco.

Celebra el cabello de una dama, que habiéndosele mandado cortar en una enfermedad, ella no quiso.

IDILIO II.

¿Cómo pudiera ser hecho piadoso,
Dar licencia villana al duro acero
Para ofender cabello tan hermoso?
¿Y quién á tu salud tan lisonjero
Quiso que el arte suyo se mostrase,
Donde el dudoso efecto le agraviase?
Pues si ayudarla intenta diligente,
Cuando en peligro está naturaleza,
El esperto filósofo y prudente,
¿Cómo quien su tesoro y su belleza,
Tejido en esas trenzas le cortaba,

Bien que lo prometiese, la ayudaba?
Mal pudo ser remedio de tu vida
Cortar todo el honor y precio de ella,
Si se pudiera hallar mano atrevida
Y sin piedad en cosa que es tan bella;
Pues cortara en los lazos que hoy celebras
Tantas vidas amantes como hebras.
El bárbaro deseo del romano,
Que las vidas de todos sobre un cuello
Quiso ver, por cortarlas con su mano
De un golpe, quien cortara tu cabello
Le cumpliera cruel, pues de mil modos
Tienen las vidas de él pendientes todos.
Estratagema fué y ardid secreto
El persuadir la muerte, se cortase
Cabello, á quien por lástima y respeto
Era fuerza que aun ella perdonase;
Que ofender tal belleza, quien la viera,
Hasta en la muerte atrevimiento fuera.
A tu propia salud antepusiste
Cuerda temeridad en conservarle,
Todo lo que merece, conociste,
Pues fuera no lo hacer, desestimarle:
Que aun por no te obligará tal locura,
Así se corrigió la calentura.
Y cuando medicina tan severa
Para dolencia igual solo se hallara,
Ella misma de lástima se fuera
Y la salud de envidia se tornara;
Pues estaba sin duda ya celosa
De ver en tí la enfermedad hermosa.
Si en Absalon fué muerte su cabello
Bien que gentil, tambien dejar cortarle,
Lo fué para Sanson; y en tí el perdello
Viniera en los sucesos á imitarle,
Pues murieran en él cuantos le vieron,
Como con el jayan los que estuvieron.
Reine, honor de la edad, desordenado
Tu cabello sin ley, dándola al cielo;
No le mire viviente sin cuidado,
Ni libertad exenta goce el suelo.
Envidia sea del sol, desprecio al oro,
Prision al alma y al amor tesoro.
La muerte que la humana gloria ultraja,
Le venere hasta tanto que le vea

Blanco ya, del color de la mortaja,
Y cuando edad antigua le posea,
Y de la postrer nieve le corone,
Por lo hermoso que ha sido, le perdone.

Varios afectos de amante.[1]

IDILIO III.

Los que con las palabras solamente
Freno poneis de Júpiter al rayo;
Los que podeis vestir de luto á mayo,
Y anochecer al sol en el Oriente:
Los que apeais la luna de su coche,
Para que espuma escupa en vuestras yerbas;
Los que con voces alcanzais las ciervas,
Los que hurtais las estrellas á la noche:
Los que quitais á Marte de la mano
La dura espada sin temer su filo;
Los que alargar podeis el mortal hilo,
Y desnudar de rosas al verano.
Si vuestras artes procurais que crea,
Y que podeis hacer lo que he contado,
Haced que amando á Tirse viva amado,
Y que tratable de mi amor la vea.
Cuando de que me ví libre me acuerdo,
Cuya memoria en daño me redunda,
Por romperla sacudo la coyunda,
Y la maroma por soltarme muerdo.
Fábula soy del vulgo y de la gente,
Que de amor con mi ejemplo se rescata,
Cuando con igual fuerza me maltrata
El bien pasado y el dolor presente.
Antes que te rindiera mis despojos,
Y antes que te mirara, gloria mia,
Yo confieso de mí que no entendia
El secreto lenguaje de los ojos.
Pasaba el tiempo en ejercicios rudos,
El oro despreciando y los zafiros,

(1) «Es necesario advertir que está escrita esta poesía afectadamente con locucion de voces y frases que pudieran juzgarse de menos decoro para los números poéticos; siendo así, que están allí colocadas de tal arte, que aquel mismo defecto parece que les comunica un cierto género de gravedad y decencia. Tuvo esta atencion el poeta en algunos escritos, procurando, con la frecuencia y repeticion, quitar á algunas palabras lo áspero ó indecente que les habia puesto el poco uso.»

Nunca les hallé lengua á los suspiros,
Porque pensé hasta ahora, que eran mudos.
Y antes que viera del amor las lides,
Nunca pude creer que se tornaba,
En cada mujer débil que lloraba,
Cada pequeña lágrima, un Alcides.
Jamás imaginé llegar á estado
Que temiendo le fuese concedido
Remedio á mi dolor, tan bien nacido,
No le osase pedir desesperado.
Mas despues que te ví, señora mia,
Supe, siendo mortal sujeto á muerte,
Hacer contra mí propio un Dios tan fuerte,
Que pone al cielo ley su valentía.
Supe de amor en el tormento y potro,
Despues de darte victoriosas palmas,
Hallar en la aficion, para las almas
El pasadizo que hay de un cuerpo á otro.

Nueva filosofía de amor, contraria á la que se lee en las escuelas.[1]

CANCION I.

QUIEN nueva ciencia y arte
Quiere saber, aprenderá la mia:
Nueva filosofía,
Que no puede aprenderse en otra parte,
En mi pecho el amor, que me lastima,
Lee de dolor la cátedra de prima.
El dios de la mentira
La verdad de Aristóteles disfama,
Arguye cuanto mira,
Y á todos los concluye con su llama;
Pues de su silogismo ó argumento,
Ni Salomon libró su entendimiento.
Su ciencia es tan aguda,
Que de flecha le sirve razonada,
Ninguna cosa duda,
Inquieta la verdad más asentada,
Y al divino Platon tuvo tan ciego,
Que le hizo beber por agua el fuego.
No mata, yo lo siento,

(1) Admita el entusiasmo de algunos muy poetas, términos aquí que, como de filosofía, no son capaces de su furor, y Empédocles los calificó en los griegos, y Lucrecio en los latinos.

Al fuego el agua, Inarda dura y bella,
Pues sola una centella,
Del fuego que en mis venas alimento,
No he muerto en tantos años, ni apagado
Con el diluvio inmenso que he llorado.
Al sol resplandeciente
No se derrite el cristalino hielo,
Ni deshace del cielo
La nieve blanca y pura el fuego ardiente,
Pues que siéndolo tú no te han deshecho
Sol de tus ojos, fuego de mi pecho.
En dos lugares puede
Sin dividirse, Inarda, ni apartarse,
Un cuerpo solo hallarse;
Esperiencia que á mí se me concede,
Pues vivo en mi desdicha de tí ausente,
¡Oh, gran mal! y en tus ojos juntamente.
No es verdad, que partida
Del cuerpo la alma, nuestra vida muera,
Pues de mí mi alma fuera,
En quien me dá la muerte cobro vida;
Mostrando amor con argumento altivo,
Que sin el alma con mi muerte vivo.
Engaño es que apartada
La causa, del efecto no hay sospecha,
Pues que no me aprovecha
Que esté ausente mi pena y retirada;
Si de cerca ó de lejos, en mí ingrata
La misma causa me persigue y mata.
No entre los animales
Solos sus semejantes todos aman:
No la muerte desaman
Por su naturaleza los mortales;
Yo soy humano, y amo por mi suerte
Una fiera cruel que me dá muerte.
Juntarse dos contrarios
Pueden, pues en mi propio pensamiento
El placer y el tormento
Se juntan á acabarme temerarios,
Y en tanto que mi bien y gloria miro,
Lágrimas canto y música suspiro.
Bien puede en mi cadena
El ser con el no ser, á un mismo punto
Estar, por mi mal, junto,
Pues muerto al gusto, estoy vivo á la pena.

Y así es verdad, Inarda, cuanto escribo,
Que yo soy y no soy, y muero y vivo.
Es doctrina engañosa,
Decir algun mortal de aquí adelante,
Que de sí semejante
Sus efectos produce cualquier cosa,
Pues Inarda en mi dulce desconsuelo
Fuego produjo, siendo toda hielo.
No ya en naturaleza
El uso vuelve á la costumbre amada,
Ni ya la pena usada
Pierde de su rigor y su aspereza;
Pues cuanto más me dura mi tormento,
Más su dureza, más su pena siento.
No es ya verdad que el todo
Es mayor que la parte, que en sí sella,
Pues por extraño modo
Yo estoy todo en Inarda, y toda ella
Está en mi corazon, dándome guerra.
Y cierro amante á quien en sí me cierra.
Cancion de penas mias,
Huye del hombre bruto que no ama;
Pero si Inarda llama
Tus argumentos hoy sofisterías,
Díla que la arte, que publicas nueva,
No se puede entender si no se prueba.

Sencilla significacion de afecto amoroso, proporcionada al sugeto amado.(1)

CANCION II.

OYE, tirano hermoso,
Un hombre agradecido á su tormento;
Con su mal tan contento,
Que no está de otros bienes codicioso,
Aunque ve malograr sus pretensiones.

(1) «Esta cancion pareció ponerse aquí, para ejemplo oportuno del estilo que han de tener los versos que se envian á mujeres, donde propiamente ha de prevalecer la espresion de los afectos, con frases sencillas y bien colocadas, y que no diferencien mucho de las que se usan comunmente. Es sin duda haberlo enseñado así Aurelio Propercio, grande poeta y buen cortesano en la república romana, en la Elegia IX del Lib. I, que escribió á su amigo Pantico, poeta tambien famoso de su edad.»

Plus in amore valet mimnermi versus Homero.
Carmina mansuetus lenia quærit amor.
Y queso, et tristes istos depone libellos,
Et cane quod queris nose puella velit.

Escucha las razones
Que á tus paredes dice por moverte,
Y adora las que tiene de quererte.
Que no te siga ordenas,
Cuando consiste en verte yo mi vida;
Y que seré homicida
De mí si te obedezco en tantas penas.
Mas si el ver que te sigo te dá enojos,
Mándales á tus ojos
Que no me lleven tras sus rayos bellos,
Ya si los miro, ó ya me miran ellos.
Mándasme que te olvide,
¿Quién lo podrá acabar con mi memoria,
Cuando toda su gloria,
En solo contemplar tu beldad mide?
Fuérzome, ídolo mio,
Y á olvidarte porfio;
Pero como nací para adorarte,
Cuando me olvido es solo de olvidarte.
Tus desdenes adoro,
Que al fin son tuyos, aunque son desdenes,
Y ese rigor que tienes,
Le busco y tengo yo por mi tesoro.
Estimo en tí lo que de tí merezco,
Mientras sufro y padezco;
Aguardando que tengas en tal calma,
Ya que no voluntad, lástima al alma.
Si te obedezco, muero,
Pues que tu vista pierde mi recato;
Y si no, yo me mato,
Enojando la cosa que más quiero.
Fatígome y procuro obedecerte,
Y viendo que es mi muerte,
Firme en mi amor y en mi tormento firme,
Vengo á matarme yo por no morirme.

Llama á Aminta al campo en amoroso desafío.

CANCION III.

Pues quita al año primavera el ceño,
Y el verano risueño
Restituye á la tierra sus colores;
Y en donde vimos nieve, vemos flores,
Y las plantas vestidas

Gozan las verdes vidas,
Dando á la voz del pájaro pintado
Las ramas sombras, y silencio el prado;
Ven, Aminta, que quiero,
Que viéndote primero,
Agradezca sus flores este llano,
Más á tu blanco pié que no al verano.
Ven, veráste al espejo de esta fuente,
Pues suelta la corriente
Del cautiverio líquido del frio,
Perdiendo el nombre, aumenta el suyo al rio
Las aguas que han pasado,
Oirás por este prado
Llorar, no haberte visto con tristeza;
Mas en las que mirares tu belleza,
Verás alegre risa:
Y como las dan prisa,
Murmurando su suerte á las primeras,
Por poderte gozar las venideras.
Si te detiene el sol ardiente y puro,
Ven, que yo te aseguro,
Que si te ofende le has de vencer luego,
Pues se vale él de luz y tú de fuego;
Mas si gustas de sombra,
En esta verde alfombra
Una vid tiene un olmo muy espeso,
No sé si diga que abrazado ó preso,
Ya sombra de sus ramas
Le darán nuestras llamas,
Ya los digan abrazos ó prisiones,
Envidia al olmo y á la vid pasiones.
Ven, que te aguardan ya los ruiseñores,
Y los tonos mejores,
Porque los oigas tú, dulce tirana,
Los dejan de cantar á la mañana;
Tendremos envidiosas
Las tórtolas mimosas,
Pues viéndonos de gloria y gusto ricos,
Imitarán los labios con los picos;
Aprenderemos de ellas
Soledad y querellas,
Y en pago aprenderán de nuestros lazos,
Su voz requiebros y su pluma abrazos.
Ay, si llegases ya, que tiernamente
Al ruido de esta fuente

Gastáramos las horas y los vientos
En suspiros y músicos acentos;
Tu aliento beberia
En ardiente porfía,
Que igualase las flores de este suelo,
Y las estrellas con que alumbra el cielo;
Y sellaria en tus ojos,
Soberbios con despojos,
Y en tus megillas sin igual tan bellas,
Sin prado flores y sin cielo estrellas.
Halláranos aquí la blanca aurora
Riendo cuando llora,
La noche alegres, cuando en cielo y tierra
Tantos ojos nos abre como cierra;
Fuéramos cada instante
Nueva amada y amante;
Y así tendria en firmeza tan crecida
La muerte estorbo y suspension la vida:
Y vieran nuestras bocas,
En ramos de estas rocas
Ya las aves consortes, ya las viudas,
Más elocuentes ser cuando más mudas.

Transformacion imaginaria.

MADRIGAL IV.

Cuando al espejo miras
El gesto hermoso, Flori, con que admiras,
Honra y gloria del suelo,
De espejo le haces cielo;
Pues siendo como el cielo trasparente,
A su luna creciente
Ya de esplendor, añades rayos rojos,
Sol con tu cara, estrellas con tus ojos.

Alma en prision de oro.

MADRIGAL V.

Si alguna vez en lazos de oro bellos
La red, Flori, encarcela tus cabellos,
Digo yo, cuando miro igual tesoro,
Que está la red en red y el oro en oro.
Mas déjame admirado,

Que sea el ladron la cárcel del robado,
Y ya en dos redes presa el alma mia
No la espero cobrar en algun dia;
Y ella, porque tal cárcel la posea,
Ni espera libertad, ni la desea.

Error acertado en condicion mudable.

MADRIGAL VI.

El dia que me aborreces, ese dia
Tengo tanta alegría,
Como pesar padezco cuando me amas,
Y tu dueño me llamas;
Porque cuando indignada me aborreces,
En tu mudable condicion me ofreces
Señas de luego amarme con extremo;
Y cuanto más me amas, Laura, temo
De tus mudanzas, como firme amante,
Que me has de aborrecer en otro instante.
Así que por mejor elegir quiero
La esperanza del gusto venidero,
Aunque esté desdeñado,
Que el engañoso estado
De posesion tan bella,
Sujeto al torpe miedo de perdella.

Esclama á Júpiter contra unos ojos, á quien el mismo Júpiter teme.

MADRIGAL VII.

Júpiter, si venganza tan severa
Tomaste de Faetonte,
Porque descaminando el sol al dia,
Encendió el rio, el mar, el llano, el monte;
¿Cuánto mayor conviene,
Si tu brazo el valor antiguo tiene,
Que la tomen ahora tus enojos,
De aquellos sin piedad divinos ojos,
Que abrasan desde el suelo
Hombres y dioses, mar y tierra y cielo?
¿Mas con qué rayos puedes castigallos,
Si para fulminar miras con ellos;
Si vibras en las nubes sus cabellos,
Si padeces sus lumbres con mirallos?

Disimula si de ellos, pues, se quejan,
Y fulmina la parte que te dejan.

Celebra unos ojos hermosos y discretos.

QUINTILLAS.

Si os viera como yo os ví,
Ojos, César, que atrevido
Dijo, vine, ví y vencí;
Sin duda dijera así,
Vine, cegué y fuí vencido.
Yo vine, donde el volver
Será morir y acabar,
Y ví donde el mismo ver
Fué ocasion para cegar,
Y gloria del padecer.
Fuí tambien luego vencido
De quien aun para despojos
No estima lo que he perdido;
Mas de tan valientes ojos
Es victoria el ser rendido.
Quien oir, ver y callar
Dió por consejo al bien quisto,
No me ha de poder negar
Ojos que no os habia visto,
Ni merecido escuchar.
Porque quien llegare á veros,
Si con los suyos hablaros
Supo, habrá de ofenderos,
Ojos, si os vió, en no quereros,
Si os oye, en no celebraros.
Quien os vé, claras estrellas
De amor, si humano se atreve
A mirar luces tan bellas,
No paga lo que las debe,
Si no se muere por ellas.
Y si su vida en tributo
Les dió por su buena suerte,
En su color, si se advierte,
Halla hermosísimo luto
Tambien por su misma muerte.
Pero dareis cuenta á Dios,
Flori, de ser mi homicida,
Y no ha sido hazaña en vos,
Que me quiten una vida
Vuestros ojos, siendo dos.
Para cada uno quisiera
Tener mil vidas que dar;
Y almas tantas con que amar,
Porque así durar pudiera
Su rigor y mi penar.
Que si todas se juntaran,
Y ya murieran, ya amaran,
Que pudiera ser entiendo,
Que ya amando, ya muriendo,
Una alma sola ablandaran.

Pasiones de ausente enamorado.

REDONDILLAS.

Este amor, que yo alimento
De mi propio corazon,
No nace de inclinacion,
Sino de conocimiento.
Que amor de cosa tan bella,
Y gracia que es infinita,
Si es eleccion me acredita,
Si no, acredita mi estrella.
¿Y qué deidad me pudiera
Inclinar á que te amara,
Que ese poder no tomara
Para sí si le tuviera?
Corrido, señora, escribo
En el estado presente,
De que estando de tí ausente,
Aun parezca que estoy vivo.

Pues ya en mi pena y pasion,
Dulce Tirse, tengo hechas
De las plumas de tus flechas
Las alas del corazon.
Y sin poder consolarme,
Ausente y amando firme,
Más hago yo en no morirme.
Que hará el dolor en matarme.
Tanto he llegado á quererte,
Que siento igual pena en mí,
Del ver, no viéndote á tí,
Que adorándote, no verte.
Si bien recelo, señora,
Que á este amor serás infiel,
Pues ser hermosa y cruel
Te pronostica traidora.
Pero traiciones dichosas
Serán, Tirse, para mí,
Por ver dos caras en tí,
Que han de ser por fuerza hermosas.
Y advierte, que en mi pasion
Se puede tener por cierto,
Que es decir ausente y muerto,
Dos veces una razon.

Celebra los ojos de otra dama, por extraordinario camino. (1)

REDONDILLAS.

Ojos, en vosotros veo
Un poder, que donde alcanza
Desahucia la esperanza
Y resucita el deseo.
Pero á mí, si os voy á ver,
En viendo que veis que os veo,
Se me acobarda el deseo,
Habiendo allí de crecer.
Y me ha venido á espantar
Que igual temor me posea,
Pues teme lo que desea
Quien no teme el desear.
Ojos, yo no sé qué espero
Viendo como me tratais,
Pues si me veis, me matais,
Y si yo os miro, me muero.
Sois amados y temidos,
Muy dulces considerados,
Y hermosísimos mirados
Y crueles padecidos.
Ellos, pues, en donde Dios
Ha abreviado tanta esfera,
Si el uno al otro se viera,
Fueran dichosos los dos.
Y no se puede negar
Que es desdicha de mil modos
Que puedan mirar á todos
Y no se puedan mirar.
Pero si pudiera ser
Que á sí mismos se miraran,
El uno al otro se amaran
Y en sí ocuparan el ver,
Si no es que su fin llegara,
Si el uno al otro se viera,
Y uno por otro muriera
Y uno con otro cegara.
Quedáramos, pues, á oscuras
Si así se vieran los dos;
Por eso les negó Dios
Tan gran choque de hermosuras.
A mirarse esos dos cielos
Uno á otro en vuestra cara,
Toda la luz batallara,
El fuego anduviera en celos.

(1) «El licenciado Gonzalo Navarro (de quien con afecto de voluntad hago aquí memoria, y esta edad y otras la tendrán no pequeña con estima de su erudicion, dando á conocer en su grande modestia muchos méritos), deseando tambien ayudar la restauracion de estas obras, entre algunos papeles inútiles, aunque originales, que pudo recoger, venia en uno la ruda materia y aparato que previene el autor para celebrar la hermosura de unos ojos. De esta, pues, ayudada y reducida á tolerable contextura, por que no se perdiese, *Erato* formó esta lírica fantasía, ni de vulgar espíritu, ni indigna de auditorio elegante.»

Dad muchas gracias á Dios,
Que no os veis, divinos fuegos,
Pues es mejor hacer ciegos
Que quedar ciegos los dos.
Esténse como se están,
Y miren y no se vean,
Pues la muerte que en mí emplean,
Uno al otro se darán.
Para saber el poder
Que tienen los dos en sí,
Ver lo que pueden en mí,
Dice cuanto puede el ver.
Bien sé que podrá el espejo
Daros, ojos, un buen dia:
Aunque tanta valentía
No la traslada el reflejo.
A saber su fuerza rara
Los dioses, el mundo viera
Que Marte los esgrimiera
Y Jove los fulminara.
Y amor con dulces enojos
Y para fines traviesos,
Porque no le dieron esos,
Quiso quedarse sin ojos.
No fué bobo el dios vendado,
Estimóse como Dios;
O ninguno, ó esos dos,
Fué cegar de Dios honrado.
Mas si acaso los tuviera
Y no acabara en su ardor,
Fueran dos dioses de amor,
Y el dios mil amantes fuera.
Y Vénus, segun colijo,
Si al hijo viera con ellos,
Sacara para tenellos
Los ojos al dios su hijo.
Con que quedaran absueltos
Los vivientes de cuidados,
Si ellos los vieran llevados,
Y si yo los viera vueltos.

Hero y Leandro.

ROMANCE I.

Esforzóse pobre luz
A contrahacer el norte,
A ser piloto el deseo,
A ser farol una torre.
Atrevióse á ser aurora
Una boca á media noche,
A ser bajel un amante,
Y dos ojos á ser soles.
Embarcó todas sus llamas
El amor en este jóven,
Y carabana de fuego
Navegó reinos salobres.
Nuevo prodigio del mar
Le admiraron los tritones;
Con centellas y no escamas,
El agua le desconoce.
Ya el mar le encubre enojado,
Ya piadoso le socorre,
Cuna de Vénus le mece, (1)
Reino sin piedad le esconde.
Pretension de mariposa
Le descaminan los dioses;
Intentos de salamandra
Permiten que se malogren.
Si llora, crece su muerte,
Que aun no le dejan que llore;
Si ella suspira, le aumenta
Vientos que le descomponen.
Armó el estrecho de Abido,
Juntaron vientos feroces,
Contra una vida sin alma,
Un ejército de montes.
Indigna hazaña del golfo,
Siendo amenaza del orbe,
Juntarse con un cuidado,
Para contrastar un hombre.

(1) Como *cuna de Vénus*, aludiendo á haber nacido Vénus del mar. Ansi luego reino, *etc.*, es tambien como reino, etc.

Entre la luz y la muerte
La vista dudosa pone;
Grandes volcanes suspira,
Y mucho piélago sorbe.
Pasó el mar en un gemido
Aquel espíritu noble;
Ofensa le hizo Neptuno,
Estrella le hizo Jove.
De los bramidos del Ponto,
Hero formaba razones,
Descifrando de la orilla
La confusion en sus voces.
Murió sin saber su muerte,
Y espiraron tan conformes,
Que el verle muerto añadió
La ceremonia del golpe.
De piedad murió la luz,
Leandro murió de amores,
Hero murió de Leandro,
Y amor de envidia murióse.

Advierte al tiempo de mayores hazañas en que podrá ejercitar sus fuerzas.

ROMANCE II.

Tiempo, que todo lo mudas,
Tú, que con las horas breves
Lo que nos diste, nos quitas,
Lo que llevaste, nos vuelves.
Tú, que con los mismos pasos,
Que cielos y estrellas mueves,
En la casa de la vida,
Pisas umbral de la muerte.
Tú, que de vengar agravios
Te precias como valiente,
Pues castigas hermosuras
Por satisfacer desdenes.
Tú, lastimoso alquimista,
Pues del ébano que tuerces,
Haciendo plata las hebras,
A sus dueños empobreces.
Tú, que con piés desiguales
Pisas del mundo las leyes,
Cuya sed bebe los rios,
Y su arena no los siente:
Tú, que de monarcas grandes
Llevas en los piés las frentes;
Tú, que das muerte y das vida
A la vida y á la muerte:
Si quieres que yo idolatre,
En tu guadaña insolente,
En tus dolorosas canas,
En tus alas y en tu sierpe;
Si quieres que te conozcan,
Si gustas que te confiesen
Con devocion temerosa
Por tirano omnipotente:
Dá fin á mis desventuras,
Pues á presumir se atreven,
Que á tus dias y á tus años
Pueden ser inobedientes.
Serán ceniza en tus manos,
Cuando en ellas los aprietes,
Los montes y la soberbia
Que los corona las sienes.
¿Y será bien que un cuidado
Tan porfiado cuan fuerte,
Se ria de tus hazañas
Y victorioso se quede?
¿Por qué dos ojos avaros
De la riqueza que pierden,
Han de tener á los mios
Sin que el sueño los encuentre?
¿Y por qué mi libertad
Aprisionada ha de verse,
Donde el ladron es la cárcel
Y su juez el delincuente?
Enmendar la obstinacion
De un espíritu inclemente,
Entretener los incendios
De un corazon que arde siempre.
Descansar unos deseos,
Que viven eternamente,
Hechos martirios del alma
Donde están, porque los tiene.

Reprender á la memoria,
Que con los pasados bienes,
Como traidora á mi gusto
A espaldas vueltas me hiere.
Castigar mi entendimiento,
Que en discursos diferentes,
Siendo su patria mi alma,
La quiere abrasar aleve.
Estas sí que eran hazañas
Debidas á tus laureles,
Y no estar pintando flores
Y madurando las mieses.
Poca herida es deshojar
Los árboles por Noviembre,
Pues con desprecio los vientos
Llevarse los troncos suelen.
Descuídate de las rosas,
Que en su parto se envejecen,
Y la fuerza de tus horas
En obra mayor se muestre.
Tiempo venerable y cano,
Pues tu edad no lo consiente,
Déjate de niñerías,
Y á grandes hechos atiende.

Halla en la causa de su amor todos los bienes.

ROMANCE III.

Despues que te conocí,
Todas las cosas me sobran;
El sol para tener dia,
Abril para tener rosas.
Por mí bien pueden tomar
Otro oficio las auroras,
Que yo conozco una luz
Que sabe amanecer sombras.
Bien puede buscar la noche
Quien sus estrellas conozca,
Que para mi astrología
Ya son oscuras y pocas.
Gaste el Oriente sus minas
Con quien avaro las rompa,
Que yo enriquezco la vista
Con más oro á menos costa.
Bien puede la margarita
Guardar sus perlas en conchas,
Que buzano de una risa,
Las pesco yo en una boca.
Contra el tiempo y la fortuna
Ya tengo una inhibitoria,
Ni ella me puede hacer triste,
Ni él puede mudarme una hora.
El oficio le ha vacado
A la muerte tu persona;
A sí misma se padece,
Sola en tí viven sus obras.
Ya no importunan mis ruegos
A los cielos por la gloria,
Que mi bienaventuranza
Tiene jornada más corta.
La sacrosanta mentira
Que tantas almas adoran,
Busque en Portugal vasallos,
En Chipre busque coronas.
Predicaré de manera
Tu belleza por Europa,
Que no haya herejes de gracias,
Y que adoren en tí sola.

Amante ausente, que muere presumido de su dolor.

ROMANCE IV.

Si en suspiros por el aire,
Si en deseos por el fuego,
Si en lágrimas por el mar,
Diere con vos mi tormento;
Hacedle buena acogida
Por noble, y tambien por vuestro,

Y porque de vos pretende
Solo audiencia, no remedio.
Oir á los condenados
No se niega en el infierno;
Y el escuchar los quejosos,
Aun se permite en el cielo.
Deciros yo mi pasion,
No es esperanza de premio,
Sino acusacion y culpa
Que pongo á mis pensamientos.
Oir, y no remediar,
Bien es de fiereza extremo;
Que quien escucha las quejas,
Las tiene piadoso miedo.
Las aras no hacen los dioses,
Las estátuas y los templos;
Sino los tristes con votos,
Y los humildes con ruegos.
Pobre le tiene de flechas
La aljaba al amor mi pecho,
Y ya quita de mí mismo
Las que me tira de nuevo.
Este llanto que derramo,
En el dolor que padezco,
No es diligencia que hago,
Sino flaqueza que muestro.
Quien bien ama, puede estar
Apartado, mas no lejos;
Que no se entiende en las almas
Esto de la tierra en medio.
Gente son del otro mundo
Los ausentes y los muertos;
¡Oh, quien trocara á un difunto
El partir por el entierro!
Pondrán en mi sepultura
A mi dolor, lisonjeros
Epitafios, si acreditan
Pasion de tan alto empleo.
Dirán, yace un polvo amante,
Castigado por soberbio,
Y un difunto, presumido
Del castigo que le ha muerto.
Dichoso yo, si muero
Tan cortés amador de mi cuidado,
Y peno consolado,
Por lo que adoro, no por lo que espero.

Muere de amor, y entiérrase amando.

ROMANCE V.

MALES, no os partais de mí,
Y os estimaré por bienes,
Pues que no hay otro en el mundo
Tan desdichado que os ruegue.
No deis lugar que el tormento
Se vaya, pues lo hace adrede,
Porque para cuando vuelva,
Le sienta más y me queje.
Haced esta cortesía
A mi desdichada suerte,
Que no es dejar de ser males
Porque seais tambien corteses.
Su oficio hace el verdugo
En cortar al delincuente
El cuello, y es su alabanza
Degollarle y que no pene.
Vendré á ser el primer hombre,
Que á sus males agradece
Los bienes, que le estorbaron,
Y la vida que no tiene.
Breve ocupacion teneis
En llegarme hasta la muerte,
Y si habeis de estar ociosos,
Buscad otro que os sustente.
Este, pues, llanto postrero,
Que mis ojos humedece,
Sea mil veces bien venido,
Si ha de ser el que los cierre.
Contento voy á guardar
Con mis cenizas ardientes,
En el sepulcro la llama
Que reina en mi pecho siempre.
Conmigo van mis cuidados,
Y por eso parto alegre,

Y aun quiero que lleve el alma
La parte que el cuerpo siente.
Este epitafio se escriba
En el mármol que cubriere
Mi polvo amante, y sin llanto
Ninguno podrá leerle.

Aquí descanso de la triste vida,
Al rigor de mi mal agradecido;
Y el cuerpo, que de amor aun no se olvida,
En poca tierra, en sombra convertido.
Hoy suspira, y se queja enternecida
La tumba negra donde está escondido,
Aun arden de las llamas habitados
Sus huesos, de la vida despoblados.
Oh! tú, que estás leyendo el duro caso,
Así no veas jamás otra hermosura
Que cause igual dolor al mal que paso;
Que viertas llanto en esta sepultura,
Más por dar agua al fuego en que me abraso,
Que por dolerte en tanta desventura:
Fué mi vida á mis penas semejante,
Amé muriendo, y vivo tierra amante.

Alegórica enfermedad y medicina de amante.

ROMANCE VI.

Muérome yo de Francisca,
Buen doctor, y tus recetas,
El tabardillo me curan
Y la Francisca me dejan.
Ansí, pues, siempre te llamen
Los que de tí no se acuerdan,
Y solo vivas de cuantos
Contra la vida pelean.
Y así duren dos mil años
Tus dos guantes en conserva,
Y tu mula por las calles
No te lleve con mareta;
Y así, á matarla de tí
Tu propia silla no aprenda,
Y mendigando tercianas
Te lleve de puerta en puerta.
Que escuches con atencion
Mi enfermedad á mi lengua,
Por si cuando á errarla tiras,
Acaso á curarla aciertas.
Mi corazon, lo primero
En fiebre hermosa se quema;
Y el viento de mis suspiros
Más le enciende que le templa.
Mi esperanza y mi temor,
Que desabrigados tiemblan,
En el frio de un desden
A todas horas se hielan.
Si ves mis merecimientos
Y conoces mi soberbia,
Sin duda del frenesí
Querrás curar mi cabeza.
Témese de hidropesía
Mi ardiente sed, pues se aumenta
Y arde más, aunque mis ojos
Mares de lágrimas viertan.
Soles me han muerto, y tambien
Serenos de dos estrellas;
Mucha nieve en cuerpo y manos,
Mucho incendio de oro en trenzas.

Por beber yo con la vista
En labios, coral y perlas,
Preciosa muerte me aguarda
Despues de rica dolencia.
Tengo un donaire arraigado
Dentro en las entrañas mesmas,
Un pujamiento de celos,
Un crecimiento de penas.
No estudies mi enfermedad
En Galeno ni Avicena,
Que no cabe en aforismos
Mi dolor y mi tristeza.
Mis sangrías han de ser
Del alma, no de las venas;
La aljaba ha de ser estuche,
Y los arpones lancetas.
El Hipócrates amor
Los remedios solo enseña
Que sanan, y de favores
Los récipes que aprovechan.
Del pulso de los amantes
Cura las intercadencias,
Templando solo el desden,
Y hace burla de otras letras.

A María de Córdoba, comedianta insigne, conocida con el nombre de Amarilis.

ROMANCE VII.

La belleza de aventuras,
Aquella hermosura andante,
La caballera del Febo,
Toda rayos y celajes.
Ojos de la ardiente espada,
Pues mira con dos Roldanes;
Don Rosicler sus megillas,
Don Florisel su semblante.
Doña Nueve de la fama,
Si dejan que se desate;
Y en soltando sus facciones,
Allá van los Doce Pares.
La que en un golpe de vista
No hay jiganton que no pare,
Pensamiento que no ruede,
Espíritu que no encante.
La que deshace los tuertos,
Y la que los ciegos hace,
Siendo de Cupido y Vénus
Epílogo de hijo y madre.
Para quien son los pastores,
Ficragiles, Fierabrases;
Amadís para ninguno,
Para todos Durandarte.
Mienten, pues, los romances
Que Amarilis la llaman, si no entienden
Que son cuantos la miran sus amantes. (1)

Floris disimulada va á una feria.

ROMANCE VIII.

A la feria va Floris,
Porque tenga la feria
Más joyas que el Oriente,
Más luces que la esfera.
Disfrazada y en corto,
Con perlas pide perlas,
Corales por corales,
Por rosas primaveras.
Mal se disfraza el cielo
Con manto de tinieblas,
Que las estrellas parlan,
Que es cielo quien las lleva.
Es tienda de las joyas
Cuando va descubierta,

(1) «Hallóse ansi imperfecto en un borrador.»

Y cuando va tapada,
Es joya de las tiendas.
La gala con que cubre
Tan soberanas prendas,
De su talle dió luego
Esclarecidas señas.
Parecióme que via
La aurora por la tierra,
A Mayo en zapatillos
Repartiendo azucenas.
Yo, lince de sus soles
Y absorto en su belleza,
Dentro de mi silencio
Pronunciaron mis penas.
Todo amante libre
Se ponga en cobro,
Que si suelta la cara
Morirán todos.
Oh! qué filos tienen,
Que aceros gastan
Ojos, que envainados
Cortan las almas.
Cuando mira tapada
Prende los hombres;
Si echa mano á los ojos,
Dios los perdone.
Si su rostro cubre,
Con piedad hiere;
Si arremeten sus niñas,
Dios los remedie.

Autoriza y esfuerza con la descripcion misma de dos hermosuras, la segura enseñanza de que la mayor y más durable es la del alma.

ROMANCE IX.

A ser sol al mismo sol,
A ser dia al mismo dia,
Enseñaba con los ojos
La belleza de Florinda.
De la risa de la aurora
Se está riendo su risa,
Si sus flores la desprecian,
Sus ojos la dan envidia.
Retando está rayo á rayo
Todas las estrellas fijas.
Y con breves firmamentos
Más amenaza que mira.
La licencia del cabello
El cuello siembra de minas,
Y el céfiro con respeto
Cometas tremola y riza.
A hurto la están copiando
Mayo y Abril las megillas,
Y á su imitacion las flores
Pomposamente se pintan.
Mal imitados borrones
De su perfeccion divina
Muestran floridos los prados,
Hacen las riberas ricas.
Dividió mano nevada
Tanto Ofir y tanto Tibbar,
Abriendo paso los Alpes
A los jardines de Hibla.
Cuando por unos peñascos,
Que duramente caminan
A ser temores del cielo
Y Narcisos de la orilla,
Como esfera que se apea
Por descansar la fatiga
Del Atlante que la tiene,
Bajó al égido Clarinda.
Desde la planta al cabello
Es hecha de las dos Indias;
Juntáronse á fabricarla
Milagros y maravillas.
Todas las flores que nacen,
Todas las yerbas que cria,
Son chismes de la ribera
Que pregonan quien la pisa.
Nadie con alma segura
Pudo ver cosa tan linda,
Y de oirla ó de mirarla
No pasa ninguna vida.

Florinda, desengañada
De burladoras caricias,
Quiso advertir de escarmientos
Así á su belleza altiva.
La más pulida hermosura
Las horas la desaliñan,
Y es presuncion de los años
El ultraje de las lindas.
Baya dan á las beldades
Las edades fugitivas,
Desde el postrero cabello
Que donde admiró predica.
Grosera la enfermedad
Toda perfeccion lastima,
El dolor borra el donaire,
Mancha el semblante la ira.
Caudal que tantos tiranos
Le roban y desperdician,
Se ha de ostentar con desprecio,
Se ha de guardar sin estima.
Si ayer por tí suspiraron,
Hoy por tí propia suspiras,
Y en lo que serás mañana
Te has de enterrar á tí misma.
Invencible á todo trance,
El entendimiento arriba
A cumbre, donde se ignora
La vejez y la desdicha.
El vecino es más honrado
De cuantos el alma habitan;
Libre señor, cuyo imperio
Ningun afecto domina.
Si á tí propia no te entiendes,
Y si la razon olvidas,
De balde pagas el alma,
De sal quieres que te sirva.
Clarinda, donde faltare
Entendimiento por guia,
Los que tú precias por dones,
Son trastos que escandalizan.
A quien Dios quitó el ingénio,
Aunque en lo demás sea rica,
Más le quitó lo que tiene,
Que lo mismo que le quita.
Si entiendes lo que es tener
Sin entendimiento dicha,
Darte há la buena fortuna
Más asco que no codicia.

Ausente de Flori huye sus pensamientos, y ellos le dejan.

ROMANCE X.

A la sombra de un risco,
Que por lo lindo tiene
Dos mirtos por guedejas,
Un roble por copete;
Peñasco presumido
De galan y de fuerte,
Ceño de muchos valles,
De dos montañas frente;
Engastado en dos rios,
Que en cristalinas sierpes
Dan sortija de plata
A su esmeralda verde;
En una cueva triste,
Que del sol se defiende
Con espinos cobardes
Que están armados siempre;
Rayos brujuleados
Por alumbrar ofenden,
Cuando en mucha tiniebla
Menudas luces vierten.
Hasta la Puerta llegan,
Abril y Mayo verdes;
Mas en entrando dentro,
Su niñez envejecen.
En este de la noche
Desaliñado albergue,
En donde á medio dia
Por señas amanece,
Solo con mi cuidado
Tenia las más veces,
En las fuentes los ojos,
Y en los ojos las fuentes.

Ausente, preso y sólo,
Mas en diciendo ausente
Se abrevian los abismos
Y se cifra la muerte.
Yo fabricaba ciego
De mi discurso leve
Mazmorras á la vida
Y al pensamiento Argeles.
Las desesperaciones
Me rondaban alegres,
Que á un desdichado en glorias
Los despechos se mienten.
Cargados los deseos
de lazos y cordeles,
Lisonjas se fingian
Sus mentirosas redes.
Suspendido miraba
Ministros tan crueles,
Cuando mis pensamientos
Me hablaron de esta suerte:
¿Qué muerte es la que vives?
¿Qué vida es la que mueres?
¿En dónde estás perdido?
¿Qué nueva de tí tienes?
Con tu pasion nacimos,
Acompañando siempre
Tus méritos humildes,
Tu presuncion corteses.
Vagando por los aires
Nos ha traido leves
Correos despachados
Para el cielo á las veinte.
¡Qué grandes poblaciones,
Qué inmensos chapiteles
Fabricamos de sueños
Sobre esperanzas breves!
Mas ya á tus fantasías
Nos sentirás rebeldes,
Y á tus torres de viento
Romperemos los puentes.
Queda sin pensamientos
Y sueña mientras duermes,
Descansaremos todos
En tanto que despiertes.
Herida mi paciencia
De voz tan insolente,
Con suspiros y llanto
Me esforcé á responderles.
Despuéblese mi alma,
Sus potencias me deje
En una vida yerma
Que no discurre y siente.
Floris ya está en la villa,
Yo peno en Guadalete;
Allá era yo ninguno,
Acá no soy viviente.
A Floris, que es divina,
Pensamientos la ofenden;
Dejadme, pensamientos,
Que sin pensar acierte.

Pintura no vulgar de una hermosura.

ROMANCE XI.

Tus niñas, Marica,
Con su luz me asombran,
Y mirando apenas,
Dan á mirar glorias.
Ojos paladines,
Que por toda Europa
Desventuras vencen
Y aventuras logran.
Es gala y no culpa
En tí el ser traidora,
Pues tendrás dos caras
Que serán hermosas.
Rica y avarienta
Tienes esa boca,
Pues de risa y perlas
Nunca dá limosna.
Esas dos megillas,
De lo que les sobra,
Prestan al verano
Lo que al Mayo adorna.

Jardines de Chipre
Son á puras rosas,
Y de Falerina
Por lo que aprisionan.
Tu cabello bate
Moneda en coronas,
Indias son tus sienes,
Minas son tus cofias.
El nevado fuego
Que tus manos forman,
Ya amenaza hielos
Cuando rayos forja.
Todos te codician
Y te envidian todas;
Pero yo entre todos
Soy quien más te adora.
Que es cosa y cosa,
Pena y paraiso, infierno y gloria.[1]

(1) Al llegar á este punto encontramos en las ediciones antiguas la siguiente nota:

«Otros muchos romances amorosos de este génio, y tambien de estilo mas mesurado, que mal impresos algunos y otros bien cantados, andan vulgares, quedan ahora remitidos á la fácil diligencia del estudioso que hubiere de continuar las partes siguientes de estas obras poéticas.»

Aquí termina en la edicion de 1648 y algunas otras posteriores, la primera seccion de la *Musa IV*, y comienza la segunda rotulada de esta manera:—*Erato.—La misma Musa IV.—Canta con singularidad una pasion amorosa.—Seccion II.—Donde se contiene tambien una Disertacion que la ilustra y adorna; y juntamente se discurre en los nombres supuestos de las poesías semejantes, y de otras que se valen de ellos.*

Antes de comenzar la ilustrada advertencia de D. Jusepe Antonio, hay una composicion en verso que dice así:

Ved la etérea region, de sola es una
Materia pura y firme: una es su llama,
Que luz presta y calor, y de él la vida:
No semejanza alguna
Finge aun la elementar que se derrama
En corrupcion tan siempre repetida.
Será ansi, pues mentida
La afeccion amorosa,
Si solo en un incendio no reposa,
Pues no es etéreo espíritu quien ama
La beldad dividida;
Materia elementar es, que se inflama.

Larga, laboriosa y erudita es la ilustracion de D. José Antonio de Salas, en la que espone las razones que le mueven á dividir esta *Musa* en dos secciones, fundándose en la variedad de asuntos que campean en la primera seccion, mientras la segunda está dedicada á un solo sugeto que con el nombre de Lisi señala el autor como objeto de sus amores. Esta es la única ocasion en que Quevedo se muestra apasionado, y aunque ofrezca para nosotros no poca duda el sentimiento del autor, tratándose de pasiones amorosas, cree distinguir D. José de Salas, que tras del nombre supuesto de *Lisi* se esconde el verdadero de Luisa, del cual no encontramos rastro alguno en la historia del gran satírico.

No rechazamos sin embargo la opinion del sábio amigo del inspirado vate á qui en comenta, que motivos tenia para conocer con mas certeza que nosotros y todos los colectores modernos, las inclinaciones y la vida particular del gran Quevedo. Profundiza como en todas sus observaciones el colector Salas la materia de esta segunda parte de la *Musa IV*, para demostrar que imitó Quevedo al Petrarca cuando dedicó sus versos á *Laureta*, cuyo nombre desfiguró llamándola *Laura*. De igual recurso se valieron los poetas griegos usando de nombres supuestos como *Cenófila, Heliodora, Celia, Lucinda, Clarela, Flora, Floralba*, etc., para pulsar la lira en honor de sus damas y dedicarlas las flores del vergel de su inspiracion y de su fecundo ingénio. Siguieron los latinos á los poetas griegos, y como estos valiéronse tambien de anagramas para nombrar sin ofender al objeto de sus amores, entre cuyos nombres figuran las *Delicias, Corinas, Lesbias, Delias, Secundillas, Fortunatas*, etc. Y finalmente cita el mismo nombre de *Lisi* como usado anteriormente por el poeta griego Meleandro, cuando dice:

¿Cómo, por si huye, tardas,
Lisi, en gozar tu hermosura?
Y si no se gasta y dura,
¿Con qué recelo la guardas?

CANTA SOLA Á LISI,

Y LA AMOROSA PASION DE SU AMANTE.

Que de Lisi el hermoso desden fué la prision de su alma libre.

SONETO I.

Qué importa blasonar del albedrío,
Alma de eterna y libre tan preciada,
Si va en prision de un ceño, y conquistada
Padece en un cabello señorío?
Nació monarca del imperio mio
La mente, en noble libertad criada,
Hoy en esclavitud yace amarrada
Al semblante severo de un desvío.
Una risa, unos ojos, unas manos,
Todo mi corazon y mis sentidos
Saquearon hermosos y tiranos.
Y no tienen consuelo mis gemidos;
Pues ni de su victoria están ufanos[1]
Ni de mi perdicion compadecidos.

Retrato no vulgar de Lisi.

II.

Crespas hebras sin ley desenlazadas
Que un tiempo tuvo entre las manos Midas;
En nieve estrellas negras encendidas,
Y cortesmente en paz de ella guardadas.
Rosas á Abril y Mayo anticipadas,
De la injuria del tiempo defendidas;
Auroras en la risa amanecidas,
Con avaricia del clavel guardadas.
Vivos planetas de animado cielo,
Por quien á ser monarca Lisi aspira
De libertades que en sus luces ata.
Esfera es racional, que ilustra el suelo:

(1) La risa, los ojos y las manos.

En donde reina amor, cuanto ella mira,
Y en donde vive amor cuanto ella mata.

Padece ardiendo y llorando, sin que le remedie la oposicion de las contrarias cualidades.[1]

III.

Los que ciego me ven de haber llorado
Y las lágrimas saben que he vertido,
Admiran de que en fuentes dividido
O en lluvias, ya no corra derramado.
Pero mi corazon arde admirado
(Porque en tus llamas, Lisis, encendido)
De no verme en centellas repartido,
y en humo negro y llamas desatado.
En mí no vencen largos y altos rios
A incendios que animosos me maltratan;
Ni el llanto se defiende de sus brios.
La agua y el fuego en mí de paces tratan,
Y amigos son, por ser contrarios mios;
Y los dos, por matarme no se matan.

Procura cebar á la codicia en tesoros de Lisi.

IV.

Tú, que la paz del mar, oh navegante!
Molestas codicioso y diligente,
Por sangrarle las venas al Oriente,
Del más rubio metal, rico y flamante;
Detente aquí, no pases adelante,
Hártate de tesoros brevemente,
En donde Lisi peina de su frente
Hebra sutil en ondas fulminante.
Si buscas perlas, más descubre ufana
Su risa, que Colon en el mar de ellas;
Si grana, á Tiro dan sus labios grana.
Si buscas flores, sus megillas bellas
Vencen la primavera y la mañana;
Si cielo y luz, sus ojos son estrellas.

(1) «Escribió este asunto Sannazaro: *Miraris liquidum, etc.* Imitóle Figueroa, y juntólos Herrera en el comentario á Garcilaso.»

Ofrece á Lisi la primera flor que se abrió en el año.

V.

Esta por ser, ¡oh, Lisi! la primera
Flor que ha osado fiar de los calores
Recien nacidas hojas y colores,
Aventurando el precio á la ribera;
Esta, que estudio fué á la primavera,
Y en quien se anticiparon esplendores
Del sol, será primicia de las flores,
Y culto con que el alma te venera.
A corta vida nace destinada;
Sus edades son horas; en un dia
Su parto y muerte el cielo rie y llora.
Lógrese en tu cabello respetada
Del año, no malogre lo que cria;
Adquiera en larga vida eterna aurora.

Encomienda su llanto al Guadalquivir en su nacimiento, para que le lleve á Lisi, donde va muy crecido.

VI.

Aquí en las altas sierras de Segura,
Que se mezclan zafir con el del cielo,
En cuna naces líquida de hielo,
Y bien con majestad en tanta altura.
Naces, Guadalquivir, de fuente pura,
Donde de tus cristales, leve el vuelo
Se retuerce corriente por el suelo,
Despues que se arrojó por peña dura.
Aquí el primer tributo en llanto envio
A tus raudales, porque á Lisi hermosa
Mis lágrimas la ofrezcas con que creces.
Mas temo, como á verla llegas rio,
Que olvide tu corriente poderosa
El aumento, que arroyo me agradeces.

Comunicacion de amor invisible por los ojos.

VII.

Si mis párpados, Lisi, labios fueran,
Besos fueran los rayos visuales

De mis ojos, que al sol miran caudales
Aguilas, y besaran más que vieran.
Tus bellezas hidrópicos bebieran,
Y cristales sedientos de cristales,
De luces y de incendios celestiales
Alimentando su morir, vivieran.
De invisible comercio mantenidos
Y desnudos de cuerpo los favores,
Gozaran mis potencias y sentidos.
Mudos se requebraran los ardores,
Pudieran apartados verse unidos,
Y en públicos secretos los amores.

Efectos varios de su corazon, fluctuando en las ondas de los cabellos de Lisi.

VIII.

En crespa tempestad del oro undoso
Nada golfos de luz ardiente y pura
Mi corazon, sediento de hermosura,
Si el cabello deslazas generoso.
Leandro, en mar de fuego proceloso,
Su amor ostenta, su vivir apura;
Icaro en senda de oro mal segura
Arde sus alas por morir glorioso.
Con pretension de Fénix encendidas
Sus esperanzas, que difuntas lloro,
Intenta que su muerte engendre vidas.
Avaro y rico, y pobre en el tesoro,
El castigo y el hambre imita á Midas,
Tántalo en fugitiva fuente de oro.

Ejemplos de otras llamas, que parecen posibles, comparadas á las suyas.

IX.

Hago verdad la Fénix en la ardiente
Llama, en que renaciendo me renuevo;
Y la virilidad del fuego pruebo,
Y que es padre y que tiene descendiente.
La salamandra fria, que desmiente
Noticia docta, á defender me atrevo,
Cuando en incendios que sediento bebo,
Mi corazon habita y no los siente.
Y porque un brazo solo dió á la llama

Scévola, su valor y valentía
Ocupa los autores y la fama.
Ventura es suya y desventura es mia;
Pues ninguno me escribe ni me aclama,
Teniendo en fuego el alma noche y dia.

Peligros de hablar y de callar, y lenguaje en el silencio.

X.

¿Cómo es tan largo en mi dolor tan fuerte,
Lisis? Si hablo y digo el mal que siento,
¿Qué disculpa tendrá mi atrevimiento?
Si callo, ¿quién podrá escusar mi muerte?
Pues ¿cómo sin hablarte, podrá verte
Mi vista y mi semblante macilento?
Voz tiene en el silencio el sentimiento,
Mucho dicen las lágrimas que vierte.
Bien entiende la llama quien la enciende;
Y quien los causa entiende los enojos,
Y quien manda silencios, los entiende.
Suspiros del dolor, mudos despojos,
Tambien la boca á razonar aprende,
Como con llanto y sin hablar los ojos.

Comparacion elegante de Hércules con sus penas, y del «Non plus ultra» de sus columnas.

XI.

Si el cuerpo reluciente, que en Oeta
Se desnudó, en ceniza desatado
Hércules y de celos fulminado
(Así lo quiso Amor) murió cometa:
Le volviera á habitar aquella inquieta
Alma, que dejó el mundo descansado
De mónstruos y portentos, y el osado
Brazo armaran la clava y la saeta;
Solo en mi corazon hallara fieras
Que todos sus trabajos renovaran,
Leones y centauros y quimeras.
El *Non plus ultra* suyo restauraran
Sus dos columnas; si en tus dos esferas,
Lisi, el fin de las luces señalaran.

Al temor que tenia Lisi de los truenos.

XII.

Temes, ¡oh, Lisi! á Júpiter Tonante,
Y pálido tu sol sus llamas mira;
Cuando Jove, del ceño de tu ira,
Tiembla vencido y se querella amante.
Témale armado el pertinaz jigante,
Que á la conquista de su trono aspira:
Y Juno, que celosa le suspira,
Le tema ardiendo, y en tu amor constante.
A tí el trueno es requiebro, si amenaza
El tirano le entiende en el tesoro,
Cuando su sien temor precioso enlaza.
Al roble baja en rayo y á tí en oro;
Y si renueva amor la antigua traza,
En lugar de tronar, bramará toro.

Náufrago amante entre desdenes.

XIII.

Molesta el Ponto Bóreas, con tumultos
Cerúleos y espumosos; la llanura
Del pacífico mar se desfigura,
Despedazada en formidables bultos.
De la orilla amenaza los indultos,
Que blanda le prescribe cárcel dura.
La luz del sol titubeando oscura
Recela temerosa sus insultos.
Déjase á la borrasca el marinero,
A las almas de Tracia cede el lino,
Gime la entena y gime el pasajero.
Yo así náufrago amante y peregrino,
Que en borrasca de amor por Lisis muero,
Sigo insano furor de alto destino.

Hermosura cruel y fastuosa é infeliz fortuna de amante.

XIV.

¿De cuál feral, de cuál furiosa Enio,
Informas el rigor de tus entrañas?

¿Y con el parto tuyo, qué montañas
Tu corazon infama helado y frio?
¿De cuál tirano aprenden señorío
Las mesuras que ostentas por hazañas?
¿Esas hermosas furias con que engañas,
Por qué hipócritas son de afecto pío?
¿Por qué añades el ceño y los enojos,
Si al paso que no pueden merecerte
Te siguen de tus triunfos los despojos?
El vencimiento te sobró en mi muerte,
Y fué castigo y gloria el ver tus ojos
Cuando fué dicha y fué delito el verte.

Que amor de una vista se enciende y alimenta la llama. (1)

XV.

Quien bien supo una vez, Lisi, miraros,
Y quien pudo arribar á conoceros,
Bien merece poder vivir sin veros
Y no poder morir si sabe amaros.
Ni supo veros ni sabrá estimaros
Quien más codicia ver esos luceros,
Y quien os vió una vez osa ofenderos
Si otra procura para contemplaros.
Esas lumbres de amor ricas y avaras.
O tienen las del cielo por centellas,
Menores en ardor, si menos raras;
O juntó en vuestros ojos las estrellas
Naturaleza, ó vuestras luces claras
Dividió por los cielos para hacellas.

Que como su amor no fué solo de las partes esteriores que son mortales, así tambien lo será su amor.

XVI.

Que vos me permitais solo pretendo,
Y saber ser cortés y ser amante;
Esquivo los deseos, y constante
Sin pretension á solo amar atiendo.

(1) «Esta paradoja de amor, en que significa que el querer mirar mas que una vez la superior hermosura es hacerle ofensa, se esfuerza mas, considerando que por esa ocasion tambien la antigüedad fingió al amor ciego. Concluia con un concepto singular á los ojos de Lisi.»

Ni con intento de gozar, ofendo
Las deidades del garbo y del semblante;
No fuera lo que ví causa bastante
Si no se le añadiera lo que entiendo.
Llamáronme los ojos las facciones;
Prendiéronlos eternas gerarquías
De virtudes y heróicas perfecciones.
No verán de mi amor el fin los dias,
La eternidad ofrece sus blasones
A la pureza de las ánsias mias.

Que su amor no tiene parte alguna terrestre.(1)

XVII.

Por ser mayor el cerco de oro ardiente
Del sol, que el globo opaco de la tierra,
Y menor que este, el que á la luna cierra
Las tres caras que muestra diferente.
Ya la vemos menguante, ya creciente,
Ya en la sombra el eclipse nos la entierra:
Mas á los seis planetas no hace guerra,
Ni estrella fija sus injurias siente.
La llama de mi amor que está clavada
En el alto cenit del firmamento,
Ni mengua en sombras, ni se vé eclipsada.
Las manchas de la tierra no las siento,
Que no alcanza su noche á la sagrada
Region, donde mi fé tiene su asiento.

Amante culpable en todas sus acciones por desdichado.

XVIII.

Dióme el cielo dolor y dióme vida;
El nombre, no los hechos, ha negado
De muerte á mi pasion, pues he quedado
Vivo y ella con nombre de homicida.
Amar, que fué locura bien nacida,
Me castiga fortuna por pecado;
Siempre fué delincuente el desdichado;
Si no le acusa amor, amor le olvida.
Yo persevero, y dicen que porfío:

(1) «Semejale con la causa astronómica de eclipsarse la luna y no otros planetas.»

Mis sacrificios llama robo el cielo,
Cuando en prision me tiene el albedrío.
Y así se estrema ya mi desconsuelo,
Que hasta de breve muerte desconfio,
Que hasta de larga vida me recelo.

Amor impreso en el alma, que dura despues de las cenizas.

XIX.

Si hija de mi amor mi muerte fuese.
¡Qué parto tan dichoso que seria
El de mi amor contra la vida mia!
¡Qué gloria, que el morir de amar naciese!
Llevara yo en el alma, á donde fuese,
El fuego en que me abraso, y guardaria
Su llama fiel con la ceniza fria,
En el mismo sepulcro en que durmiese.
De esotra parte de la muerte dura
Vivieran en mi sombra mis cuidados,
Y más allá del Lethe mi memoria.
Triunfará del olvido tu hermosura,
Mi pura fé y ardiente de los hados,
Y el no ser por amar, será mi gloria.

Advierte con su peligro á los que leyeren sus llamas.

XX.

Si fuere que, despues al postrer dia
Que negro y frio sueño desatare,
Mi vida, se leyere ó se cantare
Mi fatiga en amar, la pena mia;
Cualquier que de talante hermoso fia
Serena libertad, si me escuchare,
Si en mi perdido error escarmentare
Deberá su quietud á mi porfia.
Atrás se queda, Lisi, el sexto año
De mi suspiro; yo para escarmiento
De los que han de venir paso adelante.
¡Oh, en el reino de amor, huésped extraño!
Sé docto con la pena y el tormento
De un ciego y sin ventura fiel amante.

Sepulcro de su entendimiento en las perfecciones de Lisi.

XXI.

En este incendio hermoso, que partido
En dos esferas breves fulminando
Reina glorioso, y con imperio blando
Autor es de un dolor tan bien nacido.
En esta nieve, donde está florido
Mayo, los duros Alpes matizando;
En este Oriente, donde están hablando
Por coral las sirenas del sentido;
Debajo de esta piedra endurecida,
En quien mi afecto está fortificado,
Y quedó mi esperanza convertida,
Yace mi entendimiento fulminado;
Si es su inscripcion mi congojosa vida,
Dentro del cielo viva sepultado.

Recuerdo que de la felicidad perdida atormenta.

XXII.

Aquí, donde su curso retorciendo
De parlero cristal Henares santo,
En la esmeralda de su verde manto
Ya engastándose va, y ya escondiendo.
Sentí molesta soledad viviendo,
De engañosa sirena docto canto,
Que blanda y lisonjera pudo tanto,
Que lo que lloro yo, lo está riendo.
Luego mi lira y voz, al monte hueco
Tu nombre, Lisi esquiva, le enseñaron;
Y fué piadoso en repetirle el eco.
Ya todos estos bienes se pasaron,
Y á mis labios dejaron solo en trueco
Un *¡ay, que fueron, ay, que se acabaron!*

Exhorta á Lisi efectos semejantes de la víbora.

XXIII.

Esta víbora ardiente, que enlazada
Peligros anudó de nuestra vida,

Lúbrica muerte en círculos torcida,
Arco que se vibró, flecha animada;
Hoy de médica mano desatada,
La que en sedienta arena fué temida,
Su diente contradice, y la herida
Que ardiente derramó, cura templada.
Pues tus ojos tambien con muerte hermosa
Miran, Lisi, al rendido pecho mio,
Templa tal vez su fuerza venenosa.
Desmiente tu veneno ardiente y frio;
Aprende de una sierpe ponzoñosa,
Que no es menos dañoso tu desvío.

Retrato de Lisi, que traia en una sortija.

XXIV.

En breve cárcel traigo aprisionado,
Con toda su familia de oro ardiente,[1]
El cerco de la luz resplandeciente,
Y grande imperio del amor cerrado.
Traigo el campo [2] que pacen estrellado
Las fieras altas de la piel luciente,
Y á escondidas [3] del cielo y del Oriente,[4]
Dia de luz y parto mejorado.
Traigo todas las Indias en mi mano,
Perlas que en un diamante por rubíes [5]
Pronuncian con desden sonoro hielo
Y razonan tal vez fuego tirano;
Relámpagos de risa carmesíes
Auroras, gala y presuncion del cielo.

(1) *Con toda su familia de oro ardiente*, esto es, con todos sus rayos.

(2) El firmamento, dice, pues que trae tambien las estrellas.

(3) *A escondidas*. Adverbio que con atencion está aquí usado, que de tales idiotismos de nuestra lengua era grande observador. *A escondidas*, pues, porque le traia *en breve cárcel*.

(4) Y á escondidas del Oriente traigo dias de luz, etc.

(5) Es una antifrasi de *diamante* y *rubíes*. Era, pues, diamante la boca, porque lo que hablaba eran *desdenes*, y significalo diciendo que *pronunciaba sonoro hielo*, y alude á la opinion de los que quieren *que el cristal sea hielo* intensamente congelado, y el *diamante* mas intensamente. Era, en fin, la boca rubíes, y *pronunciar por rubíes* es por los labios. De donde quedará advertido, que cuando la sentencia no se ofrece clara en estas obras, tiene alguna alusion docta que la oscurece: que (como no sea con frecuencia) son lunares que manchando hermosean. Y doy aquí ese nombre á las oscuridades, segun es la condicion de mi ingénio, que tanto aman en todos estilos la perspicuidad.

Goza el campo de primavera templada, y no el corazon enamorado.

XXV.

Ya [1] tituló al verano [2] ronca seña,
Vuela la grulla en letra [3] y con las alas
Escribe el viento, y en parleras galas
Progne cantora su dolor desdeña.
Semblante azul y alegre el cielo enseña,
Limpio de nubes é impresiones malas;
Y si á estruendo marcial despierta Palas,
Flora convida al sueño en blanda greña.
La sed aumenta el sol creciendo el dia;
De la cárcel del hielo desatado,
Templa el arroyo el ruido en la armonía.
Yo solo, ¡oh Lisi! á pena destinado,
Y en encendido invierno el alma mia,
Ardo en la nieve é hiélome abrasado.

Imagina hacer un infierno para Lisi, en correspondencia del infierno de amor que ya ella le habia hecho.

XXVI.

Alimenté tu saña con la vida,
Que en eterno dolor calificaste;
¡Oh Lisi! tanto amé como olvidaste,
Yo tu idólatra fuí, tú mi homicida.
¿Cómo guarecerá fé tan perdida
Y el corazon que ardiente despreciaste?
Siendo su gloria tú, le condenaste,
Y ni de tí blasfema, ni se olvida.
Mas para tí fabricará un infierno,
Y pagarán tus ánsias mis enojos,
Pues negaste piedad al llanto tierno.
Arderán tu victoria y tus despojos;

(1) Entiende á la cigüeña, expresando aquí un elegantísimo lugar de Publio Siro, mimógrafo, como en infinitas ocasiones hace lo mismo, trayendo á nuestra lengua frases escelentes de toda la antigüedad, que algun erudito con mas ócio conferirá algun dia. El verso de Publio Siro, dice:

Avis exul hyemis, titulus tepidi temporis.

(2) A la primavera, ansí lo significó tambien el mimógrafo.

(3) Tambien la grulla es título de la primavera, como de Aristóteles lo enseña Ciceron, lib. II. *De Nat. Deor.* La letra, empero, que forme volando, es muy contenciosa entre los gramáticos antiguos y modernos. Marcial, llamándola *Ave de Palamedes*, ayudó á esta duda, habiendo sido inventor, no de una letra, sino de cuatro de alfabeto griego.

Y así fuego el amor nos dará eterno,
A tí en mi corazon, á mí en tus ojos.

Niega al amor ser deidad, sino esclavo de Lisi.

XXVII.

Quédate á Dios, amor, pues no lo eres,
Que servir á quien sirve es vil locura;
Esclavo eres de Lisi en prision dura,
¿Y que te sirva yo de esclavo quieres?
Ni templo habites, ni holocausto esperes,
Pues yaces sacrificio á la hermosura
De aquella vista que me abrasa pura,
Donde ardiendo, con flechas y arco mueres.
El virote que fué peso á tu aljaba,
En tu cuello te muestre fugitivo,
De humana majestad deidad esclava.
Cierra el palacio, en otro tiempo altivo;
Forje grillos tu padre, que forjaba
Para tu enojo el rayo vengativo.

Persevera en las quejas de su dolor, y advierte á Lisi del inútil arrepentimiento que viene de la hermosura pasada.

XXVIII.

En una vida de tan larga pena,
Y en una muerte, Lísida, tan grave,
Bien sé lo que es amar, amor lo sabe;
No sé lo que es amor, y amor lo ordena.
Esa serena frente, esa sirena,
Para mayor peligro más suave,
¿Siempre escarmientos cantará á mi nave?
¿Nunca propicia aplaudirá á su entena?
¿No ves que si halagüeñas tiranías
Me consumen, que mustio cada instante
Roba tu primavera en horas frías?
Y al ya arrugado y cárdeno semblante,
Que mancillan los pasos de los dias,
No volverá á su flor, ni amor ni amante.

Amante ausente escoge por maestro de su amor la piedra imán.

XXIX.

Esta, que duramente enamorada
Piedra desde la tierra galantea
Al Norte, que en el cielo señorea
Con fija luz la redondez sagrada;
Esta, que sabe amar tan apartada,
Maestro de mi amor ausente sea;
Y al éxtasis que [1] tiene por tarea,
Imite el alma en astros abrasada.
Y pues sabe del Ponto en la llanura
Diferenciar las sendas, y del viento
Regula en breve cerco la locura,
Enseñe á navegar mi pensamiento;
Porque de la atencion á su luz pura
No le aparten suspiros ni lamento.

Amor de sola una vista nace, vive, crece y se perpetúa.

XXX.

Diez años de mi vida se ha llevado
En veloz fuga y sorda el sol ardiente,
Despues que en tus dos ojos vi el Oriente,
Lísida, en hermosura duplicado.
Diez años en mis venas he guardado
El dulce fuego, que alimento ausente
De mi sangre. Diez años en mi mente
Con imperio tus luces han reinado.
Basta ver una vez grande hermosura,
Que una vez vista eternamente enciende,
Y en el alma impresa eternamente dura.
Llama que á la inmortal vida trasciende,
Ni teme con el cuerpo sepultura,
Ni el tiempo la marchita ni la ofende.

Amor constante más allá de la muerte.

XXXI.

Cerrar podrá mis ojos la postrera
Sombra que me llevare el blanco dia;

(1) «La piedra iman.»

Y podrá desatar esta alma mia,
Ora á su afan ansioso lisonjera;
Mas no de esotra parte en la ribera
Dejará la memoria en donde ardia;
Nadar sabe mi llama la agua fria,
Y perder el respeto á ley severa.
Alma á quien todo un Dios prision ha sido,
Venas, que humor á tanto fuego han dado,
Médulas, que han gloriosamente ardido;
Su cuerpo dejarán, no su cuidado;
Serán ceniza, mas tendrá sentido;
Polvo serán, mas polvo enamorado.

Rendimiento de amante desterrado que se deja en poder de su tristeza.

XXXII.

Estas son y serán ya las postreras
Lágrimas que con fuerza de voz viva,
Perderé en esta fuente fugitiva,
Que las lleva á la sed de tantas fieras.
Dichoso yo, que en playas extranjeras,
Siendo alimento á pena tan esquiva,
Hallé muerte piadosa que derriba
Tanto vano edificio de quimeras.
Espíritu desnudo, puro amante
Sobre el sol arderé, y el cuerpo frio
Se acordará de amor en polvo y tierra.
Yo me seré epitafio al caminante,
Pues le dirá sin vida el rostro mio,
Ya fué gloria de amor hacerme guerra.

Solicitud de su pensamiento enamorado y ausente.

XXXIII.

¿Qué buscas, porfiado pensamiento,
Ministro sin piedad de mi locura,
Invisible martirio, sombra oscura,
Fatal persecucion del sufrimiento?
Si del largo camino estás sediento,
Mi vista bebe, su corriente apura;
Si te promete albricias la hermosura
de Lisi por mi fin, vuelve contento.
Yo muero, Lisi, preso y desterrado;

Pero si fué mi muerte la partida,
De puro muerto estoy de mí olvidado.
Aquí para morir me falta vida,
Allá para vivir sobró cuidado,
Fantasma soy en penas detenida.

Amante desesperado del premio y obstinado en amar.

XXXIV.

¡Qué perezosos piés, qué entretenidos
Pasos lleva la muerte por mis daños!
El camino me alargan los engaños,
Y en mí se escandalizan los perdidos.
Mis ojos no se dan por entendidos;
Y por descaminar mis desengaños,
Me disimulan la verdad los años,
Y les guardan el sueño á los sentidos.
Del vientre á la prision viene en naciendo,
De la prision iré al sepulcro amando,
Y siempre en el sepulcro estaré ardiendo.
Cuantos plazos la muerte me va dando
Proligidades son, que va creciendo,
Porque no acabe de morir penando.

A los ojos de Lisi, volviendo de larga ausencia.

XXXV.

Bien pueden alargar la vida al dia,
Suplir el sol, sustituir la aurora,
Disimular la noche á cualquier hora,
Vuestros hermosos ojos, Lisis mia.
Son de fuego y de luz gran monarquía,
Donde imperios confines atesora
El Dios, (1) que con la llama vengadora
Castiga y no escarmienta la osadía.
A verlos vuelvo, si posible ha sido,
Que truje alma de allá donde quedaron,
O que pueda volver vivo un ausente.
Seráme, por lo menos, concedido,
Que esto, si es algo, que de mí dejaron,
Lo miren reducido á sombra ardiente.

(1) El amor.

A una niña muy hermosa que dormia en las faldas de Lisi.

XXXVI.

Descansa en sueño, ¡oh tierno y dulce pecho!
Seguro ¡ay cielo! de mi enojo ardiente,
Mostrándote dichoso é inocente,
Pues duermes y no velas en tal lecho.
Bien has á tu cansancio satisfecho,
Si menor sol, en más hermoso Oriente,
En tanto que mi espíritu doliente
De envidia de mirarte está deshecho.
Sueña que gozas del mayor consuelo,
Que la fortuna pródiga derrama,
Que el precio tocas que enriquece al suelo.
Que habitas Fénix más gloriosa llama,
Que tú eres ángel, que tu cama es cielo,
Y nada será sueño en esa cama.

Exhorta á los que amaren que no sigan los pasos por donde ha hecho su viaje.

XXXVII.

Cargado voy de mí, veo delante
Muerte, que me amenaza la jornada,
Ir porfiando por la senda errada,
Más de necio será que de constante.
Si por su mal me sigue ciego amante
(Que nunca es sola suerte desdichada),
¡Ay! vuelva en sí, y atrás no dé pisada
Donde la dió tan ciego caminante.
Ved cuán errado mi camino ha sido:
Cuán solo y triste y cuán desordenado,
Que nunca así le anduvo pié perdido;
Pues por no desandar lo caminado,
Viendo delante y cerca fin temido,
Con pasos que otros huyen, le he buscado.

Lamentacion amorosa y postrero sentimiento de amante.

XXXVIII.

No me aflige morir, no he rehusado
Acabar de vivir, ni he pretendido

Alargar esta muerte que ha nacido
A un tiempo con la vida y el cuidado;
Siento haber de dejar deshabitado
Cuerpo, que amante espíritu ha ceñido
Desierto un corazon, siempre encendido,
Donde todo el amor reinó hospedado.
Señas me dá mi ardor de fuego eterno:
Y de tan larga y congojosa historia
Solo será escritor mi llanto tierno.
Lisi, estáme diciendo la memoria,
Que pues tu gloria la padezco infierno,
Que llame al padecer tormentos, gloria.

Muestra haber seguido el error de otro amante que habia sido primero.

XXXIX.

Por yerta frente de alto escollo osado,
Con pié dudoso ciegos pasos guio;
Sigo la escasa luz del fuego mio,
Que avara alumbra, habiéndome abrasado.
Cae del cielo la noche, y al cuidado
Presta engañosa paz el sueño frio:
Llévame á yerma orilla de alto rio,
Y busco por demás, ó puente ó vado.
En muda senda, oscuro peregrino,
Sigo pisadas de otro sin ventura,
Que para mi dolor perdió el camino.
Cuando elocuente, Lisi, tu hermosura
Califica en tu luz mi desatino
Y en tus merecimientos mi locura.

Obstinado padecer sin intercadencia de alivio.

XL.

Colora Abril el campo, que mancilla
Agudo hielo, y nieve desatada
De nube oscura, y yerta y bien pintada,
Ya la selva lozana en torno brilla.
Los términos descubre de la orilla
Corriente con el sol desenojada:
Y la voz del arroyo articulada
En guijas llama el aura á competilla.
Las últimas ausencias del invierno

Anciana seña son de las montañas,
Y en el almendro avisa al mal gobierno.
Solo no hay primavera en mis entrañas,
Que habitadas de amor arden infierno,
Y bosques son de flechas y guadañas.

Astrología del cielo de Lisi, con la ocasion de tener un perro en las manos, arrimado al rostro.

XLI.

Tambien tiene el amor su astrología,
Que acredita en efectos verdadera,
Juzgando por tu cielo, en cuya esfera
Rigen familia ardiente noche y dia.
En ella la dorada monarquía
Más eficaz influye y reverbera;
En tu desden constelacion severa,
Y en tu favor la que es benigna envia.
Siempre con duplicado Sirio cueces [1]
Las entrañas, haciendo hervir los mares,
Y nadar llamas húmedas los peces.
Dos soles, [2] que confinan en lugares,
Miro en el Can, y con la luz que creces,
Multiplica el amor caniculares.

Metafórica espresion de su afecto amoroso, hasta consumada alegría.

XLII.

Si hermoso el lazo fué, si dulce el cebo,
Fué tirana la red, la prision dura;
Esto á mi suerte, aquello á tu hermosura,
Preso y amante, Lisida, les debo.
El lazo me envidiaron Jove, Febo,
Amor del cebo envidia la dulzura;
La red y la prision, mi desventura
Crece, y las adoro y las renuevo.
Yo las adoro, y nunca las padezco;
Y en la red y prisiones amarrado,
Lo que viví sin ellas aborrezco.

(1) Alude á las dos estrellas de primera magnitud que están en los dos canes celestes, comparándolas á sus ojos.

(2) Aquí hace dos soles á sus ojos, que estén en el can mayor y causen mayores caniculares, aludiendo al perro que tenia cerca de ellos.

Igualmente gozoso y abrasado
La llama adoro y el incendio crezco;
Tan alto precio tiene mi cuidado.

Continúa la significacion de su amor con la hermosura que le causa, reduciéndole á doctrina platónica.

XLIII.

Lisis, por duplicado, ardiente Sirio
Miras con guerra, y muerte el alma mia:
En uno y otro sol abres el dia,
Influyendo en la luz dulce martirio.
Doctas sirenas en veneno Tirio,
Con tus labios pronuncian melodía,
Y en incendios de nieve hermosa y fria,
Adora primaveras mi delirio.
Amo y no espero, porque adoro amando;
Ni mancha al amor puro mi deseo,
Que cortés vive y muere idolatrando.
Lo que conozco y no lo que poseo
Sigo, sin presumir méritos, cuando
Prefiero á lo que miro, lo que creo.

Persevera en la exageracion de su afecto amoroso y en el esceso de su padecer.

XLIV.

En los cláustros del alma la herida
Yace callada; mas consume hambrienta
La vida, que en mis venas alimenta
Llama por las médulas estendida.
Bebe el ardor hidrópico mi vida,
Que ya ceniza amante y macilenta,
Cadáver del incendio hermoso, ostenta
Su luz en humo y noche fallecida.
La gente esquivo y me es horror el dia;
Dilato en largas voces negro llanto,
Que á sordo mar mi ardiente pena envia.
A los suspiros dí la voz del canto,
La confusion inunda el alma mia;
Mi corazon es reino del espanto.

Prosigue en el mismo estado de sus afectos.

XLV.

Amor me ocupa el seso y los sentidos;
Absorto estoy en éxtasi amoroso;
No me concede tregua ni reposo
Esta guerra civil de los nacidos.
Esplayóse el raudal de mis gemidos
Por el grande distrito, y doloroso
Del corazon, en su penar dichoso,
Y mis memorias anegó en olvidos.
Todo soy ruinas, todo soy destrozos;
Escándalo funesto á los amantes,
Que fabrican de lástimas sus gozos.
Los que han de ser y los que fueron antes,
Estudien su salud en mis sollozos,
Y envidien mi dolor, si son constantes.

Pide al amor que, siquiera por inútil, le despida.

XLVI.

Ya que pasó mi verde primavera,
Amor, en tu obediencia el alma mia;
Ya que sintió, mudada en nieve fria,
Los robos de la edad mi cabellera.
Pues la vejez no puede, aunque yo quiera,
Tarde seguir tu leve fantasía,
Permite que mi cuerpo en algun dia,
Cuando lástima no, desprecio adquiera.
Si te he servido bien, cuando cansado
Ya no puedo, ¡oh amor! por lo servido,
Dame descanso y quedaré premiado.
Concédeme algun ócio, persuadido
A que estando de Lisi enamorado,
No le querré aceptar aunque le pido.

Desea, para descansar, el morir.

XLVII.

Mejor vida es morir, que vivir muerto;
¡Oh piedad! en tí cabe gran fiereza,

Pues mientes apacible tu aspereza,
Y detienes la vida al pecho abierto.
El cuerpo que del alma está desierto
(Así lo quiso amor de alta belleza)
De dolor se despueble y de tristeza,
Descanse pues de mármoles cubierto.
En mí la crueldad será piadosa
En darme muerte; y solo el darme vida,
Piedad será tirana y rigurosa.
Y ya que supe amar esclarecida
Virtud, siempre triunfante, siempre hermosa,
Tenga paz mi ceniza presumida.

Artificiosa evasion de la muerte si valiera, pero entre tanto es ingeniosa.

XLVIII.

Pierdes el tiempo, muerte, en mi herida,
Pues quien no vive no padece muerte;
Si has de acabar mi vida, has de volverte
A aquellos ojos donde está mi vida.
Al sagrado en que habita retraida,
Aun siendo sin piedad no has de atreverte;
Que serás vida, si llegase á verte,
Y quedarás de tí desconocida.
Yo soy ceniza que sobró á la llama;
Nada dejó por consumir el fuego,
Que en amoroso incendio se derrama.
Vuélvete al miserable cuyo ruego,
Por descansar en su dolor, te llama;
Que lo que yo no tengo, no lo niego.

Amante apartado, pero no ausente. Amador de la hermosura del alma, sin otro deseo.

XLIX.

Puedo estar apartado, mas no ausente,
Y en soledad, no solo, pues delante
Asiste el corazon, que arde constante
En la pasion que siempre está presente.
El que sabe estar solo entre la gente,
Se sabe solo acompañar, que amante
La membranza de aquel bello semblante
A la imaginacion se le consiente.

Yo ví hermosura, y penetré la alteza
De virtud soberana en mortal velo,
Adoro el alma, admiro la belleza.
Ni yo pretendo premio ni consuelo,
Que uno fuera soberbia, otro vileza;
Menos me atrevo á Lisi, pues, que al cielo.

Refiere la edad de su amor, y que no es trofeo del poder del que llaman Dios, sino de la hermosura de Lisi.

L.

Hoy cumple amor en mis ardientes venas
Veintidos años, Lisi, y no parece
Que pasa dia por él, y siempre crece
El fuego contra mí, y en mí las penas.
Veintidos años há que estas cadenas
El corazon idólatra padece;
Y si tal vez el pié las estremece,
Oigo en sus eslabones mis sirenas.
Si amor presume que su fuerza dura
Tiene mi libertad en tal estado,
Véngase á mi fin tu belleza pura;
Que yo le dejaré desengañado
De que el poder asiste en tu hermosura,
Y en él un nombre ocioso y usurpado.

Laméntase, muerta Lisi, de la vida que le impide el seguirla.

LI.

¿Cuándo aquel fin á mí vendrá forzoso,
Pues por todas las vidas se pasea,
Que tanto el desdichado le desea,
Y que tanto le teme el venturoso?
La condicion del hado desdeñoso
Quiere que le codicie y no le vea:
El descanso le envidia á mi tarea,
Parasismo y sepulcro perezoso.
Quiere el tiempo engañarme lisonjero,
Llamando vida, dilatar la muerte,
Siendo morir el tiempo que la espero.
Celosa debo de tener la suerte,
Pues viendo, ¡oh Lisi! que por verte muero,
Con la vida me estorba el poder verte.

Retrato de Lisi en mármol.

MADRIGAL.

Un famoso escultor, ¡oh, Lisi esquiva!
En una piedra te ha imitado viva,
Y ha puesto más cuidado en retratarte
Que la naturaleza en figurarte;
Pues si te dió blancura y pecho helado,
El lo mismo te ha dado.
Bellísima en el mundo te hizo ella,
Y él no te ha repetido menos bella.
Mas ella, que te quiso hacer piadosa,
De materia tan blanda y tan suave
Te labró, que no sabe
Del jazmin distinguirte y de la rosa;
Y el que vuelta te advierte en piedra ingrata,
De lo que tú te hiciste te retrata.

Lamentacion amorosa.

IDILIO I.

Oh, vos, troncos, anciana compañía,
De humilde soledad, verde y sonora,
Pues escritos estais de la porfia
De tanto amante que desdenes llora,
Creced tambien la desventura mia;
Sereis en esta orilla, que el sol dora,
Verde historia de amor, y de esta falda,
Rústico libro escrito en esmeralda.
Las aves que leyeren mis tristezas,
Luego pondrán en tono mis congojas,
Y cantarán mi mal en las cortezas
Al son que hiciere el aire con las hojas;
Cualquier viento, templado á mis ternezas,
De las cuerdas, amor, que no me aflojas,
Pues del tormento son, que se conspira,
Fabricará con mis suspiros lira.
Allí serán mis lágrimas Orfeos
Y mis lamentos blandos ruiseñores,
Suspenderé el infierno á mis deseos,
Halagaré sus llamas y rigores;
Lejos irán de mí los mónstruos feos,
Del ócio y de la paz perseguidores;

El silencio tendré por armonía.
Y seráme el desierto compañía.
No solo nací yo para cuidados,
Mas ellos solo para mí nacieron;
No castiga el amor en mí pecados,
Desdichas sí, que siempre me siguieron:
Cuantos son en el mundo desdichados,
Y cuantos lo han de ser y cuantos fueron,
Viendo ya la pasion que en mi alma lidia,
Unos tendrán consuelo, otros envidia.
Eufrates, tú que el término caldeo
Con vivos lazos de cristal circundas;
Oh rico Tajo! oh huérfano Peneo!
Que en fértil llanto la Tesalia inundas;
Oh frigio Janto! oh siempre amante Alfeo!
Oh Nilo, que la egipcia sed fecundas!
Como por vuestras urnas sacros rios,
Todos pasad por estos ojos mios.
Tú, que en Puzol respiras abrasado
Los enojos de Júpiter Tonante;
Tú, que en Flegra de llamas coronado
Castigas la soberbia de Mimante; (1)
Tú, Etna, que en incendio desatado
Das magnífico túmulo al jigante,
Todos, con tantas llamas como penas,
Mirad vuestros volcanes en mis venas.
Oh, vosotros, que en puntas desiguales
Ceño del mundo sois, Alpes sombríos,
Que amenazais soberbios los umbrales
De la corte del fuego siempre frios!
Oh Cáucaso, vestido de cristales!
Oh Pirineos, padres de los rios!
Todos con vuestra nieve y estatura,
Medid mi mal, su hielo y desventura.
Tú, que del agua yaces desdeñado,
Con sed burlado en fuente sumergido;
Tú, que á solo bajar subes cargado;
Y tú por los peñascos estendido,
Para eterno alimento condenado,
Del hambriento martirio cebo y nido;
Todos venid, ¡oh pueblos macilentos!
Vereisme remedar vuestros tormentos.

(1) *Et validus Mimas*, Horat.

Muere infeliz y ausente.

IDILIO II.

Vóime por altos montes paso á paso,
Llorando mis verdades,
Que el fuego ardiente y dulce en que me abraso
Solo le fio de estas soledades,
De donde nace á cada pié que muevo,
De antiguo amor un pensamiento nuevo.
Deja de murmurar, ¡oh, clara fuente!
Y tú, famoso rio,
Mientras con tu cristal y su corriente
Corre parejas este llanto mio;
Que para arderos en mi propio fuego,
Basta escuchar mis quejas y mi ruego.
Nunca he podido, Lisi hermosa y dura,
Despues de verte, hartarme
De padecer dolor por tu hermosura,
Ni tras el padecerle, de quejarme;
¡Oh, si llegase algun alegre dia
Que se hartase de amar el alma mia!
Mas ya que ausente muero de esta suerte,
Lo que con ánsia siento
Es, que no ha de poder servir mi muerte
A quien viere su causa de escarmiento;
Vengárame de amor si con mi daño
Pudiera á otro servir de desengaño.
Pero aunque así, bien es que escrito quede
Mi fin en esta losa,
Y podráme decir que muero adrede
El que despues te viere tan hermosa:
Dulce seria mi muerte si estorbase
Que ninguno de miedo te mirase.
A todas las estrellas, Lisi, ruego
Que ninguno te vea,
Porque de arder en tan hermoso fuego,
La gloria de que gozo no posea.
No se alabe ninguno con mirarte,
Que murió, cual Fileno, por amarte.
Acuérdate, siquiera, de pisarme,
Si por dicha algun dia
Pasares por aquí, y el despreciarme
Acabe, Lisi, con la vida mia.

Favorece mi túmulo, fiada
En que no he de sentir entonces nada.
Pero si muerto yo por tanta gloria
Osare alguno verte,
Tráeme siquiera un rato á tu memoria,
Para desengañarle con mi muerte.
Cuenta á todos mi afrenta y mis agravios,
Que por lo menos sonaré en tus labios.
Quisiera ser despojo más honroso:
Un príncipe nombrado,
Un Craso rico, un César valeroso:
Cien mil almas quisiera haberte dado,
Para que viendo en mí prendas tan raras,
Siquiera por vencido me nombraras.

Lamenta su muerte y hace epitafio á su sepulcro.

IDILIO III.

¡Ay, cómo en estos árboles sombríos
No cantan ya los doctos ruiseñores!
¡Ay, qué turbios que van los sacros rios!
¡Qué pobre el prado está de yerba y flores!
Sin duda saben los trabajos mios,
Pues en luto convierten los colores;
Como que hasta las plantas de una en una
Siguen el caducar de la fortuna.
Alegre un tiempo, cuando Dios queria,
Pisé la ya enemiga y seca arena;
El curso le entretuve al agua fria
Con voz de amores y de quejas llena;
Mas ya la clara luz del blanco dia
Aborrecen mis ojos y mi pena,
Lastimada de ver mi poca suerte,
Hoy, por mucha piedad, llega la muerte.
A manos de su mal Fileno muere,
Tened lástima, ¡oh montes! de su vida,
Si algun rústico amor os toca é hiere
Con punta á vuestras penas atrevida:
Tal castigo merece quien tal quiere,
A tal vivir tal pena le es debida,
Amé, quisiera Dios, que verdad fuera;
¡Y que solo que amé, decir pudiera!
No te espantes de verme, fuente clara,
Tan pobre de quietud y de sosiego,

Que si á quien amo tu corriente amara,
De hielos libre te abrasara el fuego;
Tambien tu tronco, ¡oh mirto! se secara
Si en tí, como en mi pecho, ardiera el ciego;
Pues si os mirara, Lisi, es evidente
Que ardieras, mirto, y que abrasaras fuente.
Quédate á Dios pendiente de ese pino,
Lira, donde canté de amor tirano,
Guárdala, ¡oh tronco! que honras el camino
De lluvia y viento y de ladron villano;
Y dásela al primero peregrino
Que pisare el desierto de este llano,
En premio de que entierre el cuerpo mio,
Y escriba tal letrero al mármol frio.
Muerto yace Fileno en esta losa,
Ardiendo en vivas llamas siempre amante;
En sus cenizas el amor reposa,
¡Oh, guarda! ¡oh, no le pises, caminante!
La causa de su muerte es tan hermosa,
Que aunque no fué su efecto semejante,
Quiere que en estas letras te prevengas
Y envidia, más que lástima, le tengas.

Hace últimamente su testamento.

IDILIO IV.

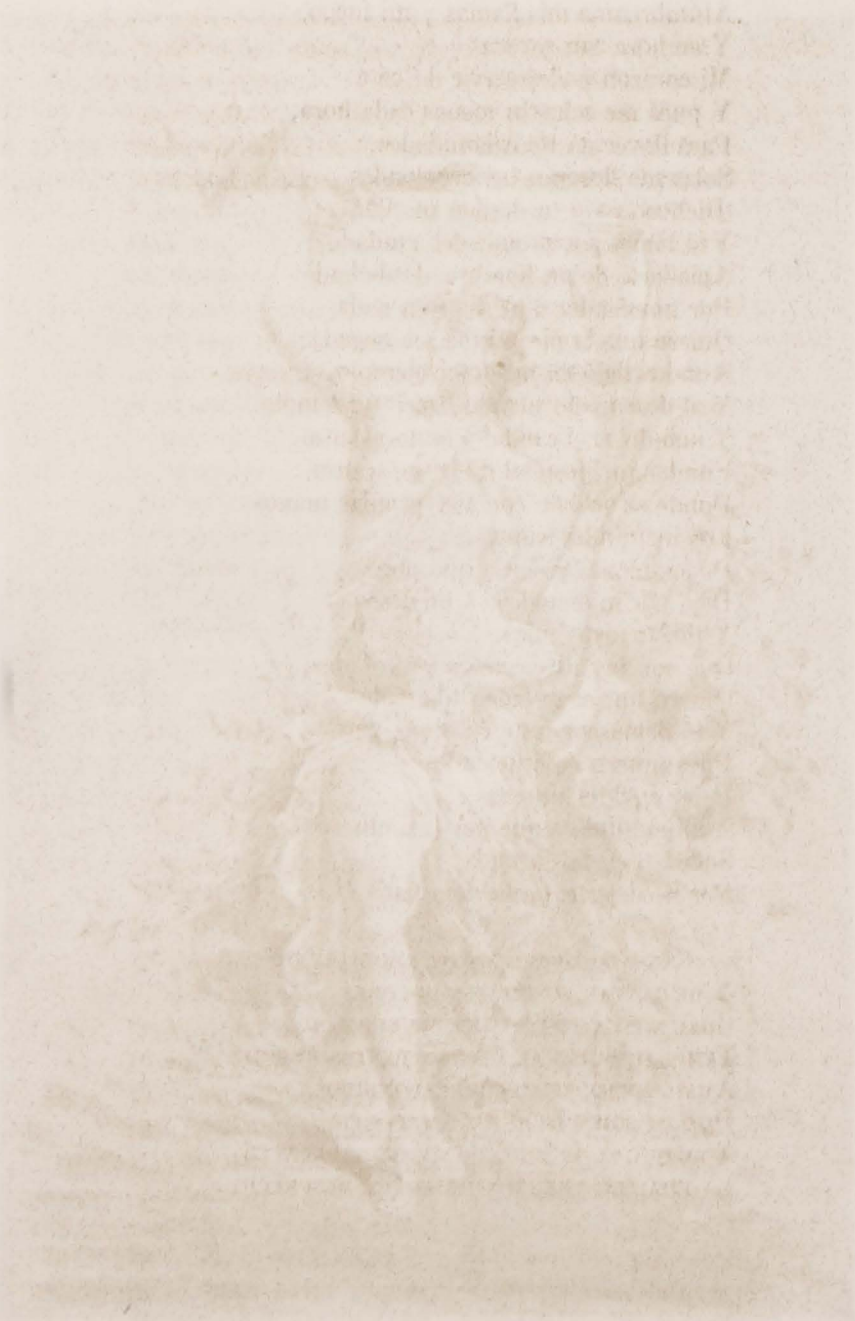
Pues reinando en tus ojos gloria y vida,
Supo mi alma hallar la muerte en ellos,
De pura luz y de esplendor vestida;
Habiendo en tus cabellos
Desconocido las prisiones de oro,
Que padezco y adoro;
Permite á mi dolor y á mi tormento,
Por piedad lisonjera,
Que pues he de morir, antes que muera,
Mi voluntad ordene y testamento.
Esta alma sin consuelo,
Por mandártela á tí, la mando al cielo.
Del cuerpo desdichado,
Que tanto padeció por obligarte,
Mando á la tierra aquella poca parte
Que al fuego le sobró y á mi cuidado.
En tu olvido abrirán mi sepultura
Y llevará los lutos mi ventura.

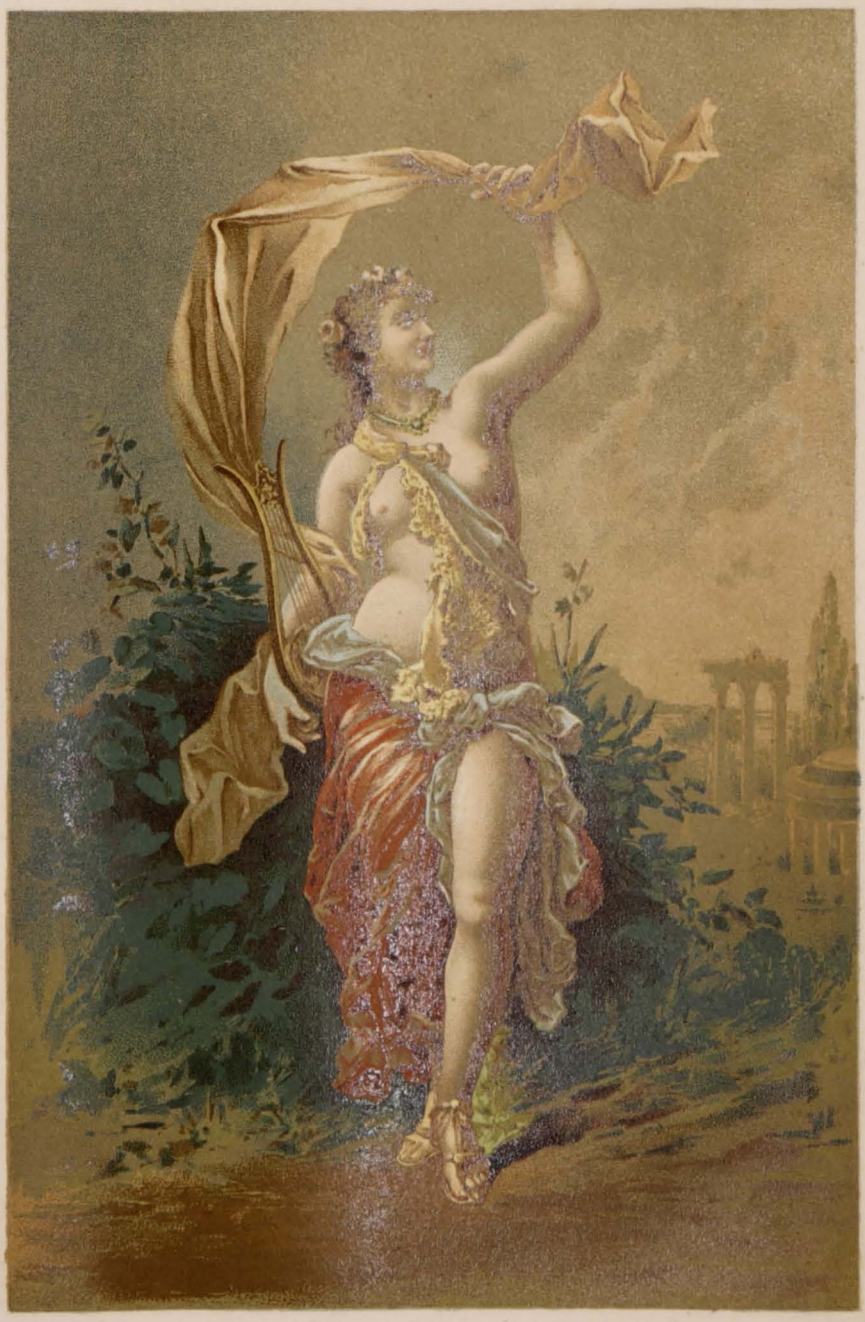
Que no haya luces, ruego,
Alúmbrenme mis llamas y mi fuego,
Y en hora tan severa
Mi corazon podrá servir de cera.
Y pues me echarán menos cada hora,
Para llover en mí calamidades,
Solas me llorarán tus crueldades.
¡Dichoso yo si tu desden me llora,
Y si tienes por premio del cuidado
Apiadarte de un hombre desdichado!
Por no ofender á tu rigor en nada,
Quiero que la piedad me sea negada;
A todos dejo en mi dolor ejemplo,
Y al desengaño mando hacer un templo.
Y mando, si el caudal á tanto alcanza,
Fundar un hospital de la esperanza,
Donde se acaben con sus propias manos
Los incurables sanos.
De los bienes y males que poseo,
Dejo por mi heredero á mi deseo.
Y de las joyas mias,
Que son las advertencias y verdades,
Quiero que se rescaten libertades,
Y lo demás se gaste en obras pias,
Pues muero de crueldades.
Dejar envidia quiero
A quien supiere que por Lisi muero.
Sola á tí en tal jornada,
Por no dejarte, no te dejo nada. (1)

«Cansado Erato ya de arder gemidos,
Y de cantar suspiros y dolores,
Cual nunca tiernos más fueron oidos,
Templar quiso al desden tantos rigores;
Amad, amad, amad correspondidos,
Dijo, si sois discretos amadores;
Y el que el desprecio no vengare necio,
La edad le vengará de aquel desprecio.»

---

(1) Estos cuatro idilios, reproducidos en algunas colecciones de poesías selectas, han sido juzgados como lo más perfecto y bien acabado de la musa de Quevedo.





MUSA V.-TERPSICORE.



TERPSÍCORE.

MUSA V.

CANTA POESÍAS QUE SE CANTAN Y BAILAN: ESTO ES, LETRILLAS SATÍRICAS, BURLESCAS Y LÍRICAS, JÁCARAS Y BAILES DE MÚSICA INTERLOCUCION.

Mi canto, que en el penar
Humano, sabe á deleite,
Es á manera de afeite
Con que se engaña el llorar.

Y al movimiento que mas
Es quien presta salud, sabe
Mi música hacer suave
Con números y compás.

LETRILLAS SATÍRICAS.

LETRILLA I.

Sin ser juez de la pelota,
Juzgar las faltas me agrada,
No pudiendo haber preñada
Que tenga más, si se nota;
El negocio va de rota,
Pues que sin ser ni haber sido
Coronista, me he metido
A espulgar agenas vidas;
Concértame esas medidas.
La otra loca perennal
Se precia envuelta en andrajos
De tener mejores bajos
Que la Capilla Real;
De piernas es su caudal,
Toda es piernas como nuez;
Blanca con fondos en pez,
Y las facciones curtidas;
Concértame esas medidas.
El doctor en medicina
Más esperto y más bizarro,
Es de condicion de carro,
Que si no le untais, rechina;
Al pulso la mano inclina,
Y quiere, ved qué invencion,
Que le den bello doblon
Por infernales bebidas;

Concértame esas medidas.
Que su limpieza exagere
Porque anda el mundo al revés,
Quien de puro limpio que es,
Comer el puerco no quiere;
Que lagarto rojo espere
El que aun espera al Señor,
Y que tuvo por favor
Las aspas descoloridas;
Concértame esas medidas.
Culpa, el que en valiente da,
En la pendencia si rueda,
A su espada que se queda,
Siendo él el que se va;
Y como vírgen está
La espada, y se vé desnuda,
De honesta se viste y muda
En clausura las heridas;
Concértame esas medidas.
Fuerza es que en su mujer
Vea el maridillo postizo,
Que el vestido que él no hizo,
Otro se lo hizo hacer;
Que nos quiera hacer creer,
Sin justicia y sin razon,
Que no siendo San Anton,
Un cuervo trae sus comidas:
Concértame esas medidas.
Que por vírgen haga fieros,
La que entre tias y amigas
Ha tenido más barrigas
Que un corro de pasteleros.
Que á todos los forasteros
Provea de virginidad,
Y que llame castidad
El hacer casta á escondidas;
Concertadme esas medidas.

LETRILLA II.

Sabed, vecinas,
Que mujeres y gallinas
Todas ponemos,
Unas cuernos y otras huevos.
Viénense á diferenciar
La gallina y la mujer,
En que ellas saben poner,
Nosotras solo quitar;
Y en lo que es cacarear,
El mismo tono tenemos;
Todas ponemos
Unas cuernos y otras huevos.
Doscientas gallinas hallo
Yo, con un gallo contentas;
Mas si nuestros gallos cuentas,
Mil que den, son nuestro gallo;
Y cuando llegan al fallo,
En cuclillos los volvemos;
Todas ponemos,
Unas cuernos y otras huevos.
En gallinas regaladas
Tener pepita es gran daño,
Y en las mujeres de ogaño
Lo es el ser despepitadas;
Las viejas son emplumadas
Por darnos con que volemos;
Todas ponemos,
Unas cuernos y otras huevos.

LETRILLA III.

Despues que de puro viejo
Caduca ya mi vestido,
Como, como un descosido,
Por estarlo hasta el pellejo;
No acierto á topar consejo
que pueda ponerme en salvo,
Contra un herreruelo calvo
Y una sotana lampiña,
Que cuando mejor se aliña,
Me descubre todo el lomo.
Yo me soy el rey Palomo,
Yo me lo guiso y yo me lo como.

Si va á decir la verdad.
De nadie se me dá nada,
Que el ánima apicarada
Me ha dado esta libertad;
Solo llamo majestad
Al rey, con que hago la suerte,
No temo en damas la muerte
Tanto como en un doctor,
Que las cosas del amor,
Como me vienen las tomo.
Yo me soy el rey Palomo,
Yo me lo guiso y yo me lo como.
Para mí no hay demasías
Ni prerogativas necias
De los que se hacen Venecias
Solo por ser señorías;
En mi mesa las arpías
Mueren de hambre contino;
Pídola para el camino,
Si me despide mi dama;
Mas si á mi ventana llama,
Despues de comer me asomo.
Yo me soy el rey Palomo,
Yo me lo guiso y yo me lo como.
Entre nobles no me encojo,
Que segun dice una ley,
Si es de buena sangre el rey,
Es de tan buena su piojo;
Con nada me crece el ojo
Si no es con una hinchazon;
Más estimo un dan que un don,
Y es mi fuerza y vigor tanto,
Que un testimonio levanto,
Aunque pese más que plomo.
Yo me soy el rey Palomo,
Yo me lo guiso y yo me lo como.

LETRILLA IV.

Que el viejo que con destreza
Se ilumina, tiñe y pinta,
Eche borrones de tinta
Al papel de su cabeza:
Que enmiende á naturaleza,
En sus locuras protervo,
Que amanezca negro cuervo,
Durmiendo blanca paloma,
Con su pan se lo coma.
Que campe la muy traida
De que la ven distraerse,
Cuando de ninguno verse
Puede por aborrecida;
Que se case envejecida
Para concebir cada año,
No concibiendo el engaño
Del que por mujer la toma,
Con su pan se lo coma.
Que mucha conversacion,
Que es causa de menosprecio,
En la mujer del que es necio
Sea de más precio ocasion;
Que case con bendicion
La blanca con el cornado,
Sin que venga dispensado
El parentesco de Roma,
Con su pan se lo coma.
Que en la mujer deslenguada,
(Que á tantos hartó la gula)
Hurte su cara á la bula
El renombre de cruzada;
Que ande siempre persinada
De puro buena mujer,
Y Calvario quiera ser,
Cuando en los vicios Sodoma,
Con su pan se lo coma.
Que el sastre que nos desuella
Haga con gran sentimiento
En la uña el testamento
De lo que agarró con ella;
Que deba tanto á su estrella,
Que las faltas en sus obras
Sean para su casa sobras,
Mientras la muerte no asoma,
Con su pan se lo coma.

LETRILLA V.

Santo silencio profeso,
No quiero, amigos, hablar,
Pues vemos que por callar
A nadie se hizo proceso;
Ya es tiempo de tener seso,
Bailen los otros al son,
Chiton.

Que piquen con buen concierto
Al caballo más altivo,
Picadores, si está vivo,
Pasteleros, si está muerto,
Que con ojaldre cubierto
Nos den un pastel frison,
Chiton.

Que por buscar pareceres
Revuelvan muy desvelados
Los bártulos, los letrados,
Los abades sus mujeres;
Si en los estrados las vieres,
Que ganan más que el varon,
Chiton.

Que trague el otro jumento
Por doncella una sirena,
Más catada que colmena,
Más probada que argumento;
Que llame estrecho aposento
Donde se entró de rondon,
Chiton.

Que pretenda el maridillo
De puro valiente y bravo
Ser en una escuadra cabo,
Siendo cabo de cuchillo;
Que le vendan el membrillo
Que tirarle era razon,
Chiton.

Que duelos nunca le falten
Al sastre que chupan brujas.
Que le falten las agujas
Y á su mujer se la salten;
Que sus dedales esmalten
Un doblon y otro doblon,
Chiton.

Que el letrado venga á ser
Rico con su mujer bella,
Más por buen parecer de ella
Que por su buen parecer;
Y que por bien parecer,
Traiga barba de cabron,
Chiton.

Que tonos á sus galanes
Cante Juanilla estafando,
Porque ya piden cantando
Las niñas, como alemanes;
Que en tono haciendo ademanes,
Piden sin ton ni sin son,
Chiton,

Mujer hay en el lugar
Que á mil coches, por gozallos,
Echará cuatro caballos,
Que los sabe bien echar;
Yo sé quien manda salar
Su coche como jamon,
Chiton.

Que pida una y otra vez
Fingiendo vírgen el alma,
La tierna doncella palma,
Y es dátil su doncellez;
Y que lo apruebe el juez
Por la sangre de un pichon,
Chiton.

LETRILLA VI.

Toda esta vida es hurtar,
No es el ser ladron afrenta,
Que como este mundo es venta,
En él es propio el robar;
Nadie verás castigar
Porque hurta plata ó cobre;
Que al que azotan es por pobre
De suerte, favor y trazas;

Este mundo es juego de bazas,
Que solo el que roba triunfa y manda.
El escribano recibe,
Cuanto le dan sin estruendo,
Y con hurtar escribiendo,
Lo que hurta no se escribe;
El que bien hurta, bien vive;
Y es linaje más honrado
El hurtar, que el ser hurtado;
Suple faltas, gana chazas,
Que este mundo es juego de bazas,
Que solo el que roba triunfa y manda.
Mejor es, si se repara,
Para ser gran caballero,
El ser ladron de dinero,
Que ser Ladron de Guevara;
El alguacil con su vara,
Con sus leyes el letrado,
Con su mujer el casado
Hurtan en públicas plazas,
Que este mundo es juego de bazas,
Que solo el que roba triunfa y manda.
El juez, en injustos tratos
Cobra de mala opinion,
Porque hasta en la pasion
Es parecido á Pilatos;
Protector es de los gatos,
Porque rellenarlos gusta;
Solo la botarga es justa,
Que en lo demás hay hilazas.
Este mundo es juego de bazas,
Que solo el que roba triunfa y manda.
Hay muchos rostros exentos,
Hermosos cuanto tiranos,
Que viven como escribanos,
De fees y conocimientos;
Por el que beben los vientos,
Es al que la capa comen;
No hay suerte que no se tomen
Con embustes y trapazas.
Este mundo es juego de bazas,
Que solo el que roba triunfa y manda.

LETRILLA VII.

El que si ayer se muriera,
Misas no podia mandar,
Hoy á fuerza del hurtar,
Mandar todo el mundo espera;
Y el que quitaba á cualquiera
El sombrero de mil modos,
Hoy quita la capa á todos
Desvanecido en la altura.
Pícaros hay con ventura
De los que conozco yo,
Y pícaros hay que no.
Yo he visto en breve intervalo
Más de alguna señoría,
Que el mando y palo tenia,
Y ya tiene solo el palo;
Yo la ví con gran regalo,
Y sobre silla en dosel;
Ya veo la silla sobre él
Castigando su locura.
Pícaros hay con ventura
De los que conozco yo.
Y pícaros hay que no.
Alguno ví que subia,
Que no alcanzaba anteayer
Ramo de quien descender,
Sino el de su picardía;
Y he visto sangre judía
Hacerla él mucho caudal,
Como papagayo real,
Clara ya su vena oscura.
Pícaros hay con ventura
De los que conozco yo,
Y pícaros hay que no.
Alguno ví yo triunfar,
Que ya por cierta doncella,
De andar sin parar tras ella,
No tiene tras que parar;
Cuando en cueros pensó hallar
A su dama por dineros,
A sí propio se halló en cueros,
Robado de su hermosura.
Pícaros hay con ventura

De los que conozco yo,
Y pícaros hay que no.
Yo conocí caballero
Que nunca se conoció,
Y jamás armas tomó
Sino en sello ó en dinero;
Despues le he visto guerrero,
Y, sin ver Flandes, pregona
Más servicios, que fregona
A las diez en noche oscura.
Pícaros hay con ventura
De los que conozco yo,
Y pícaros hay que no.

LETRILLA VIII.

Pues amarga la verdad,
Quiero echarla de la boca;
Y si al alma su hiel toca,
Esconderla es necedad;
Sépase, pues libertad
Ha engendrado en mí pereza,
La pobreza.
¿Quién hace al tuerto galan
Y prudente al sin consejo?
¿Quién al avariento viejo
Le sirve de rio Jordan?
¿Quién hace de piedras pan
Sin ser el Dios verdadero?
El dinero.
¿Quién con su fiereza espanta
El cetro y corona al rey?
¿Quién, careciendo de ley,
Merece nombre de santa?
¿Quién con humildad levanta
A los cielos la cabeza?
La pobreza.
¿Quién los jueces con pasion,
Sin ser ungüento hace humanos,
Pues juntándolos las manos
Los ablanda el corazon?
¿Quién gasta su opilacion
Con oro y no con acero?
El dinero.
¿Quién procura que se aleje
Del suelo la gloria vana?
¿Quién, siendo toda cristiana,
Tiene la cara de hereje?
¿Quién hace que al hombre aqueje
El desprecio y la tristeza?
La pobreza.
¿Quién la montaña derriba
Al valle, la hermosa al feo?
¿Quién podrá cuanto el deseo,
Aunque imposible conciba?
¿Y quién lo de abajo arriba
Vuelve en el mundo ligero?
El dinero.

LETRILLA IX.

Prenderánte si te tapas,
Pues Dios buen rostro te dá,
No te tapes, porque habrá
Al primer tapon zurrapas;
¿Por qué tu cara solapas
Y la luz del sol te ofende?
Que el que esconde lo que vende
No crecerá su caudal,
Y no lo digo por mal.
Mil recoletas hay ya
Y pecadoras del paño,
Porque le quitan ogaño
La seda á la que se dá:
Toda de lana será,
Y vendrá el más confiado
Por lana, é irá trasquilado
Con navaja de sayal,
Y no lo digo por mal.
Tendrá la del maridillo,
Si en disimular es diestro,
Al marido por cabestro
Y al galan por cabestrillo:

De su novio hará novillo,
Y así con él arará;
Lo que siembra cogerá
Con algun primo carnal,
Y no lo digo por mal.

LETRILLA X.

Yo que nunca sé callar,
Y solo tengo por mengua
No vaciarme por la lengua
Y el morirme por hablar,
A todos quiero contar
Cierto secreto que oí,
Mas no ha de salir de aquí.
Mediquillo se consiente,
Que al que enferma y va á curallo,
Yendo á mula, va á caballo,
Y por la posta el doliente:
Y viéndole tan valiente,
Llámanle el doctor Sofí,
Mas no ha de salir de aquí.
Mandado se ha pregonar
Que digan, midiendo cueros,
Agua va, los taberneros,
Como mozas de fregar;
Que dejen el bautizar
A los curas de Madrid,
Mas no ha de salir de aquí,
Dicen, y es bellaquería,
Que hay pocos cogotes salvos,
Y que segun hay de calvos,
Que como hay zapatería,
Ha de haber cabellería
Para poblados allí,
Mas no ha de salir de aquí.
Los perritos regalados
Que á pasteleros se llegan,
Si con ellos veis que juegan,
Ellos quedarán picados;
Habrá estómagos ladrados
Si comen lo que comí,
Mas no ha de salir de aquí.
Madre diz que hay caracol
Que su casa trae á cuestas,
Y los domingos y fiestas
Saca sus hijas al sol;
La vieja es el facistol,
Las niñas solfean por sí,
Mas no ha de salir de aquí.
Yo conozco caballero
Que entinta el cabello en vano,
Y por no parecer cano,
Quiere parecer tintero;
Y siendo nieve de Enero,
De Mayo se hace alelí,
Mas no ha de salir de aquí.
Invisible viene á ser
Por su pluma y por su mano
Cualquier maldito escribano,
Pues nadie los puede ver;
Culpas le dan de comer,
Al diablo sucede así,
Mas no ha de salir de aquí.
Maridillo hay que retrata
Los cuchillos verdaderos,
Que al principio tiene aceros,
Y el cabo en cuerno remata;
Mas su mujer de hilar trata
El cerro de Potosí,
Y no ha de salir de aquí.
Y afirman en conclusion
De los oficios que canto,
Que ya no hay oficio santo
Sino el de la Inquisicion;
Quien no es ladrillo, es ladron,
Toda mi vida lo oí,
Mas no ha de salir de aquí.

LETRILLA XI.

Las cuerdas de mi instrumento
Ya son en mis soledades,
Locas en decir verdades,
Con voces de mi tormento:
Su lazo á mi cuello siento,
Que me aflige y me importuna
Con los trastes de fortuna:
Mas pues su puente, si canto,
La hago puente de llanto
Que vierte mi pasion loca,
Punto en boca.

De las damas has de hallar,
Si bien en ellas reparas,
Ser de soliman las caras,
Las almas de rejalgar;
Piénsanse ya remozar
Y volver al color nuevo,
Haciendo Jordan un huevo
Que les desmienta los años:
Mas la fé de los antaños
Mal el afeite revoca,
Punto en boca.

Dase al diablo por no dar,
El avaro al alto ó bajo,
Y hasta los dias de trabajo
Los hace dias de guardar;
Cautivo por ahorrar,
Pobre para sí en dinero,
Rico para su heredero,
Si antes no para el ladron
Que dió jaque á su bolson,
Y ya perdido le invoca,
Punto en boca.

Coche de grandeza brava
Trae con suma bizarría
El hombre que aun no lo oia,
Sino cuando regoldaba;
Y el que solo estornudaba,
Ya á mil negros estornuda;
El tiempo todo lo muda:
Mujer casta es por mil modos
La que la hace con todos,
Mas pues á muchos les toca,
Punto en boca.

LETRILLA XII.

Deseado [1] he desde niño,
Y antes, si puede ser antes,
Ver un médico sin guantes
Y un abogado lampiño;
Un poeta con aliño,
Un romance sin orillas,
Un sayon con pantorrillas,
Un criollo liberal,
Y no lo digo por mal.

Ayer, sobre dos astillas
Andaba el señor Bicoca,
Y hoy la barriga á la boca
Lleva ya las pantorrillas;
Eran todas espinillas
Ayer las piernas de Anton,
Y la una es hoy colchon
Y la otra es hoy costal,
Y no lo digo por mal.

El vejete palabrero
Que á poder de letuario
Acostándose canario
Se nos levanta jilguero;
Su Jordan es el tintero,
Y con barbas colorines,
trae bigotes arlequines,
Como el arco celestial,
Y no lo digo por mal.

Con más barbas que desvelos,
El letrado caza puestos,
La caspa alega por testos,

(1) Los siete versos de esta copla primera andan insertos en otra letrilla de D. Luis de Góngora.

Por leyes cita los pelos;
A puras barbas y duelos
Pretende ser el doctor
De brujas corregidor,
Como el barbado infernal,
Y no lo digo por mal.
Que amanezca con copete
La vejiga del notario,
Anteayer monte Calvario,
Ahora monte Olivete:
Si no calvino, calvete,
Con casco de morteruelo,
Hoy garza y ayer mochuelo,
Coronilla de atabal,
Y no lo digo por mal.
Cura gracioso y parlando
Sus vecinas el doctor,
Y siendo grande hablador,
Es un mátalas callando;
A su mula mata andando,
Sentando mata al que cura,
A su cura sigue el cura
Con *requiem* y funeral,
Y no lo digo por mal.
El signo del escribano,
Dice un astrólogo inglés,
Que el signo de Cáncer es
Que come á todo cristiano;
Es su pluma de milano,
Que á todo pollo dá bote,
Y tambien es de virote,
Tirando al blanco de un real,
Y no lo digo por mal.
El pobreton más cruel
Que sin dineros se viere,
Tendrá mosca, si se hiciere
En el verano pastel:
Pastelerito novel,
Que sin murmurar escesos,
Nos desentierras los huesos
Y eres cuaresma en carnal,
Y no lo digo por mal.

LETRILLA XIII.

Oyente, si tú me ayudas
Con tu malicia y tu risa,
Verdades diré en camisa
Poco menos que desnudas;
Grande cosecha de Judas
Dicen que ha de haber ogaño,
Y hasta el muchacho de un año
Judas infuso tendrá.
Ello dirá,
Y si no,
Lo diré yo
Que Dios guarde no se escriba
A hombre alguno, han ya mandado,
Los médicos lo han trazado
Por quitar la rogativa;
Arriba, canes, arriba,
Ya Dios guarde, no se acuerda;
A fulano, que Dios pierda,
Cualquiera recetará,
Ello dirá, etc.
Este sí que es trasquilon,
Y desquilar peregrino,
Venir por el vellocino
Y dejarnos el vellon;
Solo hallo una invencion
Para tener los dineros,
Que es no tener extranjeros;
Pero si va como va,
Ello dirá, etc.
Más vale para la rueda
Que mueve los intereses,
El bajar los genoveses
Que no subir la moneda;
No se siente, estése queda,
Que en los asientos que ve,
Su caudal estará en pié
Y el nuestro se sentará,
Ello dirá, etc.
Los virgos, dice un autor,
Son como huevos al uso,
Que el que ha menos que se puso,
Es el fresco y el mejor;

Maridos, ojo avizor,
Que en la doncellez y el gesto,
Ruegan con mujer y puesto
Al que crédito les dá,
Ello dirá, etc.
Maridito matachin,
Guarda tu mujer á ratos,
Mira que se va en zapatos
A donde la dan botin:
Madrugon en faldellin
Con tapado de embeleco,
Lleva beca y deja beco,
Y ganado lo hallará,
Ello dirá, etc.
De qué sirve á vuestro hermano
Echar la culpa á Calvin,
Si harto de ser delfin,
Se va inclinando á milano:
Traducirá en italiano
Al inquisidor francés,
El maestro piamontés,
Y en Mántua lo imprimirá.
Ello dirá, etc.
Entrese por los resquicios
La justicia á castigar,
Que es pereza registrar
Y no decir los oficios:
Bastan y sobran indicios
Para quien nada bastó,
Y de quien tanto tomó,
Venganza se tomará.
Ello dirá, etc.
Ministros y ministriles,
Que tienen uñas huidas,
Edifiquen con las vidas
Y no con los albañiles:
El que nació entre candiles
Se pasea entre blandones,
Los nombres tienen sin dones,
No las recámaras ya.
Ello dirá, etc.

LETRILLA XIV.

La morena que yo adoro,
Y más que á mi vida quiero.
Toma en verano el acero
Y en todos tiempos el oro.
Opilóse en conclusion,
Y levantóse á tomar
Acero para gastar
Mi hacienda y su opilacion;
La cuesta de mi bolson
Sube y nunca menos cuesta:
Mala enfermedad es esta,
Si la ingrata que yo adoro
Y más que á mi vida quiero,
Toma en verano el acero,
Y en todos tiempos el oro.
Anda, por sanarse á sí;
Y anda por dejarme en cueros:
Toma acero y muestra aceros
De no dejar blanca en mí:
Mi bolsa peligra aquí,
Ya en la postrer boqueada:
La suya nunca cerrada,
Para chupar el tesoro
De mi florido dinero,
Tomando en verano acero,
Y en todos tiempos el oro.
Es niña, que por tomar,
Madruga antes que amanezca,
Porque en mi bolsa anochezca,
Que andar tras esto es su andar;
De beber se fué á opilar,
Chupando se desopila,
Mi dinero despavila;
El que la adora, es Medoro:
El que no, pellejo y cuero:
Toma en verano el acero,
Y en todos tiempos el oro.

LETRILLA XV.

ESTE sí que es corredor,
Que los otros no.
Ha de espantar las estrellas
Con maravillas extrañas,
Que al fin es hombre de cañas,
Por parecer hecho de ellas;
Todos le siguen las huellas,
Y él vuela como un azor.
Este sí que es corredor,
Que los otros no.
Todos los otros socorre,
A todos los deja atrás,
Porque él corre con compás,
Porque con sus piernas corre;
Ninguno hay con quien se ahorre
Ni perdona á su señor;
Este sí que es corredor,
Que los otros no.
Miradle qué bien que bate,
Notad que hace maravillas,
Pues pica con las rodillas
Más que con el acicate;
Ninguno hay que se rescate
De su contrario, mejor.
Este sí que es corredor,
Que los otros no.
El caballo pone grima,
Pues parece, si se enfosca,
Más que corre con la mosca,
Que con caballero encima;
Miradle qué bien le arrima
Los zancajos el doctor.
Este sí que es corredor,
Que los otros no.
¿Cómo diablos puede ser
Hombre de letras fundado?
Pues nunca el que es buen letrado
Tiene tan mal parecer;
Así se viene á correr
El pobre legislador;
Este sí que es corredor,
Que los otros no.
De trapos como muñeca
Va con adarga á burlarse,
Pudiendo todo adargarse
Con un parche de jaqueca;
Babieca sobre babieca
Son caballo y picador.
Este sí que es corredor,
Que los otros no.
No hay cosa á que no acometa
Con parecer el cuitado,
Un espárrago barbado
Y una lesna á la ginetа;
Mirad qué bien que se aprieta
A la silla el picador.
Este sí que es corredor,
Que los otros no.
Quién hay que con él apueste,
A quién tiene mas donaire,
Pues si otros corren con aire,
El aire corre con éste;
Cuál era para una hueste
En defensa del señor.
Este sí que es corredor,
Que los otros no.
Mas yo por mi cuenta hallo,
Segun su cuerpo denota,
Que era mejor para sota
Que para rey ni caballo;
Supiera correr un gallo,
Mas cañas, no es de su humor.
Este sí que es corredor,
Que los otros no.
Parece, si no me engaña
La vista con algun velo,
Más sanguijuela en anzuelo
Que pescador con la caña;
Sospecho que ha sido araña
Y se ha vuelto en arador.

(1) «Está escrita á sugeto particular, en ocasion de haber salido á jugar cañas.»

Este sí que es corredor,
Que los otros no.
Honrar tiene las dos villas,
Todo el mundo se prevenga,
Pues cuando cañas no tenga,
No le han de faltar canillas;
Es hombre de entrambas sillas,
Y de entrambas es peor.
Este sí que es corredor,
Que los otros no.

LETRILLA XVI.

Toda bolsa que me vé,
Tan honesta y tan bonita,
Me llama, no sé por qué,
Cuando tomo, Mariquita,
Cuando dá, Maritomé.
En casa del Forentin,
Tienda donde se regala,
Más le quiero martingala,
Que no sin gala Martin.
Y si pido de improviso
La tela ó el ormesí,
Mejor me parece á mí
Galápago que Narciso.
Yo no quiero al genovés,
Que con fama cumple ya;
Pues más vale, si él no dá,
Sin fama algun holandés.
Soy á la bolsa precita
Que se viene por su pié
Al daca de esta bendita,
Cuando tomo, Mariquita,
Cuando dá, Maritomé.
En casa de los joyeros,
Entre medias y listones,
Más los quiero galalones
Que en San Dionis Oliveros;
Al Roldan que prometió
Pendencia y no la basquiña,
El *Rol* perdonó á la riña,
Y el *dan* á la tienda no.
Hijuela de bendicion
Me llaman madres del arte,
Y soy por la mayor parte
Hijuela de particion.
La bolsa que se marchita
Del viento que yo me sé,
Me llama triste y contrita,
Cuando tomo, Mariquita,
Cuando dá, Maritomé.

LETRILLA XVII.

Solamente un dar me agrada,
Que es el dar en no dar nada.
Si la prosa que gasté
Contigo, niña, lloré,
Y aun hasta ahora la lloro,
¿Qué haré la plata y el oro?
Ya no he de dar, si no fuere
Al diablo, á quien me pidiere;
Que tras la burla pasada,
Solamente un dar me agrada,
Que es el dar en no dar nada.
Yo sé que si de esta tierra
Llevara el rey á la guerra
La niña que yo nombrara,
Que á toda Holanda tomara,
Por saber tomar mejor,
Que el ejército mayor
De gente más doctrinada.
Solamente un dar me agrada,
Que es el dar en no dar nada.
Solo apacibles respuestas
Y nuevas de algunas fiestas
Le daré á la más altiva;
Que de diez reales arriba,
Ya en todo mi juicio pienso,
Que se pueden dar á censo,
Mejor que á paje ó criada.
Solamente un dar me agrada,

Que es el dar en no dar nada.
Sola me dió una mujer,
Y esa me dió en que entender;
Yo entendí que convenia
No dar en la platería,
Y aunque en ella á muchas ví,
Solo palabras las dí
De no dar plata labrada.
Solamente un dar me agrada,
Que es el dar en no dar nada.

LETRILLA XVIII.

Vuela, pensamiento, y diles
A los ojos que más quiero,
Que hay dinero.
Del dinero que pidió
A la que adorando estás,
Las nuevas la llevarás,
Pero los talegos no.
Dí, que doy en no dar yo,
Pues para hallar el placer,
El ahorrar y el tener
Han mudado los carriles.
Vuela, pensamiento, y diles
A los ojos que más quiero,
Que hay dinero.
A los ojos, que en mirarlos
La libertad perderás,
Que hay dineros les dirás,
Pero no gana de darlos;
Yo solo pienso cerrarlos,
Que no son la ley de Dios
Que se han de cerrar en dos,
Sino en talegos cerriles.
Vuela, pensamiento, y diles
A los ojos que más quiero,
Que hay dinero.
Si con agrado te oyere
Esa esponja de la villa,
Que hay dinero has de decilla,
Y que ¡ay! de quien le diere.
Si ajusticiarte quisiere,
Está firme como Martos,
No te dejes hacer cuartos
De sus dedos alguaciles,
Vuela, pensamiento, y diles
A los ojos que más quiero.
Que hay dinero.

LETRILLA XIX.

Poderoso caballero
Es don Dinero.
Madre, yo al oro me humillo,
El es mi amante y mi amado,
Pues de puro enamorado
De contínuo anda amarillo;
Que pues doblon ó sencillo
Hace todo cuanto quiero,
Poderoso caballero
Es don Dinero.
Nace en las Indias honrado,
Donde el mundo le acompaña;
Viene á morir en España,
Y es en Génova enterrado;
Y pues quien le trae al lado
Es hermoso, aunque sea fiero,
Poderoso caballero
Es don Dinero.
Es galan y es como un oro,
Tiene quebrado el color,
Persona de gran valor,
Tan cristiano como moro;
Pues que dá y quita el decoro
Y quebranta cualquier fuero,
Poderoso caballero
Es don Dinero.
Son sus padres principales
Y es de nobles descendiente,
Porque en las venas de Oriente
Todas las sangres son reales;
Y pues es quien hace iguales
Al duque y al ganadero,

Poderoso caballero
Es don Dinero.
¿Mas á quién no maravilla
Ver en su gloria sin tasa,
Que es lo menos de su casa
Doña Blanca de Castilla?
Pero pues dá al bajo silla
Y al cobarde hace guerrero,
Poderoso caballero
Es don Dinero.
Sus escudos de armas nobles
Son siempre tan principales,
Que sin sus escudos reales,
No hay escudos de armas dobles;
Y pues á los mismos robles
Da codicia su minero,
Poderoso caballero
Es don Dinero.
Por importar en los tratos
Y dar tan buenos consejos,
En las casas de los viejos
Gatos le guardan de gatos.
Y pues él rompe recatos
Y ablanda al juez más severo,
Poderoso caballero
Es don Dinero.
Y es tanta su majestad
(Aunque son sus duelos hartos)
Que con haberle hecho cuartos
No pierde su autoridad;
Pero pues dá calidad
Al noble y al pordiosero,
Poderoso caballero
Es don Dinero.
Nunca ví damas ingratas
A su gusto y aficion,
Que á las caras de un doblon
Hacen sus caras baratas;
Y pues las hace bravatas
Desde una bolsa de cuero,
Poderoso caballero
Es don Dinero.
Más valen en cualquier tierra
(Mirad si es harto sagaz)
Sus escudos en la paz,
Que rodelas en la guerra;
Y pues al pobre le entierra
Y hace propio al forastero,
Poderoso caballero
Es don Dinero.

LETRILLA XX.

Fuí bueno, no fuí premiado;
Y viendo revuelto el polo,
Fuí malo y fuí castigado;
Así, que para mí solo,
Algo el mundo es concertado;
Los malos me han envidiado,
Los buenos no me han creido,
Mal bueno y buen malo he sido,
Más me valiera no ser;
Esta es la justicia
Que manda hacer.
Viendo que la hipocresía
Arreboza delincuentes
Contra el registro del dia,
Quise pasar á las gentes
Por virtud la maldad mia.
Ayunos contrahacia,
Ahitos disimulaba,
De milagros amagaba
A las horas del comer;
Esta es la justicia
Que mandan hacer.
Siempre he mentido despues
Del señor á quien mentia,
Y en ley de cortesanía,
Peor que aun la verdad es
Una mentira tardía.
Dí en mentir en profecía,
Y aun no alcanzaba á mis amos;
Y entre ciento que mintamos
Mi enredo no es menester;
Esta es la justicia
Que mandan hacer.
Desgraciado lisonjero

Soy, si despacio lo miras,
Porque adulando severo,
Como creen ya mis mentiras,
Me temen por verdadero.
Si callo, soy embustero;
Si hablo, soy hablador;
Poco soy para el señor,
Mucho para el mercader;
Esta es la justicia
Que mandan hacer.
He sufrido demasiado
Por medrar á lo marido,
Y los que me han despreciado,
Son los que se han enojado
De lo que les he sufrido.
Si me quejo, soy temido;
Si no me quejo, no soy;
Si doy, pierdo lo que doy,
Y si aguardo, es no tener;
Esta es la justicia
Que mandan hacer.
Dicen que soy temporal
Si al poderoso me humillo;
Si con él me muestro igual,
Viene á ser mayor el mal
De presumir competillo.
Si al hablarle me arrodillo,
Me riñe y lo llama esceso;
Si derecho le hablo y tieso,
Oye y no me puede ver;
Esta es la justicia
Que mandan hacer.
Si alguno pretende hacer
Mal y codicia malsines,
Y yo me voy á oponer,
Los buenos se hacen ruines;
Porque sobre en qué escoger
Malo aun no soy menester;
Y es mi desdicha mayor,
Que otro parezca peor
Sin que otro lo pueda ser;
Esta es la justicia
Que mandan hacer.

LETRILLAS BURLESCAS.

LETRILLA I.

Por Angelito creia,
Doncella que almas guardabas,
Y eras araña que andabas
Tras la pobre mosca mia.
Píntese por toda tienda,
¡Oh mancebitos de España!
San Jorje mata la araña,
Que nuestra mosca defienda.
Sin duda que engordarás,
Pues que todo el año entero,
A la orilla del dinero
Papando moscas estás.
Siendo de la Andalucía,
Moscovita te tornabas,
Y eras araña que andabas
Tras la pobre mosca mia.
A los pasteles peores,
Si en verano los miraras,
Tú la mosca les quitaras
Mejor que los mosqueadores.
Ganado de Satanás,
Y de condicion tan hosca,
Que solo en dándole mosca,
Se sosiega y quiere más.
Mosca muerta parecia
Tu codicia cuando hablabas,
Y eras araña que andabas
Tras la pobre mosca mia.
A tu mala inclinacion
Y á tu infernal apetito,
Poco dinero es mosquito,
Mucho dinero moscon.
A la mosca, que en verano
Te vas, porque el precio suba

Alon, que pinta la uva,
Te dice todo cristiano.
Por ninfa te presumia
Cuando más me acompañabas,
Y eras araña que andabas
Tras la pobre mosca mia.
Mal tus embelecos mides,
Bien tus mohatras entiendes,
Pues telaraña me vendes,
Y tela rica me pides.
Deja mi mosca doncella,
Que si la mosca y mosquito
Fueron plaga para Egipto,
Hoy es plaga no tenella.
Tu hermosura me ponia
Al entendimiento trabas,
Y eras araña que andabas
Tras la pobre mosca mia.

LETRILLA II.

Galan y dama.

Gal. Como un oro, no hay dudar,
Eres, niña, y yo te adoro.
Dam. Niño, pues soy como un oro,
Con premio me he de trocar.
G. De oro tus cabellos son,
Rica ocupacion del viento.
D. Pues á sesenta por ciento
Daré cada repelon.
G. ¿Qué precio habrá que consuele
Oro que rizado mata?
D. Como me dé el trueco en plata,
Dejaré que me repele.
G. No hay plata para pagar
Prision que vale un tesoro.
D. Niño, pues soy como un oro,
Con premio me he de trocar.
G. ¿Tan grande es la estimacion
Del oro? ¿A tanto se estiende?
D. Hasta el orozuz pretende
Ventajas contra el vellon.
G. ¿Oro que codicia el alba,
Vendes por cosa del suelo?
D. Págame tú en plata el pelo,
Que yo me quedaré calva.
G. Quien lo quisiere comprar,
Pierde al amor el decoro.
D. Niño, pues soy como un oro,
Con premio me he de trocar.

LETRILLA III.

Es otro diálogo semejante.

Gal. Si quereis alma, Leonor,
Daros el alma confio.
Dam. ¡Jesus, qué gran desvarío!
Dinero será mejor.
G. Ya no es nada mi dolor.
D. Pues, ¿qué es eso, señor mio?
G. Dióme calentura y frio,
Y quitóseme el amor.
D. De que el alma quereis darme,
Será más razon que os dé.
G. ¿No basta el alma y la fé
En trueco de acariciarme?
D. ¿Podré de ella sustentarme?
G. El alma bien puede ser.
D. ¿Y querrá algun mercader
Por tela su alma trocarme?
G. ¿Y es poco daros, Leonor,
Si toda el alma os confio?
D. ¡Jesus, qué gran desvarío!
Dinero fuera mejor.
G. Dareos su pena tambien.
D. Mejor será una cadena,
Que vuestra alma, y más en pena.
G. Con pena pago el desden.

D. Para una necesidad
No hay alma como el dinero.
G. Queredme vos como os quiero,
Por sola mi voluntad.
D. No haremos buena amistad.
G. ¿Por qué vuestro humor la estraga?
D. Porque cuando un hombre paga,
Entonces trata verdad.
G. ¿Qué más paga de un favor
Que el alma y el albedrío?
D. ¡Jesus, qué gran desvarío!
Dinero será mejor.

LETRILLA IV.

A la que causó la llaga
Que en mi corazon renuevo,
Yo la quiero, como debo,
Y un genovés, como paga.
Ved en qué vendré á parar
Compitiendo su poder,
Haciendo yo mi deber
Y él haciendo su pagar;
Mal en oponerme hago,
Siendo de bolsa tan leve,
A quien ni teme ni debe,
Yo que ni temo ni pago.
Cuando mi talego amaga,
El suyo da fruto nuevo;
Yo la quiero, como debo,
Y un genovés, como paga.
Con bien diferente halago
Nos escribe á lo modorro;
A mí las cartas de horro,
A él las cartas de pago.
¿Cuál tendrá más opinion
Con ella en la poesía,
Yo con una letra mia,
O él con dos de Besanzon?
La letra de cámbio traga,
No escucha la que yo llevo;
Yo la quiero, como debo,
Y un genovés, como paga.
Si la veo en su posada
Con el genovés Cupido,
Estoy yo como vendido,
Ella está como comprada;
Mirad, pues, á quién oirá,
Si en el reloj que regala,
Mi mano es la que señala
Y la suya la que dá.
Toda mi dicha se estraga
Por cuantos caminos pruebo;
Yo la quiero, como debo,
Y un genovés, como paga.
¿Cómo la podré agradar
Los deseos avarientos,
Si voy á contarla cuentos
Y él dá cuentos á contar?
El dá joyas, yo billetes,
Y andamos por los lugares,
El con dares y tomares,
Yo con dimes y diretes.
De mí se esconde por plaga,
A él le busca por cebo;
Yo la quiero, como debo,
Y un genovés, como paga.

LETRILLA V.

Dijo á la rana el mosquito
Desde una tinaja:
Mejor es morir en el vino
Que vivir en el agua.
Agua no me satisface,
Sea clara, líquida y pura;
Pues aun con cuanto murmura,
Menos mal dice que hace;
Nadie quiero que me cace,
Morir quiero en mi garlito,
Dijo á la rana el mosquito, etc.
En el agua hay solos peces,
Y para que más te corras,
En vino hay lobos y zorras,

Y aves, como yo á las veces:
En cueros hay pez y peces,
Todo cabe en mi distrito,
Dijo á la rana el mosquito, etc.
No te he de perdonar cosa,
Pues que mi muerte disfamas,
Y si borracho me llamas,
Yo te llamaré aguanosa;
Tú en los charcos enfadosa,
Yo en las bodegas habito,
Dijo á la rana el mosquito, etc.
¿Qué tienes tú que tratar,
Grito de cienos y lodos,
Pues tragándome á mí todos,
Nadie te puede tragar?
Cantora de muladar,
Yo soy luquete bendito,
Dijo á la rana el mosquito, etc.
Yo soy ángel de la uva,
Y en los sótanos más frescos,
Ruiseñor de los tudescos
Sin acicate ni tuba; (1)
Yo estoy siempre en una cuba,
Y tú estás siempre en un grito;
Dijo á la rana el mosquito, etc.

LETRILLAS LÍRICAS.

LETRILLA I.

Que un corazon lastimado,
A quien ha dado el amor,
Por premio eterno dolor,
Por alimento el cuidado;
Constante, que no obstinado,
Solo tema en mal tan grave,
Que se acabe ó que le acabe,
Ved lo que llega á temer,
¿Qué puede ser?
Que muestre tanto desden
Hermosura celestial,
Que á sí misma se haga mal,
Por solo no hacerme bien;
Que envidien los que la ven,
Mi pena y qué yo la estíme,
Y que nadie se lastime
Cuando me ven padecer,
¿Qué puede ser?
Qué esté ardiendo en rayos rojos,
Y en vivo llanto deshecho;
Que estando abrasado el pecho,
Agua derramen mis ojos;
Que maltrate sus despojos
Quien venció con tanta gloria,
Que en despreciar su victoria
Muestre todo su poder,
¿Qué puede ser?
Que me llamen sin ventura
Es lo que más he sentido,
Habiendo yo merecido
Penar por tanta hermosura;
Que llamen mi amor locura
Porque amo sin esperar,
Sabiendo que es agraviar
Esperar sin merecer,
¿Qué puede ser?
Que me muestre yo contento
De este mal, que no se entiende;
Que estime á quien más me ofende
Cuando crece mi tormento;
Que me acredite avariento
De su rigor y mi mal,
Siendo solo liberal
Del penar y padecer,
¿Qué puede ser?
Que no se quiera apiadar,
Y que esté yo en su cadena
Tan contento con mi pena,

(1) Entiende al mosquito de la trompetilla.

Como ella en verme penar;
Que venga yo á desear
Al dolor, que es mi homicida,
Más vida, que no á mi vida,
Por no verle fenecer,
¿Qué puede ser?

LETRILLA II.

Flor que cantas, flor que vuelas,
Y tienes por facistol
El laurel; para que al sol
Con tan sonoras cautelas
Le madrugas y desvelas,
Dígasme,
Dulce jilguero, ¿por qué?
Díme, cantor ramillete,
Lira de pluma volante,
Silvo alado y elegante,
Que en el rizado copete
Luces flor, suenas falsete:
¿Por qué cantas con porfia
Envidias que llora el dia
Con lágrimas de la Aurora,
Si en la risa de Lidora
Su amanecer desconsuelas?
Flor que cantas, flor que vuelas, etc.
¿En un átomo de pluma,
Cómo tal concento cabe?
¿Cómo se esconde en una ave
Cuanto el contrapunto suma?
¿Qué dolor hay que presuma
Tanto mal de su rigor,
Que no suspenda el dolor
Al iris breve que canta,
Llena tan chica garganta
De orfeos y de vihuelas?
Flor que cantas, flor que vuelas, etc.
Voz pintada, canto alado,
Poco al ver, mucho al oido.
¿Dónde tienes escondido
Tanto instrumento templado?
Recata de mi cuidado
Tus músicas y alegrías,
Que las malas compañías
Te volverán los cantares
En lágrimas y pesares,
Por más que á sirena anhelas:
Flor que cantas, flor que vuelas, etc.

LETRILLA III.

Rosal, menos presuncion
Donde están las clavellinas,
Pues serán mañana espinas
Las que ahora rosas son.
¿De qué sirve presumir,
Rosal, de buen parecer,
Si aun no acabas de nacer
Cuando empiezas á morir?
Hace llorar y reir,
Vivo y muerto tu arrebol,
En un dia ó en un sol;
Desde el Oriente al Ocaso
Va tu hermosura en un paso,
Y en menos tu perfeccion:
Rosal, menos presuncion, etc.
No es muy grande la ventaja
Que tu calidad mejora,
Si es tu mantilla la aurora,
Es la noche tu mortaja;
No hay florecilla tan baja
Que no te alcance de dias,
Y de tus caballerías,
Por descendiente del alba,
Se está riendo la malva,
Cabellera de un terron;
Rosal, menos presuncion, etc.

JÁCARAS.

Carta de Escarraman á la Mendez. (1)

JÁCARA I.

Ya está guardado en la trena
Tu querrido Escarraman,
Que unos alfileres vivos
Me prendieron sin pensar.
Andaba á caza de gangas,
Y grillos vine á cazar,
Que en mí cantan como en haza
Las noches de por San Juan.
Entrándome en la bayuca,
Llegándome á remojar
Cierta pendencia mosquito
Que se ahogó en vino y pan;
Al trago sesenta y nueve,
Que apenas dije allá vá,
Me trujeron en volandas
Por medio de la ciudad.
Como al ánima del sastre
Suelen los diablos llevar,
Iba en poder de corchetes
Tu desdichado jayan.
Al momento me embolsaron,
Para más seguridad,
En el calabozo fuerte
Donde los godos están.
Hallé dentro á Cardeñoso,
Hombre de buena verdad,
Manco de tocar las cuerdas
Donde no quiso cantar.
Remolon fué hecho cuenta
De la sarta de la mar,
Porque desabrigó á cuatro
De noche en el arenal.
Su amiga la Coscolina,
Se acogió con Cañamar,
Aquel que sin ser San Pedro,
Tiene llave universal.
Lobrezno está en la capilla,
Dicen que le colgarán,
Sin ser dia de su santo,
Que es muy bellaca señal.
Sobre el pagar la patente
Nos venimos á encontrar,
Yo y Perotudo el de Búrgos,
Acabóse la amistad.
Hizo en mi cabeza tantos
Un jarro que fué orinal,
Y yo con medio cuchillo
Le trinché medio quijar.
Supiéronlo los señores,
Que se lo dijo el guardian,
Gran saludador de culpas,
Un fuelle de Satanás.
Y otra mañana á las once,
Víspera de San Millan,
Con chilladores delante
Y envaramiento detrás.
A espaldas vueltas, me dieron
El usado centenar,
Que sobre los recibidos
Son ochocientos y más.
Fuí de buen aire á caballo,
La espalda de par en par;
Cara como del que prueba
Cosa que le sabe mal.
Inclinada la cabeza
A monseñor cardenal,
Que el rebenque, sin ser papa,
Cria por su potestad.

(1) Dispénsese aquí la vulgaridad de este romance, por la anterioridad suya de primero (como ya se dijo en la disertacion) á todos los muchos que de ese génio, escritos así ingeniosamente de tantos buenos poetas, han despues solicitado su imitacion.

A puras pencas se han vuelto
Cardo mis espaldas ya,
Por eso me hago de pencas
En el decir y el obrar.
Agridulce fué la mano,
Hubo azote garrafal;
El asno era una tortuga,
No se podia menear.
Solo lo que tenia bueno,
Ser mayor que un dromedal,
Pues me vieron en Sevilla
Los moros de Mostagan.
No hubo en todos los ciento
Azote que echar á mal;
Pero á traicion me los dieron,
No me pueden agraviar.
Porque el pregon se entendiera
Con voz de más claridad,
Trujeron por pregonero
Las sirenas de la mar.
Envíanme por diez años,
Sabe Dios quién los verá,
A que dándola de palos
Agravie toda la mar.
Para batidor del agua
Dicen que me llevarán,
Y á ser de tanta sardina,
Sacudidor y batan.
Si tienes honra, la Mendez,
Si me tienes voluntad,
Forzosa ocasion es esta
En que lo puedes mostrar.
Contribúyeme con algo,
Pues es mi necesidad
Tal, que tomo del verdugo
Los jubones que me dá.
Que tiempo vendrá, la Mendez,
Que alegre te alabarás,
Que á Escarraman por tu causa
Le añudaron el tragar.
A la Pava del cercado,
A la Chirinos, Guzman,
A la Zolla y á la Rocha,
A la Luisa y la Cerdan;
A mamá y á taita el viejo,
Que en la guarda vuestra están,
Y á toda la gurullada,
Mis encomiendas darás.
Fecha en Sevilla á los ciento
De este mes, que corre ya,
El menor de tus rufianes
Y el mayor de los de acá.

Respuesta de la Mendez á Escarraman.

JÁCARA II.

Con un menino del padre,
Tu mandil y mi avantal,
De la cámara del golpe,
Pues que su llave la trae,
Recibí en letra los ciento
Que recibiste, jayan,
De contado que se veian
Uno al otro al asentar.
Por matar la sed te has muerto,
Más valiera, Escarraman,
Por no pasar esos tragos,
Dejar otros de pasar.
Borrachas son las pendencias,
Pues tan derechas se van
A la bayuca, donde hallan
Besando los jarros paz.
No hay cuestion ni pesadumbre
Que sepa, amigo, nadar;
Todas se ahogan en vino,
Todas se atascan en pan.
Si por un chirlo tan solo
Ciento el verdugo te dá,
En el dar ciento por uno,
Parecido á Dios será.
Si tantos verdugos catas,
Sin duda que te querrán
Las damas por verdugado
Y las izas por rufian.

Si te han de dar más azotes
Sobre los que están atrás,
Estarán unos sobre otros,
O se habrán de hacer allá.
Llevar buenos piés de albarda,
No tienes que exagerar,
Que es más de muy azotado,
Que de ginete y galan.
Por buen supuesto te tienen,
Pues te envian á bogar;
Ropa y plaza tienes cierta,
Y á subir empezarás.
Quéjaste de ser forzado,
No pudiera decir más
Lucrecia del rey Tarquino,
Que tú de su majestad.
Esto de ser galeote,
Solamente es empezar,
Que luego tras remo y pito
Las manos te comerás.
Dicees que te contribuya,
Y es mi desventura tal,
Que si no te doy consejos,
Yo no tengo que te dar.
Los hombres por las mujeres
Se truecan ya taz á taz,
Y si les dan algo encima,
No es moneda lo que dan.
No dá nadie sino á censo,
Y todas queremos más
Para galan un pagano
Que un cristiano sin pagar,
A la sombra de un corchete
Vivo en aqueste lugar,
Que es para los delincuentes
Arbol que puede asombrar.
De las cosas que me escribes
He sentido algun pesar,
Que le tengo á Cardeñoso
Entrañable voluntad.
Miren qué huevos le daba
El asistente á tragar,
Para que cantara tiples,
Sino agua, cuerda y cendal.
Que Remolon fuese cuenta,
Héme holgado en mi verdad,
Pues por aqueste camino
Hombre de cuenta será.
Aquí derrotaron juntos
Coscolina y Cañamar,
En cueros por su pecado,
Como Eva con Adan.
Pasáronlo honradamente
En este honrado lugar,
Y no siendo picadores
Vivieron, pues, de hacer mal.
Espaldas le hizo el verdugo,
Mas debióse de cansar,
Pues habrá como ocho dias
Que se las deshizo ya.
Y muriera como Judas,
Pero anduvo tan sagaz,
Que negó (sin ser San Pedro)
Tener llave universal.
Perdone Dios á Lobrezno
Por su infinita bondad,
Que ha dejado sin amparo
Y muchacha á la Lujan.
Despues que supo la nueva,
Nadie la ha visto pecar
En público, que de pena
Va de zaguan en zaguan.
De nuevo no se me ofrece
Cosa de qué te avisar,
Que la muerte de Valgarra
Ya es añeja por allá.
Cespedosa es ermitaño
Una legua de Alcalá,
Buen disciplinante ha sido,
Buen penitente será.
Baldorro es mozo de sillas
Y lacayo Matorral,
Que Dios por este camino
Los ha querido llamar.
Montufar se ha entrado á puto
Con un mulato rapaz,
Que por lucir más que todos
Se deja el pobre quemar.
Murió en la ene de palo
Con buen ánimo un gañan,

Y el ginete de gaznate
Lo hizo con él muy mal.
Tiénenos muy lastimadas
La justicia, sin pensar
Que se hizo en nuestra madre
La vieja del arrabal.
Pues sin respetar las tocas,
Ni las canas, ni la edad,
A fuerza de cardenales
Ya la hicieron obispar.
Tras ella, de su motivo,
Se salian del hogar
Las ollas con sus legumbres,
No se vió en el mundo tal,
Pues cogió más berengenas
En una hora sin sembrar,
Que un hortelano morisco
En todo un año cabal.
Esta cuaresma pasada
Se convirtió la Tomás
En el sermon de los peces,
Siendo el pecado carnal.
Convirtióse á puros gritos,
Túvosele á liviandad,
Por no ser de los famosos
Sino un pobre sacristan.
No aguardó que la sacase
Calavera ó cosa tal,
Que le convirtió de miedo
Al primero Satanás.
No hay otra cosa de nuevo
Que en el vestir y el calzar,
Caduca ropa me visto
Y saya de mucha edad.
Acabado el decenario
A donde ahora te vas,
tuya seré, que tullida,
Ya no me puedo mudar.
Si acaso quisieres algo
O se te ofreciere acá,
Mándame, pues, de bubosa,
Yo no me puedo mandar.
Aunque no de Calatrava,
De Alcántara, ni San Juan,
Te envian sus encomiendas
La Tellez, Caravajal.
La Collantes valerosa,
La golondrina Pascual,
La Enrique mal degollada,
La Palomita torcaz.
Fecha en Toledo la rica,
Dentro del pobre hospital,
Donde trabajos de entrambos
Empiezo ahora á sudar.

Carta de la Perala á Lampuga, su bravo.

JÁCARA III.

Todo se sabe, Lampuga,
Que ha dado en chismoso el diablo,
Y entre jayanes y marcas
Nunca ha habido secretario.
Dios me entiende y yo me entiendo.
Ya sé que te dan el pago
Las señoras de alquiler,
Las mancebitas de á cuarto.
Dejásteme en Talavera
A la sombra de un gitano,
Hombre gafo de los potros
Y aturdido de los asnos.
No son los doctores los matasanos,
Sino los procesos y el escribano.
A lo menos que se puede
Pasan aquí los pecados,
Tierra barata de culpas,
Mucho amor y pocos cuartos.
A una mujer forastera,
Los hijos del vidriado
No la dan, Lampuga, un gozque,
Si pueden darla un alano.
En la feria de Torrijos
Me empeñé con un mulato,
Corchete fondos en zurda,
Barba y bigotes de ganchos,

En cas del padre nos fuimos,
Por no escandalizar tanto,
Y porque quien honra al padre
Diz que vive muchos años.
A soplos como candil
Murió el malaventurado,
Porque se halló cierta joya
Antes de perderla el amo.
Dióle en llegando á Madrid
Pujamiento de escribanos,
Y murió de mala gana
De una esquinencia de esparto.
Como tórtola viudada
Quedé, pero no sin ramo,
Pues en el de una taberna
Estuve arrollando tragos.
Al mar se llegó Gayoso,
Por organista de palos,
Dicen que llevó hácia allá
El juboncillo de cardo.
Con las manos en la masa
Está Domingo Tiznado,
Haciendo tumbas á moscas
En los pasteles de á cuarto.
El Gangoso es pregonero,
Tiple de los azotados,
Abreviando el que tal hace,
Al que no le paga el canto.
Para las ánimas pide
Zaramagullon el largo,
Muy animado le veo
De meriendas y de sayo.
Luquillas es aguador
Con repostero de andrajos,
Con enaguas tiene el cuero,
Muy adamado de tragos.
Con nombre de Valdemoro,
Vende por azumbres charcos,
Ranas en vez de mosquitos
Suelen nadar en los vasos.
Mojarrilla acomodó
Su barbaza de ermitaño,
Aunque á solas con amigos
Usa de malos resabios.
Por aquí pasó el Manquillo,
Por aquí pasó el Fardado,
Solos y á pié, y cada uno
Con doscientos de á caballo.
Por arremangar un cofre
Fueron los desventurados,
La mitad disciplinantes,
Ginetes de medio abajo.
Iba delante el bramon
Y detrás el varapalo,
Y con su capa y su gorra
Hecho novio el sepan cuántos.
Ahogado en zaragüelles
Murió Lumbreras el braco,
Con su poquito de credo,
Sin sermon y sin desmayo.
Pareció muy bien á todos
Que su amiga la Velasco
Llenó la horca de ciegos
Que le juntaron muchachos.
Todos aguardan, Lampuga,
Que te suceda otro tanto,
Que se ruge por acá
No sé qué de tu espinazo.
Avisa de lo que fuere,
Para que en todo mi barrio
Conozcan lo que me debes,
Que aun no he desdoblado el manto.

Respuesta de Lampuya à la Perala.

JÁCARA IV.

Allá va en letra, Lampuga,
Recógele la Peral,
Guarde el Señor tus espaldas
Y mi garganta San Blas.
Iza, todos somos hombres,
Nadie se puede espantar,
Ni de que azote el verdugo,
Ni de que apare el rufian.

Y pues á quien dan no escoge,
No tuve que desechar,
Aunque dos veces de enojo
Me estuve por apear.
Dígolo porque lo digo,
Y no lo digo por más,
Pues son acontecimientos
Entre penca y espaldar.
El ruin agravia á los buenos,
El rey no puede agraviar.
Estos señores se enojan
Y alégrase la ciudad.
Con azotes y sin ellos
Se sabe mi calidad,
Cien mientes te envio en blanco
Para quien hablare mal.
Todo hijo de tintero
No tiene que murmurar,
Pues en San Lúcar fuí huésped
En cas de su majestad.
Luego el rigor de justicia
Me hizo ruido detrás,
Asentábanme un capelo
Y alzábase un cardenal.
Calentábase el azote
En las costillas de Blas,
Y pasaba de las mias
A la jiba de Mochal.
Como azotado novicio
Monorros hizo ademan,
Mas hános dado palabra
Que otra vez se enmendará.
A Cogullo le sacaron
Por un hurto venial,
Entre gente tan honrada
A la vergüenza no más.
El es un bellaco pueblo,
Y azotan en él muy mal,
Azotones desabridos
A menudo y sin contar.
La gente mal inclinada
De tan poca caridad,
Que á un forastero azotado
Ninguno le viene á honrar.
Con un pícaro no hicieran,
Amiga, tan gran maldad,
Solo y sin muchachos iba,
Y azota que azotarás.
Hánse servido de darme
Ministerio de humedad,
Donde empujando maderos
Soy escribano naval.
Más raso voy que dia bueno,
con barba sacerdotal;
Soy ovejita del agua
Que me llaman con silbar.
Letrado de las sardinas,
No atiendo sino á bogar;
Graduado por la cárcel,
Maldita universidad.
De un genovés pajarito
Ya nos desnuda el chiflar,
Y el ceñidor de una cuba
Desnudos nos ciñe ya.
Andamos á chincharrazos
Al dormir y al pelear,
Siempre comemos bizcochos
De las monjas de la mar.
Es canónigo de pala
Perico el de Santo Horcaz,
Y lampiño de navaja
El desdichado Beltran.
Entre los calvos con pelo
Que se usan por acá,
Londoño el de Talavera
Hace una vida ejemplar.
De limosna se ha venido
Tras mí la tuerta de Horgaz,
Sus pecados son mi hacienda,
Ella es mi vino y mi pan.
Es ejemplo de pobretas,
Y no la conocerás,
Peca con mucha cordura
Todo el dia sin chistar.
Aguedilla la bermeja
Se cansó de zarandar,
Y está haciendo buena vida
En la venta del Abad.
A Padurre, mozo tinto
Y tenebroso galan,

Por traidor de zaragüelles
Le mandaron chicharrar.
Por honrador del estaño,
Escribe de Madrid Juan,
Que Gazpe fué luminaria
Del camino de Alcalá.
Queman por hacer moneda
A quien no sabe heredar,
Y al que la hereda y deshace
No le han quemado jamás.
Ayer tuve una mogina,
Por un pedazo de pan,
Y con un jarro de vino
Dí respuesta á un orinal.
No te gastes en mandiles,
Estima tu calidad,
Apártate de Carreño,
Que tiene espalda mollar.
Más me cuestas de pregones
Y suela de fregenal,
Que valen seis azotados
Si los llegan á tasar.
Guárdame de tí un pedazo
Para en acabando acá,
Que seis años de galeras
Remando se pasarán.
A todas esas señoras,
Bullidoras del holgar,
Las darás mis encomiendas,
Que soy amigo de dar.
Hoy, este mes y este año,
Aquí, pues no puedo allá,
En cas del señor Guardoso
De manos de habilidad.
Yo seiscientos, porque firmo
Ya del número cabal,
Descontándome la tara
De los que sin cuenta dan.

Villagran refiere sucesos suyos y de Cardoncha.

JÁCARA V.

Mancebitos de la carda,
Los que vivís de la hoja,
Como gusanos de seda,
Tejiendo la cárcel propia.
Cuya azumbre es la colada,
Cuya camisa tizona,
Rodriguitos de Vivar
Por consejos, no por obras.
Jayanes de arredro vayas,
Cuya sed á todas horas
Se calza de vino añejo
Sin ir de camino botas.
Paladines de la heria,
Aventureros de trongas,
Que sin ser márgen de libro
Andais cargados de cotas.
Maullones de faltriqueras,
Cuyos ratones son bolsas,
Si el zape aquí del verdugo
No os va cantando la solfa.
Matadores como triunfos,
Gente de la vida hosca;
Más pendencieros que suegras,
Más habladores que monjas.
Murciélagos de la garra,
Avechuchos de la sombra,
Pasteles en recoger
Por todo el reino la mosca.
Escuchad las aventuras
De Villagran y Cardoncha,
El en Sevilla, yo preso
En la venta de la horca.
En casa de los pecados
Contra mi gusto me alojan
Los corchetes que me prenden,
Los cañutos que me soplan.
Con las cuerdas de Vizcaya,
Mi cítara suena ronca,
Son ruiseñores del diablo
Los grillos que me aprisionan.
Tiéneme aquí la morena
Antoñuela Gerigonza,

Más linda que mil ducados,
Y más bella que cien flotas.
Atollada tengo el alma
De su trenzado en las roscas,
Y ella me tiene sumido
Su talle en el alma propia.
Cuando yo quiero reñir
Con sesenta mil personas,
A sus ojos echo mano,
Que son de Juan de la Orta.
Para matar, con mirarla,
Muertes y heridas me sobran;
Y de rayos como nube
Me dá municion su cofia.
De perlas y de rubíes
Tengo un tesoro en su boca;
Y con la plata del cuello
Daré al Potosí limosna.
Yo vivo de que la miro,
Pues no hay manjar que no coma,
En la leche de sus manos
Y en lo tierno de sus lonjas.
No consiento que la atisbe
El sol de la cara roja,
Caliente á los que se espulgan,
Váyase á enjugar la ropa.
Condenado estoy á muerte
Desde que miré su forma,
Donde yo, un fénix moreno,
Quiero morir mariposa.
Acumúlanme geridas
Y algunas caras con hondas,
Dos resistencias de él sepan
Y del árbol seco otras.
Dos á dos y tres á tres,
Hechos juego de la morra,
Por Gerigonza reñimos
En la puente de Segovia.
Tienen la tirria conmigo
Los confesores de historias;
Mas solo Iglesia me llamo,
Pueden hacer que responda.
Vino á visitarme ayer
Maruja de las victorias,
Por quien Cardoncha en España
Todos los jaques asombra.
Un Mayo vino en zapatos,
Y primavera llorosa,
Ramillete de portante
Y manojito de novias.
Es diluvio de sus penas,
Porque ausente no le goza,
Y por él enternecida
De noche á cántaros llora.
Hecha de lágrimas fuente,
Su fuego y sus luces moja,
Y es lástima que su dueño
Deje perder tanto aljófar.
Sospecha que algunas izas,
De las que en Sevilla bogan,
Se le usurpan y sonsacan,
Como aleves y traidoras.
Yo no lo puedo creer,
Pero si alguna pelota,
Que ahora tuerce soplillo
Convertida de buscona,
Ha cometido tal yerro
Contra una fé tan heróica
Los dos la desafiamos,
Retándola por la toca.
Ella á greña y á chapin,
Yo á bocados y á manopla,
Porque su amigo es mi amigo,
Ella su amiga y su gloria.
Y si es mujer de encarama,
Con resabios de señora,
La reto la media dueña
Y al escudero Cachondas.
Avizorad las linternas,
Que en pendencias amorosas,
Los chismosos y soplones
Merecen ejecutoria.
Decid á Cardoncha venga
En zapatos por la posta,
Que la iza le merece
Aun el volar por lisonja.
Ayer salió la Verenda
Obispada de coroza,
Por tejedora de gentes
Y por enflautar personas.

A Miguelillo le dieron
Una dádiva de ronchas,
Cantándole el villancico
De quien tal hace, con sorna.
Maguzo por un araño,
Los diez sin sueldo retoca,
Bogas dicen que apalea
Y pensaba pescar bogas.
A la Monda la raparon
Una mirla por tomona,
Y pues monda faltriqueras,
No es nísperos lo que monda.
A Grullo dieron tormento,
Y en el de verdad de soga
Dijo nones, que es defensa,
En los potros y en las bodas.
Del Cardo de Fregenal
Mucha penca se pregona,
Y le gastan las espaldas,
Más que ensaladas y ollas.
De azotes y de galeras
Muy fértil el año asoma;
Y al dinero le amenaza
Gran cantidad de langostas.
Yo por salir de la sala
Me zamparé en una alcoba:
Acuérdense allá de mí,
Si alguna oracion les sobra.

A una dama, señora, hermosa por lo rubio.

JÁCARA VI.

Allá vas, Jacarandina,
Apicarada de tonos,
Donde de motes y chistes
Navega el amor el golfo.
Dios te defienda de guardas,
Que son vivientes escollos
De galanes que festejan
A puro susto de toros.
Del que maridando arreo,
Está amagando de novio,
Como un Herodes á niñas,
A viejas como responso.
Vete de boga arrancada
Al portento milagroso,
Que con hermosura andante
Vence fantasmas y mónstruos.
A la Rubia de aventuras,
La que se peina bochornos,
De cuyas manos (1) Charquías
Llena de nieve sus pozos.
A la que con Pelinegra
Lado á lado y hombro á hombro
Animosa de tocado
Con guedejudos tesoros,
No recela los blasones
De la que nos dice á todos,
Ebano y marfil, me fecit,
En mujeres y escritorios.
Dirásla que soy un hombre
De menos juros que votos,
Bien prendido por justicia,
Que es gala de los demonios.
Que son todas las estrellas
Aprendices de sus ojos,
Pues para estudiar sus rayos
Gastan muy rudo rescoldo.
Y el sol cuando lo soñó,
Planeta cariredondo,
Que puede ser platicante
De las chispas de su rostro.
Al oro de su cabello
Pidió limosna el de Cholcos,
Y Tibbar en vergozante
Trocó á sus hebras en polvo.
Pues lléguese la mañana,
Con sus perlas y sus ostros
A sus dos labios, que allá
Se lo dirán de piropos.

(1) El que inventó los pozos para guardar la nieve.

La nieve de su garganta
Hace tiritar á Agosto,
Y el incendio de sus niñas
A Enero le vuelve horno.
El no sé qué de su cara
Me tiene á mí no sé cómo,
Por lo bellido y traidor,
Su talle es Vellido Dolfos.
Descartes de su hermosura,
Que es decir nueves y ochos,
Son las tales y las cuales
Hermosurillas de corcho.
Lo culto de su tocado,
De su donaire lo docto,
Lo discreto de su ceño,
Tienen al pecado absorto.
Cuando yo la considero
En lo interior y lo hondo,
Me retientan los Tarquinos,
Menos reyes y más locos.
Parece que como incendios,
Al instante que la topo,
Y todos los arremetes,
Me azuzan el dormitorio.
Si no soy yo, cuantos aman,
En calles y locutorios,
A manera de rosarios,
Tienen amores de coros.
Yo no soy galan de hachas,
Pero soy galan de lomos,
Yo me enciendo y me derrito,
De cereros me lo ahorro.
Ir de tormento á un estribo,
Hecho verdugo con potro,
Dando vueltas á mi dama,
Es muy pesado negocio.
Yo seré amante casero,
Como conejo, y al propio,
Lo que perdiere por dulce,
Lo desquitaré por gordo;
No soy goloso de señas,
Mas soy gloton de retozo;
No quiero andar á billetes,
Y gusto de andar al morro.
Gasto prosa con capilla,
Por si hubiera gusto sordo;
Conclusiones y argumentos
Que prueban el daca y tomo.
Ya sé que tienes galanes
De mucha grandeza y toldo,
Más abuelos con mi chanza,
Que yo aseguro mis sorbos.
Díla que sepa gozar
La ventura que la otorgo;
Que lenguaje para damas,
Yo mismo me lo perdono.

Vida y milagros de Montilla.

JÁCARA VII.

En casa de las Sardinas,
En un armario de azotes,
Que en las galeras de España
Una apellidan San Jorge.
Donde el capitan Correa,
Dá mal rato con su nombre,
Escusando en los alfaques
Los corcovos del galope.
Cuando á la prima rendida
Pasan diez y molan once,
Dando música á las chinches,
Que se ceban y le comen.
Harto de vino y remar,
Devanado en un capote,
Que remolino de jerga,
Si no le acuesta, le sorbe.
Montilla, que en primer banco
Arrempuja el primer gozne,
Al escritorio de chusma,
Al vasar de los ladrones.
Tocando con la cadena
La jacarandina á coces,
Y punteando á palmadas
Con los dedos en el roble.

Imitando con la voz
Cuando se despega al odre,
Dijo con mucha tajada
Y en un falsete de arrope:
Quien tiene vergüenza, vele,
Y quien no la tiene, ronque,
Que á ningun sueño de bien
Se le permite que sople.
Ponce se llamó mi padre,
Y los muchachos lo Ponce,
Lo juntaron á Pilatos,
Echándolo yo á Leones.
Fué tabernero en Sevilla,
Las sedes se lo perdonen,
Pues me dió lluvias morenas
Con apellido de aloque.
En naciendo me incliné
A ser portero de cofres,
Llavero de cerraduras,
De bolsas y joyas corte.
Gorjeando yo en la cuna
Me temblaban los ratones,
Y en oyéndome, se daban
A los demonios los gozques.
Dí en guardarropa de otros,
Llevándome muchos hombres,
Por mozo de garabato,
De balcones en balcones.
Entrábamos yo y el fresco
Por las ventanas de noche;
El á guardarles el sueño,
Yo á guardarles los calzones.
Acuérdome que en Madrid
El libro de acuerdo entonces
Me dió, por falta de edad,
Sin el borrico unos golpes.
Partíme para Toledo,
Con asomo de bigotes,
En donde pidiendo capas,
Era muy bellaco pobre.
Huyendo de los corchetes,
Por gustar más de botones,
Fuí á Consuegra, y me trató
Como á su yerno su nombre.
Tropecé con el tintero,
Dí que hacer á los renglones;
Hubo el este que declara,
Y más vistas que en un monte.
Hiciéronme el susodicho,
Y tras este que depone,
Por su pié se vino el fallo,
Acompañado de conques.
Debajo de la camisa
Me vistieron dos jubones,
El traje que más mal talle
Hace á caballo en el orbe.
Echáronme por seis años
La condenacion salobre;
Pasóse en un santi-amen,
Que es la cosa que más corre.
Muy remachado de barba
Salí de los eslabones;
A Granada enderecé
Las uñaradas y al trote,
Quitándoles dos borricos,
Desasné cuatro pastores;
Con borlas los disfracé
En la recua de Villodres.
Llegamos á la ciudad
Con sus arres y mis joes,
Campamos de mercaderes,
Acreditábanos Roque.
En el meson de la Luna,
Entrando de fuera un coche,
Gané un talego y dos líos,
Que me vinieron de molde.
Halléme en la faltriquera
De un bendito sacerdote,
Estando tomando cartas,
Un burujon de doblones.
Corrí joyas y decia,
Por disimular á voces,
Tengan al ladron, yo mismo,
Con su justicia, señores.
En dar chirlos á maletas
En posadas y mesones,
Gasté catorce navajas,
Pero pagáronme el coste.
En las comedias traia
Dos chiquillas de á catorce,

Que cada tarde agarraban
Con virillas dos alcorques.
Repartia los meninos,
A quien llamamos hurones,
En todas las apreturas
A dar tientos con buen órden.
Junté diferentes muebles,
Y en el carro de Anton Monje,
A la villa de Madrid
Encomendé mis talones.
Topé con Mari Corvino
En la venta de Jaloque,
Oreando unos pencazos
En medio de dos pringones.
Por decir, á dónde va
Mi querido, equivocóse,
Y me dijo, miz querido,
Hubo risa y el perdone.
Atisbómelo fundado,
Y con mi bulto añusgóse,
Desapareciendo pollos
En cas de los labradores.
Curaba de mal de madre
Con emplastos de cerote,
Y acomodaba de paso
Descuidos de lienzo y cobre.
Llegamos á Babilonia
Un miércoles por la noche,
Tendí raspa en el meson
De Catalina de Torres.
Andaba de mosca muerta
Aturdido de facciones,
Con sotanilla y manteo
El carduzador Onofre.
Introdújome en caleta
Con cartas de no sé dónde:
O el achaque daba lumbre,
O cobraba de ellas portes.
Por hermano de la chanza
Zampaba en los bodegones,
Y era juez entregador
De fulleros y de flores.
Graduè de esportilleros
Al Tiñoso y á Perote,
Y hácia el nido se perdieron
Con seis talegos de un conde.
Tuve dos mozos de silla
Por noticia y avizores
De la entrada de las casas,
Puertas, ventanas y esconces.
Con las mozas de fregar
Anduve siempre de amores,
Porque á sus amos perdiesen
Lo que más guardan y esconden.
En la puente Toledana,
Yo y otros dos cobradores
Recibimos un presente
De perniles y capones.
Vendí parte á un despensero,
Que dió cuenta á los señores,
Y estando comiendo dos
Con falsilla de limones,
Alguaciles y corchetes
Nos acedaron los postres,
Llevándome á digerirlos
A la troj de los buscones.
Reconocióme un portero,
Y el procesado enojóse,
Y juntáronme las causas
El papel y los cañones.
Granizó el diablo testigos
De lo que ni ven ni oyen;
Pusiéronme en el caballo
De las malas confesiones.
Andaba el dí la verdad
Entre cuerdas y garrotes,
Yo en el valor y el negar
Fuí doce pares y nones.
Mas por materia de estado,
Que á mí se me volvió podre,
Doscientos y diez de remo
Me cantaron los pregones.
Dicen que lo manda el rey;
No lo creo, aunque me ahorquen,
Que no le he visto en mi vida,
Ni pienso que me conoce.
La sala es algo enfermiza
De espaldas y de cogotes:
Más quiero alcoba é iglesia,
Que sala con relatores.

Relacion que hace un Jaque de sí y de otros.

JÁCARA VIII.

Zampuzado en un banasto
me tiene su majestad,
En un callejon Noruega
Aprendiendo á gavilan.
Graduado de tinieblas
Pienso que me sacarán,
Para ser noche de invierno
O en culto algun Madrigal.
Yo que fuí norte de guros,
Enseñando á navegar
A las godeñas en ánsias,
A los buzos en afan.
Enmoheciendo mi vida
Vivo en esta oscuridad,
Monje de zaquizamíes,
Ermitaño de un desvan.
Un abanico de culpas
Fué principio de mi mal,
Un letrado de lo caro,
Grullo de la puridad.
Dios perdone al padre Esquerra,
Pues fué su paternidad
Mi suegro más de seis años
En la cueva de Alcalá.
En el meson de la Ofensa,
En el palacio Mortal,
En la casa de más cuartos
De toda la cristiandad.
Allí me lloró la Guanta,
Cuando por la Salazar
Desporqueroné dos almas
Camino de Brañigal.
Por la Quijano, doncella
De perversa honestidad,
Nos mojamos yo y Vicioso,
Sin metedores de paz.
En Sevilla el Arbol seco
Me prendió en el arenal,
Porque le afufé la vida
Al zaino de Santo Horcaz.
El zapatero de culpas,
Luego me mandó calzar
Botinicos vizcainos,
Martillado el cordoban.
Todo cañon, todo guro,
Todo mandil y jayan,
Y toda iza con greña,
Y cuantos saben fuñar,
Me lloraron soga á soga
Con inmensa propiedad,
Porque llorar hilo á hilo,
Es muy delgado llorar.
Porque me metí una noche
A páscua de Navidad,
Y libré á todos los presos,
Me mandaron cercenar.
Dos veces me han condenado
Los señores á trinchar,
Y la una el maestresala
Tuvo aprestado sitial.
Los diez años de mi vida
Los he vivido hácia atrás,
Con más grillos que el verano,
Cadenas que el Escorial.
Más alcaides he tenido
Que el castillo de Milan;
Más guardas que monumento,
Más hierros que el Alcorán.
Más sentencias que el derecho,
Más causas que el no pagar;
Más autos que el dia del Corpus,
Más registros que el misal.
Más enemigos que el agua,
Más corchetes que un gaban;
Más soplos que lo caliente,
Más plumas que el torear.
Bien se puede hallar persona
Más jarifa y más galan;
Empero más bien prendida,
Yo dudo que se hallará.

Todo este mundo es prisiones,
Todo es cárcel y penar;
Los dineros están presos
En la bolsa donde están.
La cuba es cárcel del vino,
La troj es cárcel del pan,
La cáscara, de las frutas,
Y la espina, del rosal.
Las cercas y las murallas
Cárcel son de la ciudad,
El cuerpo es cárcel del alma,
Y de la tierra la mar.
Del mar es cárcel la orilla,
Y en el órden que hoy están,
Es un cielo de otro cielo
Una cárcel de cristal.
Del aire es cárcel el fuelle,
Y del fuego el pedernal;
Preso está el oro en la mina,
Preso el diamante en Ceylan.
En la hermosura y donaire
Presa está la libertad,
En la vergüenza los gustos,
Todo el valor en la paz.
Pues si todos están presos
Sobre mi mucha lealtad,
Llueva cárceles mi cielo
Diez años sin escampar.
Lloverlas puede si quiere
Con el peine y con mirar,
Y hacerme en su Peralvillo
Aljava de la Hermandad.
Mas volviendo á los amigos,
Todos barridos están;
Los más se fueron en uvas
Y los menos en agraz.
Murió en Nápoles Zamora
Ahito de pelear,
Lloró á cántaros su muerte
Eugenia la Escarraman.
El limosnero á Zaguirre
Le desjarretó el tragar;
Con el limosnero pienso
Que se descuidó San Blas.
Mató á Francisco Jimenez
Con una aguja un rapaz,
Y murió muerte de sastre,
Sin tijeras ni dedal.
Despues que el papa Perea
Acarició á Satanás
Con el alma del corchete
Vaciada á lo catalan,
A Roma se fué por todo,
En donde la enfermedad
Le ajustició en una cama,
Ahorrando de procesar.
Dios tenga en su santa gloria
A Bartolomé Roman,
Que aun con Dios, si no le tiene,
Pienso que no querrá estar.
Con la grande polvareda
Perdimos á don Beltran,
Y porque paró en Galicia,
Se teme que paró en mal.
Jeldro está en Torrevermeja,
Mal aposentado está,
Que torre de tan mal pelo,
A Júdas puede guardar.
Ciento por ciento llevaron
Los inocentes de Orgaz,
Peonzas, que á puro azote
Hizo el bederre bailar.
Por pedigüeño en caminos,
El que llamándose Juan,
De noche para las capas
Se confirmaba en Tomás.
Hecho nadador de penca,
Desnudo fué la mitad,
Tocándole pasa calles
El músico de quien tal.
Solo vos habeis quedado,
¡Oh, Cardoncha singular,
Roido del sepan cuantos,
Y mascado del varal.
Vos, Bernardo, entre franceses
Y entre españoles Roldan,
Cuya espada es un Galeno,
Y una botica la faz.
Pujamiento de garnachas
Pienso que os ha de acabar,

Si el avizor y el calcorro
Algun remedio no dan.
A Micaela de Castro
Favoreced y amparad,
Que se come de gabachos
Y no se sabe espulgar.
A las hembras de la caja,
Si con la espulsion fatal,
La desventurada corte
No ha acabado de enviudar,
Podeis dar mis encomiendas,
Que al fin es cosa de dar,
Besamanos á las niñas,
Saludes á las de edad.
En Velez, á dos de Marzo,
Que por los putos de allá
No quiere volver las ancas,
Y no me parece mal.

Sentimiento de un Jaque por ver cerrada la Mancebía.

JÁCARA IX.

Añasco el de Talavera,
Aquel hidalgo postizo,
Que en los caminos de noche
Demanda para sí mismo.
Quien no tuvo cosa suya,
Sin ser liberal ni rico,
Hallador de lo guardado,
Santiguador de bolsillos.
El que en Medina del Campo
Hizo de vestir al vino,
Sastre de azumbres y arrobas,
Ropero de blanco y tinto.
Con el cuello en el sombrero
Y en la espada el capotillo,
Lenzuelo por quitasol
Y á la brida en el camino
Por daga la calabaza,
Puñal de la sed buido,
Desmallador de los quesos,
Pasador de los chorizos.
Cuando el dios calentador,
Barba roja de epiciclos,
En la contera del mundo
Se está haciendo mortecino.
Despues de soplar un canto
Para sentarse más limpio,
Habiendo con el pañuelo
Deshollinado el hocico.
Desabotonando el trago
A un tiempo con el vestido,
A puras calabazadas
Se descalabró el gallillo.
Y vueltos ojos de gallo,
Los ojos amodorridos,
Acostados en el sorbo,
Ya ballesteros, ya bizcos.
Viendo cerrada la mamfla,
Con telaraña el postigo,
El parto lleno de yerba,
Enternecido les dijo:
¡Oh, meson de las ofensas!
¡Oh, paradero del vicio,
En el mundo de la carne
Para el diablo baratillo!
¿Qué se hizo tanto padre
De solo apuntados hijos?
¿Dónde fué el pecar á bulto,
Si más fácil, menos rico?
¿En dónde los cuatro cuartos
Han sido por muchos siglos
Ahorro de intercesiones,
Atajo de laberintos?
En tí trataba el dinero,
Como quien es, al delito,
Costando unas bubas menos
Que una libra de pepinos.
Yo conocí la Chillona
En aquel aposentillo,
Más tomada que tabaco,
Más derretida que cirio.
Quien vió la mal Degollada
Rodeada de lampiños,

Cobrar el maravedí
Despues de los dos cuartillos.
La Chaves, Dios la dé gloria,
Me parece que la miro,
Pasar parches por lunares
Y gomas por sarpullido.
¿Dónde irán tantos calcillas,
Pecadores de improviso,
Que á lo de porte de carta
Compraban los parasismos?
Los bribones de la culpa
Que acudian los domingos
A la sopa del demonio,
Bordoneros de entresijos.
Sin prólogo de criadas
Gozaron los mal vestidos;
Ni dueña pidió aguinaldo,
Ni escudero vendió silbo.
Costaba el arrepentirse
Vellon y no vellocino;
Hizo el infierno barato,
Los diablos fueron amigos.
Era el pecado mortal
En tí de extraño capricho,
Pues por cualquiera cascajo
Nos dejaban meter ripio.
La esperanza quitó el luego,
Los celos quitaba el sitio,
Poco dinero la paga,
El entre mucho martirio.
Los deseos supitaños,
El colérico apetito,
¿A dónde irán que no aguarden
El melindre ó el marido?
Pecados de par en par
Ya se acabaron contigo,
Y no siendo menos, son
Más caros y más prolijos.
Aquí fué Troya del diablo,
Aquí Cartago de esbirros,
Aquí cayó en un barranco,
El género femenino.
Levantóse de tres veces,
Y mal despierto de cinco,
Llevando el vino muy mal,
Pegó mosquitos al rio.

Desafío de dos Jaques.

JÁCARA X.

A la orilla de un pellejo,
En la taberna de Lepre,
Sobre si bebe poquito,
Y sobre si sobre bebe.
Mascaraque el de Sevilla,
Zamborondon el de Yepes,
Se dijeron mesurados
Lo de sendos remoquetes.
Hubo palabras mayores
De lo de no como liebre.
Ni yo á la mujer del gallo
Nadie ha visto que la almuerce.
¿Tú te apitonas conmigo?
¿Hiédete el alma, pobrete?
Salgamos á berrear,
Veremos á quién le hiede.
Hubo mientes como el puño,
Hubo puño como el mientes,
Granizo de sombrerazos
Y diluvio de cachetes.
Hallóse allí Calamorra,
Sobre si no mata siete,
Bravo de contaduría,
De relaciones valiente.
Con lo de téngase, digo,
Y un varapalo solemne,
Solfeando coscorrones,
Hace que todos se arredren.
Zamborondon, que de zupia
Enlazaba el capacete,
Armado de tinto en blanco,
Con malla de cepa el vientre:
Acandilando la boca
Y sorbido de mofletes,

A la campaña endereza
Llevando el vino á traspieses.
Entrambos las hojarascas
En el camino previenen,
El uno la sacabucha,
Y el otro la sacamete.
Séquito llevan de danza,
En puros pícaros hierven;
Por una y por otra parte
Van amigos y parientes.
Acogióse á toda calza
A dar el punto á la Mendez,
El cañon de Mascaraque,
Marquillos de Toruleque.
A la puente Segoviana
Los dos jayanes descienden,
Asmáticos los resuellos,
Descoloridas las teces.
Como se tienen los dos
Por malos correspondientes,
De espaldas van atisbando
Los pasos con que se mueven.
Manzorro, cuyo apellido
Es del solar de los equixes,
Que metedor y pañal
De paces ha sido siempre.
Preciado de repertorio
Y almanaque de caletre,
Quiso ensalmar la pendencia
Y propuso que se cuele.
Bramaban como los aires
Del enojado Noviembre,
Y de andar á sopetones,
Los dos están en sus trece.
Magagon que del sosquin
Ha sido zaino eminente,
Y en los soplos y el cantar
Es juntos órgano y fuelles;
Dijo, en bajando á lo llano,
Que está entre el parque y la puente,
Para una danza de espadas
El sitio dice, comedme.
Los dos se hicieron atrás
Y las capas se revuelven;
Sacaron á relucir
Las espadas hechas sierpes.
Mascaraque es Angulema,
Científico y Archimedes,
Y más amigo de atajos
Que las mulas de alquileres.
Zamborondon, que de líneas
Ninguna palabra entiende,
Y esgrime á lo colchonero,
Euclides de mantinientes.
Desatando torbellinos
De tajos y de reveses,
Le rasgó en la geta un palmo,
Le cortó en la cholla un geme.
El otro con la sagita
Le dió en el brazo un piquete,
Ambos están con el mes,
Colorado corre el pebre.
Acudieron dos lacayos
Y gran borboton de gente,
Andaba el ténganse á fuera
Y llamen quien los confiese.
Tirábanse por encima
De los piadosos tenientes.
Amenazando la caspa
Unas heridas de peine.
En esto, desaforada,
Con una cara de viernes,
Que pudiera ser acelga
Entre lentejas y arenques,
La Mendez llegó chillando,
Con trasudores de aceite,
Derramando por los hombros
El columpio de los liendres.
El voto á Cristo arrojaba,
Que no le oyeron más fuerte,
En la lengua de Getafe,
Ni las mulas ni los ejes.
Cuando pensé que tuvieras
Que contar más una muerte
Te miro de Maribarbas
Con dos rasguños las sienes.
¿Andaste tú reparando
Si Moñorros me divierte,
Y no reparas un chirlo
Que todo el testuz te hiende?

¿Estaba esa hoja en babia,
Que no socorrió tus dientes?
¿De recibidor te precias
Cuando por dador te vendes?
Llegóse á Zamborondon,
Callando bonitamente,
Y sonóle las narices
Con una navaja á cercen.
Diciendo: chirlo por chirlo,
Goce de aqueste pebete;
Quien á mi amigo atarasca,
Mi brazo le calavere.
A puñaladas se abrazan,
Unos con otros se envuelven;
Andaba el moja la olla
Tras la goda delincuente.
Cuando se vieron cercados
De alguaciles y corchetes,
De plumas y de tinteros,
De espadas y de broqueles,
Al ténganse á la justicia,
Todo cristiano ensordece;
Favor al rey piden todos
Los chillones escribientes.
La Mendez dijo, mancebos,
Si favor para el rey quieren,
A mí me parece bien
Llévenle esta cinta verde.
Unos se fueron al Angel
Con el diablo á retraerse;
Otros por medio del rio
Tomaron trote de peces.
Manzorro cogió dos capas,
Una vaina y un machete,
Que desde niño se halla,
Lo que ninguno se pierde.

Refiere Mari Pizorra honores suyos y alabanzas.

JÁCARA XI.

Con mil honras vive cribas.
Me llaman Mari Pizorra,
Y si en Jerez me azotaron,
Me azotaron con mil honras.
Por lo menos no me vieron
En las espaldas corcova,
Ni dije esta boca es mia
Al levantar de la roncha.
Tres amas á quien serví,
De lo que llaman fregona,
Dijeron que les vaciaba
En su servicio las joyas.
Si fué verdad, Dios lo sabe,
No quiero apurar historias,
Basta que el chillon no dijo,
Hechicera ni coroza.
Puedo llevar descubierta
La cara por toda Europa,
Porque he vendido mi manto,
Y porque no tengo toca.
A quien me llama liviana
La desmienten cinco arrobas
Que peso; tómeme á cuestas
El que me cuenta por onzas.
Nadie tiene qué decir
De mi vida y de mis obras;
No soy la primer mujer
Que contra su gusto azotan.
Si dicen que tengo amigos,
Esto me sirve de loa,
Que nunca es bueno que tengan
Enemigos las personas.
Verdad es que me entregué
A Mojarrilla el de Soria,
De quien dieron mala cuenta
Algunos chismes de bolsas.
Fué del mar, vino del mar,
Si remaba, poco importa,
Los hombres van á galeras,
Que no tienen de ir las monjas.
Lo del negro fué mentira,
Que me levantó la Monda,
Para mi punto era bueno
Gastar pecados de sombra.

Si ahorcaron á Pablillos,
La culpa tuvo la soga,
Por lo menos murió bien,
y con ciegos á mi costa.
La cabeza del verdugo
Le servia de garzota,
Y el Deo gracias de esparto
Fué pepita de la horca.
Lo del corchete es verdad,
No haya miedo que me corra,
Mas era muy bien nacido
Y soplon de ejecutoria.
En mi vida eché las habas,
Antes me echaba á mí propia;
Llamáronme araña, y fué
Porque andaba tras la mosca.
Caséme con un mulato,
Que fué la fama de Ronda,
Tener marido de estraza,
No sé yo para qué estorba.
Comiendo la olla un martes
Se quedó muerto en las sopas,
Y me llaman desollada,
Y como siempre dos ollas.
¿Si mi vida es la que he dicho,
Qué tienen que hablar las trongas?
Tengan vergüenza y aprendan,
Que hay mucho de unas á otras.

Mojagon, preso, celebra la hermosura de su Iza.

JÁCARA XII.

EMBARAZADA me tienen
Estos grillos la persona;
Mas encarcelada y presa,
Solo á tus rizos les toca.
En casa de los bellacos,
En el bolson de la horca,
Por sangrador de la daga
Me metieron á la sombra.
Porque no pueda salir,
Me engarzaron en las cormas;
Y siempre mandan que siga,
¿Quién entenderá las Ropas?
Si pudiera ver el sol,
Viera brizna de tu cofia,
La brújula de tus ojos,
Que dos firmamentos forman.
Tienes á Colon por risa,
Pues que descubre tu boca
La Margarita y las Indias,
Perlas, rubíes y aljófar.
Con tu cara comparadas
Las caras que tienen todas,
Aunque sean Caraluisas,
Me parecen Carantoñas.
Hermosuras de taberna
Son las que ostentan las otras,
Aguadas y mal medidas,
Pez y pellejos y moscas.
Tú miras con dos batallas,
Donde de estrellas alojan
Ejércitos que fulminan
Amaneceres y auroras.
Si el Dios que se puso cuernos
De miedo que se los pongan,
Te viera, Marica mia,
Segura estuviera Europa.
Si el sol, que al revés tras Dafne
Siguió luz la mariposa,
Te atisba los escabeches,
No fueran hoy de corona.
Las más lindas á tu lado,
Si descuidada te asomas,
Por cocos pueden servir
De cuentas y no de mozas.
Y miente todo jayan,
Y tres miente toda tronga
Que presume de belleza
En donde solo te nombran.
Son hermosuras calvinas,
Luteranas y hugonotas,
Herejes de la que tienes,
Que es la verdadera y sola.

Ayer, porque llamó linda
A su muchacha Cazorla
Con remanente de nabos,
Le dí un sopapo de olla.
Y si alguna te compite
Entre busca y entre doña,
Quier esgrima la chinela,
Quier navegue la carroza,
La reto de dueña á dueña,
Y en vestidos de tramoya,
Ruedos, barba de ballena,
Manto de humo y de gloria.
Reto los siete planetas,
A Mercurio por la gorra,
A la Luna por el cuerno,
Reto á Vénus por la toca.
Al Sol por el oropel,
Al dios Marte por la gola,
A Júpiter por el rayo,
Al Viejo [1] por la corcova.
Contigo cuantas estrellas
El capuz nocturno bordan,
Son braserillo de erraj,
Son reluciente bazofia.
Tu donaire es de la hampa,
Tu mirar es de la hoja,
Tus ojos en matar hombres
Son dos Pericos de Soria.
Yo soy el único amante
De la solamente hermosa;
Para el amor que yo tengo,
Macías amó por onzas.
Tu puedes tener envidia
A mi alma, pues te goza;
La dicha es gozarte á tí,
Que no gozas de tí propia.
Pues tienes cara de Páscua,
Ten de la Páscua las obras,
Dá libertad á los presos,
Y pido justicia y costas.

Pendencia mosquito.

JÁCARA XIII.

¡Ay! La salud de las marcas
Y libertad de los jacos,
Se entraron á hacer un brindis
En la bayuca del santo,
Ganchoso el de Cienpozuelos,
Catanlilla la de Almagro,
Isabel de Valdepeñas
Y Andresillo el desmirlado.
A la carrera de sorbos
Y al apreton de los tragos,
Nunca ha dado á yegua el Bétis
Potro que pueda alcanzarlos.
Un cogollo de lechuga
Fué el violon de este sarao,
Que el que es bailarin castizo
No repara en lo templado.
Como pobreta corriente,
Sacó Isabel del regazo
En la esquina de un lenzuelo
Unos garbanzos tostados.
Dióle primero á Ganchoso,
Aunque Andrés era su gancho,
Que es muy cortesano el vino
En estómagos honrados.
Encapotóse Catanla,
Y meciéndose á lo zaino,
Al suelo y luego á Isabel
Miró y mordióse los labios.
Isabel, que se las pela,
Soltó la taza y el jarro,
Y terciando la mantilla,
Ya en el hombro y ya en el brazo,
Dijo: seora Catanla,
¿De qué sirven arrumacos,
Ni mirarnos entre dientes?
Parece que somos santos.

(1) Saturno.

Arrimábanse las dos,
Ganchoso metió la mano,
Diciendo: bueno está, reinas,
Bueno está, chico pecado.
No muy chico, dijo Andrés,
Que aquí no somos morlacos,
Entre bobos anda el juego,
No, sino huevos asados.
Qué huevos, dí, mal nacido,
Dijo Isabel sollozando,
Eso merece la penca
Que se empeña por cuitados.
Acuérdate que en Toledo,
En casa de aquel letrado,
Antes que se le perdiese
Te hallaste un zurron de cuartos.
Y que por respleuto mio
Soldasmente te limpiaron
Con toalla de vaqueta
El sudor del espinazo.
Acuérdate que en Sevilla,
En casa de un Venticuatro,
Sin licencia de su dueño
Se salió tras tí un caballo.
Y porque no te arrojasen
A apalear los lenguados,
Vendí catorce sortijas
Y mi jubon largueado.
No me dejará mentir
Mondoñedo el escribano,
Que por no escupir al cielo
No supo hacer mal á un gato.
Rebozábanle á Ganchoso
Lo bebido y lo escuchado;
Y desatando la sierpe,
Dijo, el gavion calando:
Lo que ha dicho Váldepeñas
Ha sido muy bien jablado;
Y mentirá, voto al cinto,
Quien dijere lo contrario.
Andresillo, la del Cid,
de las alforjas sacando,
Hubo de haber la que llaman
una de todos los diablos.
Porque Ganchoso hecho un perro,
Desabrigando el sobaco,
Le tiró dos tarascadas
Al cofre de lo mascado.
Cáscaras, dijo Andresillo,
Y tiróle un hurgonazo
Al barrio de los cuajares
Y otro á la calle del trago.
Si por milagro de Dios
Ganchoso baja la mano,
Un canto de un real de á dos
Lo cuela de cabo á cabo.
Mas quiso Dios y la Vírgen
Que Geromillo el mulato
Llegase en estas y estotras,
Que salia de lo caro.
Desembarazó la vaina,
Y antes de llegar cien pasos
Puso en paz á los pobretes,
Que es Gerónimo un Bernaldo.
Diciendo: entre dos amigos,
Camaradas más que hermanos,
No es razon que haya mojinas,
Vaya el malo para malo.
Estas señoras honradas
Bien pudieran escusarlo;
Mas el demonio es sutil,
Son mujeres, no me espanto.
No se jable más en eso,
Dijo Andrés, ya está acabado;
Loado sea el gijo de Dios;
Toca Ganchoso, y tocando
Se volvieron á dar gracias
De los peligros pasados,
A la ermita de san Sorbo,
En el altar de san Trago.

Las cañas que jugó su majestad cuando vino el príncipe de Gales.

JÁCARA XIV.

Contando estaba las cañas
Magañon el de Valencia
A Pangarrona y Cucharro,
Duendes de Sierra Morena.
Las barbas de guardamano.
Las bocas de oreja á oreja,
Dando la teta á los pomos
Y talon á las conteras.
Los sombreros en cuclillas
Y las faldas en diadema,
Mientras garlaba con hipo,
Escucharon con mareta.
Vivo y enterrado estuve,
Lázaro fuí de las fiestas;
Oyente de Peralvillo
En un palo entre las tejas.
Los ojos eché á rodar
Desde las canales mesmas,
Despeñóseme la vista,
Y en el coso dí con ella.
Los toros me parecian
De los torillos de mesa,
Que á fuerza de mondadientes
Tanta garrocha remedan.
Por Dafne me tuvo el sol,
Pues se andaba tras mi geta,
Retozándome de llamas,
Requebrándome de hoguera.
A los sastres os remito
En vestidos y libreas,
Hurtados no de Mendoza,
Hurtados sí de tijera.
Los caballos, ya se sabe,
De los que el Céfiro engendra,
Donde fué el soplo rufian
Adúltero de las yeguas.
Todo el linaje del Bétis
Y toda su descendencia,
Primogénitos del aire,
Mayorazgos de las yerbas.
Los jaeces relevados
De aquellos de quien se cuenta
Lo de seis dedos en alto,
Mucha plata y mucha perla.
Del dia de San Anton
Me acordó de dos maneras,
El fuego que me tostaba
Y el concurso de las bestias.
En la clarísima tarde
Se dió el sol con sus melenas
Un hartazgo de testuces,
De moños y cabelleras.
Los toros sin garrochones
Se perdieron tan á secas,
Como el pobre don Beltran
Con la grande polvareda.
Los músicos de garrote
Sus atabales afrentan
Mezclados de mil colores,
Con los soplones de iglesia.
El Megía y el Giron,
Que apadrinan y gobiernan,
Jubilados en batalla,
Allí estrenaron las puertas.
No hay librea en que la plata
Tan bien á todos parezca,
Como en sus sienes bruñida
Y como en sus canas crespa.
Acercáronse al balcon,
Digo, al Oriente se acercan,
Donde para que el sol salga
El Aurora dá licencia.
El lirio, con cuyas hojas
Sus rayos la luz esfuerza,
La Alba toma atrevimientos
Y presuncion las estrellas.
Los precursores ancianos
A Filipo hicieron señas,
Y de dos hierros que vibra,
Dos mundos que pisa, tiemblan.

La reina se levantó,
En pié se puso la esfera,
Y al firmamento siguieron
Imágenes y planetas.
Como creciente la luna
Disimula las tinieblas,
Y en pueblos de luz monarca
Imperiosamente reina.
La infanta doña María,
Vivo milagro se muestra,
Fénix, si lo raro admiras,
Cielo, si lo hermoso cuentas.
Bien imitadas de Clicie
Solicitas diligencias,
En el príncipe británo,
Amarteladas la cercan;
El que la púrpura sacra
De cuatro coronas siembra,
Tres, que adora religioso,
Una que esmalta sus venas.
Los reyes en provision,
Que por don Felipe sellan,
Hicieron en pié pinicos
A modo de reverencias.
Estremecióse la plaza,
Rechinaron las barreras,
Rebulleron los terrados,
Relucieron las cabezas.
Los herbores del teatro
Pusieron en competencia
Los lacayos y la guarda,
Chirimías y trompetas.
Aquí de Dios y de Apolo,
Pues porque acierte mi testa,
Es bien que las Nueve Musas
Se embutan en mi mollera.
Aunque estén unas sobre otras,
Todas entren en mi lengua,
Del Pegaso á mi tintero
Para algodones cernejas.
Hélo, hélo por do viene,
Quien no cabe en cuanta tierra
Del sol registra la fuga,
Del mar fatiga la fuerza.
Cometa corrió veloz
Sobre rayo á la gineta,
Y relámpago de galas
Vistas burló bien atentas.
Tras sí se llevó los ojos
Que le admiran y contemplan,
Los envidiosos arrastra
Y los curiosos despena.
Visto, mas no comprendido,
Pasó veloz la carrera;
Son desaparecimientos,
No trancos, los que le llevan.
El aire con que corria,
Ni le alcanza primavera,
Ni le ha merecido el mar,
Ni hay brújula que le sepa.
Olivares á su lado
Ni le iguala ni le deja;
Pues desiguala en respeto
A quien sigue en obediencia.
En lo desigual estuvo
El primor de sus parejas,
Pues compañero le sigue
Cuando señor le confiesa,
Si [1] se llamara Godinez,
Si medio hidalgo naciera,
Fuera premio á su valor
Lo que goza por herencia.
Vive Dios, que las vislumbres
Del acero que maneja,
Fueron eclipse en el Cairo,
En Argel fueron cometas.
Ya miro con perlesía
A las lunas que le tiemblan,
Y á Mahoma dando vuelcos
En el sepulcro de Meca.
Tiene talle en pocos años
De no dejar al Profeta,
Ni Alcorán que le dispute,
Ni alfanje que le defienda.
El embrazaba la darga,
Desanudaba las vueltas,

(1) Vuelve al Rey.

Recordando divertidos
Que entre los galopes sueñan.
Acometió con valor,
Retiróse con destreza,
Ni hubo más toros ni cañas,
Que verle correr en ellas.
En sí agotó la alabanza,
Y su garbo y su belleza
No dejaron bendicion
A nadie que con él entra.
Fullero del fuego fué
Con la mano y con la rienda;
Retirando á los que pasan
Y aguardando á los que esperan.
Todos anduvieron bien,
Pero sin hacer fineza,
Los méritos le dejaron
Por descargo de conciencias.
Don Cárlos, más su alabanza
Se deposita secreta,
Por dejar aclamaciones
Que al rey el número crezcan.
Vive Cristo, que su nombre [1]
Ha de servir de receta
Con que medrosos se purguen,
Con que valientes se mueran.
Tan magnífica persona
En todos lances ostenta,
Que en su deposuit potentes
Se deshace la soberbia.
El es un mozo chapado,
Amante de las proezas,
Recuerdo de los Alfonsos,
Olvido de los Fruelas.
Su espada será Tizona,
Y su caballo Babieca,
Su guerra será la paz,
Su ócio será la guerra.
Tantos años le dé Dios,
Que le llame á boca llena
Matus Felipe la fama,
Confundida con la cuenta.
Hágale el cielo monarca
De aquellas partes adversas,
Que castiga riguroso
Con solo que no lo sea.
El primer juego es de cañas,
Que no se ha errado de ochenta
Por gracia de don Felipe,
No don Felipe por ella.
Agosto le cortó al dia
A su medida la fiesta,
Pues con luz llegué á la plaza
desde mi horca cigüeña.
Bien empleados dos reales,
Aunque los debo á mi cena,
Pues llevo en este cogote
Sol que vender á Noruega.
Paróse á espumar la voz,
Porque en relacion tan luenga
Hablaba jabonaduras
Y pronunciaba cortezas.
El auditorio le sigue
Con aprobacion risueña,
Y á remojar la palabra
Se entraron en la taberna.

Postrimerías de un rufian.

JÁCARA XV.

Descosido tiene el cuerpo
A jiferadas Gorgolla,
Muy cerca de ensabanar
Sus bienes y su persona.
A su cabecera asisten
Aruñon el de Zamora,
Zangullo y Garabatea
La Plaga y Mari Pizorra.
Díjole el médico: hermano,
Vos caminais por la posta,

(1) Vuelve al Rey.

En manos de Dios os dejo,
No hay pulso para dos horas.
Pesia al hígado que tengo,
¿Eso me dice con sorna?
Mártir de tres puñaladas
Es muertecita de mosca.
Digo, que no vengo en ello,
Ni es mi gusto ni mi honra;
Apelo para un milagro,
La medicina sea sorda.
Muérase de tres mojadas
Un calcillas y una monja;
Eso, y morir de viruelas
A los chiquillos les toca.
Díle yo siete hurgonadas
A Palancon el de Ronda,
Y levantóse en tres dias,
¿Y quiere que yo me esconda?
Por lo que me ha visitado,
Venda vusted esa cota,
Que no se la pasarán,
Sino sus recetas solas.
De su antubion no me escapo,
Y escapéme de la horca,
No siendo vusté y su mula
Menos palo y menos soga.
En esto oyó los suspiros
Que pujaba la Chillona,
Con un llanto salpicon
Vertido á pura cebolla.
Díjola: ¿por qué me vendes
Ojos yescas por esponjas?
No me acudas con pucheros,
Que aun me saben bien las ollas.
Dice que el pulso me falta,
Pues andemos á la morra;
Cachetes y no aforismos
Se lo dirán á la cholla.
¿Cuándo se vió que muriese
Hombre que sin asco sorba?
Si á la bota lo preguntan,
Todo mi mal es de gota.
La cuitada que desea
Que su conciencia disponga,
No sé qué de testamento
Le dijo con la voz honda.
¿Testamento? dijo el jaque,
¿Al escribano me nombras?
Yo quiero escurrir el jarro,
No quiero escurrir la bola.
¿Qué bienes muebles atisbas?
¿Qué raices y qué joyas?
Haga por mí testamento,
Quien lo que debo no cobra.
¿Ahora quieres que gaste
En *ítem mases* mi prosa,
Cuando solamente en tí
Dejaré una buena joya?
Yo no he de ser calavera
De las que dan en mandonas,
Pues ninguno aceptará
Mi pellejo ni mi sombra.
Cuando haga testamento,
Uña en que hacerle me sobra,
no ha menester lo del *sepan*
una vida tan idiota.
Si de hoy en seiscientos años
Estirare yo las corvas,
De mi sabrán las narices
Lo que tocare á mi losa.
A muertos de mogollon
Dá de balde la parroquia,
De sepultura y asperges
En el cementerio sopa.
A niños de la doctrina
No pienso pagar la solfa;
Música que no he de oirla,
Que la pague quien la oiga.
Díjole Garabatea:
Amigo, la vida rota,
Afufarse quiere el alma,
La güesa viene de ronda.
Al demonio habeis de ver
Con sus garras y su cola;
No me curo de guiñapos,
Respondió con la voz ronca.
Yo le daré con las cruces,
Si aquí se mete de gorra,
Tal tunda, que se le acuerde
Del látigo de la gloria.

Y añadió, viendo aprestados
Dos pelluzgones de estopa,
El postrer moño me endilgan,
Por Dios que estamos de gorja.
¿Las estopas me aparejan
Sin ser huso de fregona?
¿Soy yo buñuelo de burlas,
O soy de veras ventosa?
¿No sabes lo que has de hacer?
Contigo hablo, pelota,
Arrebata de una rueca
E hilarás una mazorca.

BAILES.

UNIVERSIDAD DE MURCIA FACULTAD DE DERECHO BIBLIOTECA

Los valientes y tomajonas.

BAILE I.

Todo se lo muque el tiempo
Los años todo lo mascan,
Poco duran los valientes,
Mucho el verdugo los gasta.
Son nuestras vidas un soplo,
Hácennos grande ventaja
Las vidas de los corchetes,
Que de cien mil soplos pasan.
Vimos á Diego García,
Cernícalo de uñas blancas,
Sopla vivo y sopla muerto,
Arbol seco de la guanta.
Alguacil, que de ratones
Pudo limpiar toda España,
Cañuto disimulado
Y vientecito con barbas.
Reinando en Andalucía
Bruton el de Salamanca,
So el poder de la Villodres
Floreció el buen Marco Ocaña.
Más hombres asió que el vino,
Más corrió que las matracas,
Más robó que la hermosura,
Más pidió que las demandas.
Fueron galgos del verdugo
Que le trujeron la caza,
Móstoles el de Toledo,
Obregon el de Granada.
Carrascosa en Alcalá
Era duende de la Manfla,
Hombre que á un sello en el golpe
Le quiso quitar las armas.
En Sevilla Gambalua
Fué corchete de la fama,
Ventalle de las audiencias
Fuelle de todas las fraguas.
Con la muerte de estos vientos
El mundo se quedó en calma,
Mas toda pluma es ventosa
Y todo alguacil la saja.
¿Quién vió á Gonzalo Jeñiz,
A Gayoso y Ahumada,
Hendedores de personas
Y pautadores de caras?
¿Al Garcés en la hermosura,
Olmedo de Calatrava,
En el pescuezo de un remo
Estirándose las palmas?
¿En Zaragoza la bella,
A Martin de Santa Engracia
Que hizo los jigantones
Con el verdugo en la plaza?
¿Quién vió á Perico de Soria,
Sastre de vidas humanas,
Matar con un agujon
Más hombres que el beber agua?
Despues en Cabo de Palos
Dió el pobrete con su barca,
Y hecho racimo con piés,
Se meció de mala gana.
Siguióle Lúcas de Búrgos
Y su hembra la Chicharra,

De pena vendió mondongo
Un año en la Jamardana.
El Tonelero acabó,
Y el afanador de Cabra,
De un sonecillo de suela
Repicado en las espaldas.
De un torniscon de una losa,
Pantoja, flor de la Altana,
Murió, lloráronle todos
Los que navegan en ánsias.
En Valladolid la rica
Campó mucho tiempo Malla,
Y su Verendana goza
El reino de las gitanas.
Mandáronle encordelar
Los señores la garganta,
Y oliendo las entrepiernas
Al verdugo, perdió el habla.
De enfermedad de cordel
Aquel blason de la espada,
Pero Vazquez de Escamilla
Murió cercado de guardas.
Fué respetado en Toledo
Francisco Lopez Labada,
Valiente de hurgon y tajos,
Sin ángulos ni carranza.
Pasaron estos jayanes
Y los que siguen su manga,
Por ellos con vino tinto,
Enlutada sed arrastran.
Y entre lágrimas dormidas
Por sus cuerpos y sus almas,
Hacen el cabo de tragos
Y el túmulo de las tazas.
Veis aquí á Escarraman
Gotoso y lleno de canas,
Con sus nietos y biznietos,
Y su descendencia larga.
Del primero matrimonio
Casó con la Zarabanda,
Tuvo al ay, ay, ay enfermo,
Y á ejecutor de la vara.
Este, andando algunos dias
En la chacona mulata,
Tuvo á todo el rastro viejo,
Y á los de la vida airada.
El Rastro viejo casó
Con la Pironda, muchacha
De quien nació Juan Redondo,
El de la rucia y la parda.
Juan Redondo fué soltero,
Tuvo una hija bastarda,
Que llaman la Vaquería,
Mujer de buena ganancia.
Por ella de Escarraman
Tienen por hembra la casa
Las valientas y Santurde
En el baile de las armas.
Hecho está tierra el buen viejo,
Y con todo no se hallan,
Sin sus bailes los tablados,
Sin sus coplas las guitarras.
Y para que no se acabe
Su familia ni su casta,
Y porque los gustos tengan,
Rumbo y fiesta, baile y chanza:
En la ciudad de Toledo,
Donde los hidalgos son,
Nacido nos ha un Bailito
Nacido nos há un Bailon.
Chiquitico era en el cuerpo,
Y grande en el corazon,
Astilla de otros valientes,
Chispa de todo furor.
Mató á su padre y su madre,
Y un hermanito el mayor,
Dos hermanas que tenia
Puso al oficio troton.
Una puso en la taberna
Para todo sorbedor;
La otra por más hermosa
Llevó á ganar al Cairon.
La niña, como novata,
No sabe navegar, no,
Y el Rufian, como es astuto,
Dábale aquesta leccion:
Yo soy el Rufian Tasquillos,
El Rufian Mendrugo soy,
Todo valiente barbado
Oiga á lampiño doctor.

Valientes que por su pié
Teniendo ya treinta y dos,
Se fueron como á la pila,
A lo Penoso y Rigor,
Son valientes convertidos;
Solo soy valiente yo,
Que en el vientre de mi madre
A oscuras tuve cuestion.
En el nombre de Maladros
Nuestro padre fundador,
Sea, niñas, el daca y daca,
Tema de nuestro sermon.
Vive el dador, dicen todos,
Desde que el mundo nació,
Mas el prometedor vive,
No lo ha dicho humana voz.
De oficiales y tenderos,
Y de todo cosedor,
Todo dinero es dinero,
No tiene casta el doblon.
El dinero del judío
Y el dinero del señor,
Todos prueban de la bolsa,
Todos de un linaje son.
Moneda que no se toma
Es la moneda peor,
Poco dinero es dinero,
Un real con otro son dos.
Para ser mujer de prendas
Toma prendas de valor,
Vida, y ásete á las ramas,
Que prendas dineros son.
No hay almuerzo ni merienda,
Comida ni colacion,
Pues por desquitarla el dueño
Come más que un cavador.
Cajeros de genoveses
Regalado peje son,
Esponjas para sus amos,
Que apretadas dan licor.
Viejecito escribanía,
Pues que bien mirado al sol,
Es tinta y papel su barba
De la pluma que guardó:
Mancebito perniborra,
Dulcísimo peseador,
Conjúrale como á peste
Y échale en otra region.
Caballero linajudo,
Desabrigado amador,
Que paga en genealogías,
Métase á coronicon.
Donosos y bien hablados,
Todo cuerpo bailador,
Gaste con otro las gracias
Y contigo el talegon.
Señoría, si es Venecia,
O Génova, buenas son,
Que hay señorías caninas
Y título labrador.
No titularás en vano,
Es mandamiento mayor;
Más vale doblon picaño,
Que príncipe sin doblon.

Otras.

Porque veas que sabemos
De memoria la leccion,
Toca, que cuanto tocares
Será la doctrina de hoy.

Gusto y valentía, dinero y juego
Tiene la que no admite prometimientos.
Dígalo Rastrojo, que de prudente
De contado pagó lo que le quieren.
Hélo por do viene mi Juan Redondo,
Con su cruz y sus armas en el de á ocho.
Dime, ¿qué señas tiene tu enamorado?
Es como un oro lindo, doble y cruzado.
Dale, Perico,
No digo listones, cadenas digo.

Dale, muchacho,
Que con darle camina todo ganado.
Háganse azaga,
Que se ahorcan las mulas, con quien no paga.
De la carretería el baile es este,
Camino carretero fué darla siempre.

Las valentonas y destrezas.

BAILE II.

HÉLAS, hélas por dó vienen
La Coruja y la Carrasca,
A más no poder mujeres,
Hembras de la vida airada.
Mortales de miradura
Y ocasionadas de cara,
El andar á lo escocido,
El mirar á lo del hampa.
Llevan puñazos de ayuda
Como perrazos de Irlanda,
Avantales voladores,
Chapinitos de envolandas.
Sombreros aprisionados,
Con porqueron en la falda,
Guedegitas de la tienda,
Colorcita de la plaza.
Miráronse á lo penoso,
Cercáronse á lo borrasca,
Hubo hocico retorcido,
Hubo agobiado de espaldas.
Ganaron la palmatoria
En el corral de las armas,
Y encaramando los hombros,
Avalentaron las sayas.
Cor. De las de la hoja
Soy flor y fruto,
Pues á los talegos
Tiro de puño.
Car. Tretas de montante
Son cuantas juego,
A diez manos tomo,
Y á dos peleo.
Luego acedada de rostro
Y ahigadada de cara,
Un tarazon de mujer,
Una brizna de muchacha.
Entró en la escuela del juego
Maripizca la tamaña,
Por quien ahorca borricos
Murió de mal de garganta.
Presumida de ahorcados
Y preciada de gurapas,
Por tener dos en racimo,
Y tres patos en el agua.
Con valentía crecida
Y con postura bizarra,
Desembrazando á los dos,
En esta manera garla:
Llamo uñas arriba
A cuantos llamo,
Y al recibo los hiero
Uñas abajo.
Para el que me embiste
Pobre y en cueros,
Siempre es mi postura
Puerta de hierro.
Rebozando valentía
Entró Santurde el de Ocaña,
Zaino viene de bigotes
Y atraidorado de barba.
Un locutorio de monjas
Es guarnicion de la daga,
Que en puribus trae al lado
Con más hierro que Vizcaya.
Capotico de ante mulas,
Sombrerico de la carda,
Coleto de por el vivo,
Más probado que la pava,

Entró de capa caida,
Como los valientes andan,
Azumbrada la cabeza
Y bebida la palabra.
Tajo no le tiro,
Menos le bebo,
Estocadas de vino
Son cuantas pego.
Una rueda se hicieron,
Quién duda que de navajas,
Los codos tiraron coces,
Azogáronse las plantas.
Trastornáronse los cuerpos,
Desgoznáronse las arcas,
Los piés se volvieron locos,
Endiabláronse las plantas.
No suenan las castañetas,
Que de puro grandes ladran,
Mientras al són se concomen,
Aunque ellos piensan que bailan.
Maripizca tomó el puesto,
Santurde tentó la espada,
Con el montante el maestro
Dice que guarden las caras.

De verdadera destreza soy Carranza,
Pues con tocas y alfileres quito espadas.
Que tengo muy buenos tajos, es lo cierto,
Y algunos malos reveses tambien tengo.
El que quisiere triunfar salga de oros,
Que el salir siempre de espadas, es de locos.

Maes. Siente ahora la Coruja.
Cor. Aquesta venida vaya.
Maes. Jueguen destreza vuarcedes.
Sant. Somos amigos y basta.
Maes. No es juego limpio brazal.
Cor. Si no es limpio, que no valga.
Maes. Siente vuarced.
Sant. Que ya siento.
Y siento, pese á su alma.

Tornáronse á dividir
En diferentes escuadras,
Y denodadas de piés
Todas juntas se barajan.
Cuchilladas no son buenas,
Puntas sí, de las joyeras.
Entráronme con escudos,
Cansáronme con rodelas;
Cobardía es sacar piés,
Cordura sacar moneda.
Aguardar es de valientes
Y guardar es de discretas,
La herida de conclusion
Es la de la faltriquera.
Cuchilladas no son buenas,
Puntas sí de las joyeras.
Angulo agudo es tomar,
No tomar, ángulo bestia,
Quien viene dando á mi casa,
Se viene por línea recta.
La universal es el dar,
Cuarto círculo cadena,
Atajo todo dinero,
Rodeo toda promesa.
Cuchilladas no son buenas,
Puntas sí, de las joyeras.
El que quisiere aprender
La destreza verdadera,
En este poco de cuerpo
Vive, quien mejor lo enseña.

Los galeotes.

BAILE III.

Juan Redondo está en gurapas,
Lampiño por sus pecados,
Porque dicen que acogió
Treinta doncellas su carro.
Por bailarle diez viudas
Se hicieron diez mil andrajos,
Empobreció mil barberos,
Dejaron barbas por saltos.
Dále, Perico murió,
Que el dar matará á los diablos,
Y por esta muerte y otras
Vino á varear pescados.
Por pedigüeño en caminos,
Es prebendado del charco;
Porque arremangó una tienda,
Porque pellizcó unos cuartos.

De adentro.

El viento salta de tierra;
Mar bonanza, cielo claro,
Zarpa ferros, toca á leva.

Suena una trompeta, y salen la Coruja y la Pironda.

P. A lindo tiempo llegamos.

Salen Juan Redondo y Santurde, uno por un lado y otro por otro, con vestidos de forzados y birretes.

Sant. Partenza en nombre de Dios.
Jua. Lleve Belcebú este cabo.
Cor. ¿Es Juan Redondo?
Pir. ¿Es Santurde?
Jua. Los dos son, menos el santo.
Oliscado me han vustedes
A personas del trabajo,
Cuerpos de alquiler parecen
Y doncellitas de á cuarto.
Cuando yo estaba en el siglo,
Pienso, si ya no me engaño,
Que las conocí á las dos
Fruteritas del pecado.
Cor. Qué poca memoria tienen
Los señores prebendados,
Graduados de Peonza,
Que andan á puro azotazo.
Pir. ¿La Pironda y la Coruja
Tan apriesa se olvidaron,
Masicorales de bolsas
Y jugadores de manos?
Jua. Pironda!
Sant. Coruja!
Jua. Hijas,
Desde que tengo este cargo,
Por vida del rey, que al fin
Soy costiller de sus bancos,
Que no he tenido más gusto.
Sant. Ni yo he tenido descanso,
Desde que empujo maderos,
Y todos los golfos rasco.
Cor. ¿No eran mejor las guitarras,
Que los calabreses largos?
Carretero fuiste, amigo,
Y en los caminos corsario.
Jua. Troqué las ventas en golfos
Y los caminos en faros,
Y las ruedas por los reinos,
Y en este capote el sayo.
Sant. Malditas sean las ballenas,
Y benditos sean los asnos,
Aunque en él á puras pencas,
Se torne el verdugo cardo.
Mulas pido y no delfines,
Salmones trocaré á grajos.
Jua. Lloro por el *arre*, hija,
En oyendo estos vocablos:
Cala, remos, pasa, boga,
Iza, canalla, á lo alto;
¿En dónde estás, carro mio,
Que no te duele mi agravio?
Sant. O no lo sabes sin duda,

O eres ya desleal carro.
Pir. ¿Háse olvidado el bailar
Entre duelos y quebrantos?
Sant. Quien bien baila, tarde olvida.
Jua. Bailaré mortificado.
Puede tanto el natural,
El sol, la mudanza, el garbo,
Que bailamos el azote,
La galera y el trabajo.
Cor. Mientras la prima rendida
Se llega, señor hidalgo,
Vaya un poco de galera.
Sant. Pues cante y mande nuestro amo.
Un bailarin por comitre con un pito, y cantan los músicos.
Cuando amor quiere mandar
A los amantes remar,
Como comitre maldito,
Lo primero toma el pito,
Que lo primero es pitar.
Y cuando el amante espera
Que ha de estar el pito mudo,
Porque estén de su manera,
Siendo el comitre desnudo,
Dice á todos: ropa á fuera.
Quítanse todos la ropa.
¡Ah! chusma, ropa afuera,
Ropa afuera, canalla,
Vayan fuera esas ropas,
Vengan acá esas sayas.
Calar remos á una,
Que el amante que guarda,
Es menester que reme,
Que la pobreza es calma.
Entren los espalderes
Con una boga larga,
Saluden sin trompetas
A nuestra capitana.
Píquese más la boga,
Que vamos dando caza,
Porque nos den cambrayes,
Y diamantes y holandas.
Un dadivoso siento,
Soplar por las espaldas;
Hágasele trinquete,
Entena, mola y gavia.
Dadle todas las velas
A quien dá y á quien paga;
Y sáltenle candiles
A quien ahorra y guarda.
Haced el caro al rico,
No hagais al pobre cara,
Iza, Cornara, iza,
Dá el timon á la banda.
Orza, puja en el precio,
Que corremos borrasca;
Guárdate de los secos
De condicion avara.
Y si fueron de oro,
Entrate por las barras.
Quién dá en viejas dá en tierra.
Ese pobre se encalla;
Quien dá en niñas de quince,
Asegura su barca.
Puerto-Rico es buen puerto,
Que los demás son playa.
Para vanas y locas
El Morro de la Habana.
Bailaremos, amaina, amaina.
Pasa, boga, canalla.
Haz tu curso, niña,
Si es que navegas,
No de puerto en puerto,
De puerta en puerta.
De los mercaderes
A los plateros,
Para sacar oros
Echa tus ferros.
No navegues nunca
Con los levantes,
Que ponientes de casa
Son buenos aires.
Bajelito nuevo
Ay, que me anego.
Ay, que me ahogo.
Y me matan las velas
A puros soplos.
Aires mejicanos,
Venid y llevadme,
Que los aires sin blanca

Son malos aires.
Ay, que me ahogo,
Y me matan las velas
A puros soplos.
Ay, que me anego,
Bajelito nuevo,
Ay, que me anego.
Fragatica nueva,
Que vas buscando,
Remolinos de pajes
Y de lacayos.
Galeon tusona,
Ten desde luego,
La carrera de Indias
Por tu paseo.
Ay, que me anego.
Bajelito nuevo.
Ay, que me ahogo,
Y me matan las velas
A puros soplos.

Los sopones de Salamanca.

BAILE IV.

Un licenciado fregon,
Bachiller de mantellina,
Grande réplica en la sopa,
Grande argumento en Esquibias.
De noche es el quidan pauper,
Es el domine de dia,
Si le convidan bonete,
Gorra sino le convidan.
En vademecum de pez,
Lleva leccion de las viñas,
Discípulo á todas horas
De Platon y de Escudilla.
Lleva por cuello, y por puños
Sus asomos de camisa,
Talle de arrasar habares,
Cara de engullir morcillas.
Con un ferreruelo calvo,
Y una sotana lampiña
De un limiste desbarbado
Entre capon y polilla.
Muy atusado de bragas,
Muy único de camisa,
Para el bodegon Escoto
Para la estafa Tomista.
A recibirle salió,
El señor se lo reciba,
Para las noches muy ama,
Para las compras muy sisa.
Catalina de Perales,
Una gallega maldita,
Mas preciada de perniles,
Que Rute y Algarrobillas.
Muy poco culta de caldos
Por su claridad infinita,
Abreviadora da trastos
Dentro de una almondiguilla.
Y para carnero verde
Mujer de tan alta guisa,
Que aun á la Libra del cielo
Hurtara la media libra.
Arrufaldada de cara,
Y arrufianada de vista
Y la color y el aliento
Entre cazuela y salchicha.
Y porque oyendo latin,
La conozca por la pinta,
La canto muy cicerona
Esta comezon latina:
Pulgas me pican
El candil está muerto,
Ergo sequitur sequitur,
Que me pican á tiento.
Pulgas tengo, no hay dudar;
Y si me dejo picar,
Es de los que dan en dar,
Y con dineros replican.
Pulgas me pican,
El candil está muerto,
Ergo sequitur sequitur,
Que me pican á tiento.

Al cosido y bien manchado,
Lo que dicen hecho pizcas,
De sus zapatos morcillos
Apeó sus patas mismas,
Martinez de Colombreras,
Del bodegon porcionista,
Catedrático de sesto
En casa de sus vecinas.
Quien para dar madrugon
En la posada que habita,
Mejor entiende en España
Las leyes de la partida.
En las vacantes de negra
Rige cátedra de prima,
Y en materia de Digesto
Hombre que nunca se ahita.
La Monda viene tras él,
Encarnizada la vista
Si así guisara las ollas
Mas medraran las barrigas.
Tan aliñada de bodrios,
La vez que mondongoniza,
Que lo que en las tripas echa,
Despues hace echar las tripas.
A las orillas de Tormes
Los topó su señoría,
Que el título de corona
Ya de título se pica.
Con un cañuto de sal,
Y en un pan unas sardinas,
Presentaron la batalla
A un melonar y una viña.
Y en tanto que el viñadero,
O se ausenta, ó se desvía,
Por amartelar los grumos,
Cantaron esta letrilla:
Uva, si quieres subir
A la cabeza despues,
Hante de pisar los piés
Que no hay medrar sin sufrir.
Uva, déjate pisar,
Si quieres ser estimada,
Sino, veraste picada,
O dejaránte pasar.
Ysi quieres preferir
Tu humildad á cuantos ves,
Hante de pisar los piés,
Que no hay medrar sin sufrir.
Y porque el melon sabroso
No sienta, que no le digan,
Esta mortificacion,
Le cantaron con malicia:
Qué hinchado y qué fanfarron
Entre las ramas habita,
Pues sepan que fué pepita,
Aunque ya le ven melon.
La fortuna que le trata,
Y con su verdor se huelga,
Si no madura, le cuelga;
Y si madura, le cata.
Dícenme que la hinchazon,
Por verdad nos la acredita,
Pues sepan que fué pepita,
Aunque ya le ven melon.
Todas son burlas pesadas,
En llegando el comprador,
Pues cuanto fuere mejor,
Más presto le harán tajadas.
Beso llama á la traicion
Del que su fin solicita,
Pues sepan que fué pepita,
Aunque ya le ven melon.
Los que á su olor desalados
Andan como lisonjeros,
Son los que por sus dineros
Le han de comer á bocados.
Lo escrito del cortezon,
Viene á ser sentencia escrita;
Pues sepan que fué pepita,
Aunque ya le ven melon.

Cortes de los bailes.

BAILE V.

Hoy la trompeta del juicio
De los bailes de este mundo,
Al parlamento los llama
Que en Madrid celebra el gusto.
La trápala y la chacota,
La harbora y el remusgo,
La carcajada y el vicio,
Quieren variar el rumbo.
Los padres del regodeo,
El bureo de los guros;
Para remudar de bailes,
Convocan los reinos juntos.
El ay, ay, ay, los lastima,
Tan dolorido y tan mustio;
Escarraman los congoja,
Preciado de la de puño.
Al rastro por presumido
De sabrosos desconjuntos,
Ya no le pueden sufrir
Las castañetas y el vulgo.
La Capona solitaria,
Y el tabaco dado en humo,
Por las malas compañías,
han perdido de su punto.
Y para que se mantengan
Con movimiento sin susto,
El apetito los llama
A inventar nuevos columpios.
Ya por la imperial Toledo
Parlándolo viene el Tufo,
El Rastro viejo y Rastrojo
Amenazan con los bultos.
Gusto y valentía,
Dinero y juego,
Todo se halla en la plaza
Del Rastro viejo.
Dígalo Rastrojo,
Que de valiente,
A puñadas come,
Y á coces bebe.
Por la competencia antigua,
Tras ellos despachó Burgos
á Inés, la mal degollada,
La melindrosa de tumbos.
Héla, héla por do viene,
Armada de enagua en puños,
Pues con un Ronquillo alcalde
Prenden sus tonos á muchos.
Armado se está en Utrera
Ese buen Miguel de Silva,
Flor de todas las altanas,
Y el que otras flores marchita.
Y por no callar con sorna,
Sin que se entreven avispas,
A Juan Malliz pone al lado,
Que es mohador de la chicha.
El murciélago de palo
Lleva colgado en la cinta,
Para que los sopetones
Se detengan si le atisban.
Por Sevilla Escarraman
Muy atufado y muy turbio,
Con la Mendez á las ancas,
Bailaron nuevos insultos.
Esc. Si tienes honra la Mendez,
Si me tienes voluntad,
Forzosa ocasion es esta
En que lo puedes mostrar.
Mend. Si te han de dar más azotes
Sobre los que están atrás,
O estarán unos sobre otros,
O se habrán de hacer allá.
Muy lampiña la Capona,
Y con ademanes brujos,
Por Córdoba y por el Potro,
Viene calzada de triunfos.
Esta es la Capona, ésta,
La que desquicia las almas,
La que sonsaca los ojos,
La que las joyas engaita.

Esta bate por moneda
Lo que mira y lo que baila,
Capona que á todo son
Ya se le sube á las barbas.
Viene á votar por Jaen
Marianilla la que supo,
Al encontrar con sus marcas
Garlar en la venta puro.
Ya se salen de Alcalá
Los tres de la vida airada;
El uno es Anton de Utrilla,
El otro Ribas se llama.
En la venta de Viveros
Encontraron con sus marcas,
Allí habló Marianilla,
Como iza más anciana;
Hételo por dónde viene
Entre zambo y entre zurdo,
Juan Redondo por la Mancha,
Carretero cejijunto.
Hételo por do viene
Mi Juan Redondo,
Hételo por do viene,
No viene solo.
Y como padre de todos,
Y Adan de tanto avechucho,
El valiente Escarraman
De esta manera propuso:
Están ya nuestros meneos
Tan traidos y tan súcios,
Que conviene que inventemos
Novedades de buen gusto.
Los movimientos traviesos,
Estoy haciendo discurso,
De quién los aprenderemos
Más vivos y menos burdos.
¿De los locos?
No me agrada.
¿De los bravos?
Abrenuncio.
1. Yo de los endemoniados
Lo más que he bailado estudio.
2. No en balde te hacen guerra
Exorcismos y conjuros.
Ésc. si se han de estudiar meneos,
Ademanes, despachurros
Nuevos de risa y picantes,
Con tembladeras de muslos.
Yo digo que los tomemos
De las cosquillas por hurto.
1. Yo le sigo, yo lo apruebo.
2. Yo concurro, yo concurro.
Esc. Pues no hay sino cosquillar,
Cosquíllese todo el mundo;
Hijos, tocad á cosquillas,
Que ya las siento y me punzo.
Mus. Todo hombre es concebido
En cosquilla original,
Quien no las tiene en los lados,
Las tiene en el espaldar.
Hay cosquilla cabriola,
Hay cosquilla mazorral.
Del concomo y del gritillo,
Con su poquito de ay.
Hay cosquilla de pellizco
Y cosquilla de arañar,
Cosquillas de palpaduras,
Y cosquillaza mental.
Hay cosquillones barbados
En hombres de mucha edad,
Que les están como al diablo,
La cruz y el libro misal.
Cosquillas hay mariconas
De risa con humedad,
Cosquillas en vergonzantes,
Que andan de noche no mas.
Cosquillas se usan postizas,
Como pantorrillas ya;
Quien de suyo no las tiene,
Las compra donde las hay.
Siempre ha tenido Morales
Cosquillas en el lugar,
Mas la señora Jusepa
No las consintió jamás.
Hay cosquillas pequeñitas,
De las que con ademan
Dicen lo de la ventana
Y haránme desesperar.
Para lo que se ofreciere
Advierta todo mortal,

Que no sufrimos cosquillas, Y las hacemos saltar.

Las sacadoras.

BAILE VI.

En los bailes de esta casa
Se advierte á todo cristiano,
Que han de sacar las mujeres,
Que el hombre ha de ser sacado.
A sacar parto animosa
Con mil uñas en dos manos;
Empezad mis castañetas,
A requebrar los ochavos.
Ladrad aprisa al dinero,
Mis gozquecitos de palo,
Ladrad y morded rabiosos
A las bolsas y á los gatos.
Doblad por los avarientos,
Toca á nublo por bellacos,
Repicad por dadivosos,
Tañe á fuego por muchachos.
Enterneced el dinero,
Bien encaminados brazos,
Haced en las faltriqueras
Cosquillas á los dos lados.
Dar pasos hácia el dinero,
Es andar en buenos pasos;
La mejor vuelta cadena;
Brinco de oro el mejor salto.
No porque salgo despues,
Menos pido y menos bailo,
Sacaros á todos quiero
Real á real y cuarto á cuarto.
Castañetaza frisona
Son las armas que señalo,
Concomo de medio arriba,
Bullido de medio abajo.
Quisiera que fueran Judas
Cuantos bailarines hallo,
Que aun no me parecen mal
Con bolsas los ahorcados.
Allá voy con baile nuevo,
Que Escarraman y los bravos,
La Coruja y la Carrasca,
Ponen miedo á los ancianos.
Yo bailo á la perinola,
Y en cuatro letras señalo
Saca y pon y deja y todo;
Con que robo por ensalmo.
Yo los quiero relojes,
Y no muchachos.
Que me den cada hora,
Y aun cada cuarto.
El reloj que me ha de dar,
Y á quien tengo de querer,
Cuatro horas ha de tañer,
De comer y de cenar,
De vestir y de calzar,
Sino, luego le descarto.
Yo los quiero relojes,
Y no muchachos.
Reloj, que sin cuartos diere
Horas muy bien concertadas,
Ese dá horas menguadas,
Triste de la que le oyere;
El que cuartos no tuviere,
Si tiene ochavos es harto.
Yo los quiero relojes,
Y no muchachos.

Sale otra.

Ya que mis dos hermanitas,
A sacar se adelantaron,
Mientras os sacan las dos,
Yo como indigna os sonsaco.
Reverencia os hace el alma,
Ved que reverencia os hago,
Que pudiera en un convento
Ser paternidad á ratos.
El caballero que dá,
Es caballero y le danzo;
Quien guarda es el caballero,
Que de noche le mataron.
Al villano se lo dan,

Y quien no dá es villano;
Enviarle enhoramala
Despues de zapateado.
Hágase rajas conmigo,
En un baile de contado,
El más pesado de piés
Y más liberal de manos.
La mejor mudanza
Es la que hago,
Del señor don Prometo,
A Pero traigo.
Sale el bailarin.
Sacarme de mis casillas
Ha podido vuestro encanto;
Mas sacarme mi dinero,
Hijas, es negocio largo.
Despues que cuestan dinero,
No estimo, aunque más preciados,
En el baile de los negros,
Estos bailes de los blancos.
Baile por baile me trueco,
Gracia por gracia me cámbio;
Mas dotar mis castañetas,
No lo haré, pues no las caso.
Para con vustedes,
Yo soy de Ocaña,
Mas para con vustedes,
Soy de la Guarda.
Tiene mi morena
Los ojos negros,
Téngase ella sus ojos,
Yo mis dineros.
El quitarme el dinero
Y enamorarme,
No es matarme de amores,
Sino de hambre.
Dame, dijo la niña,
Pidiendo en tiple,
Pero yo por no darla,
La dí en el chiste.
Bien sin alma quedas
Esta jornada,
Pues tras mi dinero
Se te vá el alma.

Los nadadores.

BAILE VII.

Salen dos mujeres bailando y cantando.

El que cumple lo que manda,
Anda, anda, anda, anda.
Quien de ordinario socorre.
Corre, corre, corre, corre.
El que regala y no cela,
Vuela, vuela, vuela, vuela.
Quien guarda, cela y enfada,
Nada, nada, nada, nada.

Músicos.

Al agua, nadadores,
Nadadores, al agua,
Alto á guardar la ropa,
Que en eso está la gala.
En el mar de la corte,
En los golfos de chanzas,
Donde tocas y cintas
Disimulan escamas,
Es menester gran cuenta,
Porque á veces se atascan
En enaguas y ovas,
Nadadores de fama.
Tiburon afeitado
Anda por esas plazas,
Armado sobre espinas,
Vestido sobre garras.
Acuéstanse lampreas,
Sirenas se levantan,
Son mero en el estrado,
Son mielgas en la cama.
Ya cóngrio con guedejas,
Delfin con arracadas,
Que pronostican siempre
Al dinero borrascas.

Vereis unos atunes,
Cargados de oro y plata,
Con mantos de soplillo
Vendiendo las hijadas.
Tapadas de medio ojo
Cada punto se hallan.
Abadejos mujeres
Arremedando caras.
El rico es el bonito,
El pobre es la pescada,
Las truchas son las hijas,
Las madres son las zarpas.
Merluzas son las lindas,
Y por salmon se pagan;
Comedlas como pulpos,
Azotes son su salsa.
Ballenas gordiviejas,
Corto cuello y gran panza,
Muchachuelos sardinas,
De ciento en ciento tragan.
Guárdese todo el mundo;
Porque quien no se guarda,
Se le comen pescados
Con verdugado y sayas.
Los amores, madre,
Son como huevos,
Los pasados por agua
Son los más tiernos.
Leandro en tortilla,
Estrellado Hero;
Los pobres perdidos,
Los ricos revueltos.
Los celosos fritos,
Asados los necios,
Los pagados dulces,
Los sin blanca hueros.
El amor es nadador,
Desnudo y desnudador;
El amar es pues nadar,
Desnudar y desnudar.
Al agua no la temen
ni mis brazos ni espalda,
Mi gaznate está solo
Reñido con el agua.
Yo soy pez de la boca,
Yo soy tenca de Illana.
Y soy el peje osorio,
Y el barbo de la barba.
De Sahagun soy cuba,
De San Martin soy taza;
Soy alano de Toro,
Y soy de Coca Marta.
Soy mosquito profeso,
Soy aprendiz de rana;
De taberna y de loco,
Tengo el ramo, que basta.
Zambúllete, chiquilla,
Que por chica y delgada,
Pasarás por anchoa
Para las ensaladas.
Oh, cómo se chapuzan;
Qué sueltos se abalanzan
Y con el rostro y brazos
Las corrientes apartan.
Ya nadan de bracete,
Ya solo un brazo sacan,
Ya como segadores,
Cortan la espuma blanca.
De espaldas dan la vuelta,
Hechos remos las palmas;
La vuelta de la trucha
Es la mejor mudanza.
Llegan al remolino,
Juntos los arrebata,
Las ollas se los sorben,
Las ondas los levantan.
Cuatro bajeles vivos
Parecen en escuadra,
Que al amor que los lleva
Le vienen dando caza.
Ahogóse el cuitado,
Salada muerte traga,
A coces y á rapiñas
A la orilla le sacan.
Si á nadar
Otra vez entrare en el mar,
Aunque todos me embelequen,
Las tabernas se me sequen,
Y se me llueva el tragar.
La que nada con poeta,

Con mancebito veleta,
Bailarin de castañeta,
Godo y peto, y todo trazas,
Nadará con calabazas.
La que nada con mirlados,
Carininfos y azufrados,
Nécios, pobres é hinchados,
No nada entre cuello y ligas,
Esa nada con vejigas,
La que nada con pelones
Y trueca dones en dones,
El paseo por doblones,
La cadena por la soga,
Esa nadando se ahoga.
Los amores madre,
Son como huevos;
Los pasados por agua
Son los mas tiernos.
Leandro en tortilla,
Estrellado Hero,
Los pobres perdidos,
Los ricos revueltos.
Los celosos fritos,
Asados los necios,
Los pagados dulces,
Los sin paga hueros.

Boda de pordioseros.

BAILE VIII.

A las bodas de Merlo,
El de la pierna gorda,
Con la hija del ciego
Marica la Pindonga,
En Madrid se juntaron
Cuantos pobres y pobras
A la fuente del Piojo,
En sus zahurdas moran.
Tendedores de rasa,
Bribones de la sopa,
Clamistas de la fiesta,
Y mil zampa limosnas.
Vino el esposo huero,
Muy marido de cholla,
Muy sombrero á la fiesta,
Y al banquete muy gorra.
El dote de palabra,
Y las calzas de obra,
De contado la suegra,
Y en relacion las joyas.
La novia vino rancia,
Muy necia y poco moza,
Y sobre su palabra
Doncella como todas.
Llevaba almidonada
La cara, y no la toca;
Gesto como quien prueba
Marido por arrobas.
Sentáronse en un banco,
Cual si fuera de popa,
Que el matrimonio en pobres
Es remo con que bogan.
Cuando por una calle
El Manquillo de ronda
Entró dando chillidos,
Recogiendo la mosca.
Dénme nobles cristianos,
Por tan alta señora,
Ansí nunca se vean,
Su bendita limosna.
Columpiado en muletas,
Y devanado en sogas,
Juanazo se venia
Profesando de horca.
En un carretoncillo,
Y al cuello unas alforjas,
Pallares con casquete,
Y torcida la boca.
Y el Ronquillo á su lado,
Fingiendo la temblona,
Cada cual por su cera
Desataron la prosa.
Y levantando el grito,
Dijeron con voz hosca,

Lo del aire corruto,
Y aquello de la hora.
Con sus llagas postizas
Arenas el de Soria
Pide para una bula,
Que eternamente compra.
Romero el estudiante
Con sotanilla corta,
Y con el quidam pauper,
Los bodegones ronda.
Con niños alquilados,
Que de contínuo lloran,
A poder de pellizcos,
Por lastimar las bolsas,
La taimada Gallega,
Mas bellaca, que tonta,
Entró de casa en casa,
Bribando la gallofa.
Devanada en la manta
La irlandesa Polonia,
Con pasos tartamudos,
Y con la lengua coja.
Resollando mosquitos,
Y chorreando monas,
Hablaba de lo caro
Con acentos de coca.
Tapada de medio ojo
En forma de acechona,
Con el *ce caballero*,
Y un poco la voz honda.
Pide una vergonzante
Con una estafa sorda,
Para un marido preso,
Con parte que perdona.
En figura de ciega,
Angela la Pilonga,
Tentando como diablo
Con un bordon asoma.
Manden rezar, señores,
De la Vírgen de Atocha;
Del Angel de la Guarda,
La plegaria sea sorda.
Luego puestos en rueda
Llegan todos y todas
A dar las norabuenas,
Que malas se las tornan.

1. Que se gocen vustedes muchos años,
Y que les dé Dios hijos, si quisiere;
Y si ven que se tarda mucho en darlos,
Que, como se usa ahora,
Los busque en otra parte la señora.
2. Sea para bien de todos los vecinos,
Y si acaso pudieren,
Gócense por ahí con quien quisieren.
3. De vustedes veamos
Hijos de bendicion.
1. Son, si lo apuras,
Hijos de bendicion, hijos de curas.
Muj. 1. Dios sabe lo que siento,
Ver á vusté casado,
Pudiendo sin la ce, quedar asado.
Muj. 2. En el alma me pesa, amiga mia,
El verte maridada;
Pues para mi traer siempre he querido,
Que antes de ser venido, sea marido.
4. A todos el juntaros satisfizo.
Novia. Descanse en los infiernos quien lo hizo.
3. Suegra tienes, que al diablo te dé dotes,

Novio. Pues Dios me la reciba como azotes.
2. Que ya no hay que tratar, buena es la moza,
Y pues corre la edad, ande la loza.
Aquí no hay quien lo atisbe.
2. Amigos, toda plaga vaya fuera,
Y aclare su tramoya limosnera.

Cantan y bailan.

Malito estaba, y malo estoy,
Y malo me quedo, y malo soy.
Yo me llamo Perico
De la Gallofa,
Carretero corsario
De la limosna.
Hay lisiados que piden
A cuantos quieren,
Y muchachas lisiadas
Por pedir siempre.
Dios le ayude, hermano,
Dicen algunos,
Como si el mendigo
Fuera estornudo.
Pobres de calcilla,
Cuello y cadena,
Piden más con billetes,
Que con muletas.

Los borrachos.

BAILE IX.

Echando chispas de vino,
Y con la sed borrascosa,
Lanzando en ojos de Jepes,
Llamas del tinto de Coca.
Salen de blanco de Toro,
Hechos reto de Zamora,
Ceñidas de Sahagun
Las cubas, que no las hojas.
Mondoñedo el de Jerez,
Tras Ganchoso el de Carmona,
De su majestad de Baco
Gentiles hombres de boca.
Los soldados mas valientes,
Que en esta edad enarbolan,
En las almenas del brindis,
Las banderas de las copas.
A meterles en paz salen
La Escobara y Salmerona,
Fénix del gusto la una,
Cisne del placer la otra.
Dos mozas de carne y hueso,
No de las de nieve y rosa,
Que gastan á los poetas
El caudal de las auroras.
Haya paz en las espadas,
Dicen, pues guerra nos sobra
En las plumas de escribanos,
Malas aves españolas.
De la campaña los sacan,
De donde se van ahora
A enterrar en la taberna
Más cuerpos que en la parroquia.
Envainan, y en una ermita
Beben ya amigos con sorna
Su pendencia hecha mosquitos
Aquí paz y despues gorja.
Más vino han despabilado,
Que en este lugar la ronda;
Que un mortuorio en Vizcaya,
Y que en Ambers una boda.
Tan gran piloto es cualquiera,
Que por su canal angosta
Al galeon San Martin
Cada mañana le emboca.
Siendo borrachos de asiento,
Andan ya de sopa en sopa,
Con la sed tan de camino,
Que no se quitan las botas.

Vino y valentía
Todo emborracha;
Más me atengo á las copas,
Que á las espadas.
Todo es de lo caro,
Si riño ó bebo,
O con cirujanos
O taberneros.
Sumideros del vino,
Temed sus tretas,
Que apuntando á las tripas,
Dá en la cabeza.
Ya los prende la justicia,
Que en Sevilla es chicha y poca,
Donde firman la sentencia,
Al semblante de la bolsa.
Sajóles el escribano
De plata algunas ventosas,
Con que bajó luego al remo
El pujamiento de soga.
Ya los llevan y las hembras
Van siguiendo sus derrotas,
Cantando por el camino
Por divertir la memoria;
Cuatro erres esperan
Al bien de mi vida,
En llegando á la mar;
Ropa á fuera, Rasura,
Reñir y remar.
Llegan al salado charco,
En donde los vientos dan
A las nubes en las olas
Cintarazos de cristal.
Ya los hacen eslabones
De la cadena real,
Que son las más necesarias
Joyas de su majestad.
Van embarcando á la gente,
Y con forzosa humildad
A su comitre obedecen,
Que así diciendo les va:
Ropa á fuera, Rasura,
Reñir y remar.

Las estafadoras

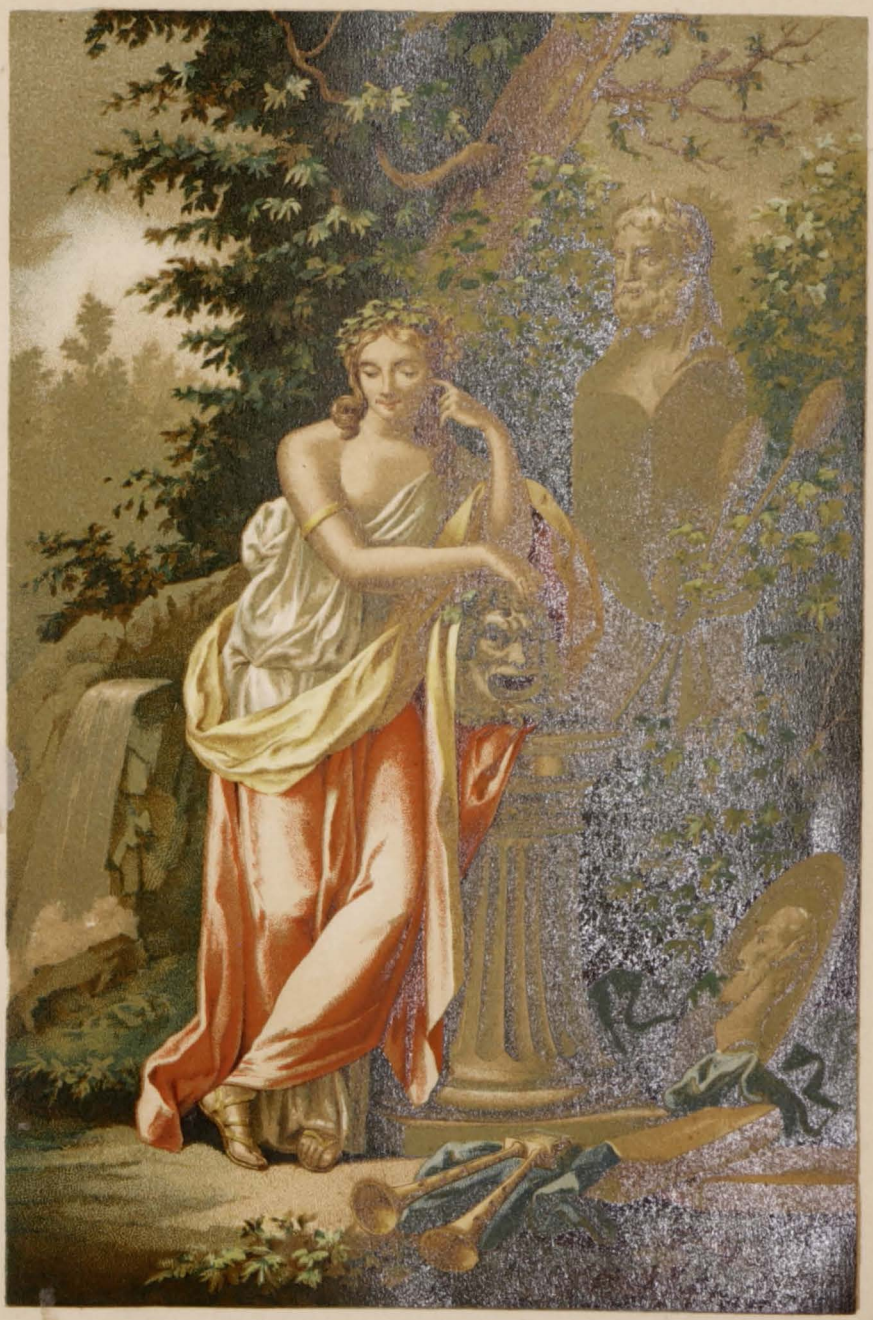
BAILE X.

Allá va con su sombrero,
Que lleva por lo de Flandes,
Más plumas, que la provincia,
Más corchetes que la cárcel.
Va con pasos de pasion
De crucificar amantes
Y con donaires sayones
Que los dineros taladren.
El talle de no dejar
Aun dineros en agraces;
Aire de llevar la bolsa
Al más guardoso en el aire.
En los ojos trae por niñas
Dos mercaderes rapantes,
Que al rico avariento cuentan
En el infierno los reales.
Dos demandas por empresa,
Con una letra delante:
Mujer que demanda siempre,
Satanás se lo demande.
Lleva en sus manos y dedos
A todos los Doce Pares,
Galalones por las uñas,
Y por la palma Roldanes.
Una pelota en su pala
Lleva, y escrito delante.
Ha de quedar en pelota,
Quien me dejare que saque.
Y para que se acometan,
Y las viseras se calen,
Los pífanos y las cajas
Confusas señales hacen.
Tan, tan, tan, tan,
Tan pobres los tiempos van,
Que piden y no nos dan,
Dan, dan, dan, dan.

No de punta en blanco
Van armadas ya,
Mas de puño en blanca,
Y de puño en real.
Botes de botica
No hacen tanto mal,
Como los de uña,
Que en las tiendas dan.
No sabe en su Tajo
El bolson nadar,
Viejas remolino,
Sorben su caudal.
Del uñas abajo
¿Quién se esconderá?
Del uñas arriba
No basta volar.
Tan, tan, tan, tan,
Tan pobres los tiempos van,
Que piden y no nos dan,
Dan, dan, dan, dan.

«Suspender quiso su canto
Terpsícore aquí, depuesto
Su instrumento, porque tanto
Peligra en ser como el llanto
Ansí el deleite molesto.»





MUSA VI-TALIA.



TALÍA.

MUSA VI.

CANTA POESIAS JOCO-SÉRIAS, QUE LLAMÓ BURLESCAS EL AUTOR; ESTO ES, DESCRIPCIONES GRACIOSAS, SUCESOS DE DONAIRE, Y CENSURAS SATÍRICAS DE CULPABLES COSTUMBRES; CUYO ESTILO ES TODO TEMPLADO DE BURLAS Y DE VERAS.

Burlas canto, y grandes veras
Miento, que yo siempre he sido
Sermon stoico, vestido
De máscaras placenteras.

De el donaire en mi ficcion
Cuide pues, quien fuere sábio,
Que lo dulce, sienta el labio,
Y lo acedo el corazon.

Encarece los años de una vieja niña.(1)

SONETO I.

ANTES que el repelon, eso fué antaño;
ARas con ras de Cain, ó por lo menos
La quijada que cuentan los morenos,
Y ella, fueron quijadas en un año.
Secula seculorum es tamaño
Muy niño, y el diluvio con sus truenos;
Ella y la sierpe son, ni más ni menos;
Y el rey que dicen que rabió, es ogaño.
No habia á la estaca preferido el clavo,

(1) «Es imitacion de epígramas griegos y latinos.»

Ni las dueñas usado cenojiles;
Es más vieja que préstame un ochavo.
Seis mil años les lleva á los candiles,
Y si cuentan su edad de cabo á cabo,
Puede el guarismo andarse á buscar miles.

A una nariz. (1)

II.

Erase un hombre á una nariz pegado,
Erase una nariz superlativa,
Erase una nariz sayon y escriba,
Erase un peje espada muy barbado.
Era un reloj de sol mal encarado,
Erase una alquitara pensativa,
Erase un elefante boca arriba,
Era Ovidio Nason más narizado.
Erase un espolon de una galera,
Erase una pirámide de Egipto,
Las Doce Tribus de narices era.
Erase un naricísimo infinito,
Muchísimo nariz, nariz tan fiera,
Que en la cara de Anás fuera delito.

La plaza de Madrid, cuando nueva, envidia la ventura que cuando vieja habia tenido.

III.

Mientras que fuí tabiques y desvanes,
Desigual en cimiento y azotea,
Tela fina en lacayos fué librea:
Ya no me puedo hartar de tafetanes.
Hoy hermosa me faltan los galanes,
Y el silbo bien bebido me torea;

(1) «Los epigramatarios griegos tropezaron mucho en las narices grandes y así fatigaron con no poca agudeza á los narigudos muchas veces.

En el libro II de la *Anthologia*, cap. 13, se hallarán buen número de epigramas que prestaron el argumento á éste, y conceptos tambien. Así se espresa el colector de la edicion de 1648; por nuestra parte dimos ya alguna noticia de este soneto en la biografía de Quevedo, que hallará el lector al final del tomo primero de las obras en prosa.

En dicho lugar advertimos ya que fué escrito en la villa del Fresno, cuando se ocupaba Quevedo en dar la última mano á las *Zahurdas de Pluton*, y que la persona aludida era un capellan del pueblo, de descomunales narices á quien pudo ver y tratar el poeta satírico. Todo el enfado que naturalmente mostró el bueno del capellan, no impidió el que sea este soneto uno de los mas celebrados del ingenio madrileño.

Yo tuve la ventura de la fea,
Como la pronostican los refranes.
Tan sola siempre, tan á pié me hallo,
Que vueltos en andrajos los rejones,
Tengo [1] el fuego de Troya, no el caballo.
Los bravos son mis altos y escalones,
No los toros, pues tengo, y no lo callo,
Más hombres enterrados, que en balcones.

A las sillas de manos, cuando iban acompañadas de muchos gentiles hombres.

IV.

Ya los pícaros saben en Castilla,
Cuál mujer es pesada y cuál liviana,
Y los bergantes sirven de romana
Al cuerpo, que con más diamantes brilla.
Ya llegó á tabernáculo la silla,
Y cristalina el hábito profana
De la custodia, y temo que mañana
Añadirá á las hachas campanilla.
Al trono en correones las banderas
Ceden en hacer gente, pues que toda
La juventud ocupan en hileras.
Una silla es pobreza de una boda,
Pues empeñada en oro y vidrieras,
Antes la honra, que el chapin se enloda.

Mujer puntiaguda con enaguas.

V.

Si eres campana, ¿dónde está el badajo?
Si pirámide andante, vete á Egipto;
Si peonza al revés, trae sobrescrito;
Si pan de azúcar, en Motril te encajo.
Si chapitel, ¿qué haces acá abajo?
Si de disciplinante mal contrito
Eres el cucurucho y el delito,
Llámente los cipreses arrendajo.
Si eres punzon, ¿por qué el estuche dejas?
Si cubilete, saca el testimonio,
Si eres coroza, encájate en las viejas.

(1) «Alude á cuando se quemó.»

Si buida vision de San Antonio,
Llámate doña embudo con guedejas,
Si mujer, dá esas faldas al demonio.

Hastío de un casado al tercero dia.

VI.

Anteayer nos casamos, hoy querria,
Doña Perez, saber ciertas verdades;
Decidme, ¿cuánto número de edades
Infunda el matrimonio en solo un dia?
Un anteayer soltero ser solia,
Y hoy casado un sin fin de navidades
Han puesto dos marchitas voluntades,
Y más de mil antaños en la mia.
Esto de ser marido un año arreo,
Aun á los azacanes empalaga,
Todo lo cotidiano es mucho y feo.
Mujer que dura un mes, se vuelve plaga;
Aun con los diablos fué dichoso Orfeo,
Pues perdió la mujer que tuvo en paga.

Casamiento ridículo.

VII.

Trataron de casar á Dorotea
Los vecinos con Jorje el extranjero,
De mosca en masa gran sepulturero,
Y el que mejor pasteles aporrea.
Ella, es verdad que es vieja, pero fea;
Docta en endurecer pelo y sombrero;
Faltó el ajuar y no sobró dinero,
Mas trújole tres dientes de librea.
Porque Jorge despues no se alborote,
Y tabique ventanas y desvanes,
Hecho tiesto de cuernos el cogote;
Con un guante, dos moños, tres refranes,
Y seis libras de zarza, llevó en dote
Tres hijas, una suegra y dos galanes.

Prefiere la hartura y sosiego mendigo, á la inquietud magnífica de los poderosos. (1)

VIII.

Mejor me sabe en un canton la sopa,
Y el tinto con la mosca y la zurrapa,
Que al rico que se engulle todo el mapa,
Muchos años de vino en ancha copa.
Bendita fué de Dios la poca ropa,
Que no carga los hombros y los tapa;
Más quiero menos sastre, que más capa,
Que hay ladrones de seda, no de estopa,
Llenar, no enriquecer, quiero la tripa,
Lo caro trueco á lo que bien me sepa,
Somos Píramo y Tisbe, yo y mi pipa.
Más descansa quien mira, que quien trepa,
Regüeldo yo, cuando el dichoso hipa,
El asido á fortuna, yo á la cepa.

Túmulo de la mujer de un avaro que vivió libremente, donde hizo esculpir un perro de mármol, llamado Leal.

IX.

Yacen en esta rica sepultura,
Lidio con su mujer Helvidia Pada,
Y por tenerla solo, aunque enterrada,
Al cielo agradeció su desventura.
Mandó guardar en esta piedra dura,
La que de blanda fué tan mal guardada:
Y que en memoria suya, dibujada
Fuese de aquel perrillo la figura.
Leal, el perro que mirais, se llama,
Pulla de piedra al tálamo inconstante,
Ironía de mármol á su fama.
Ladró al ladron, pero calló al amante,
Así agradó á su amo y á su ama;
No le pises, que muerde, caminante.

(1) «Está aquí además cuidada la gracia, en la forma misma de los consonantes; como así tambien en otros de estos sonetos.»

Epitafio de una dueña, que idea tambien puede ser de todas.

X.

Fué más larga, que paga de tramposo;
Más gorda, que mentira de indiano;
Más súcia, que pastel en el verano;
Más necia y presumida, que un dichoso.
Más amiga de pícaros, que el coso;
Más engañosa, que el primer manzano;
Más que un coche alcahueta, por lo anciano;
Más pronosticadora que un potroso.
Más charló, que una azuda y una aceña;
Y tuvo más enredos que una araña;
Más humos, que seis mil hornos de leña.
De mula de alquiler sirvió en España,
Que fué buen noviciado para dueña,
Y muerta pide, y enterrada engaña.

Desnuda á la mujer de la mayor parte agena que la compone.

XI.

Si no duerme su cara con Filena,
Ni con sus dientes come, y su vestido
Las tres partes le hurta á su marido,
Y la cuarta el afeite le cercena;
Si entera con él come y con él cena,
Mas debajo del lecho mal cumplido,
Todo su bulto esconde reducido
A chapinzanco y moño por almena:
¿Por qué te espantas, Fabio, que abrazado
A su mujer la busque y la pregone,
Si desnuda se halla descasado?
Si cuentas por mujer lo que compone
A la mujer, no acuestes á tu lado
La mujer, sino el fardo que se pone.

A una fea y espantadiza de ratones.

XII.

¿Lo que al raton tocaba, si te viera,
Haces con el raton, cuando espantada

Huyes y gritas, siendo bien mirada,
En limpieza y en trampas ratonera?
Juzgara, quien huyendo de él te viera,
Eras de queso añejo fabricada,
Y con razon, que estás tan arrugada,
Que pareces al queso por defuera.
¿Quien pensó (por si así tu espanto abones)
Que coman soliman, que atenta guardas
El que en tu cara juntas á montones?
Saltar huyendo quieres aun las bardas,
Cuando en roer no piensan los ratones
Tu tez de lana sucia de las cardas.

Al tabaco en polvo, doctor á pié.

XIII.

Oh, doctor yerba, docto sin Galeno,
Barato sin barbero y sin botica,
En donde el bote suele ser de pica,
Para el que malo está y aun para el bueno.
Tú, que sin mula vas de virtud lleno
A la nariz del pobre que te aplica,
Que no orinal ni pulso te platica,
Ni el que con barba y guantes es veneno.
Como el oro, por Indias graduado,
Sin el martirologio de la vida,
De solo un papelillo acompañado.
Hoy medicina á la otra preferida,
Cuanto va, si se mira con cuidado,
De la que es moledora á la molida.

Desacredita la presuncion vana de los cometas.

XIV.

A venir el cometa por coronas,
Ni clérigo, ni fraile nos dejara,
Y el tal cometa irregular quedara,
En el ovillo de las cinco Zonas.
Tiénenle sin por qué las más personas,
Por mal quisto del cetro y la tiara,
Y he visto gran cometa de luz clara,
No hartarse de lacayos y fregonas.
Yo he visto diez cometas veniales,

A quien desesperados los doctores
Maldijeron, porque eran cordiales.
Tres cometas he visto de aguadores,
Uno de ricos, siete de oficiales,
Y ninguno de suegras y habladores.

Mañoso artificio de vieja desdentada.

XV.

Quéjaste, Sarra, de dolor de muelas,
Porque juzguemos que las tienes, cuando
Te duelen por ausentes, y mamando
Bocados sorbes y los sorbos cuelas.
De las encías quiero que te duelas,
Con que estás el jigote aporreando;
No llames sacamuelas, vé buscando,
Si le puedes hallar un saca abuelas.
Tu risa es más que alegre, delincuente,
Tienes sin huesos pulpas las razones,
Y el raigon del mascar lugar-teniente.
No es malo en amorosas ocasiones,
El no poder jamás estar á diente,
Aunque siempre te falten los varones.

Calvo, que no quiere encabellarse.

XVI.

Pelo fué aquí, en donde calavero;
Calva, no solo limpia, sino hidalga:
Háseme vuelto la cabeza nalga,
Antes gregüescos pide que sombrero.
Si cual Calvino soy, fuera Luturo,
Contra el fuego no hay cosa que me valga;
Ni vejiga ó melon, que tanto salga
El mes de Agosto puesta al resistero. (1)
Quiérenme convertir á cabelleras,
Los que en Madrid se rascan pelo ajeno,
Repelando las otras calaveras.
Guedeja requiem siempre la condeno,
Gasten caparazones sus molleras,
Mi comezon resbale en calvatrueno.

(1) A la luz.

Calvo que se disimula con no ser cortés.

XVII.

Catalina, una vez que mi mollera
Se arremangó, la sucedió... ¿dirélo?
Sí, que no se la pudo cubrir pelo,
Si no se dá á casquete ó cabellera.
Desenvainando el casco reverbera,
Casco parece ya de morteruelo,
Y por cubrirle á descortés apelo,
Porque en sombrero perdurable muera.
Porque la calva oculta quede en salvo,
Aventuro la vida, que yo quiero
Antes mil veces ser muerto que calvo.
Yo no he de cabellar por mi dinero,
Y pues de la mollera soy cuatralvo,
Sírvame de cabeza mi sombrero.

Felicidad barata y artificiosa del pobre.

XVIII.

Con testa gacha toda charla escucho,
Dejo la chanza y sigo mi provecho,
Para vivir, escóndome y acecho,
Y visto de paloma lo avechucho.
Para tener, doy poco y pido mucho;
Si tengo pleito, arrímome al cohecho;
Ni sorbo angosto, ni me calzo estrecho,
Y cátame que soy hombre machucho.
Niego el antaño, pintome el mostacho,
Pago á Silvia el pecado, no el capricho,
Prometo y niego, y cátame muchacho.
Vivo pajizo, no visito nicho;
En lo que ahorro, está mi buen despacho,
Y cátame dichoso, hecho y dicho.

Búrlase de la astrología de los eclipses.

XIX.

¿Por qué el sol se arreboza con la luna
En la cabeza horrible del severo

Dragon pretendes, pérfido agorero,
Amenazar de túmulo á la cuna?
El metal de sus rayos importuna
Tu ciencia, con exámen de platero,
Cuando eclipsarse el sol en el carnero,
Influye calidad solo ovejuna.
Hoy se eclipsa en carnero, y otro dia
Se eclipsará de viernes en los peces,
Signo corvillo en buena astrología.
Eclipses hay picaños y soeces,
Amigos de canalla y picardía,
Que no son linajudos todas veces.

Bebe vino precioso con mosquitos dentro.

XX.

Tudescos moscos de los sorbos finos,
Caspa de las azumbres más sabrosas,
Que porque el fuego tiene mariposas,
Quereis que el mosto tenga marivinos.
Aves luquetes, átomos mezquinos,
Motas borrachas, pájaras vinosas,
Pelusas de los vinos envidiosas,
Abejas de la miel de los tocinos.
Liendres de la vendimia, yo os admito
En mi gaznate, pues teneis por soga [1]
Al nieto de la vid, licor bendito.
Toma en el trago hácia mi nuez la boga,
Que bebiéndoos á todos me desquito
Del vino que bebísteis y os ahoga.

Al mosquito de la trompetilla.

XXI.

Ministril de las ronchas y picadas,
Mosquito postillon, mosca barbero,
Hecho me tienes el testuz harnero,
Y deshecha la cara á manotadas.
Trompetilla que toca á bofetadas,
Que vienes con rejon contra mi cuero,
Cupido pulga, chinche trompetero,

(1) En vuestro gaznate: ansí luego en el fin, *y os ahoga*.

Que vuelas comezones amoladas.
¿Por qué me avisas, si picarme quieres?
Que pues que das dolor á los que cantas,
De casta y condicion de potra eres.
Tú vuelas y tú picas y tú espantas,
Y aprendes del cuidado y las mujeres
A malquistar el sueño con las mantas.

Un enfermo á quien los médicos fatigan con la dieta, se burla de su régimen.

XXII.

Si vivas estas carnes y estas pieles
Son bodegon del comedor rascado, (1)
Que al pescuezo y al hombro convidado,
Hace de mi camisa sus manteles.
Si acostado en andrajos y arambeles,
Tan bien enfermo, como mal curado,
He de ser un tributo recetado
Del boticario y médicos crueles;
Hija del hueso, (2) dame acá la bota,
Beberéme los ojos con las manos,
Y túllanse mis piés de bien de gota.
Fríeme listoncillos de marranos,
Venga el jigote y húndase la flota,
Coma yo y más que ayunen los gusanos.

A un tratado impreso, que un hablador espeluznado de prosa hizo en culto.

XXIII.

Leí los rudimentos de la Aurora,
Los esplendores lánguidos del dia,
La pira y el construye y ascendia.
Y lo purpurizante de la hora.
El múrice y el tirio y el colora,
El sol cadáver, cuya luz yacia,
Y los borrones de la sombra fria,
Corusca luna en áscua que el sol dora.
La piel del cielo cóncavo arrollada,
El trémulo palor de enferma estrella,
La fuente de cristal bien razonada,

(1) «El piojo.»
(2) «La mujer.»

Y todo fué un entierro de doncella,
Doctrina muerta, letra no tocada,
Luces y flores, grita y zacapella.

Pronuncia con sus nombres los trastos y miserias de la vida.

XXIV.

La vida empieza en lágrimas y caca,
Luego viene la mu, con mama y coco,
Síguense las viruelas, baba y moco,
Y luego llega el trompo y la matraca.
En creciendo la amiga y la sonsaca,
Con ella embiste el apetito loco;
En subiendo á mancebo, todo es poco,
Y despues la intencion peca en bellaca.
Llega á ser hombre y todo lo trabuca,
Soltero sigue toda perendeca,
Casado se convierte en mala cuca. (1)
Viejo, encanece, arrúgase y se seca;
Llega la muerte y todo lo bazuca,
Y lo que deja paga y lo que peca.

A Apolo, siguiendo á Dafne.

XXV.

Bermejazo platero de las cumbres,
A cuya luz se espulga la canalla,
La ninfa Dafne que se afufa y calla,
Si la quieres gozar, paga y no alumbres.
Si quieres ahorrar de pesadumbres,
Ojo del cielo trata de compralla:
En confites gastó Marte la malla,
Y la espada en pasteles y en azumbres.
Volvióse en bolsa Júpiter severo,
Levantóse las faldas la doncella
Por recogerle en lluvia de dinero.
Astucia fué de alguna dueña estrella,
Que de estrella sin dueña no lo infiero;
Febo, pues eres sol, sírvete de ella.

(1) Alude al cu, cu.

A Dafne, huyendo de Apolo.

XXVI.

Tras vos un alquimista va corriendo,
Dafne, que llaman sol, ¿y vos tan cruda?
Vos os volveis murciélago sin duda,
Pues vais del sol y de la luz huyendo.
El os quiere gozar, á lo que entiendo,
Si os coge en esta selva tosca y ruda;
Su aljaba suena, está su bolsa muda;
El perro, pues no ladra, está muriendo.
Buhonero de signos y planetas,
Viene haciendo ademanes y figuras,
Cargado de bochornos y cometas.
Esto la dije, y en cortezas duras
De laurel se ingirió contra sus tretas,
Y en escabeche el sol se quedó á oscuras.

Contiene una grande advertencia á los reyes; conviene á saber, que con ser tan soberanos por la alteza de su dignidad, los que con su obligacion no cumplen dignamente, se hacen despreciables en la estimacion y en la memoria despues. (1)

XXVII.

En caña de pescar trocó Artabano
El cetro, y las insignias soberanas
Ocupó diligente en pescar ranas,
Por acallar el cieno de un pantano.
Emperador araña, Domiciano,
Cazando moscas infamó sus canas;
Cuando cerrando puertas y ventanas,
Pudo limpiar las siestas al verano.
Fortuna, ¿no estuvieran más decentes
Puestas en un moscon y un renacuajo
Las dos coronas que en tan viles frentes?
Témome que el reinar, oficio es bajo,
Pues que ruegas, á costa de las gentes,
Con cetro, á un mosqueador y á un espantajo.

(1) Significalo en la persona de Artabano rey, y de Domiciano emperador, desacreditados, aun cuando vivos, entre sus súbditos, y despues de muertos en las historias.

Contra Pilatos, juez que pregunta á los acusadores lo que ha de sentenciar.

XXVIII.

¿Quereis que suelte á Barrabás, ó á CRISTO?
Preguntas, Pilatillos, muy lavado,
Porque á costa de Dios no hay mal letrado
Que no trueque lo justo á lo bien quisto.
¿En qué consejo ó decision has visto
Que sentencie el que acusa al acusado?
La ley que has de guardar has condenado,
Muy preciado de imperio meromisto.
Que á mano hallan las páscuas los ladrones,
Y soltar barrabases, aun hoy dura,
Y todos para Dios somos prisiones.
Tu mujer sueña y duerme tu cordura,
Mas presto con garnacha de tizones,
Te diremos el sueño y la soltura.

A Judas Iscariote, ladron no de poquito.[1]

XXIX.

Preg. ¿Quién es el de las botas, que colgado
Es arracada vil de aquel garrote?
Resp. Es Judas, el apóstol Iscariote.
Preg. Habeis los portugueses despeñado.
Bien está lo bermejo á lo ahorcado.
¿No es este el de los pobres y el del bote?
Resp. Este fué despensero y sacerdote,
Y presidió en la hacienda interesado.
Preg. Para los pobres, dijo que queria
Vender el bote y darles el dinero;
Y entre los cinco mil no hurtó aquel dia.[2]
Resp. Fué Judas gran ministro, no ratero;
Las migajas dejó, porque atendia
A embolsarse su dueño todo entero.

---

(1) «*Iscariotes* es voz de composicion hebrea, que significa *Vir occisionis, aut mortis*. Y se verifica bien su nombre en la muerte del Hijo de Dios, solicitada por él, y en la suya desentrada.

(2) «Alude al milagro de los panes y peces.»

Hechicera antigua, que deja sus herramientas á otra reciente.

XXX.

Esta redoma rebosando babas,
El cedazo, que sabe hacer corbetas,
Estas, que se metieron á profetas,
Con poco miramiento, siendo habas.
Estas ollas, que fueron almadrabas
Del marisco de mozas y alcahuetas,
Estos lazos, que en vuelcos y en maretas
A dos gaznates mices fueron trabas;
La ceniza de sapos conjurada,
El gato negro, que la dicha aruña,
El licenciado imán piedra barbada;
Cansada de ser carne y de ser uña,
Los ofrezco á mi nieta la Cascada,
Para cuando concierte, junte y gruña.

Ladron que se despide de sus instrumentos y se recoge á profesion más estrecha.

XXXI.

Yo, que en este lugar haciendo Hurtados,
Tanto estendí la casa de Mendoza;
Yo, que desde el alcázar á la choza
Sofaldé cerraduras y candados;
Estos dos garabatos sazonados
Con quien toda ventana se retoza,
Galgos de mucho trasto y mucha broza,
Ministros del agarro corcovados;
Esta lima, esta llave con que allano
Todo escondite, ofrezco ante las aras
Del aruñon de bolsas cortesano.
Y compungido de maldades raras,
Harto de hurtar á palmos con la mano,
Quiero alguacil hurtar con ella á varas.

---

(1)

Mató un médico su candil estudiando, por despabilarle, y reconoce el candil justa aquella pena por su culpa. (1)

XXXII.

Si alumbro yo, porque á matar aprenda,
¿De qué me espanto yo, de que me apague?
Pues en mí, quien tal hace, que tal pague,
Justifica el doctor que se comprenda.
Despabila al que cura y á su hacienda:
Cura al que despabila aunque le halague;
Basta para matar que solo amague,
De calaveras es su estudio tienda.
Por ser matar el hambre comer, come,
Hasta á su mula mata de repente,
Ninguno escapa que á su cargo tome.
Es mátalos hablando eternamente,
Será el mundo al revés, siempre que asome,
Pues el amanecer vuelve Occidente.

Médico, que para un mal que no quita, receta muchos.

XXXIII.

La losa en sortijon pronosticada,
Y por boca una sala de viuda,
La habla entre ventosas y entre ayuda,
Con el denle á cenar poquito ó nada.
La mula en el zaguan tumba enfrenada,
Y por Julio un arrópenle si suda,
No beba vino, menos agua cruda,
La hembra, ni por sueños, ni pintada.
Haz la cuenta conmigo, doctorcillo,
¿Para quitarme un mal, me dás mil males?
¿Estudias medicina, oh Peralvillo?
De esta cura me pides ocho reales;
Yo quiero hembra y vino y tabardillo,
Y gasten tu salud los hospitales.

(1) Como el mismo candil á quien despabiló y mató, porque el *curar y el matar*, toma por una cosa misma.

Insinúa con donaire, que las miserias de esta vida pueden ser motivo de llanto y risa. (1)

XXXIV.

¿Qué te ries, filósofo cornudo?
¿Qué sollozas, filósofo anegado?
Solo cumples con ser recien casado,
Como el otro cabron, recien viudo.
¿Una propia miseria, haceros pudo
Cosquillas y pucheros? ¿Un pecado
Es llanto y carcajada? He sospechado
Que es la taberna más que lo sesudo.
¿Que no te agotes tú? ¿Que no te corras
Bufonazo de fábulas y chistes,
Tal que ni con los pésames te ahorras?
Direis, por disculpar lo que bebísteis,
Que son las opiniones como zorras,
Que uno las toma alegres y otro tristes.

Duélese un preso en los términos mismos de sus visitas.

XXXV.

Preso por desvalido y delincuente, (2)
Más pago la prision que mi pecado,
Yo tengo de señor lo *visitado*,
Y del yermo lo solo y penitente.
No entiendo, vive Cristo, aquesta gente,
Mandan que *siga* y tiénenme cerrado;
Lo de *aprueba y estése*, me ha cansado,
Y el ser *el susodicho* eternamente.
Siempre me están pidiendo los derechos
Conversacion que á Bártulo cansara,
Y á cincuenta letrados barbihechos.
Yo presento testigos cara á cara,
Mas si pudiera presentar cohechos, (3)
El *siga* como el diablo se soltara. (4)

(1) «Verificalo con Heráclito, filósofo, que siempre las lloraba, y con Demócrito, filósofo, ansimismo, que siempre las reia.»

(2) El órden es *preso y delincuente por desvalido.*

(3) Teniendo caudal.

(4) El *siga* se convirtiera en soltura.

La horca se queja de que la dan los que ella merece, y no los que la merecen á ella.

XXXVI.

Si á los que me merecen, me entregara
La justicia, no holgara la madera,
¡Oh, qué notable colgadura hiciera!
En oro á la de Túnez despreciara.
En un credo oficiales despachara,
Que en despachar se tardan una era;
Menos el ruido que las nueces fuera,
Y el pino fruto de nogal llevara.
Hubiera en mí más varas que no palos,
Presos y prendedores (1) y renglones,
De pobres me estendiera á ricos malos.
Ladrones, y quien hurta á los ladrones,
Gozaran igualmente mis resbalos,
Aunque el adagio los trocó en perdones.

Huye la casa del campo (donde está el coloso del señor rey Felipe III), la competencia del Retiro.

XXXVII.

Piedras apaño cuando veis que callo,
Y pudiendo vendérselas las tiro
Al edificio, que envidiosa miro,
Pues Roma se preciara de envidiallo.
Si por tener tan solo este caballo
No he podido jamás juntar un tiro,
Mal podré competir con el Retiro,
En quien echó la arquitectura el fallo.
¿Qué pudo sucederme en este rio,
Que no se harta de agua en el invierno,
Y aun no lava sus piés en el estío?
Si va por ermitaño sempiterno,
El ermitaño que en el ángel crio,
Puede tener á Juan Guarin por yerno.

(1) En alguna edicion se lee aquí *prendederas*, pero debe ser error de imprenta.

Vieja verde, compuesta y afeitada.

XXXVIII.

Vida fiambre, cuerpo de anascote,
¿Cuándo dirás al apetito, tate,
Si cuando el *parce mihi* te dá mate,
Empiezas á mirar por el virote?
Tú juntas en tu frente y tu cogote
Moño y mortaja sobre seso orate,
Pues siendo ya viviente disparate,
Untas la calavera en almodrote.
Vieja roñosa, pues te llevan, vete,
No vistas el gusano de confite,
Pues eres ya varilla de cohete.
Y pues hueles á cisco y alcrebite,
Y la podre te sirve de pebete,
Juega con tu pellejo al escondite.

Refiere la provision que previene para sus baños.

XXXIX.

Yo me voy á nadar con un morcon,
Queso, cecina, salchichon y pan,
Que por comer más rancio que no Adan,
Dejo la fruta y muerdo del jamon.
La hambre y la sed de aqueste corpanchon
Con estas calabazas nadarán,
La edad, señor doctor, pide Jordan,
Manzanares la niña y la ocasion.
No me acompaña fruta de sarten,
Taza penada ó búcaro malsin,
Jarro sin hueso y el copon de bien;
Caballito será de San Martin
Mi estómago, mi paso su vaiven,
Y orejon nadaré como delfin.

Pinta el «aquí fué Troya» de la hermosura.

XL.

Rostro de blanca nieve, fondo en grajo,
La tizne, presumida de ser ceja,

La piel, que está en un tris de ser pelleja,
La plata, que se trueca ya en cascajo.
Habla, casi fregona de estropajo,
El aliño, imitado á la corneja,
Tez, que con pringue y arrebol semeja
Clavel almidonado de gargajo.
En las guedejas vuelto el oro orujo,
Y ya merecedor de cola el ojo,
Sin esperar más beso que el del brujo.
Dos colmillos comidos de gorgojo,
Una boca con cámaras y pujo,
A la que rosa fué, vuelven abrojo.

Fragilidad de la vida, representada en el mísero donaire y mortalidad de un candil y reloj juntamente.

XLI.

A moco de candil, escoge, Fabio,
Los desengaños de tu intento loco,
Que en los candiles es muy docto el moco,
Y su catarro en el refran es sábio.
Tiene el moco en la llama lengua y labio
En el índex, que habla poco á poco,
Contador que á la edad sirve de coco,
Y es del vivir imperceptible agravio.
Con llama y con aceite te retrata
Cuantas veces te alumbra, si lo advierte
Tu salud presumida y mentecata.
La mano del reloj es de la muerte,
Y la de Judas, pues las luces mata,
Si no la soplan, ni el candil se vierte.

Hermosa afeitada de demonio.

XLII.

Si vieras que con yeso blanqueaban
Las albas azucenas, y á las rosas
Vieras, que por hacerlas más hermosas,
Con asquerosos pringues las untaban;
Si vieras que al clavel le embadurnaban
Con almagre y misturas venenosas;
Diligencias sin duda tan ociosas,
A indignacion dijeras te obligaban.

Pues lo que tú, mirándolo, dijeras,
Quiero, Belisa, que te digas cuando
Jalbegas en tu rostro las esferas.
Tu Mayo es bote, ungüentos chorreando,
Y en esa tez, que brota primaveras,
Al sol estás y al cielo estercolando.

Procura advertir la loca opinion de las piedras preciosas.

XLIII.

Si el mundo amaneciera cuerdo un dia,
Pobres anochecieran los plateros,
Que las guijas nos venden por luceros,
Y en migajas de luz jigote al dia.
La vidriosa y breve hipocresía
Del Oriente nos truecan á dineros;
Conócelos, Licino, por pedreros,
Pues el caudal los siente artillería.
Si la verdad los cuenta, son muy pocos
Los cuerdos que en la corte no se estragan,
Si ardiente el diamanton los hace cocos.
Advierte, cuerdo, si á tu bolsa amagan,
Que hay locos que echan cantos, y otros locos
Que recogen los cantos y los pagan.

Un casado se rie del adúltero, que le paga el gozar con susto lo que á él le sobra.

XLIV.

Dícenme, don Gerónimo, que dices
Que me pones los cuernos con Ginesa;
Yo digo que me pones casa y mesa,
Y en la mesa capones y perdices.
Yo hallo que me pones los tapices
Cuando el calor por el Octubre cesa,
Por tí mi bolsa, no mi testa, pesa,
Aunque con molde de oro me la rices.
Este argumento es fuerte y es agudo,
Tú imaginas ponerme cuernos; de obra
Yo, porque lo imaginas, te desnudo.
Más cuerno es el que paga que el que cobra;
Ergo aquel que me paga es el cornudo,
Lo que dé mi mujer, á mí me sobra.

Marido paciente, que imagina satisfacerse de su deshonra, con hacer á otros casados ofensas.

XLV.

Solo en tí se mintió justo el pecado,
Siendo injusto en trabajos y placeres,
Pues que quitando á muchos sus mujeres,
Con tu mujer á muchos has pagado.
Si los cuernos que pones te has quitado,
De tus sienes los huesos, ¿qué prefieres?
No pones cuernos, si entenderlo quieres,
Cuernos truecas con premio de contado.
Cobras no haces, Filon, mas sí cornudos;
Adulterado adúltero desquitas
Duras afrentas de los ganchos mudos.
Ni es desquitarlos, pues que no te quitas
Ni uno de cuantos peinas puntiagudos;
Haces lo que padeces, y te imitas.

Justifica su tintura un tiñoso.

XLVI.

La edad, que es lavandera de bigotes,
Con las jabonaduras de los años,
Puso en mis barbas á enjugar sus paños,
Y dejó mis mostachos Iscariotes.
Yo guiso mi niñez con almodrotes,
Y mezclo pelos rojos y castaños,
Que la nieve que arrojan los antaños
Aun no parece bien en los cogotes.
Mejor es cuervo hechizo que canario,
Mi barba es el cien vinos todo entero,
Tinte y blanco y verdea y letuario.
Negra fué siempre, negra fué primero,
Jalbególa despues el tiempo vario,
Luego es restitucion la del tintero.

Imitacion de Virgilio, en lo que Dido dijo á Eneas queriendo dejarla.[1]

XLVII.

Si un Eneillas viera, si un Pimpollo,
Solo en el rostro tuyo, en obras mio,
No sintiera tu ausencia ni desvío,
Cuando fueras, no á Italia, sino al rollo.
Aquí llegaste de uno en otro escollo,
Bribon troyano, muerto de hambre y frio,
Y tan preciado de llamarte Pio,
Que al principio pensaba que eras pollo.
Mira que por Italia huele á fuego
Dejar una mujer quien es marido,
No seas padrastro á Dido, padre Eneas.
Del fuego sacas á tu padre y luego
Me dejas en el fuego que has traido,
Y me niegas el agua que deseas.

Riesgo de celebrar la hermosura de las tontas.

XLVIII.

Sol os llamó mi lengua pecadora,
Y desmintióme á boca llena el cielo;
Luz os dije, que dábades al suelo,
Y opúsose un candil que alumbra y llora.
Tan creido tuvistes ser aurora,
Que amanecer quisiste con desvelo;
En vos llamé rubí, lo que mi abuelo
Llamara labio y jeta comedora.
Codicia os puse de vender los dientes,
Diciendo que eran perlas, por ser bellos;
Llamé los rizos, minas de oro ardientes;
Pero si fueran de oro los cabellos,
Calvo su casco fuera, y diligentes
Mis dedos los pelaran por vendellos.

(1) .....Si quis mihi parvulus aula
Luderet Æneas, etc.

Significa la interesable correspondencia de la vida humana. (1)

XLIX.

El ciego lleva á cuestas al tullido,
Dígola maña y caridad la niego;
Pues en ojos los piés le paga al ciego
El cojo solo para sí impedido.
El mundo en estos dos está entendido,
Si á discurrir en sus astucias llego,
Pues yo te asisto á tí por tu talego,
Tú, en lo que sé, cobrar de mí has querido.
Si tú me dás los piés, te doy los ojos,
Todo este mundo es trueco interesado,
Y despojos se cambian por despojos.
Ciegos, con todos hablo escarmentado;
Pues unos somos ciegos y otros cojos,
Ande el pié con el ojo remendado.

Enseña que las dignidades y puestos altos, se suelen ocupar de sugetos indignos é ignorantes. (2)

L.

Resístete á la rueda, que procura
Subas adonde el verte escandalice;
Atiende al *jó*, que la humildad te dice,
No al *arre*, en que te aguija la locura.
Caminas á la albarda y matadura,
Si no luz racional lo contradice;
Y para que el rebuzno te autorice,
Con la oreja asinina se conjura.
El viejo cojitranco cada dia
Te pensara, y á esotra hija del diablo
Ya la tendrás cargada, ya vacía.
Bestia, contigo (seas quien fueres) hablo,
Crecer en cola, y no en filosofía,
Es figurar salon, el que es establo.

(1) «Representa esta moralidad con la fábula del cojo y del ciego, que recíprocamente se ayudaban.»

(2) «Para insinuar este pensamiento, un hombre de buen gusto hizo una pintura de la Rueda de la Fortuna, en donde el que estaba abajo era todo hombre, el que iba subiendo se iba convirtiendo en borrico, el que estaba encima lo era enteramente, y el que iba bajando, se iba igualmente de borrico volviendo en hombre. Y estaban á los lados el Tiempo y la Fortuna, y el argumento mismo de esta pintura es el de este soneto.»

Diferencia de dos viciosos en el apetito de las mujeres.

LI.

Por más graciosa que mi tronga sea,
Otra en ser otra tronga es más graciosa;
El mayor apetito es otra cosa,
Aunque la más hermosa se posea.
La que no se ha gozado, nunca es fea;
Lo diferente me la vuelve hermosa:
Mi voluntad de todas es golosa;
Cuantas mujeres hay, son mi tarea.
Tú, que con una estás amancebado,
Yo, que lo estoy con muchas cada hora,
Somos dos archidiablos bien mirado.
Mas diferente mal nos enamora,
Pues amo yo gloton todo el pecado,
Tú, hambron de vicios, una pecadora.

UNIVERSIDAD DE MURCIA FACULTAD DERECHO BIBLIOTECA

Procura tambien persuadir á una pedidora perdurable, la doctrina del trueco de las personas.

LII.

Que no me quieren bien todas, confieso,
Que yo no soy doblon para dudallo;
Si alguno tengo, gusto de guardallo,
Si me aborrecen, no será por eso.
Con quien tiene codicia, tengo seso;
En pagar soy discípulo del gallo;
Y yo ningun inconveniente hallo
En estas retenciones que profeso.
Es lenguaje de poyos y de establo,
Tengamos y tengamos, y lo cierto
Es lo de taz á taz, si yo le entablo.
No se tome en la boca el perro muerto,
Quebremos de esta vez el ojo al diablo,
Y pues cojuelo le hay, háyale tuerto.

Búrlase del camaleon, moralizando satíricamente su naturaleza.

LIII.

Dígote pretendiente y cortesano;
Llámete Plinio el nombre que quisiere,

Pues quien del viento alimentarte viere,
El nombre que te doy tendrá por llano.
Fuelle vivo en botarga de gusano,
Gloton de soplos, que tu piel adquiere,
Mamon de la provincia, pues se infiere
Que son tus pechos vara y escribano.
Si del aire vivieras, almorzaras
Respuestas de ministros y señores,
Consultas y decretos resollaras.
Fueran tu bodegon aduladores,
Las tontas vendederas de sus caras,
Sastres, indianos, dueñas y habladores.

A la venida del duque de Humena, cuyos camaradas trajeron muchos diamantes falsos.

LIV.

Vino el francés con *botas* de camino
Y *sed* de ver las glorias de Castilla;
Y la corte, del mundo maravilla,
Le salió á recibir como *convino*. (1)
Anduvo el duque por extremo fino,
Mas los monsures juntos en cuadrilla
Anduvieron vidriosos en la villa,
Aun más en lo galan que en lo mohino.
Esmeráronse grandes y señores
Por servir á su rey, en regalallos,
Joyas y potros de valor les dieron.
Y hasta las trongas de Madrid peores
Los llenaron á todos de *caballos*,
Y mal francés al buen francés volvieron.

Al soliman de una mujer anochecida de tez.

LV.

Perrazo, ¿á un español noble y cristiano
Insolente presumes hacer cara?
¿Y quieres, ¡puede ser cosa tan rara!
Que te bese un Mahoma en cada mano?
Arrebozas en ángel cortesano
El zancarron que Meca despreciara,

(1) Alusiones son todas á buenos bebedores.

Líquido galgo, huye la luz clara,
Entrate en la mezquita de un marrano.
A hermosura que está en algarabía,
El Alcoran se llegue á requebralla,
Tez otomana es asco y herejía.
Con cierra España pienso requebralla,
Como quien dá un asalto en Berbería,
Pues *Soliman* me ofrece la batalla.

El que no atiende á lo que dicen en su ausencia, estará muy expuesto á murmuraciones y lejos tambien de enmendarse. (1)

LVI.

Oh Jano, cuya espalda la cigüeña
Nunca picó, ni las orejas blancas
Mano burlona te imitó á las ancas,
Que tus espaldas respetó la seña.
Ni los dedos, con luna Jarameña
De la mujer parlaron perlas francas;
Con mirar hácia atrás las pullas mancas,
Cogote lince cubre en tí la greña.
Quien no viere despues de haber pasado,
Y quien despues de sí no deja oido,
No vivirá seguro ni enmendado.
Eumolpo, esté el cerebro prevenido,
Con rostro en las ausencias desvelado,
Que avisa la cigüeña con graznido.

Burla de las amenazas, cuando se toca la campana de Belilla. (2)

LVII.

Conozcan los monarcas á Belilla
Por la supersticion de la campana,
Que á mí por una pícara aldeana
Me la dió á conocer la seguidilla.
Crédulo, ¿por qué pasas á Castilla

(1) Enséñalo con alusion á las palabras de Persio, Sát. 1.
Oh, Jane à tergo, quem nulla ciconia pinsit, etc.

(2) En otros pasajes de sus composiciones en prosa y verso, combate Quevedo la supersticion que hacia creer á las gentes tocaba por sí sola la campana de Belilla, y cada vez que dejaba oir su lúgubre tañido, era anuncio de grandes calamidades ó de hechos memorables siempre infaustos para la monarquía. La tradicion, aliada perpétua de las supersticiones, ha recogido las veces que tocó la prodigiosa campana, con asombro de las gentes, de cuya credulidad se rie nuestro satírico.

Agüeros de Aragon? ¡Oh, plebe insana!
Siempre ceñuda con la alteza humana,
Nunca propicia á la primera silla.
Yo temo que se toquen las mujeres,
Que denota los moños y arracadas,
Apretador y cintas y alfileres.
Mas tocarse campanas apartadas
De mi sueño, y mi casa y mis placeres,
Aquí y en Aragon son badajadas.

Vieja vuelta á la edad de las niñas.

LVIII.

¿Para que nos persuadas eres niña,
Importa que te mueras de viruelas?
Pues la falta de dientes y de muelas
Boca de taita en la vejez te aliña.
Tú te cierras de edad y de campiña,
Y á que están por nacer, chicota apelas,
Gorgeas con quijadas bisabuelas
Y llamas metedor á la basquiña.
La boca, que fué chirlo, ahora embudo,
Disimula lo rancio en los antaños,
Y nos vende por babas el engrudo.
Grandilla, porque logres tus engaños,
Que tienes pocos años no lo dudo,
Si son los por vivir, los pocos años.

Al señor de un convite, que le porfiaba comiese mucho.

LIX.

Comer hasta matar el hambre, es bueno;
Mas comer por cumplir con el regalo,
Hasta matar al comedor, es malo,
Y la templanza es el mejor Galeno.
Lo demasiado, siempre fué veneno,
A las ponzoñas el ahito igualo;
Si á costumbres de bestia me resbalo,
A pesebre por plato me condeno.
Si engullo las cocinas y despensas,
Seré don Tal Despensas y Cocinas,
¿En qué piensas, amigo, que me piensas?
Pues me atiestas de pavos y gallinas,

Dame, ya que la gula me dispensas,
El postre en calas, purga y medicinas.

Reprende en la araña á las doncellas, y en su tela la debilidad de las leyes.

LX.

Si en no salir jamás de un agujero
Y en estar siempre hilando, te imitaran
Las doncellas, oh araña, se casaran
Con más ajuar y más doncel dinero.
Imitan tu veneno lo primero,
Luego tras nuestra mosca se disparan;
Por esto, si contigo se comparan,
Más tu ponzoña que sus galas quiero.
De manojos de zancas rodeada,
Barba jurisconsulta á tu cabeza
Forjas, con presunciones de letrada.
Pues en tus telas urdes con destreza
Leyes al uso, donde queda atada
Culpa sin brazos, vuelo sin grandeza.

Despídese de la ambicion y de la corte.

LXI.

Pues que vuela la edad, ande la loza,
Y si pasaren tragos, sean de taza,
Bien puede la ambicion mondar la haza,
Que el *satis est* me alegra y me remoza.
Ya dije á los palacios, á Dios choza,
Cualquiera pretension tengo por moza,
Oigo el dácala y siento el embaraza,
Y solamente el libre humor me goza.
Menos veces vomito que bostezo,
La hambre dicen que el ingenio aguza,
Y que la gula es horca del pescuezo.
El pedir á los ricos me espeluza,
Pues saben mi mendrugo y mi arrapiezo,
Y darme saben solo en caperuza.

Sacamuelas que queria concluir con la herramienta de una boca.

LXII.

Oh tú, que comes con agenas muelas,
Mascando con los dientes que nos mascas.
Y con los dedos gomias y tarascas,
Las encías pellizcas y repelas;
Tú, que los mordiscones desconsuelas,
Pues en las mismas sopas los atascas;
Cuando en el migajon corren borrascas,
Las quijadas que dejas bisabuelas;
Por tí reta las bocas la corteza,
Revienta la avellana de valiente,
Y su cáscara ostenta fortaleza.
Quitarnos el dolor, quitando el diente,
Es quitar el dolor de la cabeza,
Quitando la cabeza que le siente.

Boda de matadores y mataduras.

LXIII.

Viendo al martirologio de la vida
Con música bailar, y viendo al preste,
Dije, sin duda hay nuevas de la peste,
O la epidemia viene bien podrida.
Supe que era una boda entretejida
De albéitar y botica, en que la hueste
De Hipócrates unánime y conteste,
Calavera por Himen apellida.
El barbero tocaba el punteado
De la lanceta, en guitarron parlero,
De bote en bote el novio está atestado.
El dote es mataduras en dinero,
Y el médico de barbas enfaldado
Bailaba el rastro, siendo el matadero.

Vieja, que aun no se queria desdecir de moza.

LXIV.

Ya salió, Lamia, del jardin tu rostro,
Huyó la rosa, que vistió la espina;

Y la azucena huyó y la clavellina,
Y en el clavel el múrice y el ostro.
Entró en el monte á profesar de mostro
Tu cara reducida á salvajina;
Toda malezas es, donde la encinas
Mancha á la leche el ampo del calostro.
Los que fueron jazmines, son chaparros,
Y cambroneras son las maravillas,
Simas y carcabuesos los desgarros.
Jarales yertos, manos y megillas,
Y los marfiles rígidos guijarros;
¿Por qué te afeitas ya, pues te traspillas?

A la hermosura que se echa á mal, prendada de un capon.

LXV.

Amaras un ausente, que es firmeza,
O un muerto, que es piedad, cuando faltara
Un presente y un vivo, que te amara
Con jugo, y con sazon y con fineza.
¿Miren dónde fué á dar con su belleza
La que al sol con melindre se compara,
Sino en todo un capon á quien la cara
Tuerce por no le ver naturaleza?
La tuya es comezon de sarna seca,
Que rascada se irrita y atribula,
Capones nunca hicieron polla clueca.
Tu golosina mal se disimula,
Pues aunque torpe, en la lujuria peca,
Mucho capon pecado es de la gula.

A un hipócrita de perenne valentía.

LXVI.

Su colerilla tiene cualquier mosca,
Sombra, aunque poca, hace cualquier pelo,
Rápesele del casco y del cerbelo,
Que teme nadie catadura hosca.
La vista arisca y la palabra tosca,
Rebosando la faz libros del duelo,
Y por mostachos de un vencejo el vuelo,
Ceja serpiente, que al mirar se enrosca.
Todos son trastos de batalla andante

Y de epidemia que discurre aprisa,
Muertos atrás y muertos adelante.
Si el demonio tan mal su bulto guisa,
El moharrache advierta mendicante,
Que pretende dar miedo y que dá risa.

Toreador que cae siempre de caballo y nunca saca la espada.

LXVII.

Si caistes, Don Blas, los serafines
Cayeron de las altas gerarquías;
Y cuantas fiestas hay, caen en sus dias:
Y porque caen las rentas, hay cuatrines.
¿Pues qué mucho que caigan tres rocines,
Por lo manchado y por lo hambriento arpías?
Si quereis remediarlo, gasta en lias
Lo que gastastes en lacayos ruines.
Como si ellos cayeran, los enfada
Veros caer, y no hay balcon sin fallo,
Que el toro le obligó á sacar la espada.
Callen y aguarden, como aguardo y callo,
Que caerá de su asno si le agrada
Quien tantas veces cae de su caballo.

Valimiento de la mentira.

LXVIII.

Mal oficio es mentir, pero abrigado,
Eso tiene de sastre la mentira,
Que viste al que la dice, y aun si aspira
A puesto el mentiroso, es bien premiado.
Pues la verdad amarga tal bocado
Mi boca escupa con enojo é ira,
Y ayuno el verdadero que suspira,
Envidie mi pellejo bien curado.
Yo trocaré mentiras á dineros,
Que las mentiras ya quebrantan peñas,
Y pidiendo andaré en los mentideros.
Prestadas las mentiras á las dueñas,
Que me las den á censo, caballeros,
Que me las vendan Lamias halagüeñas.

A una roma, pedigüeña además.

LXIX.

A Roma van por todo, mas vos, roma,
Por todo vais á todas las regiones,
Sopa dan de narices los sayones,
No hay que aguardar, que el prendimiento asoma.
Por trasero rondaran en Sodoma
El coram vobis vuestro y sus facciones,
Por Roma os aborrecen las naciones,
Que siguen á Lutero y á Mahoma.
Si roma como vos la Roma fuera
Que Neron abrasó, fuera piadoso,
Y el sobrenombre de cruel perdiera.
El olfato teneis dificultoso,
Y en cuclillas y un tris de calavera,
Y á gatas en la cara lo mocoso.

Leyes bacanales de un convite.

LXX.

Con la sombra del jarro y de las nueces
La sed bien inclinada se alborota,
Todo gaznate esté con mal de gota,
Hasta dejar las cubas en las heces.
Los bríndis repetidos y las veces
Crezcan el alarido y la chacota;
Y la aguachirle, que las peñas trota,
Buen provecho les haga á rana y peces,
De medio abajo se permiten voces,
Para los gormadores hay capuces,
A los alegres se pondrán terlices.
Los aguados se vistan albornoces,
Los mosquitos sean plaga á los testuces,
Y levántanse zorras y no mices.

Buscona que busca coche para el Sotillo la víspera. Es diálogo entre ella y su escudero, y es soneto con hopalandas.

LXXI.

Esc. Dice el embajador, que le prestara,
Si ayer se le pidieran. El letrado

Dice que el un rocin está clavado.
Don Lesmes que le pesa y que se holgara.
Nególe el Veinticuatro cara á cara.
Busc. ¿Y es mañana el Sotillo? ¿Habeis hablado
A doña Clara, por lugar prestado?
Esc. Quince moñosas lleva doña Clara.
Busc. ¿Qué dijo el Genovés? *Esc.* Dábase al diablo.
Busc. A cámbio, como á mí, me dió su broche.
Esc. Estando en casa se negó don Pablo.
Busc. ¿Sabeis de alguno por aquí con coche?
Esc. San Anton tiene coche en el retablo.
Busc. Bien decís, pedídselo esta noche.
Que yo por ir en coche iré en cochino,
Pues aun me faltan coches de camino.
Esc. En jamugas tapada de medio ojo
Puedes ir y vengarte de tu enojo,
Con carpeta tendida y sombrerillo.
Busc. Asnos llevan al Rollo y no al Sotillo.
Coche ha de ser, en busca de uno apeldo,
Aunque le aguarde al paso de un regüeldo.

Gabacho tendero de zorra contínua.

LXXII.

Esta cantina revestida en faz,
Esta vendimia en hábito soez,
Este pellejo, que con media nuez
Queda con una cuba taz á taz.
Esta uva que nunca ha sido agraz,
El que con una vez bebe otra vez,
Este que deja á sorbos pez con pez,
Las bodegas de Ocaña y Santorcaz.
Este de quien Panarra fué aprendiz,
Que es pulgon de las viñas su testuz,
Fantasma de las botas su nariz;
Es mona, que á los jarros hace el buz,
Es zorra, que al vender se vuelve miz,
Es racimo mirándole á la luz.

Imagina, estando él preso, el dia del Angel en la Puente Segoviana.

LXXIII.

Paréceme que van las marujillas
Pidiendo para dulce á los ingleses,

Y que se zurce á un coche de franceses
La plaga y que los chupa las canillas.
Podridas las chillonas y amarillas,
Se me antoja que escalan portugueses,
Y que entra echando tajos y reveses
La Pava por la puente en angarillas.
Muchas carrozas rebozando dueñas,
De todo un barrio cada coche lleno,
Señorías y limas por regalo.
Doncellas rezumándose por señas,
Mas si eso el dia se vé del ángel bueno,
¿Qué el dia se verá del ángel malo?

Pecosa, hoyosa y rubia.

LXXIV.

Pecosa en las costumbres y en la cara,
Podeis entre los jaspes ser hermosa,
Si es que sois salpicada y no pecosa,
Y todo un sarampion si se repara.
Vestís de tabardillos la antipara,
Si las alas no son de mariposa,
Es piel de tigre lo que en otras rosa,
Pellejo de culebra os pintipara.
Hecha panal con hoyos de viruelas,
Sacabocados sois de zapatero,
O cera aporreada con las muelas.
Malas manchas teneis en ese cuero,
Lo rubio es de candil, no de candelas,
La cara, en fin, lamprea en un harnero.

Diálogo de galan y dama desdeñosa.

LXXV.

Gal. Hace tu rostro herejes mis despojos.
Dam. No es mi rostro Calvino ni Lutero.
G. Tus ojos matan todo el mundo entero.
D. Eso es llamar doctores á mis ojos.
G. Cruel, ¿por qué me dás tantos enojos?
D. ¿Requiebras al verdugo, majadero?
G. ¿Qué quieres más de un hombre? *D.* Más dinero,
Y el oro en bolsa, y no en cabellos rojos.
G. Toma mi alma. *D.* ¿Soy yo la otra vida?

G. Tu vista hiere. *D.* ¿Es vista puntiaguda?
G. Róbame el pecho. *D.* Más valdrá una tienda.
G. ¿Por qué conmigo siempre fuiste cruda?
D. Porque no me está bien el ser cocida.
G. Muérome pues. *D.* Pues mándame tu hacienda.

Confesion por los Mandamientos.

LXXVI.

Padre, yo quiero al prógimo, y me muero
Por cumplir lo que en esto se me ordena;
Yo no codicio la mujer agena,
Que antes todos codician la que quiero.
A mí solo me hurto yo el dinero,
Las fiestas guardo yo, no mi cadena,
No temo, por no honrar los padres, pena
Ni peco en la avaricia del logrero.
Por mí estarán eternamente echados
Los testimonios y mi lengua muda
Para jurar, ni aun reyes coronados;
¿Si gracia alcanzaré con esta ayuda?
Ya que no ha de absolverme mis pecados,
Padre Fray Gil, absuélvame la duda.

Que la pobreza es medicina barata, y descuido seguro de peligros.

LXXVII.

Mi pobreza me sirve de Galeno,
Menos bestial por falta de la mula;
Presérvame de ahitos y de gula,
Y el barro de asechanzas de veneno.
Cenas matan los hombres, yo no ceno,
Ni ladron ni heredero me atribula,
Huevos me dan sufragios de la bula,
Mas no la bula sin sufragio ageno.
Nunca maté la sed en la taberna,
Que aun de sed no es matante mi dinero,
Y abstinencia forzosa me gobierna.
Mi hambre es sazonado cocinero,
Pues del carnero me convierte en pierna
Hasta los mismos huesos del carnero.

Indignándose mucho de ver propagarse un linaje de estudiosos hipócritas, ignorantes compradores de libros, me escribió este soneto. (1)

LXXVIII.

Alma de cuerpos muchos es severo
Vuestro estudio, á quien hoy su honor confía
La patria, ¡oh Don José! que en librería
Cuerpos sin alma tal, más es carnero.
No es erudito, que es sepulturero,
Quien solo entierra cuerpos noche y dia,
Bien se puede llamar libropesía,
Sed insaciable de pulmon librero.
Hombres doctos de estantes y habitantes,
En nota de procesos y escribanos,
Los podeis graduar por estudiantes.
Libros, (2) cultos de fuera cortesanos,
Dentro estraza, doctoran ignorantes,
Y hacen con tablas griegos los troyanos. (3)

A un marido cornisufrido.

LXXIX.

Cornudo eres, fulano, hasta los codos,
Y puedes rastillar con las dos sienes;
Tan largos y tendidos cuernos tienes,
Que si no los enfaldas, harás lodos.
Tienes el talle tú que tienen todos,
Pues justo á los vestidos todos vienes;
Del sudor de tu frente te mantienes,
Dios lo mandó, mas no por tales modos.
Taba es tu hacienda, pan y carne sacas
Del hueso que te sirve de cabello,
Marido en nombre y en accion difunto;
Mas con palma ó cabestro de las vacas,
Que al otro mundo te hacen ir doncello,
Los que no dejan tu mujer un punto.

(1) Ya se sabe que es D. José Antonio Gonzalez quien habla.
(2) Todo es alegoría.
(3) *Con tablas los troyanos*, en donde alude con burla á las tablas del caballo de Troya.

Título crepúsculo, ó entre dos luces, si titulece no titulece. (1)

LXXX.

Son los vizcondes unos condes bizcos,
Que no se sabe hácia qué parte conden,
A mercedes humanas no responden,
Y á las damas regalan con pellizcos.
Todas sus rentas son pizcas y pizcos
Sus estados y nísperos que monden;
Es conde cada cual de los que esconden
Los mendrugos que comen á repizcos.
Andan en titulillos cosa fea;
Y aun del rey mismo á no admitir se aunan
Lo dé, ó como la nuestra merced sea.
Sus despensas traspasos son que ayunan;
Mas no aunque su hambre hasta morir pelea,
De la merced de Dios se desayunan.

Encarece la suma flaqueza de una dama. (2)

CANCION I.

No os espanteis, señora Notomía,
Que me atreva este dia,
Con esprimida voz convaleciente,
A cantar vuestras partes á la gente;

(1) «En ocasion de haberse renovado un título olvidado en España, preguntó á D. Francisco un curioso la noticia que de él tenia su memoria, que era felicísima. Y él, con la gracia que le era tan propia, empezó su descripcion por los tres versos primeros de este soneto último. Despues no atendió á proseguirle por ventura embarazado en la esterilidad de los consonantes. Pero porque no se malograra tan solemne principio, persuadido á que yo le continuara (el colector de la edicion de 1648), hubo de obedecer, bien sin mas malicia de la que admite un mero desatino por donaire, pues en la verdad su dignidad es ilustrísima.»

El lector sabe ya, en virtud de la declaracion de esta nota, que los tres primeros versos son de Quevedo, y lo restante del soneto pertenece á D. Jusepe Antonio Gonzalez y de Salas.

(2) «Las cuatro canciones que ahora se han de seguir, sin duda son de las poesías bien antiguas del autor, pues por lo menos las primeras tienen testimonio seguro de más de cuarenta años de edad, hallándose impresas entre las *Flores de los poetas ilustres de España*, en Valladolid, año 1605. Las otras dos es cierto, son del tiempo mismo ó con poca diferencia, como lo acredita el genio suyo, el ritmo y el carácter del estilo: y asimismo lo mucho que los versos por donde empiezan parece son familiares á las orejas de todos, pues nadie habrá que no los haya oido, demás de ser tan frecuentes las copias que de esas dos canciones se hallan, que ya por los muchos ejemplares se podrian reputar por impresas, cuando no lo estuviesen: aunque yo creo lo habrán sido en alguno de tantos librillos sabandijas, que bárbaramente brotan de ordinario para auditorio muy vulgo. Segura, pues, la ancianidad suya que les comprobamos, poca cultura pudieron alcanzar versos de aquel siglo, que bien ansí le podemos llamar, pues parece otro muy distante el que hoy vemos, si se juzga por la ventaja grande en espíritu y pulideza á que ha subido la versificacion española de veinte ó treinta años á esta parte, y no por graduada sucesion, sino, como si dijéramos, de un tranco, ó de un vuelo. Pero yo de esto discurro en más cómodo lugar. En la disertacion paradógica que precede al

Que de hombres es, y de hombres importantes,
El caer en flaquezas semejantes.
La pulga escribió Ovidio, honor romano,
Y la mosca Luciano,
Homero de las ranas; yo confieso,
Que ellos cantaron cosas de más peso;
Yo escribiré, y con pluma más delgada,
Materia más sutil y delicada.
Quien tal sin carne os viere, si no es ciego;
Ya sé que dirá luego,
Mirándoos toda punta de rastrillo,
Que os engendró algun miércoles corvillo;
Y quien os llama pez no desatina,
Pues sois, siendo tan negra, tan espina. (1)
Defiéndaos Dios de sastre ó zapatero,
Que aunque no sois de acero,
O por punzon ó lezna, es caso llano,
Que ambos en competencia os echen mano;
Mas vos para sacarlos de la puja,
Jurásteis de vainicas por aguja.
Bien sé que apasionais los corazones;
Pero es con las pasiones
De cuaresma y traspasos de la cara,
Hiriendo amor con vos, como con jara;
Y agudo vuestro cuerpo tiene voto,
De ser aun mas sutil que lo fué Scoto.
Miente vuestro galan, de quien sois dama,
Si al confesarse os llama
Su pecado de carne, si aun el veros
No pudo en carnes, aun estando en cueros;
Pero hánme dicho que andan por la calle
Picados más de dos de vuestro talle.
Mas sepan que á mujer tan amolada,
Consumida, estrujada,
Débil, magra, sutil, buida, ligera,
Que ha menester, por no picar, contera,
Cualquiera, que con fin malo la toque,

Polyphemo de D. Luis de Góngora, *enmendado*. Bien sé, empero, que hoy D. Francisco no diera á la estampa poesías suyas de aquella edad sin grande renovacion y enmienda; y, como otras veces he dicho, era su intento aplicar mucha atencion y diligencia á todos sus escritos poéticos para que viesen luz; pero prevenido antes de morir, no pudo. Yo, pues, tan su amigo, y que tan promíscuas tuvimos las operaciones del ingénio, poco le presto, si cuando procuro su reputacion, muerto él ya suplo lo que aun estando vivo, en nuestra amigable comunicacion reciprocamente no era extrañeza. De este cuidado y de esta piedad han siempre necesitado más largamente sus poesías más antiguas; como estas harán el crédito, fáciles tanto de cotejar con las que andan comunes, cuya diferencia mucha, porque no admire entonces, queda ahora prevenida.» *Advertencia de D. José Salas en la edicion de 1648.*

(1) «Espina pez.»

Se condena la plaga de San Roque. (1)
Aun la sarna no os come con su gula,
Y sola teneis bula
Para no sustentar alma viviente,
Ni aun á vos, con ser toda un puro diente,
Y así, del acostarse en guijas duras,
Dicen vuestra alma tiene mataduras.
Hijos somos de Adan en este suelo,
La nada es nuestro abuelo;
Y salístesle vos tan parecida,
Que apenas algo sois en esta vida,
Voz en un hueco sois, que llaman eco,
Mas cosa de aire son la voz y el hueco.
Bien pues, sin cuerpo casi, sois un alma,
Vuestra alma anda en la palma;
Pero los enemigos no sois de ella,
Que el mundo es grande y es la carne bella;
Mas si el argumentillo mal no entablo,
Por espíritu solo sois el diablo.
Hanme dicho tambien por cosa cierta,
Que para vos no hay puerta
Ni postigo cerrado, ni ventana;
Porque, como la luz de la mañana,
Siendo de noche más vuestros indicios,
Os entrais sin sentir por los resquicios.
Pero aunque, flaca mia, tan angosta
Esteis y tan langosta,
Tan mondada y enjuta, y tan delgada,
Tan roida, esprimida y anonada,
Que estrechamente os he de amar confio,
Siendo amor de raiz el amor mio.
Mas despues de esta vida y de su guerra,
Que fuéreis á la tierra,
Si algo queda de vos, será tamaño,
Que no saque su vientre de mal año;
¿Pues qué he de hacer con huésped tan enjuto,
Que le preparen tumba en un canuto?
Un consejo os daré, de amor indicio,
Que para el dia del juicio,
Troqueis con otro muerto en las cavernas,
Desde la paletilla hasta las piernas;
Pues si devanadera os ven mondada,
No ha de haber condenado sin risada.

(1) «A seca.»

Pero aunque mofen los desnudos gonces,
Os salvareis entonces;
Que no es posible el premio se os impida,
Siendo acá tan estrecha vuestra vida;
Y que al justo os vendrá de bulto exenta,
Camino angosto y apretada cuenta.
Verdadera cancion, cortad la hebra,
Que aquel refran no os vale,
La verdad adelgaza, mas no quiebra;
Pues hay otro refran, y es más probado,
Que todo quiebra por lo más delgado.

Dama hermosa, entre rota y remendada.

CANCION II.

Oye la voz de un hombre que te canta,
Y en vez de dulces pasos de garganta,
Escucha amargos trancos de gaznate,
Oye, dama, el remate
De mi silencio en la sentencia extrema,
Que por ser dada en rota, es la suprema.
El que por tí se muere en dulces lazos,
Muere con propiedad de tus pedazos,
Y cuando abundas de hermosura en bienes,
Tantos remiendos tienes,
Hermosísimo bien del alma mia,
Que aun siendo tan cruel, pareces pia.
Eres bizarra y rota de tal modo,
Que tienes rota la conciencia y todo,
Y tus hermosos ojos celebrados,
Son no menos rasgados;
Pero en tu desnudez hay compañeros,
Que el vino y el amor andan en cueros.
En la batalla, la bandera rota
Valiente esfuerzo del soldado nota;
Y cuanto rota más, muestra más gloria,
Y en su dueño victoria;
A quien tus vestiduras comparadas,
Muestran más gloria, cuanto más rasgadas.
Rompe la tierra el labrador astuto,
Porque en estando rota, dá más fruto;
Y así el amor, bellísima señora,
Viendo que te mejora,
En tu vestido estrema sus rigores,

Por dar más fruto y por mostrar más flores.
Pues desnuda, rotísima doncella,
Tan linda estás, estás tan rica y bella,
Que menos nos mataras tú de amores,
Con las galas mayores;
Y eres así á la espada parecida,
Que mata más desnuda que vestida.
Mas como el guante rompen los amantes,
Para que puedan verse los diamantes;
Así quiso romperte la pobreza,
Para que la belleza,
Que vista puede estar tan presumida,
No quedase entre adornos escondida.
Pero mi musa teme ya el cansarte,
Cuando yo no me canso de alabarte,
Pues hacerse no puede de tus trapos,
De tus chías y harapos,
Tanto papel, aun siendo larga suma,
Cuanto en loarte ocupará mi pluma.

Celebra la pureza de una dama vinosa.

CANCION III.

OYEME riguroso,
Ya que no me escuchaste enternecido;
No cierres el oido,
Como al conjuro el áspid ponzoñoso;
Ablanda esa pues ya condicion dura
A mi verdad, siquiera por ser pura.
Lo que por tí he llorado,
Sordas piedras moviera y duros bronces;
Sacara de sus gonces
El palacio de estrellas coronado,
Y á tí no mueve de mi llanto el rio,
No sé si por ser agua ó por ser mio.
Mas ya que á mis pasiones
Ceden, en fin, mi enojo y mi cuidado,
Oye de un desdichado,
Las envueltas en lágrimas razones;
Aunque dicen que yerro en escribirlas,
Pues de tenerlas gustas más que oirlas.
Con mi tormento lucho,
Mas de ignorancia tengo el alma llena,
Pues á tí, mi sirena,

Siempre confieso yo que sabes mucho;
Si el que toma la zorra y la desuella,
Canta el refran que ha de ser más que ella.
Mejora, pues, mi suerte,
Siquiera por poder asegurarte
Que has cierto de gozarte,
Pues no en agraz te llevará la muerte;
Que tan devota siendo de las cubas,
Ya no podrá llevarte sino en uvas.
Dichosos tus galanes,
Aunque de amor por tí penando mueran,
Que si piedad no esperan,
Un no pequeño alivio á sus afanes
No han de negar que gozan placenteros,
Pues te ven la mitad del año en cueros.
Si á San Martin pidieras (1)
Caridad, cual su pobre fué afligido,
De todo su vestido
Bien sé yo para mí que tú escogieras,
Aunque tus propias carnes vieras rotas,
No la capa partida, mas las botas.
Y aun el cuero intentaras
Quitar al santo, y no un pelo á su ropa,
Porque en galas no topa
Tu codicia, aunque en cueros te quedaras;
Pues que en Bartolomé tienes ya talle,
De convertirle, á puro desollalle.
Pero yo en mis placeres
Tu amante, pretendí tu compañía,
Porque sé que este dia
Eres tú sola en todas las mujeres,
Que entretienen lascivos pensamientos,
La que aun aguar no sabe los contentos.
Permite pues yo sea
El olmo de esa vid, y que con lazos,
Dándote mil abrazos,
Tejida en laberintos mil te vea,
Que en lo que toca á besos, comedido
Menos de los que dás al jarro pido.
Tan linda te hizo el cielo,
Que porque no murieses cual Narciso,
Con providencia quiso
Darte en el agua tanto desconsuelo;

(1) «Alude tambien al lugar famoso por el vino.»

Aunque el morir no fuera el verte bella,
Sino el dolor de haberte visto en ella.
Porque la agua los quita,
Huyes de los pecados veniales;
Y tambien de los males,
Por no andar entre cruz y agua bendita;
Y los diablos tendrás junto á tí quedos,
Por no hacer el asperges con los dedos.
Pero si tú adoleces,
Ya saben que el humor de donde empieza,
Aunque esté en la cabeza,
Es de entre cuero y carne las más veces;
Y del que tu favor haya alcanzado,
De cuero y no de carne es el pecado.
Si el cielo ves ceñudo,
Y de nubes echado el papahigo,
No el rigor enemigo
Del rayo amedrentarte jamás pudo,
Ni contra tí recelas que se fragua,
Y tiemblas solo que te toque el agua.
Cancion, detente un poco,
Mientras juntando á un ramo de taberna,
El que tengo de loco,
Para aquella te doy tan dura y tierna,
Que ya alegre y ya triste se apasiona,
Con pámpanos tejida una corona.

Describe los trebejos de una familia, de quien se hallaba maleficiado.

CANCION IV.

MARICA, yo confieso,
Que por tenerte amor, no tuve seso;
Pensé que eres honrada,
Mas no hay verdad que tanto sea probada;
De entrada diste en ser entremetida,
Y salistes al fin con ser salida;
¡Válgate, y quién pensara
Que hicieras tal barato de tal cara!
La boquita pequeña,
Que á todos huele mal por pedigüeña,
Y los dientes pulidos,
Que comerán aun cuando estén comidos;
Sin dulces más y más, echarán menos
Mis versos dulces de mentiras llenos;

Pues en muchas canciones
Perlas netas llamé sus neguijones.
Si alguna liendre hallaba
En tus cabellos, alma la llamaba
De las que andan en penas,
Haciendo purgatorio tus melenas;
A tu cara fingí, del sol compuesta,
Por lo que el soliman del sol la presta,
Y á tus labios de grana,
Siendo, como se ven, de carne humana.
Mas lo que admiro en esto,
Es ver que tengas ojos en el gesto;
Pues sé de tus antojos,
Que se van tras cada real los ojos,
Sin saber despreciar moneda alguna,
Que antes crecen por cuartos como luna.
¡Triste de tú velado,
Que entre tanto doblon se vé cornado!
Mas lo que más me aqueja,
Memorias son de aquella santa vieja,
Cuya casa pudiera
Ser, por sus muchas trampas, ratonera;
Cuyos consejos son, sin faltar uno,
Todos de hacienda, de órdenes ninguno;
Pelóme, mas en suma
Para su fama me dejó una pluma.
¿Y quién tendrá lenguaje
Para decir de aquel bendito paje
Los dichos y los hechos
De aquel criado tuyo y á tus pechos?
De aquel tu corredor, que si otra fueras,
De que ese te corriera, te corrieras;
Mas está disculpado,
Que él solo es propio mozo de recado.
Algo creí en la treta
Del hacerte creer que eres discreta;
Pero despues de darte entendimiento
Atisbabas mi argento;
Mas si el cultiparlar se te conceda
Quieres, no has de mentar á la moneda.
Que mi bolsa estremeces,
Cuando de tu vendimia está en las heces.

A una moza hermosa que comia barro,

MADRIGAL.

Tú sola, Cloris mia,
Que si miras sin velo,
La vida puedes alargar al dia,
Has podido juntar la tierra al cielo.
Pero á riesgos te pones,
En ser cielo goloso de terrones.
Mira que en quien de barros está llena,
Es calle de Getafe cada vena.
Empiécese á comer su sepultura
En barros disfrazada,
Mujer manida, y guerra y arrugada;
Y en tu niñez lozana, en tu hermosura.
No profanen con barro á tus rubíes
Las perlas con que mascas, con que ries.
Que tu gusto no entierres, hoy mi aviso
Te advierte, Cloris bella, porque siendo
En carne, soberano paraiso,
Cuando con barro la salud estragas,
No el Paraiso terrenal te hagas.
Barro es cuanto en mis versos te prohibo,
Mas no es barro enterrar tu cuerpo vivo;
Confieso que de verte pena tomo;
¡Roer con perlas el *Memento homo*!
Y si en tu pulideza no es desgarro,
Muérdeme á mí, pues soy tambien de barro.
Son tus megillas, Clori, primavera,
Tú de flores socorres la ribera;
Ten flores, pues tu rostro es mayo eterno,
Tenga barros el rostro, que es invierno.

Búrlase de todo estilo afectado.

DÉCIMAS. I.

Con tres estilos alanos
Quiero asirte de la oreja,
Porque te tenga mi queja,
Ya que no pueden mis manos;
La habla de los cristianos
Es lenguaje de ramplon,
Por esto va la razon
De un circunloquio discreto
En retruécano y conceto,
Como en calzas y en jubon.

Estilo primero.

Amar y no merecer,
Temer y desconfiar,
Dichas son para obligar,
Penas son para ofender.
Acobardar el querer,
Cuando más valor aplique,
Es hacer que multiplique
El miedo su calidad,
Para más seguridad,
Tómate ese tique mique.
Lágrimas desconsoladas
Son descanso sin sosiego,
Y diligencias del fuego,
Más vivas cuando anegadas.
Las memorias olvidadas
En la voluntad sencilla
Son golfo, que miente orilla,
Son tormenta lisonjera,
En donde espira el que espera:
Qué linda recancanilla.
El tener desconfianza,
Es tener y presumir,
Y apetecer el morir
Mucho de grosero alcanza.
Quien osa tener mudanza
Se culpa en el bien que asiste,
Y quien se precia de triste
Goza con satisfaccion
La pena por galardon;
Pues pápate aquese chiste.

Vuelve á proseguir.

Pero siendo tú en la villa
Dama de demanda y trote,
Bien puede ser que del mote
No hayas visto la cartilla.
Va del estilo que brilla
En la culterana prosa,
Grecizante y latinosa;
Mucho será si me entiendes,
Yo vacio piras y asciendes,
Culto va, señora hermosa.

Estilo segundo.

Si bien el palor ligustre
Desfallece los candores,
Cuando muchos esplendores
Conduce á poco palustre.
Construye el aroma ilustre
Víctima de tanto culto,
Presintiendo de tu bulto,
Que rayos fulmina horrendo;
Ni me entiendes ni me entiendo,
Pues cátate que soy culto.

Prosigue.

No me va bien con lenguaje
Tan de grados y corona;
Hablemos prosa fregona
Que en las orejas se encaje.
Yo no escribo con plumaje,
Sino con pluma, pues ya
Tanto bien barbado dá
En escribir al revés;
Oyeme tú, dos por tres,
Lo que digo de pe á pa.

Estilo tercero.

Digo, pues, que yo te quiero,
Y que quiero que me quieras,
Sin dineros, ni dineras,
Ni resabios de tendero.
De muy mala gana espero,
Date prisa, que si no,
Luego me cansaré yo,
Y perderás este lance;
Bien haya tan buen romance
Y el padre que le engendró.

Fiesta de toros con rejones, al príncipe de Gales, en que llovió mucho.

DÉCIMAS. II.

Floris, la fiesta pasada,
Tan rica de caballeros,
Si la hicieran taberneros
No saliera más aguada.
Yo ví nacer ensalada
En un manto en un terrado,
Y berros en un tablado;
Y en atacados coritos [1]
Sanguijuelas, no mosquitos,
Y espadas de Lope Aguado.
Vióse la plaza escelente
Con una y otra corona,
Tratada como fregona
Con lacayos solamente.
Corito resplandeciente
Y gallego relumbrante;
Mucho rejon fulminante,
Mucho céfiro andaluz;
Mucho Eleno con su cruz
Y poco disciplinante.
Ví la magna conjuncion,
Floris divina, á pesar
De los divorcios del mar,
Abreviada en un balcon.
El castellano leon,
La británica ballena,
Que de española sirena
Suspendido, padecia
Los peligros, que bebia
Entre el agua y el arena.
Las nubes, por más grandeza,
En concertada cuadrilla,
Fueron carros de la villa,
Por hacer fiesta á su alteza.
Restituyó su belleza,
Floris, con tu vista el dia;
Tú abrasabas, él llovia;
Haciendo tus dos luceros
Suertes en los caballeros,
Y en el toro, si te via.
Si á Júpiter toro ó popa [2]
Bramar y nadar le vieras,
Mejor suerte en él hicieras,
Que Europa, ni toda Europa.
Cuanto tu hermosura topa,
Si á mirarlo se abalanza,
Aunque ayude la esperanza,
Aunque alivie el pensamiento,
Lo convierte en escarmiento
Y lo deshace en venganza.
Toros valientes ví yo
Entre los que conocí,
Pasados por agua, sí,
Pasados por hierro, no.
Y bien sé quien procuró,
Para no venir á menos
Llegarse siempre á los buenos,
No á toritos Zamoranos,

(1) «Lacayos.»

(2) «Alude á la transfiguracion en toro que los mitológicos dicen fué nave que tenia por imágen tutelar dicha fiera.»

Porque los toricantanos
Son enemigos de truenos.
Y aunque la fiesta admiré
Y á todos quise alaballos,
Fiesta de guardar caballos
En un calendario fué.
En todos valor hallé,
Y aunque careció de zas,
Me entretuvo mucho más
Con mesura de convento
El del quinto mandamiento,
Rejon de no matarás.
Con lacayos de color
En bien esmaltada rueda,
La plaza llenó Maqueda
De señores y valor.
Cea, Velada y Villamor
Entraron solos despues,
Cuyas manos, cuyos piés,
Con lo que se aventajaron,
Tres cuarentenas ganaron
De lacayos todos tres.
No con trote prevenido,
Ni con galope asustado,
Mas con paso confiado,
Sonoro, no divertido.
El caballo detenido,
Villamor del toro dueño
Burló remolino y ceño;
Despreciando bien heridas
Amenazas retorcidas
En el blason Jarameño.
A Velada generoso
El dia por un desman
Concedióle lo galan,
Recatóle lo dichoso.
Por valiente y animoso
La envidia le encaminó
Golpe, que le acreditó,
Pues fué en mayor apretura
Dichoso en la desventura
Que esclarecido ilustró.
Bizarro anduvo Tendilla,
Pues en cualquiera ocasion
Astillas dió su rejon,
Cuchillada su cuchilla.
Todos los de la cuadrilla,
Quién osado, quién sagaz,
Esforzaron el solaz,
Pues cualquiera se animaba,
Y Bonifaz deseaba
El andar mas bonifaz.
Don Antonio de Moscoso,
Galan, valiente y osado,
Bien anduvo aventurado,
Si bien poco venturoso.
Quedó agradecido el coso
A tanto lucido trote,
Echó el cielo su capote
Por no ver un caballero,
Que al contar sirvió de cero,
Y al torear de cerote.
Cantillana anduvo tal,
Y tan buenas suertes tuvo,
Que estoy por decir que anduvo
De lo fino y un coral.
El fué torero mortal,
Y lo venial dejó
A otro que allí salió,
Vagabundo de venablo,
Que en este otro anduvo el diablo,
Pero en Cantillana no.
De lo caro y de lo fino,
Con resolucion decente
El auditorio presente
Aguardó á los toros Guino.
Uno se fué y otro vino;
Y viéndole con pujanza
Tratar, sin hacer mudanza,
Al torazo como á buey,
Dijo á los suyos el rey,
Veis allí una buena lanza.
Un hombre salió notable,
Que desde el principio al fin
Fué tutor de su rocin,
Con garrochon perdurable;
Oh! ginete abominable,
¡No te tragara el abismo!
Pues tras largo parosismo,
Cuando los toros salian,

Tus caballos te decian,
Haga bien para sí mismo.
Para poder alaballo
Todo, á mí se me ordenó
Que alabe á los unos yo,
Mas al otro su caballo.
Agradézcale el guardallo,
Pues por le decentar
Al tiempo del torear,
En saliendo toro arisco,
Se convertia en basilisco
Y mataba con mirar.
Los demás, á mi entender
(Su obligacion me lo advierte),
Ya que no tuvieron suerte,
La procuraron hacer;
La culpa estuvo en traer
A la gineta tortugas,
Caballos metiendo fugas,
Como si fuera en la silla
Un maestro de capilla,
Solfeando de jamugas.
Cea, siempre esclarecido,
Dió á la fama qué decir,
A las plumas qué escribir,
Qué contrastar al olvido.
Dichosamente atrevido
Ozeta anduvo valiente,
Y galan dichosamente.
Zárate mostró valor,
Y dió al toreo mejor
Fuga lluvia de repente.

Fiesta en que cayeron todos los toreadores.

QUINTILLAS. I.

Sola esta fiesta en mi vida
He visto que tenga traza
De ser hecha con medida,
Pues viene bien á la plaza,
Por ser de grande caida.
No hay aquí que murmurar
Ginete envidioso y perro,
Valiente de paladar,
Guardarse, es caer en hierro;
Caer, guardarse de herrar.
Al toro es fuerza buscarle
Con diligente talon,
Y es gala solicitarle,
Que el huchobo y aguardarle
Denota lejos y alcon.
Si con decir que cayeron
Los quisiere deshacer,
Respondan los que lo vieron,
Que los serafines fueron
Inventores del caer.
Esto sí ha sido estremarse
En rejones y en heridas,
Y á todos aventajarse,
Pues salieron á tomarse
Con los toros á caidas.
Los lectores del toreo
Graduados de balcon,
Que en salvo vierten poleo,
Tienen parlado rejon
Y muy poquito peleo.
No hay regatear aquí,
El buscarlo ó recibillo
Al toro más baladí,
Que si hay torillejo hosquillo,
Ha de haber el vente á mí.
El juzgar no es valentía,
Garnacha de los balcones,
Caballero, yo haria,
Y suertes en profecía
No acreditan los rejones.
De lo de suerte perfecta
Sastago con gran decoro
Anduvo, y cuando la aprieta,
Al son de la castañeta
Del rejon, bailaba el toro.
Novicio tan atinado,
Que ha enseñado á profesar
De punta y tajo volado;
Cuerdo sin titubear
Y valiente sin cuidado.

Las puntas de sus rejones
Contaron los remolinos
(Como dicen los bocones)
A los cornudos leones,
A los toros más mohinos.
No fué desdicha, fué hazaña,
Caer, cuando socorria
Al que valiente acompaña;
Si á caballo rayo ardia,
En cayendo fué guadaña.
No se anudó en remolinos
De los pícaros vecinos;
Silla, no color perdida,
Descosió al toro la vida
Y á la sangre los caminos.
Riaño dió repetida
Grande y dichosa caida;
Mas súpose desquitar
De suerte, que pudo dar
La suerte por bien venida.
Venganza sin alharaca,
Cuchilla sin prevencion
Y galope sin matraca;
Hombre que la espada saca
Sobre la satisfaccion.
Gaviria en forma de Arturo
Por lanza un pino sacó,
Valiente estuvo y seguro,
Si el animal le temió,
El [1] fué cuerdo y él [2] fué muro.
Cayó Gaviria este dia,
Como otras veces solia,
Que el caer sigue al llegarse,
Y el acechar y apartarse
Es de caballero espía.
Del rejon no digo nada,
Pues con él dibujo hacia
El toro á pura picada;
Nube de la cuchillada
Que sin escampar llovia.
A buena resolucion,
Rostro seguro y sereno
Cáigale mi bendicion;
Caer en la plaza es bueno,
Y malo en la tentacion.
Los valientes se arriesgaban
Despreciando mortuorios,
Y segun bamboleaban,
Parece que toreaban
Los cuartos de los Osorios.
Tú, que á torear te obligas,
Y juzgas con buena fé,
Si cayeron como hormigas,
Advierte bien que no digas
De este toro no caeré.
Y si quieres parecer
De este ejercicio maestro,
Acomete sin temer,
Y reza del Padre Nuestro
El no nos dejes caer.
No has de venir á guardallo
Al rocin sobre que estás,
Pues vienes á aventurallo;
Cae de tu asno, y sabrás
Caer bien de tu caballo.
Quien no tiene por hazaña
Caer, quien se aventuró,
Acuérdese, pues se engaña,
Que cayó Troya, y cayó
La princesa de Bretaña.
Beldad, como por despojo,
Van en copla á vos las vidas
Que defiendo con enojo,
¿Y quién puede sino un cojo
Abogar por las caidas?

---

(1) «El Toro.»
(2) «El Toreador.»

A una dama que bailando cayó.

QUINTILLAS. I.

Todo mi discurso atajo
Sin poder hallar consuelo,
Viendo que en este trabajo,
En tí se nos cayó el cielo
Y no nos cogió debajo.
Deja, si te desgobiernas
O las piernas ó los brazos,
Mis penas hagan eternas
Con pretina de tus lazos
Gargantilla de tus piernas.
Guarda en tus brazos despojos
De la gala que sujetas,
No mueran con mil enojos
El rastro en tus castañetas,
El matadero en tus ojos.
Otra vez, pues que por tí
Vivo y muero como ves
Desde el punto que te ví,
Si se te fueren los piés,
Dí que se vengan á mí.
Si el chapin se le torció,
Anda sobre mí, no pares,
No temas que tuerza, no,
Pues cuanto más me pisares,
Más me enderezaré yo.
Y aunque es año de caidas
En el mandar y el poder,
Duélete de tantas vidas,
Que de tí viven asidas,
Tente ó déjate tener.

Celebra á una roma, como todas lo merecen. (1)

REDONDILLAS.

Roma, hablando con perdon,
Entre Gomorra y Sodoma,
Que los perdones en Roma
Ordinaria cosa son.
Si de este golpe ó caida
Con que has rompido mis paces,
Las narices no te haces,
No las tendrás en tu vida.
De un chisme tan infeliz,
¿Qué me darás por respuesta,
Con una nariz de apuesta,
Si es nariz ó no es nariz?
Braquilla de los demonios,
No es bien que siempre me atices;
Levanta tú tus narices
Y no falsos testimonios.
Mas ya olvido cuanto dices,
Pues solo ha de ser contado,
Que no te las he cortado
Y te dejo sin narices.
Grano pues que así de gorra
A nariz se entra el bribon,
La tribu de Zabulon
Y San Cárlos la socorra.
Es con moquita pezon,
Que le ordeñas, si te suenas;
Nariz que aun hallarla apenas
Puede el cohete á traicion.
La llaneza de tu cara
La vista equivoca, pues
Pasara por ser envés
Si un ojo no la sobrara.
Con que así no serian buenos
Extranjeros que te amaran,
Pues algunos no reparan
En un ojo más ó menos.

(1) Ofendido un gran señor del mal tercio que le hizo una desnarigada, la castigó con versos suyos y agenos. Y estos, que se escribieron entonces más rigurosos, aparecen ahora con semblante más mesurado y decente.»

Mas te podrás atrever
A desórden en pecar,
Pues que no pueden hallar
Las bubas de qué comer.
Hoy nos enseña tu cara
Las megillas sin arzon,
Gargajos sin pabellon
Y mocos sin alquitara.
Y aunque el toston te matices,
No saldrás de cosa y cosa;
Y aunque más fueres gangosa,
No hablarás por las narices.
De agraviarse hoy muestra indicios
El olfato á quien profanas,
Pues en lugar de ventanas,
Le dás tan sucios resquicios.
Y aunque es bien la letra oscura
De tu cara procesada,
Sola no se entiende nada
Del oler la abreviatura.
Por tu nariz, yo testigo,
Pleitean con buen derecho;
Por teta la pide un pecho,
Y una panza por ombligo.
Y me ha dicho un hablador
Que con justicia y enojo
La pide por roncha un piojo,
Y por cero un contador.
Y otro, que roe tus zancajos,
Me certificó este dia,
Que tu nariz se escondia
Del mal olor de tus bajos.
Y aquel á quien más agradas,
Por todo el mundo publica
Que llevas la nariz chica
De ronda de bacinadas.
Mas porque no escandalices
Con una cosa tan fea,
Despacha luego á Judea
Por un moño de narices.
Y alcanzarás narigon,
Si dejar lo romo quieres,
Si con devocion dijeres
Resez en el corazon.
La reina eres de las chatas,
Que al fin llevan tus megillas
Las narices en cuclillas
Y las facciones á gatas.
Y viéndolas, dicen todos,
Y estas no son malas nuevas,
Que arremangadas las llevas
Para que no te hagan lodos.
A que yo el blason aplico
De parecer tanto cuanto,
Nariz de cuerpo de santo
Que siempre la falta el pico.
Oh cara, oh lenguaje muda,
Con buena resolucion,
Oh, llégate á la pasion
Y aprende á ser nariguda.
Pues solo te advierto yo,
Ya que á hablarte me acomodo,
Que á Roma se va por todo,
Pero por narices no.
Mas vergonzante infeliz,
Nariguilla de boton,
Vete en casa de un sayon,
Que dé sopa de nariz.
Que yo tus fiestas solemnes
Dejo ahora, pues presumo
Que ya se te sube el humo
A la nariz que no tienes.

En ocasion de no darle el duque de Lerma las ferias de una esfera y de un estuche de instrumentos matemáticos, escribió este soneto. (1)

SONETO.

La esfera en que divide bien compuestas
Repúblicas de luz, rayo elegante,
Entre Vuesa Escelencia y entre Atlante,
Uno la tiene á cargo y otro á cuestas.
Satisfaccion, señor, y no respuestas
Pide el vil concentillo mendicante;
Haya tres (2) ferias este mes, y espante
El veros añadir al año fiestas.
Esté la esfera limpia, esté lustrosa,
Que dá lástima el verla tan tomada
En una galería tan curiosa.
Un cáncer basta á toda esfera honrada,
Que me dicen está muy peligrosa,
Más comida del signo, que ilustrada.

Respuesta del duque.

Vuestro soneto es tan bueno,
Señor Don Francisco, y tal
El rayo elegante en él,
Que hace sombra á lo demás.
Siempre os ví sin tacha alguna
En pié de verso eficaz,
Pero dícenme que ahora
Dais tal vez en cojear.
Lisura en versos y en prosa,
Don Francisco, conservad,
Ya que vuestros ojos son
Tan claros como un cristal.
No copiaros, responderos
Me toca, respondo ya;
Que no debiendo á quien pide
Hay muy poco que dudar.
Pedís que os ferie una esfera
Que disteis con voluntad;
Si con más la recibí,
Decidme, ¿de qué os quejais?
Tambien decís que del polvo
La esfera injuriada está,
Y es que ya atento á los cielos
Olvido la material.
Si como á lego, señor,
Me habeis querido tentar,
Lego soy, pero en tenaza
Muy vuestro hermano carnal.
De erudicion en las ciencias
Teneis muy grande caudal;
Mas al pedir, ¿de qué valen
Contra quien sabe negar?

(1) «Sucedió encontrarle el duque el dia de la feria de San Miguel, y decirle:
—Que se escondia por no darle ferias.
A que respondió D. Francisco:
—Que él daria su satisfaccion en consonantes:
Y el dia siguiente le envió este soneto. Y el duque, despues de su romance, mejor satisfaccion.»

(2) «Las dos de San Mateo y San Miguel y las del duque.»

A quien pide, madurez
Prudente ha de gobernar,
Porque el embestir sin tiempo
Deja el pedir en agraz.
Este consejo de ferias
Os he querido enviar,
Que es de estima en este tiempo
Quedar de pedir capaz.
Si otro socorro esperaba
Vuestro engaño, perdonad,
Pues lecciones vuestras son
Mi defensa natural.
Si el cáncer come en la esfera,
En su figura será
Para mí un ejemplo vivo,
Para vos perro mortal.

Volvió á replicar D. Francisco.

ROMANCE I.

MANDAN las leyes de Apolo
Que en el Parnaso se cante,
Quieren lira y no tenaza,
Que se toque y no se arañe.
Vos os preciais de Petrarca
Para quien os quiere Dante,
Más vale el Frachi que el Tasso
En conceptos de donaire.
No tiene mejor Tomista
La órden de los Guzmanes,
Y para Tomás, señor,
No son malas vuestras partes.
De vuestras insignes obras,
Si lo juzgan mis compases,
Siendo pequeño el volúmen,
Los tomos han sido grandes.
¿De qué me sirve alegar
Mi escuadra de memoriales,
Si con vos no tengo estrella,
Pues todas me las quitásteis?
Condenarme es ya forzoso,
Fuerza será condenarme,
Pues á quien quitan el cielo,
No procuran que se salve.
Sin duda nací en mal signo,
Pues todas quieren dejarme,
Ni Acuario me dá una gota,
Ni un solo bocado Cáncer.
Una flecha Sagitario,
El buen Géminis un parche,
Ni Virgo una tragantona,
Libra siquiera un adarme.
Un retratillo de á ocho
En Leon en vergonzante,
Que con cuartanas y cuartos
Brama siempre por trocarse.
Ni un cuerno con que monde
Estos dientes miserables,
El triuncuerno de los signos,
Toro, Capricornio y Aries.
Solo pienso que Escorpion
En mi lengua ha de quedarse,
Para quejarse de vos
A los dares y tomares.
El parentesco en tenaza
Con vos conviene negarle,
Pues por menos parentesco
Presumiérais heredarme.
Que como á tantas herencias
Estais hecho sin descarte,
Debeis de soñar que soy
Vuestro tio ó vuestro padre.
Vo soy vivo, duque ilustre,
Aun hoy me hierve la sangre,
Y solo tengo de muerto
El perro que quereis darme.
Si así tratais las ofertas,
Obligareis á que os llamen
Escelencia las personas,
Y los Camarines zape.
Honrad á vuestros criados,
Pues será más importante
Ser algunas veces largo
Que tan muchas veces grande.

Tenaza de Nicodemus
No fué con vos comparable,
Ni el propio Abarimatías,
Ni el propio Francisco Abari.
Que conserve la lisura
Me aconsejais elegante,
Escelentísima lima,
A vos quiero encomendarme.
Alisadme de manera
Que tras dos años fatales,
O se deslice la prenda
O la feria se resbale.
El cojear en los versos,
Esto es, señor, retratarme,
¿Yo cojo? decidlo vos,
Aunque la cojera os falte.
Dádivas quebrantan peñas,
No pienso que sois de carne,
Pues las dádivas en vos
Han venido á quebrantarse.
Quien se dá lo que se toma
Con tan alegre semblante,
Es conforme á la capacha
Para sí mismo Alejandre.
Peor que el demonio sois,
Pues lo que no os dí llevaste;
Y dándome yo á los diablos,
De esto no quieren llevarme.
Porque llegase á noticia
De todos los circunstantes,
El no quiero daros nada
Me lo escribís en romance.
¡Oh claridad infinita!
¡Oh esplendores coruscantes!
Revistiendo se me van
En el cuerpo soledades.
Menguó mi luna en mi esfera
Y mi sol vino á eclipsarse;
Vénus me dejó Vulcano,
Cornudo me dejó Marte.
Mercurio se me voló,
Diosecito de plumajes,
El que lleva por el viento
Pajaritos carcañales.
Solo se queda Saturno
En mis huesos y en mis carnes;
Apermazando de murrias
Mis pensamientos inanes.
Perdonad esta cultura
A tan indigno pedante,
Mientras le digo mi culpa
Al padre Adunco del Cármen.
Pues hemos llegado á tiempo
Que sin bastar que se rasquen,
De duques y comezon
Los pobres van á espulgarse.
Si Vuecelencia responde,
En el sobrescrito mande
Escribir, que guarde yo,
Que importa con el Dios guarde. (1)

---

(1) Otra larga advertencia encontramos aquí del colector Salas, en la que expresa lo siguiente:

«Gran runfla, dice, es la que de estos donairosos *romances* aguarda ya aquí para salir al teatro, y si bien ellos son, ansí como desiguales en la edad, igualmente en los méritos desiguales; son de manera tambien, que ninguno deje de descubrir algunos rasgos del sabor y del ingenio de nuestro poeta: con que, despues de asegurarnos de su legitimacion, podrá el mas inferior ofrecerse alentado á cualquier delicado paladar, sin el recelo de no ser bien admitido. No hubo empero atencion á graduarlos, ó por su antigüedad, ó por su aprecio, para que se antepusiesen ó pospusiesen en la salida, sino confusamente, como en selva, se les dió lugar interpolados: advirtiendo aun más á alternar los más ventajosos con los menos, como observo yo que lo ejecutaron ansí todos los epigramatarios antiguos, de quienes tan varios fueron los argumentos de sus epigramas, como lo son los de estos *romances*. No hablo de la forma de su composicion, que en esa son diferentes. Muchos otros excelentes faltan ahora, que yo conozco, y asimismo de quien no tengo noticia. Pero engañemos su ausencia con estos entre tanto que alguna aviesa intencion los esconde ó alguna noble humanidad los manifiesta, que tales son ellos sin duda, que siempre podrán comunicarse al oyente más mal contentadizo, desnudos de otro cuidado como el nuestro.»

Encarece la hermosura de una moza con varios ejemplos, y aventajándola á todos.

ROMANCE II.

Anilla, dame atencion,
Que es dádiva que no empobra
Mientras que *Cultipicaña* [1]
Mi *Musa* se desabrocha.
Sanson, que tuvo la fuerza,
Como el paño de Segovia,
En el pelo cuyo pulso
Ni con Caleno se ahorra;
El que con una quijada
Mató tantas mil personas,
Si fué de suegra ó de tia,
Lo mismo hiciera una mosca;
El que á leones fruncidos
Los desgarraba las bocas,
Cuyo calor digiriera
Un locutorio de monjas;
Este, pues, años pasados,
Segun cuentan las historias,
Se enamoró de una niña
Cejijunta y carihermosa.
Cuerpo á cuerpo cierto dia
Le desafió la tronga,
Con poco temor de Dios
Armada de raya en tocas.
El, fiado en las vedijas,
A lo zamarro buscóla,
Y enfundándola las faldas
Con la greña de su cholla,
Sin temer que tijeretas
Le trasquilasen la morra,
Habiendo echádose al buz,
Se levantó de corona.
Mas levantóse tan débil,
Que le pesaba la sombra;
Y fué un estuche armería
Contra el vencedor de tropas.
Usábanse filisteos
Que no se usan ahora,
Puede ser que en Portugal
Algunos de ellos se escondan.
Sacáronle los dos ojos,
Y sospecha cierta glosa,
Que se los habia sacado
La tal por galas y joyas.
El se quedó á buenas noches,
Y acostada la persona,
Tentando con un bordon
Y viviendo de memoria.
Por no se haber inventado
El pregonar de las coplas,
Pronósticos y almanaques,
No se valió de su prosa.
Calla callando se estuvo
Hasta que creció la borra,
Y sintió que de sus fuerzas
Le daban nuevas las corvas.
Y viene y torna y qué hace,
Y qué hace, viene y torna,
Si no aguarda que se atieste
De gentes la Sinagoga.
Luego abrazando columnas
Como si abrazara mozas,
Juntó en un requiem eternam
El suelo y las claraboyas.
Dejólos hechos tortilla
De narices en las losas,
Y quedóse entre la gente
De amarilla ejecutoria.
Desde entonces se le lucen
En el pelo al que enamora
Las tijeras de las niñas
Que les trasquilan las bolsas.
Pues, Anilla, verbi gracia,
Si á las fuerzas más famosas

(1) «Llaman ansí con donaire lo que nosotros digimos joco-serio.»

Rindió Dalila en Sanson,
Siendo blanca, rubia y roma,
¿Qué defensa tendré yo
Contra tí, que eres Sansona
De la belleza, que al alma
Con luces y rayos corta?
Aguileña y pelinegra,
¿Y en qué pecho no harán roncha
Esos dos ojos giseros
De la carda y de la hoja?
¿Cómo de tu boca Oriente,
Que está chorreando auroras,
Podrán escapar mis rentas
Sin salir trasquilimochas?
Cátate aquí que me ciegas,
Ves aquí que palpo sombras,
Y si no lo has por enojo,
Que rezo y pido limosnas.
Asiréme á las columnas,
Cuyas servillas por horma
Tienen un piñon, y en tierra
Daré con todas mis glorias.
Fué Hércules cazador
De vestiglos y de gomias,
Viendo que sierpes é hidras
No hay demonio que las coma.
Conocido por la moza,
Como si fuera la mona,
Hombre de carnestolendas
Con daca lo que le estorba.
Muy preciado de trabajos,
Que es una muy buena cosa,
Ganapan del *Non plus ultra*
Y esportillero de rocas.
Despues de haber desuñado
A la selva Calidonia,
Y sacado los colmillos
Al que en Erimanto rozna;
Muerto al hijo de la tierra
Con zancadilla de horca,
Pues con los piés en el aire
Sus brazos le fueron soga;
Dió con todas sus bravatas
Y con tantas valentonas
En Yoles una mozuela,
Ni bien cuerda ni mal loca.
Esta, pues, quiso vencer
Al que vencedor se nombra;
Y á tan honrada zalea
Se puso á hacer la mamona.
Embutióle en una saya
Piernas y patas frisonas,
Y tabicóle con yeso
De sus megillas la alfombra.
Púsole una gargantilla
En su garganta la olla;
Tinajas por arracadas,
Y por tembladeras horcas.
Engalanóle las liendres
Con lazadas y con rosas,
Y espetándole una rueca,
El jayan hilaba estopa.
Dióle por huso una viga
Con quintales de mazorca,
Y enseñósele á bailar
A manera de peonza.
Era de ver al salvaje
Hecho una parca barbona,
Escupiendo las pajitas
Con la geta melindrosa.
Descalzábase de risa
Con verle la picarona
Besar la estopa fruncido,
Que parece que la coca.
Con las barbas y el hilado
Pudieran echar ventosas;
¡Oh, lo que se holgara Caco
Si le viera con ajorcas!
De celos de estas finezas,
Otra maldita Mondonga
Una camisa le viste,
Tejida con peste y roña.
Murió el asnazo en camisa,
Aplícalo, Anilla, agora,
Pues en camisa me dejan
Tus investiduras sordas.
Hilé, y si hubiera hilado
Delgado en dar lo que achocas,
La encamisada de Alcides
No celebrara mis honras.

Yo me doy por bien desnudo
De tu bandolera sorna;
Acuéstala, mas no entierres
La desnudez que ocasionas.
Si la luz trujo arrastrando,
Como otros suelen, la soga,
Tras Dafne el sol cuadrillero
Con más saetas que joyas.
Si la corrió como liebre,
Y se corrió como zorra,
De que la dijese aguarda
Y no la dijese toma.
Y si en competencia tuya
Era Dafne carantoña,
Ninfa que los escabeches
Y las aceitunas ronda.
Siendo tú el sol, con cuál ánsia
Volaré yo cuando corras,
Pues con las alas del viento
Pensaré que llevo cormas.
No te trasformes en árbol,
Mas si en árbol te trasformas,
Acuérdate del ciruelo
Y del que lleva bellotas.
En precio se llovió Jove
Para gozar á la otra,
Que en la torre, como tordo,
Pasaba la vida tonta.
Para ser bien recibido
El Dios se vistió de bolsa,
Bajó en contante del cielo
Y á lo mercader negocia.
Sabe que temen sus perros
Más que los rayos que arroja;
Que numerata pecunia
No le renuncian las novias.
Vino en paga y vino bien,
Que tiene muchas quejosas,
Y al Tonante sin dinero
Le llamarán poca ropa.
Habló por boca de ganso
A Leda, y con la tramoya
De plumas blancas y pico,
Dios avechucho engañóla.
Pagó cual si fuera invierno
En niebla á otra dormilona,
Y de puro bien mojada,
Quedó buena para sopa.
Pues si era Danae mujer,
Cual vinagre por arrobas,
En solas las piernas magra
Y en todo lo demás gorda,
¿Con cuánta mayor razon
Me desharé en lluvia roja
Sobre tus faldas, y en minas
Podrás decir que me cobras?
CONVIRTIÓSE en huchoho
El mismo dios por Europa,
Que se convirtió más veces
Que una mujer pecadora.
Y con su moño de cuernos
Y con su cabeza hosca,
Con su nuca y pata hendida,
Muy toro en las demás cosas.
Junto toro y toreador,
¿Quién vió cosa tan impropia?
Para ponerla el rejon,
A la muchacha retoza.
Ella, que era agradecida
De sofaldos y lisonjas,
En vez de arrojarle capas,
Sus propias faldas le arroja.
Mujer que por pasearse
En un toro se acomoda,
¿Qué hiciera por ir al Prado
Hartándose de carroza?
El dios Toro, como bobo,
Del mar se llegó á las ondas,
Y dejando atrás la orilla,
Empezó á tomar la boga.
Hízose nave cornuda,
Hizo la cabeza popa,
De sus cabellos la vela
Y de sus ancas la proa.
El mal alcahuete entonces
Hizo colchones las olas,
Que ya por padre de Vénus
Le tocaba ya coroza.
Porque no se marease
Enderezó su corcova

La mareta, y esclavina
Pareció la orilla en conchas.
Neptuno, en viéndolos, dijo
A gritos, ande la loza,
Que la loza en los refranes
Las piernas nunca las dobla.
Tomó tierra en una isla,
Y luego en tierra tomóla,
Y con huéspedes y huesos
Dejó el vientre á la chicota.
Pues si por una gabacha,
Entre vaca y entre tora,
El grande Júpiter brama
A riesgo de que le corran,
Por tí, que retas los signos,
Con los que cierne tu cofia,
Cuyo talle y cuyo brío
No es nísperos lo que mondan,
Convertiréme en ceniza,
Pues tus soles me abochornan,
Aunque el miércoles corvillo
Entre las cejas me ponga.
PÁRIS, el cataribera,
Que en Ida juzgó á las diosas,
Y dió á Vénus la manzana,
Viendo á Palas en pelota,
Si te viera, de su pomo
A nadie diera chicota,
Que á las otras le tirara
Y á tí te la diera sola.
Quedaran por marimantas,
Y á tu luz por mariposas,
Y á la buscona de Chipre
Sin duda la diera cola.
Y al fin, más que cien mil ninfas
Valen, Anilla, tus lonjas,
Pues barbas juris jueces
Sabes gastar por escobas.
Más vale un bullicio tuyo
Que cuantas metamorfosias
En las cañas flautas silban,
Y en las abubillas roncan;
Los botes de tu mirar
No hay corazon que no rompan,
Ni talego que no chupen,
Ni joyero que no sorban.
Yo lo digo, y si dijere
Algun filósofo en contra,
Sin esceptuar á ninguno
Le desmiento por la potra.

Boda y acompañamiento del campo.

ROMANCE III.

DON Repollo y doña Berza,
De una sangre y de una casta,
Si no caballeros pardos,
Verdes hidalgos de España,
Casáronse, y á la boda
De personas tan honradas,
Que sustentan ellos solos
A lo mejor de Vizcaya,
De los solares del campo
Vino la nobleza y gala,
Que no todos los solares
Han de ser de la montaña.
Vana y hermosa á la fiesta
Vino doña Calabaza,
Que su merced no pudiera
Ser hermosa sin ser vana.
La lechuga, que se viste
Sin aseo y con fanfarria,
Presumida, sin ser fea,
De frescona y de bizarra.
La cebolla á lo viudo
Vino con sus tocas blancas,
Y sus entresuelos verdes,
Que sin verdura no hay canas.
Para ser dama, muy dulce
Vino la lima gallarda
Al principio, que no es bueno
Ningun postre de las damas.
La Naranja á lo ministro
Llegó muy tiesa y cerrada,

Con su apariencia muy lisa,
Y su condicion muy agria.
A lo rico y lo tramposo
En su erizo la Castaña,
Que la han de sacar la hacienda
Todos por punta de lanza.
La Granada deshonesta
A lo moza cortesana,
Desembozó en la hermosura
Descaramiento en la gracia.
Doña Mostaza menuda,
Muy briosa y atufada,
Que toda chica persona
Es geme de gran mostaza.
A lo alindado la Guinda,
Muy ágria cuando muchacha,
Pero ya entrada en edad,
Más tratable, dulce y blanda.
La Cereza á lo hermosura,
Recien venida muy cara,
Pero con el tiempo, todos
Se le atreven por barata.
Doña Alcachofa, compuesta,
A imitacion de las flacas,
Basquiñas y más basquiñas,
Carne poca y muchas faldas.
Don Melon, que es el retrato
De todos los que se casan,
Dios te la depare buena,
Que la vista al gusto engaña.
La Berengena, mostrando
Su calavera morada,
Porque no llegó en el tiempo
Del socorro de las calvas.
Don Cohombro, desvalido,
Largo de verde esperanza,
Muy puesto en ser gentil-hombre,
Siendo cargado de espaldas.
Don Pepino, muy picado
De amor de doña Ensalada,
Gran compadre de doctores,
Pensando en unas tercianas.
Don Durazno, á lo envidioso,
Mostrando agradable cara,
Descubriendo con el trato
Malas y duras entrañas.
Persona de muy buen gusto
Don Limon, de quien espanta
Lo sazonado y panzudo,
Que no hay discreto con panza.
De blanco, morado y verde,
Corta crin y cola larga,
Don Rábano, pareciendo
Moro de juego de cañas.
Todo fanfarrones bríos,
Todo picantes bravatas,
Llegó el señor don Pimiento
Vestidito de botarga.
Don Nabo, que viento en popa
Navega con tal bonanza,
Que viene á mandar el mundo
De gorron de Salamanca.
Mas baste por si el lector
Objeciones desenvaina,
Que no hay boda sin malicias
Ni desposados sin tachas.

Carta al conde de Sástago desde Madrid, habiendo ido con su magestad á Barcelona.

ROMANCE IV.

Al que de la Guarda es,
Si no ángel, capitan;
Al conde de los dolores,
Pues lleva tanto puñal.
Al entendido sin pujo,
Discreto sin ademan,
Más airoso que Diciembre
Y más valiente que Zas.
Al que en la jura pasada
Se vistió de Navidad,
Y cardenal Belarmino
Salió de Pontifical.

Al de la dorada tiple,
Digo la llave florian,
Que impotente de pestillos
Nunca ha podido engendrar.
Al que gobierna vendimias
En la familia real,
Pues racimos con librea
Le van haciendo lugar.
A quien, porque nunca ha dado
Ni vivo ni enfermo can,
Las niñas de la gotera
Lloran con pena mortal.
Al Sástago, ya lo dije,
Que si quiere hará temblar
con sonetos á Lupercio,
Con pistolas á Latrás. (1)
Un hidalgo de la uva,
Hambron de todo picar,
Bribon que acude á la sopa
Que reparte Satanás.
Sus soledades le escribe
Sin estilo soledad,
Y como van á la Aurora, (2)
No le dice culto va.
Lo que de nuevo y de viejo
Pasa en aqueste lugar,
En las hijas y en las madres
Cerrado y abierto está.
En el rastro que han dejado
Los amantes que se van,
La niña que quedó vaca,
Vende carnero al galan.
De ausentes y de presentes
Anda una sarta infernal,
Que á los idos no hay amigos
Y á las quedadas los hay.
Hay tapadas de medio ojo
De lágrima poco más,
Enjutas de los que fueron,
Mojadas de los que están.
Como autores de comedia,
Tienen ya lleno el corral,
El métase, vá camino,
Y el víctor se queda acá.
Las futuras sucesiones
Que dió el pecado mortal,
El ya se fué, como muerte
Las ha podido llegar.
El que partió confiado
En pucheros de lealtad,
Lleva á Medellin la frente,
Váyase donde se va.
Son muy flacas de memoria,
Muy graves de voluntad,
La calle Mayor es diablo,
Infierno cada portal.
Andan como lanzaderas
Cara aquí, cara acullá,
Y en poder de viejecitas
Se deposita el caudal.
Aquellas cinco chiquillas,
Que si se cuenta su edad,
Poniendo un año sobre otro
Han de chocar con Adan,
Andan enfermas de ronda
Desarmando á cuantos hay,
Por linternas los maridos
Y su pelo por cristal.
La enflautadora de cuerpos,
La madre Masicoral,
La engarzadora de culpas
Y del infierno zaguan,
Como la mala ventura
En todas partes está,
Condenando á todo fuese,
Absolviendo á todo dar.
Quien se muda, Dios le ayuda,
Es un notable refran,
Más cierto está el Dios ayude
En cualquiera estornudar.
Pareció la vaquería
La comedia de San Blas,
Cuántos silbos, cuántas voces
No respetaron el San.

(1) «Lupercio Leonardo y Lupercio Latrás, uno poeta y otro bandolero, ambos aragoneses, como el mismo conde.»

(2) «Alude á la posicion oriental de Cataluña y á la claridad de sus versos.»

Los mosqueteros no temen
Garrotillo por silbar,
Las llaves eran culebras,
Las gargantas otro tal.
Con la ida de la casa
Del infante cardenal,
Pajes en pena se oyen
A la media noche aullar.
Yo ando en peores pasos
Que en la procesion Anás,
A falta de condes buenos
Paso por el conde Tal.
Hácenme de señoría
Los pobres al demandar,
Yo consiento de vizconde
Con punta de mariscal.
Abril que á Febrero hacia,
Ayer empezó á mayar,
Y hoy á manera de Marzo
Nos ha vuelto el arrabal.
Hay abanico y rejuela,
Chimeneas y enfriar,
Y mayas y sabañones,
Pedir y comer á saz.
Hágame vueseñoría
Merced de traer de allá
Chapines que las levanten,
Que echadas las hallarán.
Y firmaré de mi nombre,
Conde Lozano y Vivar,
Que no se os pegó en la ausencia
El estilo catalan.

Celebra la nariz de una dama.

ROMANCE V.

A tus ojos y á tu boca
Acuden tantos requiebros,
Que ya no caben de piés
En labios y sobrecejos.
Yo, que no requiebro en bulla,
Ando á buscar en tu gesto
Una parte reservada,
Alguna hermosura yermo.
Yo soy tu ciego Zutana.
Como por el alma rezo
Por la faccion, que más sola
Está de copla en tu cuerpo.
A tus narices me voy,
Don Fulano pañizuelo,
Y en figura de catarro
A tus ventanas me acerco.
Pues hubo pastor Belardo,
Pues hubo pastor Vireno,
Haya pastor Narigano,
Guarde por cabras lenzuelos.
Nariz de mi corazon,
Que yo pienso que le tengo
Con narices, porque huele
Algunas cosas de lejos.
Faccion, que sola está en pié
En los llanos de ese cielo,
Cuando las demás tendidas
De largo á largo las veo.
Promontorio de la cara,
Pirámide del ingénio,
Pabellon de las palabras,
Zaquizamí del aliento.
Faccion que nunca se afloja,
Miembro que siempre está enhiesto,
Yo sé que tiene envidiosos
Buen número de gregüescos.
Si faltas, es calavera
La tal cara sin remedio;
Si sobras, es alquitara,
No admites algun extremo.
Rostros sin ojos he visto
Hermosos y tambien tuertos,
Mas rostro desnarigado
Es *in pulverem memento*.
Nariz es señal de vivo,
No nariz señal de muerto;
Si ella está retratada
La engullidora de huesos.

Ojos y dientes postizos
Andan engañando necios;
Mas la nariz no consiente
Sustitutos ni remiendos.
Hermosas narices mias,
Orientales corrimientos,
Mosquitas de mis entrañas,
Sed la musa de mi plectro.
Tomadme como tabaco
Para que suba al cerebro
Y apagueis en estornudos
A mi ventura lo negro.
La faccion de balde sois
Sin comida y sin almuerzos,
Sin pedir, como la boca,
Sin tomar, como los dedos.
Señal de ingénio os he hallado
En los filósofos griegos;
Y miembro pontifical
En la Silla de San Pedro.
Para vosotras se gastan
Ambar, almizcle é incienso;
Y sois la calle Mayor
De la vida y el resuello.
Si no sois rayos del sol
Ni el oriental embeleco,
Sois biombo de los rostros,
De la frente balsopetos.
Sois bocado tan sabroso,
Que la hambre del entierro
Aun no perdona en los santos
De vuestro pico lo tierno.
Ni Roma sois, ni Ginebra,
Por lo chato y por lo luengo;
Sois como la setentona
La nariz, ni más ni menos.
Hay para los dientes perlas,
Hay soles para cabellos,
Y faltan para narices
Briznas de aurora en los versos.
Será al fin lo que os dijere,
Cuando no elegante, nuevo;
Y si no fuere famoso,
Sonado será lo menos.
No os tapeis, narices mias,
Pues tras privarme de veros,
Será tratar mis suspiros
Como á los malos alientos.
Pues quien os viere tapadas,
Cuando á vosotras me llego,
No entenderá que enamoro
Y sospechará que huelo.

Habla con Enero, mes de la brama de los gatos.

ROMANCE VI.

Enero, mes de coroza
Por alcahuete de gatos,
Casamentero de mices,
Sin dote, ajuar ni trastos.
Los celos que desperdicias
Por desvanes y tejados,
Repártelos por las chollas
De tantos maridos mansos.
Si á la gente de la uña
De celos haces el gasto,
Que maullen los oficios
En conciencia te lo encargo.
¿Tú piensas que nos obligas
En solicitar el parto
De quien nos come un raton
Y nos cena dos gazapos?
La municion más valiente
Que flecha amor en sus arcos,
Gastas en los capeadores
De las ollas y los platos.
Anoche, que grulla fuí
Con mis penas desvelado,
De las mizas cotorreras
Mi casa hiciste tabanco.
Si solfeara gruñidos
La capilla de los diablos,
No fueran tales las letras
Ni los tonos tan bellacos.

Un gato me dió disgusto,
Que debe de ser gabacho,
Porque el *ramiau* pronunciaba
Como el que vende rosarios.
Ellos se dicen amores,
Pero todos tan baratos,
Que ninguno oí de aquellos
Malditos de dame y traigo.
Todo requiebro era *mio*
Y ninguno era de entrambos;
Discretamente se huelgan,
Si no me desmiente el barrio.
Pues no aprenden de las niñas,
Su buen natural alabo;
El aruño les perdono,
Pues que reservan los cuartos,
Por la enemistad antigua,
¡Oh, qué discreto resabio!
Platican los perros muertos,
No los vivos ni los sanos.
No son los ratones bobos,
Pues viéndolos ocupados,
Medio queso y un sombrero
Me royeron entre tanto.
Por vida del buen enero,
Que en amores otro año
Los ratones, porque duerman
Sin recelo mis zancajos.

Dificultades suyas en el dar.

ROMANCE VII.

Dos dedos estoy de darte,
Aguedilla, el rico terno,
Mas no le quieren soltar
Aquellos mismos dos dedos.
Siempre los tres de los cinco
A dar se reducen presto;
En los dos está el busilis,
Engarrafados y tercos.
Dirán que es mano de Judas
Iscariote la que tengo;
Yo solo niego los cuartos,
Que el apodo no le niego.
En un tris estoy mil veces
De cumplir lo que prometo,
Y nunca para enviarlo
A los dos trises me llego.
Yo quiero darte en el chiste,
Mas en las tiendas no quiero,
Que en el dar padezco mucho,
Y en el tener me entretengo.
A las hermosas las daban
Una higa mis abuelos,
Si yo te doy veinticuatro
No me negarán por nieto.
Yo no guardo los enojos,
Pero guardo los dineros;
Virtud es que se reparte
En el alma y en el cuerpo.
Dádivas quebrantan peñas;
Mas como yo no pretendo
Quebrantarte, las escuso
De lástima de tus huesos.
Holgaréme que te den
Joyas y juros y censos;
Y de que te den sin darte,
Tendré yo mi par de huelgos.
Primero del prometer
Que del pecar me arrepiento;
Todo loco con su tema,
Tú dacas y yo no tengo.

DE MURCIA

Confesion que hacen los mantos de sus culpas, en la pragmática de no taparse las mujeres.

ROMANCE VIII.

Allá van nuestros delitos,
Le dijeron al destapo
De la pragmática nueva
Unos pecadores mantos.
A la muerte estamos todos
Muy cerca de condenarnos,
Porque ya el mundo y la carne
Nos deja en poder del diablo.
Quiebra al mismo los dos ojos
Quien el medio ojo ha quitado
En el Attolite Caras
A sus infernales trastos.
Desenváinanse las viejas
Y desnúdese lo rancio;
Las narices con juanetes,
Las barbillas con zancajos.
La frente planta de pié
Lo carroño confitado,
Las bocas de oreja á oreja
Y vueltos chirlos los labios.
Empezó un manto de gloria,
Vidriera de tasajos,
Que afeitados, con el lustre
Disimulaba lo magro.
Soy pecador trasparente,
Dijo, que truje arrastrando
Un año tras una tuerta
A un caballero Don Pablos.
Discreteando á lo feo
Y desnudando á lo caco,
Un tirador de ballesta
Descubre brujuleando.
Carátula de una bizca
Desmentidos ojos zambos,
Y en sus niñas vizcainas
El vascuence de sus rayos.
Adargué cara frisona
Con una nariz de ganchos,
Que á todos los Doce Tribus
Los dejó romos y bracos.
A cuyas ventanas siempre
Hace terrero el catarro;
Nariz que con un martillo
Puede amenazar un paso.
Tras esta alquitara rubia
Truje á Don Cosme penando;
Hallóse con un sayon
Para premio de sus gastos.
El que segundo llegó
Un manto fué de burato,
Malhechor de madrugones
Y antipara de pecados.
Un siglo ha bien hecho, dijo,
Que á los maridillos blandos
Que llaman de buena masa,
Sus mujeres les hojaldro.
Por mí topando un celoso
Su mujer en otro barrio,
Quiso acompañarla á casa
Del propio que iba buscando.
A maridos estantiguas
He dado mujeres trasgos;
Soy trasponedor de cuerpos,
Soy tragantona de honrados.
He sido trampa de vistas
Y cataratas de Argos,
Rebozo de travesuras
Y masicoral de agravios.
Tambien yo digo mi culpa,
Dijo un mantillo mulato
De humo, pues soy infierno
Y encubro llamas y diablos.
Fullerito de facciones
Que las retiro y las saco,
Y muestro como unos oros,
A quien es como unos bastos.
A quien amago con sota,
Doy coces con un caballo;

Copas doy á los valientes
Y espadas á los borrachos.
Una cara virulenta
Hecha con sacabocados;
Un rostro de salvadera,
Un testuz desempedrado.
Hice tragar á un Don Lucas
Por de hermosura milagro,
Hasta que con un descuido
Vió con guedejas un rallo.
Daba tarazon con ojo,
Miraba de guardamano,
Mostraba con soportal
La niña (1) guerra á lo zaino.
Enormes son mis ofensas
Y los delitos que traigo,
Dijo un manto de Sevilla
Ceceoso y arriscado.
He rebujado una vieja
Sin principio ni sin cabo,
Eternamente cecina
Y momia siendo pescado.
Entre dos yemas de dedos
Con que la tapaba á ratos,
Escondí sin que se viesen
Mucha caterva de antaños.
De condenadas gran turba
Si fuera la edad pecado,
Porque no la confesaran
Muriéndose al Padre Santo.
Un manto de lana y seda,
Lleno de manchas y rasgos,
Contrito y arrepentido
Dijo delitos estraños.
Tapé á una mujer gran tiempo
En su rostro boticario,
Por mejillas y por frente,
Polvos, cerillas y emplastos.
Con poco temor de Dios
Pecaba en pastel de á cuarto,
Pues vendi en traje de carne,
Huesos, moscas, vaca y caldo.
A otras más negras que entierro
Embelecaba de blanco,
Siendo, cuando descubiertas,
Requesones fondo en grajo.
He sido alcahuete infiel,
Pues he traido nefando
Tras soliman, siendo moro,
Gran número de cristianos.
El destapo los oyó,
Y en tan sacrílegos casos,
Les condenó á la vergüenza
De apodos y de silbatos.
Que vivan de par en par,
Que sirvan de claro en claro,
Y que los rostros en cueros
Parezcan á ser juzgados.
Nadie se tape, busconas,
Que habrá para remediarlo,
Al primer tapon zurrapas
De alguaciles y escribanos.

Dá señas de sí una dama recien venida, y refiere sus condiciones.

ROMANCE IX.

Si me llamaron la Chica, (2)
Estuvo muy bien llamado;
Quien pone nombres, no quita,
El poner nunca fué malo.
No he de trocar en vellon
Los reconcomios que traigo;
Datario quiero al galan,
Y cobrar como el datario.
No les debe mi estatura
A los cipreses lo largo,
Por corta ni mal echada,
No lo perderé si campo.

(1) Del ojo.
(2) «Por ironía.»

Ojos tengo de la hoja
Y que se precian de zainos;
Por lo que cazo de buho,
De agujas por lo que ensarto.
Boca que en cada bostezo
Gasto una cruz de dos palmos,
Y aun le quedan arrabales
Sin poder crucificarlos.
Esto de bocas pequeñas
Es de embudos y silbatos;
No quiero hablar por gatera,
Por balcon de dientes hablo.
Fueran mis labios claveles,
Si en tiestos hubiera labios,
Cuando pido son tomates,
Y pimientos cuando callo.
Y no vendo por de leche
A los mamones mis labios;
Mis manos, sí, que por pechos
Me las chuparan muchachos.
A ser mis cabellos de oro,
Tuviera el cogote calvo,
Que en la pobreza que corre
Ya me le hubieran pelado.
Seis puntos de zapatilla
Pido, y diez y siete calzo;
Al mayor hombre del mundo
Le meteré en un zapato.
Todo lo que tengo he dicho;
Pero nada estimo tanto
Como lo que yo no tengo,
Que son arrugas y años.
A la pila me remito
Con quince á nueve de mayo;
Mas de eche mano á la bolsa
Con limpiadera y con plato.
Yo llevo bien por la calle
El sobredicho retablo;
Mi aire lleva las capas,
La bolsa mi garabato.
Con bullicios Cosmeloti (1)
De tramoyas subo y bajo,
Y en remolinos del cuerpo
Mil veces mudo el teatro.
Palabras contra el contante,
Ni las quiero ni las gasto;
Lo que me prometen oigo,
Pero lo que me dan palpo.
Todos me lo han de pagar,
Aunque no trato de agravios,
Y advierto á todo perrero,
Que prevengo y no amenazo.
Que con presto cobraré,
Y con agora no trago,
Y fia de mi palabra,
No se hacen mayorazgos.
Vivo en la Puerta Cerrada
Para los dineros trasgos;
Y para los dadivosos
Vivo en la calle de Francos.

Un figura de guedejas se mutila en ocasion de una pragmática.

ROMANCE X.

Con mondadientes en ristre
Y jurando de aquí yace
Perdiz, donde el salpicon
Tiene por tumba el gaznate,
Don Lesmes de Calamorra,
Que á las doce por las calles
Estómago aventurero
Va salpicando de hambres;
Con saliva saca manchas
Y con el color fiambre,
La nuez que á buscar mendrugos
Del guarguero se le sale;
Se entró en una barbería
A retraer la pelambre
De guedejas, que á sus sienes
Sirvieron de guarda-infante.

(1) «Un tramoyista.»

Estábase el tal barbero
Empapado en pasacalles,
Aporreando la panza
De un guitarron formidable.
Don Calamorra le dijo:
Las tijeras desenvaine,
Y la sotana de greñas
A mis orejas la rape.
Basta que con hopalandas
Truje una cara estudiante,
Será ya por lo raido
De mi ferreruelo imágen.
Más quiero el trasquilimoche
Que algun récipe de alcaldes,
Que á pragmática navaja
Todo testuz se arremangue.
El rostro perro de agua,
Ya de perro chino sale;
No enseña menos ser hombres
El parecer más á frailes.
No deje reminiscencia
En el casco de aladares,
Trasquile de tabardillo
Con defensivo sin márgen.
Sacaráme de pelon,
Cosa que no ha sido fácil;
Y á España daré la vuelta
Luego que el gesto desfrancie.
Haga en mí lo que las bubas
En otros cabellos hacen,
Sea Dalila de mi cholla
Y las bedijas me arranque.
El pelo que se cayere,
Si en la ropilla se ase,
Déjele por cabellera
De la calva del estambre.
Tomó el espejo, y mirando
La melena de ambas partes,
Y diciendo, haga su oficio,
Dijo al pelo, buen viaje.
La danza de la tijera
Le dió una tunda notable,
Y con un cuarto sellado
Le pagó, que le acatarre.
Salió vejiga con ojos,
A sí tan desemejante,
Que sus mayores amigos
No le veian con mirarle.

Significa cómo la mayor hermosura consta del alma en el movimiento y en las acciones.

ROMANCE XI.

Sepan cuantos, sepan cuantas
Oyeren aquestas voces,
Buscones que arrullan trongas,
Trongas que arrullan buscones,
Que solamente Elvirilla,
A quien adora el virote, (1)
Tiene el ponleví con vida
Y con alma los talones.
¿Qué importa tener el rostro
De las pechugas del Norte,
Si le llevan por la calle
Mal ahorcado de Iscariote?
Gesto tiene de lo caro
La Godeña de Villodres;
Mas anda, como quien lleva
Humedad en los calzones.
Los cuartos de los Osorios
Eran los de la Quincoces,
Que se le andaban cayendo
A lo títere de goznes.
La Gil, que con un bostezo
Enfermó toda Segorbe,
Andaba como en invierno
Genovés con sabañones.
Parece que se derrama
Cuando se mueve la Robles,
Que el vestido se le huye
Y que el manto se la sorbe.

(1) «El amor por las flechas que trae.»

De puro derecha quiere
Darnos á entender la Gomez
Una hartazga de gorguces
Y un ahito de asadores.
Lo mejor de las mujeres
Se han engullido los coches,
Cazuelas donde se ven
Solas cabezas y alones.
Válense de lo estantío
Y los estrados se acogen,
Estanques de mortecinas,
Hermosura que no corre.
Mas cuando Elvirilla mueve
Las columnas de sus orbes,
Los ejes de tantos cielos,
Los cielos de tantos soles,
Dicen, la tierra que pisa,
Recien nacidas las flores,
Y el ruido de sus chapines
Es Filomenas y Prognes.
A los muertos, si los pisa,
Se les antojan piñones,
Las llaves caponas barban
Y quieren cerrar de golpe.
Si hace una reverencia,
Los deseos dicen oxte,
Los apetitos relinchan
Y bostezan las pasiones.
Cantáridas toma el hielo
Para mostrarse muy hombre;
Los berros arrojan chispas,
Sienten cosquillas los montes.
Júpiter es un borracho,
Pues que no deja su moble,
O por verla menear
O por menearla el cofre.
Y pues toro y cisne fué
Mojiganga de los dioses,
Baje á buscar á Elvirilla
En nuevas trasformaciones.

Acuerda el papel su orígen humilde.

ROMANCE XII.

Una incrédula de años
De las que niegan el fué,
Y al limbo dan tragantonas
Callando el *matusalen*;
De las que detrás del moño
Han procurado esconder,
Si no el agua del bautismo,
Las edades de su fé;
Buscaba en los muladares
Los abuelos del papel;
No quise decir andrajos,
Porque no se afrente el leer.
Fué, pues, muy contemplativa
La vejezuela esta vez,
Y quedóse así elevada
En un trapajo de bien.
Tarazon de cuello era
De aquellos que solian ser,
Más azules que los cielos,
Más entonados que juez;
Y bamboleando un diente
Volatin de la vejez,
Dijo con la voz sin huesos
Y remedando el sorber:
Lo que ayer era estropajo
Que desechó la sarten,
Hoy pliego manda dos mundos
Y está amenazando tres.
Está vestida de tinta
Muy prepotente una ley,
Quitando haciendas y vidas
Y arremetiéndose á rey.
Con pujamiento de barbas
Está brotando poder
Desde una plana biznieta
De un cadáver de arambel.
Buen andrajo, cuando seas,
Pues que todo puede ser
O provision ó decreto,
O letra de genovés.

Acuérdate que en tu busca
Con este palo soez
Te saqué de la basura,
Para tornarte á nacer.
En esto haciendo cosquillas
Al muladar con el pié,
Llamada de la vislumbre
Y asustado el interés,
Si es diamante, no es diamante,
Sacó envuelto en un cordel
Un casquillo de un espejo
Perdido por hacer bien.
Miróse la viejecilla
Prendiéndose un alfiler,
Y vió un orejon con tocas
Donde buscó un Aranjuez.
Dos cabos de ojos gastados
Con caducas por niñez,
Y á boca de noche un diente
Cerca ya de oscurecer.
Más que cabellos arrugas
En su cáscara de nuez;
Pinzas por nariz y barba,
Con que el hablar es morder.
Y arrojándole en el suelo
Dijo con rostro cruel,
Bien supo lo que se hizo
Quien te echó donde te ves.
Señoras, si aquesto propio
Os llegare á suceder,
Arrojar la cara importa,
Que el espejo no hay por qué.
El pagó solo la pena
De las culpas de su piel,
Cuando el muladar de años
Como se vino se fué.

Desmiente á un viejo por la barba.

ROMANCE XIII.

Viejo verde, viejo verde,
Más negro vas que la tinta,
Pues á poder de borrones
La barba llevas escrita.
Recoger quiere la nieve
Que tus edades ventiscan
En pozos de cementerio
La calavera Charquías. (1)
Sobre blanco capa negra
Es mocedad dominica,
Hoy tinta y ayer papel,
Barba será escribanía.
Aunque la pongas tan negra
Que puedan llamarla prima,
Doña Blanca de Borbon
Está presa en tus mejillas.
Cabello que dió en canario,
Muy mal á cuervo se aplica,
Ni es buen Jordan el tintero
Al que envejece la pila.
Son refino de Melendez
Los pelos de cotonía;
Busca Segovia de arrugas
Y cátate que te aniñas.
No puedes ser mozo, dijo la niña,
Sin ser gato ó mozo de otro que sirvas.
Bigotes que amortajaron
En blanco lienzo los dias,
El escabeche los cubre,
Pero no los resucita.
Barbado de naterones
Te vieron y ya te miran,
Por lo pez barba de viernes
Y por mostachos sardinas.
Barba de *memento homo*
A poder de las cenizas,
Hoy con sotana y manteo
La sobrepelliz cobija.
Enojado con los años
Se te subió muy aprisa

(1) Refiere al inventor de los pozos para guardar la nieve.

A los bigotes el humo
Cuando á las narices iba.
Pues que te quedaste in albis,
¿Qué importará que te tiñas,
Si las muchas navidades
Contra el betun atestiguan?
Ya que salieron tus sienes
A las calles en camisa,
Cuando quieren acostarse,
¿De qué sirve que las vistas?
Pues no puedes ser mozo dijo la niña
Sin ser gato ó mozo de otro que sirvas.

Toros y cañas en que entró el rey nuestro señor D. Felipe IV.

ROMANCE XIV.

Una niña de lo caro,
Que en pedir está en sus trece
Y en vivir en sus catorce,
Que unos busca y otros tiene;
No dejó en todo su barrio
Alhaja que no pidiese,
Un Cristo á un saludador,
Su sortija á un mata siete.
A poder de rosas blancas,
Parecian sus rodetes
Bigotes del mal Ladron,
Sus rizos á puras liendres.
Al nacer de la corcova
Llevó sobre banda verde,
Por rosa la rabadilla
De una lámpara de aceite.
Con fondos en grajo asoma
Una carita de nieve,
Su testuz con sus especias
Y sus manos con su pebre.
Vistióse, como decimos,
De veinticinco alfileres,
Por si el rey desde la plaza
En un terrado la viese.
Que como su majestad
(Dios le guarde) nació en viernes,
Tiénenle por *Zahorí*,
Y temen que las penetre.
A cuatro moños andantes
En figura de mujeres,
Que por falta de balcon
Maldicen á Don Llorente;
Despues de gruñir su manto,
Que roto y manchado vuelve,
Así contaba las fiestas
A sus citadas oyentes.
Bien sabe lo que ha de hacer
Con su majestad, Diciembre,
Pues hoy ha enjugado el dia
Para que se le pusiese.
Verán si el mes no se torna
A sopa mañana jueves,
Porque la fiesta le daba
La serenidad adrede.
La reina que tiene España,
La reina que España pierde,
El rey y sus dos hermanos
Gozó la plaza á las nueve.
El sol se lavó la cara,
Limpióse Aurora los dientes;
Ella se acostó con pasa
Y él se ayudó con afeite.
El patio de los tenderos,
El zaguan de los que venden,
La plaza donde preside
El columpio de valientes,
Estaba á poder de arena
Convidando á los ginetes,
Donde los propios nublados
Fueron de Riche tenientes.
Los tobillos de los postes
Calzan tablados, que tienen
Del catarro de las once
Alfombras en que se sienten.
Los balcones son jardines,
Pues en brocados florecen,
Y entre consejos y grandes
Hay brújula de doseles.

Estábanse los terrados
Con cabellera de gentes,
Y con unos moños vivos
De Muñoces y de Pierres.
Cada dama para el sol
Era un reto y era mientes,
Limosna le pide mayo
De rosas y de claveles.
Mendigando joyas anda
Por sus facciones Oriente,
Y en sus bocas y en su risa
Perlas y rubíes bebe.
Seis toros nos almorzamos,
Y á todos seis dieron muerte
Andrajos y huchohó
Y chiflidos de la plebe.
Hubo en solo un caballero
Rejon, cuchillada y suerte,
Y con su poco de alano
La bulla del desjarrete.
¿Mas para qué me detengo
En cosas impertinentes?
Todo lo que no fué el rey,
Fué caballeros de *requiem*.
Quedó el rubí de Toledo,
Aquel Fernando escelente,
Sin sus dos hermanos, solo,
Hartándose de bonete.
La púrpura en Vaticano
Las tres coronas le ofrece,
Y él á la nave de Pedro
El triunfo de los herejes.
Salió el marqués de Pobar
Y el más galan presidente,
Por lo ministro lozano,
Y por lo capitan fuerte.
Con travesura bizarra
Y pellizco de repente,
Sástago mandó tocar
A coscorrones de allende.
Despicáronla la plaza
Los varapalos crueles,
Sirviéndola de franjon
Los soldados ajedreces.
Las acémilas entraron
(Harto ha sido que me acuerde)
Hojaldradas y con cañas,
A manera de pasteles.
Luego grande bocanada
De músicos diferentes,
Unos tocando paliza,
Otros entonando fuelles.
Anuncios de majestad,
Que por santa Cruz advierten,
No hay garnacha que no asusten,
Ni gorra que no derrienguen.
Como prólogos del juego,
Plateadas barba y sienes,
El de Flores y el de Oñate
A los lectores previenen.
Entró el rey en un caballo,
Que cuando corre, parece
De dos espuelas herido,
Que cuatro vientos le mueven.
El hierro agudo que vibra
Con el brazo omnipotente,
Por rayo le están temblando
Los turcos y los rebeldes.
Cuando le ví con la lanza,
Dije, sin poder valerme:
Por el talle y por las armas
Me has cautivado dos veces.
Con ella pareció un Marte,
Y cien mil martes parece,
Menos todo lo aciago
Y mas todo lo que vence.
De blanco, encarnado y negro
El arco vistió celeste,
La flecha corrió, y el arco
Amor y flecha parece.
La adarga (porque le cubre)
Maldecian las más gentes,
Parecióme, al adargarse,
Corderito de Agnus Deies.
Quisiéramos ser Tarquinos
La mitad de los oyentes,
Y que fuera el rey Lucrecia
Para forzarle mil veces.
Y con ser el sombrerillo
De estampa en sus feligreses,

Lo encasquetado del suyo
Cosquillas hizo al deleite.
Habia al rey tanta prisa
De deseos delincuentes,
Que se ahogaran por tomarle,
Aunque le dieran por redes.
Por jayan mayor de marca
No hay iza que no le entreve;
No hay marca que no le arribe,
No hay jaque que no le tiemble.
Y como llevó los ojos
De todos él solamente,
Corrieron para sí mismos
Los demás sin que los viesen.
Al arrancar parecia
Narcison en ramillete,
Una primaverá andante,
Epítome de Aranjueces.
El corrió como unas monas
A algunos de los corrientes,
Su galope fué triaca
Y medicina lo tente.
Sigue á su rey Olivares,
Eso es hacer lo que debe;
No le iguala y le acompaña,
Eso es venerarle siempre.
A su lado está á sus piés,
Alcánzale y no le tiene;
Le sigue y no se adelanta,
Y se aparta y no le pierde.
Para que el rey vaya solo
Le acompaña, que los reyes
Van solos con el criado
Más que no con el pariente.
Es privado que se atusa
El séquito y las mercedes,
Que no recibe ni toma,
Las muchachas se estremecen.
Dícenme que no ha salido
De entre plumas y papeles
Ha seis años, amarrado
A los duros pretendientes.
Tiene buen talle á caballo,
Es airoso con sainete;
No pasa audiencia por él,
Segun lo bien que parece.
En dos caballos corrieron
Que de los del sol descienden;
Más ser caballos del sol,
A quien llevan se lo deben.
Merecen pacer estrellas
En turquesado pesebre,
Que el vellocino de Colcos
Dé terliz á sus jaeces.
Cárlos, que como segundo,
Por la gala con que viene,
Fuera el quinto, mas el cuarto
Que lo ilustra, lo defiende.
Siendo de Felipe el Grande
Hermano querido, cese
Por corto todo blason,
Toda alabanza por breve.
Todos anduvieron bien,
Pero que tuvo se advierte,
Don Felipe infuso el dia
Para que ninguno yerre.
Lo rico de las libreas
A los gaznates se debe, (1)
La gala á los cuadrilleros,
Pues fué lucida y alegre.
No hubo en todo el santo dia
Un caracol que dijese:
Este regidor es mio,
Como en otras fiestas suele.
Dios los tuvo de su mano,
Y el rey con su *guarda y vuelve*,
Sobró dia y sobró gusto,
Y ya falta quien celebre.
Yo lo refiero que soy
Un escorpion maldiciente,
Hijo al fin de estas arenas
Engendradoras de sierpes.

(1) «Por las sisas.»

Cura una moza en Anton Martin la tela que mantuvo.

ROMANCE XV.

Tomando estaba sudores
Marica en el hospital,
Que el tomar era costumbre,
Y el remedio es el sudar.
Sus desventuras confiesa
Y los hermanos las dan,
A culpas escarramanes,
Penitencias de ay, ay, ay.
Lo español de la muchacha
Traduce en francés el mal,
Cata á Francia Montesinos,
Si te pretendes pelar.
Por todas sus coyunturas
Anda encantado Roldan,
Los Doce Pares y nones
No la dejan reposar.
Por no estar á la malicia
Labrada su voluntad,
Fué su huésped de aposento
Anton Martin el galan.
Sus ojos son dos monsiures
En limpieza y claridad,
Que están llorando gabachos
Hilo á hilo sin cesar.
Por la garganta y el pecho
Se vé, cuando quiere hablar,
Muchos siglos de capacha
En pocos años de edad.
Las perlas almorzadoras
Y el embeleco oriental
Que atarazaban las bolsas,
Con respeto muerden pan.
Su cabello, es un cabello
Que no le ha quedado más,
Y en postillas y no en postas
Se partió de su lugar.
Los labios de coral niegan
Secos su púrpura ya,
Ni de coral tienen gota,
Mucha sí gota coral.
Las gangas que antes cazaba
Las vuelve agora en garlar (1)
Y su nariz y su boca
Trocaron oficios ya.
En cada canilla suya
Un matemático está,
Y anda el pronóstico nuevo
Por sus huesos sin parar.
Desde que salió de Virgo
Vénus entró en su lugar,
En el Cáncer sus narices
Y en Géminis lo demás.
Entre humores maganceses
De maldita calidad
Y dos viejas galalonas,
Fué puesta en cautividad.
La grana se volvió en granos,
En flor de lis el rosal,
Su clavel zarzaparrilla,
Unciones el soliman.
Tienen baldados sus huesos
Muchachos de poca edad,
Hombres malvados de vida,
Mucho don y poco dan.
Estas, pues, son de esta niña
Las partes y calidad;
Archivo de todo ataque,
Albergue de todo mal.
Las que privais en el mundo
Con el pecado mortal,
Si no perdeis coyuntura,
Las vuestras se perderán.

(1) «Por el hablar gangoso.»

Refiere su nacimiento y las propiedades que le comunicó.

ROMANCE XVI.

Parióme adrede mi madre,
¡Ojalá no me pariera,
Aunque estaba cuando me hizo
De gorja naturaleza.
Dos maravedís de luna
Alumbraban á la tierra,
Que por ser yo el que nacia,
No quiso que un cuarto fuera.
Nací tarde, porque el sol
Tuvo de verme vergüenza,
En una noche templada
Entre clara y entre yema.
Un miércoles con un martes
Tuvieron grande revuelta,
Sobre que ninguno quiso
Que en sus términos naciera.
Nací debajo de Libra,
Tan inclinado á las pesas,
Que todo mi amor le fundo
En las madres vendederas.
Dióme el Leon su cuartana,
Dióme el Escorpion su lengua,
Virgo el deseo de hallarle
Y el Carnero su paciencia.
Murieron luego mis padres,
Dios en el cielo los tenga,
Porque no vuelvan acá
Y á engendrar más hijos vuelvan.
Tal ventura desde entonces
Me dejaron los planetas,
Que puede servir de tinta
Segun ha sido de negra.
Porque es tan feliz mi suerte,
Que no hay cosa mala ó buena
Que aunque la piense de tajo,
Al revés no me suceda.
De estériles soy remedio,
Pues con mandarme su hacienda,
Les dará el cielo mil hijos
Por quitarme las herencias.
Y para que vean los ciegos,
Pónganme á mí á la vergüenza;
Y para que cieguen todos,
Llévenme en coche ó litera.
Como á imágen de milagros
Me sacan por las aldeas;
Si quieren sol, abrigado,
Y desnudo porque llueva.
Cuando alguno me convida,
No es á banquetes ni á fiestas,
Sino á los misa-cantanos,
Para que yo les ofrezca.
De noche soy parecido
A todos cuantos esperan,
Para molerlos á palos,
Y así inocente me pegan.
Aguarda hasta que yo pase,
Si ha de caerse una teja;
Aciértanme las pedradas,
Las curas solo me yerran.
Si á alguno pido prestado,
Me responde tan á secas,
Que en vez de prestarme á mí,
Me hace prestar paciencia.
No hay necio que no me hable,
Ni vieja que no me quiera,
Ni pobre que no me pida,
Ni rico que no me ofenda.
No hay camino que no yerre,
Ni juego donde no pierda,
Ni amigo que no me engañe,
Ni enemigo que no tenga.
Agua me falta en el mar,
Y la hallo en las tabernas,
Que mis contentos y el vino
Son aguados donde quiera.
Dejo de tomar oficio,
Porque sé por cosa cierta,
Que en siendo yo calcetero
Andaran todos en piernas.

Si estudiara medicina,
Aunque es socorrida ciencia,
Porque no curara yo,
No hubiera persona enferma.
Quise casarme estotro año
Por sosegar mi conciencia,
Y dábanme un dote al diablo
Con una mujer muy fea.
Si intentara ser cornudo,
Por comer de mi cabeza,
Segun soy de desgraciado,
Diera mi mujer en buena.
Siempre fué mi vecindad
Mal casados que vocean,
Herradores que madrugan,
Herreros que me desvelan.
Si yo camino con fieltro,
Se abrasa en fuego la tierra,
Y en llevando guardasol,
Está ya de Dios que llueva.
Si hablo á alguna mujer
Y la digo mis ternezas,
O me pide ó me despide,
Que en mí es una cosa mesma.
En mí lo picado es roto;
Ahorro cualquier limpieza;
Cualquiera bostezo es hambre,
Cualquiera color vergüenza.
Fuera un hábito en mi pecho,
Remiendo sin resistencia
Y peor que besamanos,
En mí cualquiera encomienda.
Para que no estén en casa
Los que nunca salen de ella,
Buscarlos yo solo basta,
Pues con eso estarán fuera.
Si alguno quiere morirse
Sin ponzoña ó pestilencia,
Proponga hacerme algun bien
Y no vivirá hora y media.
Y á tanto vino á llegar
La adversidad de mi estrella,
Que me inclinó que adorase
Con mi humildad tu soberbia.
Y viendo que mi desgracia
No dió lugar á que fuera
Como otros tu pretendiente,
Vine á ser tu pretenmuela.
Bien sé que apenas soy algo,
Mas tú de puro discreta,
Viéndome con tantas faltas,
Que estoy preñado sospechas.
Aquesto Fabio cantaba
A los balcones ó rejas
De Aminta, que aun de olvidarle
Le han dicho que no se acuerda.

Los borrachos célebres.

ROMANCE XVII.

Gobernando están el mundo,
Cogidos con queso añejo,
En la trampa de lo caro,
Tres gabachos y un gallego.
Mojadas tienen las voces,
Los labios tienen de hierro,
Y por ser hechos de yesca,
Tienen los gaznates secos.
Pierres, sentado en harpon,
El vino estaba meciendo,
Que en un sudor remostado
Se cierne por el cabello.
Hecho verga de ballesta,
Retortijado el pescuezo,
Jaques medio desmayado
A vómito estaba puesto.
Roque, los puños cerrados,
Más entero y más atento,
Suspirando saca el aire,
Por no avinagrar el cuero.
Maroto, buen español,
Hecho faja el ferreruelo,
Vueltos lágrimas los bríndis
Y bebido el ojo izquierdo,

Con palabras rociadas
Y con el tono algo crespo,
Despues que toda la calle
Sahumó con un regüeldo,
Dijo, mirando á los tres,
Con vinoso sentimiento:
¿En qué ha de parar el mundo?
¿Qué fin tendrán estos tiempos?
Lo que hoy es racion de un paje,
De un capitan era sueldo;
Cuando eran los hombres más
Y habian menester menos.
Cuatro mil maravedís
Que le dan á un escudero,
Era dádiva de un rey
Para rico casamiento.
Apreciábase el ajuar
Que á Gimena Gomez dieron,
En menos que ahora cuesta
Remendar unos gregüescos.
Andaba entonces el Cid
Más galan que Girineldos,
Con botarga colorada
En figura de pimientos.
Y hoy si alguno ha de vestirse,
Le desnudan dos primero;
El mercader de quien compra
Y el sastre que ha de coserlo.
Ya no gastan los vestidos
Las personas con traerlos.
Que el inventor de otro traje
Hace lo flamante viejo.
Sin duda inventó las calzas
Algun diablo del infierno,
Pues un cristiano atacado
Ya no queda de provecho.
Que es ver tantas cuchilladas
Ahora en un caballero,
Tanta pendencia en las calzas
Y tanta paz en el dueño.
Todo se ha trocado ya,
Todo al revés está vuelto,
Las mujeres son soldados
Y los hombres son doncellos.
Los mozos traen cadenitas,
Las niñas toman acero,
Que de las antiguas armas
Solo conservan los petos.
De arrepentidos de barba
Hay infinitos conventos,
Donde se vuelen lampiños
Por gracia de los barberos.
No hay barba cana ninguna,
Porque aun los castillos pienso
Que han teñido ya las suyas,
A persuasion de los viejos.
¿Pues quién sufrirá el lenguaje,
La soberbia y los enredos
De una mujer pretendida
De estas que se dan á peso?
Han hecho mercadería
Sus favores y sus cuerpos,
Introduciendo por ley
Que reciban y que demos.
¡Que si pecamos los dos
Yo he de pagar al momento,
Y que solo para mí
Sea interestable el infierno!
¡Que á la mujer no le cueste
El condenarse un cabello,
Y que por llevarme el diablo
Me lleve lo que no tengo!
Vive Dios, que no es razon,
Y que es muy ruinmente hecho,
Y se lo diré al demonio
Si me topa ó si le encuentro.
Si yo reinara ocho dias
Pusiera en todo remedio,
Y anduvieran tras nosotros
Y nos dijeran requiebros.
Yo conocí los maridos
Gobernándose ellos mesmos,
Sin sustitutos ni alcaldes,
Sin comisiones ni enredos.
Y ahora los más maridos
(Nadie bastará á entenderlos)
Tienen por lugarteniente
La mitad de todo el pueblo.
No se les daba de antes
Por comisiones un cuerno,

Y ahora por comisiones
Se les dan más de quinientos.
Solian usarse doncellas,
Cuéntanlo así mis abuelos,
Debiéronse de gastar,
Por ser muy pocas, muy presto.
Bien hayan los ermitaños
Que viven por esos cerros,
Que si son buenos, se salvan,
Y si no, los queman presto.
Y no vosotros, lacayos
De tres hidalgos hambrientos,
Alguaciles de unas ancas,
Con la vara y el cabestro.
Y yo, que en diez y seis años
Que tengo de despensero,
Aun no he podido ser Judas
Y vender á mi maestro.
En esto, Pierres, que estaba
Con mareta en el asiento,
Dormido cayó de hocicos
Y devoto besó el suelo.
Jaques, dembarazado
El estómago y el pecho,
Daba mil tiernos abrazos
A un banco y un paramento.
Sirviéronle de orinales
Al buen Roque sus gregüescos,
Que no se halló bien el vino
Y así se salió tan presto.
Maroto, que vió el estrago
Y el auditorio de cestos,
Bostezando con temblores
Dió con su vino en el suelo.

Boda de negros.

ROMANCE XVIII.

Ví, debe de haber tres dias,
En las gradas de San Pedro,
Una tenebrosa boda,
Porque era toda de negros.
Parecia matrimonio
Concertado en el infierno,
Negro esposo y negra esposa
Y négro acompañamiento.
Sospecho yo que acostados
Parecerán sus dos cuerpos,
Junto el uno con el otro,
Algodones y tintero.
Hundíase de estornudos
La calle por do volvieron,
Que una boda semejante
Hace dar más que un pimiento.
Iban los dos de las manos
Como pudieran dos cuervos;
Otros dicen como grajos,
Porque á grajos van oliendo.
Con humos van de vengarse,
Que siempre van de humos llenos,
De los que por afrentarlos,
Hacen los labios traseros,
Iba afeitada la novia
Todo el tapetado gesto,
Con hollin y con carbon
Y con tinta de sombreros.
Tan pobres son, que una blanca
No se halla entre todos ellos,
Y por tener un cornado
Casaron á este moreno.
El se llamaba Tomé,
Y ella Francisca del Puerto,
Ella esclava y él esclavo,
Que quiere hincársele en medio.
Llegaron al negro patio
Donde está el negro aposento,
En donde la negra boda
Ha de tener negro efecto.
Era una caballeriza,
Y estaban todos inquietos
Que los abrasaban pulgas
Por perrengues ó por perros.
A la mesa se sentaron,
Donde tambien les pusieron

Negros manteles y platos,
Negra sopa y manjar negro.
Echóles la bendicion
Un negro veintidoseno,
Con un rostro de azabache
Y manos de terciopelo.
Diéronles el vino tinto,
Pan, entre mulato y prieto,
Carbonada hubo, por ser
Tizones los que comieron.
Hubo getas en la mesa
Y en la boca de los dueños,
Y hongos, por ser la boda
De hongos, segun sospecho.
Trujeron muchas morcillas,
Y hubo algunos que de miedo
No las comieron, pensando
Se comian á sí mesmos.
Cuál por morder del mondongo
Se atarazaba algun dedo,
Pues solo diferenciaban
En la uña de lo negro.
Mas cuando llegó el tocino
Hubo grandes sentimientos,
Y pringados con pringadas
Un rato se enternecieron.
Acabaron de comer
Y entró un ministro guineo,
Para darles agua manos
Con un coco y un caldero.
Por toalla trujo al hombro
Las bayetas de un entierro,
Laváronse, y quedó el agua
Por ensuciar todo un reino.
Negros de ellos se sentaron
Sobre unos negros asientos,
Y en voces negras cantaron
Tambien denegridos versos.
Negra es la ventura
De aquel casado,
Cuya novia es negra
Y el dote blanco.

Dichas del primer casado: la mayor sin suegra.

ROMANCE XIX.

Padre Adan, no lloreis duelos,
Dejad, buen viejo, el llorar,
Pues que fuísteis en la tierra
El más dichoso mortal.
De la variedad del mundo
Entrásteis vos á gozar
Sin sastres ni mercaderes,
Plagas que trujo otra edad.
Para daros compañía
Quiso el Señor aguardar,
Hasta que llegó la hora
Que sentísteis soledad.
Costóos la mujer que os dieron
Una costilla, y acá
Todos los huesos nos cuestan,
Aunque ellas nos ponen más.
Dormísteis, y una mujer
Hallásteis al despertar;
Y hoy en durmiendo el marido
Halla á su lado otro Adan.
Un higo solo os vedaron,
Sea manzana si gustais,
Que yo para comer una,
Dios me lo habia de mandar.
Tuvísteis mujer sin madre,
Grande suerte y de envidiar;
Gozaste mundo sin viejas
Ni suegrecita inmortal.
Si os quejais de la serpiente
Que os hizo á entrambos mascar,
¿Cuánto es mejor la culebra
Que la suegra, preguntad?
La culebra por lo menos
Os dá á los dos que comais;
Si fuera suegra, os comiera
A los dos, y más y más.
Si Eva tuviera madre,
Como tuvo á Satanás,

Comiérase el Paraiso,
No de un pero la mitad.
Las culebras mucho saben,
Mas una suegra infernal
Más sabe que las culebras,
Así lo dice el refran.
Llegaos á que aconsejara
Madre de este temporal,
Comer un bocado solo
Aunque fuera rejalgar.
Consejo fué del demonio,
Que anda en ayunas, lo más,
Que las madres de un almuerzo
La tierra engullen y el mar.
Señor Adan, menos quejas
Y dejad el lamentar;
Sabe estimar la culebra,
Y no la trateis tan mal.
Y si gustais de trocarla
A suegras de este lugar,
Ved lo que quereis encima,
Que mil os lo tomarán.
Esto dijo un ensuegrado
Llevándole á conjurar,
Para sacarle la suegra
Un cura y un sacristan.

Remitiendo á un prelado cuatro romances, precedian estas coplas de dedicacion.

ROMANCE XX.

A vos (¿y á quién sino á vos?)
Irán mis coplas derechas,
Por estimacion, si cultas,
Si vulgares, por enmienda.
Esas aves os envio,
Presente que no os ofenda
La limpieza de ministro
O templanza de la mesa.
Ociosa volatería,
Perezosa diligencia,
Aves que la lengua dice,
Pero que nunca las prueba.
Bien sé que desmiento á muchos
Que muy crédulos las cuentan;
Mas si ellos citan á Plinio,
Yo citaré á las despensas.
Si las afirman los libros,
Las contradicen las muelas,
A vos remito la causa
Y consiento la sentencia.
Si les faltare la gracia,
A vuestra *sal* se encomiendan,
Que por obispo y por docto
Sabeis ser *sal* de la tierra.

El Fénix.

ROMANCE XXI.

Ave del yermo, que sola
Haces la pájara vida,
A quien una libró Dios
De las malas compañías;
Que ni habladores te cansan,
Ni pesados te visitan,
Ni entremetidos te hallan,
Ni embestidores te atisban.
Tú, á quien ha dado la aurora
Una celda y una ermita,
Y solo saben tu nido
Las coplas y las mentiras;
Tú, linaje de tí propia,
Descendiente de tí misma,
Abreviado matrimonio,
Marido y esposa en cifra;

(1) Era uno de sus apellidos. *Sal.*

Mayorazgo del Oriente,
Primogénita del dia,
Tálamo y túmulo junto,
En donde eres madre é hija;
Tú, que engalanas y hartas
Bebiendo aljófar las tripas,
Y á puras perlas que sorbes
Tienes una sed muy rica;
Avechucho de matices,
Hecho de todas las Indias,
Pues las plumas de tus alas
Son las venas de tus minas;
Tú, que vuelas con zafiros,
Tú, que con rubíes picas,
Guardajoyas de las llamas,
Donde naciste tan linda;
Tú, que á puras muertes vives,
Los médicos te lo envidian,
Donde en cuna y sepultura
El fuego te resucita;
Parto de oloroso incendio,
Hija de fértil ceniza,
Descendiente de quemados,
Nobleza que arroja chispas;
Tú, que vives en el mundo
Tres suegras en retahila,
Y médula de un gusano
Esa máquina fabricas;
Tú, que del cuarto elemento
La sucesion autorizas,
Estrella de pluma vuelas,
Pájaro de luz caminas;
Tú, que te tiñes las canas
Con las centellas que atizas,
Y sabes el pasadizo
Desde vieja para niña;
Suegra y yerno en una pieza,
Invencion que escandaliza,
La cosa, y cosa del aire,
Y la eterna hermafrodita;
Ave de pocos amigos,
Más sola y más escondida
Que clérigo que no presta
Y mercader que no fia;
Ave duende nunca visto,
Melancólica estantigua,
Que como el ánima sola,
Ni cantas, lloras ni chillas;
Ramillete perdurable,
Pues que nunca te marchitas,
Y eres el ave corvillo
Del Miércoles de Ceniza;
Así de cansarte dejen
Similitudes prolijas,
Que de lisonja en lisonja
Te apodan y te fatigan.
Que para ayuda de Fénix,
Si hubiere lugar, recibas
Por únicas y por solas,
Mi firmeza y mi desdicha.
No te acrecentarán gasto,
Que el dolor las vivifica,
Y al exámen de mi fuego
Há seis años que te imitan.
Si no, cantaré de plano
Lo que la razon me dicta,
Y los nombres de las pascuas
Te diré por las esquinas.
Sabrán que la Inquisicion
De los años te castiga,
Y que todo tu abalorio
Se remata en chamusquinas.

El Pelícano.

ROMANCE XXII.

Pájaro disciplinante,
Que haciendo abrojo del pico
Sustentas, como morcillas,
A pura sangre tus hijos.
Barbero de tus pechugas
Y lanceta de tí mismo,
Ave de comparaciones
En los púlpitos y libros,

Fábula de la piedad,
Avechucho del martirio,
Mentira corriendo sangre,
Aunque ha mucho que se dijo
En geroglíficos andas,
Que en asador no te he visto;
Te pintan, mas no te empañan;
Toda eres cuento de niños.
Temo que las almorranas
Te han de pedir en el nido,
Por sanguijuelas prestados
Esos polluelos malditos.
Con túnica y capirote
Y esa llaga que te miro,
Te tragarán por cofrade
En los pasos los judíos.
¿En dónde estás, que en el aire
No han llegado á dar contigo,
Ni la gula ni el halcon,
Tan diligentes ministros?
No ví cosa tan hallada
Con virtudes y con vicios;
Eres amante en los versos,
Eres misterio en los himnos.
Concepto de los poetas,
Vinculado á villancicos,
Que entre Giles y Pascuales
Te están deshaciendo á gritos.
Símbolo eres emplumado,
Eres embeleco escrito,
Un tal ha de ser el padre,
Un así quiero al obispo.
Ave para consonantes,
Golosina de caprichos,
Si no te citan figones,
De mi memoria te tildo.
Si yo te viera sin pollos
Y con lonjas de tocino,
Vertiendo caldo por sangre,
Te retozara á pellizcos.
Buen esdrújulo, si haces
Buen caldo, no lo he sabido;
Más quiero una polla muerta
Que mil pelícanos vivos.
Que no entrarás en mis coplas,
Te lo juro á Jesucristo;
Que yo no doy alabanza
A quien no clavó colmillo.

El Basilisco.

ROMANCE XXIII.

Escándalo del Egipto,
Tú, que infamando la Libia,
Miras para la salud
Con médicos y boticas.
Tú, que acechas con guadañas
Y tienes peste por niñas,
Y no hay en Galicia pueblo
Que tenga tan malas vistas.
Tú, que el campo de Cirene
Embarazas con insidias,
Y á toda vida tus ojos
Hacen oficio de espías.
Tú, que con los pasos matas
Todas las yerbas que pisas,
Y sobre difuntas flores
Llora mayo sus primicias.
A la primavera borras
Los pinceles que anticipa,
Y el año recien nacido
En columbrándote espira.
Tú, con el agua que bebes
No matas la sed prolija,
Que tu sed mata las aguas,
Si las bebes ó las miras.
Enfermas con respirar
Toda la region vacía,
Y vuelan muertas las aves
Que te pasan por encima.
De todos los animales
En quien la salud peligra,
Y su veneno la tierra
Flecha contra nuestras vidas;

Tanto peligran contigo
Los que en veneno te imitan,
Como los que son contrarios
Al tósigo que te anima.
Así, pues, nunca á tu cueva
Se asome Santa Lucía,
Que si el mal quita á los ojos,
Desarmará tu malicia.
Que me digas si aprendiste
A mirar de mala guisa,
Del ruin, que se mira en honra,
De los celos ó la envidia.
Dime si te dieron leche
Las cejijuntas, las bizcas,
Si desciendes de los zurdos,
Si te empollaron las tias.
Ojos que matan, sin duda
Serán negros como endrinas;
Que los azules y verdes
Huelen á pájara pinta.
Si está vivo quien te vió,
Toda tu historia es mentira;
Pues si no murió, te ignora,
Y si murió, no lo afirma.
Si no es que algun basilisco
Cegó en alguna provincia,
Y con bordon y con perro
Andaba por las ermitas.
Para pisado eres bueno,
Que la Escritura lo firma,
Pues sobre tí y sobre el áspid
Dice que el justo camina.
Llevarte en cas de busconas,
Es sola tu medicina,
Pues te sacarán los ojos
Por cualquiera niñería.

El Unicornio.

ROMANCE XXIV.

Unos contadores cuentan,
Cultísimo, aquí te espero;
Pues tú dijeras autores
Con sus graves y tus ciertos.
¿Qué cuentan? Cuentan que hay,
Como digo de mi cuento,
Esto es echar otra albarda
A tus coruscos y metros.
Un animal en la India
Con solo un cuerno derecho,
Puede ser, mas por acá
Poco se me hace un cuerno.
Calvo estará, si él pretende
Andar al uso del tiempo,
Mas puede comprar un moño
De peinaduras de hierros.
Diz que dicen (no te enfades,
Que así hablaban tus abuelos,
Y estas voces cercenadas
Te aseguran por su nieto).
Que tiene inmensa virtud
En el adúltero hueso,
¡Qué de frentes virtuosas
Conozco yo por el reino!
Si hay tanta virtud en uno,
¿Cuánta mayor la habrá en ciento?
¡Lo que de unicornio va
A ser otros muchicuernos!
A más cuernos, más ganancia,
Dicen los casamenteros;
Que á mas moros, solo el Cid
Y Bernardo lo dijeron.
No te inventarón maridos,
Que no son tan avarientos,
Pues por añadirte otro
No empobrecieran más presto.
Cuentan que los animales
Le dejan beber primero;
Más valen los cuernos hoy,
Pues comen y beben de ellos.
Saludador de cornada,
Dicen que quita venenos;
¡Qué de cabezas triacas
Hay en boticas de pelo!

Doncellas diz que le rinden;
Mas agora en nuestro pueblo,
A falta de las doncellas,
Casadas harán lo mesmo.

Aquesto es de pe á pa
Lo que nos dicen los griegos;
Lléguese acá el unicornio,
Llevará por uno fendos.

Don Peranton á las bodas del príncipe, hoy el rey nuestro señor.

ROMANCE XXV.

A la sombra de unos pinos,
Que son vigas en el techo,
Que cansado de arboledas
Solo á esta sombra me siento;
A la orilla de mi cama,
Que por estar por en medio
Bien deshecha y mal mullida,
A las orillas me acuesto;
Devanado en una manta
Este miserable cuerpo,
Que hasta la muerte no espera
Verse en sábana de lienzo;
Muerto de sed el candil,
Porque lechuza se ha vuelto
Mi ropilla, y se ha bebido
Todo el aceite del pueblo;
Yo entre mí en conversacion
Despabilado del sueño,
Conmigo así razonaba,
Mal vestido y bien hambriento:
¿Qué es esto, Don Peranton,
Que parecerá á los reinos,
Que un tomajon no se halle
En tanto recibimiento?
No lo dejo yo por calzas,
Que sobradas calzas tengo,
Entre las que me han echado
Mercaderes y tenderos.
La gorra yo me lo soy
Y en mis tripas me la llevo,
Porque á comer y cenar
Jamás he sido sombrero.
Mientras tuviere gaznate
No me puede faltar cuello,
Con la gana de comer
Más que con el molde abierto.
Sortija yo no la gasto,
Y vive Dios que la tiemblo,
Desde que me hizo marido,
Empezando por los dedos.
Mi gente yo me la crio
Y conmigo me la llevo,
Con mi vestido se visten,
Mi jubon es su tinelo.
Faltáronme mis embustes
Este año al mejor tiempo,
Que nada falta en la corte
Al venturoso en enredos.
Todos á las bodas van,
Yo solo en la cama quedo,
Enfermo de mal de ropa,
Peligrosísimo enfermo.
Poca necesidad tienen
Del escuderaje en cerro,
Tantos grandes y señores,
Tanta gala y tanto precio.
Tesoros vertió en los campos,
Indias derramó en los pueblos
El que del honor de España
Tomó á cargo el desempeño.
No quiero nombrar á nadie,
Que habrá quejas al momento
Sobre si nombré uno solo
O tres juntos en un verso.
¡Oh, qué de panzas al trote
Han sido mis compañeros!
En bordado y guarniciones
Llevan á Vizcaya hierro.
Cargados de falsedades
Parecen otros procesos,
Hay ciclanes de lacayos,
Hay quien lleva paje y medio.

Hay quien ha dado librea
De meriendas y de almuerzos,
Y bordado con sus tripas
El ya pagado aderezo.
Juntando para diez años
Ayunos Don Gerineldos,
Se viste de fiadores,
Que ya vienen por su cuerpo.
De pajes y de lacayos
Se ha comido muchos necios,
Y ermitaños harán juntos
Penitencia por los cerros.
No sacaron de sus damas
Colores á lo que pienso,
Que las de lo más barato
Las favorecidas fueron.
¡Oh, princesa generosa,
Tú, que para los gallegos,
No solo vienes de Francia,
Pero caida del cielo!
Por tí, Muslaco corito,
Se ha envainado en terciopelo,
Y relucen los ropones
Con oro de candeleros.
Tanto bergante atacado,
Tanto bribon con vaquero,
Solo yo, Don Peranton,
Desenvainado me veo.
No tengo casa ninguna,
Que la hambre, segun pienso,
Me saca de mis casillas,
Con que ni aun en mí me tengo.
De desechar los vestidos
Pasó, gran señora, el tiempo,
Ya el calzon deshecha al hombre,
Y no el hombre los gregüescos.
Los sombreros y ropillas
Se han ingerido en los miembros,
De por vida son las capas,
Y las camisas pellejo.
Pues, vive Dios, Lis de oro,
Que aunque desnudo me alegro,
Entre las frazadas más
Que entre los bordados ellos.
Debí mucho á vuestro padre,
Y aunque soy pobre en estremo,
Le llevé de España á Francia
Lamparones más de ciento.
A que me tocase fuí,
Como si fuera instrumento,
Y fué para mi garganta
San Blas con sus cinco dedos.
Dícenme que por honrar
De España los cabos negros,
Con lisonjera hermosura
Venís, española Vénus.
Háme parecido bien
Por la fé de caballero,
Pues pagais lo que os adula
De nuestra reina el cabello.
Una española francesa
A Francia dimos, y en trueco
Una francesa española
Vos misma nos habeis vuelto.
Mucho le envidian los años,
Princesa, al príncipe nuestro,
Pues le detienen una hora
Tan dichoso casamiento.
Si se parece su alteza
A su padre y á su abuelo,
Más príncipes que coronas
Tendreis, siendo el mundo vuestro.
Plegue á Dios que vuestras flores
Tantas paran del mancebo,
Que palacio sea jardin
Y toda Castilla huerto.
Que ya entonces para mí
Habrá habido un ferreruelo,
Y aunque en calzas y en jubon
Vaya, tengo de ir á veros.

Niña anciana de ojos dormidos.

ROMANCE XXVI.

Tus dos ojos, Mari Perez,
De puro dormidos, roncan;
Y duermen tanto, que sueñan,
Que es gracia lo que es modorra.
Desdichadas de tus niñas
Que nacieron para monjas,
Y á oscura red de pestañas
Por locutorio se asoman.
Si tú lo haces adrede,
Perdóname, que eres tonta,
En tener siempre acostados
Tus ojos con tanta ropa.
Avahada vista tienes,
Buena gracia para sopas,
Abrigado miras, hija,
Por dos calabozos lloras.
Despertad, que ya es hora,
Qué dirán, ojos, que dormís la zorra.
Los ojos haces resquicios,
Y con una vista hurona,
Acechan brujuleando
Esas niñas ó esas mozas.
Mirar con siete durmientes,
No se yó para qué importa,
Si no es que para lirones
Desde ahora los impongas.
Ojuelos azurronados
En lugar de mirar, cocan,
Dos limbos tienes por ojos
Niña, sin luz y sin gloria.
Hoy el sueño y la soltura
Os he dicho sin lisonja,
Que á vosotros toca el sueño
Y á mí la soltura toca.
Despertad, que ya es hora,
Qué dirán, ojos, que dormís la zorra.

Varios linajes de calvas.

ROMANCE XXVII.

Madres las que teneis hijas,
Así Dios os dé ventura,
Que no se las deis á calvos,
Sino á gente de pelusa.
Escarmentad en mí todas,
Que me cazaron á zurdas
Con un capon de cabeza,
Desbarbado hasta la nuca.
Antes que calvi-casadas
Es mejor verlas difuntas,
Que un lampiño de mollera
Es una vejiga lucia.
Pues que si cincha la calva
Con las melenas que anuda,
Descubrirá con el viento
De trecho á trecho pechugas.
Hay calvos sacerdotales,
Y de estas calvas hay muchas
Que en figura de coronas
Vuelven los maridos curas.
Calvas gerónimas hay,
Como las sillas de rua,
Cerco delgado y redondo,
Lo demás plaza y tonsura.
Hay calvas asentaderas,
Y habian, los que las usan,
De traerlas con gregüescos
Por tapar cosa tan sucia.
Calvillas hay vergonzantes
Como descalabraduras;
Pero yo llamo calvarios
A las montofas y agudas.
Hay calvatruenos tambien,
Donde está la baraunda

De nudos y de lazadas,
De trenzas y de costuras.
Hay calvas de mapa-mundi,
Que con mil líneas se cruzan,
Con zonas y paralelos
De carreras que las surcan.
Hay aprendices de calvos
Que el cabello se rebujan,
Y por tapar el melon
Representan una furia.
Yo he visto una calva rasa,
Que dándole el sol relumbra,
Calavera de espejuelo,
Vidriado de las tumbas.
Marido de pié de cruz,
Con una muchacha rubia,
¿Qué engendrará si se casa
Sino un racimo de Judas?
En esto huyendo de un calvo
Entró una moza de Asturias,
De las que dicen que olvidan
Los cogotes en la cuna.
Y á voces desesperadas,
Maldiciendo su ventura,
Dijo de aquesta manera
Cariharta y cejijunta:
Calvos van los hombres, madre,
Calvos van,
Mas ellos cabellarán.
Cabéllense en hora buena,
Pues como del brazo ha sido
Siempre la manga el vestido,
Hoy del casco, aunque sea agena,
Es bien lo sea la melena,
Y que ande tambien galan.
Calvos van los hombres, madre,
Calvos van,
Mas ellos cabellarán.
¿Quién hay que pueda creello,
Que haya por naturaleza
Heréticos de cabeza,
Calvinistas de cabello?
¿Los que se atreven á sello,
A que no se atreverán?
Calvos van los hombres, madre,
Calvos van,
Mas ellos cabellarán.
Cuando hubo españoles finos,
Menos dulces y más crudos,
Eran los hombres lanudos,
Ya son como perros chinos;
Zamarro fué Montesinos,
El Cid, Bernardo y Roldan.
Calvos van los hombres, madre,
Calvos van,
Mas ellos cabellarán.
Si á los hombres los queremos
Para pelarlos acá,
Y pelados vienen ya,
Si no hay que pelar, ¿qué haremos?
Antes morir que encalvemos,
Alerta, hijos de Adan.
Calvos van los hombres, madre,
Calvos van,
Mas ellos cabellarán.

Búrlase el poeta de Medoro, y Medoro de los Pares.

ROMANCE XXVIII.

QUITÁNDOSE está Medoro
Del jubon y la camisa,
Al sol de Marzo, una tarde,
Algunas puntadas vivas.
Las uñas más matadoras
Que los ojos de su amiga,
Hecho un paladin Roldan,
Por las costuras arriba.
Despues de haberse rascado
Con notable valentía,
Con aquellas blancas manos
Que quitaron tantas vidas,
A la márgen de un pajar
Y á sombras de una pollina,

Por falta de buena voz,
En lugar de cantar, chilla;
Bella reina del Catay,
Heredera de la China,
Por quien hoy andan en fiestas
Tanta lanza y tanta pica.
No supo lo que se hizo
Rodamonte, aunque más digan,
Que el andar á coscorrones,
Ni es regalo ni caricia.
A una mujer que se espanta
De ver una lagartija,
Una dádiva de muertos
Es una cosa muy linda.
Andase Orlando el furioso
Saltando de viga en viga,
Juntando para traerla
Calaveras y ternillas.
Miren, ¿qué hará una chicota
Que tiembla de una sangría,
Viendo partir un jigante
De la mollera á las tripas?
Esto ha tenido la Bella,
Desde que era tamañita,
Que quiere más que un valiente,
Cualquier dinero gallina.
Yo solo la dí en el chiste,
Y mientras ellos se arpillan,
A lo cobarde la gozo
Por estas caballerizas.
Más me ha valido ser zambo,
Que á ellas sus valentías,
Pues yo la tengo preñada
Y ellos me tienen envidia.
Deshacer encantamientos
Es menos que hacer basquiñas,
Y es más pagar una joya
Que ganar una provincia.
Quién viera en una mohatra
Al buen Palmerin de Oliva,
Y con el ciento por ciento
Andar á la rebatiña.
Quién viera á Don Belianis
En una sombrerería,
Dándole vueltas al casco
Y alabando la toquilla,
Y en poder de un escribano,
A la lanza de Argalia,
Ahogada en el tintero,
Soltando la taravilla...
En esto por un repecho
Vió subir á sus costillas
Un vecino de sus carnes,
Convidado de ellas mismas.
En su seguimiento parte,
A cinco uñas camina,
Y cansado de matar,
Entre los dedos le hila.

Los santeros y santeras manifiestan sus interiores.

ROMANCE XXIX.

Madre, asperísima sois,
Por de dentro y por de fuera,
Toda rallos y cilicios,
Toda disciplina y jerga.
Nunca levantais la cara,
Como si la cara fuera
Algun falso testimonio
Que en levantarle se peca.
Dadme orejas, madre mia,
Pues no hay pecado de orejas,
Mientras mi vida y costumbres
A voces derramo en ellas.
Ermitaño soy montés,
Y por huir de una suegra,
Más que con mi mujer propia,
Quise vivir con las peñas.
Supe de todo en el siglo,
Y memorias hechiceras
Me hace gestos desde el alma,
Que de los que ví me acuerdan.
Mis deseos se han mezclado
En el cilicio á las cerdas,

Y mi pensamiento mismo
Se ha vuelto mi penitencia.
No dejo la soledad
Por codicia ni soberbia,
Sabe Dios que no deseo
Ni dignidades ni rentas.
Motin de la humanidad,
Que aunque flaca se espereza,
Y naturales cosquillas
Me punzan y no me dejan.
Y como mi condicion
Ha sido siempre sujeta
A femina más que genus,
Conjugar tambien quisiera.
Carnicero es mi apetito,
Todas mis culpas se encierran
En el pecado de carne,
Aunque algunos huesos tenga.
No sé qué es pecar de viernes,
Ninguna ofensa de pesca
Me tiene el demonio escrita
En el libro de sus cuentas.
Ni reparo yo si es limpia
La hermana que me recrea;
Que no es hábito el pecado
Para mirar en limpieza.
No he menester perejiles
De rosas, ligas ó medias,
Que yo doy por recibido
Todo lo que no son piernas.
No hay viuda que yo no busque,
Por más que en tocas se envuelva,
Que gustos tintos me agradan
Entre aquellas faldas negras.
Andome tras las casadas
Para ver cómo se engendra
En ausencia de un marido
El cristal de las linternas.
Doncellas no sé qué son,
Porque me contó una vieja,
Que ya son solo en los cuentos
Fruta de érase que se era.
Así, madre, que si Dios
No hubiera criado hembras,
En soledad y oracion
Buscara la vida eterna.
La santera, que me oyó
Lo interior de mi conciencia,
Me respondió de esta guisa,
Oíganlo, pues, las santeras:
Mal hubiese el ermitaño,
Que olvidó entre todas esas
Los deseos estantíos
De una ermitaña manchega.
¿Qué os han hecho las beatas?
Mujeres somos como ellas,
Cuerpos cubren estos sacos,
Carne y huesos estas cerdas.
Desiertos tienen la culpa
De lo que estos miembros huelgan;
Bien sabe alguno que pudre
Que saben lo que se pescan.
No crea, hermano, en el sayal
De las santas comadreras,
Pues debajo hay al, en donde
Los reconcomios se ceban.
Más dijo, pero esto baste,
Para que las gentes sepan
Que la flor de los santuchos
Es verde y la pintan seca.

Quejas del abuso del dar á las mujeres.

ROMANCE XXX.

Los médicos, con que miras;
Los de ojos, con que matas;
Bachilleres por Toledo,
Doctores por Salamanca.
Esa cárcel que te peinas,
Esos grillos que te calzas,
Que ni los ponen las culpas,
Ni los quitarán las páscuas.
La boca que á puras perlas
Dicen que come con sartas,

Y por labios colorados
Dos búcaros de la Maya.
Aquesos diez mandamientos,
Que así las manos se llaman,
De ejecucion contra bolsas
De apremio contra las arcas.
La sonsaca de tu risa,
La rapiña de tu habla,
Los halagos de tus riñas,
Los delitos de tu cara.
El talle de no dejar
Un ochavo en toda España,
Y el aire que en todo tiempo
Dicen que lleva las capas.
Buen provecho le hagan
A quien dá su dinero
Porque le lleve Satanás el alma.
Dame, cómprame y envíame
Tengo por malas palabras,
Que judío ni azotado,
Pues que no cuestan, no agravian.
De muy buena gana pongo
En tus orejas mis ánsias.
Dejando lugar á otros
Donde pongan arracadas.
Gastó el viejo amor en viras,
Mas no en virillas de plata;
Brincos se daban saltando,
Y hoy se compran y se pagan.
Rascábanse con las uñas
En paz las antiguas damas,
Y hoy con espadillas de oro
Dan en esgrimir la caspa.
Dineros cuesta si comen
Y dineros si se rascan;
Todo cuesta, y solo es llano
Dar, ó irse noramala.
Halagos facinerosos
Que acarician cuando estafan,
Brazos que enlazan el cuello
Y en la faltriquera paran.
Buen provecho le hagan
A quien dá su dinero
Porque le lleve Satanás el alma.

Refiere las partes de un caballo y de un caballero.

ROMANCE XXXI.

Yo, el único caballero,
A honra y gloria de Dios,
Salgo ciclan á la fiesta
Por faltarme un compañon.
Sobre mi rucio rodado
Vengo rucio rodador,
Y á la gineta en un cofre
O encima de una ilusion.
Más cerrado que una monja
Y con su chozno potron,
Que á lo Cupido sacaba
Agua andando alrededor.
Tan acertado de manos,
Que ha un siglo que no se herró,
Malo para paseante,
Bueno para contador.
Para como los tahures
De boca que es bendicion,
Y arranca como gargajo
Con dificultad y tos.
En lo sentido y dañado
Corre el triste como humor,
Y tenemos buenos cascos
Entre mi rocin y yo.
No fué tan largo Alejandro
Ni tiene comparacion,
Aunque fué más dadivoso,
Segun afirma un autor.
Tráigole con campanillas,
Porque el sonido y rumor
Le despierte por las calles,
Que ha dado en ser dormilon.
No ha menester tener cola,
Que es prebendado menor;
Los canónigos la tengan,
Que él aun es media racion.

A falta de la tarasca
En el dia del Señor,
Porque coma caperuzas,
Le saco á la procesion.
Con él no se alcanzan liebres,
Que no es tan gran corredor,
Si no son las que del lodo
Cuando cae cojo yo.
Si sale muy de mañana
De su pescuezo un peon,
Le anochecerá en los lomos
Y ha de ser buen andador.
Tan prudente es el cuitado
Por su edad y condicion,
Que dá mejor un consejo,
Si se ofrece, que una coz.
Como me ven aquí arriba
Hecho ginete vision,
Piensan que yo le sustento,
Pero no lo pienso yo.
De mi vestido y mis galas
Os quiero hacer relacion,
Que sobre este campanario
No se divisa el color.
Mi mogollon y mi gorra
Traigo con hambre y con flor,
Y una colada de trapos
En mi espada y mi jubon.
La capa más memoriosa
Que se sabe de varon,
Pues calva y vieja, se acuerda
Del propio rey que rabió.
Del borceguí tambien pienso
Que anacardina tomó,
Pues se acuerda de las botas
Del discípulo traidor.
Caballero al menos vengo,
Si por dicha no lo soy;
Descendiente si me apeo
Del propio Paladion.
Mis armas son un escudo,
Y fueran mejores dos;
Cuanto va del que es sencillo
Al caballero doblon.
Dividido entre cuarteles,
Y en el primero un leon,
Más rapante que navaja
Y que un solicitador.
Una maza al otro lado,
Y ha sido pública voz,
Que de las Carnestolendas
Vengo de mal en peor.
En el otro seis roeles
Por el cuarto de raton,
Que me toca por los dientes
Del solar de comedor.
Blancos, morados y verdes
Estos tres cuarteles son,
Que algun rábano sospecho
Que sus colores les dió.
Picado de una viuda,
Me he tornado picador,
Queriendo que haga corvetas
Con pellejo un facistol.
Si de mí no se apiada,
Ni del banco de herrador,
El morirá de su amo
Y el amo de su frison.
De caballo y caballero
Esta relacion pidió,
Al ausente de Jacinta
Clarinda, hija del sol.

Comision contra las viejas.

ROMANCE XXXII.

Ya que á las cristianas nuevas
Espelen sus majestades,
A la espulsion de las viejas
Todo cristiano se halle.
Fantasmas acecinadas,
Siglos que andais por las calles,
Muchachas de los finados
Y calaveras fiambres.

Doñas Siglos de los Siglos,
Doñas Vidas perdurables,
Viejas, el diablo sea sordo,
Salud y gracia; sepades:
Que la muerte mi señora
Hoy envia á disculparse
Con los que se quejan de ella,
Porque no os lleva la landre.
Dicen, y tienen razon
De gruñir y de quejarse,
Que vivís adredemente
Engullendo navidades;
Que chupais sangre de niños,
Como brujas infernales;.
Que ha venido sobre España
Plaga de abuelas y madres.
Dicen que habiendo de ser
Los que os rondan sacristanes,
La capacha y la doctrina
Andais sonsacando amantes.
Diz que sois como pasteles,
Sucio suelo, hueca hojaldre,
Y aunque pasteles hechizos,
Teneis mas hueso que carne.
Que servís de enseñar solo
A las pollitas que nacen,
Enredos y pediduras,
Habas, puchero y refranes.
Y porque no inficioneis
A las chicotas que salen,
Que sois neguijon de niñas,
Que obligais á que las saquen,
Y atento á que se han quejado
Una resma de galanes,
Que pedís, y no la uncion,
Y no hay bolsa que os aguarde,
Ha mandado á los serenos
Que os han de dar estas tardes,
Al afeite y al carton
Que os enfermen y que os maten.
Y si (lo que Dios no quiera)
Estas cosas no bastaren,
Que con desengaños vivos
Los espejos os acaben.
Y porque dicen que hay
Vieja frisona y jigante,
Que ella y la Puerta de Moros
Nacieron en una tarde,
Declara que aquesta vieja
Murió en las Comunidades,
Y que un diablo en su pellejo
Anda hoy haciendo visajes.
Vieja barbuda y de ojeras,
Manda que niños espante,
Y que al alma condenada
En todo lugar retrate.
Toda vieja que se enrubia,
Pasa de lejía se llame,
Y toda vieja apilada
En la Cuaresma se gaste.
Vieja de boca de concha,
Con arrugas y canales,
Pase por mono profeso,
Y coque, pero no hable.
Vieja de diente ermitaño
Que la triste vida hace,
En el desierto de muelas
Tenga su risa por cárcel.
Vieja vísperas solemnes,
Con perfumes y estoraques,
Si huele cuando se acuesta,
Hieda cuando se levante.
Vieja amolada y buida,
Cecina con aladares,
Pellejo que anda en chapines,
Por carne momia se pague,
Vieja píldora con oro
Y cargada de diamantes,
Quien la tratare, la robe;
Quien la heredare, la mate.
Vieja blanca á puros moros
Solimanes y albayaldes,
Vestida sea el zancarron
Y el puro Mahoma en carnes.
Los cementerios pretenden
Que un juez alma se despache,
Que os castigue por huidas
De los responsos y parce.
Mas su merced de la muerte,
Que en las universidades

De médicos se está armando,
Que la sirven de montantes,
  Esto me ha mandado, ¡oh, viejas!
Que en su nombre y de su parte
Os notifique, atencion,
Y ninguna se me tape;
  Dentro de cuarenta dias
Manda que á todas os gasten
En hacer tabas y chitas,
Y otros dijes semejantes.
  Y como á franjas traidas
Ha ordenado que os abrasen,
Para sacaros el oro,
Que no hay demonio que os saque,
  Que ella se tendrá cuidado
Desde hoy en adelante,
En llegando á los cincuenta,
De enviar quien os despache.
  Yo que lo pregono, soy
Un Lázaro miserable,
Que del sepulcro de viejas
Quiso Dios resucitarme.

Declama contra el amor.

ROMANCE XXXIII.

CIEGO eres, amor, y no
Porque los ojos te faltan,
Sino porque á todos cuestas
Hoy los ojos de la cara.
  Lince te llaman las bolsas,
Topo te dicen las almas,
Las taimadas trampantojo
De sus antojos y trampas.
  Mancebito genovés,
Haz tintero de la aljaba,
Pues vuelan más escribiendo
Tus plumas, que no en las alas.
  La bendicion te alcanzó
De quien parece á su casta;
Concértame esas medidas,
Madre espuma y cisco taita.
  Hijo de aquel pescador
Que en el golfo de las Mantas,
Con una red pescó hueso,
Que es marisco de las camas.
  La madre, buena señora
Que al pobre herrero descansa,
Pues á los armados toma
La medida de las armas.
  Herrería es de por sí
La diosa hija del agua,
Yunque ya de muchos golpes,
Horno ya de muchas caldas.
  Véndanos honra el bribon,
Presuma de culto y aras;
Déjese de diosear
Y arrebate de una carda.
  Hágase corazonero,
Y vive Dios que es demanda;
Para las ánimas pide,
Y nos despide las almas.
  ¡Ahora se me venia
En figura de beata,
Justificada de pios
Y delincuente de faldas!
  Muy seglar en los deseos,
Muy religioso de habla,
Quiere que le den dineros,
Y él quiere dar esperanzas.
  Vergonzosito de toma,
Deshonestico de daca;
¡Qué cosa para un devoto
De los Angeles de guarda!
  ¿A mí se viene con eso?
¿Qué me hacen si me tratan,
Insolente las de balde,
Castísimo las que arañan?
  Yo me hallo muy grandon
Y muy cerrado de barba,
Partes para tejedor,
Amante de piel y maza.
  En el tiempo que adoraron
Las moscas y las arañas,

Dios avechucho seria
Con sus plumas y sus garras.
Desde entonces sus tramoyas
Silbas de leccion son varias,
Ya enamorando de brutos.
Ya haciendo amantes de estátuas.
No hay cual él dos amigos
Un par de huevos los haga;
Guisando el uno estrellado,
Pasando al otro por agua.
Otra vez de tintorero
Cobró en el mundo gran fama,
Pues por teñir unas moras,
Quitó el color á unas caras.
Hizo de otro tonto un dia
Racimo de uvas colgadas;
Y porque almorzarle quiso,
Volvió en peñasco á la dama.
Pero, amor, estos poquitos
Por hoy de tus cuentos bastan,
Que querer contarlos todos
Fueran historias muy largas.

Significa su amor á una dama, y procura introducir la doctrina del no dar á las mujeres.

ROMANCE XXXIV.

Yo con mis once de oveja
Y mis doce de cabron,
Que por faltarme las blancas
No soy Juan de espera en Dios.
Desgracias son que suceden
Y cosas del mundo son;
No hay sino tener paciencia,
Niña, vuestro amante soy.
Desde que os ví en la ventana
O dando ó tomando el sol,
Descabalé mi asadura
Por daros el corazon
Haceisme que os idolatre,
Quemaisme luego en amor;
Y así vos sois mi herejía
Para ser mi inquisicion.
Teneis con cara de ángel,
Bien haya quien tal juntó,
Más garabato que tiene
El demonio tentador.
Con plumas de las saetas
De esa hermosura y rigor,
Tengo hechas y deshechas
Las alas del corazon.
Daros lástima quisiera,
Dineros, señora, no;
Que aunque son pocos, las ganas
De dároslos menos son.
Si más única que el Fénix
Quereis ser en mi pasion,
Dadme y queredme, que es cosa
Que no se ha visto hasta hoy.
O probemos ya siquiera,
Sin dineros un amor,
Y querámonos de balde,
Que será linda invencion.
Y si de vos se riere
Todo el bando tomajon,
Dadme y dejadlas que digan,
Pues que dijeron de Dios.
El mundo se ha corrompido,
Todo es guerra, nada amor;
Porque dares y tomares
Son riñas y no aficion.
Cada dia y cada hora
Toman las mujeres hoy,
Y por tomar cada punto,
Calceteras diz que son.
Toma ejemplo en las princesas
Del Caballero del Sol,
Que andaban por las florestas,
No en las tiendas al olor.
De que no pida la niña
Y de que no dé el barbon
Orden bendita y estrecha,
Querria ser el fundador.

Si dijeren que sois loca
Las hijas de perdicion,
Dejadlas que de sus cuartos
Se haga rastrero el amor.

Retirada de la corte, responde á la carta de un médico.

ROMANCE XXXV.

Desde esta Sierra-Morena,
En donde huyendo del siglo
Conventual de las jaras,
Entre peñascos habito;
A vos, el doctor Herodes,
Pues andais matando niños,
Y si Dios no lo remedia,
Sereis el dia del juicio;
Removido de la vuestra,
Me purgo así por escrito,
Que hizo vuestra carta efecto
De récipe solutivo.
Yo me salí de la corte
A vivir en paz conmigo,
Que bastan treinta y tres años
Que para los otros vivo.
Si me hallo, preguntais,
En este dulce retiro,
Y es aquí donde me hallo,
Pues andaba allá perdido.
Aquí me sobran los dias
Y los años fugitivos,
Parece que en estas tierras
Entretienen el camino.
No nos engaitan la vida
Cortesanos laberintos,
Ni la ambicion ni soberbia
Tienen por acá dominio.
Hállase bien la verdad
Entre pardos capotillos,
Que doseles y brocados
Son su mortaja en los ricos.
Por acá Dios solo es grande,
Porque todos nos medimos
Con lo que habemos de ser,
Y así todos somos chicos.
Aquí miro las carrascas,
Copetes de aquestos riscos,
A quien frisada la yerba
Hace guedejas y rizos.
Oigo de diversas aves
Las voces y los chillidos,
Que ni yo entiendo la letra
Ni el tono que Dios les hizo.
Asoma el sol su caraza,
Que desde el primer principio
No hay dia que no la enseñe,
Lo demás todo escondido.
No ha osado sacar un brazo,
Una pierna ni un tobillo,
Que ni sabemos si es zurdo
O zambo, sol tan antiguo.
Si es que tiene malos bajos
Y no quiere descubrirlos,
Amanezca de estudiante
O vuelto monje Benito.
Hecha cuartos en el cielo
A la blanca luna miro,
Como acá á los salteadores
Ponemos en los caminos.
A la encarcelada noche
Llenan las hazas de grillos,
Y merece estas prisiones
Por ser madre de delitos.
Aquí miro con la fuerza
Que el rodezno en los molinos
Vuelve en harina las aguas
Como las piedras al trigo.
Veo encanecer los cerros
El bien barbado cabrío,
Letrados de las dehesas,
Colegiales de quejigos.
Las fuentes se van riendo,
Aunque sabe Jesucristo
Que hay melancólicas muchas
Que lloran más que un judío.

Aquí murmuran arroyos,
Porque han dado en perseguirlos,
Que hay muchos de buena lengua,
Bien hablados y bien quistos.
La lechuza ceceosa
Entre los cerros dá gritos,
Que parece sombrerero
En la música y los silbos.
Andase aquí la picaza
Con su traje dominico,
Y el pajarillo triguero
Con el suyo capuchino.
Como el muchacho en la escuela
Está en el monte el cuclillo,
Con maliciosos acentos
Deletreando maridos.
La piedad de los milanos
Se conoce en este sitio,
Pues que descuidan las madres
De sustentar tantos hijos.
Los taberneros de acá
No son nada llovedizos,
Y así hallarán antes polvo
Que humedades en el vino.
El tiempo gasto en las eras
Mirando rastrar los trillos,
Y hecho hormiga no salgo
De entre montones de trigo.
A las que allá dan diamantes,
Acá las damos pellizcos,
Y aquí valen los listones
Lo que allá los cabestrillos.
Las mujeres de esta tierra
Tienen muy poco artificio;
Mas son de lo que las otras,
Y me saben á lo mismo.
Si nos piden, es perdon,
Con rostro blanco y sencillo;
Y si damos, es en ellas,
Que á ellas es prohibido.
Buenas son estas sayazas
Y estas faldas de cilicio,
Donde es el gusto más fácil,
Si el deleite menos rico.
Las caras saben á caras,
Los besos saben á hocicos,
Que besar labios con cera,
Es besar un hombre cirios.
Esta, en fin, es fértil tierra
De contentos y de vicios,
Donde engordan bolsa y hombre
Y anda holgado el albedrío.
No hay aquí *mas qué dirán*,
Ni ha llegado á sus vecinos
Prometer y no cumplir
Ni *el pero*, ni *el otro dijo*.
Madrid es, señor doctor,
Buen lugar para su oficio,
Donde coge cien enfermos
De solo medio pepino;
Donde le sirve de renta
El que suda y bebe frio,
Y le son juros y censos
Los melones y los higos.
Que para mí, que deseo
Vivir en el Adanismo
En cueros y sin engaños
Fuera de este paraiso,
De plata son estas breñas,
De brocado estos pellicos,
Angeles estas serranas,
Ciudades estos egidos.
Vuesarced, pues, me encomiende
A los padres aforismos,
Y déle Dios muchos años
En vida del tabardillo.

Censura contra los profanos disciplinantes.

ROMANCE XXXVI.

Fulanito, citanito,
Entremés de la Pasion,
Tú que haces los graciosos
En la muerte del Señor.

Cotorrerito buido,
Maya de la procesion,
Carcajada de los diablos
Y nuevo llanto de Dios.
Agudo es el capirote
Que tu cholla encorozó,
Y más agudo fué el diablo
Que te ha dado la invencion.
Yo temo que tanto pliegue
No le plegue al Redentor,
Que se conviertan en mazas
Para tu condenacion.
Buena caza y buena pesca
Salistes hembra y varon,
Tú vestido de turbante,
Vestida ella de Almanzor.
Más preciado de la llaga
Que pobre demandador,
Pues requebrar con el asco
Es para Martin Anton.
No me espanto que las damas
Alaben ese rigor,
Si de parte de su regla
Vienes por embajador.
Tú, penitente morcilla,
Disciplinante morcon,
Chacona de los cambrayes,
Zarabanda pecador.
¡Qué bien parecen las naguas...!
¿Dónde se queda el carton?
Que con virillas y moño
Espero de verte yo.
O si fuera una guitarra
Haciendo á tu azote el son,
Pues son mudanzas del rastro,
Sangre y salto bullidor.
Descalzándose de risa
Va Pilatos de tu humor,
Y á tus espaldas Longinos
Quiere volver el lanzon.
Llorando va lo que niegas
El gallo de la Pasion;
Tanto más desalumbrado,
Cuanto más te alumbran hoy.
Por cucurucho la horma
De la nariz de sayon;
Estrecho, sí, de cintura,
Pero de conciencia no.
En el mismo prendimiento
Hace como toreador
Suertes y no penitencia,
La disciplina rejon.
Fariseo confitado
Te desmientes español;
Mejor merece el saúco
La túnica que el bolson.
De la niña á quien festejas
Buenos los galanes son,
Si al verdugo solamente
Tienes por competidor.
No merece el quien tal hace,
Tambien como tú un ladron;
Compañero tiene Gestas,
El malo se ha vuelto dos.
Si acaso la primavera
Te azotas por prevencion,
El doctor diablo sospecho
Que te sirve de doctor.

Advertencias de una dueña á un galan pobre.

ROMANCE XXXVII.

Una picaza de estrado,
Entre mujer y serpiente,
Fantasma de las doncellas
Y gomia de los billetes.
Tumba viva de una sala,
Mortaja que se entremete,
Embeleco tinto y blanco,
Que revienta quien le bebe.
Una de aquestas que enviudan
Y en un animal se vuelven,
Que ni es carne ni pescado,
Dueña en buen hora se miente.

Viendo cocer en suspiros
Dos rejas y unas paredes,
Con su lengua de escorpion
Esto le dijo á un pobrete:
Bien parecen los suspiros
En hombre que se arrepiente;
Guarde esas lágrimas, hijo,
Para cuando se confiese.
Toda plegaria es parola
Y lenguaje diferente;
El romance sin dineros
Es lengua que no se entiende.
Ser gentil-hombre un cristiano,
Nada vale y bien parece;
La moneda es pantorrillas;
Ojos, cabellos y dientes.
Dar músicas, es quitar
El sueño á la que ya duerme,
Que los tonos y las coplas
No hay platero que las pese.
Pendencias y cuchilladas
No son raices ni muebles,
Pues á la justicia sola
Valen dinero las muertes.
Pasear es ejercicio,
No dádiva ni presente,
Y el que lo hace á menudo,
Más que negocia, digiere.
Promesa es cosa de niños
Y moneda de inocentes,
Que la malicia de agora
Lo que no palpa, no quiere.
El pobre no aguarda á irse
Para decir que está ausente,
Que en ninguna parte está
El que dinero no tiene.
Quien no tiene, ya se fué;
Quien no dá, se desparece;
Invisible es quien no gasta,
Pues ninguna puede verle.
El rico está en toda parte,
Siempre á propósito viene,
No hay cosa que se le esconda,
No hay puerta que se le cierre.

Doncella cuentan que fuí,
El Señor sabe si mienten;
Quién me hizo dueña, no supe,
Y pagáronmelo siete.
Por vengarme de un vecino,
Me casé con él adrede,
Hasta que enterré una mina
De tinteros en su frente.
Fué Dios servido despues
De que yo me convirtiese
En sabandija tocada
En un lechuzo de requiem.
Pasadizo soy de cuerpos
Que se pagan y se venden;
Enflautadora de hombres
Y engarzadora de gentes.
Lo que me pagan, informo;
Hijo, el Señor os remedie,
Que amante pobre y desnudo
Solo dá lástima verle.
El que llora sus pecados,
Premio en otro mundo espere,
Que lágrimas en Madrid
Mojan, pero no merecen.
Durmiendo está mi señora
Y no habrá quien la despierte,
Que los pobres dan modorra
Y es sueño cuanto pretenden.
El mendigo, que la oyó
El razonamiento aleve,
Hambriento y desesperado
La dijo de aquesta suerte:
Descomulgado avechucho,
Cain de tantos Abeles,
Mula de alquiler con manto,
Chisme revestido en sierpe.
Bien sé yo que contra tí,
Por ser entre sombra y duende,
No valen sino conjuros
Del misal y los pretestes.
Yo traeré quien de estas casas,
Con cruz y estola y asperjes,
Saque como los demonios
La dueña legion que tienen.

Dama calvatrueno de condes.

ROMANCE XXXVIII.

PIDIÉNDOLE está dineros
Doña Berenguela á Anton,
Y él entre sí está pensando
De dárselos entre no.
Muchacha que peca en condes
Con tan grande obstinacion,
Que hasta condes de gitanos
No la hacen mal sabor.
El, pues, componiendo el gesto,
Si descomponen su voz,
Entre no quiero y no puedo,
La bolsa y el corazon.
Despues de una tosecilla,
Que sirve de prevencion,
Y madurando el *no hay blanca*,
A pura fuerza de tos,
Dijo, si por los señores
siempre me despedís vos,
Sean, pues, los pedidos ellos,
El despedido sea yo.
Si cuando quereis bureo
Ha de ser con un señor,
Hija, cuando tengais hambre,
Mascad un príncipe ó dos.
Muchachas que con los tues
Toman un año sabor
Tengan de nuestras mercedes
Emolumento y racion.
Dios os harte de marqueses
Y dejadme en mi rincon,
Nunca os falten señorías
Y á mí la merced de Dios.
Y por si perseverare
vuestra ilustre perdicion,
Atended á lo que os digo
Las pecadoras de honor.
Duque que guarda el ducado
Y dá la conversacion,
Alabarle la llaneza
Y conjurarle el humor.
Condes que dicen no quiero
Tan claro al demandador,
Ya que no son condes claros,
Harto claros condes son.
Mucho duque y poca ropa,
No es hacienda, sí es blason;
Señas de hospital ofrecen,
Si la pinta no engañó.
Señorías y escelencias
Son cáncer de vanas hoy,
Pues de títulos se comen,
Que es ayuna comezon.
Más quiero en un pozo estados,
Que estados en un señor,
Pues agua halla en aquellos
Quien soga en estos no halló.
En Madrid andan agora
Los condes de Carrion,
Porque solo dan azotes
A la propia doña Sol.
Y á quien de títulos quiere
Verse llena alrededor,
Dios la convierta en botica
Por su divina Pasion.

Doctrina de marido paciente.

ROMANCE XXXIX.

SELVAS y bosque de amor,
Dehesas, sotos y campos,
Quien os cantaba soltero
Os viene á mugir casado.
La lira de Medellin
Es la cítara que traigo,

Y soy falsete con todos
De la capilla del Pardo.
De puro casado temo,
Si me escondo ó si me tapo,
Que los que no me conocen
Me sacarán por el rastro.
Conocístesme pastor,
Conocereisme ganado,
Tan novillo como novio,
Tan marido como gamo.
Bien puede ser que mi testa
Tenga muchos embarazos,
Mas de tales cabelleras
Hay pocos maridos calvos.
Tambien he venido á ser
Regocijo de los santos,
Pues siendo atril de San Lúcas,
Soy la fiesta de San Marcos.
Trueco mi consentimiento
Por doblones muy doblados,
Y se los quito tan gordos,
Si me los ponen tan largos.
Del que mi casa visita,
Murmuradores villanos
Dicen que me hace ofensa,
Y el pobre me hace el gasto.
Consentir lo que ha de ser,
Es mohatrero recato;
Y rehusar lo forzoso,
Empobrecer el agravio.
Yo como de lo que sé,
Como hacen los letrados;
Animal por animal,
Mejor es buey que no asno.
No me declaro del todo,
Pero traslúzgome tanto,
Que por medroso que sea
Ningun dinero acobardo.
Para que nadie me tema,
Todos mis poderes hago,
Que el espantar á la gente
Es habilidad del diablo.
Si el honor hace gran sed
Y el sufrimiento buitragos,
Mi pelo sea cornicabras,
Ladren mi brama aun los bracos.
El ceño no ha de estorbar,
Sino encarecer el caso,
Que esposos de par en par
Empalagan el pecado.
Andense poniendo nombres
Los celosos por mi barrio,
Que yo me iré por el suyo
Más ahito y menos flaco.
El carnero es quien le compra,
A falta de más regalo;
Yo como aparecimientos,
Y soy perdices y pavos.
Murmuren detrás de mí,
Mientras la hacienda les masco,
Que es pulirme y no ofenderme
El roerme los zancajos.
Galanes de mi mujer
Se llaman estos hidalgos,
A quien llamo provisores,
A quien tengo por vasallos.
Si dicen que han de correrme
En una fiesta este año,
Más quiero morir en fiesta
Que no vivir en trabajos.
Ser bien quisto de mujer
Es mérito cortesano,
Que son cuaresma los celos
Y la honra es el traspaso.

Mas qué no hará en la hambre de un hidalgo
Moza y casamentero, y dote al diablo.

Marido que busca acomodo y hace relacion de sus propiedades.

ROMANCE XL.

La que hubiere menester
Un marido de retorno,
Que viene á casarse en vago
Y halla su mujer con otro,
Acudirá á mi cabeza
Más arriba de mi rostro;
Como entramos por las sienes
Entre Cervantes y Toro.
Muchachas, todo me caso,
Niñas, todo me desposo,
Marido de quita y pon,
Entre ciego y entre sordo.
Persona de tan buen talle,
Que tengo el talle de todos;
Viéneme lo que me dan
Los delgados y los gordos.
Doime por desentendido
De cuantas visiones topo,
No ocupo lugar en casa,
Y al rayo del sol me asomo. (1)
Si estando con mi mujer
Columbro brújula de oros,
Hago como que me fuí,
Y aunque me quedo no estorbo.
Y con esto aun es tan vano
De mi cabeza el entono,
Que á quien me los pone á mí,
Parece que se los pongo.
Tengo, en queriendo dormir,
Sueño de pluma y de plomo;
Con prometimientos velo,
Y con las dádivas ronco.
Sabe á acíbar la perdiz
Que para comerla compro,
Pero si me la presentan,
Sabe á perdiz cuanto como.
Siete veces me he casado,
Siete capuces he roto:
Y me siento tan marido,
Que pienso ponerme el ocho.
La primera fué doncella
Despues de mi desposorio;
Recatada, ya se entiende;
Recogida en casas de otros.
La segunda hizo un enredo
Que no le hiciera el demonio;
Juntó un virgo y un preñado,
Trujo el uno sobre el otro.
Estiraba yo los meses
Porque viniesen al propio,
Y achaquéme una barriga
Que no la ví de mis ojos.
Las demás á puto el postre
Honraron mis matrimonios;
Las tres, tres signos me hicieron:
Aries, Tauro y Capricornio.
Las dos pusieron virtudes
De mi cabeza en el moño,
Que á competirlas no bastan
La de muchos unicornios.
Si hiciérades oracion
Por un marido del Soto,
No os le deparara el rastro
Más Diego ni menos hosco.
Mi condicion y mi vida
Es aquesta que pregono;
Muchachas, alto á casar,
Que está de camino el novio.

---

(1) Alude al caracol.

Procura enmendar el abuso de las alabanzas de los poetas.

ROMANCE XLI.

Qué preciosos son los dientes
Y qué cuitadas las muelas
Que nunca en ellas gastaron
Los amantes una perla.
No empobrecieran más presto
Si labraran los poetas
De algun nácar las narices,
De algun marfil las orejas.
¿En qué pecaron los codos
Que ninguno los requiebra?
De sienes y de quijadas
Nadie que escribe se acuerda.
Las lágrimas son aljófar,
Aunque una roma las vierta;
Y no hay un culto que saque
De gargajos á las flemas.
Para las lagañas solas
Hay en las coplas pobreza,
Pues siempre se son lagañas,
Aunque Lucinda las tenga.
Todo cabello es de oro
En apodos y no en tiendas;
Y en descuidándose Judas,
Se entran á sol las bermejas.
¿Eran las mujeres antes
De carne y de huesos hechas?
Ya son de rosas y flores,
Jardines y primaveras.
Hortelanos de facciones,
¿Qué sabor quereis que tenga
Una mujer ensalada
Toda de plantas y yerbas?
¿Cuánto mejor te sabrá
Sin corales una geta,
Que con claveles dos labios
Mientras no fueres abeja?
¡Ocultos de Satanás,
Que á las facciones blasfemas,
Con que piden, con que toman
Andais vistiendo de estrellas!
Un muslo que nunca aruña,
Unas sabrosas caderas,
Que ni atisban aguinaldos
Ni saben qué cosa es feria.
Esto sí se ha de cantar
Por los prados y las selvas,
En sonetos y canciones,
En romances y en endechas.
Y lloren de aquí adelante
Los que tuvieren vergüenza,
Todo rubí que demanda,
Todo marfil que desuella.
Las bocas descomulgadas,
Pues tanto dinero cuestan,
Sean ya bocas de costal,
Porque las aten por ellas.
De cáncer se ha de llamar
Todo diente que merienda,
Soles con uñas los ojos,
Que se van tras la moneda.
Aunque el cabello sea tinta,
Es oro, si te le cuesta,
Y de vellon el dorado,
Si con cuartos se contenta.
Quien boca y dientes cantare,
A malos bocados muera;
Las malas gordas le ahiten,
Las malas flacas le hieran.

Jocosa defensa de Neron y del señor rey D. Pedro de Castilla.

ROMANCE XLII.

CRUEL llaman á Neron
Y cruel al rey D. Pedro,
Como si fueran los dos
Hipócrates y Galeno.
Estos dos sí que inventaron
Las purgas y cocimientos,
Las dietas y medicinas,
Boticarios y barberos.
Matalotes fueron crueles
Y ministros del infierno,
Abreviadores de vidas
Y datarios de tormentos.
Que Neron tuvo buen gusto,
D. Pedro fué justiciero,
Si cohechados y ladrones
No pusieran lengua en ellos.
Si inventaran estos dos
Esperar y tener celos,
Las mujeres de por vida,
La gota y hacerse viejos.
Cantar mal y porfiar
Y templar los instrumentos,
El pedir de las busconas,
Las visitas de los necios.
Justicia fuera llamarlos
Crueles la fama en estremo;
Pero si no lo soñaron,
Es contra todo derecho.
Tuvo Neron lindo humor,
Y esquisito entendimiento,
Amigo de novedades,
De fiestas y pasatiempos.
Dicen que forzó doncellas,
Mas de ningun modo creo
Que él encontró con alguna
Ni que ellas se resistieron.
Quísole Suetonio mal,
Pues le llamó deshonesto,
Porque adoraba á su madre,
Siendo obligacion hacerlo.
Nótale de que comia
Sin cesar un dia entero,
Y es pecado, que á la sarna
Pudiera imputar lo mesmo.
Mató Neron muchos hombres,
Más son los que el sol ha muerto,
Y llámanle hermoso á él,
Y á este otro le llaman fiero.
Gustó de quemar en Roma
Tanto edificio soberbio,
Dejando así castigada
La soberbia para ejemplo.
Quemó la débil grandeza
Que atesoraban los tiempos,
Y á la vanidad del mundo
Quiso mostrar su desprecio.
Si á Séneca dió la muerte,
Siendo su docto maestro,
Hizo lo que una terciana
Sin culpa pudo haber hecho.
No es mucho que se enfadase
De tantos advertimientos,
Que no hay señor que no quiera
Ser en su casa el discreto.
Quitó á Lucano la vida,
Mas no le agravió por eso,
Cuando inmortal le acredita
Con la gloria de sus versos.
Pues D. Pedro el de Castilla,
Tan valiente y tan severo,
¿Qué hizo sino castigos,
Y qué dió sino escarmientos?
Quieta y próspera Sevilla
Pudo alabar su gobierno,
Y su justicia las piedras
Que están en el candilejo.
El clérigo desdichado
Y el dichoso zapatero,
Dicen de su tribunal
Las providencias y aciertos.

Si doña Blanca no supo
Prendarle y entretenerlo,
¿Qué mucho que la trocase
Siendo moneda en su reino?
Era hermosa la Padilla,
Manos blancas y ojos negros,
Causa de muchas desdichas
Y disculpa de más yerros.
Si á Don Tello derribó,
Fué porque se alzó Don Tello;
Y si mató á Don Fadrique,
Mucho le importó el hacerlo.
De su muerte y de otras muchas
Sabe las causas del cielo,
Que aun fuera mayor castigo
Si rompiera su silencio.
Matóle un traidor francés,
Alevoso caballero;
Vió Montiel la tragedia,
Y el mundo le lloró muerto.
De emperadores y reyes
No hablan mal nobles y cuerdos,
Que es en público delito
Y no es seguro en secreto.
Esto dijo un montañés
Empuñando el hierro viejo,
Con cólera y sin cogote,
En un Cid tinto un Don Bueso.

Descubre Manzanares secretos de los que en él se bañan.

ROMANCE XLIII.

Manzanares, Manzanares,
Arroyo aprendiz de rio,
Platicante de Jarama,
Buena pesca de maridos.
Tú que gozas, tú que ves
En verano y en estío
Las viejas en cueros muertos,
Las mozas en cueros vivos.
Así derretidas canas
De las chollas de los riscos,
Remozándose los puertos
Den á tu flaqueza pistos.
Pues conoces mi secreto,
Que me digas como amigo,
¿Qué genero de sirenas
Corta tus lazos de vidrio?
Muy ético de corriente,
Muy angosto y muy roido,
Con dos charcos por muletas,
En pié se levantó y dijo:
Tiéneme del sol la llama
Tan chupado y tan sorbido,
Que se me mueren de sed
Las ranas y los mosquitos.
Yo soy el rio avariento,
Que en estos infiernos frito,
Una gota de agua sola
Para remojarme pido.
Estos, pues, andrajos de agua,
Que en las arenas mendigo,
A poder de candelillas
Con trabajo los orino.
Hácenme de sus pecados
Confesor, y en este sitio,
Las pantorrillas malparen,
Cuerpos se acusan postizos.
Entre mentiras de corcho
Y embelecos de vestidos,
La mujer casi se queda
A las orillas en lio.
¡Qué cosa es ver una dueña,
Un pésame dominico,
Responso en caramanchones,
Medio nieve y medio cisco,
Desnudarse de un entierro
La cecina de este siglo,
Y bañar de ánima en pena
Un chisme con dominguillos!
Enjuagaduras de culpas
Y caspa de los delitos,
Son mis corrientes y arenas,
Yo lo sé, aunque no lo digo.

Para muchas soy colada
Y para muchos rastrillo;
Vienen cornejas vestidas,
Y nadan despues erizos.
Mujeres, que cada dia
Ponen con sumo artificio
Su cara como su olla,
Con su grasa y su tocino;
Mancebito azul de cuello,
Y mulato de entrefijos,
Unico de camison,
Lavandero de sí mismo;
No todas nadan en carnes
Las señoras que publico,
Que en pescados abadejos
Han nadado mas de cinco.
Por saber muchas verdades,
Con muchas estoy malquisto:
De las lindas, si las callo,
De las feas, si las digo.
Ya fuera muerto de asco
Si con sus dientes me rio,
Y Guadalquivir y Tajo
Por lo fértil y lo rico.
Soy el mar de las sirenas
Si no diera á mis martirios
Filis de ayuda de costa
Tanto cielo cristalino.
Rio de las perlas soy,
Si canta dulces hechizos,
Y cuando se ve en mis aguas,
Soy la fuente de Narciso.
A méritos y esperanzas,
Soy el Lete y las olvido;
Y en peligros y milagros,
Hace que parezca el Nilo.
A rayos con su mirar
Al sol mesmo desafío,
Y á las esferas y cielos,
A planetas y zafiros.
Flor á flor y rosa á rosa,
Si abril se precia de lindo,
De sus mejillas le espera
Cuerpo á cuerpo el Paraiso.
Las desventuras que paso
Son estas que he referido,
Y este el hartazgo de gloria
Con que solo me desquito.

Acúsanse de sus culpas los cuellos, cuando se introdujeron las valonas.

ROMANCE XLIV.

Yo, cuello azul pecador,
Arrepentido confieso
A vos, pragmática santa,
Mis pecados, pues me muero.
Contaros pudo mis culpas,
Pero no puedo mis yerros,
Que en molde, bolo y cuchillas
A toda Vizcaya tengo.
Mi nacimiento fué estopa
En aquellos homes viejos,
Que á puras trenzas traian
Con registros los guargueros.
En bodas de ricas fembras
Viene á subir al angeo,
Y llevaban sus gaznates
Como cuartos en talegos.
Pegóseme la herejía,
Y con favor de Lutero,
De Holanda pasé á Cambray,
Más delgado y menos bueno.
Ya era la caza no más
Todo mi entretenimiento,
Vainillas eran mis redes,
Mis abridores sabuesos.
Ya teníamos á España
(Perdóneme Dios si peco)
Los extranjeros y yo
Asolada con asientos.
Los polvos azules truje
Del rebelado flamenco,
Y con la gran polvareda
Perdimos á Don Dinero.

Más ayunos introduje
Que la Cuaresma y Adviento,
Y hubo algun hombre de bien
Que ayunaba á molde y cuello.
A fé de cuello juraban,
Como á fé de caballero,
Y muchos cuellos en sal
Se han vuelto de puro tiesos.
Desenvainen, pues, las nueces,
Digan la verdad los gestos,
Toda quijada se aclare
Y el lamparon ande en cueros.
Parezcan á ser juzgados
En viva carne y en huesos,
Todo cigüeño gaznate
Y con corcova camello.
Por justos juicios de Dios
Y de tan alto decreto,
Vivan las santas valonas
Y mueran los mercan lienzos.

Documentos de un marido antiguo á otro moderno.

ROMANCE XLV.

Así á solas industriaba
Como un Tácito Cornelio,
A un maridillo flamante,
Un maridísimo viejo:
Oígame lo que le digo,
Estéme, vecino, atento,
Pues somos del matrimonio
El novicio y yo profeso.
Alce la frente, que estar
Tan cabizbajo y suspenso,
Si es vergüenza, es necedad,
Y es un tesoro, si es peso.
Diez años há que me puse
A marido en este pueblo,
Y examinado de nuca
He maridado los reinos.
Tambien yo pequé en honrado
Y anduve á voces diciendo,
Lo de *en mi casa me como*,
Lo de *ayuno si no tengo*.
Clavé ventanas y rejas,
Y me trujeron inquieto
El qué dirán en el barrio,
La vecindad y los cuentos.
Dícenme que la señora
Es un pedazo de cielo:
Quien hiciere buenas obras,
Halle gracia y entre dentro.
Dícenme que están los dos
Entre celos y respeto,
Ella en sus trece de edad,
El en sus trece de necio.
Enhoramala para él,
Déjela vender al pueblo
La edad, cuando no la tiene,
Tendrá las Indias del tiempo. (1)
¿Cómo no se corre, hermano,
De andar desnudo, teniendo
Unos ojos mercaderes
Y unas mejillas talegos?
A la hora de comer
Me parece que le encuentro
Con unos dedos sayones,
Crucificando bostezos.
Con el Perú está casado,
Atabaliba es su suegro,
Si dá lugar á las flotas
Y deja cavar los cerros.
Haya entrada para todos,
Y será para sí mesmo
Puerta de Guadalajara
La puerta de su aposento.
Hélo aquí que es más honrado
Que Uclés y sus privilegios,
Que de celos dá leccion
A los gatos por Enero.

(1) «Es tener la riqueza del tiempo, tener poca edad.»

Doy, que de puro puntoso
Se vuelve el libro del duelo,
El abrigo y el gaznate
¡Cómo medrarán con eso!
El marido y el cuchillo
Al principio son de acero,
Pero despues los más finos
Tienen el cabo de hueso.
Sálgase por esas calles,
Dé lugar á los deseos,
Si no es marido cartujo
O desposado del yermo.
Ya dejó de ser costilla
La mujer cuando la hicieron,
Sacósela Dios del lado,
¿Por qué se la vuelve al cuerpo?
No hay mujer como la Luna,
Ni marido como Febo,
Ella se tiende de noche,
El sale en amaneciendo.
Como pesebre en meson
Es el marido discreto,
Donde hay comida y descanso
En atándose del cuerno.

Leccion de una tia á una muchacha, y ella muestra como la aprende.

ROMANCE XLVI.

Mensajero soy, señora,
No teneis que me culpar,
De parte de mi dinero
Esta embajada escuchad:
En el Real de Don Sancho
Grandes alaridos dan;
Don Sancho los dá mayores
Porque le piden el Real.
¿Dónde estás, señora mia,
Que pides y no me dás?
En tu juicio, no lo creo;
En mi gracia, no será.
De mis pequeñas heridas
Compasion solias tomar,
Que por tomar, vida mia,
Compasiones tomarás.
Dame nuevas de tu tia,
Aquella águila imperial
Que asida de los escudos
En todas partes está.
Toda pico y uñas toda,
Pues para haber de volar,
De mi caudal hizo plumas,
Por ser águila caudal.
Paréceme que la escucho,
Cuando te empieza á enseñar
Mahoma de nuestras bolsas
Este maldito Alcorán.
A los paganos te llegas,
De los quitanos te vas,
Santo Tomé te defienda
Del amante guardian.
Dátiles de Berbería,
Niña, valen mucho más,
Que quitales de Toledo,
Que es una fruta infernal.
En la baraja del siglo,
Cuando quisieres jugar,
Serás la sota de espadas,
Pero de los oros as.
Si falta pesca en poblado
Al conchudo gavilan,
Allá va á buscar la caza
A las orillas del mar.
No dejes los mal vestidos,
Que el dinero suele andar
En figura de Romero,
No le conozca Galvan.
Gran darete y poco toma,
Son gradas del hospital,
Deja rizos aladares
Por algun fin ala dar.
Y tú, porque ella conozca
Tu garduña habilidad,
Con boca de pierna en pobre
Empiezas á demandar;

El que solo promete,
Mete zizaña,
Que los prometimientos
Son para el alma.
Muestro á mis pretendientes
Dientes y muelas,
Danles alabanzas,
Quieren meriendas.
Hombre sin talego
Lego se queda,
Que en mi órden el rico
Solo profesa.
Solo quien derrama
Ama de veras,
Que es amar á peste
Amar á secas.
Mancebito guardoso
Oso le digo,
Pues se lame las manos
Para sí mismo.
A quien guarda el dinero,
Nero le llamo,
Y á quien dá lo que tiene,
Un Alejandro.
Para mí son bolsones
Sones y liras,
Gaita mejicana
De mi codicia.
Es mi Mariquita
Quita pesares,
Digo, quita pesos
De á ocho reales.

El juego de cañas primero, por la venida del príncipe de Gales.

ROMANCE XLVII.

Yo, el otro juego de cañas,
Que en mal estado murió,
Y estoy en penas eternas
Por justo juicio de Dios.
A cuantos fieles cristianos
Mirastes mi perdicion
Salud y gracia, sepades
La causa de mi dolor.
Yo me comí de atabales
Y me metí á San Anton,
Con séquito de mercado
Y vueltas alrededor.
Quise embutir en un dia
Con mucho re mi fa sol,
Cañas, rejones y toros,
Y murciélago lanzon.
Los herradores del banco
Y el banco del herrador,
Tenaza y martillo y trozos
De sartas de la pasion.
Entradas tuve de calvo,
Parejas de hoz y de coz,
Y á sí mismo bien mirado
No se valió el caracol.
Si al salir mis adalides,
Gloria del suelo español,
Dió la postrer boqueada
El bien barbado Estrellon; (1)
Yo, pecador mucho herrado,
No merezco culpa, no,
De un lado me cerca Riche,
Del otro un esgrimidor.
Galas y caballos tuve,
Y mucho grande señor;
Mas lo real, aun en tortas,
Siempre añade estimacion.
¿Qué mucho que me venciese
Una fiesta superior,
Que llevó el rey en el cuerpo
Desde el tocado al talon?
Júpiter corrió con lanza,
Con la caña voló Amor,
Cuando en la concha de Vénus
Se adargaba Marte y Sol.

(1) «Porque ya fué tarde la salida del juego de cañas.»

Yo fuí juego Behetría
En los trastos y el rumor;
Mas el suyo, realengo
Hasta en la jurisdiccion.
Yo fuí lego, él de corona,
Yo fuí cañas motilon,
Un regocijo domado,
Sirviente y demandador.
Provision á la gineta
Fué la fiesta que pasó,
Por Don Felipe empezaba
A modo de provision.
Si me quitaran la tara,
Como hacen al carbon,
Quedara menos pesado
Sin familia tan atroz.
Vosotras de la hermosura
Jerarquía superior,
Que mirais con dos batallas
Las paces del corazon;
Las que clavel dividido,
Mostrais por conquistador,
Donde milita la risa
Con perlas en escuadron;
Haced bien por mis parejas,
Que están en eterno ardor,
Y cada menina sea
Una cuenta de perdon.

Despídese de penitente y disciplinante.

ROMANCE XLVIII.

No sé si es alma, si almilla,
Esta que traigo en el cuerpo;
Que si almilla, no calienta,
Y si es alma, no la siento.
Yo hago ya el noviciado
Del amor en el infierno,
Y dentro de pocos dias
Seré demonio profeso.
Nunca he sabido topar
Un solo arrepentimiento,
Y el no conocer mis culpas
Es la causa de mis yerros.
Penitencia me mandó
Que hiciese el divino Dueño,
Por quien de Dios olvidado,
Solo de mi mal me acuerdo.
Dice que gustara mucho
De verme en bocaci negro,
Puntiagudo de cabeza
Con diez arrobas de peso.
Que me meta á penitente,
Y piensa que yo no entiendo,
Que esto inventa su rigor
Por verme en una cruz puesto.
Para obedecerla ayer
lo consulté con mis huesos;
Responden que no há lugar
Los dos hombros y el pescuezo.
En una sarta de cocos
Anduviera yo muy bueno,
Haciendo el paloteado
Con las cruces y los cetros.
Mas si de esto no gustaba,
Que por su entretenimiento
Me diese diez mil azotes,
Con buena túnica y récios.
Que me lavaria las carnes
Si me viese muy sangriento,
Y en galeras me los den
Si yo en pegármelos pienso.
¿Qué me han hecho mis espaldas
Para que las vuelva harnero,
Hecho difunto buido,
En una mortaja envuelto?
¿Qué es ver á un disciplinante
Que por solo oir al pueblo,
Dios te lo reciba, hermano,
Se obliga á azotazos fieros?
Más que todos los abrojos
Me lastimaran los ciegos,
Con aquel saca pilatos
Dicho á voces y con gestos.

Pase que una vendedera,
Con una bota de añejo,
Al que se hace carne á azotes,
Con el vino le hace cuero.
Azótese el que es sanguino
Por ahorrar de barberos,
El preciado de costillas
Y el amigo de aspavientos.
Que yo no he de enamorar
Alumbrado de otros ciento,
Con mi sangre (como dicen
En guerra) á sangre y á fuego.
Harta penitencia hago
En sufrirme yo á mí mesmo;
¿Qué más cruz que mi pobreza?
¿Ni qué más pesado leño?
Cofrades de los Dolores
Son por mis bubas mis miembros,
De las Angustias mis tripas,
De la Pasion mis deseos.
De la Soledad mi bolsa,
Pues es un puro desierto
De metal todo acuñado,
Que me acompañe un momento.
Segun esto, mi señora
Busque otro mártir más necio,
Que la letra entra con sangre
Y el buen amor con dinero.
Y cúmplanle aquese antojo
Los amantes de este tiempo,
Como si en descuento entrase
Acribillarse el pellejo.

Con nombre supuesto se queja de una madre y de una hija.

ROMANCE XLIX.

¿Estamos entre cristianos?
¿Sufriráse en Argel esto?
¿Que á un estudiante le engañen?
¿Que á un poeta pidan censos?
Llámome yo Diego Anton,
Que no hay memoria en el tiempo
De Diego que fuese cámbio,
Ni de Anton que hiciese asiento.
Naciera yo Octavio ó Julio
Y conociera dineros;
A quien los tienen los pidan,
A mí no, que no los tengo.
No se hiciera con un calvo
Lo que conmigo se ha hecho,
Ni con un zurdo, que sirve
A todos de mal agüero.
Yo estoy bueno,
Roto y enamorado, y sin dinero.
Una madre y una hija
Mi muerte y sepulcro fueron;
La hija acabó mi vida,
Comió la madre mi cuerpo.
Su vecino fuí seis años,
Posada y lumbre me dieron;
Lo mismo le dan de balde
A Judas en el infierno.
Son las dos como un retrato
De estos que hacen modernos,
Que por un lado es Narciso
Y por el otro sardesco.
No sé por cuáles pecados,
Siendo tantos los que he hecho,
Por tres años y tres meses
Vine á doncella sin sueldo.
Honestas son por el cabo,
A serlo así por el medio,
A las dos sobrara mucho
Y á mí me faltara menos.
Su modo de proceder
Es un puro testamento,
Porque todo es item mas,
Despues de mandar su cuerpo.
Hácenseme de los godos,
Y viéneles, segun pienso,
Eso de godas por marcas,
Perdóneme Dios si peco.
De músicos son capilla,
De capillas son convento,

De soldados son presidio
Y de pajes son tinelo.
En hacer á todos cara
Y en encubrirla al momento,
Son hija y madre sin duda
Una tapa y otra espejo.
La niña aguarda un marido,
Que en acabando de serlo,
No habrá diablo que le aguarde
Mas que á un toro jarameño.
Es su casa barbería
Donde el rapado es el necio,
Y las bolsas las vacías,
Y ellas en rapar barberos.
Fruta es esta que se dá
En cada tierra á su precio;
En Sevilla á veinticuatro,
Y á seis dentro de Toledo.
Dicen que llevé su flor,
Cristiano soy, alma tengo,
Y si yo ví flor, ni rosa,
Lo pague esclavo en Marruecos.
Ni yo ví en su cuerpo todo
Jardin alguno, ni huerto,
Aunque en el lugar que dice,
Ha tenido muchos tiestos.
A Santiago de Galicia
Me parece su aposento,
A donde va todo el mundo
En figura de romero.
Parece una montería
Su calle en anocheciendo,
Pues ladran señas y silban
Los que cursan su terrero.
Yo estoy bueno,
Roto y enamorado, y sin dinero.

Instruccion y documentos para el noviciado de la corte.

ROMANCE L.

A la corte vas, Perico,
Niño, á la corte te llevan,
Tu mocedad y tus piés,
Dios de su mano te tenga.
Fiado vas en tu talle,
Caudal haces de tus piernas,
Dientes muestras, manos das,
Dulce miras, tieso huellas.
Mas si allá quieres holgarte,
Hazme merced, que en la venta
Primera trueques mis gracias
Por cantidad de moneda.
No han menester ellas lindos,
Que harto lindas se son ellas;
La mejor faccion de un hombre
Es la bolsa grande y llena.
Tus dientes para comer
Te dirán que te los tengas,
Pues otros tienes mejores
Para mascar tus meriendas.
Tendrás muy hermosas manos,
Si dieres mucho con ellas;
Blancas son las que dan blancas,
Largas, las que nada niegan.
Alabaránte el andar,
Si anduvieres por las tiendas;
Y el mirar, si no mirares
En dar todo cuanto quieran.
Las mujeres de la corte
Son, si bien lo consideras,
Todas de Santo Tomé,
Aunque no son todas negras.
Y si en todo el mundo hay caras,
Solas son caras de veras,
Las de Madrid por lo hermoso,
Y por lo mucho que cuestan.
No hallarás nada de balde,
Aunque persigas las viejas,
Que ellas venden lo que fueron,
Y su donaire las feas.
Mientras tuvieres que dar,
Hallarás quien te entretenga,
Y en espirando la bolsa,
Oirás el *requiem eternam*.

Cuando te abracen, advierte
Que segadores semejan:
Con una mano te abrazan,
Con otra te desjarretan.
Besaránte como al jarro
Borracho bebedor besa,
Que en consumiendo le arrima,
O en algun rincon le cuelga.
Tienen mil cosas de nuncios,
Pues todas quieren que sean
Los que están abreviadores,
Y datarios los que entran.
Toman acero en verano,
Que ningun metal desprecian,
Dios ayuda al que madruga,
Mas no, si es andar con ellas.
Pensóse escapar el sol,
Por tener lejos su esfera,
Y el invierno por tomarle
Ocupan llanos y cuestas.
A ninguna parte irás
Que de ellas libre te veas,
Que se entrarán en tu casa
Por resquicios, si te cierras.
Cuantas tú no conocieres,
Tantas hallarás doncellas,
Que los virgos y los dones
Son de una misma manera.
Altas mujeres verás,
Pero son como colmenas,
La mitad huecas y corcho,
Y lo demás miel y cera.
Casamiento pedirán,
Si es que te huelen á hacienda,
Guárdate de ser marido
No te corran una fiesta.
Para prometer te doy
Una general licencia,
Pues es todo el mundo tuyo,
Como solo le prometas.
Ofrecimientos te sobren,
No haya cosa que no ofrezcas,
Que el prometer no empobrece
Y el cumplir echa por puertas.
La víspera de tu santo
Por ningun modo parezcas,
Pues con tu bolson te ahorcan
Cuando dicen que te cuelgan.
Estarás malo en la cama
Los dias todos de feria;
Por las ventanas, si hay toros,
Meteráste en una iglesia.
Antes entres en un fuego
Que en casa de una joyera;
Y antes que á la platería
Vayas, irás á galeras.
Si entrar en alguna casa
Quieres, primero á la puerta
Oye, si pregona alguno,
No te peguen con la deuda.
Y si por cuerdo y guardoso
No tuvieres quien te quiera,
Bien hechas y mal vestidas
Hallarás mil irlandesas.
Con un cuarto de turron
Y con agua y con grajea,
Goza un Piramo barata,
Cualquiera tisbe gallega.
Si tomares mis consejos,
Perico, que Dios mantenga,
Vivirás contento y rico
Sobre la haz de la tierra.
Si no, veráste comido
De tias, madres y suegras,
Sin narices y con parches,
Con unciones y sin cejas.

Responde á la socaliña de unas pelonas.

ROMANCE LI.

A buen puerto habeis llegado,
Las niñas de daca y toma;
Satanás os dió el consejo,
No pudo ser otra cosa.

Por dinero me enviais,
Como si yo fuera flota,
O banco, teniendo solo
Piés de banco mi persona.
Más cuartos tiene que yo,
Aunque tiene menos borra,
Que mi barba y que mi lengua
La más cuitada pelona.
La falta de los caballos
Quisiera tener agora,
Pues si me salieran cuartos,
Se mejorara mi bolsa.
Veis que traigo yo mis carnes
Asomadas á mi ropa,
Más delicado de capa
Que de estómago una monja.
Que los dedos de los piés
Por el zapato se asoman,
Como tortuga que saca
La cabeza por la concha.
Que como de arrebatiña,
Que soy gavilan de ollas,
Y que sola mi conciencia
Es la que come á mi costa.
Que es mi casa solariega
Mucho más que no las otras,
Pues que por falta de techo
La da el sol á todas horas.
Sabeis que esta villa es mia
Por la carta ejecutoria,
Que al desvergonzado hace
Señor de la villa toda.
Sabeis que de mi posada,
En sacando yo la sombra,
Es mudado todo el hato
Que me abriga y que me adorna.
Pues, ¿cómo, si lo sabeis,
Me pedís en larga prosa
Dineros y una merienda,
Tan sin gracias y tan romas?
Si pidiérades narices,
Fuera demanda más propia,
Que á un vecino le pidiera
Un tarazon que le sobra.
¿A mí moneda de rey,
Que aun no la alcanzo de sota?
¿A mí plata, que aun por verla
Las píldoras se me antojan?

Verifica correspondidamente la sentencia vulgar, que el medio mundo se rie del otro medio.

ROMANCE LII.

CHITONA ha sido mi lengua,
Habrá un año; y ahora torno
A la primer taravilla,
Agua va, que las arrojo.
Quítesenme de delante,
Que atropellaré algun tonto,
Y estaré libre de pena,
Pues con cascabeles corro.
Si gozques todos me ladran,
Yo quiero ladrar á todos,
Pues que me tienen por perro,
Mas yo los tengo por porros.
Piensan que no los entiendo,
Yo pienso de ellos lo propio;
Míranme y hácenme gestos,
Mírolos y hágolos cocos.
Todos somos locos,
Los unos y los otros.
El narigudo oledor,
Que fué alquitara con ojos,
Y se va, si no le tienen,
A sayon su poco á poco;
A sombra de sus narices
Se está riendo del romo,
Que en figura de garbanzo
Por braco juró de mónstruo.
Yo he visto un corchete zurdo,
Graduado de demonio,
Reirse de un pobre calvo,
Y el calvo ponerle apodos.

El hombre huero de vista
Que tiene por niñas pollos,
Se burla del derrengado
Cuando le silban los cojos.
Búrlase el viejo pintado,
Pelo al temple, barba al óleo,
Dominico de cabeza,
Blanco y negro á puro plomo,
De ver al encanecido,
Ensabanado de rostro,
Y el barbar de manjar blanco,
Fisga de sus lavatorios.
El otro que se pudiera,
Segun ensila de mosto,
Ceñir en vez de pretina,
Con aros, cintura y lomos,
Llama berro al que es aguado,
Y el aguado melindroso
Le llama plaga de Egipto,
Por los mosquitos del sorbo.
Vase el marido postizo
Envuelto en seda y en oro,
Vestido de lo que sobra
De su mujer á los otros.
Es ella una perinola,
Pues el cristiano y el moro
Que la bailan, hallan siempre
Saca y pon, ó deja, ó todo.
Ríese de ver en cueros
Al maridillo celoso,
Cargado de honra en invierno,
Sin ser cachera ni aforro.
Y el celoso que le mira,
Dando su mujer á logro,
Le llama por hacer burla.
Tendero del matrimonio.
Piénsase la doncellita
Que me engaña porque otorgo,
Sabiendo yo que es colmena
Catada de muchos osos.
Piensa que en mi letanía
Entre vírgenes la pongo,
Mereciendo el *Dios nos libre*
Tambien como el terremoto.
Saca la otra mirlada
Del arca ó del escritorio
(Como pudiera á unos guantes)
Una garganta y un rostro.
Untadas tienen las manos,
No por via de soborno,
Que trae el unto de los dedos
Como en los riñones otros.
Más huevos gasta que un viernes
Su cecial gesto en remojo,
Y á puras pasas le acuesta
Hecho almuerzo de buboso.
Piensa que alabo su cara
Cuando digo que la adoro,
Y estoy loando la tienda
De donde sacó el adobo.
El que se mete á ministro
Por grave y por enfadoso,
Muy atusado de calzas,
Muy fruncido y muy angosto,
Sueña que por cuello enano,
Y hablar flautado y á sorbos,
Y porque trae sin orejas
Su par de zapatos sordos,
Que le tengo por prudente,
Y así yo haya buen gozo,
Que comparado con él
Juzgo por cuerdo á Vinorro.
Todos somos locos,
Los unos y los otros.

En la simulada figura de unas prendas ridículas, burla de la vana estimacion que hacen los amantes de semejantes favores.

ROMANCE LIII.

CUBRIENDO con cuatro cuernos
De su bonete de paño,
Más del mil, que tú, Benita,
Le has puesto con otros tantos,

Aquel sacristan famoso,
Aquel desdichado Fabio,
El que á tus torres de viento
Replicó los campanarios;
Despues que el manteo raido,
Ya que no desvergonzado,
Hizo asiento sobre un cerro
Para descansar un rato;
A la orilla de un arroyo,
Que no estaba murmurando,
Como otros arroyos ruines
Que este era bien inclinado;
Desatando un borceguí
De una soguilla de esparto,
Comenzó á sacar las prendas
Que por favores le has dado.
Lo primero y principal
Fué un reverendo zapato,
Con puntos de flux, muy propio,
No al pié, sino al mismo banco.
Luego un lazo que tenia
De no sé qué cendal pardo,
Que la garganta de Judas
Pudiera servir de lazo.
Una liga muy peor
Que la de los luteranos,
Recien convertida á Liga
Del mal estado de trapo.
Sacó luego unos cabellos
Entre robles y castaños,
Que á intercesion de unas bubas
Se te cayeron antaño.
Considere aquí el lector,
Pio, ó curioso, ó cristiano,
Su gozo al ver que de liendres
Eran sartas los más largos.
Descubrió un retrato tuyo,
Y halló que tiene al mirarlo,
Cosas de padre del yermo
Por lo amarillo y lo flaco.
La frente mucho más ancha
Que conciencia de escribano;
Las dos cejas en ballesta,
En lugar de estar en arco.
La nariz casi tan roma
Como la del Padre Santo, (1)
Que parece que se esconde
Del mal olor de tus bajos.
Avecindados los ojos
En las honduras del casco,
Con dos abuelas por niñas,
De ceja y pestaña calvos.
Una bocaza de infierno,
Con sendos bordes por labios,
Donde hace la santa vida
Un solo diente ermitaño.
Halló al cabo un escarpin,
Que sin estar resfriado,
Tomando estuvo sudores
Seis meses en tus zancajos.
Miró las prendas el triste,
Y al momento suspirando,
A su retablo de duelos
Las puso por nuevo marco.
¡Ay, despojos venturosos,
Dijo, que entre estos guijarros
Me dejó aquella serpiente
Que se enroscaba en mis brazos!
No sé si os eche en el rio,
Que de llevaros me canso;
Mas quien dá llanto á Pisuerga,
No es justo que le dé asco.
Quemaros será mejor,
Como favores nefandos,
Pues contra naturaleza
Los toma un hombre de un diablo.
Diciendo aquesto se fué,
Dejándolos en el campo,
Por espantajo á las aves
Y por estiércol al prado.
Cubrióse con su manteo,
Que dicen que fué de paño;
Y partióse haciendo lodos
En la arena con el llanto.

(1) «No quiere decir como la nariz del Padre Santo, sino como Roma, la ciudad de Roma, que no puede ser más roma.»

Quejas de una cortesana viéndose ociosa.

ROMANCE LIV.

A la gineta sentada
Sobre un bajo taburete,
Con su avantalillo blanco
Y su vestidillo verde;
En valoncica redonda,
Y perlas por brazaletes,
Con apretador de vidrio
Y rizas entrambas sienes;
Con herraduras de plata
Y faldellin de ribetes
Con más guarnicion que Flandes
En el castillo de Amberes;
Al un lado una guitarra,
Al otro lado un bufete,
Con un perrillo de falda
Que la lame y no la muerde;
Con una vieja barbuda
Sentada de frente á frente,
Más pasada que el diluvio,
Que ha que pasó muchos meses;
Más seca, que suele serlo
La que nos pega la peste,
Escurrida como azumbre
Del vino caro de Yepes,
Estaba doña Tomasa,
Más triste que doce viernes,
Contemplando su hermosura,
Y la soledad que tiene.
Y mirándose á las manos,
Que á quien las mira son nieve,
Y jaboncillos y mudas
Cuando de cera las huele;
Y midiendo su cintura,
Aquella que han hecho breve,
No los datarios de Roma,
Sino fajas que la tuercen;
Despues bajando los ojos
Hácia sus cuartos de allende
Y viendo sus piés pequeños,
Horror de todo juanete;
Y luego las dos columnas
Del edificio viviente,
Que al torno hechas se le antojan
O se levanten ó se echen;
Y viendo que ganan otros
Con lo mismo que ella pierde,
Aplicando la letrilla
Cantaba de aquesta suerte:
Molinico, ¿por qué no mueles?
Porque me beben el agua los bueyes.
Solian en otro tiempo
Las damas del interese,
Tener en un ojo negro
Un juro de los de á veinte.
Sus cabellos hizo de oro
En Sevilla la Meneses,
En tiempo que eran dadores,
Los que agora son tenientes.
Con una ceja ahumada
Ganó en Toledo la Perez
Más que catorce obligados
Del jabon ó del aceite.
Labró una casa en Madrid
La Mendoza con los dientes,
Que cuatro mil albañiles
No la labraran tan fuerte.
Y agora á todos sobramos,
Y no hay nadie que se acuerde
De la dama cortesana
Que se remata y se vende.
Visítanos la justicia,
Y á su falta solo viene
El médico á visitarnos,
Que el pobre es fuerza que enferme.
Pues aprendemos labor,
¿Qué más desdicha nos quieren?
Que la pobreza y la hambre
Nos predican y convierten.
Agua viniera al molino
De las canales corrientes,

Si los casados celaran
Las que les dieron en suerte.
Hannos quitado el oficio
Y en el hospital nos tienen,
Disculpas de los maridos
Y culpas de sus mujeres.
Todos pretenden casadas,
Porque á todos les parece
Que gusto que tiene guarda
Es más hazaña vencerle.
Pues sepan que es añagaza
Para que la gente llegue,
Y que hay marido bandera
Que vive del hacer gente.
Aquestos bueyes, el agua
Con que molemos nos beben,
E hidrópicos de cornada,
Bebiendo más su sed crece.
Mas para vengarnos de ellos,
Ya que sus flores se entienden,
Nos casaremos, pues tanto
Esa tramoya apetecen.
Molinico, ¿por qué no mueles?
Porque me beben el agua los bueyes

Envia una yegua á descansar al Prado.

ROMANCE LV.

Al Prado vais la mi yegua,
La mi yegua al Prado vais,
Más larga que un dadivoso,
Más delgada que un torzal.
Los que allá os vieren con yerba,
Por saeta os juzgarán,
Viéndoos delgada y derecha
Y punteaguda de atrás.
No hay albéitar que averigüe
Por vuestros dientes la edad,
Y es cierto que solo os faltan
Los dos ojos por cerrar.
Que no teneis sobrehueso
Aseguro por verdad,
Pues sobre los huesos vemos
Que aun pellejo no llevais.
Presto os pienso ver con alas,
Aunque hoy apenas andais,
De cuervos y de picazas
Que os empiecen á picar.
Que no hay yegua tan ligera,
No dudo, ni la mitad,
No corriéndola con otras,
Sino si la han de pesar.
Sentíos de cualquier cosa
Que os dicen, porque afirmais,
Que os dan en las mataduras
En donde quiera que os dan.
Setenta escudos de oro
En cuartos podeis trocar,
Sin trocar de mano agena
Un solo cuarto, ni más.
Nunca os tuve por traviesa;
Mas dice todo el lugar
Que andais en muy malos pasos
Por donde quiera que andais.
En cuanto á correr, me han dicho,
Y pienso que así será,
Que correis como una mona
A quien encima llevais.
Dios os dé buena ventura,
Y os libre por su piedad,
De ser banquete de lobos,
De urracas otro que tal.

Sacúdese de un hijo pegadizo.

ROMANCE LVI.

Yo el menor padre de todos
Los que hicieron ese niño,
Que concebísteis á escote
Entre más de veinticinco.
A vos, doña Dinguindaina,
Que pareceis laberinto
En las vueltas y revueltas
Donde tantos se han perdido.
Vuestra carta recibí
Con un contento infinito,
De saber que esté tan buena
Mujer que nunca lo ha sido.
Pedísme albricias por ella
De haberme parido un hijo;
Como si á los otros padres
No pidiérades lo mismo.
Hágase entre todos cuenta
A cómo nos cabe el chico,
Que lo que á mí me tocare
Libraré en el Antecristo.
Fuimos sobre vos, señora,
Al engendrar el nacido,
Más gente que sobre Roma
Con Borbon por Cárlos Quinto.
Mis ojos decís que saca,
Mas segun lo que averiguo,
Vos me los sacais agora
Por dineros y vestidos.
Que no negará á su padre,
Decís, por lo parecido;
Y es el mal, que el padre puede
Negar muy bien que le hizo.
Más padres tiene que miembros,
Acomodad, pues, el mio,
Ya que quereis encajarme
Esto de padre postizo.
Oh, quién viera cuando todos
Armados de acero fino
Amojonen lo que hicieron
En el mayorazgo hechizo.
Cuál dirá que engendró él solo
Desde el hombro al colodrillo,
Y cuál pondrá su mojon
Desde la espalda al ombligo.
Cuál conocerá una mano,
Y no faltará marido
Que diga, que por la priesa
No acabó más de un tobillo.
Haced creer estas cosas
A los hombres barbilindos,
Que por parecer potentes
Prohijarán un pollino.
Que yo soy un hombre zurdo,
Cejijunto y medio bizco,
Más negro que mi sotana,
Más áspero que un erizo.
Infórmenle de mis partes
A ese que habeis parido,
Si él por padre me admitiere
Que me tueste el Santo Oficio.
Paréceme que trazais
Catorce ó quince bautismos,
Y que unos por otros dejan
Moro, al que nace morisco.
Qué será de ver los padres
Y la escuadra de padrinos,
Unos con curas y amas,
Otros con vela y capillos.
Cuál andará el licenciado
Cargado de sus amigos,
Enviando á la parida
Colacion y beneficios.
El viejo se pondrá plumas,
Y se quitará el juicio,
Que es su cabeza cortada
Creerá como en Jesucristo.
Que habrá gastado en mantillas
El arrendador del vino;
Seguro que le parece
Hasta en lo perro judío.

Encargaisme de criarle,
Siendo el criar un oficio,
Que solo lo sabe Dios
Por su poder infinito.
Para ayudar á engendrar,
Iré sin duda, aunque indigno,
Con mi lujuria achocada
Entre estas peñas y riscos.
Naveguen otros las costas,
Que yo en el golfo me vivo;
Que á pecar bueno y de balde,
Desde que nací me inclino.
Aquí, pues, sabré la historia
De ese parto tan partido,
Y el suceso de los padres
Que vos haceis putativos.
Aviso tendré de todo,
Mas tambien desde hoy la aviso,
Que pára para los otros
Lo que engendrare conmigo.
Padres llame á los profesos,
Que yo motilon he sido,
Y con título de hermano
Viviré como un obispo.
Este año y este mes,
Y perdone que no firmo,
Porque mis mesmas razones
Dicen que yo las escribo.
No pongo calle ni casa
Tampoco en el sobrescrito;
Porque segun vive, de ella
Dirán todos los vecinos.

Testamento de don Quijote.

ROMANCE LVII.

De un molimiento de huesos
A puros palos y piedras,
Don Quijote de la Mancha
Yace doliente y sin fuerzas.
Tendido sobre un pavés,
Cubierto con su rodela,
Sacando como tortuga
De entre conchas la cabeza.
Con voz roida y chillando,
Viendo al escribano cerca,
Así, por falta de dientes,
Habló con él entre muelas:
Escribid, buen caballero,
Que Dios en quietud mantenga
El testamento que fago
Por voluntad postrimera.
Y en lo de su entero juicio,
Que poneis á usanza vuesa,
Basta poner decentado
Cuando entero no le tenga.
A la tierra mando el cuerpo,
Coma mi cuerpo la tierra,
Que segun está de flaco,
Hay para un bocado apenas.
En la vaina de mi espada
Mando que llevado sea
Mi cuerpo, que es ataud
Capaz para su flaquza.
Que embalsamado me lleven
A reposar á la iglesia,
Y que sobre mi sepulcro
Escriban esto en la piedra:
Aquí yace Don Quijote,
El que en provincias diversas
Los tuertos vengó y los bizcos
A puro vivir á ciegas.
A Sancho mando las islas
Que gané con tanta guerra;
Con que, si no queda rico,
Aislado á lo menos queda.
Item, al buen Rocinante
Dejo los prados y selvas,
Que crió el Señor del cielo
Para alimentar las bestias;
Mandóle mala ventura
Y mala vejez con ella,
Y duelos en que pensar,
En vez de piensos y yerba.

Mando que al moro encantado
Que me maltrató en la venta,
Los puñetes que me dió
Al momento se le vuelvan.
Mando á los mozos de mulas
Volver las coces soberbias
Que me dieron, por descargo
De espaldas y de conciencia.
De los palos que me han dado,
A mi linda Dulcinea,
Para que gaste el invierno,
Mando cien cargas de leña.
Mi espada mando á una escarpia,
Pero desnuda la tenga,
Sin que á vestirla otro alguno
Si no es el orin se atreva.
Mi lanza mando á una escoba,
Para que puedan con ella
Echar arañas del techo,
Cual si de San Jorge fuera.
Peto, gola y espaldar,
Manopla y mediavisera,
Lo vinculo en Quijotico
Mayorazgo de mi hacienda.
Y lo demás de los bienes
Que en este mundo se quedan,
Lo dejo para obras pias
De rescate de princesas.
Mando que el lugar de misas,
Justas, batallas y guerras
Me digan, pues saben todos,
Que son mis misas aquestas.
Dejo por testamentarios
A Don Belianis de Grecia,
Al caballero del Febo,
A Esplandian el de las jergas.
Allí fabló Sancho Panza,
Bien oireis lo que dijera,
Con tono duro y despacio
Y la voz de cuatro suelas.
No es razon, buen señor mio,
Que cuando vais á dar cuenta
Al Señor que vos crió,
Digais sandeces tan fieras.
Sancho es, señor, quien os fabla,
Que está á vuesa cabecera
Llorando á cántaros, triste,
Un turbion de lluvia y piedra.
Dejad por testamentarios
Al cura que vos confiesa,
Al regidor Per-Anton
Y al cabrero Gil Panzueca.
Y dejaos de Splandiones,
Pues tanta inquietud nos cuestan,
Y llamad á un religioso
Que os ayude en esta brega.
Bien dices, le respondió
Don Quijote con voz tierna;
Vé á la Peña pobre, y dile
A Beltenebros que venga.
En esto la Extremauncion
Asomó ya por la puerta;
Pero él, que vió al sacerdote
Con sobrepelliz y vela,
Dijo que era el sábio propio
Del encanto de Niquea,
Y levantó el buen hidalgo
Por hablarle, la cabeza.
Mas viendo que ya le faltan
Juicio, vida, vista y lengua,
El escribano se fué
Y el cura se salió afuera.

Cartel que pone una moza contra resistencias del dar.

ROMANCE LVIII.

Aquí ha llegado una niña,
Que examinada en buscon
Por las madres protoviejas,
Saca bolsas sin dolor.
Con dos dedos sin gatillo,
Al más guardoso señor
Saca el mayorazgo entero
Y no le deja raigon.

Madura en los extranjeros
Durezas de Mifaró,
Resuelve gatos preñados
A manera de hinchazon.
Los mercaderes dañados
Los arranca con valor,
Al oro quita la toba
Y á la plata el neguijon.
El dinero que se anda
Con solo un dedo ó con dos,
Luego al dueño se le enseña
A ver, que á cobrarle no.
Es cáustico de avarientos
Un requiebro de su voz,
Preparativo su madre,
Que hace luego operacion.
Con un emplasto de tias,
De amigas con una uncion,
De los propios huesos saca
La moneda sin sudor.
Las promesas titulares
Las cura con antuvion,
Y el tengamos y tengamos
Dá contra todo señor.
En faltriquera estreñida,
Que dá con pujo un doblon,
Con cámaras hace al punto
Que purgue todo su humor.
La mayor cosa que hace,
Es que al duque más guardon
Le deja duque, y le quita
El ducado que guardó.
Enseñará á las novatas
Receta de tal primor,
Que hará marqueses del gasto
Los condes de Peñaflor.
Viene á quitar los ribetes
A las ofensas de Dios,
Limpia el pecado de tias
Y viejas de alrededor.
Hace inmortales los perros,
Que tan muertos andan hoy,
Y á los muertos de dos meses
Ofrece resurreccion.
Vive en la Puerta Cerrada
Para el que se resistió;
Para el que curarse deja
Vive en la Puerta del Sol.

Conversacion de las mulas de unos médicos con la jaca de un barbero.

ROMANCE LIX.

TRES mulas de tres doctores
Y una jaca de un barbero,
En el portal de un podrido
Estaban contando cuentos.
Punta con cabeza estaban
Muy juguetonas de frenos,
Muy callejeras de lenguas
Por el bocado y los bezos.
Habló primero que todas
Por lo largo y por lo viejo,
Una mula muy prudente,
Sí corita de cerebro.
Yo he sido mula de carro,
Y más escrúpulo tengo
Del récipe y el ruibarbo,
Que del voto y el reniego.
El oficio de mi amo,
Por más que cura, recelo
Que es oficio de difuntos
Y que está fuera del rezo.
Ando toda despeada,
Un mes há que no me hierro,
Que solo yerra sus curas
El licenciado Venenos.
Ayer le dijo un cristiano:
Sospecho que no estoy bueno;
Y luego llovió sangrías
Sobre el cuitado sospecho.
Recatado y temeroso
Pasa por los cementerios,
Y agora una calavera
Se la juró con un hueso.

Otra mula bisabuela,
A quien hubo, segun pienso,
En la burra de Balan
El caballo de los griegos,
Pensativa y despensada,
Como mula del desierto,
Mortificada de panza,
Dijo enojada y gruñendo:
De retorno de una noria
Me vine en los puros cueros,
Para el doctor Matatias,
Mata madres, mata suegros.
Como con el diablo tiene
Con el boticario hecho
Pacto esplícito de purgas,
Y la llaman Vaderetro.
Hasta que pasen se para,
Cuando topa los entierros,
Pues mientras van los que envia,
El se procura estar quedo.
En tiempo de los pepinos
En la plaza carga de ellos,
Por inducir las tercianas
A poder de mal ejemplo.
Cuando la caza que cria
Le merienda todo el cuerpo,
Con sus recetas espulga
La camisa y los gregüescos.
Hace gastar los jarabes
A los dolientes del pueblo,
Mas él receta á su panza
Las píldoras del bodego.
Otra mula medio calva,
Con un moño de pellejos,
Dijo mirando á las otras,
Mal inclinado el pescuezo:
Al doctor Caramanchel
Há que sirvo dos eneros;
Mata siete si los cura,
Si los cura mata ciento.
Discípulo de un Mosquete,
Que le leyó los Galenos;
Salga de donde saliere,
Triunfo matador de cuerpos.
Antes que yo le sirviera,
Andaba por esos puertos
Con un tercio de sardinas,
Y era más honrada un tercio.
¿Piensas que llevas banastas?
Me dice cuando le asierro;
Si le oyeran las banastas
Le confundieran á retos.
Como no le llama nadie
Y se vé tan solo y yermo,
Por no dejar de curar,
Cura madejas y lienzos.
En los zaguanes de grandes
Se apea muy reverendo,
Porque piensen que visita
En donde orina por miedo.
Porque en su barrio le estimen,
Hace que su mozo mesmo
Le llame á gritos de noche,
Para marqueses diversos.
La haca que desabrida
Escuchó tales sucesos,
Estaba dando puñetes
A los guijarros del suelo,
Era la triste castaña,
En el tamaño y el pelo,
Apilada y opilada,
Por la falta del sustento.
Por el respeto que debe
A la recua de los muertos,
Atisbaba muy indigna
El muladar parlamento.
De un sacamuelas, les dijo,
Al amo vine; que hoy tengo,
Y el pan para San Francisco,
Me codició por Sardesco.
De ventosas y sangrías
Tanto me enjugo y me seco,
Que ayer me entré en un estuche
Y anduve danzando dentro.
El estudia en pasacalles
Lo que ejercita en los miembros,
Y en guitarra, y no en cebada,
Me paga mis alimentos.
El hombre es que mas se huelga
Con un testuz en el pueblo,

Y al desesterar la cara
Le hace mas arrumuecos.
En esto el martirologio,
De la salud del enfermo
Bajaba por la escalera,
Zurriando daca y textos.
Debajo de los sayones
Zampaban el estipendio,
Diciendo, guarden la orina,
Y nosotros el argento.
Con notables garambainas
Se subieron en sus perros,
Y en gerigonzas de vidas
Salieron hablando récio.
La haca, como fregona
De los tres quebranta huesos,
Muerte va, como agua va,
A gritos iba diciendo.

Responde con equivocacion á las partidas de un inventario de peticiones.

ROMANCE LX.

Diéronme ayer la minuta,
Señora doña Teresa,
De las cosas que me manda
Traer para cuando vuelva.
No está mala la memoria,
Y así yo la deje buena,
Cuando de este mundo vaya,
Que no la he de tener de ella.
Si su voluntad á todos
Esta memoria les cuesta,
Es falta de entendimiento
El no parecerles fea.
Son sus ternezas con uñas
Como el sol de aquesta tierra,
Pues se me muestra amorosa,
Con fondos en pedigüeña.
Yo tengo muy buen aliño,
Mi suerte ha sido muy buena,
Pues vengo á topar demandas,
Donde buscaba respuestas.
Y son tantas las partidas
Que en su billete se encierran,
Que teniendo siete el mundo,
Tiene su papel setenta.
Pídeme unas zapatillas,
Y en eso anduvo discreta,
Que por ser hombre que esgrimo
Las tengo de espadas negras.
Mas la cantidad de paño,
que para arroparse espera,
Podréla dar de mi cara,
Mas no de Segovia ó Cuenca.
No hay tela para enviarla,
No hay sino vestirse apriesa
De la que mantiene á todos,
Que tambien se llama tela.
Fué yerro pedirme raso
En Valladolid la bella,
Donde aun el cielo no alcanza
Un vestido de esa seda.
Enviaré sin duda alguna
Las varas de primavera,
Cortadas el mes de abril
De las faldas de esta sierra.
Pediré para enviarla
Las tres vueltas de cadena,
Los eslabones á un preso,
Y á algun gitano las vueltas.
En lo que toca á los brincos,
No serán de plata ó perlas;
Mas procuraré enviarlos,
Aunque de una danza sean.
El regalillo de martas,
Que pide con tantas veras,
Como Lázaro su hermano
Le enviaré de Magdalenas.
Pero en cuanto á los descansos,
Será una cosa muy cierta,
Si hubiere algun portador
Que los lleve de escalera.
En los barros, quedo en duda,
De cuáles se los ofrezca,

De los que tengo en la cara,
O los que hará cuando llueva.
La cantidad de bocados
No sé quién llevarlos pueda,
Si no es enviando un alano
Que se los saque con fuerza.
No pongo, por no cansarme,
Las arracadas y medias,
Los tocados y los dijes,
Que pide con desvergüenza.
Y dejo que para gastos
De tan endiablada cuenta,
Recibí dos miraduras
Dos noches por una reja.
Dos sortijas que en la mano
Me mostró, yéndose fuera;
Y un guante que perdió adrede
De puro viejo en la iglesia.
Siete dientes, que me quiso
Hacer creer que eran perlas,
Y ciertos cabellos de oro,
Por la virtud de un poeta.
Tengo gastado hasta ahora,
En descuento de esta cuenta,
El sufrimiento en desdenes,
Y en agravios la paciencia.
Alguna noche en candil,
Y mas de catorce en vela,
Todo mi juicio en locuras,
En coplas toda mi vena.
Si con aqueste descargo
Debiere yo alguna resta,
De lo que fuere, prometo
Que compraré su receta.
Pero si saliere en paz,
Déjese de impertinencias;
Y no pida que la traiga,
El que quisiere que vuelva.
Bien sé que es alta señora,
Si se sube en una cuesta;
Y tan grave como todas,
Cargada de plomo y piedras.
Que tiene buen parecer,
Por lo letrado y lo vieja;
Y que es de sangre tan clara,
Que jamás ha sido yema.
Y aun á pesar de bellacos,
Confesaré que es tan cuerda,
Que á cualquier buen instrumento
Puede servir de tercera.
Tambien conozco que soy
Indigno de tal alteza,
Y un hombre hecho de tal pasta,
Que se ha de volver en tierra.
Aunque, si acaso es amiga
De títulos por grandeza,
Los de grados y corona,
Tengo sellados con cera.
Mas si es lisiada por cruces,
Para tenerla mas cierta,
Me meteré á cementerio,
Por andar cargado de ellas.
Pues para ser señoría
Me falta solo la renta,
Pues tengo dos en un mapa,
Que son Génova y Venecia.
Hábito tuvo mi padre,
Y con él murió mi abuela,
Y hábito tengo yo hecho
A nunca hacer cosa buena.
No soy encomendador,
Pero si hablamos de veras,
Más tengo en sola su carta
De diez y nueve encomiendas.
Y á ser tan grandes mis deudos
Como son grandes mis deudas,
Delante del rey sin duda
Cubrirse muy bien pudieran.
Si el ser señor de lugares
Es cosa que le grangea,
Mi estado es pueblos en Francia,
Que rinde grande moneda.
Pues lo de ser caballero
No sé cómo me lo niega,
Sabiendo que hablo despacio
Y que hago mala letra.
Y aunque le parezco pobre,
Tengo razonable hacienda,
Un castillo en un ochavo
Y una fuente en una pierna.

Tengo un monte en un calvario
Y en una estampa una sierra,
Y de mil torres de viento
Es señora mi cabeza.
Y demás de aquesto, gozo
Un campo y una ribera,
En el romance que dice,
Ribera agostada y seca.
Soy señor de mucha caza
En el jubon y las medias;
Y en ser dueño de mí mismo,
Lo soy de muy buena pesca.
Y tras todo aquesto, tengo
Voluntad tan avarienta,
Que solo la daré al diablo,
Y harto será que la quiera.

Alabanzas irónicas á Valladolid, mudándose la corte de ella.

ROMANCE LXI.

No fuera tanto tu mal,
Valladolid opulenta,
Si ya que te deja el rey,
Te dejaran los poetas.
Yo apostaré que has sentido,
Segun eres de discreta,
Más lo que ellos te componen,
Que el verte tú descompuesta.
Pues, vive Dios, ciudad noble,
Que tengo por gran bajeza,
Que siendo tantos á uno,
Te falte quien te defienda.
No quiero alabar tus calles,
Pues son, hablando de veras,
Unas tuertas y otras bizcas,
Y todas de lodo ciegas.
A fuerza de pasadizos
Pareces sarta de muelas,
Y que cojas son tus casas,
Y sus puntales muletas.
Tu sitio yo no le abono,
Pues el de Troya y de Tebas
No costaron en diez años
Las vidas que en cinco cuestas.
Claro está, que el Espolon
Es una salida necia,
Calva de yerbas y flores
Y lampiña de arboledas.
Que digan mal de tus fuentes
Ni me espanta ni me altera,
Pues por malas y por súcias,
Hechas parecen en piernas.
Mas que se hayan atrevido
A poner algunos mengua
En tus nobles edificios,
Es muy grande desvergüenza.
Pues si son hechos de lodo,
De él fueron Adan y Eva,
Y si le mezclan estiércol,
Es para que con él crezcan.
¿En qué ha pecado el ochavo,
Siendo una cosa tan bella,
Que como en real de enemigos
Ha dado sobre él cualquiera?
De su castillo y leon
Son uñas y son troneras
Los mercaderes que hurtan
Y lo oscuro de las tiendas.
¿De esto pueden decir mal?
Pues los sastres que en él reinan,
De ochavo le hacen doblon
Con dos caras que le prestan.
Tu plaza no tiene igual,
Pues en ella cualquier fiesta,
Con su proporcion se adorna,
Mas nada la adorna á ella.
Pero el mísero Esguebilla
Se corre y tiene vergüenza
De que conviertan las coplas
Sus corrientes en correncias.
Más necesaria es su agua
Que la del mismo Pisuerga,
Pues de puro necesaria
Públicamente es secreta.

¿Qué rio de los del mundo
Tan gran jurisdiccion muestra,
Que se iguale á los mojones
Y á los términos de Esgueva?
Solas las suyas son aguas,
Pues si bien se considera,
De las que todos hacemos
Se juntan y se congelan.
Yo sé que el pobre llorara
Esta ida y esta vuelta;
Mas vánsele tras la corte
Los ojos con que se aumenta.
Yo le confieso que es sucio;
Mas ¿qué importa que lo sea,
Si no ha de entrar en colegio
Ni pretender encomienda?
Todo pudiera sufrirse,
Como no se le subieran
Al buen conde Peranzules
A la barba larga y crespa.
Si en un tiempo la peinó
Ya enojado la remesa,
Que aun muerto y en el sepulcro
No le ha valido la iglesia.
¿Qué culpa tiene el buen conde
De los catarros y reumas?
Que él fué fundador del pueblo,
Mas no del dolor de muelas.
Pues al buen Pedro Miago
Yo no sé por qué le inquietan,
Que él en lo suyo se yace
Sin narices ni contiendas.
El ser chato no es pecado,
Déjenle con su miseria;
Que es mucho que sin narices
Tan sonado español sea.
Culpa es del lugar, no es suya,
Aunque suya sea la pena,
Pues sus frios romadizos
Gastan narices de piedra.
Dejen descansar tus muertos,
Ciudad famosa y soberbia,
Pues mirada sin pasion,
Tienes muchas cosas buenas.
Para salirse de tí
Tienes agradables puertas,
Y no hay conserva en el mundo
Que tan lindo dejo tenga.
¿Hay cosa como tu prado,
Donde cada primavera,
En vez de flores dan caspa
Los árboles si se peinan?
Yo sí que digo verdades,
Que la pasion no me ciega
De ser hijo de Madrid
Y nacido en sus riberas.
En cuanto á mudar tus armas,
Juzgo que acertado fuera,
Porque solos los demonios
Traen llamas en sus tarjetas.
La primer vez que las ví
Te tuve en las apariencias
Por arrabal del infierno,
Y en todo muy su parienta.
Mas ya sé, por tu linaje,
Que te apellidas Cazuela,
Que en vez de guisados, hace
Desaguisados sin cuenta.
No hay sino sufrir agora
Y ser en esta tormenta
Nuevo Jonás en el mar,
A quien trague la ballena.
Podrá ser que te vomite
Más presto que todos piensan,
Y que te celebren viva
Los que te lloraron muerta.

Consulta el rey Tarquino á una dueña cerca de sus amores, y ella le aconseja.

ROMANCE LXII.

MARCA Tulia se llamaba
Una dueña de Tarquino,
Que tambien regaló el diablo
Con dueñas al paganismo.

Escriben varios autores,
Que en los chismes y el oficio,
Eran en aquella edad
Tales como en este siglo.
Era la romana vieja
Hecha en la impresion del grifo,
Que con nariz y con barba
Pudiera dar un pellizco.
La carita parecia
Suelo de queso de Pinto,
Que los Pintos y los quesos
Blasonan de muy antiguos.
Empegada como un jarro,
Corcovada como un cinco,
El rosario no le usaba,
Mas usaba los hechizos.
Tartamuda, Dios nos libre,
Con tener por boca un chirlo,
Las encías por bigotes
Y los labios por colmillos.
Teníala el dicho rey
Por puntero de sus vicios,
Asesora de arremetes
Y azuzadora de tibios.
Díjola, como Lucrecia,
La mujer de Colatino,
A treinta con rey le puso
La sarna del apetito.
Es honesta por el cabo
(Lloraba el rey como un niño),
No sé qué me hacer con ella,
Aunque he pensado en un hijo.
Suspiro y nunca me oye;
No me responde si escribo;
Si paseo, no me vé;
En mirándola, dá gritos.
Por un poco de adulterio
La daré el cetro que rijo,
A tí me encomiendo, madre,
E invoco tus aforismos.
La buena vieja, meciendo
El visaje de abinicio,
Despues que habló con los gestos,
Alzando la cara, dijo:
Oir á tu majestad,
Encarecer ese risco,
Hará descalzar de risa
Aun á los padres conscriptos.
Bien tendré callos de trampas,
Pues como el pan de los niños,
Más Lucrecias he alcanzado
Que yo calendas me quito.
¿No tiene vergüenza un rey
De escribir un billetico,
Y como azúcar de pila
Enviarse en papelitos?
Pasear es de indigestos
Y fineza de tobillos;
Noramala y pasear,
Es enviar á lo mismo.
De los quereres vulgares
Son prólogo los suspiros,
Y del amor mendicante
Empuñadura los pidos.
Obligar y comprar es
Rodeo de desvalidos,
Y el chocar y el embestir
Retórica de los ricos.
Si el rey está sobre todos,
Lucrecia estará en buen sitio;
Solo faltará el asalto,
Y faldas no son castillos.
Bien sé que dirá: *No quiero*,
Que es mamona de maridos;
Habrá llanto con que crece
Las plantas de regadío.
A estar vuestra majestad
En este pellejo mio,
Pues en alforjas de arrugas
Muy bien cabrá, si le estiro,
Lucrecia estuviera ya
Con todos esos prodigios,
Más forzada que en galeras,
Más cursada que camino.
El ser por el cabo honesta,
No embaraza tus designios,
Pues pasó quien llega al cabo,
El medio ya y el principio.
Que donde hay fuerza se pierde
Derecho, es refran de lindos:

Mas tambien donde hay derecho,
La fuerza se gana á brincos.
A Colatino conozco
Desde que era tamañito,
Y para padre de cabras
Solo le falta lo chibo.
Con armas, no con billetes,
Nos pintaron á Cupido;
Y alegan los perros muertos
Aljabas y no bolsillos.
La fuerza la hace Lucrecia,
Que á su rey sacó de quicio;
Quien sin querer enamora,
Sin querer sufra relinchos.
Sobre mi conciencia tomo,
Si la fuerzas, tu delito;
Y que ha de aprobar su dueña
El parecer que te endilgo.
Escuchóla el rey atento,
Y viene, y toma, y qué hizo,
Sino vase, llega y zas.....
Que lo quiso, que no quiso.
Muchos pareceres dan
En su muerte, y yo malicio,
Que tuertos de otro puñal
Deshizo el puñal huido.
De ella nadie ejemplo toma,
Que escándalo siempre ha sido
Del tiempo, y por consonante
De necia está en los abismos.
Murió en fin, el rey perdióse,
Su novio quedó novillo;
Hasta aquí pudo llegar
De una dueñecita el pico.
Así lo escribe Arbolias
En el capítulo quinto,
Si bien hay varias lecciones
En algunos manuscritos.

Véngase de la soberbia de una hermosura con el estrago del tiempo.

ROMANCE LXIII.

PÉSAME, señora mia,
De ver á vuesa merced
Hoy de plata, sin ser niña,
Y niña de plata ayer.
A pesar del artificio,
El padre Matusalen
Ha introducido en su cara
Mucha cáscara de nuez.
Las arrugas de la frente
Son rodadas á mi ver,
De la carrera del tiempo
Y la huella de sus piés.
Bien haya el hoy que me vengó de ayer.
La habla desempedrada,
Puesto silencio al morder,
Tocando están á la queda,
Al gusto y al interés.
Lo que á una muerte sisaron,
Es la pompa de su sien,
Sobras de la sepultura
La rizan el chapitel.
Las muelas y los colmillos
Son, dejando nuestra ley,
Sarracinos y Aliatares,
Dos á dos y tres á tres.
Tiritar puede de frio
En el más nevado mes;
Pero dar diente con diente,
No lo quiero conceder.
La que tuvo Juanetines
Y Don Juanes á sus piés,
Ya con los juanetes solos
En malos pasos la ven.
El ojo que apostó á luces
Con el mismo amanecer,
Ojo de pulla se ha vuelto
De los de béseme en él.
El capote que en las cejas
Tanto daba en que entender,
Albanega de villano
La vista esconde en buriel.
El labio que fué Sirena

Del amante moscatel,
Con los pliegues es plegaria
Por el dame y por el den.
Los pliegues de cuantas bolsas
Abrió su cara novel,
Hoy tienen con cerraderos
Las mejillas y la sien.
Si la llamare mi vida,
Pues sabe la vida que es,
En figura de requiebro
Será una vaya cruel.
Si la dijere mi alma,
Muy bien se puede correr,
Pues es llamarla sin gracia,
Y pecadora tambien.
Si mis ojos, ya se entiende,
Y su desaire se vé,
Vidriados como platos,
Con cuerdas como rabel,
Bien haya el hoy que me vengó de ayer.

Burla de los eruditos de embeleco que enamoran á feas cultas.

ROMANCE LXIV.

Muy discretas y muy feas,
Mala cara y buen lenguaje,
Pidan cátedra y no coche,
Tengan oyente y no amante.
No las den sino atencion,
Por más que pidan y garlen,
Y las joyas y el dinero
Para las tontas se guarde.
Al que sábia y fea busca,
El Señor se la depare,
A malos conceptos muera,
Malos equívocos pase.
Aunque á su lado la tenga
Y aunque más favor alcance,
Un catedrático goza,
Y á Pitágoras en carnes.
Muy docta lujuria tiene,
Muy sábios pecados hace,
Gran cosa será de ver
Cuando á Platon requebrare.
En vez de una cara hermosa,
Una noche y una tarde,
¿Qué gusto darán á un hombre
Dos clásulas elegantes?
¿Qué gracia puede tener
Mujer con fondos en fraile,
Que de sermones y chismes
Sus razonamientos hace?
Quien deja lindas por necias
Y busca feas que hablen,
Por sábias como las zorras,
Por simples deje las aves.
Filósofos amarillos
Con barbas de colegiales,
O duende dama, pretenda
Que se escuche y no se halle.
Echese luego á dormir
Entre Bártulos y Abades,
Y amanecerá abrazado
De Zenon y de Cleantes.
Que yo, para mi traer,
En tanto que argumentaren
Los cultos con sus arpías,
Algo buscaré que palpe.

Refiere la presa de tres salteadores del sonsaque.

ROMANCE LXV.

Deletreaba una niña
Mi talegon anteayer,
Con *Ce* la llamé tapada,
Y me respondió con *De*.
Entre dos viejas estaba,
Punteros de Lucifer,

Matus doña Ana la una,
Y otra Matus doña Inés.
Estaban las viejecitas
Como carne de pastel,
Hojaldradas y calientes,
Huesos y moscas despues.
La habla desencordada,
Que mostraba al responder
Mucha encía y poco diente,
Labio y quijada cruel.
Descuidábase el perfume,
Y oliscaban de tropel
A purgatorio y responsos,
Y á pastillas de vejez.
En dos cuévanos los ojos,
Que parecen, cuando ven,
Que en vez de mirar, vendimian
Todo amarfte moscatel.
Las manos de mal ministro,
Untadas con sebo y miel;
Muslo en forma de muñeca,
Nieve con fondos en pez.
Hechas espadas de esgrima
Se vinieron todas tres
En zapatillas á darle
Una de puño á mi argen.
Entre estos dos cortezones
Pringada estaba mi bien,
Como torrezno en mendrugos
Que no se puede morder.
En la tienda, Dios nos libre,
De un joyerito francés,
Haciéndola Peralvillo
De mi dinero novel.
Yo con pasos desmayados
Y con tartamudos piés,
Iba como el ahorcado
Por la escalera el cordel.
Tan mal guisado de cara,
Que se me echaba de ver,
Que llevaba ya en los huesos
Un *dénos vuesa merced.*
Chirriaba la muchacha,
Y el séquito magancés,
Zurriando como abispas
Repicaban á coger.
Andaba de mano en mano
La prosa del interés,
Muy solícito el tendero
Con la vara de Moisés.
La niña me pidió cortes,
Como si yo fuera rey,
Primavera por Enero
Que no la tiene Aranjuez.
Pidieron medias y ligas
Las viejas, cuando pensé
Que me pidieran el óleo,
Queriendo acabar en bien.
No me aprovechó el *no traigo,*
Ni el *yo prometo, yo iré,*
Otro dia nos veremos,
Y *he de cobrar este mes.*
Sin poder decir, Dios váleme,
Me desnudaron la piel
El archivo de Simancas
Y un rostro barcelonés, (1)
Los guardianes de las bolsas,
Los que se precian de ser
Tenedores, no cucharas,
Que asieren y nunca den,
Guárdense que los encuentre
En casa de un mercader,
Una quincena en zapatos,
Dos sesentonas á pié.

Femenina cabellera que predica á las verdaderas pelambres.

ROMANCE LXVI.

Un moño, que aunque traslado
De alma y corazon sencillo,
A un capote original
De aquesta manera dijo:

(1) «Bandolero.»

Que mortal eres, te acuerdo,
Y que en los pasados siglos,
Como tú te ves, me ví,
Veráste como me he visto.
En las cartas calvatorias
Me presentan por testigo,
Y en martirios de rizados
Soy confesor de postizos.
Si me dices, no soy propio,
Es verdad; pero distingo,
Propio soy, como comprado,
Ageno, como vendido.
Aunque persona de pelo
Parezco, no soy muy rico,
Pues por no tener raices,
Son muebles los bienes mios.
De por vida eran un tiempo,
Viviendo en mi patrio nido;
Pero ya son al quitar,
Pues que me pongo y me quito.
En extranjera corona
Forastero peregrino,
Y aunque natural parezco,
Solo avecindado vivo.
Por la espulsion de los cuellos,
Perdónenme los moriscos,
Hay abridores de moños
Que tuvo paso su oficio.
Fénix soy de las molleras,
Renaciendo de mí mismo,
Que apenas en unas muero
Cuando en otras resucito.
Y es de fé, que si sonara
Hoy la trompeta del juicio,
Dejaran los moños muertos,
Las calvas en cueros vivos.

Reformacion de costumbres no importuna.

ROMANCE LXVII.

Mando yo, viendo que el mundo
De remedio necesita,
Que esta pragmática guarden
Todos los que en él habitan.
Todo varon ojigarzo
Con toda ojinegra ninfa,
Quiero que truequen los ojos,
O si no que se los tiñan.
A barbados ceceosos
Mando se pongan basquiñas,
Que si un barbado cecea,
¿Qué hará doña Serafina?
Quito mujeres que tapan
Con orinales mejillas,
Aunque hay rostro que de bello
Tiene solo el que le quitan.
Que mujer que muda barrio
No piense que se confirma,
Que algunas mudan más nombres
Que tienen las letanías.
A los que visten bayeta,
Quiero que se les permita
Que mientan pariente muerto
Porque su sotana viva.
Cara de mujer morena
Con soliman por encima,
Aunque más grite el jalbegue,
Puede pasar por endrina.
Desvanes quiero que habite
Mujer de cincuenta arriba,
Que es bien que viva en desvanes
Quien anda de viga en viga.
Que á los que están escribiendo
No los vea quien se tiña,
Porque en sus barbas no mojen
Si les faltare la tinta.
Escluyo dientes postizos,
Porque es notable desdicha
Que traigan como las calvas,
Cabelleras las encías.
Que no anden por las mañanas
Las doncellas que se opilan,
Pues sanando de doncellas
Les crecen más las barrigas.

Que no se juzgue sin hijos
El que á su mujer permita
Que vaya á hacer diligencia
Si algun vecino la bizma.
Que á los que murieron mozos,
Porque vuelvan á la vida,
Se les infundan las almas
De viejas que quedan vivas.
Destierro puños pajizos,
Que hay damas pastelerías,
Que traen en puños y en manos
Roscones y quesadillas.
Permito las vueltas huecas,
Donde hay muñecas rollizas,
Que en flacas son candeleros
Y las muñecas bujías.
Tusona con ropa de oro
Traiga cédula que diga,
En este cuerpo sin alma,
Cuarto con ropa se alquila.

Púrgase una moza de los defectos de que otra enfermaba.

ROMANCE LXVIII.

La Escarapela me llamas,
Y débeslo de fundar,
En que en mí pela la cara
Como en tí la enfermedad
Tan mal francés como gastas,
No le ha gastado jamás
Rochèli, ni en sus herejes
La Rochela y Montalvan.
Andas poniéndome nombres,
Y llámante la Hospital,
Mujer que con un bostezo
Plagaste tu vecindad.
Si yo estuve en la galera,
No he perdido calidad,
Que es un colegio de mozas
Renegadas del fregar.
Un ahorcado de lino
Es el remo que nos dan;
El hilar es reconcomio
De besos y de bailar.
Si dicen que me raparon,
Han dicho mucha verdad;
¿Fué más de enviar mis liendres
En moño á otro tal por cual?
Tú te comparas conmigo,
Que peco de mar á mar;
Si lechuza de medio ojo,
Vas de zaguan en zaguan.
Pierres y Cosmes á cercen
Gozan tu fragilidad,
Peones sin apellidos
Bautizados ras con ras.
Nombres sin don como el puño,
Y tras el santo un Guzman:
Cerda, Mendoza ó Manrique,
No atisban mi humanidad.
Tengo al vicio linajudo,
Sin perjuicio del ajuar;
Por no emperrarme con nadie,
A nadie quiero fiar.
Yo admito á todos aquellos
Que me dejan que contar;
Bien puede ser grosería,
Empero no es necedad.
Yo no quiero darme á perros,
Por lo que puedo agarrar;
Y al gran señor sin dinero
No le quiero hacer gran can.
Si los antes de la culpa
No recogen el metal,
Los postres siempre profesan
De murria y necesidad.
A mí nadie me la hace
Que no me la ha de pagar;
Hagan todos lo que deben,
Nadie lo que deberá.
Si por cara soy mal quista,
No me quiero bien quistar;
Murmuren y dénme todos,
Y cátennos aquí en paz.

En el real de Don Sancho
Grandes alaridos dan,
Yo quiero que el tal Don Sancho
Calle su pico y dé el real.
Tú, que sigues otro rumbo,
Habrás dado en enviudar,
A poder de perros muertos
Las perras de este lugar.
Por tí comen las mastines
Con tocas bajas el pan;
Yo á la salud de los gozques
No me harto de brindar.
Dices que no tienes perro
Que te ladre, y es verdad,
Porque á los perros difuntos
Nadie los oye ladrar.
Tener perreros es cosa
Para iglesia catedral;
Tuya propia es esa plaza,
Que yo soy toda seglar.
Al prometo niego el eco
Con perversa honestidad,
Porque el desprometimiento
Es miento de par en par.
El que tiene no es el malo,
Pues tiene si quiere dar;
El malo es el que no tiene,
Con su arriedro y su Satan.
Ya solo el diablo está rico
Y nadie lo negará,
Pues todo está dado al diablo,
Y aun se hace de rogar.
Por ser cristiana y no vieja,
Me alegra el tribu de Dan;
Tú más vieja que cristiana,
En paganos puedes dar.

Visita de Alejandro á Diógenes, filósofo cínico.

ROMANCE LXIX.

En el retrete del mosto
Vecino de una tinaja,
Filósofo vendimiado,
Que para vivir te envasas.
Galápago de Alcorcon,
Porque el sol te dé en la cara,
Campando de caracol
Traes á cuestas tu posada.
Válgate el diablo por hombre,
Nos sé cómo te devanas,
Acostado en un puchero
El cuerpo y el sueño á gatas.
Pepita de un tinajero
No predicas alharacas
Contra pilastras y nichos
Y alquileres de las casas.
No saben de tí los vientos,
Porque les vuelves las ancas;
Y para mudar de pueblo,
Echándote á rodar, marchas.
Para mejorar de sitio,
Tu persona misma enjaguas;
Lo que ocupas, es alcoba,
Y lo que te sobra, salas.
Si te abrevias en cuclillas,
En el sótano te agachas;
Si te levantas en pié,
A tu desvan te levantas.
Ves aquí que viene á verte
El hidrópico monarca,
Que de bolillas de mundos
Se quiso hacer una sarta.
Aquel que gloton del orbe
Engulle por su garganta
Imperios como granuja
Y reinos como migajas.
Quien con cuernos de carnero
Guedejó su calabaza,
Y por ser hijo de Jove
Se quedó chozno de cabras.
El que tomaba igualmente
Las zorras y las murallas,
En cuya cholla arbolaron
Muchas azumbres las tazas.
Cátatele aquí vestido
Todo de labios de damas;

Esto es, de grana de Tiro
Si la copla no me manca.
Levanta la carantoña,
Que por el suelo te arrastra;
Mira la gomia del mundo,
Serenísima tarasca.
Era el mes de las moquitas,
Cuando saben bien las mantas,
Y cuando el sol á los pobres
Sirve de cachera y áscuas.
Diógenes, pues, que á sus rayos
Se despoblaba las calzas
De los puntos comedores,
Que estruja, si no los rasca,
Con unas uñas verdugas
Y con otras cadahalsas,
Aturdido del rumor
Que trae su carantamaula,
Volvió á mirarle, los ojos
Emboscados en dos cardas,
Y pobladas sus mejillas
De enfundaduras de bragas.
De un cubo se viste loba,
Y de dos colmenas mangas;
Limpias de sastre y de tienda,
Como de polvo y de paja.
Una montera de greña
Era coroza á su caspa,
En el color y en lo yerto,
Juntos erizo y castaña.
Por lo espeso y por lo sucio,
Cabellera que se vacia;
Melena de entre once y doce,
Con peligros de ventana.
Miró de piés á cabeza
La magnífica fantasma,
Y preciándole en lo mismo
Que si el rey Pelico baila;
Y sin chistar ni mistar
Ni decirle una palabra,
Formando con las narices
El gandujado de caca,
Al sol volvió el *coram vobis*,
Y al emperador las nalgas,
Con muy poca cortesía,
Aunque con mucha crianza.
Era Alejandro un mocito
A manera de la hampa,
Muy menudo de facciones
Y muy gótico de espaldas.
Barba de cola de pez
En alcance de garnacha,
Y la boca de amufar
Con bigotes de jarama.
La mollera en escabeche,
Con un laurel que la calza,
Y para las amazonas
Con bríndis de piernas zambas.
El vestido era un injerto
De cachondas y botargas,
Pintiparado al que vemos
En tapices y medallas.
Púsose de frente á frente
De la mal formada cuadra,
Y dejándola á la sombra
Sus purpúreas hopalandas,
Le dijo: Cínico amigo,
Lo que quisieres demanda,
Pide sin ton y sin son,
Pues que ni tañes ni bailas.
Yo soy quien para vestirse
Toda la region mundana,
Por estrecha la acuchillo
Y al cielo le pido ensanchas.
Pide, porque aun siendo dueña,
Te pudiera dejar harta;
Y aun si fueras cien legiones
De tias y de cuñadas.
Diógenes, que no habia sido
Sacaliña ni demanda,
Agente ni embestidor,
Ni buscona cortesana,
Respondió: lo que te pido,
Es, que volviéndote al Asia,
El sol que no puedes darme,
No me le quiten tus faldas.
Nadie me envidia la mugre,
Como á tí el oro y la plata;
En la tinaja me sobra
Y en todo el mundo te falta.

Mi hambre no cuesta vidas
Al viento, al bosque ó al agua;
Tú, matando cuanto vive,
Sola tu hambre no matas.
Para dormir son mejores
Estas yerbas que esas lanzas;
A todos mandas, y á tí
Tus desatinos te mandan.
Pocos temen mis concomios,
Muchos tiemblan tus escuadras;
Déjame con mi barreño
Y vete con tus tiaras.
Que yo, vestido de un tiesto,
Doy dos higas á la Parca,
Pues tengo en él sepultura,
Despues que palacio y capa.
Tiende redes por el mundo,
Mientras yo tiendo la raspa,
Que en cas de las calaveras
Ambos las tendremos calvas.
El veneno no conoce
Las naturales viandas;
Vete á morir en la mesa
Y á vivir en las batallas.
El no tener lisongeros
Lo debo al no tener blanca,
Y si no tengo tus joyas,
Tampoco tengo tus ánsias.
Como yo me espulgo, puedes,
Si alguna razon alcanzas,
Espulgarte las orejas
De chismes y de alabanzas.
Y adios, que mudo de barrio,
Que tu vecindad me cansa,
Y echó á rodar su edificio
A coces y á manotadas.
Oyólo Alejandro Magno,
Y recalcado en sus gambas,
Muy ponderado de hocico,
Más apotema que chanza,
Dijo: A no ser Alejandro,
Quisiera tener el alma
De Diógenes, y mis reinos
Diera yo por sus lagañas.
Los amenes de los reyes
Dijeron á voces altas:
Lindo dicho. Y era el dicho
Trocar el cetro á cazcarrias.
Quedóse el piojoso á solas,
Y el magno se fué en volandas;
Si Dios la otorgara el trueco,
Allí viera Dios las trampas.

Desengañada esclamacion á la fortuna.

ROMANCE LXX.

Fortunilla, fortunilla,
Cotorrerica de fama,
Pues con todos los nacidos
Te echas y te levantas.
Bestia de noria, que ciega
Con los arcaduces andas,
Y en vaciándolos, los llenas,
Y en llenándolos, los vacias.
Bola de juego de bolos,
Que la soberbia dispara,
Pues solo á derribar tiras,
Y cuanto derribas ganas.
Molino que á pocas vueltas
Lo más granado quebrantas,
Sin saber hacer salvado,
Ni con viento ni con agua.
Escribanito lampiño,
Que vives del hacer causas,
Cargado de tinta y plumas,
Que ya absuelven y ya matan.
Tú, que de dar perros muertos
A los ambiciosos, campas;
Que aullan cuando prometes,
Y al tiempo de cumplir rabian.
Las mulitas de alquiler
De tí aprendieron á falsas,
Pues á quien llevas encima
Le derribas y le arrastras.

Por maestra de danzar
Te conocen en España,
Pues haces el son á todos
Y vives de las mudanzas.
¡Qué de volatines veo,
Que por tus cordeles andan,
Y han de tener el pescuezo
En donde tienen las plantas!
Tal vez forjas melon rico
De pepita calabaza;
Si no madura, le cuelgas,
Y si madura, le calas.
De tantos piés y cabezas
Como quitas ó resbalas,
Tu infinita pepitoria,
¿A que sábado la aguardas?
Ratonera de ambiciosos
Eres tambien, pues los cazas,
Dando paso para que entren,
Y puas porque no salgan.
Yo asirme quiero á la tierra
Y vivir entre las plantas;
Quien de granizo presume,
Por nubes y truenos vaya.
No me has de hacer en creyentes
Que pueden volar mis zancas,
Que son mis juanetes plumas,
Que son mis muletas alas.
Tus puestos dalos á otro
Cerrado menos de barba,
Que los que son puestos hoy,
Serán quitados mañana.
Tus estados son de pozo,
Pues de soga se acompañan;
Yo no me meto en honduras,
Vete á marquesar á Jauja.
Siempre estás en tu costumbre,
Llenas de sangre las faldas,
Y con ser esto ordinario,
No hay mes que no tengas falta.
De sacar de juicio á tantos,
No me dirás lo que sacas,
Hija bastarda del martes,
Más triste y más aciaga.
Mis tropezones me cuesta
El andar á tus espaldas,
Y tus sendas me dejaron
Arrepentido de patas.
Si fueras casamentero,
No tuvieras tan mal alma,
Pues concertaras al fin
Lo que á la fin desbaratas.
Eres gusano de seda,
Tú, que los favores labras,
Y para vestir á otros
Te entierras y te amortajas. (1)
El balido que cordero,
Alguna vez mojigatas,
Aforrado está en leon,
Sus propios balidos brama,
Arrastrar como culebra
Defiende, si no descansa,
Que andar enredando techos
Es propio de las arañas.
El que mira lo pasado,
Con miedo las dichas palpa;
Quien bajar quisiere en pié,
Ande por la cumbre á gatas.
Aquellos ilustres necios
Que creyeron tus palabras,
Entristecen las historias
Y la memoria nos manchan,
Muy preciada de degüellos,
Escarmientos desenvainas,
Que espantan y no aprovechan,
Si es que alguna vez espantan.
A quien te sigue, despeñas;
A quien te escoge, descartas;
A quien te estima, aborreces:
A los que te creen, engañas.
Vete á ser torno de monjas,
Hazte veleta ó giralda;
Que si te van conociendo,
No has de poder hacer baza,
Y pues que con vueltas y uñas
Ya engarrotas y ya arañas,

(1) «Cuando de la ruina de un poderoso otro se levanta.»

UNIVERSIDAD DE MURCIA FACULTAD DERECHO

Gradúate de demonio
O quédate para carda.
Guardaos de la borracha
Vieja y embustidora,
Que va dando traspiés por donde pasa
Y se le anda alrededor la casa.

Sucesos de un religioso proveido aviesamente, aunque electo ya obispo.

ROMANCE LXXI.

Monseñor, sea para bien
El haberos proveido,
A la cámara se debe,
Y ayudaros los amigos.
El envidioso que dice
Que ya no estás de servicio,
Ni sabe vuestro suceso,
Ni huele vuestro destino.
Vanidad y no caida
Tanto cardenal ha sido,
Pues os hallais consistorio
Y fuístes quidam obispo.
Hacer sus necesidades
Debe todo buen ministro,
Que los grandes sacerdotes
Nunca hicieron edificios.
Entre culebra y pastor
Equivocásteis los silbos,
Que si llamaron ovejas
Os juntaron palominos.
Vigilante enfermedad
De puro Antistes os vino,
Pues por no cerrar el ojo
Tuvísteis tanto peligro.
El ama, cuando lo vió,
Llorando á cántaros, dijo:
Como buen obispo vela,
Y aun campar puede de cirio.
Vuestros servicios os valen,
Sois propio pastor de apriscos;
Bien mostrais que los pecados
Os tienen, señor, ahito.
Asco dá, no devocion,
(Estimad aqueste aviso)
Quien en su servicio muere
Y no en el de Jesucristo.
Pues sois hombre de correa,
De este parabien prolijo
No os corran las advertencias,
Aunque de correncia han sido.

Pintura de la mujer de un abogado, abogada ella del demonio.

ROMANCE LXXII.

Viejecita á redro vayas,
Donde sirva por lo lindo
A San Anton esa cara
De tentacion y cochino,
Quien mira tan aliñado
Ese magro frontispicio,
Por maya de los difuntos
Te cantará villancicos.
Doña Momia sin ser carne,
Cecina del otro siglo,
Cuerpo zurcido de cuartos
Quitados de Peralvillo.
Muchos años de tarasca
En pocos meses de mico,
Vieja, vida perdurable,
Calaverazo infinito.
Responso sobre chapines,
Alma en pena con soplillo,
Zarpa antoñona fiambre,
Mancebita de abinicio.
Erutilla del ataud,
De quien dicen los veciños,
Que el juez de los cementerios
Anda tras tí dando gritos.

Si sacaras por las calles
Guadaña por abanico,
Por el *miren lo que somos*
Te hablaran los monacillos.
Cara de aldabon en puerta,
Carantoña de poquito,
Carantamaula en enredos,
Carátula en regocijos.
Cara forjada en encella,
Segun arrugas atisbo,
Muesca de planta de pié,
Suelo de queso de Pinto.
No cara, sino Caron,
El barquero del abismo,
De la capacha del diablo
Andadera de espartillo.
El cabello como el don,
Para no decir postizo,
Negro de él, pues acompaña
Dentro en Sevilla á Calvino.
Frente, cáscara de nuez,
Que ha profesado de gimio,
Dos ojos de vendimiar
En dos cuévanos metidos.
Mozas de fregar por niñas,
Sin gloria y sin luz dos limbos,
Para tienda á mercaderes
Ojera de lindo sitio.
Nariz, á cuyas ventanas
Está siempre el romadizo,
Muy jugueton de moquita,
Columpiándose en el pico.
Cuantos á boca de noche
Aguardan sus enemigos,
A la orilla de tus labios
Aciertan hora y camino.
El diente, que viene á ser
El tronco de ovas vestido,
Y los raigones tras él,
Diciendo, aquí fué colmillo.
Quijada de pié de cruz,
Donde el hueso fugitivo
Dejó casas de panal,
Y por muelas orificios.
Barba, que con la nariz
Se junta á dar un pellizco;
Sueño de Bosco con tocas,
Rostro de impresion del grifo.
Vision cecial detestable,
Rellena de cocodrilos,
Aspaviento ya carroño,
Mandrágula con zollipo.
Vete á fundar marimantas
A las orillas del Nilo,
O á empezar otra cuaresma,
Como Miércoles Corvillo.
Aparécete al que muere,
Que con gesto tan precito,
Te pasarán por el diablo
Los postreros parasismos.
Doncella del Alquitarte,
Vete á dar con el hocico
Hojaldre á las cataratas
Del ojo del enemigo.
Serrana de Tagarete,
Si no es que se afrente él mismo,
Que siendo arroyo de bien,
No querrá dar asco al rio.
Cohete con ropa limpia
Me pareces los domingos,
O el ánima condenada
Con tus facciones delitos.
Por auténtica en Simancas
Te está pidiendo el archivo,
Más pasada que años há,
Más escurrida que el vino.
Fuíste despabiladeras
En casa de algun morisco,
Porque el tufo y el color
Se presentan por testigos.
Bien haya quien te juntó
Con tan añejo marido,
Donde la mugre y la caspa
Se pueden llamar de primos.
Cuando miro al licenciado,
De solo verle me pringo;
¿Qué haré si atisbo tu cara
Con su grasilla de cisco?
Considérote desnuda,
Andando sobre dos hilos,

Esqueleto en camison,
Fantasma con dominguillos.
Si tú te hicieras preñada,
Se engendrara algun Vestiglo;
Si no es que en vieja de un churro
Se fraguase el Antecristo.
Quién os pudiera acechar,
Cuando tras llamaros hijos
Os besais, donde los besos
Son un choque de servicios.
Cuando tu *memento homo*
Te almohazas con tu erizo,
Y dos en hueso, no en carne,
Sois los siglos de los siglos.
Mas yo me parto á buscar
Quien conjure basiliscos,
Por si á sacaros del mundo
Pueden valer exorcismos.

Censura costumbres y las propiedades de algunas naciones.

ROMANCE LXXIII.

CANSADO estoy de la corte,
Que tiene en breve confin
Buen cielo, malas ausencias,
Poco amor, mucho alguacil.
Ahito me tiene España,
Provincia si antes feliz,
Hoy tan trocada, que trajes
Cuida y olvida la lid.
No quiero ver ciertos godos
Muy puestos á concebir,
Que trampeando la barba
La desmienten con barniz.
Doncellas que en un instante
Hilarán á su candil
Con su huso y su costumbre
El cerro de Potosí.
Casadas, que en la partida
Del marido becerril,
A los partos y á los medos
Cubren con el faldellin.
Maridito medicina,
Que con ingénio sutil
Se retira cuando quiere
Chupar humor para sí.
Contra bolsa remontada
Ver de un tintero civil,
Salir la volatería
De tanta pluma neblí.
Un abogado que quiere
Por barbado corregir;
Con más zalea que leyes,
Menos textos que nariz.
Muy cordon y muy rosario
Un ropero Malgesí;
Tercero, que por un cuarto
Será segundo Caín.
Una niña concebida
En original pedir,
Para quien muere gusano,
Para quien vive arestin.
Un obligado de aceite,
Que antaño fué volatin,
Y ya regidor lechuza
Se llama Don Belianis.
Ver al doctor Parce-mihi,
Pestilencia de ormesí,
Fabricando calaveras
A puro Sen y Pugin.
Al resuello de la cárcel,
Al bao del perseguir,
Hecho siempre Juan de espera,
No en Dios, sino en corchapin.
No quiero ver la viuda
Entre cuaresma y mongil,
Hacer las tocas manteles
Y el plato de su vivir.
Una vieja sempiterna,
Calavera carmesí,
Con más nietos que cabellos,
Orejon dado matiz.
Ver arremedar privanzas
Un hablador y un malsin,

Encajando el despachamos
Y un poco de Arosteguí.
Más lana hubiera en Segovia
Si desquilara Madrid
Los petos y pantorrillas
De galan tanto arlequin.
Con la barriga á la boca,
Anda en dias de parir;
Y sus tripas de pelota,
Todo jubon varonil.
¿Un genovés á caballo,
Quién le ha de poder sufrir,
Más guarismo que ginete,
Aunque lleve borceguí?
Harto de ser castellano,
Desde el dia en que nací,
Quisiera ser otra cosa
Por remudar de pais.
Si no mirara adelante,
Ya me hiciera florentin,
Que el tener sangre en el ojo
Es calidad de por sí.
Fuera aleman ó tudesco,
¿Mas de qué puede servir?
Que ya los brindis de Tajo
No le deben nada el Rin.
Sed á sed los españoles
Aguardaremos al Cid,
Que á pié bebemos á Toro
Y á Caballo á San Martin.
Ser inglés, no añade nada
A nuestro ciego vivir,
Que la fé de las mujeres
Es ya Lutero y Calvin.
Franceses son por la vida
Mis huesos de Anton Martin,
Mas mi flor es la del berro,
Antes que la flor de lis.
Todo hoy ministro es Turquía
En el español zenit,
Donde el zancarron se adora
Y tiene templo y atril.
A tener alma melosa,
Fuera portugués Machin,
Por hartarme de bayeta
Y para dar que reir.
Mas no quiero llorar muerto
Al rey valiente é infeliz,
Que de guitarra en guitarra
Quiso llegar al Sofí.
Pero ya estoy antojado
De irme á Galicia á vivir,
Por emplear en Lugares
Catorce maravedís.
Tierra, donde el sol influye
Esportillos y mandil;
A todo ventero mozas,
Ayos á todo rocin.
En donde cuatro vasallos
Valen un maravedí,
Y es ajuar de titulado
Sardesco, choza y mastin.
En donde, como el tocino,
Anda el hidalgo en pernil;
Ellos cargados de barba,
Ellas tomadas de orin.
Region copiosa de pueblos,
Pues en medio celemin
Parten términos un grajo,
Dos señores y una vid.
Tierra donde las doncellas
Llaman hígado al rubí,
Y andan hechas San Antones
Con su fuego y su gorrin.
En donde las regaladas
Llevan su cuerpo gentil
En talegos, como cuartos
Huyendo del caniquí.
Muy góticas de facciones
Y de pelo muy espin;
Virginidades monteses
Aman á lo jabalí.
Pero como fuere sea,
Pues Santiago quedó allí,
No debe de ser Galicia
De todo punto ruin.
Ribadabia, mi garganta
La tengo ofrecida á tí,
Por el San Blas de sus secas,
Sin humedades del Sil.

Si á mal me lo tienen todos,
Y bien, ¿qué se me dá á mí?
Quien antes quiere ser chinche
Alto á no dejar dormir.

Consultacion de los gatos, en cuya figura tambien se castigan costumbres y aruños.

ROMANCE LXXIV.

Debe de haber ocho dias,
Aminta, que en tu tejado,
Se juntaron á cabildo
Grande cantidad de gatos.
Y despues que por su órden
En las tejas se sentaron,
Puestos en los caballetes
Los más viejos y más canos,
Los negros á mano izquierda,
Y á la derecha los blancos,
Tras un silencio profundo,
Que no se oyó mio ni miao.
A la sombra de un humero
Se puso un gato romano,
Tan aguileño de uñas,
Cuanto de narices chato.
Quiso hablar, mas replicóle
Otro de unos escribanos,
Diciendo se le debia,
Porque era gato de gatos.
Un gatillo de unos sastres
Se le opuso por sus amos,
Y fueron Toledo y Búrgos
De las cortes de los cacos.
Váyase aguja por pluma
Y por renglones retazos,
El dedal por el tintero,
Las puntadas por los rasgos.
El archigato mandó
Que enmudeciesen entrambos,
Por ahorrar de mentiras
Y de testimonios falsos.
Tras los dos, caridoliente,
Por ladron desorejado,
Un gato de un pupilaje
Se quejó de sus trabajos.
La hambre de cada dia
Me tiene tan amolado,
Que soy punzon en el talle
Y sierra en el espinazo.
Soy penitente en comer
Y disciplinante á ratos;
Pues, ó cómo con mis uñas,
O de hambre me las masco.
Y sé deciros, por cierto,
Que debe de haber un año,
Que á puros huesos mis tripas
Se introducen en osario.
¿Qué mucho es eso? aquí dijo
Un gatillo negro y manco,
Que tras una longaniza
Perdió un ojo entre muchachos.
Desdichado del que vive
Por la mano de un letrado,
Que me funda el no comer
En los Bártulos y Baldos.
Pues de puro engullir letras
Mi estómago es cartapacio,
Y á poder de pergaminos
Tengo el vientre encuadernado.
Hablemos todos, replica
Un gato zurdo y marcado,
Con un chirlo por la cara,
Sobre cierto asadorazo.
Un mercader me dió en suerte
La violencia de mis astros,
Que es más gato que yo propio,
Pues vive de dar gatazos.
Y por la vara en que mide
Ha venido á trepar tanto,
Que se ha subido á las nubes
Para que lo lleve el diablo.
Mejor gatea que yo
Y regatea por ambos;

A lo ajeno dice *mio*,
Que es el mí de nuestro canto.
En cuanto á comer, bien cómo,
Mas cuéstame cara y caro,
Pues de las varas que hurta,
A mí me dá el diezmo en palos.
Sin ser bellota ni encina,
Mi cuerpo está vareado,
Y sin ser gato de algalia,
Azotes me tienen flaco.
Doliéronse todos de él,
Y el triste quedó llorando,
Cuando un gato gentil hombre,
De buena presencia y manos,
Suspirando á su manera,
Dijo tras sollozos largos:
Yo soy un gato de bien,
Aunque soy bien desgraciado.
A puro barrer sartenes
He perdido los mostachos,
Que la hambre de mi casa
Me fuerza andar mendigando.
En cas de un rico avariento
Penitente vida paso,
Sábenlo Dios y mis tripas
Y los vecinos que asalto.
No me dá jamás castigo,
Solo tengo ese regalo;
Aunque yo sospecho de él,
Que por no dar no me ha dado.
Hoy porque pesqué un mendrugo
Me dijo: no hacerte andrajos,
Agradécelo á tu cuero,
Que para bolson le guardo.
Ved si espero buena suerte;
Mas al punto cabizbajo,
Desjarretada una pierna,
Boquituerto y ojizaino;
Uno de los más prudentes
Que jamás lamieron platos,
De los de mejor maullo
Y más diestro en el araño,
Oid mis sucesos, dijo,
Y atended á mis cuidados,
Pues hablando con respeto,
Con un pastelero campo.
Un mes há que estoy con él,
Y hánme dicho no sé cuántos,
Como mis antecesores
Han parado en los de á cuatro.
Quien los comió, por mi cuenta
Se halló en la de *mazagatos*,
El carnero *moscovita*
De los toros de *Guisando*.
Y el no venderme muy presto
Lo tendrán á gran milagro,
Que lo que es gato por liebre
Siempre lo vendió en su trato.
Pastel hubo, que aruñó
Al que le estaba mascando;
Y carne que oyendo *zape*
Saltó cubierta del caldo.
Atajóle las razones
Otro, á quien dió cierto braco
Tantos bocados un dia,
Que le dejó medio calvo.
Este vino con muletas,
Que por rascar cierto ganso,
Dió en manos de un despensero,
Y dieron en él sus manos.
Llegó con un tocador,
Oliendo á ungüento y ruibarbo,
Y dijo, chillando triste,
Y hablando un poco delgado:
Tened compasion, señores,
De mis turbulentos casos,
Pues ha permitido el cielo
Que sirviese á un boticario.
Bebí ayer, que fuí goloso,
No sé qué purga ó brebajo,
Y tuve, sin ser posada,
Más cámaras que palacio.
Tampoco yo me sustento,
Como otros, de lo que cazo;
Porque con recetas mata
Los ratones cuatro á cuatro.
Poco ayudan, en efecto,
A mi buche esos gazapos;
Pero en casa hay más ayudas
Buenas para los hartazgos.

No bien acabó sus lloros,
Cuando un gato afrisonado,
Que hace la santa vida
En un refectorio santo,
Con seis dedos de tozuelo,
Más cola que un arcediano,
Les dijo aquestas razones,
Condolido de escucharlos:
Despues que yo dejé el mundo,
Y entre bienaventurados
Vivo, haciendo penitencia,
Tengo paz y duermo harto.
Ya conoceis nuestra vida
Cuán cortos tienen los plazos,
Que vivos nos comen perros,
Y difuntos los cristianos.
Que tres piés de un muladar
Nos suelen venir muy anchos,
Y que de esta vida pobre
Aun el cuero no llevamos.
Cuál nos encierra con trampas,
Cuál gusta vernos en lazo,
Cual nos abrasa en cohetes,
Sin hacer á nadie agravio.
Y lo que aun más nos ayuda
A que nos maten temprano,
Es el parecer conejos
En estando desollados.
Busquemos si hay otro mundo,
Porque en este que alcanzamos,
Son gatos cuantos le viven
En sus oficios y cargos.
El sastre y el zapatero,
Ya cosiendo ó remendando,
El uno es gato de cuero
Y el otro de seda y paño.
Con un alguacil estuve
Antes que tomara estado,
Y al nombre de gato mio
Solia responder mi amo.
El juez es gato real,
Cual si fuera papagayo;
No hay mujer que no lo sea,
En materia del agarro.
Imitadme todos juntos,
Pues que ya os imitan tantos,
Meteos cual yo en religion,
Y vivireis prebendados.
Cobra amor el refectorio
Y cumplid el noviciado,
Que se os lucirá en el pelo,
Pues le luce á vuestro hermano.
Póngase remedio en todo,
Dijo; mas sin sospecharlo,
Traido de cierto olor,
Dió con la junta un alano.
Todos á huir se pusieron
Con el nuevo sobresalto,
Y en diferentes gateras
Se escondieron espantados.
Lamentando iban del mundo
Los peligros y embarazos,
Que aun de las tejas arriba
No pueden hallar descanso.

Itinerario de Madrid á su Torre.

ROMANCE LXXV.

De ese famoso lugar,
Que es pepitoria del mundo,
En donde piés y cabezas
Todo está revuelto y junto,
Salí, señor, á la hora
Que ya el sol mascaron rubio,
De su caraza risueña
Mostraba el primer mendrugo.
Iba en escote mi haca,
A quien tal nombre se puso,
Porque se parece al mismo
En lo sutil y lo agudo.
Llegué á Toledo, y posé,
Contra la ley y estatutos,
Siendo poeta en meson,
Habiendo casa de Nuncio.

Ví una ciudad de puntillas
Y fabricada en un uso,
Que si en ella bajo, ruedo,
Y trepo en ella, si subo.
Ví el artificio espetera,
Pues en tantos cazos pudo
Mecer el agua Juanelo,
Como si fuera en columpios.
Flamenco dicen que fué
Y sorbedor de lo puro;
Muy mal con el agua estaba,
Que en tal trabajo la puso.
Ví en procesion de terceros
Ensartado todo el vulgo,
Y si yo comprara algo
No hallara bueno ninguno.
En fin, la imperial Toledo
Se ha vuelto por mudar rumbo,
República de botargas,
En donde todos son justos.
Ví la puerta del Cambron,
Que á lo que yo me barrunto,
Si llega á faltar la eme
Fuera una puerta de muchos.
Al fin salí de Toledo
Para la Mancha confuso,
Cuando el alba llora duelos,
Gime los egidos mustios.
En esta tierra el verano
Va hecho un picario sucio,
Sin árboles y sin flores
Que aun no se haria de juncos.
Allí primavera ahorra
Lo que en Madrid gasta á bulto;
Anda Abril lleno de andrajos,
Y el propio Mayo desnudo.
Partí desde aquí derecho,
Antes sospecho que zurdo,
A Segura de la Sierra,
Que es un corcovo del mundo.
Los vecinos de este pueblo
Viven todo el año juntos;
Y un mes batido con otro,
Gozan á Diciembre en Junio,
Las viñas, para no helarse,
Tienen los meses adustos,
A las cepas con cacheras,
Con tocadores los grumos.
Es gusto ver un castaño,
De miedo de los diluvios,
Con su fieltro y su gaban
Por agosto muy ceñudo.
Un peral con sabañones,
Cuando en Aranjuez maduros,
Recelando que los rapen,
Ya ha puesto en cobro su fruto.
De aquí volví á mis estados,
Este sí que es lindo punto,
Pues me mido como pozo,
Y aun de esos no tendré mucho.
Aquí cobro enfermedades,
Que no rentas ni tributos;
Y mando todos mis miembros,
Y aun de estos no mando algunos.
De Madrid salí y de juicio,
Y sin dinero y sin gusto,
Vuelvo triste y enlutado,
Como misa de difuntos.

Fiesta de toros, literal y alegórica.

ROMANCE LXXVI.

Estábame en casa yo,
Tan pedido de ventanas,
Que aun las dos de las narices
Hube tambien de negarlas.
Apelaron á terrado
Doña Inés y doña Rapia,
Mas de las tejas arriba
No soy amigo de gracias.
Yo me estaba negativo
Entre las dos renegadas,
Agazapando el ahorro,
Con no hay en el mundo blanca.

Fuéronse diciendo verbos,
Si entraron diciendo dacas,
Cuando á las dos de la tarde
Un cierto albañil de masa,
Que al encierro habia salido
Con otros por la mañana,
De la carne y de los huesos
A recoger la garrama,
Relator de sus lleguéme,
Y el topeton por las ancas,
Alegando en su favor
Los bufidos por cornadas,
Mi calle alborotó á gritos,
Algo fiambre de vara,
Y muy mandon de los reyes,
Dijo: ya los reyes tardan.
Yo mandé poner mi coche
A quien mis amigos llaman
Coche, que fué tabaquera,
Dedal que de coche campa.
Entré en él con calzador,
Y para cuando de él salga,
Me llevé mi sacatrapos,
Con licencia de las balas.
Como velilla en linterna
Me fuí derecho á la plaza,
Al tiempo que á coscorrones
Tocaban las alabardas.
Ví montones de letrados
Recogiendo en hopalandas
Plazas, de las que decian,
Al hacer lugar las guardas.
Iba el rey nuestro señor
Con su talle y con su cara,
Repitiendo hasta el hermoso
Los Felipes de su casta.
Lleva el segundo en el seso,
Lleva el tercero en el alma,
Y en el cuarto lleva el quinto
En victorias que le aguardan.
Dije, no sé si lo oyó,
Glorioso Leon de España,
No tienes para un pellizco
En cien mil fardos de Holanda.
Si en Italia los franceses
Ya volvieron las espaldas
A los graznidos de un ganso, (1)
¿Dónde pararán si bramas?
A Fernando y Cárlos ví,
Hermanos de tal monarca,
A Fernando toca el santo,
A Cárlos tocan el arma.
Lo colorado que el uno
En los ferreruelos gasta,
A su hermano ofrece el otro
En asaltos y batallas. (2)
Luego los caballerizos,
Que como escribanos llaman
Del número, por ser muchos,
Iban madurando hacas.
La reina, nuestra señora,
Hizo al dia mucha falta,
Flor de la Lis, (3) que reduce
El pleito en rumor de Italia.
Abultada de promesas
De un príncipe, queda en casa
Por quien ha de dar albricias
Belen y la Casa Santa.
No ví á la reina de Hungría,
Sol que se lleva Alemania,
Para que prueben la vista
Los pájaros que la aguardan. (4)
Eché menos damas verdes
Entre algunas damas pasas,
Que llevan las lechuguillas
Con susto de tocas largas. (5)
Aun anda apriesa de aquellos
Que se borgoñan de habla,
Que vendimias llevan vivas,
Y de par en par la caspa.

---

(1) «Alude á los gansos que despertaron á los romanos en una invasion de los franceses.»
(2) «Es militar color lo colorado.»
(3) «Alude á la significacion latina.»
(4) «Las águilas.»
(5) Las damas antiguas en palacio suelen convertirse en dueñas.»

Le pregunté: ¿El conde duque
No atisba estas garambainas?
El conde, me respondió,
Se condenó por su patria
A privado, como á remo,
Sin suelo y sin alabanza,
De privados recoletos
Es fundador en España.
Entre juntas y consultas
La válida vida pasa,
Amohecido de audiencias
Y el gusto con telarañas.
Estaráse ahora solo
Contemplativo de Francia,
Militando allá en su juicio
Con Nevers y con Holanda.
Yo, que maldito de todos
Andaba de verle á caza,
Por gozar la ocasion fuí,
Como dicen, en volandas.
Llegué á palacio corriendo,
Y salí de mi canasta
Sin comadre, que no hay bulto
Que al salir no le malpara.
La puerta hallé descansando
De los que por ella saltan,
Y á un solo galan diciendo,
Miren lo que son las damas.
Estaba palacio mudo
Sin suspiros ni palabras,
Ni dosel rebulle audiencia,
Ni procurador garnacha.
Llegué á la puerta del conde
Con torpe desconfianza,
Templé, como pretendiente,
La sumision y las chanzas.
Con un silencio podrido
Al portero entre unas tablas,
Echado le ví por puertas,
Cuando todos se solazan.
Topé á Simon, [1] á quien dicen
Mago, los que no le hallan,
Ayuda, los que entran luego,
Leproso, los que no hablan.
Luego ví, por Jesucristo,
Que parecia patraña;
Mas tenga el conde paciencia,
Que ya mi lengua se vacia.
Perdí toros, y ví encierros
En la soledad que gasta;
Y entre él y los pretendientes
Gocé de toros y cañas.
El protonotario entró
Como diestro cara á cara,
Y luego rompió en el conde
Sesenta pliegos de cartas.
Tras él entró con lacayos
El Espinola, que trata
De romper á los franceses
Con solo el baston que manda.
Y sobre el ir y quedar,
Por más que el soneto rabia, [2]
Hizo fuerte, y sacó en limpio
Del encuentro á Piés de plata. [3]
De Mántua sale el marqués,
Los que le ven salir, cantan;
Y el marqués sale diciendo,
Yo le sacaré de Mántua.
La zuiza de una junta
En pareceres le aguarda;
Unos le atraviesan dudas,
Otros textos y demandas.
Un ministro con varilla
Torero de pasa pasa,
Contento, si no le hiere,
Que por lo menos le cansa.
El, que no quiere caballos,
Joyas, riquezas ni nada,
Con solo el trabajo embiste,
Le sigue, y nunca descansa.
Privanzas he visto yo,
Dije, con la voz muy baja;

(1) Un portero del conde-duque.»
(2) «Alude al soneto del conde Salinas. *Ir y quedarse, etc.*
(3) «Nombre que finge de caballo aludiendo á la limpieza de interés del marqués de Espinola.»

Mas esta tiene en martirios
Los fondos de la privanza.
Los pretendientes de á pié
A puras capas le llaman;
Mas él no quiere capeos,
Ni gusta de quitar capas.
Un toreador de Toledo,
Memorial de cuanto vaca,
Quejoso de cuanto dan,
Carcoma de cuanto mandan;
En bestia de antojos suyos
Le puso luego por lanza
Consecuencias, que sonó,
Y méritos que se achaca.
No quedó, todo lo pide,
Que no le arrojase trampa,
Ni soldado, ni quejoso
Que no clavase bravatas.
Viendo cómo se resiste
A persecuciones tantas,
Le soltaron por alanos
Embajadores que garlan.
De Saboya son los dogos
Más feroces que de Irlanda;
En él hicieron tres presas
Que el cerviguillo le arrastran.
Acogotado le tienen
Con lo que muerden y ladran,
Para que les desjarreten
Los que de miedo se apartan.
Pretendientes de vizconde
Con abuelos de guadañas,
A puros antepasados
No hay hueso que no le partan.
Cuando le ví de este modo,
Animo, dije á las zancas,
Rejones son las muletas,
Mis dientes serán navajas.
Más de dos horas estuve
Entre la demás canalla,
Haciéndole relaciones,
Que es lo mismo que tajadas.
Dos sogas de secretarios,
Que con decretos le enlazan,
Le arrastraron, porque al pobre
Obligaciones le arrastran.
Si es aullo ó si es balido,
Si en el cargo tiene carga,
Con su audiencia se lo coma,
Pues tiene la hiel por salsa.
Más mancilla he de vos, conde,
Cuando miro vuestras plagas,
Que envidia, porque á la envidia
Calamidades la amargan.
Esta es la vida que tiene,
Este el séquito que alcanza,
Si alguno se lo codicia,
Que mal provecho le haga.

Segunda parte de Marica en el hospital.

ROMANCE LXXVII.

A Marica, la chupona,
Las goteras de su cama
Le metieron la salud
A la venta de la zarza.
Es moza, mas de caballos
Ingleses de mala casta,
Por los relinchos dolientes,
Y por las cernejas plagas.
Ningun ginete de tantos
Como ha tenido la llama
Manda potros, y dá pocos,
Aunque no cumple palabra.
Parece, pues, que anduvieron
(Su tono oyendo y su habla)
Las gangas á caza de ella,
Como ella á caza de gangas.
Su casco es terciopelado,
Pues tercera vez la rapa
Tonsura de Anton Martin
Monsiurísima navaja.
Fué Don Crispin Garabía
Bribon de sopa de panza,

Tan su amante, que por ella
Se las pela y son las barbas.
Sin otros melindres, tiene
La nariz escarolada,
Por falta de las ternillas
Hechas balcon las ventanas.
Sobre quién las pegó á quién,
Ahí de podridos andan:
El con humores gabacho,
Y ella Lázaro con llagas.
Condenados tiene á dos
A circuncision cristiana,
Con lamparones de abajo
De Caramanchel de Francia.
Dicen que el signo de Cáncer
El apatusco la masca,
Y á melon se le condena,
Por no decir á tajadas.
Pues siempre se echó en mullido,
Y en echarse ha sido larga,
No ha perdido la salud,
Por corta ni mal echada.
Los reverendos jarabes,
Que de canónigos campan,
Por magistrales la tienen
Muy prebendada de bascas.
Más gomas que en las valonas
En sola su frente gasta,
Y dice que son chichones,
Cayendo siempre de espaldas.
Ayer se descalabró
Las muelas en unas pasas,
Y en un bizcocho sus dientes
Como en pantano se atascan.
La vida de esta pobreta
Ha sido juego de damas,
Ocupada en tomar piezas
Andando de casa en casa.
Resfrióse de enfaldarse
Muy á menudo las sayas,
De cubrirse y descubrirse,
Siendo cosas tan contrarias.
A la opilacion se acoge
Porque no la den matraca,
Y es verdad, que se opiló
De comer tierra con bragas.
Jura que ha de poner tienda
De achaques si se levanta;
Ojo avizor, que hallarán
Al primer tapon zurrapas.

Recógese un jaque á pretender viejas, y una tronga se levanta á dama de porte.

ROMANCE LXXVIII.

Villobres con Guirindaina,
Que ya por linda ha venido
A encaramarse de moño,
Y á hidalgarse de apetito.
Así garlaba atufado
De su tabaco y su vino,
Cuando ella mirlada hacia
Ascos torciendo el hocico.
Digo, seora Guirindaina,
Que ya en sus toldos atisbo,
Que por quietar mi conciencia,
Me importa mudar de hito.
Mujer moza es mucho gasto
Para envergonzante lindo;
Marzo la quiero, no abril,
Que cuente cincuenta y cinco.
Quiero ser pecaviejero,
Y tenerlo por oficio;
Mejor es hueso con gajes,
Que *ad honorem* veinticinco.
En selva de quitañonas,
Con su fecha de abinicio,
Condenaré á los profundos
De una dueña mi capricho.
Estas guardan caldo viejo,
Y sus mangas son archivo
De repulgos de empanadas
Y de andrajos de tocino.
Mas lo que llevo muy mal,
Es que se olvide abarrisco,

De cuando eran mis pedazos
Su presuncion y su abrigo.
Y que hoy me venda por otros
Sus compradores postizos,
Que metan por tripularla
Mañana mil caramillos.
Y hagamos las dos un Judas,
Ella asida á los bolsillos
Con cien lazos, yo el ahorcado,
Con pedradas de los niños.
Su madre, que la sirvió
De esclava nuestros principios,
Mi señora la mayor
La apellidan sus meninos.
Y ella se olvida del trote,
Despues que D. Garabito,
Coche acá, coche acullá,
Requiebra de porquerizo.
Mas aunque vaya despacio,
Se acercará el agüelismo,
Y si la alcanzo de bubas,
Juntaremos zarza y gritos.
La tal, señoreando el gesto,
Engravedó el frontispicio,
Y hundiendo un poco la boca,
Tales palabras la dijo:
Villodres, todo se muda,
No es siempre el mundo uno mismo;
En la jábega se ocupan
Bergantes menos rollizos.
Mas si de mozos de sillas
Se aplicare al ejercicio,
Hermánese con mi negro,
Llevaránme blanco y tinto.
Y si retocando bolsas
Quiere vivir de pellizcos,
Y morir con el bozal
De campanillas del pino,
Aquí tendrá de mampuesto
Unos cuantos sacrificios,
Y en mí, y en señora madre,
Dos capellanes lampiños.
De todo lo que me acuerda
Es de lo que más me olvido,
Y esas cuentas atrasadas
Son cuentos de Calainos.

Calendario nuevo del año y fiestas que se guardan en Madrid.

ROMANCE LXXIX.

¿Quién me compra, caballeros,
Que es obra famosa y nueva,
Un calendario del año,
Que tienen las faltriqueras.
Aquí verán para el *Toma*
Los dias que son de fiesta,
Menguantes y conjunciones,
Del dinero y alcahuetas.
Enero con año nuevo
Toda la demanda empieza,
Allí se forjan los *dacas*
Y se fabrican los *prestas*.
Los tres reyes este mes,
Entre Herodes y las viejas,
Llevan á riesgo las vidas,
Traen á peligro la ofrenda.
Febrero, que en los orates
Del tiempo merece celda,
Deja de ser loco un dia,
Y de bellaco se precia.
Las gargantas de San Blas,
Con almuerzos y meriendas,
Son garrotillo del pobre,
Que lo paga y no lo prueba.
Marzo, para las mujeres,
Como un angelito empieza,
Y aunque es Angel de la Guarda,
No admiten lo que profesa.
Abril, juventud del año,
Que el bozo en sus flores muestra,
Ropero donde los mayos
Hallan cosida librea.
A puras rosas y flores,
No hay demonio que así huela,

Los *pidos* enerbolados
Matan el caudal con yerba.
Bolsas mueren de andadura
Por madrugar á las selvas;
Al acero dan las idas,
Toman el oro á las vueltas.
Mayo, que es el mes bonito,
Maya y aruña las fiestas,
Y el *eche mano á la bolsa*
Hace el dinero pendencia.
Gradúaste de manjar,
Niña con plato y con mesa,
Hoy mayas, mañana cazas,
No hay zape que no te venga.
Carda, en traje de escobilla,
En mi capa son sus cerdas,
A tí te lo digo, mota,
Oyelo tú, faltriquera.
Lo verde de Santiago
Dulces y coches me cuesta;
Para mí verde es el Santo,
Pero la salida negra.
Junio, con noche y mañana
De San Juan, bien nos la pega,
Si se cena allá en el Prado,
En el rio si se almuerza.
Julio, que parece bobo,
Es el mes que por las tiendas
Pide con mayor calor
Y demanda con más fuerza.
Este traidor vende el rio,
La que nada, mucho cuesta;
Ellas en agua se bañan,
Y en aguas tambien nos pescan.
Pedir cuarenta abanicos,
Por cosa de aire lo precian;
De aire son, pero de fuego
Serán si á mí me los llevan.
Buen agosto, buen agosto,
Pues que solo las enfermas
Y con uvas y melones
Al que se los compra vengas.
Tú, que á poder de tercianas
Las desmoñas, las destrenzas,
Y á la que vendió billetes
Haces que compre recetas;
Tú, que nos haces viudos
(El Señor te lo agradezca)
Y de mujer perdurable
Vas sotanando la iglesia;
Hazte fuerte, Agosto mio,
No des lugar á que venga
Setiembre, y á mes tan malo
Cierre el otoño la puerta.
Encarcavina su tufo,
Cargado viene de ferias,
Y el gran tropel de los *pidos*
Me confunde las orejas.
San Miguel, que guardes ruego
Las balanzas con que pesas,
Menos del diablo que hurta,
Que de las niñas que tientan.
Octubre, que mojigato
Se deshoja y se repela,
Con fin de invierno y verano,
Y umbral donde tienen treguas.
Tambien por lo gatomogi
Nos aruña, cuando llega,
Ya proveyendo cantinas,
Ya socorriendo despensas.
No es lo peor de Noviembre
Los sabañones y grietas;
Que más escuece una *Marta*,
Y más me come una felpa.
Como á colegio mayor
Le piden á un hombre beca,
Y en el brasero de erraj
Desde su casa se quema.
Diciembre con Navidad
Todas las páscuas refresca,
Y entre turron y aguinaldos
Cualquier dinero se abrevia.
Fiestas hay que por el año
A su gusto se pasean,
Caminando por los meses
Al paso de la Cuaresma.
A tí, Jueves de comadres,
¿Qué Paulina se te llega?
No hay amiga que no masque,
No hay criada que no muerda.

Tras quesadilla y roscon,
El gallo en Carnestolendas
Hace al revés de San Pedro,
Llorar lo que no se niega.
Si yo me muero, me olvidan,
Y si cumplo años, me cuelgan;
Si vengo, dicen ¿qué traigo?
Si voy, que lleve encomiendas.
Si he de vivir de estos años,
Dios me los quite de á cuestas,
Pues la edad que tenga de ellos
Será, aunque moza, muy vieja.
Yo no he vivido barato,
Ni mes que bien me parezca,
Sino los nueve en que el vientre
Me fué posada y despensa.

Matraca de las flores y la hortaliza.

ROMANCE LXXX.

ANTEAYER se dieron baya
Las flores y las legumbres,
Sobre váyanse á las ollas,
Sobre píntense de embuste.
Oyendo estaban la grita
Unos cipreses lugubres,
Con calzones marineros,
Que hasta el tobillo los cubre.
Un manzano muy preciado
De haber dado pesadumbre
A todo el género humano
Y pobládole de cruces.
En cuclillas un romero,
Mata de buenas costumbres,
La beata de los campos,
Muy preciado de virtudes.
Una cambronera armada,
Que no hay viento que no punce,
Disciplina de los aires,
De tanto punzon estuche.
Una cornicabra triste,
Arbol que sombreros cubren,
Y con más pullas que flores,
Siempre verde donde sufren.
Descalzábanse de risa,
Oyendo lo que se arguyen,
Sendas plantas con juanetes,
Un roble y un acebuche.
Una fuente boquimuelle
A carcajadas los hunde,
Si el agua tiene asadura,
Por la boca la descubre.
Por oir lo que se dicen,
Aun los vientos no rebullen,
Y con el dedo en la boca
No hay urraca que no escuche.
Como más desvergonzado,
Aunque el cohombro lo gruñe,
La matraca empezó el berro,
El vello del agua dulce.
Salgan diez y salgan ciento
Flores moradas y azules,
Y cuantas en las megillas
Las verdes coplas embuten;
Que mi flor las desafía
En ensaladas comunes,
Pues andan más á mi flor,
Que á cuantas Mayo produce.
El hígado de las flores,
Que por tantos labios cunde,
El cardenal de los tiestos,
Sangre que al verano bulle,
Encarado en un pepino,
Le dijo: Nunca madures,
Galalon de la ensalada,
Zizaña de las saludes.
Landre de las hortalizas,
San Roque mismo te juzgue
Por verde sepulturero
Y autor de los ataudes.
La berengena, que es sana,
Cuando las corazas tunde,
Y en granizo de hechiceras
Los pícaros la introducen,

Dijo: canalla olorosa
Y verduleros perfumes,
Embusteros de narices,
Gente al estómago inútil,
Un jigote de claveles
¿Qué cristiano se le engulle?
Pues mil jazmines guisados,
¿Qué caldo harán en el buche?
Un ramillete de nabos
No hay flor de que no se burle,
Si le acompañan con hojas
De los sándalos de Rute.
Respondió por los claveles,
Viendo cómo los aturden,
La rosa, estrella del campo,
Que brilla encarnadas luces.
Chusma de los bodegones,
Que no hay bodrio que no esculque,
Canalla de los guisados,
Que huesos y carne suple.
Picarones, que en los caldos
Mostrais villanas costumbres;
Mosqueteros de las ollas,
Que dais al pueblo que rumie.
El ajo con un regüeldo
La dijo que no le hurgue,
Que armado de miga en sebo,
No hay hambre que no perfume.
Una flor que no se sabe,
Ni se topa aunque se busque;
Que creyéndola se traga,
Y en no habiéndola se zurce.
Aquella flor, cosa y cosa,
Que las doncellitas pulen,
Flor duende, que hace ruido,
Y sin ser vista se hunde,
Quiso hablar, mas las acelgas,
Cargadas de pesadumbres,
Dijeron que se juntase
Con la flor de los tahures.
La azucena carilarga,
Que en zancos verdes se sube,
Y dueña de los jardines,
De tocas blancas se cubre,
Dijo así á los hopalandas,
Que en las ollazas zambulle
El licenciado Repollo,
Doctor *in utroque jure*. (1)
Viles vecinos del caldo,
Que pupilajes consumen,
Arboleda de los bodrios
Y plumajes de la mugre.
Mas la berza, su consorte,
Que de lampazos presume,
Y hortaliza es con enaguas,
Mucho ruido y poco fuste;
Y el hongo, que con sombrero
De verdulera se encubre,
Más preciado de capelo
Que el monseñor más ilustre;
Con una jeta de un palmo,
Hecho apodro de las ubres,
Y más pliegues y más asco
Que zaragüelles monsiures.
Y el rábano ganapan
De fuerzas indisolubles,
Pues lleva la corte un peso,
Contera de pan y azumbre;
Apellidando tabernas,
No hay turbion que no conjuren,
Y la sopa en los conventos
Por parienta los acude.
Las flores amedrentadas
En ramilletes se sumen;
Gritando, aquí de narices,
Sayones y escribas mullen.
Y para la batalla que quieren darse,
Aperciben sus flores, tias y madres.
Aperciben los nabos la puntería,
A las *alca* madres y *güetas* tias.

---

(1) «En latín es el caldo.»

Califica á su marido una moza de buena calidad.

ROMANCE LXXXI.

Mi marido, aunque es chiquito,
Al mayor de otra mujer
Le lleva del pelo arriba,
Dos dedos puestos en pié.
No dice esta boca es mia
Sino al tiempo del comer,
Sin saber de dónde viene
Todo le sabe muy bien.
Si por algunas visiones
Se me enoja alguna vez,
Echome yo con la carga,
Métese en baraja él.
De mis ojos solamente
Padre de gaznate es,
Yo los paro, y él los traga
Por suyos de tres en tres.
Si he menester el vestido,
Su testa es el mercader,
Pues deja que me le hagan,
Sin hacer que me la den.
Si esto me murmura alguna
Mozuela Matusalen,
Juzgue mi tiempo presente
Por el tiempo que ella fué.
Y si á mi marido algunos
Maridísimos de bien,
Yo sé que al sol han de hallarse
Caracoles más de seis.

Describe operaciones del tiempo y verifícalas en la mudanza de las danzas y bailes.

ROMANCE LXXXII.

Lindo gusto tiene el tiempo,
Notable humorazo gasta,
El es socarron machucho,
El es figuron de chapa.
Parece que no se mueve
Y ni un momento se para;
Su oficio es masecoral
Y juego de pasa pasa.
Quien le vé, calla callando,
Andarse tras las quijadas,
Sacando muelas y dientes
Con tardes y con mañanas.
Y sin decir allá voy,
Saltando de barba en barba,
Enharinando bigotes
Y ventiscando de canas.
¿Pues á quién no hará reir
Verle mondar una calva,
Para que puedan las moscas
Con más descanso picarla?
Y muy falsito ponerse
Con que juega á las damas;
Unas sopla y otras come,
Negras unas y otras blancas.
A los más hermosos ojos
Se la pega de lagañas;
La boca masculla, que antes
De perlas mordió con sartas.
¿Qué es el mirarla escondida
Entre la nariz y barba,
La que fué del alba risa,
Estar cocando de marta?
¿Y el ordeñar, como suele,
Las manos y las gargantas,
Que quitándoles la leche
Quedan cazones y zapas?
Pues, ¿qué es verle fabricar,
Del cuerpo de una muchacha,
Hija de padres honrados,
Una dueña? A redro vayas.
Pereciéndose de risa
Tras los espejos se anda,

Viendo cómo el soliman
Muy de pinta-monas campa.
Con los picos de narices
Es con quien usa más chanzas,
Pues unos llueven moquitas
Cuando otros se empapagayan.
A todos los guardainfantes
Se la jura de mortaja,
De calavera á los moños,
De ataud á las enaguas.
Engúllese potentados
Como si engulliera pasas,
Y como si fueran nabos
Planta en la tierra monarcas.
Cansóse de ver en Roma
Su grandeza y su arrogancia,
Y cuantas provincias tuvo,
Tantas le rapó á navaja.
El metió en España moros,
Mirad si tiene buena alma;
Y luego por no estar quedo,
Tambien los sacó de España.
De pastillas le sirvieron
Ardiendo Troya y Numancia.
Sepan, si es caro el perfume,
Que con sus narices gasta.
No deja cosa con cosa,
Ni deja casa con casa,
Y como juega á los cientos,
Idas y venidas gana.
Porque el carro de la muerte
Acelere sus jornadas,
Sus horas pone en las cuerdas,
Que la sirvan de reatas.
Hoy, y mañana, y ayer,
Son las redes con que caza;
Devanaderas de vivos,
De los difuntos tarascas.
Y tiene por pasatiempo,
Al mas preciado de gambas,
Calzarle sobre juanetes
La lapidosa Podagra.
Cuando está mas descuidado
El bigote de la hampa,
Del mal ladron le introduce
Diez pegujones de manchas,
Va prestando navidades,
Como quien no dice nada;
Y porque no se le olviden,
Con las arrugas las tarja.
Al mancebo, á quien corona
El primer bozo la habla,
Sin poder andar le hace
Pasar caballos á Francia.
Quien ayer fué Zutanillo,
Hoy el Don Fulano arrastra,
Y quien era Don Fulano,
A los bofes se arremanga.
Antes contaba sus penas
El que nació entre las malvas,
Y ya apenas tiene manos
Para contar lo que guarda.
A mí, porque no le entienda,
Me inventa mil garambainas;
Si digo que le he perdido,
Me responde que él me gana.
Miren cual me tiene el rostro
Con brújulas de fantasma;
La una pata ya en la huesa,
Y la huesa en la otra pata.
Porque se está yendo siempre
No le digo que se vaya,
Y aunque tramposo de vidas,
Nunca vuelve las que engaita.
El hace burla de todo,
Vive de tracamundanas,
Dando que hacer á relojes
Y á las fechas de las cartas.
Las galas de los antiguos
Ha convertido en botargas,
Y las marimantas viejas
Las ha introducido en galas.
Las fiestas y los saraos
Nos los trueca á mogigangas;
Y lo que entonces fué culpa,
Hoy nos la vende por gracia.
Los maestros de danzar,
Con sus calzas atacadas,
Yacen por esos rincones
Digiriendo telarañas.

Floretas y cabriolas
Bellacamente lo pasan,
Despues que las castañetas
Les armaron zangamangas.
Con un rabel un barbado,
Como una dueña danzaba,
Y acoceando el canario
Hacia hablar una sala.
Mesuradas las doncellas
Danzaron con una arpa,
Que una cama de cordeles
Mucho menos embaraza.
Usábanse reverencias
Con una flema muy rancia,
Y de *gementes, et flentes,*
Las veras de la pavana.
Salia el pié de Gibao,
Tras mucha carantamaula,
Con mas cuenta y mas razon
Que tratante de la plaza.
Luego la danza del peso,
Una alta y otra baja,
Y con resabios de entierro,
La que dicen de la hacha.
El conde Claros, que fué
Título de las guitarras,
Se quedó en las barberías
Con chaconas de la galla.
El tiempecillo, que vió
En gran crédito las danzas,
Pues viene, toma y qué hace,
Para darles una carda;
Suéltales las seguidillas,
Y á ejecutor de la vara,
Y á la capona que en llaves
Hecha castradores anda;
De la trena á Escarraman
Soltó, sin llegar la Páscua,
Y al Rastro donde la carne
Se hace bailando rajas.
Vánse, pues, tras los meneos,
Los dos ojos de las caras,
Los dineros de las bolsas,
De las vajillas la plata.
Despues la reminiscencia
Son las pulgas de la cama,
Visajes y gerigonzas,
Azogue para las mantas.
Para la cordura mosca,
Para la conciencia escarba,
Para el caduco incentivo,
Para el avariento rabia.
Anéguense en perenales
Los corrales y las plazas,
Y el tiempecito de verlo
Se hunde de carcajadas.
Nadie, pues, firme le crea,
Si no es en tener mudanzas;
Tome pulsos y ande en mula,
Pues vive de lo que mata,

Exámen que da el raton al caracol.

ROMANCE LXXXIII.

Riéndose está el raton
En el umbral de su cueva,
Del caracol ganapan
Que va con su casa á cuestas.
Y viendo cómo arrastrando
Por su corcova la lleva,
Muy camello de poquito
Le dijo de esta manera:
Dime, cornudo vecino,
De un cuerno en que tú te hospedas,
¿Qué callo de pié trazó
Una alcoba tan estrecha?
Tú vives emparedado
Sin castigo ó penitencia,
Y hecho chirrion de tu casa,
La mudas y la trasiegas.
Vestirse de un edificio,
Invencion de sastre es nueva;
Tú, albañil, ingerto en sastre,
Te vistes y te aposentas.

El vivir un lobanillo,
Es de pobre y de materia,
Y nunca salir de casa,
De persona muy enferma.
Berruga andante pareces,
Que ha producido la tierra;
Muy preciado de que todo
Solo tú un palacio llenas.
¿Si te viniese algun huésped,
Qué aposento le aparejas,
Tú, que en la mano de un gato
Por no admitirle te encierras?
Yo te llevaré á la corte,
En donde no te defienda
De tercera parte ó huésped,
Tu casilla tan estrecha.
¿No te fuera más decanso
Andarte por estas selvas,
Y en estos agujerillos
Tener tu cama y tu mesa?
Riéndose están de tí
Los lagartos en las peñas,
Los pájaros en los nidos,
Las ramas en las acequias.
Esa casa es tu mortaja,
De buena cosa te precias,
Pues vives en ataud,
Donde es que forzoso mueras.
De una fábrica presumes,
Que Vitrubio no la entienda,
Y si vale un caracol,
En dos ninguno la precia.
Y citar puedo á Vitrubio,
Porque soy raton de letras,
Que en casa de un arquitecto
Comí á Viñola una nesga.
Sacar los cuernos al sol,
Ningun marido lo aprueba,
Aunque de ellos coma, y tú
Muy en ayunas los muestras.
Dirás que me caza el gato
Con todas esas arengas,
¿Y á tí no te echan la uña
Los viernes y las cuaresmas?
¿No te guisan y te comen
Entre abadejo y lentejas?
¿Y hay, despues de estar guisado,
Alfiler que no te prenda?
Pero de matraca baste,
Que yo espero gran respuesta;
Y aunque soy más cortesano,
Me he de correr más apriesa.

Ridículo suceso del trueco de dos medicinas. (1)

ROMANCE LXXXIV.

Los médicos han de errar
De alguna suerte las curas,
Y pues siempre andan erradas,
Deben de curar sus mulas.
Este, que doctor tudesco,
Si no en batallas, en juntas,
Erre á erre peleaba
Con récipes de la pluma,
Si no lo habeis por enojo,
Erró en Getafe la purga,
Con un recien desposado
Y un viejecito con bubas.
Cantáridas pidió el novio,
Porque el apetito aguzan;
Astrólogos, de quien cuentan,
Que saben *alzar figura.*
El viejezuelo aguardaba
Muy francés, de coyunturas,
Diagridis, jalapa y sen,
Trinca para toda puja.
Era el buen recien casado,
Un esposo papanduja,

(1) «El doctor Andrés de Laguna, doctísimo español, afirma en la ilustracion que hizo á Discorides, haber sucedido así á un novio, y á un fraile estando él en Metz, ciudad de la Francia-Bélgica; y le refiere con no menos travesura de donaire, que aquí viene á ser forzosa.»

En el alma con potencias,
En el cuerpo con ninguna.
A las armas de Bajon
La barba fué empuñadura;
Cuando en contera de tiple
Trae envainada la punta.
Y si bien por lo caido
Algo de demonio anuncia,
Lo de *deposuit potentes*
Ni le toca ni le ajusta.
La novia, que aquella noche
Le retaba la lujuria,
Salvaba en los negros ojos
Desconfianza de rubia.
El bulto, para tomado,
Era mejor que la inclusa,
Para enristrada, mejor
Que lanza de brida en justa.
Virginidad yacerina
Mostraba por cejijunta,
Cosa para dar cuidado
A dos azagayas turcas.
La boca, hermoso paseo
De apetito que besuca,
Cuando por sobra de lenguas
Acontece que esté muda.
En dos dedos de chapin
Tres varas de cuerpo encumbra,
Por corta, ni mal echada,
No la perderá si lucha.
Todo el mirar garabatos
Y todo el bullicio pulgas,
Toda al fin de arriba á bajo
Bríndis á brazos de pulpa.
Catorce tiene cumplidos,
Y segun que se barrunta,
No cumple los dos, si aguarda
Que su marido las cumpla.
De los piés á la cabeza
No se perdonó á cultura,
Ni en todo su ventrispicio
Se dejó ni aun una pluma.
Su madrina, que en el arte
Era una mujer machucha,
La leyó de pe á pa
La cartilla de las nupcias.
Ella, que tiene más miedo
De un raton que de diez curas,
Con menos temor se acuesta
Que el marido se desnuda.
Echóla la bendicion
Su madre, porque fecunda
Le cuaje un nieto al instante,
Que la den en caperuza.
El esposo, que en lugar
De la bebida que busca,
Se sorbió la escamonea,
Que apresta contrarias lluvias,
Muy pacífico de panza
Las bragas se desanuda,
Y ni el gallo le despierta,
Ni los miembros le rebuznan.
La barriga soñolienta
Y la *humanidad* con murria,
Para dieta se acostaba
De quien le esperaba gula.
Mas ella, por cumplimiento
Del *déjeme* que se usa,
Cuando la que menos tiembla
Hace como que se turba,
Devanada en la camisa
La cara y los brazos hurta,
A quien las alteraciones
Tiene en el cuerpo difuntas.
Esforzóse á levantar.....
Nadie tema cosa oculta,
Que una mano levantó,
Y con los dedos las uñas.
Andúvola en el cogote
Caricia de quien espulga,
Ocupado en agasajos
De arriba de la cintura.
Pujando estaba un requiebro
Muy hipócrita de púa,
Cuando la purga en el vientre
Empezó á hacer de las suyas.
La niña, que se hallaba
Entre pila y fuente enjuta,
Con un marido por señas,
Que solo amaga y no apunta;

Jícara de chocolate,
Que puede, sin el ayuda
De rescoldo y molinillo,
Hervirse y hacer espuma,
En achaque de apartarle,
Dió con ambas manos juntas,
Como si fueran con guia,
Pintiparada en la culpa.
Todos duermen en Zamora,
Dijo romancera y culta;
No debes de ser Don Sancho,
Pues la vela no te punza.
El no *levantar cabeza*,
Grandes desdichas pronuncia;
Desposado de *aquí yace*,
Mujer epitafio busca.
El, que aguardaba al ombligo
De su bebida las furias,
Traiciones sintió forzosas
Que el retortijon anuncia.
Dábale priesa el retorno
De la mal sorbida zupia,
Las tripas tocan alarma,
El un ojo le estornuda.
Particulares estruendos
Se oyeron en esta junta,
La nariz contra pastillas
Sintió que á traicion sahuman,
Arrojóse disparando
Truenos y granizo en bulla;
Proveyóse veinte veces,
Y no la proveyó una.
Si cuantos pretenden plazas
Llegan á sazon tan cruda,
Por la cámara negocian,
Proveidos van sin duda.
Servicio, dijo, me has hecho,
Y antes que casada, viuda;
Y sin haberme tocado,
Me has dado una mala zurra.
Sin duda quedarás bueno,
Aunque yo quede en ayunas,
Más dias hay que longanizas,
Y más si cuentan las tuyas.
Tu cuerpo, que no me goza,
A lo menos me gradúa,
Si los cursos á las novias
Valen como á los que estudian.
Quiso esforzarse é impidióle
Que hiciese tal travesura;
Ni de tripas corazon,
Cuando las tiene tan sucias.
En esto estaban los dos,
El en folga, ella en angustias;
Y corrida, sin moverse,
Adivínenlo las pullas.
Cuando el buboso viejete,
Que las cantáridas chupa,
Y aguardaba evacuacion
Del sen que al novio embadurna,
Amotinada la edad,
El cuerpo se le espeluza,
Los eneros se le encienden,
Las canas mismas amurcan.
Empreñar quiere la manta
Que marimanta la juzga;
Saltos daba de la cama
Conde Claros con arrugas.
La novia, que al otro sobra,
Dado al demonio la busca;
Si el púlpito que previno,
El marido se le ocupa.
El servidor y la novia
De los dos hicieron burla,
El al novio le dió esposa,
Ella al viejo dejó á oscuras.
Esta historia á huir enseña
De maridos sin injundias,
Pues potencia de recetas,
Estercola y no consuma.

Alega un marido sufrido sus títulos en competencia de otro.

ROMANCE LXXXV.

Echando verbos y nombres,
A fuer de vocabulario,
Se zampó en cas de la Morra
Mojagon á puntillazos.
Chismáronle que Don Lesmes,
Aquel muchísimo hidalgo
Que come de sopa en sopa
Y bebe de ramo en ramo,
Despues que le sucedió
Un jueguecillo de manos.
Cuando á Currasco en el truco
Quedó á deber un sopapo,
La pedia por esposa
Para mejorar de trastos,
Y ser atril de San Lúcas
Siendo el toro de San Márcos.
Mojagon hecho de hieles,
Como quien era su amargo,
Reventando de marido,
Los halló juntos á entrambos.
El vino lleva á traspiés,
La espada lleva á trasmano,
Y desbebiendo los ojos,
Lo que chuparon los labios.
Vió en el estrado su hembra
Con guardainfante plenario,
De los que llaman las ingles
Guarda infantes y caballos.
Don Lesmes, que en una silla
La estaba marideando,
Al ruido se levantó
Con olor de sobresalto.
Amurcóle Mojagon
Con jarameños mostachos;
Y vine, y toma, y luego hizo
Una de todos los diablos.
Dió con él de un empellon
De bruces detrás de un banco;
No chiste, la dijo á ella,
Que en el chiste vengo á darlos.
¿No ha tres años que me tratas?
¿Puedes escoger velado,
Que me iguale aunque le busques
Un siglo á moco de rastro?
¿No cubre aqueste sombrero
Todas las reses del Pardo?
¿No doy cristal á linternas?
¿No doy á cuchillos cabos?
¿Hasme visto tener celos,
Ni por sueños ni burlando?
¿Dióseme jamás un cuerno
De que se me diesen tantos?
¿Las veces que es menester
No tengo el sueño en la mano?
¿Hame faltado modorra
En yendo el retozo largo?
¿No amurcan como unos toros
Aun las liendres en mis cascos?
¿No me has visto hacer el buz
Porque nos hagan el gasto?
¿Yo no veo lo que miro?
¿Yo no digo lo que hablo?
¿Dicen cosa que no crea?
¿Veo bultos que no trago?
¿Abro puerta sin toser
Y sin decir yo soy cabro?
¿He dicho esta boca es mia,
Aun siendo ajenos los platos?
De moños de Medellin,
Si me peino ó si me rapo,
Socorro abundantemente
A muchos esposos calvos.
Sobre las leyes de Toro
Se alegan mis cartapacios,
Tanto como Antonio Gomez,
Aunque en diferentes casos.
¿Para abrir el apetito
Es mi *Coram vobis* barro?
Que hay maridillo que dá
A los adúlteros asco.

Pobre soy, mas todavía
Tengo alguna hacienda á cargo,
Y un vínculo *excomunionis*
A falta de mayorazgos.
Demando para mí mismo,
Con reverendas de añasco,
Comadre de maletones,
A quien anticipo el parto.
Yo tengo, aunque no son muchos,
Bienes raices y ramos;
Las viñas en las tabernas,
Las vendimias en el trago.
Pocas, mas buenas alhajas,
Horma para los zapatos,
Bigotera de gamuza,
Golilla de chicha y nabo.
Arca es cosa de Noé
Del diluvio que yo aguardo;
Que enjuto me sacará
Una talega de trapos.
Este es marido bonete,
Pocos cuernos y de paño;
Quien sabe lo que se cuerna,
Es todo tela y damasco.
Visite sin almohadas
Gente de estera de esparto;
Sepa que sin graduarse
No puede hablar en estrados.
En arras te quiero dar
Dos mozuelos mejicanos,
Que te cubrirán de pesos,
Aunque se los hagas falsos.
Venga en volandas el cura,
Habrá boda como el brazo,
Váyase á casar Don Lesmes
Con la moza de Pilatos.
Que no le puede faltar
Por la parte de su amo,
El dote al diablo, y si vaca,
Una barrena en los pasos.

Refiere su vida un embustero.

ROMANCE LXXXVI.

Don Teruleque me llaman,
Imagino que es adrede,
Porque se zurcen muy mal
El Don con el Turuleque.
Guantero fué de zancajos
Mi padre en Ocaña y Yepes,
Buen siervo de San Crispin
Por los bojes y el tranchete.
Mi madre tomaba puntos,
Pero no para oponerse
A cátedras, sino á medias,
Que las pantorrillas ciernen. (1)
Pregoné zapato viejo
En Madrid algunos meses,
Y fueron bien recibidos
Mi tonillo y mi falsete.
Metíme á mozo de hato
De un caracol tan solemne,
Que con las casas agenas
A cuestas andaba siempre.
Dí en pasa pasa de bolsas
Y en masicoral de muebles,
Alivio de caminantes,
Sin ser libro que entretiene.
Si como dí en descapar
Mancebitos diferentes,
Doy en descapar las llaves,
Los robos fueran mercedes.
Con estos merecimientos
Me gradué de corchete;
¡Lo que puede la virtud
Y el aplicarse las gentes!
Entréme á chisgaravís,
Profesé de mequetrefe,
Achaquéme nuevos padres
Y levantéme parientes.

(1) «Por estar como criba.»

Ascendí por mis pulgares
Al oficio de alcahuete,
Sabe Dios cuánto trabajo
Pasé para merecerle.
Con sosquines y antuviones
Vine á campar de valiente,
Y á los pepinos y á mí
Nos achacaban las muertes.
De un tajo á mata candiles
Le dí modorra de requiem,
Despues que en una taberna
Hubo mortandad de sedes.
Para venganzas de agravios
De quien los paga y los siente,
Tuve chirlos de alquiler
En puntos de diez y nueve.
Por los que tengo en la cara,
Que unas cachondas parece
A poder de cuchilladas,
Concierto los que se venden.
Por hacerme formidable,
El diablo, que nunca duerme,
Con andar de cama en cama,
Y de trinquete en trinquete,
En los cascos me encajó,
Que para campar de sierpe,
En el corral de la cruz
Metiese bolina un jueves.
Y sin qué ni para qué,
Viendo un hosco de copete,
Con los dos ojos de buces
Le miré áspero y fuerte.
El me dijo, ¿qué me añusca?
Yo le dije, ¿quién le mete?
Asímonos de los tues,
Cansados ya de los eles.
Púsele, sin ser el diablo,
Y sin ser su cara puente
De Segovia, la señal
De la mano, que ella tiene.
El sacó la de Toledo
Y yo la de San Clemente;
Díle con la anticipada
Dos resbalones de á geme.
Acudieron metedores,
Como le vieron con pebre;
El patio llovió alguaciles,
Ellos sobre mí, cachetes.
Luego chiflaron mi vida
Una manada de fuelles,
Y entre injustos descreidos,
Iba en justos y en creyentes.
Diéronme casa de balde,
Calzáronme los vascuences;
Luego, jugando de mano,
Me dió un repique el rebenque.
No son de sí los azotes
Tan malos como parecen,
Pues procesiones los usan
Y los cantan misereres.

Abomina de una vieja que queria ser tercera de una niña.

ROMANCE LXXXVII.

La vieja, que por lunares,
Salpicada de bigotes
Tiene la cara, te vedo
Con *Datanes* y *Abirones*;
Ni conmigo, ni sin migo,
Quiero que enrancie tu coche;
Andese en un ataud
Con su tiro de cabrones. (2)
Pidamos el oxte al puto,
Demos á la vieja el oxte,
De Satan el abrenuncio,
Y el sal aquí de los gozques,
Pues el zape de los gatos
Tambien le viene de molde,
Que en el gruñir y cazar
Es susto de los ratones.

(1) Motéjalo de hechicera »

Tú ni yo no somos habas
Que para echarnos importe
Su vision, pues no hace falta,
Mas fuerza será que sobre.
¿Para qué quieres conjuros,
Si tu siembra está en los trojes?
Andese tras los nublados
Cuando granizan bodoques.
El juez de los cementerios
La publica con clamores
Por fugitiva en cien años
De cuatro extremaunciones.
En infusion de embelecos
Me dice quien la conoce,
Que está siempre, y que á mentir
Puede apostar con los dotes.
Cuando quieres persuadirme,
Dices que es mujer de porte;
Mucho tiene de estafeta,
Temo que de tí le cobre.
De doscientas leguas huele
Almuerzos y medias noches;
Lo que come, bien lo sé,
Mas no sé con qué lo come.
Es gorra de los manteles,
Coroza de los colchones,
Quiere encajarme en la testa
El bonete de los bosques.
En saliendo tú con ella,
Llaman la lujuria á cortes.
Y andan sobre hablar primero
Búrgos y Toledo á voces.
Desde que el diablo la trujo,
Hierve esta calle de condes;
Por muchos títulos debo
Echarla á palos y á coces.
Parece mala comedia,
Con los silbos que se oyen,
Esta casa, y el catarro
Es seña y parece toses.
Ella te lleva y te trae,
No sé dónde y sí sé dónde,
Pues te doy lo necesario
Y tú me dás mandrugones.
En casa no hemos de estar
Yo y la vieja de los conques;
Tú quieres que te enagüele,
Yo temo que me encarroñe.

Matraca de los paños y sedas. (1)

ROMANCE LXXXVIII.

MIRÁBANSE de mal ojo
En la tienda de un cristiano
Viejo, si en la informacion
Dá por testigos los años.
Las telas altas y bajas,
Que en sastre llaman recados,
Las ricas empapeladas
Y las bahunas en fardos.
El sayal hecho de hieles
Estaba detrás de un banco,
Amenazado de alforjas
Y de ropillas de machos.
Alegaba en su favor
Hopalandas de ermitaños,
Y penitencia gloriosa
En tantos frailes descalzos.
Mírenme, dijo, hallarán
El al que tengo debajo,
Y si fuere de almofrej,
En los colchones me zampo.
Pero el angeo atisbaba
Una bayeta de zaino,
Por material de jergones
Y de camisas de payos.
El, que se quema de todo, (2)
Y estaba calamocano, (3)

(1) «Este romance escribió en Leon cuando preso, y á mí despues me dió su mismo original, bien satisfecho de él.»

(2) «Porque es de estopa.»

(3) «Alude á su caña cuando está en yerba.»

Soltando la taravilla,
Y más necio que otro tanto,
La llamó sepulturera, (1)
Y gala de los finados;
Peor si la traen por mí,
Que si por otro la traigo.
Capa negra del ahorro
Y gravedad de guiñapos,
Hojaldre del ataud,
Toda pésames y llantos,
La tirria toma conmigo,
Que en los talegos de cuartos
Suelo servir de camisas
A millares de ducados.
Si no empobrecen las gentes
O mueren, cesa su gasto,
Y con los talegos todos,
Son ricos y viven hartos.
Acójase á Portugal
Y vaya raspailando,
A ser con botas de Judas
Locura de los hidalgos.
El bocací, que por negro
Quiso vengar el agravio,
Como tropel del infierno
Remedaba los catarros.
Y el fustan, que estaba cerca,
De verle se dió á los diablos;
Tratáronse de ir de aforros
E ir de túnicas con pasos.
A más soleta sois vos,
Andaban al morro, cuando
Con humos de olla casera
Los partió el Chicha y Nabo.
Aquí fué Troya, que el fieltro
Preciado de buenos cascos,
Y de que nunca se pasa,
Por ser al gusto contrario,
Enfadado de sus bríos
Le condenó sin traslado
A ser naguas de busconas
Y golillas de gabachos,
El, que se vió dedicar
Al vilísimo arremango
De pícaras, por la boca
Echó culebras y sapos.
Atestóle de invernizo
Y muceta de lacayos,
Que en los cocheros defiende
Las vendimias de nublados.
Una raja de Florencia
Los quiso tomar las manos
Con podrida gravedad,
Mas no se quedó alabando.
El le dijo las mil leyes
A trochimoche y con asco,
Que en ofenderse del agua
Remedaba á los borrachos.
Ella replicó furiosa:
Si pierdo porque me mancho,
Den traslado á los linajes,
Responderán por entrambos.
Quiso darla un tapaboca
Un tercio de paño pardo,
Pero dejólo de miedo
De tusonas y el barato.
Preciado más de las marcas
Que Anton de Utrilla y Maladros,
Y arremetiéndose á bula
Con sellos de plomo largos,
El Limiste de Segovia,
Con su Melendez por fallo,
Los trató de bordoneros
Y gentecilla del rastro.
La jerga con el picote
Se estaban desgañitando,
Y á poder de remoquetes
Le pusieron como un trapo.
Pues con sus once de oveja
Dijo nieto de un zamarro,
¿Quiere meterse en docena?
Tambien llevará su ajo.
Si á medias es conocida
Por la puente y por el paño
Segovia, el ser de la carda,
Mire si podrá negarlo.

(1) «A la bayeta.»

¿No desciende de pelaires
Su presumido boato?
¿No es hijo de unos cornudos
De puros carneros mansos?
¿Su madre no fué pelleja?
¿No andaba por esos campos
Con la roña y las cazcarrias
Dando pesadumbre al pasto?
¿No le han de dar una tunda
Primero que sirva de algo?
¿Qué puede ser quien se gasta
En horrendos abularios?
¿Con sotanas y manteos
Puede negar que se alzaron
Lanillas y capicholas,
Y con perdon el burato?
¿Lóndres no le pone el cuerno?
¿Las Navas no le dan chasco?
¿Cuenca no le dá sus comos
Y Baeza su recado?
Los diez ducados por vara
Espérelos en diez años,
Entre mucetas de obispos
O alguna del Padre Santo.
La seda que se pudria
De oir á los dos picaños.
Y soltando la maldita
De tafetanes chillando,
Por esos trigos de Dios
Echó, sin poder el raso
Y el terciopelo atajar
Su colérico desgarro.
El cambray echaba verbos,
Y la holanda espumarajos,
Cociéndose en lienzo crudo
Tomó el cielo con las manos.
Echaron por capa rota,
Que la diese su recado,
A la estopa que se estaba
De unas ventosas temblando.
Ella, como quien no tiene
Que perder, por dar abasto
Tapones para difuntos,
Camisones á pazguatos,
Dijo desde una hasta ciento,
Sin principio ni sin cabo;
Atestóla de embustera
Y de chismosa sin labios.
Tú, la dijo, que remedas,
Si te llevan paseando,
Algun hato de alcacer
O alguna carga de ramos.
Empeño de los maridos,
Pobreza de desposados,
Golondrina en chirriar
Y venir á los veranos.
De las llagas, y la podre
Parienta en segundo grado,
Pues ellos son tus abuelos,
Siendo hija tú de gusanos.
Hipócrita de colores,
A puro revolver caldos,
Pues á poder de los bodrios
Desmientes el color rancio.
De relatora presumes
Porque charlas en estrados,
Más preciada de la hoja,
Que Escarraman y que Añasco.
Nacida en la Morería, (1)
Sin que tú puedas negarlo,
Y si las moras son perras,
De casta le viene al galgo.
Yo soy muy yerba de bien, (2)
Y si me siembran me nazco;
Muy cuerda en todas mis cosas,
Y muy justiciera en lazos.
Colgados están de mí
Tantos como del esparto;
Y no has de poder decirme (3)
Que soy lengua de estropajo.
Preciada de colgaduras (4)
Como la ene de palo;

(1) «A la seda.»
(2) «El lino.»
(3) «Como al esparto.»
(4) «La estopa misma cuyos usos refiere esta copla.»